



**SIMON  
BECKETT**  
**LA INQUIETUD  
DE LOS MUERTOS**

arroba**books**<sup>®</sup>

## Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

SIMON  
BECKETT  
LA INQUIETUD  
DE LOS  
MUERTOS

Traducción de Núria Petit  
Ana Alcaina

*Círculo de Lectores*

*Para Hilary*

# 1

Compuesto por más de un sesenta por ciento de agua, el cuerpo humano no flota de forma natural. Únicamente lo hará mientras haya aire en sus pulmones, antes de hundirse poco a poco hasta el fondo. Si el agua está muy fría o es muy profunda, permanecerá allí abajo, experimentando un proceso de disolución lento y oscuro que puede durar años.

Sin embargo, si el agua está lo bastante caliente para que las bacterias se alimenten y se multipliquen, el cuerpo entrará en un proceso de descomposición. Los gases se acumularán en el intestino, aumentando la flotabilidad del cuerpo hasta que regrese a la superficie.

Y entonces los muertos se levantarán, literalmente.

Tendido boca abajo, con las extremidades en suspensión, el cuerpo se desplazará sobre o justo por debajo de la superficie del agua. Con el tiempo, en una regresión mórbida a su formación en la oscuridad amniótica del útero materno, acabará finalmente por desmembrarse por completo. Los extremos primero: dedos, manos y pies; luego, brazos y piernas, y, por último, la cabeza, todos desprendiéndose hasta que solo quede el torso. Cuando hayan emanado los últimos gases de la descomposición, este también se hundirá muy despacio, por segunda y última vez.

Pero el agua también puede hacer que se produzca otra transformación. A medida que los tejidos blandos se descomponen, la capa de grasa subcutánea empieza a deshacerse y acaba encerrando un cuerpo humano en una gruesa capa de grasa. Conocida como adipocira o «grasa cadavérica», por llamarla por su nombre más vistoso, esta sustancia pálida también recibe una denominación algo menos macabra:

Jabón.

Recubiertos por su mortaja de color blanco sucio, los órganos internos se conservan mientras el cuerpo recorre flotando su último y solitario viaje.

A menos que el azar lo saque a la luz del día una vez más.

El cráneo pertenecía a una mujer joven, sexo al que apuntaba la estructura ósea, más delicada. El hueso frontal era alto y liso, sin las protuberancias del arco superciliar, mientras que el pequeño bulto de la apófisis mastoides, justo debajo de la abertura del oído, parecía demasiado delicado para tratarse de un hombre. No es que esos rasgos fueran definitivos, pero tomados en conjunto me ofrecían pocas dudas. Los dientes adultos ya habían salido en el momento de la muerte, lo que indicaba que tenía más de doce años, aunque no muchos más. Pese a que faltaban dos molares y un incisivo superior, probablemente perdidos *post mortem*, los dientes restantes apenas estaban desgastados. Este hecho corroboraba la historia que desgranaba el resto de su esqueleto: que la joven había fallecido antes de alcanzar los últimos años de la adolescencia.

La causa de la muerte era más que obvia. En la parte posterior del cráneo, un orificio irregular de unos dos centímetros y medio de largo y un centímetro de ancho ocupaba el centro casi exacto del hueso occipital. No había signos de cicatrización y los bordes de la herida del hueso estaban astillados, lo que sugería que la víctima estaba viva cuando se produjo la lesión. Ese no habría sido el caso si el daño se hubiera infligido después de la muerte, cuando el hueso se seca y se vuelve quebradizo. La primera vez que cogí el cráneo me sorprendió oír un ruido casi musical procedente del interior. Al principio pensé que debían de ser fragmentos de huesos, introducidos en la cavidad craneal por cualquiera que hubiese sido el objeto que acabó con la vida de la joven víctima. Pero el ruido correspondía a algo demasiado grande y sólido para eso. La radiografía confirmó mis suposiciones: en el interior del cráneo de la joven había un objeto fino y simétrico.

Una punta de flecha.

Era imposible determinar con exactitud cuántos años tenía el cráneo ni cuánto tiempo había permanecido enterrado en los páramos de Northumberland y sus paisajes azotados por el viento. Lo único que se podía decir con certeza era que la joven llevaba muerta más de quinientos años, el tiempo suficiente para

que la varilla de la flecha se hubiese desintegrado y el hueso se hubiese oscurecido hasta adoptar el color del caramelo. Nunca se sabría nada sobre ella, ni quién era ni por qué había muerto. Me gustaba pensar que quienquiera que la mató, bien cuando huía o en el momento en que se dio la vuelta, había sido castigado de algún modo por el crimen. Pero tampoco había manera de saberlo.

La punta de flecha se movió y emitió un pequeño sonido mientras yo guardaba el cráneo y lo envolvía cuidadosamente en papel de seda antes de volver a colocarlo en su caja. Al igual que otros esqueletos históricos del departamento de antropología de la universidad, aquel cráneo se utilizaba en las prácticas con los estudiantes, una curiosidad morbosa lo bastante antigua para carecer, básicamente, de cualquier efecto chocante. Yo ya estaba acostumbrado – desde luego, había visto cosas mucho peores –, pero ese *memento mori* en concreto siempre me había parecido particularmente conmovedor. Tal vez se debía a la juventud de la víctima o a la brutalidad de su muerte. Fuera quien fuese, aquella joven había sido la hija de alguien. Ahora, siglos después, lo único que quedaba de aquella muchacha sin nombre se conservaba en una caja de cartón en un laboratorio.

Devolví la caja a la vitrina de acero con el resto. Entré en mi despacho mientras me masajeara el cuello para aliviar la rigidez, y encendí el ordenador. Experimenté la sensación pavloviana de anticipación a medida que los correos electrónicos se descargaban. Como de costumbre, la sensación se vio reemplazada por un sentimiento de decepción. Los mensajes solo contenían las nimiedades cotidianas de la vida académica: consultas de estudiantes, circulares de colegas y alguna que otra muestra de propaganda que el filtro de correo no deseado no había logrado captar. Nada más.

Todos los días lo mismo, desde hacía meses.

Uno de los correos era del profesor Harris, el nuevo jefe del departamento de antropología, recordándome que debía programar una reunión con su secretaria. «Para hablar de las opciones relacionadas con su puesto actual», tal como expresaba con delicadeza. Me dio un vuelco el corazón cuando lo leí, pero no era ninguna sorpresa. Además, aquel era un problema para la semana siguiente de todos modos. Apagué el ordenador, colgué la bata de laboratorio y me puse la chaqueta. Al salir, me crucé con una alumna de posgrado.

–Buenas noches, doctor Hunter. Que pase un feliz puente –dijo.

–Gracias, Jamila, igualmente.

La perspectiva del largo fin de semana festivo hizo decaer aún más mi estado de ánimo. Había aceptado de forma insensata una invitación para pasarlo con unos amigos en su casa de los Cotswolds. Y había confirmado mi asistencia varias semanas antes, cuando la fecha parecía lo bastante lejana para que no supusiese ningún motivo de preocupación. Ahora, llegado el día, me sentía menos optimista, sobre todo porque habría muchos otros invitados a los que yo no conocía.

«Ahora ya es demasiado tarde.» Subí al coche, deslicé mi pase por el escáner y esperé a que se levantara la barrera del aparcamiento. Sabía que era una estupidez ir en coche a la universidad todos los días, lidiar con el tráfico de Londres y con las tasas de acceso al centro en lugar de trasladarme en metro, pero era difícil romper con el hábito. Como asesor de la policía, me había acostumbrado a que me llamaran para que acudiera a distintas partes del país cuando encontraban un cadáver, a menudo con poco tiempo de antelación. Para mí tenía sentido poder partir de inmediato con el automóvil, pero eso era antes de que me pusieran en la lista negra extraoficial. Ahora, llevar el coche al trabajo empezaba a parecer cada vez menos una rutina necesaria y más un reflejo de las ganas y la ilusión de que volvieran a requerir mis servicios.

De camino a casa, me detuve en un supermercado para comprar el tipo de cosas que recordaba que un invitado solía llevar a la casa de sus anfitriones. No iba a salir hasta la mañana siguiente, así que también necesitaba algo para cenar esa noche, y me paseé por los pasillos revisando las estanterías sin ningún entusiasmo. Hacía unos días que no me encontraba demasiado bien, pero lo achacaba al aburrimiento y la apatía. Cuando me di cuenta de que estaba buscando algo en la sección de comida preparada, mentalmente me di una bofetada y pasé de largo.

Ese año la primavera se estaba haciendo de rogar; estábamos bien entrado el mes de abril, y los vientos invernales y las lluvias persistían. Los cielos nublados no contribuían a alargar los días, y ya estaba oscureciendo cuando llegué a la calle donde vivía. Encontré un sitio para aparcar y llevé las bolsas de la compra a mi apartamento. Ocupaba la planta baja de una casa victoriana de

gran tamaño, con un pequeño vestíbulo en la entrada compartido con el piso de arriba. Cuando me aproximé, vi que había un hombre vestido con un mono trabajando en la puerta principal.

–Buenas tardes, jefe –me saludó alegremente.

En la mano sujetaba un nivel, y había varias herramientas desparramadas en la bolsa abierta a sus pies.

–¿Qué pasa? –pregunté al fijarme en la madera descascarillada que rodeaba la cerradura y las virutas de madera desperdigadas por el suelo.

–¿Vive aquí? Alguien ha intentado entrar. Su vecina nos llamó para reparar la cerradura. –Sopló para eliminar el serrín del borde de la puerta y volvió a colocar el nivel encima–. En este vecindario no es muy recomendable olvidar cerrar la puerta con llave.

Pasé por encima de su bolsa de herramientas y fui a hablar con mi vecina. Solo llevaba unas pocas semanas viviendo en el piso de arriba, una mujer de nacionalidad rusa y extravagantemente atractiva que, según había podido averiguar, trabajaba como agente de viajes. Apenas habíamos intercambiado las cortesías habituales propias de buenos vecinos y no me invitó a pasar.

–Estaba rota cuando llegué a casa –me explicó. Desprendió una oleada de perfume almizclado cuando sacudió la cabeza con gesto airado–. Seguro que habrá sido algún drogadicto al intentar entrar en el edificio. Roban todo lo que pillan.

Aquel no era exactamente un barrio de clase alta, pero no tenía más problemas de drogas que cualquier otra zona de la ciudad.

–¿La puerta principal estaba abierta?

Yo ya había ido a comprobar la entrada de mi propio apartamento, pero la puerta estaba intacta; no había ninguna señal que indicase que alguien hubiese intentado forzarla. Mi vecina volvió a sacudir la cabeza, dejando que la espesa melena oscura cayera en cascada sobre sus hombros.

–No, solo rota. Ese desgraciado debió de asustarse o tal vez se dio por vencido.

–¿Llamó a la policía?

–¿Policía? –Lanzó un bufido de desdén–. Sí, pero a ellos les trae al fresco. Toman huellas dactilares, se encogen de hombros, se van. Mejor una cerradura nueva. Más resistente esta vez.

Parecía como si lo dijese con segundas, como si los defectos de la antigua cerradura fueran culpa mía. El cerrajero ya estaba terminando cuando bajé las escaleras.

–Ya está hecho, jefe. Necesitará una nueva capa de pintura para que la madera no se hinche cuando llueva. –Arqueó las cejas, sosteniendo dos juegos de llaves–. Bueno, ¿quién quiere la factura?

Volví a mirar hacia arriba, a la puerta de mi vecina. Siguió cerrada. Suspiré.

–¿Acepta cheques?

Cuando el cerrajero se hubo marchado, busqué una escoba y un recogedor para barrer el serrín del pasillo. Una gruesa viruta de madera se había quedado incrustada en una esquina. Me agaché para recogerla y, cuando vi mi mano recortada sobre las baldosas blancas y negras, experimenté una vertiginosa sensación de *déjà vu*. «Tendido en el pasillo, con un cuchillo clavado obscenamente en el estómago, la sangre extendiéndose por el ajedrezado del suelo...»

El momento fue tan vívido que me dejó sin aliento. Me puse en pie, con el corazón latiéndome acelerado mientras me obligaba a mí mismo a respirar profundamente. Pero el momento ya había pasado. Abrí la puerta de entrada para que entrara el aire fresco de la noche. Dios... ¿De dónde procedía esa imagen? Hacía mucho tiempo del último *flashback* de la agresión, y este había salido de la nada. Ya apenas recordaba el ataque siquiera. Había hecho todo lo posible por dejar eso atrás, y aunque las cicatrices físicas seguían ahí, creía que las heridas psicológicas se habían curado.

Pero, evidentemente, no era así.

Me recobré, vacié el serrín en el contenedor de basura y regresé a mi apartamento. El espacio familiar estaba tal y como lo había dejado esa misma mañana: unos muebles anodinos en un salón de tamaño bastante decente, con una cocina y un pequeño jardín privado en la parte de atrás. Era un lugar perfectamente razonable para vivir, pero ahora, con el recuerdo del pasado aún fresco en mi mente, me di cuenta de lo escasos que eran los recuerdos felices que tenía de aquel lugar. Al igual que ir en coche al trabajo, lo único que me retenía en aquel apartamento era la costumbre.

Tal vez había llegado la hora de hacer algún cambio.

Embargado por el desánimo, saqué la compra de las bolsas y luego abrí la nevera para coger una cerveza. El hecho era que estaba estancado; y el cambio se iba a producir, lo quisiera o no. Aunque tenía un contrato con la universidad, la mayor parte de mi trabajo consistía en labores de asesoría policial. Como antropólogo forense, me llamaban cuando se localizaban restos humanos demasiado descompuestos o degradados para que los analizara un patólogo. Era un campo altamente especializado, poblado, en su mayor parte, por expertos *freelance* como yo, que ayudaban a la policía a identificar restos cadavéricos y que proporcionaban la mayor cantidad de información posible sobre el cuándo y el cómo del fallecimiento. Con el tiempo, me había acostumbrado a mantener una estrecha relación con la muerte en todo su exceso sangriento, y dominaba a la perfección el idioma de los huesos, la putrefacción y la descomposición. Según los estándares de la mayoría de la gente, era un trabajo espantoso, y había veces en que a mí mismo me costaba un gran esfuerzo llevarlo a cabo. Unos años atrás había perdido a mi esposa y a mi hija en un accidente de coche, sus vidas se apagaron en un instante por culpa de un conductor ebrio que había resultado ileso. Atormentado por lo que les había sucedido, abandoné mi trabajo y retomé mi carrera como médico de atención primaria para ocuparme de los problemas de los vivos más que de los muertos. Me refugié en una pequeña localidad de Norfolk, tratando de escapar de cualquier conexión con mi vida anterior y con los recuerdos que la acompañaban.

Sin embargo, el intento no había durado demasiado. Las crudezas de la muerte y sus consecuencias habían acabado por encontrarme pese a todo, y había estado a punto de perder a otra persona a la que quería antes de aceptar que no

podía huir de quién era yo: para bien o para mal, aquel era mi trabajo y mi vocación, eso era lo que hacía. Lo que se me daba bien hacer.

O al menos así había sido. El otoño anterior había participado en una investigación envuelta en un halo de brutalidad en la zona de Dartmoor. Como resultado, murieron dos miembros del cuerpo de policía y un oficial superior se vio obligado a dimitir de su cargo. Si bien no había sido culpa mía, lo cierto es que fui un catalizador involuntario del escándalo resultante, y a nadie le gusta tener cerca a un polémico agitador. Y menos que a nadie, a la policía.

Y de pronto, el trabajo como asesor se había acabado.

De manera inevitable, aquello también tuvo repercusiones en mi trabajo en la universidad. Técnicamente, solo era un profesor asociado con contrato renovable que no ocupaba una plaza fija. Aquel acuerdo me daba la libertad de continuar con mi trabajo de asesoría policial y permitía que el departamento se beneficiara por asociación. Sin embargo, un asociado que colaboraba en importantes investigaciones de asesinatos mediáticos era muy distinto de ser alguien que de repente se convertía en *persona non grata* para todas las fuerzas policiales del país. Solo me quedaban unas pocas semanas para la renovación del contrato, y el nuevo jefe de antropología ya había dado señales más que evidentes de que el departamento no cargaría en su seno con ningún peso muerto.

Estaba claro que así era como me veía él.

Con un suspiro, me desplomé en un sillón y tomé un trago de cerveza. Lo último que me apetecía era ir de fin de semana a una fiesta en una casa, pero Jason y Anja eran viejos amigos. Conocía a Jason desde los años en la Facultad de Medicina y había conocido a mi mujer en una de sus fiestas. Junto con todo lo demás, había descuidado aquella amistad cuando me fui de Londres después de la muerte de Kara y Alice, y no había vuelto a recuperarla del todo desde mi vuelta.

Pero Jason me había llamado justo antes de Navidad, después de ver mi nombre en las noticias sobre la turbia y polémica investigación de Dartmoor. Había quedado con ellos dos varias veces desde entonces, y había experimentado un gran alivio al no sentir la incomodidad que esperaba. Se habían mudado

desde que perdimos el contacto, por lo que al menos me ahorraría los recuerdos agridulces que me habría evocado su antigua vivienda. Ahora vivían en una casa escandalosamente cara en Belsize Park, y tenían una segunda residencia en los Cotswolds.

Ahí era a donde iba a ir en coche al día siguiente. No fue hasta después de haber aceptado la invitación cuando supe que tenía trampa.

–Hemos invitado a más gente –me dijo Jason–. Y hay alguien a quien Anja quiere que conozcas. Es una abogada criminalista, así que seguro que tenéis mucho en común. Cosas de la policía y todo eso. Además, está soltera. Bueno, divorciada, pero es lo mismo.

–¿Así que de eso se trata? ¿Estás intentando emparejarme con alguien?

–Yo no, Anja –aclaró con exagerada paciencia–. Vamos, no te va a pasar nada por conocer a una mujer atractiva, ¿verdad? Si os caéis bien, genial, y si no, ¿qué hay de malo? Tú ven y a ver cómo va...

Finalmente, cedí. Sabía que la intención, por parte de él y de Anja, era buena, y tampoco es que mi agenda social estuviera llena precisamente. En ese momento, sin embargo, la perspectiva de pasar un fin de semana largo con extraños me parecía una idea terrible. «Pero ahora ya no puedo echarme atrás. Será mejor intentar pasarlo lo mejor posible.»

Con cansancio, me levanté y empecé a prepararme la cena. Cuando sonó el teléfono, creía que sería Jason, que llamaba para comprobar que no me había echado atrás. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de inventarme alguna excusa de última hora, hasta que vi que el número en la pantalla de la persona que telefoneaba era un número oculto. A punto estuve de no responder, pensando que debía de ser una llamada de *telemarketing*, pero las viejas costumbres acabaron por imponerse y contesté de todos modos.

–¿Puedo hablar con el doctor Hunter?

Era una voz masculina, y sonaba demasiado mayor para tratarse de algún teleoperador.

–Al habla. ¿Quién es?

–Soy el inspector Bob Lundy, del departamento de policía de Essex. –Su tono de voz era sosegado, casi pausado, con un ligero acento del norte. De Lancashire, tal vez–. ¿Le pillo en un mal momento?

–No, en absoluto.

Dejé la cerveza y me olvidé de la comida.

–Le ruego que me disculpe por molestarle en fin de semana, pero el inspector jefe Andy Mackenzie me ha dado su nombre. Trabajó con él en una investigación de asesinato hace un tiempo, ¿no es cierto?

Su tono convertía la frase en una pregunta, pero yo recordaba a Mackenzie perfectamente. Había sido el primer caso en el que había participado después de perder a mi familia, y oír su nombre poco después de haber estado rememorando esa época de mi vida parecía extrañamente oportuno. En aquel entonces solo era inspector de policía, y no siempre había sido una relación fácil, más por mi culpa que por la suya, así que agradecía el hecho de que le hubiese hablado a alguien de mí.

–Así es –dije tratando de no albergar demasiadas esperanzas–. ¿En qué puedo ayudarle?

–Nos han informado de que se ha localizado un cadáver en el estuario de Saltmere, a unos pocos kilómetros de la costa de la isla de Mersea. Esta noche no podemos hacer mucho, pero habrá marea baja en cuanto amanezca. Sabemos casi con absoluta certeza dónde podrá ir a parar, de modo que realizaremos un rastreo y una operación de rescate del cadáver tan pronto como la luz lo permita. Soy consciente de que le aviso con poco tiempo de antelación, pero ¿podría reunirse con nosotros mañana a primera hora de la mañana?

En ese instante, la fiesta de Jason y Anja destelló en mi mente, pero solo fue un segundo. Sabía que lo entenderían.

–¿Quieren que esté presente en el momento del rescate del cadáver?

Ya había trabajado otras veces en muertes por ahogamiento, pero normalmente me llamaban una vez se había recuperado el cuerpo del agua. Por lo general, un antropólogo forense solo era necesario si se trataba de los restos

de un esqueleto o si el cadáver estaba en avanzado estado de descomposición. Si se trataba de un ahogamiento reciente y el cuerpo todavía estaba en buenas condiciones, mi presencia carecería de sentido, y tampoco sería la primera falsa alarma por culpa de alguna bolsa de plástico o un fardo de ropa a la deriva.

–Si puede, sí, sería estupendo –dijo Lundy–. Los dueños de un velero de recreo vieron el cuerpo esta tarde. Su intención era subirlo a bordo hasta que estuvieron lo suficientemente cerca como para olerlo y cambiaron de idea.

Mejor así. Si el cadáver había empezado a oler, era señal de que se había iniciado el proceso de descomposición. Subirlo a un barco probablemente lo habría deteriorado aún más, y aunque era posible distinguir las lesiones *post mortem* de las causadas antes de la muerte, era mejor evitarlas.

–¿Alguna idea de quién podría ser? –pregunté mientras buscaba boli y papel.

–Hace unas seis semanas desapareció un hombre de la localidad –me explicó Lundy, y si hubiera prestado un poco más de atención habría sabido interpretar mejor aquellos segundos de vacilación–. Creemos que probablemente se trate de él.

–Seis semanas es mucho tiempo para que un cuerpo se desplace en un estuario sin que nadie lo encuentre –señalé.

Con razón los ocupantes del velero habían percibido el olor... No era extraño que unos restos humanos permanecieran flotando semanas o incluso meses, pero eso normalmente ocurría en aguas más profundas o en mar abierto. En un estuario, donde el cuerpo quedaría varado y expuesto por la marea baja dos veces al día, lo normal habría sido que alguien lo hubiese visto antes.

–Pues no es el caso –contestó Lundy–. Últimamente no hay muchas embarcaciones en el estuario, y nutre sus aguas un laberinto de arroyos y marismas. El cadáver podría llevar semanas flotando en la zona.

Traté de hacer un garabato en la libreta para comprobar si el bolígrafo escribía o no.

–En cuanto al hombre desaparecido..., ¿algo sospechoso en cuanto a su desaparición?

El inspector dudó de nuevo antes de contestar.

–No tenemos ningún motivo para pensar que hubiera alguien involucrado en su desaparición.

Solté el bolígrafo al reparar en la precaución del policía. Si no había nadie involucrado eso solo dejaba la opción de muerte por causas naturales, por accidente o suicidio, y el tono y la actitud de Lundy sugerían que no se trataba de ninguna de las dos primeras opciones. Aun así, eso no explicaba a qué obedecía tanta cautela.

–¿Hay algún aspecto delicado en este asunto? –pregunté.

–Yo no lo llamaría «delicado», exactamente. –Lundy hablaba como quien mide muy bien sus palabras–. Digamos que estamos bajo presión para averiguar si, efectivamente, es quien nosotros creemos que es. Mañana le contaré más detalles. Nuestro punto de reunión está en un antiguo criadero de ostras, pero tal vez le sea difícil de encontrar. Le enviaré las instrucciones por correo electrónico, pero tendrá que salir con tiempo para llegar allí. Los navegadores no son muy útiles en ese rincón perdido del mundo.

Cuando el inspector puso fin a la llamada, me quedé mirando al vacío. Era evidente que en aquel asunto había mucho más de lo que el policía había dejado entrever por teléfono, aunque no me imaginaba de qué podía tratarse. Un suicidio acostumbra a requerir un enfoque discreto, en especial en relación con la familia. Pero los agentes de policía no solían ser tan considerados.

El caso es que pronto lo descubriría. Y también por qué querían que estuviese presente en el momento de la recuperación del cuerpo. Incluso si tenían razón y el cadáver llevaba semanas en el estuario, la policía no tenía por norma requerir los servicios de un antropólogo forense para sacarlo del agua. Por lo general, su colaboración no era necesaria hasta que los restos llegaban a la morgue.

Sin embargo, no pensaba discutir por eso. Aquel era el primer trabajo de consultoría que me ofrecían en una larga temporada y, con suerte, una señal de que la actitud oficial hacia mi persona había iniciado una etapa de deshielo. «Por favor, Dios, que sea así...» De repente, incluso la idea de ir a cenar y pasar el fin de semana en casa de Jason y Anja ya no me parecía tan mala. Sí, tendría que desviarme y tardaría más tiempo en llegar a los Cotswolds, pero el rescate del cadáver no me ocuparía todo el día. Mis amigos entenderían que llegara tarde a la cita.

Sintiéndome más animado de lo que había estado en meses, me dispuse a preparar la maleta para el fin de semana.

Aún estaba oscuro a la mañana siguiente, cuando salí de casa. Ya había tráfico incluso a esa hora, tan temprana, cuando los faros de los camiones y de los trabajadores más madrugadores serpenteaban por la carretera. Sin embargo, fueron escaseando cada vez más cuando salí de Londres y me dirigí al este. Muy pronto, las carreteras dejaron de estar iluminadas mientras las estrellas irradiaban una luz más intensa cuando los barrios de las afueras, densamente poblados, quedaron atrás. El débil resplandor del navegador daba una falsa sensación de calor, pero a esa hora de la mañana aún hacía falta encender la calefacción. Había sido un invierno largo y frío, y a pesar de la fecha que marcaba el calendario, la primavera prometida no era más que un simple tecnicismo.

Me había despertado con el cuerpo dolorido, sintiéndome un poco torpe. Lo habría achacado a una miserable resaca si hubiese tomado más de una cerveza la noche anterior, pero lo cierto es que me sentí mejor después de una ducha caliente y un desayuno rápido, demasiado absorto en el día que tenía por delante para preocuparme por cualquier otra cosa.

Las carreteras de primera hora de la mañana estaban muy tranquilas. Las marismas costeras de Essex no se encontraban demasiado lejos de Londres; ciudades y paisajes de campos planos y bajos que libraban una batalla perpetua con el mar, en la que a menudo salían derrotados. Sin embargo, yo no estaba familiarizado con aquel tramo de la costa sudeste del país y, en las instrucciones que me había enviado por correo electrónico, Lundy me había insistido en que saliera con mucha antelación. Pensé que exageraba hasta que busqué en internet mapas del estuario de Saltmere. El «laberinto de arroyos y marismas» que había mencionado el inspector era un área llamada las Backwaters, un dédalo de canales y zanjas a merced de las mareas que bordeaba uno de los lados del estuario. En las fotografías por satélite se asemejaba a los vasos capilares que nutren a una arteria, y la mayoría de ellos solo eran accesibles por barco, aunque

tampoco durante la marea baja, cuando se secaba y se convertía en una árida llanura de humedales. La ruta que tenía planeado seguir solo bordeaba sus orillas, pero aun así las carreteras parecían pequeñas y tortuosas.

El brillo del navegador se atenuaba a medida que el cielo que tenía justo enfrente continuaba iluminándose. A un lado, la silueta de las refinerías de la isla de Canvey se recortaba contra ese mismo cielo, unas formas fractales negras con destellos de luces. Ya había más coches en la carretera, pero entonces tomé una vía secundaria y el tráfico menguó. No tardé en estar solo de nuevo mientras conducía en dirección a un amanecer nublado.

Apagué el GPS poco después, y decidí confiar únicamente en las instrucciones de Lundy. A mi alrededor, el paisaje era plano como una sábana, salpicado de espesuras de espino con alguna que otra casa o granero ocasionales. Las instrucciones del inspector me guiaron a través de un pueblo pequeño de aspecto deprimente llamado Cruckhaven, en las inmediaciones del cuello del estuario. Pasé junto a casas con la fachada de guijarros y también al lado de construcciones de piedra hasta llegar a un paseo marítimo y al puerto, donde algunos barcos arrastreros con el casco sucio y otros navíos de pesca yacían desplomados de costado sobre el barro, esperando que la marea regresara para devolverles su dignidad y su razón de ser.

El pueblo tenía un aire muy desangelado, así que no lamenté dejarlo atrás. La carretera proseguía bordeando el estuario, con el asfalto erosionado en los lugares donde la marea había desbordado las orillas. Y hacía poco de eso, además, según todos los indicios. Había sido otro invierno malo por culpa de las inundaciones, pero, absorto en mis propios problemas en Londres, no había prestado mucha atención a las noticias sobre las tormentas en la costa. A juzgar por la acumulación de algas en la calzada y los campos circundantes, allí sería más difícil ignorar esas noticias: el calentamiento global era algo más que un debate académico cuando se estaba tan expuesto a sus consecuencias.

Seguí la carretera hacia la desembocadura del estuario. Con la marea baja, lo único que quedaba era una llanura de fango salpicada de charcos y regueros de agua. Empecé a preguntarme si no me habría pasado algún desvío cuando, un

poco más adelante, en la costa, vi una hilera de edificios bajos. Había varios vehículos de la policía aparcados fuera y, por si me quedaba alguna duda, un poco más allá, el letrero de madera lo confirmaba: SALTMERE OYSTER CO.

Había un agente de policía custodiando el recinto, y habló con alguien por radio antes de dejarme pasar. Detuve el coche en un trozo de asfalto agrietado, junto a los demás vehículos y a un furgón policial, aparcados detrás de los desvencijados cobertizos de los pescadores de ostras. Cuando me bajé del coche, con los músculos entumecidos por el trayecto y el calor de la calefacción, el frío de la mañana me resultó tan vivificante como una ducha. El aire arrastraba consigo el chillido agónico de las gaviotas, además del olor a algas podridas y el aroma salado y terroso del lecho marino expuesto a la intemperie. Respiré profundamente mientras contemplaba el paisaje de la marea. En el estuario drenado, parecía como si un gigante hubiera arrancado con una pala un enorme pedazo del suelo, dejando únicamente una llanura de fango jalonada de charcos estancados. La escena recordaba a la desolación de los paisajes lunares, pero la marea ya había emprendido su regreso: ya se veían los riachuelos de agua serpenteando por los canales cincelados en el fondo del estuario, inundándolos a ojos vistas, en ese preciso instante, mientras los miraba.

Un cambio en el viento trajo el rumor rítmico de un helicóptero de la policía o de los guardacostas y vi, a lo lejos, su figura en forma de mancha, rastreando la superficie del agua. Aprovecharía la luz del día y la marea baja para realizar un barrido visual del estuario. En el agua, un cadáver no emitiría el calor suficiente para ser detectado por los rayos infrarrojos y sería difícil detectarlo desde el aire, especialmente si el cuerpo se desplazaba bajo la superficie. No habría mucho tiempo para encontrar los restos antes de que volviera la marea y se los llevara de nuevo.

«Pues entonces no te quedes ahí parado como un pasmarote», pensé. Una de las agentes del furgón me dijo que el inspector Lundy estaba en el embarcadero. Rodeé los cobertizos cerrados y me dirigí a la parte delantera. El casco tubular de una lancha semirrígida policial estaba en un remolque en la parte superior de una rampa de cemento, y fue entonces cuando entendí por qué se estaban efectuando las labores de búsqueda desde allí. La rampa se hundía en dirección a un canal profundo en el barro que había delante del embarcadero. Cuando subiera la marea, el agua lo llenaría primero, lo que permitiría lanzar la

lancha sin esperar a que el estuario se inundara por completo. El nivel del agua aún no estaba suficientemente alto, pero a juzgar por los remolinos y las turbulencias que encrespaban su superficie no tardaría mucho.

Había un grupo de hombres y mujeres junto a la lancha, hablando en voz baja mientras sujetaban vasos de plástico humeantes en la mano. Algunos iban vestidos con ropa de aspecto paramilitar, pantalones y camisas azul marino bajo unos voluminosos chalecos salvavidas que los identificaban como miembros de una unidad de la marina, pero los demás vestían de civiles.

–Busco al inspector Lundy –dije.

–Soy yo –respondió uno de los miembros del grupo, volviéndose hacia mí–. Es usted el doctor Hunter, ¿verdad?

Es difícil imaginar el aspecto de alguien por su voz, pero lo cierto es que Lundy coincidía a la perfección con la imagen que me había hecho de él. Debía de tener cincuenta y pocos años, y tenía el físico de un boxeador envejecido que había empezado a engordar: ya no estaba en forma, pero el cuerpo grande y robusto y los músculos seguían allí. Un bigote recio y abundante le confería el aspecto de una simpática morsa, mientras que detrás de las gafas con montura metálica la cara redonda le daba un aire afable y lúgubre al mismo tiempo.

–Ha llegado temprano. ¿Ha tenido problemas para encontrarnos? –preguntó a la vez que me estrechaba la mano.

–Me alegré de que me enviara las indicaciones –admití–. Tenía razón con lo del navegador...

–No llaman a este sitio las Backwaters porque sí... Verdaderamente, es un lugar dejado de la mano de Dios. Vamos, le daremos una taza de té.

Creí que iríamos al furgón, pero Lundy me llevó detrás de los cobertizos hasta su coche, un Vauxhall lleno de abolladuras que parecía tan resistente como su dueño. Abrió el maletero, sacó un termo grande y vertió un té humeante en dos vasos de plástico.

–Es mejor que lo que tienen ahí dentro en el furgón, créame –dijo mientras volvía a enroscar la tapa del termo–. A menos que no tome azúcar... Yo soy más bien de dulce.

Yo lo tomaba sin azúcar, pero agradecí el líquido caliente de todos modos. Además, estaba ansioso por saber más detalles sobre el caso.

–¿Ha habido suerte? –pregunté soplando para enfriar el té.

–Todavía no, pero el helicóptero lleva en el aire desde el amanecer. La oficial al frente de la investigación, la inspectora Pam Clarke, viene de camino con el patólogo, pero tenemos autorización para sacar el cuerpo en cuanto lo encontremos.

Me preguntaba dónde se habrían metido: el oficial superior a cargo de una investigación y el patólogo siempre estaban presentes en el momento de recuperar los restos y trasladarlos a tierra, ya que el lugar donde habían sido hallados podía ser una potencial escena del crimen y había que tratarla como tal. Sin embargo, eso no siempre resultaba práctico en los rescates de cadáveres en el mar, donde la operación quedaba a merced absoluta de las mareas y las corrientes. La prioridad en situaciones como aquella solía ser recuperar los restos lo antes posible.

–Dijo usted que tenían una idea bastante precisa de dónde podría estar localizado el cadáver, ¿verdad? –pregunté.

–Creemos que sí. Lo avistaron en el estuario alrededor de las cinco de la tarde de ayer. Seguramente la bajamar habría arrastrado el cuerpo a lo largo de bastantes metros. Si ha llegado al mar, lo único que hacemos es perder el tiempo, pero tenemos el convencimiento de que habrá embarrancado antes. ¿Ve aquello de allí?

Dirigió un dedo grueso hacia la desembocadura del estuario, a poco menos de dos kilómetros de distancia. Distinguí una serie de promontorios alargados que surgían del lecho de fango en forma de colinas bajas y de color pardo.

–Son los Barrows –continuó Lundy–. Son bancos de arena que se extienden a lo largo del estuario. Toda la zona se ha estado encenagando desde que instalaron las defensas marinas más arriba, en la costa. Han alterado tanto las

corrientes que ahora toda la arena arrastrada se acumula ante nuestra puerta: solo pueden entrar y salir los barcos de poco calado, incluso con la marea alta, así que hay muchas posibilidades de que el cadáver tampoco haya podido superar los escollos de los bancos.

Escruté los bancos de arena, a lo lejos.

—¿Cuál es el plan para recuperarlo?

Supuse que era ahí donde entraba yo en escena, para aconsejar sobre cómo manipular los restos sin dañarlos si la descomposición estaba ya muy avanzada. Seguía sin entender que mis servicios fuesen a ser absolutamente necesarios, pero no se me ocurría a qué otra razón obedecía mi presencia allí. Lundy sopló con delicadeza su té humeante.

—Va a ser una tarea compleja, veremos qué pasa en cuanto sepamos dónde se halla el cuerpo. Si está en los Barrows, no podremos subirlo hasta el helicóptero, porque los bancos de arena son demasiado blandos para aterrizar y el riesgo de bajar a alguien y que se quede atrapado allí es demasiado alto. Por mar es la mejor opción, así que no tenemos más remedio que esperar que podamos salir a rescatarlo antes de que la marea se lo lleve. —Sonrió—. Espero que se haya traído las botas de agua.

Había hecho algo mejor que eso, me había llevado las botas altas de pesca, consciente, por experiencias previas, de cómo podían llegar a ser los rescates de cadáveres en el agua. Por lo que había visto de momento, aquella tenía todos los números para ser la peor de todas.

—¿Dijo que tenían una idea más o menos certera de quién podría ser?

Lundy bebió un sorbo de té y se secó el bigote.

—Así es. Hace un mes desapareció un hombre de treinta y un años llamado Leo Villiers. Su padre es sir Stephen Villiers, no sé si le suena...

El tono de la frase era interrogativo, pero aquel nombre no significaba nada para mí. Negué con la cabeza.

—No he oído hablar de él.

–Bueno, la familia es muy conocida por aquí. ¿Ve toda esa tierra de allí? – Señaló hacia el otro lado del estuario. El terreno parecía ligeramente más elevado que donde estábamos, y en lugar de marismas y canales había campos de cultivo claramente delimitados por líneas oscuras de setos—. Esa es la finca Villiers, o al menos una parte de ella. Poseen muchas tierras a este lado también. Se dedican a la agricultura, pero sir Stephen está metido en otros muchos sectores. Petróleo de esquisto, industrias... Estos cobertizos y las bateas de ostras también son de su propiedad. Compró la granja de ostras hace una década y luego la cerró, seis meses después. Despidió a todo el mundo.

–Pues no sé si eso sentaría demasiado bien por aquí...

Empezaba a entender de dónde provenía la presión que Lundy había mencionado por teléfono.

–No sentó tan mal como cabría esperar. El plan es convertirlo en un puerto deportivo. Se habla de dragar canales en el estuario, de construir un hotel y transformar toda esta zona. El proyecto significaría cientos de puestos de trabajo local, así que eso apaciguó los ánimos por el cierre de la granja de ostras. Pero hay una fuerte oposición por parte de los ecologistas, así que mientras siguen las discusiones sobre los planes de futuro, lo ha paralizado todo. Puede permitirse el lujo de esperar y pensar a largo plazo y, al final, lo cierto es que cuenta con suficiente poder político para ganar.

Esa clase de gente solía tenerlo. Miré el lecho de barro del estuario, donde la marea empezaba a subir.

–¿Y qué tiene que ver su hijo con todo esto?

–Nada. Al menos no directamente. Leo Villiers era lo que se dice la oveja negra de la familia. Hijo único, su madre murió cuando apenas era un niño. Lo expulsaron de la escuela militar privada y luego abandonó los estudios universitarios para ingresar en el cuerpo de entrenamiento de oficiales en el último curso. Su padre logró inscribirlo en la Real Academia Militar pero no llegó a graduarse. No hay ninguna razón oficial, por lo que, al parecer, debió de meterse en algún lío y su padre tuvo que tirar de algunos hilos para sacarlo. Después de eso, protagonizó un escándalo detrás de otro. Su madre le dejó un fondo fiduciario, por lo que no necesitaba trabajar, y parecía disfrutar con su

vida disoluta. El típico donjuán guaperas, con las mujeres era como poner a un zorro a vigilar las gallinas, pero muy desagradable. Rompió un par de compromisos y se metió en todo tipo de problemas, desde conducir bajo los efectos del alcohol hasta agresión con agravantes. Para su padre siempre ha sido muy importante proteger el apellido Villiers, por lo que a los abogados de la familia se les acumulaba el trabajo. Pero ni siquiera sir Stephen podía encubrirlo todo. –Lundy me lanzó una mirada llena de inquietud–. Naturalmente, todo esto que le cuento es *off the record*.

Intenté no sonreír.

–No diré una sola palabra.

Él asintió satisfecho.

–Bueno, para abreviar, durante un tiempo pareció que se había calmado. Su padre al menos debió de creerlo así, porque intentó meterlo en política. Había rumores de que se iba a presentar como diputado del Parlamento por la circunscripción local, hizo entrevistas en prensa... Toda la parafernalia habitual. Entonces, de repente, todo se paró. El partido local encontró a otro candidato y Leo Villiers desapareció de la vida pública. Todavía no hemos podido averiguar por qué.

–¿Y fue entonces cuando desapareció?

Lundy negó con la cabeza.

–No, eso fue bastante antes. Pero desapareció otra persona. Una mujer de por aquí con la que había tenido una aventura.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no había sabido interpretar lo que pasaba allí: no se trataba solo de localizar a un hombre desaparecido. Había dado por sentado que Leo Villiers era la víctima, pero estaba equivocado.

Él era el sospechoso.

–Esto es estrictamente confidencial –dijo Lundy bajando la voz a pesar de que no había nadie cerca que pudiera oírlo–. No tiene ninguna relación directa con lo de hoy, pero más vale que le ponga en antecedentes.

–¿Cree que Leo Villiers mató a la mujer?

El inspector se encogió de hombros.

–Nunca encontramos su cuerpo, así que no pudimos probar nada, pero él era el único sospechoso. Ella era fotógrafa, se vino a vivir aquí desde Londres hace dos o tres años, cuando se casó. Emma Derby: una mujer glamurosa, muy atractiva. No era la clase de mujer que uno esperaría encontrar en un sitio como este. Villiers la contrató para que hiciera sus fotografías publicitarias para la campaña cuando parecía que iba a meterse en política, y luego le encargó algún trabajo de diseño de interiores para su casa. Resulta que ese no fue el único «trabajo» que hizo, porque tanto la asistenta como el jardinero afirmaron haber visto a una mujer semidesnuda que encaja con la descripción de Derby en el dormitorio de Villiers.

Frunciendo la boca con una mueca de desaprobación, Lundy se palpó los bolsillos y sacó un paquete de antiácidos. Extrajo un par de pastillas del blíster.

–Pero al parecer se pelearon –dijo, masticando las tabletas–. Tenemos varios testigos que la oyeron gritar y llamarlo «capullo arrogante» en alguna gala política de alto copete poco antes de desaparecer.

–¿Lo interrogaron?

–No sirvió de nada. Negó haber tenido un lío con ella, alegó que ella se le había insinuado, pero que él la había rechazado. Algo difícil de creer dado su historial, sobre todo teniendo en cuenta que no tenía coartada para el día de la desaparición. Aseguró que ese día se había ido de viaje, pero no dijo adónde ni ofreció ninguna forma de corroborarlo. Era evidente que ocultaba algo, pero los abogados de la familia nos pusieron toda clase de obstáculos e impedimentos. Amenazaron con demandarnos por acoso solo por mirarlo con recelo, y sin cadáver ni pruebas de ningún tipo, no había mucho que pudiéramos hacer. Peinamos el área donde vivían Emma Derby y su esposo, pero es una zona fundamentalmente de marismas y humedales a la que no se puede acceder a pie. El lugar ideal para deshacerse de un cadáver. Las labores de búsqueda eran un infierno, por lo que encontrar algo allí suponía todo un reto. Y, entonces, Leo Villiers desapareció también, así que, básicamente, eso fue todo.

Pensé en lo que Lundy había dicho por teléfono la noche anterior.

–Dijo que su desaparición no era sospechosa, pero alguien como él debía de tener enemigos. ¿Qué hay del marido de Emma Derby?

–Lo investigamos a conciencia. Una pareja bastante extraña, la verdad sea dicha. Él es bastante mayor que ella, y no era ningún secreto que tenían problemas antes incluso de que ella se liase con Villiers. Sin embargo, él estaba fuera del país cuando su esposa desapareció y luego, cuando fue Leo quien desapareció, se encontraba en Escocia. Comprobamos sus coartadas en ambas ocasiones. –Las comisuras de la boca de Lundy se torcieron hacia abajo–. Tiene razón sobre el hecho de que Villiers tenía enemigos, y me atrevería a decir que no va a haber mucha gente derramando lágrimas por él, pero no hay nada que sugiera que alguno de ellos estuviera involucrado en su desaparición, ni tampoco nada sospechoso. En un informe se mencionaba que el jardinero echó a un intruso de las inmediaciones de la casa no mucho antes de la desaparición, pero lo más probable es que se tratara de adolescentes del lugar.

Miré más allá de los cobertizos, hacia donde el lecho de fango del estuario desaparecía bajo el agua, cuya marea empezaba a ascender.

–Entonces ¿cree que Villiers se suicidó?

La cautela al teléfono del inspector me hizo sospechar que no se trataba de un mero accidente. Lundy se encogió de hombros.

–Había estado bajo mucha presión y nos consta que hubo al menos un intento de suicidio fallido durante su adolescencia. Los abogados de sir Stephen nos han impedido acceder a su historial médico, pero según los testimonios verbales de personas que lo conocían, es obvio que hay antecedentes de depresión. Además, había una nota.

–¿Una nota de suicidio?

Hizo una mueca de dolor.

–No la llamamos así oficialmente. Sir Stephen no quiere oír a nadie sugerir siquiera que su hijo pueda haberse suicidado, así que tenemos que andarnos con cuidado. Y la nota fue encontrada en la papelera de Leo, por lo que o bien era simplemente un borrador o cambió de idea y luego decidió no dejarla. Pero era su letra, y en ella había escrito que no podía seguir adelante, que odiaba su

vida... Esa clase de cosas. Además, la asistenta que encontró la nota nos dijo que su escopeta también había desaparecido. Una obra de artesanía, hecha a mano por la casa Mowbry & Sons. ¿Ha oído hablar de ellos?

Negué con la cabeza: estaba más familiarizado con los efectos de los disparos de las armas de fuego que con sus fabricantes.

—Son competencia directa con los Purdey en cuanto a escopetas de encargo. Una elaboración artesanal preciosa, para quien le gusten ese tipo de cosas, y exorbitantemente caras. El padre de Villiers se la compró cuando cumplió dieciocho años. Debió de haber costado casi tanto como mi casa.

Un arma más barata hubiera sido igual de letal, pero empezaba a comprender por qué Lundy se había mostrado tan prudente para no hablar más de la cuenta. El suicidio era un acto difícil de asimilar para cualquier familia, especialmente si se trataba de un hombre sospechoso de asesinato. Sería un golpe doblemente difícil de aceptar para cualquier padre, por lo que no era de extrañar que sir Stephen Villiers estuviese en plena fase de negación. Pero en su caso, lo que lo distinguía era que él disponía tanto del dinero como del poder necesarios para no tener que salir de ella... aunque sería más complicado si aquel resultaba ser el cadáver de su hijo.

La mancha lejana del helicóptero todavía era visible, si bien ahora el viento hacía que el ruido se alejase cada vez más de nosotros. Parecía haber dejado de moverse.

—¿Qué le hace pensar que se trata de Villiers y no de Emma Derby? —pregunté.

Dudaba de que los ocupantes del velero que habían visto el cuerpo a la deriva hubieran podido distinguir su género.

—Porque la mujer desapareció hace siete meses —contestó Lundy—. Simplemente, no concibo que su cuerpo aparezca ahora, después de todo este tiempo.

Tenía razón. Aunque inicialmente un cadáver se hunde en el agua, cuando el aire retenido en los pulmones escapa por completo vuelve a resurgir a la superficie debido a la acumulación de gases de la descomposición, que lo hacen

flotar de nuevo. Cuando eso sucedía, el cadáver podía pasar semanas a la deriva, dependiendo de la temperatura y las condiciones climáticas, pero siete meses era demasiado tiempo, sobre todo en las aguas relativamente poco profundas de un estuario. La combinación de mareas, animales carroñeros y aves marinas hambrientas se habrían cobrado su pieza mucho antes.

Aun así, en todo aquello había algo que no me cuadraba. Repasé lo que Lundy había dicho, tratando de encajar las piezas.

–Entonces ¿Leo Villiers no desapareció hasta seis meses después de que lo hiciera Emma Derby?

–Más o menos, así es, aunque no estamos seguros exactamente de cuándo. Hay un intervalo de dos semanas entre la última vez que alguien tuvo contacto con él y la fecha de la denuncia de su desaparición, pero estamos bastante seguros de que...

El inspector interrumpió su frase cuando oímos un silbido procedente del embarcadero. Un miembro de las unidades de actividades subacuáticas había aparecido por detrás de los cobertizos. Levantó el pulgar antes de darse media vuelta y volver por donde había venido.

Lundy sacudió las últimas gotas de té de su taza.

–Espero que esté listo para mojarse los pies, doctor Hunter –dijo cerrando de nuevo la tapa del termo–. Parece que el helicóptero ha encontrado algo.

### 3

El agua salada me salpicó la cara cuando la lancha se inclinó hacia un lado. Me enjuagué los ojos, agarrándome al borde del asiento mientras nos deslizábamos a trompicones por la superficie. Las aguas del estuario no eran especialmente bravas, pero navegábamos contra la marea y el viento. La lancha daba una brusca sacudida cada vez que la proa golpeaba la sucesión de olas, y tras cada una de ellas caía una cortina de espuma fría sobre la estructura abierta de la cabina.

Ya era pleno día, aunque el sol apenas era un brillo difuso en el cielo nublado. El olor a plástico del casco de la embarcación se mezclaba con las emisiones de diésel y los cabos empapados de sal. El sargento de la unidad de actividades subacuáticas pilotaba la embarcación, sorteando las olas con facilidad mientras agarraba el pequeño timón. Me senté detrás de él con Lundy y otros tres oficiales de la unidad, equipados con chalecos salvavidas. La lancha estaba abarrotada. Los seis la compartíamos con una camilla y dos pilas de planchas de aluminio, cada una a un lado de la embarcación para no desequilibrarla.

Di un bote en el asiento cuando chocamos de frente con una ola. Lundy me sonrió, con las gafas salpicadas de agua.

—¿Está usted bien? —gritó para que lo oyera por encima del ruido del viento y el motor—. ¡No tardaremos en llegar!

Asentí. Había salido a navegar de joven, así que, por lo general, los zarandeos no me molestaban. No obstante, no me resultaba de gran ayuda la sensación de malestar con la que me había despertado, pero traté de olvidarla. A mí también me habían dado un chaleco salvavidas, de color naranja brillante en lugar del azul oscuro de los miembros de la unidad de actividades subacuáticas. Las botas de goma, que como estaba sentado me llegaban hasta el pecho,

resultaban incómodas, al igual que el mono impermeable que llevaba debajo. Sin embargo, al mirar a los bancos de lodo del estuario a ambos lados, sabía que me alegraría de llevarlas puestas.

La marea había regresado con una rapidez sorprendente. Para cuando me cambié y hube cogido del coche mi maletín con el equipo, la unidad de actividades subacuáticas ya estaba desenganchando la lancha del remolque y bajándola por la rampa. El canal frente al embarcadero ya estaba inundado casi por completo, y el agua crecía y se acumulaba a ambos lados de la rampa de cemento mientras el lodo y las piedras del estuario desaparecían bajo el mar embravecido.

—No vamos a tener mucho tiempo —me había advertido Lundy mientras esperábamos junto a la rampa—. El helicóptero nos acaba de comunicar que el cadáver está embarrancado en un banco de arena, pero no permanecerá allí mucho tiempo. Aquí la marea sube a una velocidad asombrosa, así que tendremos que actuar con rapidez.

Con mucha rapidez, al parecer. Aquello iba a ser una carrera para recuperar el cuerpo antes de que la marea volviera a arrastrarlo consigo, lo que me hizo cuestionarme mi presencia allí. Aunque prefería examinar los restos *in situ* si tenía oportunidad, allí no iba a haber apenas tiempo para eso. La prioridad sería recuperar el cuerpo cuanto antes, y Lundy y la unidad de actividades subacuáticas eran perfectamente capaces de hacerlo solos.

Miré por encima de la proa roma de la lancha cuando llegamos a las aguas más profundas en medio del estuario y luego nos dirigimos hacia los Barrows. Teníamos los bancos de arena justo delante, una barrera natural que se extendía prácticamente de orilla a orilla. Quedaban aislados por la marea creciente, pero, aun así, estaban expuestos, protuberancias marrones que emergían del agua como una manada de ballenas varadas. Más allá, donde el estuario se encontraba con el mar abierto, vi tres estructuras de aspecto extraño que sobresalían del agua. Se encontraban a una distancia demasiado lejana para distinguir algún detalle, pero desde la lancha parecían cajas cuadradas colocadas encima de unas estructuras piramidales. Torres de petróleo, tal vez, aunque estaban demasiado cerca de la orilla para serlo.

Lundy me vio mirar.

–Es un fuerte marino.

–¿Un qué?

Teníamos que gritar por encima del ruido del motor.

–Una torre fortificada de defensa, de Maunsell. El ejército y la armada las construyeron siguiendo la línea de la costa durante la Segunda Guerra Mundial para mantener a los barcos alemanes fuera de los estuarios. Esta es del ejército. Antes tenía siete torres unidas por pasarelas, pero ahora solo quedan estas tres.

–¿Aún las usa alguien? –grité.

Lundy dijo algo, pero el viento y el ruido se llevaron su respuesta. Negué con la cabeza. Se acercó más.

–He dicho que solo las gaviotas. Ninguna de las fortalezas marinas del ejército está actualmente en funcionamiento. Algunas las utilizaban emisoras de radio pirata en la década de 1960, como esta de aquí y la de Red Sands, en el estuario del Támesis. Pero la mayoría fueron desmanteladas o se derrumbaron hace años. Hace un tiempo se habló de convertir esta que ve en un hotel, pero al final el proyecto quedó en nada. –Lundy negó con la cabeza al pensar en semejante disparate–. No puedo decir que me sorprenda. A mí no me gustaría alojarme aquí.

Ni a mí tampoco, pero ya casi estábamos en los Barrows, así que desistí de intentar mantener una conversación. Fue un alivio cuando, al reducir la velocidad a medida que la lancha se acercaba, el ruido también comenzó a mitigarse. Ahora ya se oía el zumbido del helicóptero. Estaba suspendido en el aire delante de nosotros, cuyas luces parpadeaban mientras montaba guardia encima del cadáver.

El sargento de la unidad de actividades subacuáticas maniobró para desplazarse con la lancha entre los bancos de arena, que se elevaban como pequeñas islas por todas partes, mientras las olas azotaban sus costados lisos. La marea no tardaría mucho en cubrirlos por completo, y comprendí lo que Lundy había querido decir cuando aseguró que los Barrows hacían que el estuario fuera

prácticamente intransitable. Ya era bastante difícil sortearlos cuando aún eran visibles por encima de la superficie, de modo que ocultos bajo la pleamar serían muy traicioneros.

Ya casi nos hallábamos bajo el helicóptero. El movimiento de sus rotores era ensordecedor, y su fuerza nos zarandeaba y aplastaba la superficie del agua.

–Ahí está.

Lundy señaló algo delante de nosotros, pero yo no veía nada más allá de su voluminosa figura. Entonces la lancha redujo la velocidad y, al dar la vuelta, vi el cadáver por primera vez. La marea lo había depositado parcialmente en la ladera de barro de un banco de arena, un fardo de ropa empapado con la inmovilidad que solo los seres inanimados y los difuntos pueden adoptar. Se hallaba boca abajo, con la cabeza cerca del agua y las piernas y los pies en el montículo del banco de arena. Mientras lo miraba, una gaviota aterrizó cerca del cadáver, pero tras acercarse a saltitos para examinar el cuerpo, perdió el interés.

En aquel momento supe que no se trataba de un ahogamiento reciente.

Lundy habló por radio y levantó una mano en señal de reconocimiento mientras el helicóptero se elevaba en el aire y se alejaba. La inercia nos empujó adelante cuando se paró el motor de la lancha, y en el repentino silencio se oyó el ruido del golpe seco al encallar en la arena. Sin dejar de mirar el cadáver, me dispuse a bajar de la lancha. El banco de arena parecía suficientemente sólido, pero tenía la consistencia gélida y granulosa del cemento húmedo. Estuve a punto de perder el equilibrio cuando se me hundió la pierna en él hasta la rodilla.

–Tenga cuidado –me advirtió Lundy mientras me sujetaba del brazo–. Es mejor esperar a que bajemos las pisaderas. Vigile o se hundirá hasta la cintura.

–Gracias –contesté avergonzado.

Levanté y liberé el pie; me alegraba de llevar las botas de pesca. En ese momento entendí por qué la policía no había querido que nadie bajara del helicóptero: era imposible recuperar el cadáver de ese modo sin quedar atrapado.

Los oficiales de la unidad de actividades subacuáticas empezaron a colocar las planchas metálicas en el banco de arena, formando un camino hasta donde se hallaba el cuerpo. Las placas se hundieron bajo nuestro peso y el agua subió por los bordes. No tardaron en ensuciarse y volverse resbaladizas, pero era mejor que intentar andar sobre la arena húmeda.

Me quedé inmóvil mientras trabajaban, fijándome en la disposición desordenada de las extremidades. La marea había depositado el cuerpo boca abajo, en la misma posición en la que habría estado flotando. Llevaba un abrigo largo y oscuro de algodón encerado o algún material rígido similar, recubierto por completo de barro e hinchado por el aire que aún quedaba atrapado en su interior. Tenía un brazo junto al costado, mientras que el otro le cubría la cabeza en actitud de aparente abandono.

Incluso desde esa distancia advertí que le faltaban las manos y los pies.

–Me gustaría echar un vistazo antes de moverlo –le dije a Lundy cuando los oficiales terminaron de colocar las planchas.

–Pero tendrá que apresurarse. Dentro de escasos minutos esto quedará sumergido bajo el agua.

Tenía razón. Pese a sus advertencias, seguía asombrándome la rapidez con que subía la marea. Las olas nos azotaban los talones; en el tiempo que se había tardado en colocar las pisaderas, el nivel del agua había subido hasta el nuestro, elevándose por encima de la mitad de la ladera del banco de arena.

Con cuidado de no resbalar en las planchas cubiertas de barro, me abrí paso hasta el cadáver. Parecía completamente desamparado, como un desecho que se tira y se arroja a la basura. Otra gaviota se acercó saltando hacia él, dejando unas huellas en forma de flecha en la arena mojada. Echó a volar y se alejó, graznando a modo de protesta mientras yo me acercaba. Unas cuantas más volaban en círculos sobre nosotros en el cielo de color cinc, pero al igual que el ave solitaria que había visto antes, ninguna prestaba atención a lo que había en el banco de arena. Eso decía mucho sobre su estado: si ni siquiera los pájaros carroñeros voraces como las gaviotas mostraban interés, entonces es que debía de estar en un estado de descomposición muy avanzado.

Mis sospechas se vieron confirmadas al cabo de un momento, cuando cambió el viento y el olor rancio de tejido animal putrefacto contaminó el olor a sal. Me detuve a unos metros de distancia y examiné el cuerpo. Pese a la posición encogida, en vida debía de haber sido un individuo más alto que la media, lo que incrementaba las posibilidades de que se tratara de un hombre, aunque no estaba seguro: podría ser una mujer inusualmente alta. Casi la totalidad de la cabeza quedaba oculta por el largo abrigo, que se había apelotonado encima de ella como una capucha, de modo que por encima del cuello del abrigo solo se veían unos pocos mechones de pelo apelmazado por la arena.

Me agaché para ver mejor. Del dobladillo del pantalón asomaban unos muñones romos de hueso y cartílago de color claro, mientras que los antebrazos terminaban en las muñecas. Había un reloj de oro incrustado en la carne hinchada de una de ellas. No había rastro de las manos o los pies en ninguno de los bancos de arena cercanos, pero lo cierto es que me habría sorprendido encontrarlos. Si bien aquel no era el primer cadáver que encontraba al que le habían amputado las manos para impedir la identificación, allí no vi ninguna señal obvia en los huesos de las muñecas y los tobillos que indicase que los hubiesen seccionado. Simplemente, sin ropa para protegerlos, las manos y los pies se habrían desprendido a medida que el tejido conectivo de las articulaciones se había descompuesto.

Saqué mi cámara del bolsillo lateral de las botas y empecé a tomar fotografías. No oí a Lundy acercarse hasta que me habló.

–Podemos facilitarle copias de nuestro vídeo.

Miré a mi alrededor; se movía con agilidad para ser un hombre tan corpulento, incluso sobre las planchas de metal.

–Gracias, pero sacaré unas fotos de todos modos.

Era lo que hacía normalmente; de ese modo, si pasaba algo por alto, la culpa sería mía y solo mía. Lundy se quedó mirando el cuerpo.

–Es un hombre, por lo que parece. Debe de haber estado en el agua bastante tiempo para haber perdido las manos y los pies. Encaja con el tiempo que Leo Villiers lleva desaparecido, ¿no cree?

Esperaba que me hiciese esa pregunta. Por lo general, calcular el tiempo transcurrido desde la muerte era una de mis especialidades, por así decirlo. Había hecho prácticas en la Granja de Cuerpos de Tennessee, donde se empleaban cadáveres humanos para realizar experimentos controlados sobre la descomposición. Había aprendido a determinar cuándo había muerto un individuo, a evaluar la actividad bacteriana y el grado de putrefacción, a utilizar fórmulas secretas para analizar la descomposición de los ácidos grasos volátiles de un cadáver. Podía afirmar, sin parecer engreído, que entendía tan bien como la mayoría de los entomólogos forenses el ciclo de vida de las moscardas, y la forma en que distintos insectos colonizan un cadáver en estado de putrefacción. Y si bien todavía prefería llamarlo experiencia en lugar de instinto, con los años, el hecho de ser capaz de determinar con precisión semejantes procesos se había convertido para mí en algo completamente natural.

Pero eso era en tierra. En tierra, un cuerpo permanecía en un sitio fijo, y la naturaleza colaboraba proporcionando criterios perfectamente cuantificables. Con el agua, todo era distinto. Aunque en el medio marino no escaseaban los carroñeros, no había un equivalente acuático para una moscarda, cuyo ciclo de vida proporcionaba un cronómetro extremadamente útil para medir el tiempo desde la muerte. Y un cadáver a la deriva se desplazaba, cambiando de profundidad y, por tanto, de temperatura, ya que estaba sometido a las mareas y las corrientes. La situación era aún más compleja en un estuario como aquel, donde el río se encontraba con el mar y convergían los ecosistemas marino y de agua dulce.

Miré el cuerpo. Salvo por las nudosas articulaciones de las muñecas y los tobillos, el abrigo cubría la mayor parte de él. Aun así, lo que vi era suficiente.

—En estas condiciones, las manos y los pies no tardarían en separarse, incluso en esta época del año. Así que, probablemente, la respuesta a su pregunta es sí...

En el último segundo me abstuve de añadir un «pero». Cuatro a seis semanas eran sin duda tiempo suficiente para que las manos y los pies se desprendieran en aguas de marea poco profundas como aquellas. Eso no era lo que me preocupaba, pero no quería comentar nada hasta que hubiera visto más.

Lundy se me quedó mirando un momento, como si esperara que siguiera hablando. Como no lo hice, asintió.

–Bien, vamos a subirlo a la lancha.

Me aparté cuando dos oficiales de la unidad de actividades subacuáticas se desplegaron a ambos lados de las planchas metálicas, sujetando la camilla. El sargento los seguía con una bolsa para cadáveres y una funda de plástico doblada.

–¿Cómo vamos a hacerlo? –preguntó uno de ellos, soltando la camilla y mirando el cuerpo boca abajo con cara de asco.

–Coloquen el cadáver haciéndolo rodar sobre la funda de plástico, y así podremos levantar la funda y meterlo en la bolsa para cadáveres –le indicó el sargento. Se volvió hacia Lundy, y en el último momento reparó también en mí–. A menos que tengan otra idea, ¿señor?

–Siempre que se mantenga en una sola pieza –contestó Lundy en voz baja–. ¿Le parece bien, doctor Hunter?

Tampoco es que hubiera muchas más opciones. Me encogí de hombros, puesto que sabía que la pregunta era una mera formalidad.

–Está bien. Pero tengan cuidado con el cuerpo.

El sargento de la unidad intercambió una mirada con uno de los miembros de su equipo a modo de silencioso comentario sobre mi consejo. La marea ya estaba lamiendo la cabeza del cadáver cuando desplegaron la funda de plástico y la extendieron a su lado. Todos los oficiales llevaban mascarillas y gruesos guantes de goma, así como botas altas similares a las mías. En cuanto terminé con la cámara, me puse una mascarilla y mis guantes encima de los finos guantes de nitrilo azul que ya llevaba puestos.

–Muy bien, con cuidado. Levantamos y colocamos a la de tres. Uno, dos...

El cuerpo se desplazó despacio, deslizándose sobre el plástico. Desprendió una ráfaga de aire fétido y húmedo al liberarse de la succión de la arena húmeda y caer de espaldas sobre el plástico. Uno de los oficiales dio media vuelta y levantó un brazo para taparse la nariz.

–Ufff...

Envuelto en el abrigo largo, el fardo que yacía en la funda de plástico ya no parecía humano. No quedaba absolutamente ningún indicio de la edad, la raza o el sexo al que pertenecía. La mayor parte de la piel y la carne habían desaparecido del cráneo, y las cuencas de los ojos eran agujeros vacíos. Los vulnerables globos de gelatina habrían sido uno de los primeros objetivos de los carroñeros. Había incluso señales precoces de adipocira, una sustancia blanca y sucia, como si una vela derretida se hubiera derramado sobre el resto de las facciones. Era la caricatura de una cara, con las cuencas huecas taponadas con arena, mientras que la nariz era un trozo de cartílago roído, algo perfectamente previsible dado el tiempo que el cuerpo había permanecido en el agua.

Sin embargo, faltaba enteramente la parte inferior de la cara. En el lugar donde debería haber estado la boca, unas fauces abiertas dejaban al descubierto el tejido cartilaginoso de la parte posterior de la garganta. El maxilar inferior, o mandíbula, había desaparecido por completo y solo quedaban unos pocos bulbos dentarios en el maxilar superior.

La cabeza había quedado ladeada al trasladar el cuerpo rodando sobre la lámina de plástico. Ahora que el cuello del abrigo ya no la tapaba, vi lo que parecía un orificio de salida en la parte posterior del cráneo, lo suficientemente grande como para que cupiera mi puño.

Lundy lo examinó, impasible, y luego se volvió hacia mí.

–¿Qué opina, doctor Hunter? ¿Una escopeta?

Me di cuenta de que estaba frunciendo el ceño y salí de mi ensimismamiento.

–Eso parece –convine. La afectación en la parte inferior de la cara ciertamente apuntaba a la violencia más explosiva de una escopeta en lugar de un rifle o una pistola–. Hay algo incrustado en la parte posterior de la garganta.

Sin tocar el cuerpo, me incliné para acercarme y ver mejor. Había un objeto incrustado en el hueso y el tejido mutilado: un pequeño disco de color marrón, con los bordes demasiado regulares para ser natural.

–Es el taco de un cartucho de escopeta –dije, sin ninguna intención de retirarlo.

Eso confirmaría el tipo de arma. En realidad, no es que hubiese ninguna duda, pero era harto improbable que alguno de los perdigones se hubiese quedado alojado en el cuerpo. Los perdigones de escopeta empiezan a dispersarse en el momento en que salen del cañón del arma. Cuanta más distancia recorren, mayor es su diseminación, así como la herida resultante. A juzgar por el tamaño relativamente pequeño de aquella, los perdigones habían estado muy juntos, y habían permanecido así en el momento de perforar el orificio de la parte posterior del cráneo, lo que indicaba que habían sido disparados a corta distancia.

A bocajarro.

–Por su aspecto, se trata de una herida de contacto –dije. Una ráfaga de escopeta disparada desde uno o dos centímetros creaba una especie de efecto tatuaje, como era el caso–. Los restos de los dientes y los huesos están ennegrecidos, y aún se observa bastante abrasión en los tejidos blandos. El cañón estaba dentro de la boca o apoyado en ella cuando se produjo el disparo. A esa distancia, me sorprende que el taco del cartucho no haya traspasado el cráneo.

Lundy asintió con la cabeza.

–Entonces podría ser autoinfligida.

–Así es, sí.

Una herida de contacto era compatible con un suicidio, sobre todo cuando se utilizaba una escopeta. La longitud de la mayoría de los cañones de escopeta dificultaba la tarea de colocarlos del revés y alcanzar el gatillo a la vez, por lo que el contacto era inevitable. Por supuesto, eso no excluía la posibilidad de que otra persona hubiese efectuado el disparo.

Lundy debió de captar mi tono de voz. Frunció los ojos en una sonrisa, aunque en realidad no podía verla por culpa de la mascarilla.

–No se preocupe, no estoy llegando a ninguna conclusión. Pero parece que, efectivamente, es quien pensábamos que sería.

Eso no podía discutírselo. Un hombre con tendencias suicidas había desaparecido junto con su escopeta, y ahora se había hallado un cuerpo con una herida de bala de contacto. Parecía haber pocas dudas respecto a la identidad de Leo Villiers.

Guardé silencio.

Lundy hizo señas a los oficiales de policía que esperaban.

–Está bien, subámoslo a la lancha.

En los escasos minutos que habíamos estado hablando, la marea había subido considerablemente. El mar ya cubría el borde inferior del plástico. Mientras Lundy llamaba a sus superiores para informarles, agarré una esquina de la funda mientras los oficiales de la unidad de actividades subacuáticas sujetaban las otras. El agua cayó a chorros del plástico mientras levantábamos el peso muerto y lo colocábamos en la bolsa para cadáveres, abierta encima de la camilla.

Me pareció que era lo menos que podía hacer; no podía contribuir mucho más.

Una vez que lo hubimos subido todo a bordo de la lancha, me senté en el mismo asiento que antes al tiempo que el motor cobraba vida. No hacía tanto, la parte superior de los bancos de arena habían estado a la altura de nuestras cabezas; ahora, en cambio, estábamos casi al mismo nivel, mientras la marea seguía subiendo. Volví a mirar hacia el lugar que estábamos dejando atrás. Las olas ya azotaban el sitio donde antes yacía el cadáver, alisando la arena y borrando cualquier señal de que hubiese habido algo.

Lundy me dio un codazo cuando la lancha ganó velocidad. Señaló un promontorio rocoso que sobresalía en el estuario, en el lado de mar de los Barrows.

–¿Ve eso de allí? Es Willets Point, donde vivía Leo Villiers.

A diferencia de casi todos los demás lugares que había visto en aquella zona, el promontorio exhibía una densa arboleda. Semiescondida entre los árboles, una enorme casa victoriana de color blanco se alzaba en el solitario

afloramiento de tierra. Sus grandes ventanales daban al mar, justo encima de un pequeño embarcadero, y solo les afeaban la vista las torres del fuerte marino que custodiaban el estuario.

–Antiguamente era la casa de verano de la familia, pero estuvo abandonada hasta que Villiers decidió mudarse aquí hace unos años –dijo Lundy alzando la voz por encima del motor–. Su padre divide su tiempo entre Londres y la casa principal, a las afueras de Cambridge, así que Leo la tenía para él solo. No está mal para un pisito de soltero, ¿verdad?

No, no estaba nada mal, pero lo cierto era que, al final, la riqueza de la familia no le había servido de mucho a Villiers. Pensé de nuevo en el estado del cadáver.

–Decía antes que no estaban seguros de cuándo desapareció –dije a voz en grito–. ¿Cómo es eso?

Lundy se inclinó para poder hablar sin gritar.

–No denunciaron su desaparición hasta hace un mes, pero en realidad, la última vez que alguien tuvo contacto con él fue quince días antes de que se presentara la denuncia. Llamó a una veterinaria para que fuera a su casa a sacrificar a su perro, que estaba ya muy viejo. La veterinaria declaró que estaba muy afectado, y nadie lo vio ni habló con él después de eso. No hay registros de llamadas telefónicas o correos electrónicos, tampoco ninguna actividad en redes sociales. Nada. De manera que sea lo que sea lo que pasó, sucedió en algún momento durante ese período de dos semanas. Nuestras investigaciones no se remontan más allá de este plazo, pero la última vez que se usó su tarjeta de crédito fue para pagar la factura de la veterinaria, así que creemos que fuera lo que fuese probablemente ocurrió hace seis semanas en lugar de cuatro, pero nadie se dio cuenta hasta más tarde.

–¿Nadie lo echó en falta durante dos semanas? –Eso podría ser en el caso de algún jubilado solitario sin amigos ni familia, pero parecía demasiado tiempo para alguien como Leo Villiers–. ¿Qué hay de su padre?

–No estaban lo que se dice muy unidos. Parece que había cierta tensión en su relación, por lo que no era raro que pasaran semanas sin hablarse. Fue su asistente quien denunció la desaparición. Villiers no tenía mucho personal de

servicio, solo ella y un jardinero que iban a la casa una vez por semana. Ella tenía su propia llave y era habitual que no hubiese nadie en la vivienda, así que al principio no le dio importancia, pero luego volvió al cabo de una semana y la casa estaba hecha un desastre. Botellas por todas partes, platos sucios en el fregadero, restos de comida... Como él acostumbraba a montarse sus juergas particulares, lo limpió todo y se fue. Sin embargo, se fijó en que el armario donde guardaba la Mowbry estaba abierto y vacío, cosa que le extrañó, porque Villiers rara vez la sacaba. No le gustaba cazar, lo cual es sorprendente. No fue hasta que volvió a la semana siguiente y encontró la casa tal como la había dejado cuando sospechó que allí pasaba algo raro. Las cartas rebosaban en el buzón. El coche de Villiers no se había movido de su sitio, y tampoco el bote que tenía amarrado allí, así que la mujer echó un vistazo, encontró la nota y nos llamó.

—¿No llamó primero al padre?

—No creo que sir Stephen sea la clase de hombre que atiende llamadas telefónicas del personal de servicio. Además, supongo que la mujer pensaba que era mejor que le comunicásemos la noticia nosotros... por lo de pegarle un tiro al mensajero y esas cosas... —Lundy pareció avergonzarse al darse cuenta de lo que había dicho—. Lo siento. Una elección de palabras bastante desafortunada.

—¿Y la escopeta? ¿No estaba en la casa? —pregunté. Aunque el arma hubiera caído al agua, la habrían encontrado con la bajamar.

—No, lo que al principio nos hizo plantearnos si no habría alguien más involucrado. Pero teniendo en cuenta la nota y todo lo demás, el suicidio todavía parecía la opción más probable, así que trabajábamos con la hipótesis de que se disparó en otro lugar. Probablemente en las Backwaters, y por eso su cuerpo ha tardado tanto en aparecer. Eso también explicaría por qué no hemos encontrado la Mowbry.

Se recostó hacia atrás, dejándome espacio para reflexionar sobre sus palabras. Leo Villiers llevaba desaparecido al menos cuatro semanas, posiblemente unas seis. Sopesé el grado de descomposición que acababa de ver y los factores probables que podrían afectar a un cadáver desplazándose a la deriva en las aguas de aquel estuario. Entre ellos se contaban la temperatura y

los animales carroñeros, tanto acuáticos como aviares, y luego, el efecto del agua salobre y las mareas, que lo dejarían expuesto al viento y a las condiciones climáticas dos veces al día.

Interrumpió mis pensamientos el rayo de sol que atravesó un hueco entre las nubes de gasa y tiñó de dorado la agitada superficie del estuario con destellos de luz. De pronto, algo en la orilla nos deslumbró cuando la luz del sol se reflejó sobre un objeto, una botella o un trozo de cristal. Pero entonces un nuevo velo de nubes volvió a cubrir el sol y el brillo se desvaneció.

Un comité de recepción nos esperaba junto a los cobertizos de los pescadores de ostras. Cuando nos aproximamos, vi a un grupo de personas de pie en el embarcadero, además de los oficiales de policía que habíamos dejado allí. Una de ellas iba vestida con un mono de color azul, por lo que intuí que era el patólogo que Lundy había mencionado antes. A su lado había una mujer alta con un impermeable de color claro, que supuse debía ser la inspectora Clarke, la oficial al cargo de la investigación.

No sabía quiénes eran los otros dos hombres. Estaban separados del resto, al otro extremo del muelle. Ambos lucían unos abrigos oscuros y, cuando la lancha se acercó, vi la gorra puntiaguda que señalaba a uno de ellos como oficial de policía de alto rango.

–Ay, Dios... –murmuró Lundy cuando vio a las personas del muelle.

–¿Qué sucede? –pregunté.

El inspector había pasado la mayor parte del viaje de regreso desde los Barrows en la proa de la lancha, sin importarle la capa de frío rocío que lo empapaba cada vez que la embarcación atravesaba una ola. Las sacudidas y los saltos bruscos en el agua no solo no parecían molestarle en absoluto, sino que parecía estar pasándolo en grande, mirando de cara al viento como haría un perro que saca la cabeza fuera de la ventanilla de un coche.

En ese momento lanzó un suspiro, como si el breve viaje en barco hubiera sido un corto intermedio que había terminado demasiado pronto. Se quitó las gafas y empezó a limpiar la capa de agua de los cristales.

–Ese de ahí es Dryden, el subcomisario de policía. Sir Stephen Villiers está a su lado.

Me volví hacia el embarcadero, y también yo sentí una ligera aprensión. Nunca había visto a ningún subcomisario asistir personalmente a la recuperación de un cadáver, y mucho menos al padre de la víctima. No era una buena idea, suponía un estrés innecesario tanto para la familia como para los oficiales de policía que estaban trabajando bajo el escrutinio de su superior.

Mientras nos acercábamos a los cobertizos, el silencio era absoluto salvo por las escuetas instrucciones del sargento de la unidad de actividades subacuáticas. El ruido del motor quedó reducido a un chasquido grave y la lancha aminoró la velocidad mientras se asentaba en el agua. Las olas golpeaban el casco tubular mientras el impulso empujaba la embarcación a recorrer los últimos metros que la separaban del muelle. El agua en el estuario había subido ya lo suficiente para permitir el amarre en lugar de utilizar la rampa. La lancha chocó contra un tramo de escalones de cemento que desaparecían en el agua. Clarke y los demás observaron en silencio cómo uno de los oficiales de la unidad de actividades subacuáticas saltaba y amarraba el cabo a un poste de metal.

–Usted es el siguiente, doctor Hunter –dijo Lundy–. Bajaremos la camilla en último lugar.

Consciente de la presencia de las solemnes figuras que nos observaban desde el embarcadero, me sujeté al estribo y bajé de la lancha bamboleante con movimientos entorpecidos por las botas y el impermeable. Los escalones estaban muy resbaladizos y el cemento empapado estaba teñido de verde por las algas. Me detuve al llegar a lo alto para limpiarme la sustancia viscosa de las manos, abochornado por mi aspecto, sucio de barro, cuando la mujer del impermeable color crema y el hombre vestido con el mono se acercaron.

–¿El doctor Hunter? Soy la inspectora Pam Clarke. Le presento al profesor Frears, el patólogo oficial del departamento.

Clarke era alta y delgada, con un pelo rizado y pelirrojo que restallaba alrededor de su pálido rostro a pesar de llevarlo recogido hacia atrás en un intento por dominarlo. Resultaba difícil calcular la edad de Frears. Tenía el cabello ondulado plateado, pero su rostro era liso y sin arrugas, por lo que tanto podía tener poco más de cuarenta años como sesenta bien llevados. Ese hecho, sumado a las mejillas arreboladas de un *bon vivant*, le confería un aspecto de querubín un tanto desvergonzado.

–No voy a estrecharle la mano –dijo alegremente levantándola para enseñar sus guantes. Se quedó pensativo un instante–. Hunter, Hunter... El nombre me resulta familiar. ¿Nos hemos visto antes?

–No lo creo.

–Bueno, ya me acordaré.

Mientras centraba su atención en la actividad a bordo de la lancha, miré a los dos hombres ataviados de oscuro que estaban en el otro extremo del muelle. A pesar de que no podían oírnos desde aquella distancia, me incomodaba mantener aquella conversación con el padre de la posible víctima tan cerca. Sir Stephen Villiers tenía más de sesenta años. Llevaba un gabán de color gris marengo, probablemente de cachemira, encima de un traje gris claro. El escaso pelo que, movido por el viento, se estremecía en lo alto de su cabeza también era gris, lo que le daba un aspecto uniforme mientras observaba los movimientos de la camilla. Exteriormente, no denotaba ningún aire imponente, sin embargo, de algún modo, parecía irradiar mucha más autoridad que el policía de rango superior que lo acompañaba. Dryden, el subcomisario de policía, tenía la cara chupada y la complexión de un jugador de rugby, con los ojos hundidos bajo la gorra lustrosa y acabada en punta. Era mucho más alto que el hombre que tenía a su lado, y pese a ello, era el sujeto más menudo el que llamaba la atención.

El rostro de sir Stephen se mantuvo inexpresivo mientras observaba la bolsa para cadáveres que ocupaba la camilla. Ya fuera porque advirtió mi mirada sobre él, de pronto me miró directamente, con una expresión exenta de curiosidad, sin interés ni reconocimiento. Al cabo de un momento, volvió a observar la camilla, dejándome con la sensación de haber sido examinado y, tras un somero repaso, descartado e ignorado.

Lundy había salido de la lancha y subía los escalones resoplando por el esfuerzo. A continuación, los hombres sacaron la camilla de la barca y la llevaron a tierra.

–Con cuidado –advirtió Clarke mientras la subían al muelle–. Está bien, déjenla ahí abajo.

Gruñendo por el esfuerzo, dejaron la camilla en el suelo. El agua chorreaba por debajo y formó un charco en el cemento cuando los hombres retrocedieron unos pasos. Frears acudió junto a la camilla.

–Bien, ¿qué tenemos aquí? –Hizo una señal al sargento–. Vamos a echar un vistazo, ¿de acuerdo?

A pesar de que Clarke no llegó a mirar hacia donde estaba sir Stephen, era evidente lo que estaba pensando.

–¿No deberíamos llevarlo al depósito de cadáveres?

El patólogo esbozó una leve sonrisa.

–A mí tampoco me gusta trabajar con público, pero ya que estoy aquí, voy a hacer mi trabajo.

Su tono era afable, pero con un dejo lo bastante marcado como para cortar en seco cualquier injerencia adicional. Clarke hizo una seña con la cabeza al sargento de la unidad de actividades subacuáticas.

–Ábrala.

El hedor enfermizo de la descomposición se expandió por el muelle cuando el sargento abrió la bolsa. El cuerpo pálido del interior presentaba aún peor aspecto en contraste con el plástico negro, como si fuera un muñeco de cera derretido.

–Sospecho que la identificación por registro dental va a ser todo un reto – señaló Frears tomando los restos rotos de la boca y la mandíbula inferior–. La estatura indica que se trata de un varón, y es evidente que ha estado en el agua durante bastante tiempo. Abra la bolsa un poco más, ¿quiere? Muchas gracias.

El sargento se inclinó para hacer lo que le pedían y luego se detuvo. Se agachó un poco más cerca.

–Un momento, hay algo... ¡Joder!

Retrocedió al percibir un movimiento repentino dentro de la garganta expuesta. Algo se enroscó en lo que quedaba de la boca y luego salió de ella en forma de lengua plateada. La anguila cayó deslizándose en la bolsa para

cadáveres.

–Parece que tenemos un pasajero –comentó Frears secamente, aunque advertí que él también había retrocedido un paso.

–Lo siento –murmuró el sargento.

Clarke hizo un gesto de impaciencia, sofocándose.

–No se quede ahí quieto, deshágase de eso.

La anguila debía de haber estado escondida en el interior de la garganta cuando recuperamos el cuerpo. Con una expresión que no dejaba lugar a dudas sobre cuál era su opinión acerca de la tarea que acababan de encomendarle, el sargento metió la mano en la bolsa, al lado del cuerpo. El animal serpenteó sinuosamente, enroscándose alrededor de su mano y su muñeca enguantadas mientras la sacaba. El sargento se quedó allí inmóvil y vacilante, sosteniéndolo en el aire con el brazo extendido.

–¿Qué hago con ella, señor?

–Pues ahumadas son deliciosas, pero le sugiero que la devuelva al mar –contestó Frears con sorna–. Al menos que tenga alguna utilidad para usted, doctor Hunter.

No la tenía. Aquello no era como la recuperación de un cadáver en tierra, donde se podía obtener información a partir de los bichos que infestaban los restos. Con toda probabilidad, la anguila simplemente había colonizado una fuente de alimento conveniente, alimentándose del tejido en descomposición o de los organismos más pequeños que se sentían atraídos por él.

Con cara de asco, el sargento de la unidad de actividades subacuáticas se sacudió la anguila de la mano y la dejó caer de nuevo en el agua. Traté de no mirar a sir Stephen Villiers cuando Frears reanudó la inspección del cadáver. Era obvio que el padre del difunto había insistido en estar allí, y la presencia del subcomisario de policía era una señal evidente de su influencia. Sin embargo, aquello no era algo que un miembro de la familia debiera presenciar.

–Bueno, las heridas de entrada y salida son bastante elocuentes –continuó Frears–. A juzgar por las laceraciones infligidas, o bien se trata de una bala de gran calibre o de una escopeta disparada desde muy cerca.

–Una escopeta, creo –dije–. En la parte posterior de la garganta hay incrustado lo que parece el taco de un cartucho de escopeta.

–Ahí está. –Frears se asomó a la herida–. Y hay algo más debajo de eso... Metálico... Parece un perdigón de escopeta.

Eso no era visible antes: seguramente la anguila había movido el taco que lo tapaba mientras serpenteaba para salir del cuerpo.

–¿Puedo verlo?

–Adelante.

Se retiró ligeramente para que yo pudiera examinar lo que había sido la boca. Vi el destello de un objeto redondo y brillante, alojado en el amasijo de cartílago y hueso detrás del taco del cartucho marrón.

–El tamaño parece un poco grande para ser un perdigón de escopeta – señalé–. Y se asemeja más al acero que al plomo.

–Últimamente mucha gente usa munición de acero –dijo el patólogo, sin duda disgustado ante el hecho de que alguien le contradijera–. Podría ser algo parecido a una posta, por ejemplo. Podré analizarla mejor cuando la extraiga.

–¿No cree que una bala sería capaz de atravesar el cuerpo directamente desde esa distancia?

–Sí, pero las balas de acero son mucho más duras que el plomo. Tienen un mayor efecto rebote, así que quizá esta rebotó y se alojó aquí dentro. La verdad es que, en estos momentos, no puedo saberlo –dijo con exagerada paciencia–. En cualquier caso, y pasando a algo que es más bien de su terreno, doctor Hunter, ¿tenemos alguna idea de cuánto tiempo ha permanecido el cuerpo en el agua? Teniendo en cuenta su estado, seis semanas parece un tiempo adecuado.

Pronunció las palabras «más bien de su terreno» con segundas. Había captado la indirecta, así que erguí la espalda y examiné los restos empapados de agua.

–Es difícil precisarlo –dije tratando de decidir si aceptaba comprometerme en aquella fase tan temprana de la investigación–. Habrá estado expuesto a la temperatura del aire dos veces al día con la marea baja, por lo que se habrá descompuesto más deprisa que si hubiera permanecido sumergido. Y las manos y los pies se habrán arrastrado al tocar el fondo, lo que habrá contribuido a que se desprendiesen.

Frears levantó una ceja.

–Cierto, pero también hay presencia de adipocira. Eso no aparece de la noche a la mañana.

–No, pero la formación de cera la habrá acelerado la ropa, sobre todo el abrigo. –No se habían realizado demasiados estudios sobre la cera cadavérica, pero el depósito desmenuzable formado por la descomposición de las grasas subcutáneas parecía acumularse más rápidamente cuando el cuerpo estaba tapado. Y las fibras naturales, como el algodón de aquel abrigo estilo guardapolvo, potenciaban más ese efecto que los materiales sintéticos–. No estoy seguro de que seis semanas sea un período de tiempo realista. No al menos en un lugar tan poco profundo y a merced de las mareas como este.

Clarke lo interrumpió.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Creo que el doctor Hunter tiene dudas sobre el tiempo que el cuerpo ha estado en el agua –le explicó Frears.

Sus palabras fueron recibidas con silencio. Mis dudas habían ido en aumento desde que Lundy me habló del intervalo de dos semanas entre el momento en que Villiers fue visto por última vez y la fecha en que se denunció su desaparición. A menos que hubiese evitado cualquier contacto con todos cuantos lo conocían, lo que sucedió probablemente ocurrió poco después de que la veterinaria sacrificase a su perro. Tal como había dicho Lundy, eso situaba el tiempo transcurrido desde la muerte en seis semanas en lugar de cuatro.

El problema era que yo no pensaba que aquellos restos pudieran haber estado en el agua tanto tiempo. Si el cuerpo hubiera permanecido a la deriva en el estuario dos semanas más, se encontraría en unas condiciones aún peores de las que se encontraba. Lo que significaba que o bien Leo Villiers se había aislado por completo durante casi quince días antes de pegarse un tiro y acabar con su propia vida, lo cual era posible pero improbable...

O que aquel no era su cadáver.

–Quiero hechos, no dudas –espetó Clarke sin levantar la voz–. ¿Cuándo podremos confirmar su identidad?

–Bueno, creo que, con toda seguridad, podemos descartar la utilidad de los registros dentales o las huellas dactilares –explicó Frears–. Haré lo que pueda, pero es muy probable que tengamos que esperar a obtener los resultados del ADN. Aunque...

Dejó de hablar al oír ruido de pasos acercándose en el muelle. Miré a mi alrededor y vi aproximarse a sir Stephen Villiers. Dryden, el subcomisario de policía, lo acompañaba también, aunque permanecía unos pocos pasos detrás del hombre y con cara de preferir estar en cualquier otro lugar. Clarke se acercó a ellos, colocándose frente a la camilla en el suelo de cemento del muelle.

–Sir Stephen, no creo...

–Me gustaría ver a mi hijo.

La voz del hombre era seca y exenta de cualquier inflexión, pero rezumaba una autoridad incontestable.

–Lo siento, pero aún no sabemos si...

Pero el hombre hizo caso omiso y pasó por su lado. La inspectora dirigió una mirada de súplica a Dryden, pero el rostro impassible del subcomisario dejó claro que no pensaba intervenir. Clarke se ruborizó, y el pelo pelirrojo y la tez pálida delataron aún más su estado emocional. Con los labios apretados, no dijo nada cuando sir Stephen se detuvo junto a la bolsa abierta. Durante unos

segundos, solo las gaviotas quebraron el silencio. El viento alborotó el pelo del hombre gris mientras bajaba la cabeza para mirar lo que yacía en el suelo junto a sus pies.

–Reconozco el abrigo. –El tono de voz de sir Stephen era tan impasible como su aspecto–. Es un abrigo viejo, de Collier’s, en Jermyn Street. Mi hijo tenía una cuenta allí.

Clarke y Lundy intercambiaron una mirada. Frears ya había vuelto a centrar su atención en el cadáver.

–Lleva una etiqueta –dijo levantando el abrigo con cautela para examinar el forro–. «Sastrería a medida Collier’s.»

–El reloj también es suyo. Encontrarán una inscripción en el interior. Su madre se lo compró antes de morir. –Sir Stephen levantó la cabeza para mirar a Clarke. Su expresión era fría–. Ya les dije todo este tiempo, desde el principio, que mi hijo estaba muerto. Tal vez ahora me crean.

–Sir Stephen, yo...

–Es obvio que mi hijo fue víctima de un accidente con una escopeta. No entiendo qué utilidad tiene seguir prolongando un proceso tan doloroso de por sí.

–Estoy seguro de que la inspectora Clarke se asegurará de que se dé prioridad absoluta a una identificación formal –dijo Dryden con su voz de fingido barítono no más sutil que sus palabras–. ¿No es así, inspectora?

–Por supuesto. –Clarke trató de mantener una expresión neutra, pero el color de sus mejillas no se lo permitían–. Doctor Hunter, ¿nos disculpa un momento?

Asentí aliviado. No podía hacer nada más hasta que trasladaran el cuerpo al depósito de cadáveres, y no deseaba formar parte de ninguna disputa con el padre del difunto. La reticencia de sir Stephen Villiers a aceptar que su hijo pudiera haberse suicidado era comprensible, pero la negación no podía alterar los hechos. Y si bien podía llamarse de muchas maneras a una herida en la cara con una escopeta de corto alcance, la palabra «accidente» rara vez era una de ellas.

Pero había otra razón por la que me alegraba de salir de allí: me había equivocado. Fuese poco ortodoxo o no, el reconocimiento de sir Stephen del abrigo y el reloj de su hijo prácticamente zanjaba cualquier duda sobre la identidad del cadáver. Mis dudas sobre cuánto tiempo había permanecido el cuerpo en el agua no tenían ningún sentido. Tal vez había puesto demasiado empeño, pensé con cierto desaliento, tal vez me había obcecado en buscar complicaciones que no eran tales. Y supe también por qué me habían pedido que asistiera personalmente a la recuperación del cadáver: la unidad de actividades subacuáticas no necesitaba ningún antropólogo forense, de modo que mi presencia allí había sido poco más que un requisito burocrático, para que el poderoso e influyente padre del difunto no pudiera acusar a la policía de haber pasado algo por alto.

Solo pretendían cubrirse las espaldas.

Mis botas de goma salpicaban gotas de agua mientras me alejaba del muelle y caminaba por detrás de los cobertizos hacia el lugar donde había dejado el coche. Ahora había más vehículos aparcados, uno de ellos un Daimler negro y voluminoso con los vidrios tintados. Me extrañaba que el presupuesto de la policía o el salario de un patólogo pudieran permitirse un coche así, de modo que deduje que debía de pertenecer a sir Stephen. Un hombre que supuse que sería el chófer estaba apoyado contra el capó, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Vestía un traje elegante pero sencillo, de un color lo bastante similar al gris oscuro de la corbata para parecer un uniforme. Bajó rápidamente las manos cuando doblé la esquina, pero enseguida se relajó al verme. Lo vi reparar en mi mono y las botas cubiertas de barro mientras succionaba el cigarrillo que había estado a punto de tirar al suelo. Era evidente que a sir Stephen no le gustaba que sus empleados fumaran en horas de servicio.

—¿Y bien? ¿Ella o él?

Lo miré, sorprendido.

—¿Cómo dice?

El humo envolvió su cabeza mientras me miraba. Salvo por las marcas en las mejillas, herencia de un viejo acné adolescente, tenía la clase de rostro que resultaba difícil de recordar. Lo mismo podía decirse del resto de su aspecto.

Estatura media, compleción normal, cabello castaño bien cortado. Mirándolo de lejos, le habría echado unos cuarenta años, pero ahora, de cerca, podía apreciar los signos del envejecimiento: las entradas en las sienes y las arrugas tenues alrededor de la boca y los ojos. Debía de rondar los cincuenta, pensé.

Sacudió la ceniza del cigarrillo.

–El cuerpo que acaban de sacar del agua. ¿Es él o la mujer?

Con «él» se estaba refiriendo al hijo de su patrón. Tendría que haber estado ciego para no saber lo que estábamos haciendo en el muelle, y no hacía falta ser ningún lince para adivinar que el cadáver tenía que ser de Leo Villiers o Emma Derby.

Sin embargo, yo no pensaba alimentar ningún tipo de rumores.

–Lo siento, no puedo ayudarle.

Sus labios esbozaron una sonrisa.

–Está bien. Solo pretendía entablar conversación.

Sin prestarme más atención, siguió fumándose el cigarrillo mientras vigilaba la esquina de los cobertizos. Yo continué andando hacia mi coche, mientras pensaba en la escena en el muelle una vez más. Sin embargo, no importaba el número de veces que reconstruyese lo ocurrido ni que repasase mi razonamiento sobre el tiempo transcurrido desde la muerte, lo cierto era que no conseguía sentirme mejor.

Abrí el maletero, me senté en el borde mientras me descalzaba las botas y luego me despojé del pesado mono de trabajo. A pesar del frío, estaba sudando a mares, más de lo que sería razonable. Ahora que el rescate del cadáver había terminado, me di cuenta de que tenía todo el cuerpo dolorido y me encontraba peor que nunca. Con la esperanza de que fuera lo que fuese lo que estaba pillando al menos aguantara hasta la tarde, me sequé con una toalla y tomé un trago de agua fría de una de las botellas que había metido en la nevera portátil. El queso brie que había comprado para llevar a casa de Jason y Anja también estaba ahí, y sentí que se me caía el alma a los pies al recordar que aún tenía que conducir nada menos que hasta los Cotswolds.

«Concéntrate en el trabajo y deja de autocondolerte.» Tiritando en el aire frío, volví a enroscar el tapón en la botella de agua. Mientras me ponía la chaqueta, sir Stephen y Dryden aparecieron por detrás de los cobertizos: la conversación que Clarke había querido mantener en privado había terminado. Ambos hombres se dieron un fuerte apretón de manos, y luego se dirigieron a sus vehículos por separado. El conductor del Daimler estaba ahora en posición de firmes, y no vi rastro del cigarrillo mientras abría la puerta trasera con eficiencia. Sir Stephen entró sin mirarme. Tampoco lo hizo el conductor cuando cerró la puerta y se subió al interior. El gigantesco coche arrancó con un leve estruendo y avanzó crujiendo sobre el asfalto agrietado hacia la entrada del recinto.

Para entonces ya estaban saliendo del muelle más oficiales de policía. Clarke se dirigió directamente hacia un Volkswagen, seguida a continuación de Frears. El patólogo ya se había quitado el mono y lucía un aspecto elegante y bien alimentado con un traje a rayas a medida y zapatos marrón claro de cuero calado. El mono había logrado disimular un sobrepeso inesperado, pero el hombre tenía la seguridad en sí mismo y la extravagancia suficientes para lucirlo sin complejos.

Se despidió con un amplio movimiento oscilante de la mano mientras se dirigía a un BMW tan elegante como él.

–Nos vemos en la autopsia –me dijo.

Le correspondí levantando la mano; me sentía andrajoso y desaliñado comparado con él. En ese momento apareció la camilla, transportada por dos oficiales de la unidad de actividades subacuáticas. Lundy iba con ellos, pero se separó y acudió a mi lado mientras los otros se dirigían hacia una camioneta negra sin ventanas.

–Lamento lo de antes. No esperaba que sir Stephen estuviera aquí –dijo.

–¿Va todo bien?

Sonrió.

–Creo que ha sido lo que se llama un sincero intercambio de puntos de vista; lo que significa que él ha expresado el suyo y nosotros nos hemos limitado a escucharlo. No teníamos muchas opciones con el subcomisario de policía ahí plantado.

–¿Participa en la investigación? –pregunté.

Por regla general, un subcomisario nunca intervenía de una forma tan práctica y directa, y mucho menos asistía en persona a la recuperación de un cadáver. Tampoco el propio Dryden parecía estar demasiado contento con aquella situación.

–Oficialmente no, pero como le dije antes, sir Stephen tiene mucha influencia y nadie quiere buscarle las cosquillas. La presencia hoy aquí del subcomisario tiene como objetivo demostrar que nos estamos tomando esto muy en serio. También sirve para mantenernos alerta.

Eso desde luego.

–Lo que ha dicho sir Stephen sobre la muerte de su hijo, que fue un accidente... No puede creerlo en serio, ¿verdad?

Lundy se frotó distraídamente el estómago con expresión de leve malestar. Saltaba a la vista que el inspector tenía problemas, pensé, recordando los antiácidos.

–No tengo ni idea. Sus abogados han reaccionado como fieras ante cualquier sugerencia de suicidio desde que Leo desapareció, pero eso lo dejamos para la investigación. Vamos primero a por la autopsia. ¿Sabe cómo llegar a la morgue para la sesión informativa?

Contesté afirmativamente. Antes de una autopsia, el equipo de la policía se reunía con el patólogo, los técnicos del depósito de cadáveres y los expertos forenses para informar sobre el caso. El depósito de cadáveres estaba en Chelmsford, a una hora en coche, aunque una vez fuera de las serpenteantes carreteras que rodeaban el estuario debería ser fácil llegar hasta allí.

Cuando Lundy se fue, estuve unos minutos masajeándome el cuello agarrotado. Seguía teniendo la sensación de que estaba incubando algo, y empecé a sentir dolor de cabeza. Haciendo todo lo posible por ignorarlo, metí las botas llenas de barro y el mono de trabajo en bolsas de basura antes de dejarlas en el fondo del maletero del coche.

Cerré el maletero y me detuve a contemplar el estuario. Tras la pleamar, la marea había provocado una transformación radical en el paisaje. Las marismas y su desolación habían desaparecido por completo, sustituidas por una enorme extensión de mar agitado. Los Barrows quedaban ahora semiocultos, con las puntas de los bancos de arena más altos rompiendo apenas la superficie y creando manchas de agua oleaginosa y plana a su alrededor. Más allá, las tres torres del fuerte marino abandonado se erguían en la boca del estuario sobre patas que semejaban zancos.

Miré alrededor cuando un furgón funerario negro sin distintivos rodó por encima de la gravilla camino al depósito de cadáveres, con el cadáver en su interior. A continuación, lo seguía el Land Rover de la unidad de actividades subacuáticas, sorteando los baches con la lancha detrás, enganchada a su remolque. La tranquilidad volvió a adueñarse del lugar en cuanto pasaron por delante de mí. Me tomé unos minutos para disfrutar del barro y el aire salino del estuario. Aunque no era exactamente un paisaje pintoresco, había algo relajante en aquellas vistas. Me habría gustado quedarme más tiempo, pero era el último; la zona del aparcamiento estaba vacía a excepción de mi vehículo.

Me costó más esfuerzo de lo razonable ponerme en marcha. Subí al coche y atravesé la entrada abierta para luego detenerme a cerrar la puerta. No había ninguna cerradura ni se podía cerrar con candado, aunque tal vez no fuera necesario. Los cobertizos de los pescadores de ostras no tenían ninguna ventana rota ni las paredes cubiertas de grafiti que uno espera encontrar cerca de una ciudad o un pueblo, y dudaba que quedara algo de valor para robar. Había que ser un gamberro muy aburrido o muy decidido para ir hasta allí.

Regresé por el mismo camino que había seguido antes, pasando por el mismo pueblo decadente, que lucía un aspecto aún más triste a plena luz del día. Sin embargo, a partir de ahí, la ruta era diferente. Ahora estaba en la zona limítrofe con lo que Lundy había llamado las Backwaters. La carretera en sí no

era una vía de un solo sentido, pero le faltaba poco para serlo. Serpenteaba y se enroscaba sobre sí misma, forzada a seguir las imposiciones del paisaje inundado de agua. Unos setos altos de espinos la flanqueaban a ambos lados, lo que dificultaba ver qué había en torno a aquellas curvas. La seguí de forma constante, comprobando de vez en cuando las indicaciones de Lundy para asegurarme de que no me había equivocado de camino. Era difícil saberlo, pero tampoco es que hubiera muchos otros caminos entre los que elegir.

Aun así, cuando un terreno sin ningún rasgo distintivo o una marisma se fundía con el siguiente, me preocupaba por si había tomado una curva equivocada. Alargué la mano para encender el navegador; aunque le costase encontrar un camino en aquel terreno inhóspito, al menos podría darme una mejor idea de dónde me hallaba.

Tamborileé con los dedos en el volante mientras esperaba a que un mapa reemplazara al disco giratorio.

–Vamos... –murmuré tocando la pantalla.

No debí de apartar los ojos de la carretera más que una fracción de segundo. Pero cuando volví a mirar, había un hombre delante.

Iba andando en medio de la carretera, de espaldas a mí. Pisé el freno a fondo, agarré el volante tan fuerte como pude y di un volantazo. Se produjo un chirrido insoportable cuando el lateral del coche arañó el seto, el vehículo dio una sacudida y el exterior traspasó el borde de los matorrales. Cuando vi al hombre junto a mi ventanilla, oí el golpe sordo de un impacto. Sentí una honda y terrible desazón en el pecho mientras forcejeaba con el coche, percibiendo los crujidos de las ramas hasta que al fin se detuvo en la grava.

Salí impulsado contra el cinturón de seguridad, y mi cabeza experimentó una fuerte sacudida mientras mi cuerpo volvía a rebotar hacia atrás en el asiento. «Dios santo...», pensé aturdido, con el corazón latiéndome desbocado mientras me volvía para mirar detrás del vehículo.

El hombre seguía plantado en mitad de la carretera.

Esperaba ver un cuerpo ensangrentado tendido en el suelo o tirado junto al seto, pero al verlo todavía de pie y aparentemente ileso sentí el alivio de quien recibe un indulto inesperado. Abrí la puerta del automóvil con actitud vacilante y salí.

–¿Está usted bien? –pregunté.

Me miró sin comprender, con unos ojos saltones que pestañeaban en una cara alargada y demacrada. Era alto y esquelético, y llevaba un viejo impermeable marrón mugriento y unas botas de agua. Tenía el pelo canoso y alborotado y lucía una barba descuidada e irregular. Sujetaba algo contra el pecho con ambas manos, y no fue hasta que inclinó la cabeza hacia mí cuando me di cuenta de que era una gaviota.

–¿Está usted bien? –repetí dando un paso hacia él. Retrocedió con una expresión de pánico y confusión en los ojos. Pese a su imponente estatura, parecía envuelto en un halo de vulnerabilidad. Me detuve y levanté las manos–.

No pasa nada, solo quiero asegurarme de que no está herido.

Abrió la boca como si fuese a decir algo, pero luego desvió la mirada. Abrazado aún a la gaviota, echó a andar por la carretera.

–No, espere... –empecé a decir, pero no reaccionó.

Sus botas de agua golpeaban alegremente sus largas piernas de cigüeña mientras pasaba por mi lado con paso cansino, como si yo no estuviera allí. Solo la gaviota que llevaba en brazos me prestó atención, parpadeando con un ojo enfurecido mientras volvía la cabeza para no perderme de vista.

«Pues vaya...» Lo vi alejarse, conmocionado todavía por lo ocurrido. Si hubiera tomado la curva más rápido, lo habría atropellado. Había sido una inconsciencia por su parte andar por en medio de la carretera, pero su apariencia andrajosa y su actitud sugerían problemas graves de salud mental. Sin saber qué hacer, seguí mirándolo fijamente. Me resultaba difícil irme sin más, pero no contemplaba muchas más opciones. Aquel tipo no estaba herido, y aunque caminar así por la carretera lo convertía en un peligro tanto para él como para los conductores, yo no podía impedirselo. Además, aquellas piernas delgadas como palillos podían cubrir una gran extensión de terreno: en la siguiente curva había desaparecido de mi vista.

Eché una última mirada a la carretera vacía y volví al coche. No aprecié ningún desperfecto importante, aunque las ramas de espino habían causado unos cuantos arañazos en la carrocería al salir del seto. Apreté los dientes ante el chirrido, tratando de no pensar en la pintura desconchada.

Consulté el reloj del salpicadero mientras me alejaba. Aún me daba tiempo de llegar a la reunión informativa, pero no podía permitirme más retrasos. El dolor de cabeza había empeorado, a lo que sin duda habían contribuido las sacudidas por el frenazo de emergencia. Bajé la ventanilla para respirar aire fresco y conduje despacio por si a aquel hombre se le ocurría detenerse en otra curva sin visibilidad, pero no había ni rastro de él en la siguiente, ni en la otra tampoco. Empezaba a relajarme, pensando que habría seguido campo a través cuando, al doblar otra curva, lo vi.

Iba caminando por en medio de la carretera, justo delante de mí.

«Oh, por el amor de Dios...» Reduje la velocidad y me detuve detrás de él. No se volvió ni hizo ademán alguno de apartarse del camino, sino que siguió andando al mismo ritmo, acunando la gaviota en sus brazos contra su pecho. Llevé la mano instintivamente hacia el claxon, pero no lo presioné. Era evidente que su estado era muy frágil, y no quería asustarlo. Así que, siguiéndolo con el coche, bajé la ventanilla y lo llamé.

—¿Quiere que lo lleve?

Siempre y cuando no viviese demasiado lejos, me daría tiempo suficiente para dejarlo en su casa. Así lo quitaría de en medio de la carretera y aliviaría mi conciencia al mismo tiempo. «Menudos principios...», se burló una vocecilla. La silencié diciéndome a mí mismo que siempre podría ponerme en contacto con los servicios sociales más tarde. En esos momentos necesitaba ir a la morgue.

Sin embargo, el hombre no respondió. Me pregunté si no sería sordo, así que volví a llamarlo. Esta vez, una ligera sacudida lateral con la cabeza me dio a entender que me había oído.

Pero no me hacía caso.

Para mi fastidio, sentí que aumentaba mi frustración. Probé una táctica diferente.

—¿Me deja pasar? —grité.

Una vez más, no hubo respuesta. Miré el espacio que había entre él y el seto, preguntándome si tendría sitio para pasar, antes de desechar la idea. El camino era demasiado estrecho e intentar adelantar a un peatón con un automóvil nunca era una buena idea.

Seguí avanzando con el coche en primera por detrás de la desgarrada figura con el impermeable sucio. Él siguió caminando trabajosamente, cargando todavía con la gaviota. Me planteé bajarme del coche e intentar convencerlo de que se apartara, pero sabía que eso solo me traería problemas. Aunque únicamente había ejercido como médico de atención primaria y no como psiquiatra, era evidente que aquel tipo no estaba bien. Era imposible predecir cuál sería su reacción si se sentía amenazado, y las señales indicaban a todas luces que le pasaba algo. Había empezado a caminar más rápido, ladeando la

cabeza mientras miraba por encima del hombro. Además de lo que fuese que padeciese, parecía un hombre vulnerable y asustado, y en ese momento yo no le estaba ayudando.

Suspiré, me eché hacia atrás y dejé el coche casi en punto muerto para que él pudiera seguir avanzando a su ritmo. «¿Y ahora qué?» Me mordí el labio, impaciente y malhumorado al pensar en el tiempo que estaba malgastando. Por lo que parecía, el hombre podía seguir así kilómetros y más kilómetros, y, desde luego, eso no iba a ser ninguna buena excusa cuando llegara tarde a la reunión informativa... o me la perdiera.

El navegador había conseguido situarse por fin, y el GPS había logrado establecer mi ubicación. Lundy me había advertido de que no confiara en aquel aparato, pero no necesitaba una ruta alternativa sino solo un desvío para poder adelantar a aquel individuo. Me acercaba a un recodo que parecía volver a juntarse de nuevo con la misma carretera al cabo de kilómetro y medio más o menos. Me llevaba directamente a las marismas de las Backwaters, pero solo durante un tramo muy corto. Una cosa era segura: si no hacía algo, llegaría tarde a la reunión.

Enfrente, el camino estaba despejado. Continué adelante, observando la flecha en la pantalla que marcaba cómo mi posición iba acercándose al desvío. No había señales del hombre. Me pregunté quién podría ser, cuál era su historia. ¿Y por qué llevaba una puñetera gaviota en brazos?

Casi me pasé el desvío. Era poco más que un agujero en el alto seto de espino, una pista de un solo carril que giraba en ángulo recto. Con la esperanza de no encontrarme con otro coche, enfilé el camino. El asfalto estaba resquebrajado y cubierto de malas hierbas, con la excepción de dos surcos paralelos formados por los numerosos vehículos que habían pasado por allí a lo largo del tiempo. La altura y espesura de los setos me flanqueaban a ambos lados, impidiéndome ver hacia dónde me dirigía. Me vi obligado a confiar en el mapa del navegador, que mostraba una intersección en forma de T con otra carretera. Solo tenía que tomarla y seguirla durante aproximadamente un kilómetro y medio, y luego podría volver a incorporarme a la misma carretera

que acababa de dejar. Todavía tenía tiempo suficiente para llegar a la reunión informativa, me dije, y entonces los setos se terminaron y vi qué era lo me aguardaba.

La carretera iba a parar a un río.

Una gruesa franja de agua se interponía en mi camino, separándome de la carretera del otro lado. No era un río en realidad, sino un arroyo formado por la marea. Debía de morir en el estuario, y en ese momento también estaba siendo inundado por la subida de la marea. Allí, tierra adentro, tardaba más tiempo en llegar, pero el agua ya cubría la mayor parte del lecho de barro del arroyo. La carretera prometida por el navegador no era más que una especie de calzada o terraplén estrechísimo, una acumulación de piedras y guijarros en forma de hilera que constituía algo parecido a un sendero. Cruzarlo no sería un problema con la bajamar, pero ya había algunas partes sumergidas y el resto no tardaría en estarlo.

Solté una maldición y paré el coche. No había espacio para dar media vuelta, y no me hacía ninguna gracia tener que conducir marcha atrás todo el camino hasta la carretera serpenteante. Traté de tranquilizarme mientras veía cómo el sendero se iba inundando rápidamente. En aquel punto el arroyo no era muy ancho, y en el extremo más alejado se veía la intersección en forma de T con la carretera que pretendía tomar. Estaba exasperantemente cerca. El nivel del agua que cubría el sendero de piedras todavía era muy bajo, y aquello no podía diferenciarse mucho de conducir por una carretera inundada. Pero no iba a seguir así mucho rato; si me decidía a cruzarlo, no había tiempo que perder.

«Bueno, ¿qué hago, entonces? ¿Me voy o me quedo?» La verdad es que no tenía alternativa. Accioné la palanca de cambios y conduje hacia el sendero de piedras.

Los guijarros crujieron bajo los neumáticos, y luego enmudecieron con el chapoteo del agua. Seguí avanzando lenta pero constantemente, sin apartar los ojos de la franja apenas visible que tenía delante. En algunos puntos desaparecía por completo, y tuve que mantener el volante recto y confiar en que no hubiese curvas. Tenía los nudillos blancos de sujetarlo con fuerza mientras el agua se abría al paso del coche como si este fuera la proa de un barco. Pero cada vez

estaba más cerca de la otra orilla, y cuando llegué a mitad de camino, me permití relajarme. «Ya casi está», pensé, pero entonces el coche dio una sacudida cuando una de las ruedas delanteras se metió en un bache invisible.

No era muy grande, pero no hacía falta. La parte delantera del coche se hincó en el suelo y empezó a hundirse en el agua, y así, sin más ni más, el motor se paró.

—¡No! —exclamé tratando desesperadamente de arrancarlo de nuevo—. No, no, no...

El motor jadeó el tiempo suficiente para insuflarme esperanzas, y luego guardó silencio. Volví a girar la llave, sujetándola con todas mis fuerzas, como si con eso fuese a conseguir un resultado diferente.

—¡Vamos...!

El motor lanzó un nuevo gemido antes de apagarse una vez más. Lo intenté de nuevo, y luego otra vez, pero ni siquiera logré arrancarle un murmullo. Me quedé inmóvil en el silencio repentino, aturdido por aquel nuevo desastre. La orilla opuesta no podía estar a más de unos pocos metros de distancia. La miré fijamente, y luego abrí la puerta del coche y salté. El agua estaba espantosamente fría y me llegaba casi hasta las rodillas. Desbordó la puerta del coche y me empapó las botas y los pantalones. Me sorprendió la fuerza del agua, y recordé que Lundy me dijo que la marea subía más rápido de lo que podía correr cualquiera.

Aunque no es que pensara salir corriendo a ninguna parte. La ventanilla del conductor todavía estaba abierta, así que me apresuré a cerrar la puerta para que no entrase agua y alcancé el interior para maniobrar el volante con una mano. A continuación, apoyando el hombro, empecé a empujar. El coche se movió hacia delante y luego se detuvo. La rueda todavía estaba atascada en el bache. Maldiciendo, hundí los pies en los guijarros y tiré con fuerza. Una vez más, la rueda se atascó en el bache, pero esta vez estaba preparado. Cuando el vehículo retrocedió, volví a tirar, aprovechando la fuerza de su propio impulso para liberarlo.

—¡Sí!

Despacio, el coche empezó a avanzar hacia delante. Seguí empujando mientras el agua me azotaba en las rodillas y luchaba por avanzar. Cada vez era más difícil ver el sendero, a medida que la marea lo cubría, pero seguí dirigiendo el capó hacia donde se encontraba la otra orilla. El agua me tironeaba de las piernas a medida que la marea ascendía. Cada vez era más difícil empujar el vehículo, pero con cada metro que cubría, estaba mucho más cerca de la tierra firme. Empezaba a coger el ritmo cuando el vehículo se paró de repente. Me aferré a él mientras perdía el equilibrio, y enseguida supe lo que había pasado: la rueda trasera había quedado atrapada en el mismo bache de antes.

–No me hagas esto –exclamé tratando de volver a sacar la rueda del bache.

Esta vez no tuve tanta suerte. Tiré con fuerza mientras patinaba con los pies y me hundía en los guijarros, pero el automóvil no se movió. Jadeando, me di por vencido. El coche no iría a ninguna parte a menos que pudiera retirar algunas piedras. De momento, estaba empapado hasta los muslos. Me quité el abrigo, lo dejé en el techo del vehículo y me arremangué antes de sumergir los brazos en el agua helada, buscando a tientas el bache en el que se había hundido la rueda. Piedras y conchas afiladas me arañaban las manos, infligiéndome cortes en los dedos entumecidos mientras trataba de apartarlas.

Era una pérdida de tiempo: la rueda estaba firmemente encajada. Golpeé el costado del coche con frustración, tratando de recordar si en el maletero tenía algo con lo que pudiera cavar. La tapa de la nevera portátil no era una buena pala, pero era mejor que trabajar con las manos desnudas. Me abracé al lateral del coche para no resbalar y me dirigí chapoteando hacia la parte de atrás, pero ya entonces sabía que no serviría de nada. El nivel del agua estaba ascendiendo demasiado rápido. Había subido tanto que no estaba seguro siquiera de poder seguir empujando el coche. Quedarse allí mucho más tiempo podía ser peligroso.

No obstante, aún no estaba dispuesto a arrojar la toalla. El agua no había alcanzado el maletero. Lo abrí, haciendo caso omiso de la bolsa de basura que contenía las botas de agua que no tenía tiempo de ponerme, y tiré de la nevera portátil hacia mí. Estaba a punto de quitar la tapa cuando oí un ruido. Débil, pero inconfundible: el zumbido de un motor. Miré por detrás del maletero y vi aparecer un destello gris detrás del seto que recorría la carretera del arroyo.

Se acercaba un coche.

## 6

No lo veía con claridad a través de los arbustos, pero el vehículo circulaba muy rápido. El agua me golpeaba las rodillas entre chapoteos mientras corría hacia la parte delantera. Cuando percibí que el rugido ronco de un motor diésel se intensificaba, empecé a gesticular frenéticamente.

—¡Eh! ¡Aquí!

Ahora el automóvil ya estaba lo bastante cerca para ver que era una especie de 4 x 4. Era imposible que no me viese: la carretera lo llevaría a escasos metros de donde me había quedado atrapado. Era un Land Rover, un modelo Defender de color gris plomo, y cuando se aproximó, vi que el conductor se volvía hacia mí. El coche redujo la velocidad.

Luego aceleró y prosiguió su camino.

—¡No! ¿Qué está haciendo?

Miré el Land Rover con incredulidad mientras seguía adelante. ¿Cómo demonios podía no haberme visto? Entonces, cuando ya creía que iba a pasar de largo, se detuvo. Durante unos segundos se limitó a quedarse parado, con el motor en marcha, hasta que, con un chirrido cada vez más estrepitoso, dio marcha atrás rápidamente en la carretera. Atravesó la pista que conducía al sendero de piedras, pero solo la distancia necesaria para poder girar en dirección al arroyo. Luego avanzó a trompicones por la pista y se metió en el agua, salpicándolo todo a su paso mientras avanzaba hacia mi posición, y se detuvo a unos pocos metros de distancia. El motor lanzó un resoplido, mientras los gases de la combustión salían por un tubo vertical junto a la cabina del coche. Cuando el viento despejó el humo me di cuenta de que era un tubo de *snorkel*.

La puerta se abrió y un hombre se bajó al arroyo de un salto. Completamente indiferente al agua, que le oscurecía los vaqueros hasta las rodillas, caminó pesadamente hacia la parte trasera del Land Rover y abrió la

puerta. Metió una mano y sacó algo antes de regresar a la parte delantera.

–Tenga.

Me arrojé un trozo de cuerda enrollada, sujetando un extremo para que se desenrollara en el aire. La cuerda cayó golpeando el agua a unos pocos palmos de distancia. Me abalancé para agarrarla cuando empezaba a hundirse y volví junto al coche. Metí la mano en el agua fría, busqué la bola de remolque debajo del parachoques y até la cuerda como pude. Al incorporarme de nuevo, el hombre ya había sujetado su extremo de la cuerda al enganche de remolque semisumergido del Defender.

–Asegúrese de que el coche no se sale del sendero cuando empiece a tirar hacia atrás –gritó–. Si se sale del borde, no podré sacarle de ahí.

Observé el agua ondulante; la franja clara de guijarros de debajo había desaparecido por completo.

–Es que no veo el camino...

–Solo tiene que empujar en mi dirección. Le avisaré haciéndole luces antes de empezar.

Dio media vuelta y volvió a subirse al Land Rover. Metí la mano por la ventanilla abierta del coche y sujeté el volante. Habría sido más fácil conducir sentado en el asiento del conductor, pero si abría la puerta ahora, el interior se inundaría de agua.

El motor del Land Rover aceleró de repente y sus faros destellaron dos veces. La cuerda salió del arroyo mientras se iba estirando y salpicó pequeñas gotas de agua cuando se tensó por completo. Durante unos segundos, no pasó nada. Entonces, la cuerda se estremeció y, con una sacudida, mi coche empezó a moverse. Mantuve la mirada fija en el Land Rover mientras retrocedía marcha atrás, alejándose despacio del arroyo. Me dolían las manos de agarrar el volante mientras el todoterreno retrocedía hasta la otra orilla.

Entonces mi coche se subió bruscamente a la pista y salió de la franja de guijarros. El Land Rover siguió remolcándome hasta que al fin se detuvo. El agua salía a chorros del vehículo y, al abrir la puerta, descubrí que las

alfombrillas estaban hechas un desastre. Sin embargo, las juntas de goma de las puertas habían evitado lo peor y los asientos estaban secos. Volví a mirar el lecho inundado del arroyo. Ahora el agua lo cubría por completo y no había rastro del sendero de guijarros.

Me volví al oír el portazo del Land Rover. El hombre no llegaba a la cincuentena, y tenía el pelo oscuro y despeinado salpicado del mismo gris entrecano que le moteaba la barbilla. Unas arrugas profundas le surcaban la cara, desde la nariz hasta las comisuras de la boca, y los pliegues en la amplia frente sugerían una disposición más inclinada a fruncir el ceño que a sonreír. Llevaba unas gafas de montura gruesa, pero de diseño elegante y una chaqueta de cuero marrón sobre un suéter azul marino y vaqueros. Toda la ropa estaba muy desgastada, pero la chaqueta parecía cara, y reparé en el discreto logotipo del diseñador en la patilla de las gafas.

Extendí la mano.

–Gracias. Creía que me iba a...

–¿Qué demonios estaba haciendo?

Su vehemencia me pilló por sorpresa. Aparté la mano y noté que me empezaba a arder la cara.

–En el navegador esto aparecía como un desvío. Había alguien en la...

–¿Está ciego o es que es idiota? ¿Ve toda esa humedad? ¡Es agua! No intente atravesar el arrecife cuando la marea está alta.

–La marea no había subido todavía, y si hubiera sabido que había un bache, no habría intentado cruzar. Pero le agradezco la ayuda.

Hice un gran esfuerzo por mantener un tono de voz neutro. No necesitaba que nadie me dijera que había sido un estúpido y, aunque estaba en deuda con él, no pensaba permitir que un completo desconocido me hablase a gritos. Sobre todo uno que, a todas luces, se lo había pensado muy mucho antes de decidirse a regresar a ayudarme.

Me fulminó con la mirada y percibí las ganas que tenía de enzarzarse en una discusión. Me parecía increíble que se hubiese puesto así solo por haber tenido que sacar mi coche del arroyo, pero tenía el cuerpo dolorido, estaba calado hasta los huesos y llegaba tarde a la sesión informativa del patólogo. Fuera cual fuese su problema, en ese momento me traía sin cuidado. Lo miré fijamente, manteniendo la calma en todo momento.

Al cabo de unos instantes, miró hacia otro lado y lanzó un resoplido, como soltando algo de forma muy audible.

–Bueno, y ¿se puede saber qué está haciendo aquí? No solemos recibir la visita de muchos forasteros.

Vacilé unos instantes, pero a esas alturas el chófer de sir Stephen Villiers no sería la única persona que sabía que habían encontrado un cadáver. Y si aquel hombre era un lugareño, era improbable que no hubiese visto el helicóptero de la policía sobrevolando la zona desde primera hora de la mañana.

–He venido por una operación policial –dije al cabo de un momento.

De pronto, me miró con unos ojos más penetrantes.

–¿Se refiere al cadáver? ¿Es agente de policía?

«Ya empezamos...» Aún no se me había pasado la jaqueca, y volvía a percibir con más fuerza que nunca el dolor sordo.

–No, no soy agente de policía. Y no voy a contarle lo que he estado haciendo, así que no tiene sentido preguntar.

Las palabras me salieron con un tono más brusco de lo que pretendía. Ahora fue él quien puso cara de sorprendido.

–Bueno, al menos es sincero. ¿Qué es usted, una especie de asesor policial? ¿O tampoco puedo preguntárselo?

Eso no era un secreto.

–Soy antropólogo forense.

No era mucha información, pero asintió con la cabeza, aparentemente satisfecho.

–Lamento haberle echado la bronca antes. Soy Andrew Trask.

Lo dijo como si ese nombre tuviera que significar algo para mí. No era así, y estaba demasiado irritado para prestarle la debida atención. Le estreché la mano que me ofrecía.

–David. David Hunter.

De pronto, una ráfaga de viento me hizo darme cuenta de lo mojado que estaba y del frío que tenía. Se me ocurrió entonces que Trask no estaría mucho mejor: se le acumulaba el agua alrededor de las botas y tenía la tela de los vaqueros oscurecida hasta la rodilla; miró por detrás de mí hacia mi coche. Prácticamente podía ver cómo trabajaba su cerebro.

–No podrá llamar a la asistencia en carretera.

–Tengo cobertura de asistencia en viaje –le dije sin entender.

No era el primer lugar aislado al que tenía que acudir por razones de trabajo, así que me aseguré de no quedarme tirado si el coche se averiaba.

–No, quería decir que aquí no hay cobertura. La señal es muy mala. –Hizo una pausa y otra vez tuve la impresión de que estaba tomando una decisión–. Lo remolcaré hasta mi casa. No está demasiado lejos y podrá llamar desde allí.

–Eso sería genial. Gracias –le dije sorprendido por el ofrecimiento después de la hostilidad anterior.

Pero no pensaba rehusarlo. Necesitaría toda la ayuda posible si quería llegar a la autopsia; ya podía olvidarme de llegar a tiempo a la sesión informativa.

Se encogió de hombros como si empezara a arrepentirse.

–No puedo dejarle aquí. Será más fácil que darle las indicaciones a la grúa, y a mi hijo se le dan bien los motores. Podría echarle una mano.

–No, no se moleste. Ya le estoy creando suficientes problemas.

Era verdad, pero además no quería que un mecánico aficionado empeorase aún más las cosas, pese a sus buenas intenciones.

Trask me lanzó una mirada extraña.

–Eso ya no importa mucho, ¿no cree?

En otro momento me habría preguntado qué había querido decir, pero estaba demasiado cansado y desanimado para darle más vueltas a sus palabras. Parte de su energía pareció abandonarle mientras miraba hacia el arroyo, y luego irguió el cuerpo.

–Vamos, pongámonos en marcha –dijo.

Mientras Trask daba la vuelta con el Land Rover para volver a atar la cuerda a la barra de remolque trasera, intenté llamar con mi teléfono. Además de al servicio de asistencia en carretera, necesitaba llamar a Lundy para avisarle de que llegaría tarde. No tenía ni idea de los daños que el agua salada habría causado a mi coche, ni cuánto tardaría en repararlo, pero si era necesario, lo dejaría allí y ya me preocuparía de eso más adelante. Ahora, mi prioridad era llegar al depósito de cadáveres.

Trask tenía razón con respecto a la mala cobertura. Intenté desplazarme con el móvil por distintos sitios, pero el teléfono se negaba tozudamente a encontrar una señal. Nervioso por el retraso, lo guardé cuando Trask acabó de anudar la cuerda al Land Rover. Eché un último vistazo al arroyo antes de subir de nuevo a mi coche, completamente inundado. Las aves marinas se mecían sobre las pequeñas olas que rizaban su superficie mientras las arrastraba una corriente invisible. No había ni rastro del arrecife, y a juzgar por la erosión en las blandas orillas del arroyo a partir de la marca habitual de la marea alta, el nivel aún estaba subiendo. Si Trask no me hubiera remolcado, mi coche habría quedado completamente sumergido más pronto que tarde, y había evidencias suficientes de que la marea allí a veces subía aún más. Una franja de vegetación reseca y destrozada recubría las orillas del arroyo, residuos de lo que parecía una inundación reciente. Con una elevación tan escasa por encima del nivel del mar, aquel terreno no debía de tardar mucho en inundarse.

El proceso de remolcar el coche se prolongó durante quince incómodos minutos. Tenía los brazos y las piernas fríos y empapados, y mis botas chapoteaban cada vez que me movía. La carretera se desplegaba de forma serpenteante, siguiendo un intrincado camino a través de los humedales. Por lo que veía, había más agua que tierra, un laberinto de canales y charcas en las marismas de aspecto cenagoso. Las Backwaters –literalmente «aguas estancadas»– hacían perfecto honor a su nombre.

Mientras seguía detrás del Defender, vi unas pequeñas embarcaciones diseminadas alrededor, aunque la mayoría de ellas parecían abandonadas o aún estaban guardadas para la temporada de invierno. Apenas había casas, y la mayoría de los edificios que veía eran antiguas edificaciones en ruinas en proceso de desmoronamiento para volver a integrarse en el paisaje anegado.

Aun así, Trask no era el único que vivía allí. Pasamos por un cobertizo reformado, un antiguo edificio de piedra que destacaba entre las aguas del arroyo. Un cartel en la pequeña zona de aparcamiento anunciaba: CASA DE VACACIONES EN ALQUILER. Parecía un lugar demasiado remoto para que alguien quisiera alojarse allí, pero desde luego era muy tranquilo. Con los arroyos y los canales centelleando bajo la tenue luz del sol, no podía negar que las Backwaters, en su desolación, ejercían cierto atractivo. En otra época de mi vida me habría gustado pasar un tiempo allí.

Pero no era el momento de dejar volar la imaginación. Me seguía doliendo la cabeza y empezaba a tiritar. Me suponía un gran esfuerzo controlar la dirección del coche en la sinuosa carretera detrás del Land Rover, y me alegré cuando Trask se dirigió hacia una zona de aparcamiento con el suelo de grava. Detrás había un bosquecillo de árboles jóvenes y, a través de sus ramas aún desnudas, vi una casa de estructura contemporánea a orillas del arroyo.

Habíamos llegado.

Tras asegurarme de echar el freno de mano, salí del coche con movimientos rígidos. En contacto con la ropa mojada, el aire helado hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo. Tratando de ignorarlo, miré a mi alrededor. Había otros dos coches más. Uno era un Mini descapotable cubierto por una lona de plástico. Estaba aparcado en un montículo de terreno apisonado para mantenerlo a salvo de posibles inundaciones y, a juzgar por la mugre que había en la lona, supuse

que no se había movido de allí desde hacía tiempo. Cerca del Mini había otro Defender, este de color blanco y muy viejo, también con la toma de aire en forma de tubo del *snorkel*, que sobresalía en un lado. El joven que trabajaba bajo el capó abierto se irguió para mirarnos.

Trask se bajó del Land Rover de un salto.

–Jamie, corre y trae una toalla, ¿quieres?

El joven acogió su petición con cierta reticencia.

–¿Por qué, qué ha pasado?

–No importa, tú trae la toalla.

La expresión del muchacho dejó muy claro lo que pensaba. Tenía diecisiete o dieciocho años, era guapo y casi tan alto como Trask. El parecido era sin duda el propio entre padre e hijo, y a juzgar por la expresión del joven, además del físico, también compartían un temperamento similar. Tras enjugarse las manos con un trapo, lo soltó con gesto irritado antes de dirigirse a la casa sin decir palabra.

Si Trask estaba avergonzado por la actitud de su hijo, no lo demostró.

–Aquí ya debería tener cobertura, por si quiere llamar al servicio de asistencia en carretera.

–Gracias. Bonita casa –comenté mirando hacia el edificio que se entreveía a través del bosquecillo.

Las paredes revestidas de madera de cedro eran de un tono gris plateado desvaído que se confundía con los árboles, y el techo a dos aguas estaba cubierto con paneles solares. Daba a un amplio tramo del riachuelo, y en ese momento vi que se apuntalaba sobre gruesos pilares de cemento que la levantaban del suelo. Obviamente, la casa había sido diseñada para resistir inundaciones, lo que decía mucho sobre el tipo de clima de aquella zona.

Trask parecía sorprendido. Miró hacia la casa como si no fuera algo en lo que pensara habitualmente.

–La construí para mi esposa.

Esperaba que dijera algo más, pero esa parecía ser la única información que iba a obtener de él. Estaba claro que era hombre de pocas palabras.

–¿Cuál es la dirección? Para darle las indicaciones al conductor de la grúa –añadí, cuando mis palabras hicieron que frunciese el ceño.

–La dirección es Creek House, pero el código postal no les va a servir de nada por aquí. Dígales que tomen el camino hacia las Backwaters y que luego sigan el arroyo hasta que lleguen aquí. Si acaban en Willets Point, es que se han pasado de largo.

Esa era la finca donde vivía Leo Villiers. Como era consciente de que Trask parecía estar observándome, mantuve una expresión neutra.

–Gracias.

Dirigió la mirada a mi ropa mojada.

–¿Quiere tomar algo caliente mientras espera?

–Un café sería estupendo.

Trask asintió y dio media vuelta. No podía culparlo por no invitar a entrar en su casa a un extraño empapado de pies a cabeza, aunque habría agradecido la posibilidad de secarme y cambiarme. Había traído ropa de recambio para mi fin de semana en casa de Jason y Anja, pero, antes que nada, tenía que solucionar el problema con el coche. A no ser que ocurriera algún milagro, el informe del patólogo no era lo único que iba a perderme.

Consciente de lo tarde que se me estaba haciendo, llamé al servicio de asistencia. No tenía muchas esperanzas de conseguir que una grúa se desplazase enseguida hasta allí, y las pocas que tenía se desvanecieron en cuanto obtuve respuesta. Era un fin de semana de puente y las carreteras estaban llenas de gente saliendo a disfrutar de los días festivos. Y, por lo visto, quedándose tirada con el coche. Se daba prioridad a las mujeres solas, las emergencias médicas y los casos en que el automóvil podría causar un accidente, y yo no encajaba con ninguno de esos supuestos. Cuando le expliqué que tenía que asistir a una autopsia, el impaciente operador no se mostró muy comprensivo.

–Bueno, seguirán muertos cuando llegue, ¿no es así?

Me dijo que intentarían enviar a un mecánico en las próximas horas, aunque ni siquiera podían garantizarme eso. No tenía sentido discutir, así que le di todos los detalles que pude sobre mi ubicación y colgué. «Dios, qué desastre.» El dolor de cabeza estaba empeorando. Tras masajearme las sienes, intenté telefonar a Lundy. No tenía muchas ganas de hacer esa llamada, así que sentí un secreto alivio cuando saltó directamente el buzón de voz. Sin entrar en detalles, dejé un mensaje diciendo que me retrasaría porque se me había averiado el coche. Con un poco de suerte, cuando me llamara tendría mejores noticias.

Los temblores habían ido a peor. Necesitaba quitarme la ropa mojada, así que fui a buscar mi bolsa de viaje. Al menos el interior de la bolsa estaba seco, lo cual ya era algo. Llevaba los pantalones empapados hasta la mitad del muslo, pero como no tenía ninguna intención de desnudarme allí afuera me limité a cambiarme la camisa mojada por un suéter grueso, y luego volví a ponerme la chaqueta húmeda.

Lo único que me quedaba por hacer era esperar. A pesar de que sabía que era inútil, probé a girar la llave de contacto de nuevo. El motor emitió un ruido sordo y chirriante y luego enmudeció. La siguiente vez sonó aún más débil. Esperé un rato y luego me empeñé en intentarlo de nuevo.

–Con eso solo logrará empeorar las cosas.

No había oído acercarse al hijo de Trask.

–No creo que por probar vaya a peor.

–Tal vez no, pero no arrancará hasta que se seque. Ahogando el motor no va a conseguir nada.

El consejo no me lo ofreció en un tono del todo desagradable, pero tampoco amable. Lo cierto es que parecía una versión más joven de Trask, ágil y atlético y vestido con una camiseta desteñida y pantalones vaqueros. Calzaba una especie de escaupines de neopreno para hacer surf que habían enmascarado sus pasos. Me tendió una toalla gruesa y doblada.

–El café está en camino.

–Gracias. –Acepté la toalla y me sequé las manos y los antebrazos–. Tu padre me ha dicho que entiendes de motores.

–Un poco. –Eché un vistazo a mi coche con evidente escepticismo–. Si le ha entrado agua salada, habrá que desmontarlo y limpiarlo. Cambiar el aceite y vaciar tal vez el combustible. Es mucho trabajo.

Genial. Me había planteado seguir la sugerencia de su padre y preguntarle si podía echarle un vistazo al coche, pero aparte de su evidente falta de entusiasmo, parecía que iba a necesitar a un mecánico con experiencia de todos modos.

–¿Hay algún taller de reparaciones por aquí? –pregunté.

Negó con la cabeza.

–Ninguno bueno.

–¿Y alguna empresa de alquiler de coches? ¿O taxis?

Si hubiese algún tipo de transporte disponible en la localidad más próxima, al menos podría llegar al depósito de cadáveres. Ya me preocuparía por mi coche más tarde.

El joven soltó un bufido burlón.

–¿Ha visto Cruckhaven?

Le habría ofrecido pagarle para que me llevara, pero la expresión agresiva en su rostro me disuadió. Estaba claro que no quería involucrarse en los problemas de un extraño, y no podía culparlo por ello. Frustrado, maldije entre dientes mientras él volvía a meterse en la casa. Me planteé pedirle a su padre que me llevara al depósito, pero descarté la idea de inmediato. Trask había estado a punto de abandonarme en el arroyo, y su actitud en general dejaba muy claro que me ayudaba a regañadientes. Ya me imaginaba cuál sería su respuesta si le sugería crearle más problemas.

Aunque algo tenía que hacer. La señal no era lo bastante fuerte para poder navegar por internet, así que llamé a un número de información telefónica y pregunté por los talleres más cercanos. Tal vez no hubiese ninguno cerca, pero

quizá el hijo de Trask se refería únicamente a la zona más cercana. Aunque hubiese uno un poco más lejos, sería más rápido que esperar a la grúa.

Teniendo en cuenta la suerte que había tenido hasta entonces, no era optimista, así que me sorprendió cuando la operadora me proporcionó un número. Se trataba de un taller de reparación de embarcaciones y automóviles en Cruckhaven, la ciudad por la que había pasado antes. Tras convencerme a mí mismo de que no debía de albergar demasiadas esperanzas, telefoneé. Me respondió la voz áspera de un hombre.

–Taller mecánico Coker’s Marine and Auto.

–Mi coche se ha averiado. ¿Tienen servicio de grúa? –pregunté.

–Depende de dónde esté.

–En las Backwaters.

Le expliqué que me había quedado atrapado en el arroyo. Al otro lado se oyó un resoplido.

–Seguro que ya no volverá a intentar pasar por ahí. De acuerdo, creo que podré ayudarle. Espere un momento, iré a buscar un bolígrafo.

Di gracias a Dios en silencio. Ahora al menos había una pequeña posibilidad de que pudiera llegar a la autopsia. Miré el reloj, calculando cuánto tiempo me quedaba cuando el hombre volvió a ponerse al aparato.

–Muy bien, dígame. ¿En qué lugar de las Backwaters está usted exactamente?

–En un sitio llamado Creek House. No está muy lejos de un viejo cobertizo para barcas. ¿Necesita indicaciones para llegar?

Se quedó callado una fracción de segundo.

–No se moleste, ya sé dónde está. ¿Son amigos suyos?

La inflexión de su voz había cambiado, pero no le di importancia.

–No, simplemente me han ayudado a remolcar el coche. ¿Cuánto tardará en llegar hasta aquí?

–Lo siento, pero no puedo ayudarlo.

Por un segundo, pensé que había oído mal.

–Pero si ha dicho que podría hacerlo...

–Y ahora le digo que no puedo.

–No entiendo. ¿Hay algún problema?

–Sí, tiene agua salada en el motor.

La llamada se cortó.

«Pero ¿qué demonios...?» Miré mi teléfono, sin dar crédito a que acabase de colgarme. La repentina hostilidad había aparecido así, sin más, en cuanto mencioné Creek House. Golpeé el volante y maldije de nuevo. Fuera cual fuese el problema que el propietario del taller tuviera con Trask, había dinamitado mi última oportunidad de llegar a tiempo a la autopsia.

El dolor de cabeza se había extendido hasta la base del cuello. Empecé a masajearlo con los ojos cerrados e intenté pensar qué hacer a continuación. Los exaltados ladridos de un perro me hicieron abrirlos de nuevo. Una mujer y una niña venían por el sendero que atravesaba el bosquecillo, acompañadas por un perro negro que brincaba y ladraba a su alrededor. La niña sostenía una taza con gesto vacilante, sujetándola mientras el perro daba saltos.

–¡... lo vas a tirar! Eres muy traviesa, *Cassie* –decía la niña, pero en un tono de voz que alentaba aún más a la perra.

Tenía unos ocho o nueve años, y la misma estructura ósea que su padre y su hermano. A pesar de que reía, los brazos escuálidos y las ojeras pronunciadas sugerían un problema subyacente.

Supuse que la mujer debía de ser su madre, aunque no había un parecido obvio entre ambas. Era delgada y atractiva, considerablemente más joven que Trask. Tenía la piel oscura color miel y una mata de pelo negro y espeso recogido despreocupadamente con una goma negra. Lucía unos vaqueros

desteñidos y manchados de pintura, mientras que el grueso jersey que llevaba parecía ser de al menos dos tallas más grandes que la suya. La hacía parecer aún más joven, y me costaba creer que pudiera tener un hijo adolescente.

–Te hemos traído un café –dijo la niña ofreciéndome con cuidado la taza que llevaba en las manos.

–Gracias. Trae, ya la cojo yo.

Me apresuré a coger la taza y dediqué una sonrisa a su madre. Ella me la devolvió, pero fue un gesto forzado que desapareció en cuanto lo hubo esbozado. No era guapa en el sentido convencional del término, sus rasgos eran demasiado marcados para eso, pero era innegablemente atractiva, con unos llamativos ojos verdes aún más sorprendentes en contraste con la piel aceitunada. Me sorprendí pensando que Trask era un hombre afortunado.

–Papá dice que te quedaste atrapado en el arrecife –dijo la niña mientras miraba mi coche.

–Es verdad. Me alegré de que él estuviera allí para ayudarme.

–Dice que fue una estupidez.

–¡Fay! –la regañó su madre.

–Bueno, es lo que ha dicho...

–Y tiene razón –contesté sonriendo con tristeza–. No volveré a hacerlo.

La hija de Trask me examinó con atención. La perra se había arrojado a sus pies, sonriéndole con la lengua fuera. Era un animal muy joven, poco más que un cachorro.

–¿De dónde eres? –me preguntó.

–De Londres.

–Conozco a alguien de Londres. Ahí es donde...

–Ya está bien, Fay, dejemos tranquilo al señor –la interrumpió su madre. Me miró con expresión más bien fría en lugar de hostil–. ¿Cuánto tiempo va a quedarse aquí?

–No lo sé. Parece que he escogido un día realmente malo para sufrir una avería. –El débil intento por hacer una broma fracasó por completo. Me encogí de hombros–. La grúa del taller de Cruckhaven se ha negado a venir a recogerme, así que tendré que esperar al servicio de asistencia en carretera.

Vi que reaccionaba ante mi mención del taller, pero no hizo ningún comentario.

–¿Cuándo podrán enviar a alguien?

–No lo saben, pero dejaré de molestarles lo antes posible.

Los ojos verdes me miraron fijamente.

–Eso espero. Vamos, Fay.

Las observé caminar de regreso a la casa, la esposa de Trask esbelta y con paso sereno mientras apoyaba la mano con aire protector en el hombro de su hija mientras la perra corría delante. «Vaya, eso es lo que se dice ser franca.» Me preguntaba si los habitantes de las Backwaters eran siempre tan amigables, o si solo lo eran conmigo.

Como tenía otras preocupaciones aparte de la hostilidad local, no tardé en olvidar el incidente.

Las suaves orillas del arroyo habían sufrido una importante erosión. Las mareas y las corrientes se habían confabulado para tallar un amplio arco en la tierra arenosa, como si fuera la marca de una mordedura gigantesca flanqueada por juncos y hierbas pantanosas. Formaba una trampa natural en la que una variedad de restos cabeceaba sobre el agua, que se movía lentamente. Los tablones de madera y las ramas chocaban con desechos sintéticos de toda clase: una zapatilla de deporte cubierta de barro, la cabeza de una muñeca, botellas de plástico y contenedores de comida, todos atrapados en el remolino circular.

Se respiraba una tranquilidad absoluta en las Backwaters. El mundo parecía gobernado por gaviotas, agua y marismas. Y en cuanto al cielo, la llanura del paisaje lo hacía parecer enorme y abovedado. Si miraba hacia atrás, del lugar de donde venía, la casa de Trask apenas se distinguía tras el bosquecillo, a unos doscientos metros de distancia. Había echado a andar siguiendo el arroyo cuando me terminé el café. Había una especie de sendero, poco más que una franja de tierra desnuda que se abría paso entre las hierbas de tallos recios y nervudos. Sin embargo, el sendero se acabó pronto y descubrí que no podía continuar sin verme obligado a sortear una nueva zanja o un charco de agua. Sería mucho más fácil recorrer aquellos parajes a bordo de una barca, aunque imaginaba lo fácil que sería perderse en aquel laberinto de marismas y juncos.

Vi como el remolino de agua empujaba la zapatilla de deporte contra una pelota de tenis sin reparar realmente en ello. Estaba demasiado impaciente para quedarme sentado esperando en el coche mojado hasta que llegase la grúa. Aún no había hablado con Lundy, pero sabía que la sesión informativa del patólogo ya habría empezado. Sabía que no sería demasiado larga, y luego Frears procedería a practicar la autopsia, estuviese yo presente o no. Aunque tampoco es que fuese a haber ninguna diferencia: dudaba que hubiese podido aportar algo. No me hacía ilusiones acerca de por qué me habían incluido en la investigación, y mi presencia era aún más superflua después de que sir Stephen hubiese identificado los objetos personales de su hijo. Pese al grado de

descomposición, confirmar la identidad del cadáver y la causa probable de la muerte parecía una simple formalidad. Tal como todos sospechaban –con la posible excepción de su padre–, Leo Villiers había matado a Emma Derby, su antigua amante, y luego no había podido resistir la presión de sus propios actos y se había pegado un tiro.

Entonces ¿por qué razón seguía sintiendo ese incómodo presentimiento?

Contemplé el paisaje inundado. No muy lejos de allí, un viejo barco abandonado estaba embarrancado con la proa en la orilla y la popa hundida en el agua, destrozada y podrida. En la orilla, a su lado, había un sauce moribundo. La mitad inferior del tronco, muy grueso, estaba salpicada de manchas, y unas briznas de maleza y hierba marchita colgaban de las ramas inferiores como recordatorio de que el arroyo no siempre mostraba tanto sosiego. No era difícil comprender cómo el cuerpo de Leo Villiers podía haber permanecido oculto varias semanas y hundirse hasta el fondo de un agujero más profundo hasta volver a salir a flote y ser arrastrado hasta el estuario por la marea. Era un escenario perfectamente plausible.

No obstante, todavía pensaba que seis semanas era un tiempo excesivo. Cuatro, tal vez, pero no seis. Incluso aunque el cuerpo hubiese permanecido en el lecho del arroyo la mayor parte del tiempo, habría seguido a merced de las mareas dos veces al día. Habría sido arrastrado por el fondo arenoso, golpeado contra rocas y piedras, sometido de forma incesante a los ataques de los animales carroñeros. Y durante todo ese tiempo, habría seguido su proceso de putrefacción interna, acelerando aún más la descomposición del cuerpo. Sí, podía decirme a mí mismo que el agua fría y el aire de los meses de invierno lo habrían conservado, que el cálculo del tiempo transcurrido desde la muerte no era ninguna ciencia exacta en el mejor de los casos, y mucho menos en un medio como aquel, el estuario. Pero lo cierto es que todo eso daba igual.

Seis semanas era demasiado tiempo.

«Muy bien, entonces Villiers se encerró en su casa y estuvo bebiendo hasta perder el sentido durante quince días. Y luego salió y se pegó un tiro.» Era posible. Aunque me costaba creer que alguien como Leo Villiers se aislara así del mundo, lo cierto era que no lo conocía. Y los seres humanos son siempre muy impredecibles, incluso sin contemplar la opción del suicidio.

Sin embargo, tampoco podía creer que esa fuera la explicación.

Me estremecí de frío, lo que me recordó que era momento de regresar. La cobertura del móvil no era muy fiable lejos de la vivienda, y tal vez en ese preciso instante Lundy pudiera estar intentando ponerse en contacto conmigo. Además, necesitaba volver a hablar con el servicio de asistencia, para ver dónde estaban, y todavía tenía que llamar a Jason para decirle que no podría ir a la fiesta. Al menos había una parte positiva en todo aquel asunto, me dije.

Di media vuelta y volví sobre mis pasos hacia la casa. El café caliente me había sentado bien y pensé que caminar contribuiría a que se me aliviase el dolor de cabeza, pero ahora estaba empezando a pensar que no había sido una buena idea. A pesar del viento frío, sudaba profusamente y no podía dejar de temblar. Me parecía que estaba tardando una eternidad en recorrer el trayecto de vuelta. Me veía obligado a desviarme cada vez que encontraba el camino cortado por una nueva zanja llena de agua, y parecía haber muchas más de las que recordaba. Cuando al fin llegué a la casa, estaba agotado, y me pesaban las piernas y los brazos. Había otro coche estacionado cerca del mío en el aparcamiento del suelo de grava, aunque por desgracia no era del servicio de asistencia en carretera. A menos, claro está, que hubiesen enviado un viejo Ford Fiesta blanco con una raya de carreras de color rojo brillante en la parte superior.

El hijo de Trask volvía a estar bajo el capó del viejo Land Rover blanco. A su lado había una chica rubia que supuse que era la dueña del Ford Fiesta, con los brazos cruzados y los labios apretados. Debía de rondar la veintena, y era guapa, pero con un poco de sobrepeso. Vestía de un modo extremado: la falda ajustada, los zapatos de tacón y el exceso de maquillaje parecían más adecuados para un sábado por la noche.

Ninguno de los dos advirtió que me acercaba, y sus voces llegaron con total claridad al camino del arroyo.

–Vamos, Jamie, ¿por qué no?

Su acento era de Essex. El hijo de Trask respondió sin interrumpir lo que estaba haciendo.

–Ya sabes por qué.

–Pero eso fue hace años. ¡He venido expresamente en cuanto me he enterado!

–Yo no te pedí que lo hicieras. Si no puedes...

Se calló en cuanto reparó en mi presencia. La chica se volvió y me lanzó una mirada asesina, como si yo fuera el culpable de la discusión. Esbocé una sonrisa fatigada mientras seguía andando hacia mi coche. Sin hacerme el menor caso, se volvió hacia el hijo de Trask. Llevaba las uñas de las manos pintadas de un rojo sangre brillante, y el esmalte de las de los pies, que asomaban por unas sandalias, era del mismo color.

–Vamos, Jamie, él no lo sabrá.

–No me importa.

–Entonces ¿cuál es el problema?

El chico no respondió. Yo intentaba no escuchar la conversación, pero era imposible no hacerlo.

–Jamie, ¿por qué no me hablas? –Una vez más, no obtuvo respuesta. El tono de súplica de la chica se volvió acusador—. Antes no eras así.

–Stacey...

–No, no eras así. No es culpa mía que...

–¡Joder, déjalo ya!

Se oyó un estrépito cuando el capó del Land Rover se cerró de golpe. Me volví a mirar y vi al hijo de Trask marcharse airadamente hacia a la casa, dejando a la chica allí plantada.

–¿Jamie? ¡Jamie! ¡Perfecto! ¡Vete a la mierda entonces! –gritó la chica a su espalda. El portazo de la puerta de entrada reverberó atravesando los árboles—. ¡Capullo!

Dio media vuelta, con la cara roja de furia. Estaba a punto de llorar, pero al reparar en mi presencia torció la boca.

–¿Y tú qué coño miras?

Abrió la puerta del Ford Fiesta, se subió al interior y lo puso en marcha. La grava salió disparada por debajo de las ruedas cuando se alejó, pisando a fondo el acelerador mientras se dirigía a la carretera.

No era el único que tenía un mal día.

El ruido del motor del coche se fue atenuando a lo lejos, y ahora solo se oía el chapoteo del agua del arroyo y los chillidos de las aves marinas. Comprobé mi teléfono para ver si tenía mensajes, pero no había nada, ni de Lundy ni del servicio de asistencia. Me disponía a guardarlo cuando sonó.

Era el inspector.

–Acabo de recibir su mensaje, doctor Hunter. Estaba en la autopsia. Ha tenido algún contratiempo, ¿verdad?

Miré la extensión llana de campos y agua, como si pudieran servirme de inspiración de última hora.

–Sí, algo parecido.

Sin entrar en detalles, le expliqué que no iba a poder ir a ninguna parte con mi coche y que no tenía ni idea de cuánto tardarían en repararlo. Esperaba una reacción irritada, pero Lundy parecía tan amable como siempre.

–Vaya, lo siento, pero no tiene mucho sentido que venga a la morgue de todos modos –dijo cuando terminé de hablar–. Frears estaba a punto de acabar cuando he salido. No hay grandes sorpresas. Causa probable de la muerte: herida de contacto en la cabeza producida por una bala de escopeta. Se trata de un varón, y la radiografía no muestra ninguna lesión en los huesos que pueda hacernos pensar que no se trata de Leo Villiers. El reloj tiene una inscripción de su madre en el revés de la esfera, y los restos de las prendas de ropa encajan con las que llevaba Villiers. Si bien aún no podemos asegurar que sean tuyas, son las mismas marcas caras que solía comprar. En resumen, a la espera de los resultados de ADN, parece una identificación bastante aproximada.

–¿Qué hay de la pieza metálica incrustada en el esófago? –pregunté mirando hacia la casa para asegurarme de que no había nadie cerca.

–La han llevado al laboratorio junto con el taco del cartucho. Está muy deformada, por lo que aún no podemos confirmar si es un perdigón o no, pero tenía razón respecto al material: es acero en lugar de plomo. Inoxidable, por lo que parece. –Lo oí sorberse la nariz–. Eso es todo. Todo bastante sencillo, así que no creo que se haya perdido mucho.

Yo tampoco lo creía, pero debería haber estado allí.

–Puedo echar un vistazo mañana. Para entonces mi coche ya debería estar arreglado.

Y aunque no fuera así, alquilaría uno. Tal vez no pudiese añadir gran cosa a los hallazgos de Frears, pero me gustaría intentarlo al menos. Oí que el inspector se aclaraba la garganta.

–Gracias, pero creo que no será necesario.

Detecté cierto embarazo en su tono de voz. Reprimí el impulso de tratar de persuadirlo, consciente de que aquello era una orden directa de Clarke. Nada de lo que yo dijera cambiaría las cosas.

–Está bien –dije disimulando mi decepción–. Llámeme si me necesitan.

Lundy me aseguró que así lo haría y colgó. Guardé el teléfono. «Bueno, has hecho un gran trabajo hoy, Hunter. Felicidades.» Abrí la puerta del coche, me desplomé con cansancio sobre el asiento del conductor y me senté con las piernas estiradas fuera. Así que eso era todo. Costaba trabajo creer que el día hubiese empezado de forma prometedora.

Vi una gaviota abalanzarse y chapotear sobre el arroyo. Todavía estaba lleno, con pequeñas olas rizadas que llegaban a la parte superior de la orilla. Y, sin embargo, al cabo de unas horas, la marisma se drenaría y volvería a convertirse en zanjas y canales cenagosos. Y luego el ciclo se repetiría de nuevo, una y otra vez.

Estaba seguro de que allí tenía que haber alguna sana lección que aprender en cuanto a perspectiva, pero en esos momentos no estaba de humor para apreciarla. Me arrojé aún más con la chaqueta cuando otro escalofrío me recorrió el cuerpo. «Debe de haber refrescado», pensé. Me estremecí de nuevo y,

luego, como si mi cuerpo hubiera estado esperando que lo notara, pensé que no me encontraba muy bien. Me había obsesionado tanto con no perderme la autopsia que había hecho caso omiso a todo lo demás. Los escalofríos no se debían únicamente a la temperatura externa: me di cuenta de que tenía fiebre. El dolor de cabeza iba de mal en peor, sumado a otro dolor en las articulaciones y la garganta, y cuando me palpé las glándulas del cuello, las noté duras e hinchadas.

Erguí la espalda, pensando en lo estúpido que había sido. Llevaba varios días encontrándome mal, incluso me había despertado esa misma mañana con la sensación de tener resaca. Empaparme en el arroyo no había ayudado, y aun así no había tenido la sensatez de quitarme la ropa mojada. Y ahora –¡oh, sorpresa!– estaba tiritando de frío. Para la mayoría de la gente eso no sería nada preocupante.

Pero yo no era la mayoría de la gente.

Además de una cicatriz en el estómago, la agresión de la que fui víctima con un cuchillo en mi piso me había dejado sin bazo. Eso debilitaba mi sistema inmunológico, lo que significaba que tenía que tomar antibióticos de forma profiláctica todos los días durante el resto de mi vida. La mayoría de las veces no era ningún problema: me recuperaba de los resfriados y de los virus como cualquiera. Pero siempre corría el riesgo de que una infección pudiera derivar en algo denominado síndrome de sepsis grave postesplenectomía, también conocido como SSPE. Era raro, pero cuando ocurría, podía empeorar rápidamente.

Y podía ser mortal.

Me levanté, y la debilidad que sentí en las piernas era otra prueba de mi estupidez. Se suponía que era un médico de atención primaria, por el amor de Dios... No tendría que haber ignorado las señales de advertencia. Ahora, lo que había sido un día frustrante se había convertido en algo muy diferente.

Cuando fui a abrir el maletero del coche, me sentía débil y mareado. Mi trabajo muchas veces implicaba viajar –al menos así había sido antes– a lugares aún más aislados que ese, así que siempre llevaba conmigo antibióticos de emergencia. La amoxicilina era un antibiótico de amplio espectro, mucho más fuerte que la penicilina que tomaba todos los días. Ninguno de los dos sería útil si se trataba de un virus, pero ayudarían a combatir una infección bacteriana.

Ingerí las pastillas con el agua de la botella que también llevaba siempre en el maletero y luego volví a sentarme en el asiento del conductor mientras debatía qué hacer. Si aquello resultaba ser un SSPE, necesitaba ir urgentemente a un hospital, pero también cabía la posibilidad de que al final solo fuese un virus molesto que superaría sin complicaciones ni efectos secundarios.

El problema era que no había forma de saberlo. De momento no me sentía lo bastante enfermo para ir al hospital, pero eso podía cambiar pronto, sobre todo si seguía conservando la ropa mojada. «Muy bien, veamos...» Repasé rápidamente qué opciones tenía. Volver a Londres, obviamente, no era una opción, como tampoco lo era quedarme allí sentado mucho más rato. Sentí un martilleo en la cabeza cuando me levanté. Esperé a que remitiera la sensación de mareo y luego eché a andar por el sendero de grava que atravesaba los árboles.

De cerca, la casa de Trask era aún más espectacular, de líneas rectas y contemporánea, con las gastadas paredes de cedro diseñadas para integrarse en el entorno natural. Los pilares de cemento la levantaban del suelo para hacerla a prueba de inundaciones, pero eso también significaba que tenía que subir una escalera para llegar a la puerta principal. Me sentía más débil que un niño de pecho mientras avanzaba arrastrándome hacia lo alto, y me detuve a recobrar el aliento antes de llamar con los nudillos a la madera pintada. Oí ladrar a la perra dentro y, un minuto después, Trask abrió la puerta.

No parecía muy contento de verme.

—¿Ya ha llegado la grúa?

—No, yo... Ha habido un cambio de planes. ¿Hay algún hotel por aquí cerca?

—¿Un hotel?

Por su tono de voz, parecía que aquel era un concepto extraño para Trask.

—No tengo ni idea. No lo creo.

—¿Y un hostel? ¿O una pensión?

—No, no hay nada en varios kilómetros. ¿Por qué? No me diga que se está planteando pasar aquí unos días de vacaciones... —Parte de su irritación se fue desvaneciendo mientras me escudriñaba. Los surcos de su ceño se hicieron más

profundos—. ¿Se encuentra bien? Tiene muy mal aspecto...

—Estoy bien... solo es un virus. —Jugué mi última carta: después de aquello, ya no tenía más ideas—. Pasamos por una casa de camino hacia aquí, una casa rural en alquiler. ¿Sabe de quién es?

Si los propietarios eran del lugar y estaban dispuestos a alquilarla un par de noches, podría descansar hasta que los antibióticos hiciesen efecto. Una parte de mí sabía que estaba cometiendo una estupidez, apostando a que no iba a empeorar en vez de darle importancia y pedir ayuda. Pero ya habría tiempo para eso si se daba el caso.

Trask me miraba con gesto dudoso.

—¿Se refiere al viejo cobertizo para barcas?

Asentí aliviado.

—¿Sabe de quién es?

—Es nuestro. —Parecía desconcertado—. Mi esposa lo estaba renovando.

En otras circunstancias podría haber deducido por sus palabras que allí pasaba algo, pero, en ese momento, bastante tenía con concentrar toda mi energía en mantenerme en pie.

—Sé que es una molestia, pero ¿podría quedarme allí esta noche? Les pagaré una semana completa —añadí percibiendo su reticencia.

Apartó la mirada y se pasó una mano por el pelo.

—No... no está realmente listo.

—No importa. Si hay una cama y algún tipo de calefacción, con eso me basta.

Trask seguía sin parecer muy convencido, pero entonces volvió a mirarme y lo que vio lo hizo decidirse.

—Espere aquí, iré a buscar a Rachel. Es ella la que se ocupa de estos temas.

Y acto seguido, cerró la puerta, dejándome afuera. Yo estaba demasiado maltrecho y dolorido para ofenderme, y di por sentado que no quería que les contagiara lo que fuese que sufría a su familia. Me apoyé contra la pared y descansé la cabeza sobre la madera desgastada. Los minutos se me hicieron eternos hasta que la puerta se abrió de nuevo. Esta vez era la mujer de Trask. Sus atractivos rasgos estaban cincelados en unas arrugas implacables y sus ojos verdes traslucían una mirada fría.

–Andrew dice que quiere alquilar la casa.

–Solo por esta noche.

–Así que ese resfriado lo ha dejado fuera de combate, ¿no? –dijo de malos modos. Me dio las llaves de un coche–. Tome. Vaya y espéreme dentro del coche mientras reúno unas cosas. Puede encender la calefacción.

Demasiado debilitado para sentirme avergonzado siquiera, eché a andar penosamente por el bosquecillo hacia donde estaban aparcados los coches. La mujer de Trask no había dicho cuál de ellos íbamos a usar, pero las llaves llevaban un dispositivo electrónico, por lo que no era el viejo Defender blanco. Me subí al Land Rover gris, más nuevo, y al arrancar el motor sentí una especie de *déjà vu* al recordar que era el mismo coche que solía conducir. Mientras esperaba que la calefacción me hiciera entrar en calor, saqué el móvil para cancelar el servicio de grúa. Detestaba la idea de causar más molestias a Trask y a su familia, pero la verdad es que no tenía muchas más opciones.

Llamé a Jason después de conseguir hablar con asistencia en carretera para comunicarle que no iba a poder ir a los Cotswolds. Al principio se mostró escéptico, dando por sentado que solo era una excusa para no ir a la fiesta, pero algo en mi voz debió de convencerlo. «Cuídate», me dijo con preocupación. Le dije que lo haría, aunque pensaba que ya era un poco tarde para eso. Estaba guardando el teléfono cuando reapareció la esposa de Trask. Llevaba una caja de cartón y unas bolsas con lo que supuse eran toallas y ropa de cama. Salí del coche en un acto reflejo para ayudarla, pero sacudió bruscamente la cabeza.

–Ya puedo yo sola.

Mejor así, tal vez. Mientras dejaba los paquetes con gesto malhumorado en la parte trasera del Land Rover, cogí mi ordenador portátil y una bolsa de viaje del coche. Tenía las piernas como si fueran de mantequilla.

–¿Eso es todo? –me preguntó cuando volví–. Vamos, entonces.

Pese a la calefacción, todavía estaba tiritando cuando salimos. Ella no abrió la boca para hablar, pero transmitía su desaprobación cada vez que cambiaba de marcha. El silencio fue intensificándose hasta que me vi obligado a decir algo.

–Siento mucho causarle tantas molestias.

–Es una casa de alquiler. Para eso está.

Otro cambio de marcha hecho con exagerado énfasis. Lo intenté de nuevo.

–Sinceramente, no sabía de quién era el cobertizo cuando lo pregunté.

–¿Y habría cambiado eso las cosas?

–Yo solo... Esperaba poder marcharme enseguida.

–Sí, pues parece que no ha tenido mucho éxito con eso, ¿no es así?

De perfil, su rostro se mostraba enfadado e intransigente. No tenía ni idea de por qué estaba tan disgustada, pero ya había tenido bastante.

–Mire, ¿sabe qué le digo? Olvídese de la casa... Lléveme a cualquier parte.

–Entonces ¿ha cambiado de idea?

Joder...

–Pare el coche y punto. Me bajaré aquí mismo.

No había nada excepto marismas y campos a ambos lados del arroyo, pero no me importaba. Ella frunció el ceño.

–Ahora se está comportando de un modo ridículo. No puedo dejarle en medio de la nada.

–Entonces lléveme a algún lugar donde pueda llamar a un taxi. A la ciudad, a donde sea, no me importa.

Me miró. Intenté dejar de tiritar, pero no pude.

–No tiene buen aspecto –señaló.

–Estoy bien –dije consciente de que me estaba comportando como un idiota además de cabezota.

La mujer de Trask no respondió, sino que se limitó a conducir un rato en silencio antes de hablar.

–No es un simple un resfriado, ¿verdad?

Iba a decirle que no importaba, pero mi parte más racional reconoció que no podía permitirme el lujo de mostrarme orgulloso.

–Tengo un problema en el sistema inmunológico –admití.

–¿Qué tipo de problema?

–No es nada contagioso –le aclaré adivinando lo que estaba pensando. No tenía ganas de dar explicaciones, pero vi que no iba a tener otro remedio. Joder–. No tengo bazo.

–Mierda... –Parecía preocupada y sorprendida–. ¿Y no debería verlo un médico?

–Soy médico. Estoy tomando antibióticos. Solo necesito un lugar para descansar.

Eso me valió otra mirada, dudosa esta vez.

–Creí que le había dicho a Andrew que era forense...

–Y lo soy. –Deseé no haber empezado aquella conversación–. Pero antes era médico de atención primaria.

–Pues no debía de ser muy bueno. ¿En qué narices estaba pensando, quedándose ahí con la ropa mojada tanto tiempo? ¿Por qué no dijo nada?

Pensándolo bien, no había sido una idea muy brillante, desde luego, pero no tenía energías para discutir.

–Me pondré bien –repetí débilmente.

La mujer de Trask me lanzó una mirada elocuente que no dejaba lugar a dudas de lo que opinaba sobre mis palabras.

–Eso espero. Ya hemos llegado.

Condujo el Land Rover a una zona de aparcamiento cubierta de ceniza y puso el freno de mano. El cobertizo para barcas era un pequeño edificio de piedra que sobresalía de la orilla del arroyo. La mitad inferior se levantaba sobre el agua, con una línea marcada en las paredes de piedra para señalar hasta dónde llegaba la marea cuando era alta. La mitad superior era una sola planta construida a ras de la orilla del arroyo. Había dos ventanas pequeñas a cada lado de una puerta, como el dibujo de una casa hecho por un niño.

La mujer de Trask se dirigió hacia allí y apoyó la caja contra la pared mientras rebuscaba en un enorme aro de llaves tintineantes.

–Vamos, ¿dónde estás? –murmuró para sí.

Al fin encontró la llave correcta y empujó la puerta con la cadera. El interior era una sorpresa: no había paredes sino una sola estancia muy amplia amueblada y distribuida como un estudio. Era mucho más luminosa de lo que esperaba al verla desde el exterior. Las paredes de piedra sin pulir estaban pintadas de blanco y la luz se derramaba a través de un gran ventanal en arco que daba al arroyo. Habían creado una pequeña zona de cocina en un lateral, mientras que, al otro lado, un sofá y un sillón flanqueaban una estufa de leña. El mobiliario era de estilo escandinavo de la década de 1960, líneas simples y colores apagados, y una alfombra de color rojo oscuro cubría la mayoría de los tablones barnizados del suelo. Todo parecía nuevo y sin estrenar, y todavía flotaba en el ambiente un leve olor a pintura fresca. A pesar de lo reducido de su tamaño, el lugar era diáfano y espacioso, la clase de apartamento que podía aparecer en las páginas de una revista de viajes a todo color. Trask había dicho que su esposa lo había reformado, y había hecho un buen trabajo.

Dejó la caja sobre la encimera de la cocina.

–No esperábamos que alguien se alojara aquí hasta el comienzo de la temporada –explicó al tiempo que accionaba varios interruptores. Empezó a salir aire caliente de un aparato colgado en una pared–. No está terminado, pero creo

que se encontrará lo suficientemente cómodo. La estufa de leña funciona si la necesita. No hay wifi ni televisión, pero normalmente llega la señal del móvil. Ah, y el baño está allí.

Señaló hacia una puerta en un pequeño cubículo escondido en una esquina. Asentí, pero advertí que faltaba algo.

—¿Dónde está la cama?

Esperaba no tener que dormir en el pequeño sofá, pero la mujer de Trask se dirigió a una sección de la pared revestida con tablones de aspecto tosco. Agarró una correa de cuero, tiró de ella y toda la parte de la pared se abrió y dejó al descubierto una cama plegable.

—He traído ropa de cama y toallas, están en el coche —dijo sin mucho entusiasmo—. Será mejor que se quede aquí y se ponga cómodo mientras yo me encargo de todo.

No protesté. Había un sillón junto a la ventana en arco. Me desplomé sobre él, mareado y temblando a pesar de la calefacción. Creía que me había subido la fiebre, y tenía todo el cuerpo dolorido y débil. Fuera, vi que el nivel del agua del arroyo parecía estar mucho más bajo. Hasta donde me alcanzaba la vista, solo había campos, dunas y agua. Me pregunté si había hecho lo correcto, si no habría sido mejor ir a un hospital. Si empeoraba y necesitaba atención médica, cualquier ambulancia iba a tardar mucho tiempo en llegar hasta allí. Estaría completamente solo.

Pero ya estaba acostumbrado a estarlo.

Me puse en pie cuando volvió la mujer de Trask, pero rechazó bruscamente mi ofrecimiento de ayudarla.

—Yo me ocupo. —Llegó incluso a sonreírme. Era una sonrisa tensa, pero una sonrisa pese a todo—. Será mejor que se siente, no sea que se caiga.

Tenía razón. No le llevó mucho tiempo preparar la cama. Una vez hecha, se irguió y miró alrededor.

—Muy bien, creo que eso es todo. Le he dejado té, café, un poco de sopa y algo de comer para que no se muera de hambre. ¿Necesita algo más?

–No, gracias.

Solo quería que se fuera para poder desplomarme en la cama.

–Me llevaré sus botas. Tenemos una sala donde podemos ponerlas a secar. Alguien se las traerá mañana. –Me miró con incertidumbre–. ¿Está seguro de que va a estar bien?

–Estaré bien.

–Le dejaré anotado mi número por si acaso... Bueno, solo por si acaso. –Lo garabateó en un bloc de uno de los cajones de la cocina y me lo dio–. ¿Hay alguien a quien pueda llamar para avisarle? ¿A su esposa o a alguien?

–No, pero se lo agradezco de todos modos.

Aún parecía disgustada cuando se dirigió hacia la puerta. Extendió la mano para abrirla y luego se detuvo.

–Oiga, siento haberle hablado así antes. Ha sido... un día extraño. Hemos tenido las emociones a flor de piel durante todo el día. Todos nosotros.

Si no me hubiese encontrado en un estado tan lamentable, me habría parado a preguntarme qué significaba eso.

–No se preocupe. Les agradezco a usted a y su marido lo que han hecho por mí.

–¿Mi marido? –Parecía desconcertada, pero luego palideció al comprender lo que había querido decir–. ¿Se refiere a Andrew?

Al ver su expresión, me di cuenta de mi error.

–Lo siento, creía que...

–Andrew no es mi marido. Es mi cuñado.

Sus mejillas se habían teñido de rubor. Se dirigió hacia la puerta mientras yo farfullaba tratando de decir algo más.

–Llame si necesita algo –dijo sin mirarme y se fue.

La puerta se cerró a su espalda. Miré el bloc de notas que tenía en la mano, sabiendo ya lo que iba a ver allí. En letra redondeada y encima del teléfono, había dejado escrito su nombre.

Rachel Derby.

## 8

A la mañana siguiente me despertaron los chillidos de las gaviotas. Sus gritos roncocos me sacaron de un sueño profundo, tan fuertes que sonaban como si estuvieran conmigo allí mismo, en la habitación. Una luz suave incidía directamente en mis párpados, lo cual era extraño porque dormía con las cortinas echadas. Traté de ignorar ambas cosas, más que reacio a despertarme, pero luego abrí los ojos. Miré al techo, extraño para mí, con sus vigas pintadas de blanco, sin tener ni idea de dónde estaba. Entonces lo recordé.

De modo que aún seguía vivo.

Permanecí allí tumbado un buen rato, cómodo y calentito bajo el edredón nórdico. No tenía ninguna prisa por moverme mientras analizaba con prudencia cómo me encontraba. Mejor, decidí. Mucho mejor.

Y con un hambre canina.

Esa era buena señal. Apenas había comido nada la noche anterior. Después de que Rachel Derby se fuera, consideré por un instante la idea de ducharme, pero no me sentía con fuerzas. Me tomé un par de paracetamoles para bajar la fiebre, luego abrí una lata de sopa de tomate y la puse a calentar sobre la placa eléctrica mientras me quitaba los pantalones, húmedos aún. Comí lo que pude, tiritando tan intensamente que la cuchara golpeteaba contra el bol. Pero no tenía apetito.

Me dejé casi toda la sopa, me metí en la cama de nuevo y me tapé con el edredón. Me dolía todo el cuerpo, y mientras los escalofríos seguían sacudiéndome por entero, me pregunté de nuevo si, en un día lleno de malas decisiones ya de por sí, venir aquí en lugar de acudir a un hospital no habría sido la peor hasta el momento. Había pasado varias horas dormitando febrilmente, pero en algún momento me había sumido en un sueño profundo.

Consulté mi reloj y vi que eran más de las diez. Fijé la mirada en las vigas de madera, encima de mí, escuchando el ruido de las patas de los pájaros en el tejado. Con razón parecía que estuvieran allí mismo conmigo: es que prácticamente lo estaban. También se oía otro ruido, uno que tardé más tiempo en identificar. Procedía de la planta superior de lo que había sido un antiguo cobertizo para barcas, con el muelle justo debajo. La marea debía de haber subido, y el sonido que oía tenía que ser el suave golpeteo del agua bajo los tablones del suelo.

Me incorporé con cuidado y bajé las piernas de la cama, haciendo una pausa antes de levantarme. Todavía me encontraba cansado y sin fuerzas, pero nada que ver con el día anterior. La infección no había dado lugar a un episodio de SSPE después de todo, sino que solo había sido un virus de corta duración al que o bien los antibióticos o mi propio sistema inmune habían logrado derrotar. Siempre y cuando no me pasase de la raya, me pondría bien al cabo de un par de días.

Ahora estaba hambriento. Y necesitaba una ducha urgentemente, según pude comprobar al tiempo que arrugaba la nariz. Pese al hambre voraz que tenía, disfrutaría mucho más de la comida en cuanto me hubiese aseado. El baño era compacto, pero estaba tan bien diseñado como el resto del estudio. Permanecí un buen rato inmóvil bajo los agujijones de agua caliente, regodeándome en su quemazón. Un vez limpio y afeitado, me vestí con la ropa que llevaba para mi estancia en casa de Jason y Anja y luego me dispuse a prepararme el desayuno.

Había leche, mantequilla y huevos en la nevera, además de media hogaza de pan y un tarro de mermelada sin abrir en la encimera de la cocina. Tosté dos rebanadas de pan y me preparé un par de huevos revueltos mientras ponía la tetera a hervir para hacerme un café. Comí vorazmente en la pequeña mesa de comedor y luego tosté más pan y lo unté con mantequilla y mermelada.

Cuando terminé, me encontraba mejor de lo que me había sentido desde hacía días. Me preparé otro café y lo llevé a la ventana abovedada mientras observaba desde allí a las aves marinas mecerse en el arroyo semilleno mientras por fin me permitía pensar unos minutos en la situación en la que me había metido.

Lo mirase por donde lo mirase, había sido un error y una torpeza. Lundy me había dicho que Emma Derby, la presunta víctima de Leo Villiers, estaba casada. Simplemente, no se me había ocurrido pensar que pudiese llevar un apellido diferente al de su marido. Incluso cuando Trask había mencionado a su esposa, no había conseguido establecer la conexión, sino que había dado por sentado que se refería a Rachel.

La hermana de Emma Derby.

La magnitud de mi metedura de pata me horrorizaba. Con razón parecían todos tan nerviosos y huraños... El día anterior Trask y su familia debían de haber pasado por un auténtico infierno. Si la policía no les había informado de nada, habrían oído rumores sobre la identidad del cadáver hallado en el estuario. Aunque Emma Derby llevaba demasiado tiempo desaparecida para que los restos fueran los de ella, su familia se lo habría preguntado de todos modos. Y habrían sabido que, si no eran los suyos, el cadáver correspondería al del hombre que la había asesinado.

Rachel ya lo había dejado bien claro la noche anterior: «Ha sido... un día extraño. Hemos tenido las emociones a flor de piel durante todo el día. Todos nosotros». Hice una mueca al pensar en lo insensible que debía de haberle parecido. Como asesor de la policía, habrían dado por sentado que yo sabía quiénes eran ellos. Pero en lugar de eso, cegado por mis propios problemas, había necesitado que me lo pusieran por escrito, literalmente. Y eso después de irrumpir en la vida de una familia afligida.

Pero lo hecho, hecho estaba. Ahora lo único que podía hacer era disculparme y dejarlos en paz lo antes posible, aunque, con mi coche todavía averiado delante de la casa de Trask en un domingo de puente, era más fácil decirlo que hacerlo.

Me terminé el café y llamé al servicio de asistencia en carretera. Como Rachel había dicho, había cobertura en el cobertizo, aunque fuera débil. Encontré un lugar junto a la ventana donde la señal parecía más fuerte, pero cuando llamé al número y escogí la opción «no emergencia» del menú, pusieron mi llamada en espera. Mientras aguardaba para hablar con algún operador, miré alrededor en el estudio. Era sencillo, pero estaba bien diseñado, la clase de lugar en el que me gustaría quedarme más tiempo en otras circunstancias. Era evidente

que la esposa de Trask tenía dotes para el diseño de interiores, y mientras pensaba en ella, mis ojos se posaron en las fotografías enmarcadas y apoyadas contra la pared. Recordé que Lundy había dicho que Emma era aficionada a la fotografía. Con curiosidad, hice ademán de acercarme, pero perdí la señal del móvil en cuanto me alejé de la ventana.

Volví a marcar y me pusieron de nuevo en espera. «Genial.» Activé el altavoz del móvil, lo dejé en el alféizar de la ventana y me dirigí hacia las fotografías. Obviamente, estaban aguardando a que alguien las colgara en las paredes, así que creí que no importaría si echaba un vistazo. Había alrededor de una docena, de varios tamaños, pero todas en blanco y negro. Al pie de cada foto se leía la misma firma, con trazo vistoso: «Emma Derby».

Eran en su mayoría bodegones o paisajes. Había un estudio del cobertizo y el arroyo, todo sombras cambiantes y agua oscura y reflectante. En otra aparecía la fortificación marina, con el sol destellando sobre las olas y su silueta dibujada con maestría por una puesta de sol monocromática. Yo no era ningún experto, pero las fotografías parecían bastante profesionales, aunque un poco estereotipadas. Una en particular, una imagen de una reluciente motocicleta cromada en un banco de arena, exhibía una puesta en escena tan obvia que prácticamente pedía a gritos ser material para pósteres.

Solo había un retrato, el de una mujer atractiva con el pelo largo y oscuro enmarcando su rostro mientras sonreía a la cámara, desnuda salvo por una sábana blanca que la envolvía con elegancia y tacto. El título, escrito con la misma letra que la firma, era simplemente *Yo*.

Era la primera fotografía de Emma Derby que veía. Aun teniendo en cuenta la naturaleza favorecedora del autorretrato, lo cierto es que era una mujer muy guapa. Y era evidente que ella lo sabía. Hacía falta mucha seguridad en una misma –o vanidad– para posar así. Había una expresión de autocomplacencia y satisfacción en los ojos que miraban hacia la cámara, un esbozo de arrogancia en el ángulo de la barbilla. Sabía que era injusto hacer un juicio rápido, pero costaba trabajo imaginar a la mujer segura de aquella fotografía instalándose para siempre en un lugar tan remoto como aquel. O casada con Trask, pensé, un hombre mayor con un hijo adolescente y una hija pequeña. Lundy me había dicho que Emma Derby se había mudado allí dos o tres años antes, cuando se

casó, así que no era la madre de Fay y Jamie. El inspector también había dicho que su matrimonio tenía problemas incluso antes de su aventura con Leo Villiers. Ahora empezaba a entender por qué.

Me sorprendí estudiando la fotografía, buscando algún parecido entre ambas hermanas. Había cierta semejanza alrededor de los ojos, y en el exuberante pelo oscuro, pero si no hubiera conocido su relación de antemano, no lo habría adivinado. La belleza de Rachel Derby no era tan obvia, pero tampoco creía que se valiese tanto del maquillaje y la iluminación.

«Y he aquí otro juicio rápido», pensé. La voz pregrabada del altavoz de mi móvil seguía pidiéndome que me mantuviera a la espera mientras examinaba el resto de las fotografías. Acababa de apoyarlas de nuevo contra la pared cuando llamaron a la puerta.

Di un respingo de culpabilidad, como si me hubieran pillado *in fraganti*. Tras asegurarme de que las fotografías no resbalasen y se cayesen, fui a ver quién era.

Me llevé una leve decepción cuando abrí la puerta y me encontré de bruces con Trask. Llevaba la misma chaqueta de cuero maltrecha del día anterior, aunque se había afeitado el rostro severo. Sujetaba mis botas en una mano, y lo que parecía la nevera portátil de mi coche en la otra.

—¿Puedo pasar?

Me aparté para dejarlo entrar. Echó un vistazo al estudio como si no estuviera familiarizado con él.

—¿Puedo ofrecerle un café? —le dije.

—No, no me quedará. Solo quería pasar a ver cómo estaba.

—Mejor, gracias.

—Me alegro. Tenga, le he traído esto. —Me dio las botas y dejó la nevera en el suelo—. Rachel las ha secado durante la noche, pero es mejor que las lleve a que se las limpien. La sal las pudrirá si no lo hace.

–Gracias. –Apreciaba su gesto, pero pensé que la verdadera razón por la que había venido era para asegurarse de que su huésped había sobrevivido a la noche. Aunque no podía culparlo—. Escuche, quiero pedirle disculpas por lo de ayer. No tenía ni idea de quién era usted o su familia. No les habría puesto en esa situación de haberlo sabido.

–Me hago cargo. –Se encogió de hombros—. No tenía por qué saberlo. No debería haber dado por sentado que lo sabía.

Bajó la mirada hacia la nevera portátil y las arrugas de su rostro se hicieron más profundas. Era la mía o una muy parecida, y deduje que iba a explicarme por qué la había traído.

–Jamie ha decidido ponerse a trabajar en su coche –dijo—. El agua salada destrozará el motor si esperamos más tiempo. En otras circunstancias, lo habría consultado primero con usted, pero he supuesto que querría marcharse de aquí cuanto antes, así que le dije que siguiera adelante. Espero que no le importe.

Entendía que quisieran que me largara de allí lo antes posible, pero no acababa de hacerme mucha gracia que el hijo de Trask se encargara de la reparación. No parecía muy dispuesto a ayudar el día anterior, y aunque no quería parecer ingrato, si la tarea era tan complicada como Jamie había dicho, tenía sentimientos encontrados sobre el hecho de que corriese a cargo de un adolescente.

Escogí mis palabras con cuidado.

–Creía que era necesario llevarlo a un taller. ¿Puede repararlo aquí?

–Siempre y cuando la sal no haya corroído demasiado el motor, dice que debería poder repararlo. No se preocupe, Jamie sabe lo que hace. Reconstruyó el viejo Land Rover, el blanco, desde cero. Ahorró y se lo compró él mismo cuando tenía quince años, reparó lo que pudo y compró las piezas de recambio en los desguaces y por internet. Es perfectamente capaz de desmontar y limpiar un motor.

Parecía más la constatación de un hecho que una frase jactanciosa. No pude evitar pensar que ojalá me hubiese hecho esa misma oferta el día anterior, pero ya tenían suficientes problemas con los que lidiar sin tener que preocuparse

además por los míos.

–Todavía puedo llamar al servicio de asistencia –dije–. No está en mi ánimo pretender que su hijo renuncie a sus días de puente para trabajar en mi coche.

–No le importa, es su *hobby*. Si queda satisfecho con el resultado, siempre puede pagarle. El año que viene irá a la universidad, así que no le vendrá mal el dinero. –Trask señaló con la cabeza a mi teléfono, que ahora emitía música enlatada–. No parece que su servicio de asistencia en carretera vaya a llegar pronto.

Llevaba razón. Si su hijo era capaz de reparar el coche, seguramente yo desaparecería de sus vidas mucho antes que si esperaba a que llegara la grúa. Pero me había ocurrido algo más. Miré hacia donde había dejado las llaves de mi coche, sobre la encimera de la cocina.

–¿Cómo ha abierto el capó?

–Igual que abrimos el maletero: dejó usted el coche abierto.

Por lo visto, el día anterior estaba aún peor de lo que creía. Recuerdo que recogí mi bolsa de viaje del maletero mientras Rachel metía las cosas en el Land Rover, pero por mucho que lo intentara, no recordaba haber vuelto a cerrar el coche con llave. Rápidamente traté de pensar en qué había en el maletero: un mono de trabajo y las botas llenas de barro, además del maletín que contenía mi equipo forense. Nada confidencial ni delicado, pero normalmente era mucho más cuidadoso con mis cosas.

–Por eso le he traído esto. –Trask hizo como que empujaba la nevera portátil con el pie, pero no llegó a tocarla. La arruga de su entrecejo se había convertido en una mueca de disgusto–. Fue Jamie quien notó el olor. No la abrimos, pero la verdad es que no quería tenerla ahí delante de mi casa.

Ahora que lo había mencionado, yo también lo percibía: un olor acre y como a amoníaco, procedente de la nevera. Me incliné y retiré el pestillo de la tapa. De pronto, el desagradable olor se intensificó. Trask dio un rápido paso hacia atrás cuando abrí la tapa.

–Anoche tenía que haber ido a cenar a casa de unos amigos –le expliqué enseñándole el queso y el vino que había en el interior. Las bolsas de hielo que los acompañaban se habían deshecho hacía tiempo. El vino estaría bien, pero la falta de frío no le había hecho ningún favor al brie.

Trask puso cara de sorpresa y luego se rio.

–Joder... pensé que... ya sabe.

Sí. Teniendo en cuenta a qué me dedicaba, dio por sentado que la nevera debía de contener alguna prueba espeluznante. La cara de Trask recobró sus rasgos severos habituales mientras se desvanecía su mueca divertida.

–Hace un rato he recibido una llamada del inspector Lundy –dijo tratando de ponerse serio–. No era una llamada oficial, solo... de cortesía. Me ha dicho que el cadáver que encontraron en el estuario es, casi con toda certeza, el de Leo Villiers.

Aquello me sorprendió, pero claro, Lundy debió de conocer a los Trask cuando Emma Derby desapareció. Puede que tranquilizarlos tan pronto no fuese el protocolo habitual en estos casos, pero demostraba humanidad. El inspector ganó puntos en mi escala personal por ese gesto.

Sin embargo, no tenía intención de hacer ningún comentario. Hice un gesto de asentimiento, completamente neutro, y Trask miró al suelo frunciendo el ceño.

–Mire, ayer fue... Bueno, fue un día complicado. Jamie espera tener su coche arreglado para esta tarde, pero no estará seguro hasta que sepa el alcance de los daños. Si necesita más tiempo... –Parecía esforzarse por encontrar las palabras adecuadas–. Lo que estoy diciendo es que este lugar está en alquiler. Si necesita quedarse otra noche, puede hacerlo.

No era la más amable de las ofertas, pero entendía por qué le suponía un conflicto.

–Gracias, pero preferiría volver a mi casa.

Él asintió, disimulando con aquella brusquedad lo que supuse que sería alivio.

–Lo dejo en sus manos. La oferta sigue en pie si cambia de opinión.

Le di las llaves de mi coche y mi número de móvil para que Jamie pudiera arrancar el motor y avisarme cuando el coche estuviera listo. Cuando Trask se fue, saqué el queso estropeado de la nevera y lo olisqueé antes de decidir que ya no había nada que hacer. Lo envolví en una bolsa de plástico que encontré en un armario de la cocina y lo tiré al cubo de la basura de fuera. La nevera aún apestaba, así que la lavé para eliminar el olor. Incluso aquel mínimo esfuerzo me dejó tembloroso, así que me preparé una taza de té y me senté junto al ventanal. Al recordar el malentendido de Trask, sonreí de nuevo. Era un error comprensible, supuse. Y no podía culparlo por no querer dejar el trozo de un cadáver delante de su casa.

Sabía por experiencia lo que era eso.

Algo me rondaba por el subconsciente, pero se escapó casi de inmediato por los vericuetos de mi cerebro. Me sentí mejor después del breve descanso, así que después de acabarme el té y lavar la taza, me puse a examinar las botas que Trask me había devuelto. No estaban hechas para quedar empapadas por el agua de mar, pero a pesar de que habían quedado un poco rígidas, aún se podían utilizar. Estaba a punto de soltarlas cuando volví a experimentar la misma desazón de antes. Más intensa esta vez. Me quedé mirando las botas, tratando de pensar qué era aquello que me inquietaba tanto. Y en ese momento me di cuenta.

–Oh, maldito idiota... –exclamé.

Había menos agua en el arroyo que cuando había caminado por su orilla el día anterior. Aunque no tenía forma de comprobarlo, por su apariencia, todavía faltaban un par de horas para que subiera la marea.

Esperaba tener tiempo suficiente.

Antes de salir de la casa, traté de pensar en lo que podría necesitar. Llevaba mi cámara en la bolsa de viaje, así que me sentí afortunado. Sin embargo, aunque encontrase lo que buscaba, era imposible saber si me resultaría fácil o no sacarlo del agua. Las botas altas de pesca aún seguían en mi coche, en casa de Trask, y después de lo del día anterior, no estaba en mis planes volver a mojarme. No había nada en el estudio que pudiera servirme, pero arranqué varias bolsas de basura de un rollo de debajo del fregadero y las puse en la nevera, ya limpia. Tras dejar las bolsas de hielo en el pequeño congelador del frigorífico de la casa, salí a ver qué podía encontrar.

Un tramo de escaleras conducía a un embarcadero en la parte delantera de la vivienda. En mitad de la pared había una línea que presumí debía de indicar la altura de la pleamar; por encima de la línea, la piedra estaba seca y era de una tonalidad clara, mientras que por debajo era más oscura y estaba húmeda. En ese momento, el nivel del agua estaba más bajo, incluso más que la parte superior del embarcadero. El acceso al muelle de la casa se hallaba en el otro extremo, una gran abertura cuadrada que daba directamente al arroyo. Estaba cerrada por una puerta de madera húmeda equipada con un candado oxidado, pero de aspecto sólido. No iba a poder acceder por allí, pero a mitad de los escalones había una pequeña plataforma al lado de una trampilla en la pared. La tosca tabla de madera que la tapaba se mantenía cerrada únicamente por una cuerda atada a un clavo herrumbroso, así que no creía que nadie se opusiese si me asomaba a mirar dentro.

Las bisagras protestaron cuando la abrí. Me llegó un olor a sótano húmedo y cerrado, a agua y a piedra mojada. La abertura estaba muy abajo y tuve que agacharme para pasar. El desnivel al otro lado me cogió por sorpresa: el suelo estaba aún más bajo. Hacía frío y estaba oscuro, y me detuve un momento para que los ojos se acostumbraran a la penumbra. Unos rayos de luz entraban por la puerta de la pared delantera, lo suficiente como para ver algo en cuanto abrí la trampilla.

Las reformas que habían transformado la planta superior de la casa en un estudio no habían llegado allí abajo. Estaba de pie en una estrecha pasarela, demasiado pequeña para considerarla un embarcadero, que recorría toda la pared. Con la pleamar, aquella parte quedaría inundada de agua, pero en ese momento podía ver el lecho fangoso del arroyo por debajo del muelle. Los tablones de madera de la pasarela estaban resbaladizos y podridos, y en ella había una gran variedad de objetos relacionados con las barcas y viejos desechos. Había una canoa con un enorme agujero en el fondo, tirada de lado y semienterrada entre boyas de corcho, chalecos salvavidas en estado ruinoso y fragmentos deshilachados de cestas de mimbre para pesca.

Tenía la esperanza de encontrar un bichero o algún otro objeto similar, pero lo más parecido que encontré fue un remo corto con la pértiga rota. No era lo más adecuado, pero sí mejor que nada. Me lo llevé fuera, até la cuerda alrededor del clavo para cerrar la trampilla y volví a subir los escalones hasta llegar a donde había dejado la nevera portátil.

Ese pequeño esfuerzo bastó para dejarme exhausto. Descansé unos minutos, recobrando el aliento mientras observaba el arroyo serpenteante entre la extensión de bancos de arena y marismas. Me pregunté si estaba en condiciones de hacer lo que me proponía. Hacía menos de veinticuatro horas me preocupaba la posibilidad de tener que ingresar en un hospital y ahora estaba a punto de emprender una excursión a pie a través de las marismas en lo que probablemente fuera una búsqueda inútil.

Pero la culpa era mía. Enfermo o no, debería haber reconocido lo que estaba justo delante de mis narices el día anterior. Puede que ya hubiese perdido para siempre mi oportunidad, y si lo dejaba por más tiempo, sin duda así sería.

Recogí la nevera y eché a andar por la orilla del arroyo. La tarde era más despejada que el día anterior, pero aún había una capa de nubes que teñía el cielo del color de la leche agria. Para empezar, ni siquiera había nada parecido a un camino, solo una estrecha franja de terreno cenagoso donde las hierbas y las plantas del pantano no eran tan espesas. Al cabo de unos pocos minutos, incluso eso había desaparecido. Traté de mantener la vista fija en el arroyo mientras caminaba por el borde del agua, pero no resultaba nada fácil teniendo en cuenta que debía concentrarme constantemente en ver dónde pisaba.

De hecho, la cosa iba de mal en peor. Las mareas habían tejido una intrincada red de canales a través del terreno blando y arenoso del pantano. El arroyo era como una raíz gigante de la que se ramificaban raíces más pequeñas, y luego otras aún más pequeñas. Me topé con algunos obstáculos, como charcos turbios y zanjas parcialmente inundadas. Algunos eran lo bastante pequeños para pasar por encima o salvarlos de un salto, pero con otros no tuve más remedio que dar un rodeo y esperar poder regresar al arroyo. Después de seguir uno de los canales durante lo que me pareció una eternidad sin encontrar ningún camino, me detuve para descansar y orientarme. El paisaje llano no tenía más señales distintivas que los montículos arenosos coronados de hierbas espinosas. Los juncuales desdibujaban la frontera entre tierra y agua, y al mirar hacia atrás, solo veía el cobertizo a lo lejos.

Me senté junto a la nevera a sopesar qué hacer a continuación. Si seguía el riachuelo tierra adentro tenía la esperanza de llegar al mismo tramo que ayer, cuando lo había recorrido en dirección opuesta a la casa de Trask, pero no tenía ni idea de a qué distancia se encontraba, y como me había desviado tanto del curso del arroyo, era difícil distinguirlo de los numerosos canales y zanjas que se abrían paso por la zona. La marea ya se estaba extendiendo a través de la marisma y, a este ritmo, seguramente me acabaría perdiendo o rompiéndome un tobillo.

Aun a mi pesar, empezaba a pensar seriamente en la posibilidad de volver atrás cuando vi una figura a cierta distancia, al otro lado del pantano. Estaba demasiado lejos para distinguir con claridad, pero a medida que se fue acercando, vi que era una mujer. Sentí una extraña tensión al reconocerla.

Rachel Derby caminaba en mi dirección por la otra orilla del canal inundado que yo había tratado de rodear. Llevaba una bolsa de lona colgada de un hombro, parecía más una cartera que un bolso. Se había recogido la espesa melena oscura en una trenza informal, y conseguía que hasta las botas de goma, los vaqueros viejos y la chaqueta impermeable roja le sentaran bien.

Se detuvo delante a mí con expresión confusa.

–No esperaba verlo aquí.

–Estaba... Se me ha ocurrido dar un paseo. –Consciente del aspecto tan extraño que debía de ofrecer, levanté el remo roto en el aire–. He cogido prestado esto del cobertizo.

–Sí, ya veo. –Dirigió la mirada a la nevera portátil–. ¿Va a hacer un pícnic?

–Mmm..., no. Ya sé que parece un poco raro...

–Qué va, en absoluto. Estoy segura de que un remo roto le será muy útil. – No sonrió, lo que me hizo sentir aún más ridículo–. No voy a preguntarle por qué está aquí. No es asunto mío y me imagino que tiene un buen motivo, pero ¿está seguro de que se encuentra en condiciones de salir? La última vez que le vi tenía muy mal aspecto.

–Ya me encuentro mucho mejor –contesté.

Los ojos verdes parecían escépticos.

–Siempre que sepa lo que hace... Dentro de una hora más o menos subirá la marea, así que no le aconsejo que siga paseándose por aquí. Si ahora le parece un mal sitio, será mucho peor cuando se inunde.

Miré sus botas de agua y su bolsa, sin saber si la idea que se me acababa de ocurrir era buena o no.

–¿Conoce usted bien esta zona?

–Lo bastante como para saber qué partes conviene evitar. –Frunció el ceño–. ¿Por qué?

–Pretendo volver al tramo del arroyo al que llegué ayer. No estaba lejos de su casa, así que pensé que si seguía el arroyo volvería al mismo sitio. –Me encogí de hombros–. Pero no ha sido tan fácil.

–Bienvenido a las Backwaters –dijo. Me pareció ver el atisbo de una sonrisa, pero tal vez eran imaginaciones mías–. ¿Adónde quiere llegar exactamente?

–No sabría concretárselo... La orilla estaba deshecha y había una vieja barca hundida en el barro...

–¿Cerca de un sauce muerto? Conozco ese lugar. No está lejos, pero si no sabe cómo llegar es fácil perderse, y eso no es nada bueno cuando está subiendo la marea. Si se puede llegar desde Creek House, ¿no puede esperar hasta más tarde y luego volver a intentarlo desde allí?

–La verdad es que no. –Si esperaba, desaparecería cualquier posibilidad que tuviera de encontrar lo que buscaba–. ¿Podría indicarme cómo llegar?

–¿Desde aquí? –Su tono de voz dejaba claro lo que pensaba al respecto–. Esta no es la clase de lugar en el que se pueda salir a dar un paseo, sin más. Creí que después de lo de ayer ya habría aprendido la lección.

–Es importante.

Negó con la cabeza, resignada o asombrada por mi estupidez.

–¿Tiene algo que ver con mi hermana?

Era una buena pregunta. Tardé un par de segundos en responder.

–No, que yo sepa.

Era la verdad. Que yo supiese, aquello podía ser una enorme pérdida de tiempo. Pero tenía que saberlo, lo fuese o no.

Rachel miró hacia la marisma, apartándose un mechón de pelo que le caía sobre la cara.

–Está bien –dijo al cabo de un momento–. Le llevaré.

Caminamos en lados opuestos del canal inundado hasta que llegamos a un punto donde se estrechaba. Todavía era demasiado ancho para atravesarlo de un salto, pero alguien había tendido unos tablones gruesos y desgastados para hacer un puente rudimentario. Cuando me reuní con ella en el otro lado, Rachel echó a andar con paso seguro de nuevo hacia el arroyo. No había ningún camino obvio, pero ella no parecía tener ningún problema para abrirse paso a través de la compacta vegetación que cubría aquella parte del pantano como una alfombra verde.

Al principio caminamos en silencio. No era incómodo exactamente, sino más bien una búsqueda hacia un territorio seguro para entablar conversación. Rachel fue la primera en romperlo.

–Esto... ¿qué le ha parecido el cobertizo reformado?

–Muy bien. Me gusta, es muy acogedor.

–Gracias. No está terminado del todo. Aún tengo algunas cosas pendientes antes de ponerlo en alquiler para el verano.

–¿Se encarga usted misma de la reforma?

–Me mantiene ocupada. La mayor parte se hizo antes... de que yo viniera. – Siguió hablando después de la pausa—. Andrew es arquitecto, así que se encargó de toda la parte estructural y mi hermana se ocupó del diseño de interiores. Llamaron a contratistas para que hicieran el trabajo principal, así que ahora solo es solo cuestión de terminar. Algunos retoques de pintura, cuadros que hay que colgar... Ese tipo de cosas.

Trask había dicho que había construido Creek House para su esposa, pero no sabía que era arquitecto.

–He estado mirando las fotografías de su hermana. Espero que no le importe.

–Para eso están allí. O lo estarán, cuando las cuelgue. Salvo un par de las más antiguas, como la de la motocicleta y el autorretrato, hizo todas las fotos en esta zona. La idea era venderlas a los clientes que se alojasen en la casa, por lo

que todas están en venta. Bueno, excepto el autorretrato. Tengo pensado guardarlo. –Una nota agria impregnó su tono de voz–. Aunque no es que eso pueda ya importarle a Emma.

El tono de desaprobación parecía inconsciente, pero la mención de su hermana me dio pie para sacar el tema.

–Oiga, sobre lo de ayer... Lo siento, debería haberme dado cuenta.

–No se preocupe por eso. Además, soy yo la que debería disculparse por haberle tratado así. Pensé que había sido muy borde cuando descubrí que no estaba usted... ya sabe.

–¿Simulando estar enfermo?

Su vergüenza era fingida solo en parte.

–Sí, algo así. Pero en cualquier caso, ¿está seguro de que se encuentra bien? Podemos hacer una pausa si necesita descansar.

–No, estoy bien.

Traté de decirlo con más convicción de la que en realidad sentía. La caminata por el pantano empezaba a pasarme factura. Sentía que comenzaban a dolerme los músculos de las piernas y me habría gustado soltar la nevera portátil unos minutos, pero no lo habría admitido ni aunque hubiésemos tenido tiempo para descansar. Demasiada mala impresión le había causado ya ayer.

–¿Así que era médico de atención primaria? ¿Y qué le hizo cambiar de especialidad? –me preguntó.

No era un tema en el que quisiese entrar.

–Es una larga historia. Digamos que, simplemente, me di cuenta de que esto se me daba mejor.

–Muy bien, sé captar una indirecta. ¿Puedo preguntarle al menos cómo perdió el bazo? ¿Fue en un accidente de tráfico o algo parecido?

Prefería evitar tener que hablar de eso también, pero si seguía eludiendo sus preguntas parecería que la estaba despreciando. Y no era esa mi intención. Traté de pensar en una forma menos dramática de explicárselo antes de decidir que lo mejor era, simplemente, contarle la verdad.

–Me apuñalaron.

–Sí, ya. –La expresión irónica de Rachel cambió cuando me vio la cara–. Dios, no bromea, ¿verdad?

Parecía realmente conmocionada. No tenía ninguna intención de entrar en detalles, pero me sorprendí hablándole de Grace Strachan, de cómo me había involucrado en el caso cuando dejó un reguero de muertes en una pequeña isla de las Hébridas Exteriores, y casi me convertí en una de sus víctimas cuando me atacó en la puerta de mi propia casa, en Londres. Rachel frunció el ceño mientras escuchaba.

–¿Apareció en su casa y le apuñaló, sin más? –exclamó cuando terminé mi relato–. ¡Menuda hija de puta!

Quise decirle que Grace tenía problemas mentales, que había sido víctima de malos tratos, pero al final no me pareció que el esfuerzo mereciese la pena.

–Podría decirlo así, sí.

–¿Y qué le ocurrió a ella? ¿Sigue todavía en la cárcel?

–No, no llegaron a detenerla.

–¿Quiere decir que todavía anda suelta por ahí?

–La policía cree que probablemente está muerta. –No era un tema en el que me gustara extenderme–. ¿Y qué me dice de usted? Por su acento, no parece de por aquí.

–Soy de Bristol, pero estuve viviendo en Australia antes de instalarme aquí.

–¿Y qué hacía allí? –pregunté intrigado.

Se encogió de hombros con aire desdeñoso.

–Soy bióloga marina. Me dedicaba a investigar cómo afectan los contaminantes plásticos a la Gran Barrera de Coral, pero ahora estoy en una especie de año sabático indefinido.

Me detuve para sacar la bota de una enfangada maraña de hierba de pantano.

–Debe de haber sido todo un cambio venir a vivir aquí.

–Imagino que bastante parecido a pasar de ser médico de familia a antropólogo forense –respondió ella–. Las Backwaters no es un sitio tan malo. Me gusta la paz y la tranquilidad, y desde el punto de vista de la biología marina, la verdad es que es genial. No es tan exótico como la Gran Barrera, obviamente, y mentiría si dijera que no echo de menos el sol, pero este lugar tiene algo especial. Los ecosistemas son tan complejos como cualquiera de los que hay en el arrecife, solo están un poco más...

–¿Llenos de barro? –ofrecí.

Rachel sonrió. Era la primera sonrisa auténtica que había visto en sus labios, y le iluminó todo el rostro.

–Desde luego. Pero la superposición entre la ecología de agua dulce y salada es realmente fascinante. Y no todo son cangrejos y moluscos: muchas veces nos llegan focas procedentes del estuario, a veces hasta Creek House. ¿Las oyó anoche?

No recordaba haber oído nada una vez que me acosté.

–No, me parece que no.

–Lo sabría si las hubiese oído. Son infernalmente ruidosas, imposible no oírlas. Suenan como una jauría de labradores borrachos. Y además están las anguilas.

–Las anguilas...

Me miró con una expresión divertida.

–Sí, ya lo sé, tienen mala prensa, pero son animales verdaderamente únicos, y todavía desconocemos muchas cosas sobre ellos. ¿Sabe que vuelven al mar de los Sargazos para reproducirse?

La miré tratando de averiguar si hablaba en serio o no.

–¡Es verdad! –protestó–. Todas las anguilas que encuentre aquí nacieron en el mar de los Sargazos, en el Atlántico Norte. Una vez que se produce el desove, las crías migran por todo el planeta. Viven en las desembocaduras de los ríos o estuarios de agua dulce hasta alcanzar la madurez sexual, momento en que regresan nadando todo el camino de vuelta hasta el mar de los Sargazos para reproducirse y que el ciclo pueda comenzar de nuevo. Son unos seres muy curiosos, pero por culpa de la sobrepesca son una especie en peligro de extinción. Su población se ha reducido en un noventa y cinco por ciento, pero nadie...

Se interrumpió y se encogió de hombros con timidez.

–¿Ve lo que pasa cuando me tira de la lengua? Anguilas y bricolaje... Qué temas más fascinantes.

–Entonces ¿ha salido a observar a las anguilas hoy? –pregunté ahuyentando el recuerdo repentino de la anguila deslizándose por la cara destrozada de Leo Villiers.

–No. Quería salir a airearme un poco, así que se me ha ocurrido ir a recoger hierbas. –Abrió la bolsa para enseñarme algunos brotes de plantas húmedas y relucientes–. Es un poco pronto para la salicornia, pero a veces se encuentra si se sabe dónde buscar. Aquí abundan todo tipo de plantas marinas, además de mejillones, almejas, cangrejos... Esa es otra ventaja de las Backwaters: nunca te mueres de hambre.

Rachel se detuvo y miró alrededor.

–Bueno, será mejor que deje de aburrirle. Ya hemos llegado.

Estaba tan absorto en la conversación que no había prestado atención al entorno. Unos pasos más adelante, el casco podrido de la vieja barca emergía de las aguas del arroyo como una gigantesca caja torácica. Más allá estaba el

nudoso tronco del sauce, con sus ramas muertas arrastrándose con desolación en el agua.

–¿Es este el lugar al que se refería? –preguntó Rachel.

Asentí.

–Gracias por la ayuda. Ahora ya puede seguir con su paseo.

No parecía esperarse aquello.

–¿Y cómo va a encontrar el camino de vuelta?

–Lo encontraré, no se preocupe.

No debía de ser muy difícil dar con el camino a la casa de Trask desde allí, y luego podría seguir hasta el cobertizo. O incluso coger mi coche si Jamie había conseguido repararlo. Empezaba a sentirme débil otra vez, pero para hacer lo que tenía proyectado llevar a cabo era mejor estar solo. Y si encontraba lo que buscaba, no creía que Rachel quisiera estar presente.

Pero ella no pensaba lo mismo.

–Sabe que el hecho de que ayer hubiera algo aquí no significa que todavía siga aquí hoy, ¿no? Sea lo que sea lo que busca, si puede flotar, seguramente se lo habrá llevado la marea y sabe Dios dónde estará ahora.

No necesitaba que nadie me lo recordase.

–Lo sé.

Rachel me miraba con gesto de exasperación.

–Esto es ridículo. Si me dice lo que busca, podría ayudarle a encontrarlo. No soy idiota; sé que tiene que ser algo horrendo, pero he visto ataques de tiburones, así que no tiene que preocuparse por si vomito o me desmayo. Y supongo que si está aquí usted solo en lugar de acompañado por la policía es porque todavía no está seguro de si se trata de algo relevante o no.

–No, pero...

–Mire, estos últimos meses he estado a punto de volverme loca por no poder hacer nada. Ya me ha dicho que esto no tiene nada que ver con Emma, así que lo más probable es que esté relacionado con Leo Villiers. Y si cree que me va a afectar de alguna manera encontrar una de las partes del cuerpo de ese cabrón, eso es porque usted no me conoce.

Unas marcas de rubor le teñían las mejillas, al igual que el día anterior, cuando estaba enfadada. Por lo visto, ejercía ese efecto sobre ella.

–Es una zapatilla de deporte –le dije.

Me miró unos segundos.

–Vaya, a eso lo llamo yo un anticlímax.

Esperaba que fuese únicamente eso. Solo de pensarlo, me enfadé conmigo mismo por mi propia estupidez. Había estado ahí de pie, en la orilla del río, justo al lado de la zapatilla la tarde anterior, viéndola balancearse junto con otros restos arrastrados por la marea. En aquel momento estaba demasiado preocupado en no perderme la autopsia para darme cuenta de lo que podría tener delante de las narices.

Según mi intuición, tal vez no fuese nada más siniestro que una simple zapatilla vieja, pero a menos que la encontrase, nunca lo sabría a ciencia cierta. Rachel tenía razón: no conocía las Backwaters tan bien como ella, y si la zapatilla flotaba a la deriva, necesitaría su ayuda para volver a encontrarla.

–Entonces ¿qué tiene de especial? –preguntó mientras nos dirigíamos a la zona de la orilla en la que había estado el día anterior–. ¿O es que simplemente se dedica a recoger zapatillas de deporte viejas?

–No por gusto. Hace un tiempo hubo un caso en el oeste de Canadá, en la Columbia Británica –le expliqué–. Aparecían zapatillas de deporte arrastradas por la corriente a lo largo de un tramo determinado de costa. Muchos pares, alrededor de una docena en un período de unos cinco años. También había botas y otro tipo de calzado, pero eran principalmente zapatillas de deporte. Y en todas, todavía había pies dentro.

Rachel hizo una mueca, pero no pareció sorprendida.

–Ah, qué delicia. ¿Y qué era? ¿Un asesino en serie?

–Eso es lo que la policía creyó en un principio. O víctimas del tsunami que asoló el sureste asiático. Pero resultó que la mayoría de las zapatillas pertenecían a personas que se habían tirado o caído de un puente concreto de Vancouver. Sus cadáveres fueron arrastrados hasta el mar y...

–Y los pies se desprendieron. –Rachel asintió con un leve movimiento de cabeza. Como bióloga marina, debía de conocer los efectos del agua mejor que la mayoría de las personas–. ¿Cómo es que no se hundieron?

–Porque llevaban una suela con cámara de aire. –Hice una pausa para enjugarme la frente. Mi cuerpo intentaba hacerme saber que estaba abusando de mis fuerzas, pero ya casi estábamos–. Las suelas los mantuvieron a flote, y la zapatilla en sí evitaba que los carroñeros tuviesen acceso a ellos. Se desplazaron durante cientos de kilómetros antes de que las corrientes marinas los arrojaran al mismo tramo de costa.

–¿Y cree que la zapatilla que busca todavía podría tener el pie de Leo Villiers dentro?

Había ido con cuidado de no mencionar a Villiers o a su hermana, pero Rachel no era tonta.

–No lo sé –admití–. También podría ser simplemente una zapatilla de deporte vieja que alguien ha tirado. Pero parecía un número de hombre.

Por lo general, no habría llegado a ese tipo de conclusión: los pies de las mujeres podían ser tan grandes como los de los hombres, pero lo cierto es que eso era raro, y aunque en ese momento no me había llamado la atención, recordaba que la zapatilla era bastante grande. A menos que Emma Derby tuviera los pies anormalmente grandes, la zapatilla no sería suya, y quería tranquilizar a Rachel sin que fuese demasiado evidente.

Sin embargo, ella supo entrever el significado de mi comentario en clave.

–No se preocupe, mi hermana no solía salir a correr. A Emma le gustaba nadar, pero si hubiera salido a correr probablemente lo habría hecho con tacones.

Percibí un nuevo dejo de desaprobación en su voz, pero no tuve tiempo de reflexionar sobre las tensiones entre ella y su hermana. Habíamos llegado a nuestro destino, junto al arroyo. El nivel del agua estaba más bajo que la última vez, pero el mordisco en forma de media luna de la orilla arenosa era el mismo. En el agua flotaban unos trozos de madera, botellas de plástico y otros desechos, y vi la misma cabeza de muñeca que el día anterior.

No había rastro de la zapatilla de deporte.

–¿Está seguro de que estaba aquí? –preguntó Rachel dudosa.

–Seguro.

Miré hacia arriba y abajo por la orilla del agua cenagosa. A pesar de que sabía que había pocas posibilidades de que la zapatilla aún siguiera allí, que a esas alturas la marea seguramente ya la habría arrastrado, fue una amarga decepción de todos modos. Una oleada de fatiga me recorrió el cuerpo y, si Rachel no hubiera estado allí, me habría desplomado sobre la nevera para descansar.

–La marea probablemente la llevó hacia el estuario en lugar de hacia el interior –señaló frunciendo el ceño–. Hay una parte donde la orilla se ha derrumbado, por allí. Podría haber quedado atrapada.

No hablamos mientras caminábamos a lo largo del arroyo. Ahora empezaba a sentir temblores. Lo más sensato sería dar la búsqueda por zanjada, pero no tenía intención de hacerlo. Después de unos diez minutos llegamos a una parte de la orilla que se había derrumbado y formado una especie de presa. Rachel redujo el paso.

–Es aquí –anunció–. Si no está aquí, podría estar en cualquier parte.

Mi optimismo estaba flaqueando junto con mis fuerzas. Ya estaba reprendiéndome por haber perdido la que podría haber sido mi única oportunidad de examinar la zapatilla cuando Rachel señaló hacia delante.

–¿Qué es aquello?

Un pequeño arbusto había caído en el arroyo cuando la orilla se hundió. La maraña de ramas muertas estaba cubierta de hierbas y maleza, y en ese momento vi un objeto claro enganchado.

Flotando junto a él había una zapatilla de deporte.

—¿Es esa? —preguntó Rachel emocionada.

—Creo que sí.

A menos que hubiera dos, lo cual era posible pero no probable. Cuando nos acercamos vi que se trataba del pie derecho. Estaba a solo unos pocos palmos de distancia de la orilla, atrapada en las ramas maltrechas, con la suela hacia nosotros. Si hubiese llevado las botas altas de pescador, podría haberla recuperado fácilmente, pero no pensaba adentrarme en el agua con el calzado que llevaba puesto. Dejé la nevera y pisé con cuidado la orilla de tierra desmenuzada. Mis botas se hundieron en el barro arenoso al intentar atrapar la zapatilla con la pala del remo, que cayó chapoteando en el agua a escasos centímetros de mi objetivo.

Estiré aún más el cuerpo.

—Tenga, agárrese fuerte.

Rachel me ofreció su mano. Estaba caliente y seca cuando la sujeté, y ella me agarró con firmeza cuando se retiró hacia atrás para hacer de contrapeso. Alargué el remo y volví a fallar de nuevo, pero ahora solo por los pelos. La siguiente vez la pala alcanzó la zapatilla, la apartó de las ramas y la acercó más a la orilla.

Empujé la zapatilla más cerca y luego usé el remo para dirigirla a través del agua hacia mí. Rachel me soltó la mano e intenté no acusar la repentina ausencia de calor en mi piel.

—Detesto aguarle la fiesta, pero eso no parece algo con lo que Leo Villiers se hubiese dejado ver ni muerto —comentó con sorna.

Yo también había pensado lo mismo. Debajo de la capa de barro, la zapatilla de deporte parecía un calzado barato y robusto, diseñado para salir a la calle en lugar de para practicar deporte. No se ajustaba a mi imagen de Villiers,

un hombre que compraba ropa a medida en los sastres de Saint James y tenía una escopeta personalizada que valía una pequeña fortuna.

–¿Es eso un calcetín morado? –preguntó Rachel inclinándose sobre mi hombro para ver mejor–. Definitivamente, no pertenece a Leo Villiers.

Tenía razón. Aunque había sabido desde el primer momento que seguramente aquello no era nada importante, noté que la sensación de anticlímax me arrancaba las pocas fuerzas que me quedaban. Estaba a punto de soltar de nuevo la zapatilla cuando me di cuenta de un detalle: alguien que tiraba un zapato no dejaría dentro un calcetín. Acto seguido, advertí algo más.

Los cordones empapados todavía estaban atados.

–Tal vez sea mejor que se aparte –advertí a Rachel, pero ya era demasiado tarde.

La zapatilla había girado en el agua mientras la empujaba para acercarla y nos mostraba la parte superior, de cara hacia nosotros.

Incrustados dentro de la zapatilla y semiocultos por el espeluznante calcetín, se distinguían el hueso y el cartílago de un tobillo.

–Debería haberme llamado.

La voz de Lundy sonaba más a reproche que a enfado. Estábamos en la zona de la cocina de la casa de alquiler, con las tazas de té intactas enfriándose en la encimera. Iba vestido de forma más elegante que el día anterior y me pregunté si mi llamada no le habría interrumpido las vacaciones del puente.

–¿Y qué me habría dicho? –pregunté con aire de cansancio–. Nada hacía pensar que no fuese otra cosa que una simple zapatilla de deporte. Solo fui para quedarme tranquilo. Además, no había tiempo antes de que subiera la marea para organizar una búsqueda.

Eso me valió un suspiro resentido.

–Es una pena que no pensara en echar un vistazo cuando vio la zapatilla ayer.

«Dígamelo a mí...», pensé. En cuanto vi lo que contenía la zapatilla de deporte, se me presentó un verdadero dilema: aunque no quería encargarme personalmente de la recogida –esa era tarea de la policía científica–, la marea invadía el arroyo a una velocidad alarmante. Si no me hacía cargo de la zapatilla enseguida, lo haría el agua, y no quería arriesgarme a perderla de nuevo.

Así que después de sacar unas fotografías, utilicé una bolsa de basura para recoger la zapatilla y luego le di la vuelta a la bolsa de plástico de modo que quedara en su interior. La cobertura para la señal de móvil no llegaba hasta allí, de modo que no pude llamar a Lundy hasta que llegamos al cobertizo.

Al inspector le había sorprendido tener noticias mías, sobre todo cuando dije dónde me alojaba. Era evidente que Trask no se lo había dicho cuando habían hablado, pero Lundy no hizo ningún comentario más allá de lanzar un suspiro resignado. Se pondría en camino enseguida, me dijo, y añadió que no me moviera de donde estaba.

No tenía planeado ir a ninguna parte. La caminata por el pantano había agotado todas mis fuerzas, y cuando Rachel y yo volvimos al cobertizo, estaba destrozado. Mientras ella preparaba el té, metí las bolsas de hielo que había congelado antes en una bolsa de plástico y las introduje en la nevera portátil con el pie antes de desplomarme agradecido en una silla. Vi que Rachel quería hacerme preguntas, pero se contuvo. Mejor así, no podría haberle dicho nada de todos modos.

Yo mismo tenía más preguntas que respuestas.

Lundy llegó antes de lo que esperaba, acompañado de un par de agentes de la policía científica. Se quedó conmigo mientras Rachel los llevaba a donde habíamos encontrado la zapatilla de deporte. No me ofrecí a ir con ellos, consciente de que ya había hecho más esfuerzos de los que me convenía, y, en cualquier caso, la marea alta impedía caminar por la orilla del arroyo. Rachel dijo que había un pequeño puente no demasiado lejos del lugar donde habíamos encontrado la zapatilla, para que pudieran coger su coche y seguir a pie desde allí. Se marcharon los tres, y los agentes se llevaron consigo la nevera portátil y su contenido. Lundy a duras penas esperó a que se cerrara la puerta para afearme mi conducta.

—¿Y bien, doctor Hunter? —dijo a la par que cruzaba sus voluminosos brazos sobre el pecho—. ¿Quiere explicarme qué ha pasado aquí?

Dejó escapar un largo suspiro.

—No hace falta que le diga lo sumamente incómodo que es todo esto, ¿verdad? La familia de Emma Derby ya ha sufrido bastante sin tener encima que pasar por esto.

—Y si yo hubiera sabido que su marido se llamaba Trask, no habríamos llegado a esta situación, ¿no le parece? —contraataqué—. Está bien, la cagué, lo admito. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Lundy se subió las gafas a la frente y se frotó el puente de la nariz.

—Bueno, lo hecho, hecho está. Al menos tenemos el pie. ¿Dice que tiene fotografías?

No había tenido ocasión de transferir las fotos que había sacado en el arroyo al portátil, así que las localicé en la cámara y se las enseñé.

–Necesitaré que me las pase por correo electrónico –dijo Lundy mientras examinaba las imágenes en la pequeña pantalla–. No parece amputado, ¿no cree?

–Por lo que vi, no.

Aunque sabía que no debía examinar el pie en sí, al ampliar las fotos en la pantalla de la cámara pude verlo con mayor detalle. En el interior del sucio calcetín morado era perfectamente visible la estructura curva del astrágalo, el hueso del tobillo. Los peces, los cangrejos y las aves marinas se habían encargado de limpiar la mayor parte del tejido blando, pero aún quedaban restos desgarrados adheridos a la superficie expuesta del tobillo. Salvo por las pequeñas picaduras causadas por los carroñeros, la cara contorneada del propio hueso del tobillo era lisa, sin marcas evidentes de cortes o astillas. Aun a pesar de lo poco que había visto, estaba seguro de que el pie se había separado de forma natural de sus tejidos conectivos durante el proceso de descomposición.

Eso era de lo único de lo que estaba seguro.

–Parece demasiado grande para ser de una mujer –comentó Lundy mirando otra fotografía–. ¿Por casualidad no vería qué número era?

–No, pensé que sería mejor guardarlo y meterlo en la nevera portátil lo antes posible. Parecía un cuarenta, pero solo es una suposición.

Si eso significaba algo para él, no dio muestras de que así fuera.

–¿Alguna idea de cuánto tiempo podría haber estado en el agua?

–Nada más allá de lo obvio. El tiempo suficiente para desprenderse de la pierna, por lo que, en esta época del año, estaríamos hablando de unas pocas semanas. A partir de ahí, no puedo decir nada sin examinarlo.

–Así que más o menos el mismo período de tiempo que el cuerpo que encontramos ayer.

–El pie habría quedado protegido en el interior del calzado, por lo que podría haber permanecido más tiempo, pero posiblemente, sí.

–¿Y no había rastro del otro pie? –Me limité a mirarlo fijamente. Él lanzó un suspiro—. Sí, ya lo sé, es una pregunta estúpida.

Si lo hubiese habido, ya se lo habría dicho. Pero los pies y las manos no se habrían desprendido al mismo tiempo. Habría sido pura chiripa que hubieran terminado en el mismo lugar.

Lundy retrocedió por la secuencia de fotografías hasta llegar a una que mostraba la zapatilla de deporte en su totalidad. Frunció los labios mientras la estudiaba.

–¿Va a decirlo usted o lo hago yo? –pregunté.

Él sonrió.

–¿Decir el qué?

–Por lo que he oído sobre él, eso no parece un calzado propio de alguien como Leo Villiers.

–Pero eso no quiere decir que no sea suyo. La gente guarda todo tipo de cosas sorprendentes en sus armarios.

–¿Calcetines morados?

–Reconozco que no es la clase de prenda que relacionaría con alguien como Villiers, pero cosas más raras se han visto. Todavía estamos tratando de convencer a su padre para que nos permita acceder a su historial médico, así que hasta que eso ocurra, que yo sepa, podría ser hasta daltónico. Nadie sabe tampoco qué ropa llevaba cuando desapareció. No obtuvimos autorización para hacer ningún registro en su casa, así que no podemos decir qué tipo de cosas o de ropa podía tener allí.

–¿Que no obtuvieron autorización? –pregunté sorprendido. Obstaculizar el acceso al historial médico de alguien antes de que fuera declarado oficialmente muerto era una cosa, pero no entendía cómo podía alguien impedir que la policía llevara a cabo un registro sin importar quién fuera—. ¿Y qué me dice de la desaparición de Emma Derby?

–No teníamos suficientes pruebas para obtener una orden de registro. – Negó con la cabeza, molesto por el recuerdo–. Teníamos a los abogados de su padre todo el día encima. Llevamos a cabo un registro superficial cuando se denunció su desaparición, para asegurarnos de que no estaba muerto en una habitación de la casa o algo así. Eso no pudieron impedirnoslo, pero era evidente que alguien ya había estado allí antes que nosotros. La asistenta declaró que lo había ordenado y limpiado todo antes de darse cuenta de que Villiers había desaparecido; no obstante, lo habían limpiado a conciencia, de arriba abajo.

–¿Y eso no se considera obstrucción a la justicia?

Lundy se sacó un nuevo paquete de antiácidos del bolsillo y empezó a quitarle el plástico.

–No conseguimos argumentarlo con éxito. Tampoco es que supiéramos lo que buscábamos, excepto el cuerpo de Emma Derby, así que no podíamos acusar a nadie de destrucción de pruebas. Pero lo que quería decir es que no sabemos lo suficiente sobre Leo Villiers como para afirmar que no tenía unas zapatillas de deporte de mala calidad y unos calcetines morados. Si planeaba volarse la tapa de los sesos con una escopeta, lo más probable es que le trajese al paio lo que llevase en los pies.

Sonaba como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo.

–A usted tampoco le hace un pelo de gracia todo esto, ¿verdad? –pregunté.

–Lo que me haga gracia a mí no importa. –Se metió dos antiácidos de golpe en la boca como desquitándose con ellos–. Francamente, prefiero creer que Villiers hijo tenía un pésimo gusto para el calzado que la segunda opción: que tenemos otro cadáver en algún otro sitio al que le falta un pie.

También había otra posibilidad, pero no era el momento de sacar el tema. Además, estaba seguro de que Lundy era consciente de ello.

–¿Sabe cuándo tiene previsto Frears examinar el pie? –pregunté–. Me gustaría estar presente.

De repente, Lundy parecía incómodo.

–Gracias por el ofrecimiento, pero no creo que sea necesario.

Intenté disimular mi decepción. Puede que un pie no nos dijese gran cosa, pero supuse que la policía querría que echara un vistazo de todos modos. Y ya de paso, pensé que podría examinar también el cadáver del estuario. Todavía estaba molesto conmigo mismo por haberme perdido la autopsia y, aunque no pudiera añadir nada a las conclusiones del patólogo, al menos me gustaría saber que había hecho cuanto había podido.

Ahora ya no tendría la oportunidad.

–Así que Clarke está enfadada conmigo –dije.

Lundy lanzó un suspiro.

–Ya tenemos bastantes complicaciones con este caso tal como están las cosas ahora. La jefa no quiere que haya más.

–¿Y por qué iba a ser una complicación dejarme examinar el pie?

–Bueno, aparte de no asistir a la autopsia, ha alquilado una casa a la familia de una mujer desaparecida y se ha llevado a la hermana de esta de expedición en busca de una parte de un cuerpo. Las últimas veinticuatro horas le han cundido mucho, ¿no le parece?

Dicho así, no sonaba bien, pero los dos sabíamos que no era una descripción del todo justa.

–Aparte del hecho de que no sabía quiénes eran, usted ya me había comunicado que estaba fuera de la investigación antes de que yo pensara siquiera en alquilar la casa.

–Lo sé. Y no habríamos encontrado el pie de no ser por usted, eso no se lo discuto. Pero la jefa así lo ha decidido, por lo tanto... –Extendió las manos–. Estoy seguro de que será de la misma opinión en cuanto se calme. Habrá otras investigaciones en el futuro. Ahora, si quiere un consejo, lo mejor que puede hacer es mantenerse en un segundo plano y pasar desapercibido.

Si seguía pasando desapercibido, acabaría por desaparecer. Sin embargo, Lundy tenía razón, y enemistarse con su superior no iba a ayudarle en nada.

El inspector tomó un sorbo de té para dar por zanjada la discusión.

–Entonces ¿cuánto tiempo más tiene previsto quedarse? –preguntó mientras depositaba su taza en la encimera.

–Hasta que mi coche esté arreglado. –Lo miré arqueando una ceja—. ¿Era una indirecta?

Río entre dientes.

–No, solo era una pregunta de cortesía. Para ser sincero, me sorprende que Trask le haya dejado quedarse aquí. ¿Ha intentado hablar del caso con usted?

Ahora estábamos llegando al meollo del asunto.

–No, y ya le dejé claro que no iba a hablar de ello.

–¿Significa eso que sí le preguntó por el caso?

–¿Acaso usted no lo haría si fuera su esposa?

No pretendía contestarle de esa manera. El hallazgo del pie me había dejado exhausto y de mal humor, pero Lundy no parecía sentirse ofendido por mi brusquedad.

–Puede ser, pero no estoy convencido de que esa no sea en parte la razón por la que se ha mostrado tan solícito con usted. ¿Sabe que este cobertizo era el proyecto estrella de Emma Derby? Por no mencionar que su hijo se ha ofrecido a arreglarle el coche. Tanto derroche de amabilidad me escama. Tal vez piense que no le vendría mal tener a un asesor de la policía de su parte.

No creía que las palabras «derroche de amabilidad» pudieran aplicarse a Trask.

–No fue esa la impresión que me dio. En todo caso, parecía reacio a dejar que me alojara aquí, así que dudo que lamente que me vaya.

–Es posible, pero me pregunto si se habría mostrado tan amable si no estuviera usted involucrado en la investigación policial.

–No sabía que lo estaba cuando me rescató del arroyo –dije, aunque también recordé haber pensado que el Land Rover no iba a detenerse, que su conductor pareció pensárselo dos veces antes de volver para rescatarme. Y Trask

solo se ofreció a remolcarme hasta Creek House cuando descubrió por qué estaba allí. Incluso entonces parecía indeciso—. Parece que no le cae muy bien.

—No se trata de que me caiga bien o no. Puede ser un tipo desagradable y mordaz, pero hay que ponerse en su piel y en la de su familia. Lo han pasado muy mal este año. Como si no hubiera tenido bastante con la desaparición de su esposa, también le tocó descubrir que tenía una aventura... —Negó con la cabeza, frunciendo el ceño con la mirada fija en el té—. Esa familia ha tenido muy mala suerte. La primera mujer de Trask murió poco después de dar a luz a su hija, por complicaciones después del parto. Tuvo que criar a una recién nacida y a un niño él solo, lo que no tuvo que ser nada fácil. Luego conoce a una mujer mucho más joven que él, sofisticada y elegante, la típica londinense que acaba de salir de una relación, se casa con ella y se la trae al culo del mundo, hablando en plata. Sabe Dios en qué pensaría cualquiera de los dos, pero cuesta entender que creyeran que aquello iba a funcionar.

—¿Sabía Trask lo de la aventura de su mujer con Leo Villiers antes de que desapareciera?

Me di cuenta demasiado tarde de que no tenía ningún derecho a interrogarlo cuando yo ya no formaba parte de la investigación, pero Lundy se limitó a encogerse de hombros.

—Dice que sospechaba que se veía con alguien, pero no sabía con quién. Eso se averiguó más tarde, cuando conseguimos los registros de llamadas de ella. Había muchas llamadas recientes al número de Villiers, que terminaban unos días antes de que ella desapareciese. Después de eso, todo apuntaba en una sola dirección.

—¿Llegaron a sospechar de Trask?

La sonrisa de Lundy no contenía una pizca de humor.

—Es el marido, por supuesto que sospechamos de él, pero estaba en Dinamarca, en un congreso de arquitectura, cuando ella desapareció. Varios testigos la vieron o hablaron con ella después de que él se hubiera ido, y luego, a los dos días, desapareció. El hijo y la hija de Trask tampoco estaban presentes, la

niña estaba en una excursión de la escuela y el chico en casa de un amigo de sexto curso, por lo que no se dio la voz de alarma hasta que Trask volvió, esa misma semana.

Pensé en la mujer guapa y segura de sí misma de la fotografía. A menos que se produjese algún golpe de suerte inesperado, con Leo Villiers muerto nadie llegaría a saber nunca qué le había pasado a Emma Derby. La muerte ya era algo lo suficientemente horrible para una familia, pero que un ser querido desapareciera sin más era aún peor. Y si su asesino había arrojado su cuerpo a las Backwaters, como todo parecía indicar, entonces ya no quedaría mucho que reconocer. La vitalidad, la vanidad, la ambición y todo lo demás que había hecho a Emma Derby ser quien era habría desaparecido hacía tiempo. A pesar de no conocerla, sentí un vacío familiar al pensar en cómo podía suceder algo así. El abismo entre la vida y la muerte es un misterio al que era tan incapaz de resignarme en ese momento como cuando había perdido a mi familia.

–¿Doctor Hunter? –dijo Lundy–. ¿Está usted bien?

Me serené. Me había quedado obnubilado; estaba más cansado de lo que creía.

–Lo siento. Estaba pensando.

Apuró el té y dejó la taza.

–Bien, será mejor que me vaya. Se supone que tengo que estar en la fiesta de cumpleaños de mi nieta esta tarde. Me ha prometido que me guardará un pedazo de pastel, aunque no me entusiasma, la verdad.

–No me extraña. –Sonreí ante el recuerdo agrisado de las fiestas de cumpleaños de mi propia hija–. ¿Qué edad tiene?

–Cuatro. Kelly está hecha toda una mujercita. Y hace lo que quiere conmigo.

–¿Tiene más nietos?

–Todavía no, pero uno está en camino. Mi hija Lee, la madre de Kelly, está esperando su segundo hijo. –Sacudió la cabeza–. Parece que fue ayer cuando soplaba las velas de sus pasteles de aniversario cuando era una niña. ¿Y usted?

¿Tiene...? ¿Tiene planes para cuando vuelva?

Había reaccionado a tiempo, pero yo sabía lo que había estado a punto de preguntarme. «¿Tiene usted hijos?» Se había contenido a tiempo, así que o bien había investigado sobre mí o alguien le había hablado de mi pasado. Estaba acostumbrado a tener que responder a esa pregunta y, aunque siempre sería doloroso, casi nunca me pillaba desprevenido. Sin embargo, Lundy parecía muy incómodo, y su cara ya rubicunda de por sí estaba de un rojo aún más encendido.

–No, no tengo ningún plan –contesté ahorrándole el mal trago.

–Ah. Bueno, pues gracias de nuevo. –Extendió una mano carnosa para que se la estrechara–. Le deseo un buen viaje de vuelta, doctor Hunter.

Cuando Lundy se fue, tiré el té frío y me preparé otra taza. Aunque todavía me encontraba muy débil, no tenía escalofríos ni señales de fiebre que indicasen que la infección estaba empeorando. Sin embargo, la visita del inspector me había dejado desanimado y deprimido. Lo cierto es que no podía culpar a Clarke por impedirme que siguiera participando en la investigación –desde luego, hasta entonces me había cubierto de gloria–, pero seguía siendo una desilusión. Pese a todo, independientemente de las circunstancias, en cierto sentido me había redimido al encontrar el pie. Puede que salir al pantano hubiese sido una idea un tanto desacertada, pero al menos podría regresar a Londres sabiendo que había hecho algo útil.

Y había valido la pena conocer mejor a Rachel. Parecíamos haber hecho buenas migas después de haber aclarado las cosas y, a pesar de todo, disfruté de pasar aquel rato con ella. Tenía la impresión de que ella sentía lo mismo. «Sí, porque lo mejor para entablar amistad con alguien es encontrar un pie en descomposición», pensé.

Me bebí el té sentado en el sillón que había junto a la ventana abovedada mientras miraba a los pájaros que chapoteaban en el arroyo inundado. Me dije que tenía que telefonar para averiguar qué pasaba con mi coche, pero decidí que podía esperar unos minutos más. Trask había dicho que ya me llamarían cuando estuviese listo, y con molestarlos no conseguiría que lo arreglasen antes.

Además, no tenía prisa por volver a Londres. La perspectiva de pasar el final del puente en un piso vacío me cayó encima como una losa. Siempre podía ir a casa de Jason y Anja, pero era un trayecto muy largo y para cuando llegase, no valdría la pena, pues enseguida tendría que volver.

Me cambié a una postura más cómoda en el sillón, estirando los pies mientras contemplaba desfilar la tarde fuera. Solo había visto una pequeña parte de las Backwaters, pero me gustaba aquello. Las marismas planas bajo el cielo tenían un efecto relajante y meditativo. Parecía muy lejos del ruido y el fragor de Londres, donde los únicos espacios verdes eran parques rodeados por las principales arterias de la ciudad. No me había dado cuenta de hasta qué punto me había mimetizado con aquella jungla de asfalto, de cómo me había sumido en la rutina de los desplazamientos y el tráfico. Y el cobertizo reformado era un buen lugar para alojarse: sencillo, pero con todo lo necesario. Lamentaría tener que abandonar aquella paz y tranquilidad.

«¿Es eso lo único que lamentarás abandonar?»

No supe que me había quedado dormido hasta que el ruido de un motor me despertó. Me incorporé y me froté los ojos mientras consultaba el reloj: había dormido más de una hora. Sin embargo, la siesta me había sentado bien, y aunque aún estaba cansado, tenía la cabeza despejada de nuevo. Pensé que debía de ser Jamie con mi coche, así que me levanté del sillón y estuve a punto de tropezar al pisar algo que había debajo de la alfombra. Solté una maldición, y avancé cojeando para ir a abrir justo cuando alguien llamaba a la puerta.

Rachel estaba de pie al otro lado, con la mano levantada en el aire.

–Oh... –exclamó sorprendida.

–Lo siento, creía que era Jamie –dije, y luego me sentí como un idiota cuando me di cuenta de que no tenía mucho sentido.

–¿Qué le pasa en el pie? –preguntó al ver que me lo masajeaba.

Me enderecé, tratando de ignorar las palpitaciones en los aplastados dedos de los pies.

–Nada. Me he dado un golpe con algo que había debajo de la alfombra.

–Es culpa mía, debería haberle advertido –dijo con gesto de dolor a su vez–. Hay una vieja trampa en el suelo. El tirador sobresale del suelo, así que es peligroso. Es otra de esas tareas pendientes de las que le hablé. Espero que no esté roto...

–No puedo responder por el tirador, pero mi pie está bien. –Sonreí. Y aunque no lo estuviera, no pensaba admitirlo–. ¿Cómo ha ido con la policía científica?

Se encogió de hombros.

–No había mucho que pudieran hacer. Se limitaron a sacar algunas fotos del arroyo, en el lugar donde encontramos la zapatilla, y luego me llevaron de vuelta a casa.

Se había quitado las botas de goma, pero llevaba el mismo impermeable rojo que antes. Abierto, dejaba al descubierto un grueso jersey de punto trenzado que combinaba con sus vaqueros.

–¿Quiere entrar? –le ofrecí a la par que retrocedía unos pasos.

Ella negó con la cabeza.

–No, estoy de paso. Voy a recoger a Fay a casa de una amiga, pero le dije a Jamie que vendría. La buena noticia es que su coche ya casi está listo. Ha cambiado el aceite y lo ha desmontado y limpiado todo, así que debería funcionar perfectamente. Dice que tiene suerte de que no sea un coche nuevo, porque el sistema eléctrico es más complicado y no podría haberlo arreglado.

Traté de mostrar un poco de entusiasmo.

–Genial.

–No cante victoria todavía. La mala noticia es que necesita bujías nuevas. Jamie no tiene ninguna, así que hay dos opciones. A unos cuarenta kilómetros de aquí hay una tienda de piezas de recambio para automóviles que abre los días festivos. Se ha ofrecido a comprar las bujías; dice que no tardará mucho en conseguir que el coche vuelva a funcionar en cuanto las tenga. Creo que se siente mal por no haber podido arreglarlo aún.

Él no tenía la culpa, y su propuesta implicaba un trayecto de ida y vuelta de ochenta kilómetros, un domingo por la tarde después de un puente. Seguramente habría mucho tráfico cuando llegase a las carreteras más transitadas, y aún tendría que reemplazar las bujías cuando regresara.

–¿Cuál es la otra opción? –pregunté.

–Hay una gasolinera en Cruckhaven donde deberían de vender bujías. Se trata de una gasolinera local, así que ahora estará cerrada. Pero mañana por la mañana abrirán, de modo que si no le importa quedarse otra noche...

Estaba tan resignado a tener que irme esa noche que no sabía qué responder. Tenía claro que no me apetecía en absoluto conducir de regreso a Londres después de la caminata por el pantano: ya había tentado demasiado a la suerte por un día. Lo más sensato sería descansar hasta el día siguiente, y Trask ya me había dicho que por él no había ningún problema. Pero, aunque Clarke no estuviese molesta por haber involucrado a la familia de Emma Derby, había otro posible inconveniente.

–Esa gasolinera no se llamará Coker's, por casualidad, ¿verdad? –pregunté al recordar mi intento fallido de ponerme en contacto con un mecánico.

Rachel me miró con recelo.

–No. ¿Por qué?

–No importa.

Por un momento creí que iba a insistir y seguir preguntándome, pero decidió no hacerlo.

–Lo dejo a su elección, pero tengo que ir a Cruckhaven por la mañana de todos modos. Puedo comprar las bujías y podrá marcharse a la hora del almuerzo. Todo depende de la prisa que tenga.

No tenía ninguna prisa, lo único que me aguardaba a la vuelta era un piso vacío. Sentí que mi determinación flaqueaba.

–¿Qué dice su cuñado?

–A Andrew le da lo mismo. –Se apartó un mechón de cabello oscuro de la frente y, por un instante, vi el parecido físico con su hermana–. Aquí no molesta a nadie.

Volví a recordar mi conversación con Lundy. Le había dicho que solo me quedaría hasta que mi coche estuviera arreglado, pero no le dije cuándo sería eso. Una noche más no podía importar mucho, sobre todo si Trask no se oponía.

Además, ya me habían apartado de la investigación.

–¿Puedo ir andando a Cruckhaven desde aquí? –pregunté tratando de ganar tiempo.

Ya había abusado bastante de aquella familia como para que, encima, Rachel tuviera que ir a buscarme también las bujías.

–Se puede, pero tardaría casi una hora, en función de la marea. Y no tiene mucho sentido si yo voy a ir allí de todos modos. –De pronto me dedicó una sonrisa repentina teñida de una pizca de vergüenza–. Si se va a sentir mejor, ¿por qué no viene conmigo?

Seguía habiendo varias razones por las que no debía aceptar su ofrecimiento. Experimenté una breve lucha interna conmigo mismo.

–Eso estaría bien –contesté.

Hacía meses que no dormía tan bien. La primera noche en el cobertizo también había dormido, pero había sido sobre todo de puro agotamiento, mientras mi cuerpo combatía la infección. Esa noche había disfrutado de un sueño más profundo y reparador, una clase de sueño de la que casi ya no me acordaba.

Rachel se había marchado después de prometerme que pasaría a recogerme a las diez de la mañana del día siguiente, dejándome con la duda de si había hecho lo correcto o no. Todavía era última hora de la tarde y no tenía idea de qué hacer para matar el tiempo. No había internet ni televisión, ni siquiera música o libros. Ni trabajo. Por lo general, cuando estaba inmerso en una investigación pasaba cualquier tiempo de ocio revisando informes y notas sobre los casos. Eso me no servía ahora y, aunque tenía el portátil conmigo, ni siquiera podía bajarme el correo electrónico.

Sin embargo, por una vez, la necesidad de trabajar, de hacer algo útil, no me pesaba tan insistentemente como de costumbre. Rachel se había ofrecido a traerme comida, pero siempre y cuando no me importara repetir sopa o huevos, me quedaba comida suficiente para subsistir hasta el día siguiente. No tenía ninguna necesidad perentoria de ir a ningún sitio si no quería, así que no salí, sino que me quedé repantigado en el sillón, contemplando por la ventana el lento descenso de la marea y tratando de no hacer segundas lecturas de una inocente oferta de llevarme en coche hasta una gasolinera.

Movido por los ruidos de mi estómago, me preparé una cena temprana con lo que quedaba de la sopa de tomate y una tortilla y pan tostado. No podía calificarse exactamente de alta cocina, pero disfruté de cada bocado. Cuando los últimos vestigios de luz se desvanecieron en el cielo, salí a dar un paseo por la orilla del arroyo enfangado, esta vez hacia el lugar donde desembocaba en el estuario. La caminata era mucho más fácil que cuando había ido a las Backwaters esa mañana. No había ningún camino propiamente dicho, pero el suelo estaba más seco y firme bajo mis pies, y el pantano daba paso a unas dunas

de arena bajas cubiertas de juncos duros y puntiagudos. Después de un rato llegué a un terraplén cubierto de guijarros, parte de un viejo dique de contención contra las mareas que se había desmoronado hasta el punto de que ahora estas reclamaban el terreno como propio. Me encaramé al terraplén y miré hacia las marismas expuestas del estuario. Hacia el interior vi un racimo de luces que supuse que debía de ser Cruckhaven, mientras que, en el mar, a lo lejos, veía las luces de los portacontenedores avanzando lentamente por el horizonte, cada vez más oscuro.

Me habría gustado aventurarme más lejos, pero pronto anochecería. Regresé, con una inquietud extraña y desagradable que al principio no supe identificar. Hasta que no estuve casi de vuelta en el cobertizo no me di cuenta de que la visión del estuario me había recordado a los Barrows, cosa que a su vez había dado rienda suelta a otros pensamientos sobre el cadáver que habíamos recuperado en los bancos de arena.

Traté de alejarlo de mi mente, diciéndome que aquello ya no tenía nada que ver conmigo. No funcionó. Aunque había sido apartado del caso, eso no me impedía seguir pensando en él. Además, aún no había terminado del todo: Lundy me había pedido que le enviara por correo electrónico las fotografías que había sacado de la zapatilla de deporte. No podía enviárselas desde el cobertizo, pero al menos sí podía transferirlas a mi portátil, junto con las que había sacado en los Barrows.

¿Y si les echaba un nuevo vistazo mientras las enviaba? ¿Acaso tenía eso algo de malo?

De vuelta en el cobertizo, puse la tetera a hervir y conecté la cámara al portátil. Con una taza de té a mi lado, volví a examinar las imágenes de la zapatilla de deporte. Aparecían con mucho más detalle en la pantalla más grande del ordenador, pero con el pie oculto en su mayor parte en el interior del calzado, no me revelaron mucho más de lo que ya sabía. Pasé un buen rato estudiando el llamativo calcetín morado, ampliando la imagen para examinar mejor el tejido. Aunque no era mi terreno, estaba seguro de que el tejido enfangado era sintético y no natural, bien de poliéster o de algún otro material parecido.

Solo eran conjeturas mías, pero no había dudas sobre lo que había visto. En la suela de la zapatilla, oscurecida por la capa de barro, había unas palabras impresas que antes me habían pasado desapercibidas. Eran demasiado pequeñas para apreciarlas en la pantalla de la cámara fotográfica, pero se veían con mayor nitidez en el portátil. Una vez más, amplié la imagen, acercándome y jugando con el contraste hasta distinguirlas. Tres palabras, estampadas o moldeadas en la base de goma de la suela: «MADE IN CHINA».

Unas zapatillas de deporte baratas y unos calcetines sintéticos de colorines no encajaban con la imagen que me había formado de Leo Villiers, pero ahora eso era problema de Lundy, no mío. Aun así, de todos modos abrí las fotografías que había tomado del cadáver tendido en el banco de arena. La articulación del tobillo derecho sobresalía de la pernera empapada de los vaqueros, pero no lo suficiente como para distinguir algo. Lo que fuese. Me centré en las imágenes de la cabeza. La terrible herida era tan espeluznante como recordaba. Abrí otra fotografía para compararla a su lado y examiné lo que podía ver del orificio de salida, tratando de calcular la trayectoria del disparo.

Pero era inútil especular. Y no iba a ver nada que la policía no fuese a descubrir por sí misma en unas cuantas fotos. Me obligué a cerrar el portátil antes de que pudiera enfrascarme demasiado en el análisis, consciente de que solo me generaría frustración. En vez de eso, me preparé otra taza de té y me senté con la luz apagada, viendo como la noche se asentaba sobre el arroyo antes de acostarme.

Me desperté una vez, sobresaltado por una serie de extraños gruñidos y aullidos procedentes del exterior de la casa. Focas, concluí, somnoliento. Rachel tenía razón, pensé mientras volvía a dormirme. Parecían una jauría de labradores rabiosos.

La alarma del móvil me sacó de un profundo sueño sin recuerdos de haber llegado a soñar. Hacía mucho que no me sentía tan descansado. La única secuela del virus que había padecido era un dolor persistente en las articulaciones, además de un apetito voraz. Me duché y me afeité, y luego tosté el pan que quedaba para desayunar y me lo comí con el último huevo. No sabía si regresaría

al cobertizo después de comprar las bujías en Cruckhaven, así que después de lavar los platos, guardé las escasas pertenencias que llevaba conmigo en mi bolsa.

Una vez hecho eso, ya solo me quedaba esperar. Me senté junto a la ventana de nuevo, tratando de no mirar el reloj ni reconocer lo nervioso que me estaba poniendo. «Simplemente te va a acompañar a comprar unas piezas para tu coche. Deja de comportarte como un colegial.» Cuando oí el crujido de unos neumáticos sobre el suelo de gravilla, me levanté de un salto y estuve a punto de golpearme el dedo del pie otra vez con el tirador de la trampilla escondida debajo de la alfombra. Eché un último vistazo al interior del cobertizo con una punzada de tristeza al pensar que aquella sería la última vez que lo vería.

Luego cogí la chaqueta y la bolsa y salí rápidamente.

Rachel estaba junto a la puerta trasera abierta del viejo Defender blanco, haciendo sitio en la parte de atrás del vehículo. En el interior vi un surtido desordenado de piezas de equipamiento deportivo y lo que parecía un traje de neopreno tirado de cualquier manera.

–Buenos días –me saludó mientras apartaba una caja llena de cuerda enrollada–. Le juro que yo no sé de dónde saca Jamie la mitad de estas cosas. Debería de ver cómo tiene la habitación. Una vez me asomé y cerré la puerta al instante. Traiga, ¿quiere dejar aquí la bolsa? Ahora hay espacio.

Esa mañana llevaba una chaqueta de gamuza marrón que, abierta, dejaba entrever un suéter negro sobre los vaqueros. Si llevaba algún tipo de maquillaje, este era tan sutil que no lo noté, pero parecía haberse recogido el pelo con más esmero de lo normal, dejando al descubierto una porción más amplia de su frente lisa y sus facciones marcadas. Me sorprendí preguntándome si algo de eso podía deberse a mí, antes de decirme a mí mismo que no fuera idiota.

Metí mi bolsa debajo de un asiento, en el suelo del coche, y luego me senté en el asiento del acompañante, al lado de Rachel.

–He cerrado la puerta –le dije dándole la llave–. Es la fuerza de la costumbre. Acabamos de sufrir un intento de robo en el edificio donde vivo, pero supongo que eso por aquí no es un problema.

–Se sorprendería –repuso mientras arrancaba el motor–. Hubo una oleada de robos poco después de que me instalara aquí. También entraron a robar en Creek House.

–¿Y se llevaron muchas cosas?

Me había llamado la atención que los ladrones de casas se tomaran la molestia de ir hasta un lugar tan recóndito.

–Nada que no se pueda reponer, solo ordenadores y cosas parecidas, lo típico. Pero el momento no era el más oportuno. –Su rostro reflejó el desagradable recuerdo cuando nos alejamos de la casa–. Te obliga a formularte preguntas sobre las personas, ¿sabe?

Rachel parecía pequeña detrás del volante del viejo y enorme Defender, pero lo conducía bastante bien. Transmitía seguridad, y manejaba la reticente palanca de cambios con una familiaridad pasmosa. Y de forma menos forzada que la última vez que me había llevado en coche.

–Hace unos años conducía uno de estos –le dije tratando de levantar un poco el ánimo–. Yo creía que era muy viejo, pero comparado con este no lo era tanto.

–Sí, Jamie dice que este es uno de los primeros modelos. Lo encontró en un desguace y lo reconstruyó con piezas de repuesto. –Trask me había contado lo mismo, pero lo cierto es que no había apreciado el gran trabajo que había hecho su hijo. Para los años que tenía, el viejo Land Rover estaba muy bien restaurado. Rachel cambió de marcha con un movimiento brusco cuando nos acercamos a una curva–. ¿Y qué le parecía?

–Me gustaba –dije.

Estar de nuevo en un Defender me traía ciertos recuerdos y asociaciones de ideas, no todas agradables. Pero eso no era culpa del coche.

–Sí, son verdaderos caballos de batalla. No hay dirección asistida, así que es como si condujera un tanque. Pero por estas carreteras es muy divertido conducirlos.

–Supongo que el *snorkel* también es útil.

Me dedicó una sonrisa aviesa.

–Sobre todo cuando algún forastero de la ciudad se queda atrapado por la marea.

–¡Ay! Eso ha dolido...

–No se preocupe. No es el primero y dudo que sea el último. –Su sonrisa se desvaneció cuando vio algo un poco más adelante–. Vaya, genial...

Una figura alta y delgada iba andando por el medio de la carretera, en dirección opuesta a nosotros. Incluso de espaldas reconocí al hombre al que había estado a punto de atropellar cuando me dirigía al depósito de cadáveres. Parecía ajeno a la proximidad del Land Rover.

–Vamos, Edgar, quítate de en medio –dijo Rachel con un suspiro aminorando la velocidad hasta detenerse casi por completo.

–¿Lo conoce? –pregunté.

–Todo el mundo de por aquí lo conoce. Siempre hace lo mismo.

–Lo sé. Estuve a punto de atropellarlo el otro día. –Me encogí de hombros cuando Rachel me miró–. Por eso decidí coger el desvío por el arrecife.

–Seguro que en ese momento le pareció una buena idea. –Bajó la ventanilla y asomó la cabeza–. ¿Edgar? Edgar, ¿puedes apartarte de la carretera, por favor?

Era como una repetición exacta de la escena de hacía dos días. El hombre siguió caminando sin prisa y sin volverse a mirar. El impermeable holgado le azotaba las rodillas cada vez que las botas de agua enfangadas avanzaban rítmicamente por el camino.

–¿Qué es lo que lleva? –pregunté.

Caminaba con los brazos doblados y sujetaba algo contra el pecho, pero desde detrás no se veía qué era.

–A saber... Siempre está rescatando bichos, aunque no necesiten que nadie los rescate. –Rachel se asomó por la ventanilla otra vez–. Vamos, Edgar. ¡Edgar!

La figura desgarrada siguió andando por la carretera, sin dar ninguna señal de haberla oído.

–Maldita sea... –murmuró Rachel, y detuvo el coche.

Se bajó y, al cabo de unos segundos, yo hice lo mismo. El hombre no parecía violento, pero escuálido o no, a su lado Rachel se veía muy pequeña. Y yo también, dicho sea de paso.

Echó a andar a su lado.

–Soy yo, Edgar. Rachel.

Solo entonces pareció advertir su presencia. Habló sin mirarla ni detenerse.

–Tengo prisa.

–Lo sé, pero tienes que andar por el arcén de la carretera, no por el medio. Ya te lo he dicho otras veces. –El tono de Rachel era firme pero amable–. ¿Qué llevas ahí?

–Está herido.

Hablaba en voz baja y queda, como distraído, pero al menos respondía, que era más de lo que había hecho la última vez, cuando me lo encontré. Me había quedado rezagado unos pasos para no ponerlo nervioso, pero estaba lo suficientemente cerca para ver el bulto espinoso que acunaba contra el pecho. Un erizo, flácido e inmóvil. Recordé la gaviota que llevaba cuando lo vi la otra vez.

–Está muerto, Edgar –le dijo Rachel con delicadeza–. No puedes ayudarlo.

–Está herido –repitió.

Rachel me miró con impotencia.

–Está bien, Edgar. Pero tienes que caminar por el arcén de la carretera. Por el arcén, ¿de acuerdo? No por el medio. Te atropellarán, como estuvo a punto de pasar hace un par de días. ¿Te acuerdas del doctor Hunter?

Los ojos protuberantes del hombre pasaron por encima de mí.

–Hola, Edgar –dije.

Su nuez se desplazó arriba y abajo por su garganta, pero esa fue la única señal de que se había percatado de mi presencia. Rachel me hizo una seña para que retrocediera y bajó la voz.

–Será mejor que espere aquí. No le gustan las novedades.

Miré con incertidumbre a la figura con aspecto de espantapájaros.

–¿Está segura de que estará bien?

–No se preocupe, es inofensivo.

Me quedé atrás mientras ella corría a alcanzarlo, aunque permanecí lo bastante cerca por si Rachel se equivocaba. No percibía ningún tipo de amenaza por parte de él, pero el miedo hace que las personas sean impredecibles. A pesar de su aspecto, si se alteraba, quien sabe si podría llegar a hacer daño a alguien sin querer.

Pero Rachel lo guiaba hacia un lado de la carretera, apoyando la mano en su manga sucia. Le hablaba con voz tranquilizadora, demasiado baja para que yo pudiera oír lo que decía, pero pareció surtir efecto. Sin dejar de observarlo para asegurarse de que se mantenía en el arcén, Rachel regresó a mi lado.

–Muy bien, ahora vámonos antes de que cambie de opinión.

Volvimos al coche y Rachel arrancó, conduciendo despacio y adelantando a la demacrada figura con un margen muy amplio hasta que lo dejamos atrás.

–¿Estará bien? –pregunté.

–Por aquí no circulan demasiados coches. Además, si lo llevásemos a su casa, volvería a salir y se vendría otra vez aquí igualmente.

–¿Sabe qué le pasa?

–No sé cuál es el diagnóstico médico. Simplemente, no parece darse cuenta de lo que pasa. Me he preguntado si no será autista o algo parecido, pero nadie parece saberlo. Aunque tiene una obsesión por los animales heridos. Siempre está rescatando a alguno. Sabe Dios lo que hará con ellos.

Yo no era psiquiatra, pero incluso aunque su trastorno pudiera clasificarse dentro del espectro autista, pensé que era probable que tuviera también otros problemas de salud mental.

—¿Dónde vive?

—En una cabaña destartalada en las Backwaters. He pasado por allí algunas veces, y es un lugar bastante tétrico. Si nuestra casa le parece aislada, debería ver la suya.

—¿Vive solo?

Por lo que había visto, Edgar no parecía capaz de cuidar de sí mismo.

—Ahora sí. Según cuentan, parece ser que era un académico o un naturalista. Estaba casado y tenía una hija pequeña, pero la niña desapareció. Salió a jugar un día y nunca volvió. Todo el mundo pensó que se había ahogado, pero Edgar nunca lo superó. Su esposa lo abandonó, así que ahora pasa el tiempo buscando a su hija en las Backwaters. Bueno, al menos esa es la historia que cuentan los lugareños —añadió.

—¿La policía nunca encontró a la niña? —pregunté sorprendido por los inquietantes paralelismos con la hermana de Rachel.

Si la historia era cierta, Emma Derby no era la primera víctima de las Backwaters.

—No, pero no guarda ninguna relación con el caso de Emma, si es eso lo que se está preguntando. —Rachel mantuvo un tono de voz neutro—. Sucedió hace más de veinte años y, además, seguramente lo poco que se sabe del caso sean rumores. Incluso hay quienes dicen que fue Edgar quien asesinó a su propia hija, o que rescata pájaros y animales porque fue incapaz de salvarla. Lo mejor es ponerlo todo en tela de juicio por si acaso.

Habíamos llegado a la periferia de la ciudad. Rachel guardó silencio cuando pasamos por un desvencijado cartel de carretera que anunciaba: BIENVENIDOS A CRUCKHAVEN. Debajo, alguien había pintado con aerosol: AHORA IROS A LA MIERDA.

—Un anuncio con mucha garra —dije para cambiar de tema.

–Espere a ver la ciudad.

Pasamos junto a una hilera de casas pequeñas dispersas y luego llegamos a una calle principal flanqueada por tiendas de edificios de ladrillo y fachadas empedradas. Rachel detuvo el coche junto a un muelle de cemento con gruesos noráis metálicos en la orilla que parecían tocones de árboles fosilizados.

–Jamie me ha dejado escrito qué tipo de bujías necesita –dijo Rachel dándome un trozo de papel con unos garabatos–. La gasolinera está un poco más adelante, en esta misma calle. No tiene pérdida. Yo solo tengo que comprar unos cuantos víveres, así que me reuniré con usted aquí dentro de... ¿pongamos media hora?

Le dije que me parecía bien, tratando de disimular mi inesperada decepción. «¿Y qué esperabas? ¿Que te cogiera de la mano?»

–Y ya que estoy aquí, ¿hay algo que valga la pena ver en la ciudad? –pregunté.

–Depende de lo mucho que le guste ver tiendas cerradas y barro.

–Interpretaré eso como un no, ¿verdad? –dije mirando por la ventanilla del coche la lánguida ciudad costera.

–Me temo que así es. Todo el atractivo de Cruckhaven desapareció mucho antes de que yo llegara aquí. Hay un puesto de *fish and chips* que tal vez esté abierto, y una cafetería en el muelle que está poniendo mucho empeño en salir adelante. Si se aburre con las vistas, hacen un café con leche bastante decente.

–¿Por qué no quedamos allí?

Lo dije antes incluso de pensarlo. Rachel parecía sorprendida y me maldije a mí mismo por ponerla en un compromiso. Estaba a punto de intentar salir airoso del apuro cuando fue ella la que me sorprendió, tanto por la respuesta como por el tuteo.

–¿Me invitarás también a una porción de pastel?

Hice como que tenía que pensarlo.

–Podría ser.

Sonrió.

–Nos vemos allí.

Hay pocos lugares más tristes que una ciudad trabajadora en la que ya no hay trabajo. Cruckhaven tenía ese aire de tristeza. En un día festivo, cualquier localidad costera normal debería haber sido un hervidero de actividad. Allí, la calle principal estaba casi desierta y la mitad de los negocios del paseo del pequeño puerto, cerrados. Había una vieja tienda de recuerdos que parecía llevar varios años cerrada. El escaparate estaba forrado de celofán amarillo para proteger el interior del sol, pero las esquinas habían desaparecido y ahora el celofán colgaba con aire desangelado. Había unas moscas muertas al pie del escaparate junto con hilo para la pesca de cangrejos, conchas marinas y postales desvaídas, como si el dueño hubiera cerrado un buen día para no volver nunca más.

Había gente paseando, aunque no mucha. Unas madres jóvenes y agobiadas empujaban sus cochecitos con mirada abatida y angustiada, y una pandilla de hoscos adolescentes ocupaba un banco de la calle, mirando a los transeúntes como presas potenciales. No había prestado demasiada atención a la ciudad cuando la había atravesado un par de días antes, preocupado como estaba por llegar a tiempo a la operación de rescate del cadáver. Ahora veía lo sombría y deprimente que era.

Caminé hasta la orilla del puerto y lo observé. Donde debería llegar el embate de las olas, solo había barro oleoso, a pesar de que aún no había bajado la marea. El puerto estaba casi lleno de sedimentos, hasta el punto de que las malas hierbas y las plantas de tallos hirsutos crecían por doquier. Un embarcadero de madera de aspecto precario y poco seguro daba cobijo a los pocos botes amarrados en el agua estancada, pero parecía improvisado y provisional.

Vi un pájaro blanco y negro hurgando en el barro sobre unas delicadas patas delgadas como zancos. Lundy me había dicho que el estuario llevaba años encenagándose y el problema, obviamente, era mucho peor allí, en el interior. Al

cabo de unos pocos años, el puerto se embarraría por completo, y entonces Cruckhaven perdería toda su razón de ser.

No era de extrañar que los planes de sir Stephen Villiers para construir un puerto deportivo contaran con el beneplácito de la población local. Después de conocer al personaje en cuestión, estaba convencido de que no dejaba que nada se interpusiera en su camino, y mucho menos las preocupaciones de los ecologistas. Y para la gente que trataba de ganarse la vida aquí, la perspectiva de la creación de nuevos empleos y de regeneración debía de parecerles una especie de salvavidas. Aunque también recordaba la forma casi liviana y despreocupada con que sir Stephen había mirado los restos de su hijo, y me alegré de no tener que confiar mi futuro a esa mirada tan fría e indiferente. Cualquier pacto con él probablemente sería un trato propio de Fausto.

Ya me había entretenido suficiente. Di media vuelta en el puerto y eché a andar por la carretera en la dirección que Rachel me había indicado para llegar a la estación de servicio. En el estuario la acumulación de sedimentos era menor en aquella parte, y unas pequeñas olas cubrían el barro casi por completo. A la orilla del agua, pasé junto a una gaviota, con ojos saltones cuya cabeza se balanceaba hacia delante y atrás. La imagen me recordó a Edgar, arrastrando los pies en su búsqueda de animales heridos. «O muertos», pensé al recordar el erizo que llevaba en brazos; era evidente que no establecía la diferencia.

Esperaba que la historia que Rachel me había contado sobre su hija desaparecida fuera solo una leyenda local, pero dudaba que pudiera tratarse de una invención. Incluso teniendo en cuenta que los detalles se volvían borrosos o exagerados con el tiempo, la desaparición de una niña en una comunidad pequeña como aquella no era algo fácil de olvidar, aunque hubiesen transcurrido veinte años. Y tal vez no era tan descabellado, después de todo, que su padre aún tratara de encontrarla. Mirando hacia atrás en la propia historia de mi vida, no estaba seguro de que estuviese completamente cuerdo después de la muerte de Kara y Alice. El dolor es demoledor, incluso para aquellos que tienen la suerte de contar con familiares y amigos capaces de darles apoyo. Para alguien que vivía solo en un lugar aislado como las Backwaters, era fácil imaginar hasta qué punto podían verse alteradas sus facultades mentales.

En esas circunstancias, le podía ocurrir a cualquiera...

Fuera lo que fuese lo que le había ocurrido a Edgar, me quedaría más tranquilo sabiendo que los servicios sociales estaban al corriente de su situación. Tras tomar nota mentalmente de comprobarlo a la vuelta, levanté la vista y vi un letrero que anunciaba la gasolinera, más adelante. Sin embargo, antes, en el lado de la carretera que daba al estuario, había otro cartel, grande y pintado a mano sobre un tablón de madera desvencijada y pelada: TALLER MECÁNICO Y ASTILLERO COKER'S MARINE AND AUTO.

En letras más pequeñas, debajo, aparecían las palabras: «Servicio de grúa, piezas de recambio y reparación». Pues las reparaciones no eran su punto fuerte, desde luego.

El letrero estaba colgado sobre un edificio prefabricado de una sola planta en un pequeño muelle. Había varias embarcaciones pequeñas en distintas fases de deterioro amarradas en atracaderos abarrotados y dispuestas en fila en la orilla embarrada junto al muelle, dejando al descubierto unos cascos llenos de algas. Frente al edificio había aparcada una camioneta cubierta de barro, junto con otros vehículos en distintos grados de deterioro.

Me detuve cuando vi el lugar. Por un momento se me pasó por la cabeza buscar a la persona con la que había hablado –con el tal Coker, probablemente–, pero no tenía sentido discutir con él. Evidentemente, tenía algo en contra de Trask, y fuera lo que fuese, parecía lo bastante grave si estaba dispuesto a rechazar un trabajo por ello. Por el aspecto del lugar, el negocio no parecía ir viento en popa.

Antes de que pudiera irme, un individuo salió de detrás de una de las barcas. Era un hombre de mediana edad, vestido con un mono azul manchado de aceite ceñido a un cuerpo voluminoso. Llevaba una gorra de béisbol también sucia, ladeada hacia atrás, sobre una mata de pelo rubio oscuro. Sujetaba algo parecido a una pieza de motor en las manos, y la limpiaba con un trapo grasiento. Unos ojos de mirada astuta me observaban desde un rostro de facciones marcadas y tirando a mofletudo mientras inclinaba la barbilla con gesto interrogativo.

–¿Puedo ayudarle en algo?

La voz grave era la misma con la que había hablado por teléfono.

–No, gracias.

–Entonces ¿qué tiene de interesante mi taller? –Lucía una sonrisa, pero no había rastro de afabilidad en ella–. ¿Está admirando las vistas?

–Podría decirlo así.

–Sí, eso es lo que hace siempre la gente. ¿Cómo está su coche? ¿Sigue jodido? –Su sonrisa se amplió ante mi cara de sorpresa. Un incisivo torcido le confería una expresión ligeramente lobuna–. Tengo buen oído para los acentos. Y no recibimos muchos visitantes de fuera.

–Me pregunto por qué será...

La sonrisa se desdibujó levemente, pero se mantuvo en su sitio.

–El hijo de Trask ha conseguido arreglarlo, ¿no es así?

–Sí, la verdad es que sí.

Dudé si irme sin más, pero, por alguna razón, aquello me parecía una especie de confrontación, y sabía que era mejor no darle la espalda.

El hombre asintió. Sus manos continuaron limpiando la pieza de motor, girándola despacio en el interior del trapo.

–Me lo imaginaba. ¿Así que se aloja con ellos?

–¿Por qué?

–Porque puede darles un mensaje de mi parte. –Su expresión se torció y abandonó todo fingimiento–. Dígale a ese idiota...

Antes de que pudiera terminar, se abrió la puerta del edificio prefabricado y salió una chica.

–Papá, no encuentro el...

Era la misma chica que había visto con Jamie dos días antes. En ese momento no iba tan ligera de ropa, pero los vaqueros rojos y el suéter apretado seguían pareciendo fuera de lugar en el taller mecánico. Se interrumpió al verme

e hizo una expresión de perplejidad al reconocermelo. Luego se apresuró a continuar.

–Mmm... No encuentro la lata de la calderilla. ¿Sabes dónde está?

Fue un buen intento, pero no engañó a su padre, que entrecerró los ojos al alternar la mirada entre nosotros.

–¿Lo conoces?

–¡No, claro que no! –contestó la chica rápidamente.

–Entonces ¿por qué parece lo contrario? –Su hija pestañeó y abrió la boca como si esperara que esta formulase una excusa por sí sola. Él se volvió hacia mí—. ¿Y bien?

A su espalda, la chica me lanzó una mirada de súplica rayana en el pánico.

–Y bien ¿qué? –pregunté.

–No se pase de listo. ¿De qué se conocen?

–No nos conocemos.

No era del todo mentira: puede que la hubiese visto antes, pero no la conocía.

–Que no soy imbécil, joder. Ella lo ha visto a usted en algún lado.

Supuse entonces lo que estaba pasando y contuve el impulso de decirle que debería preguntárselo a su hija. La chica parecía muerta de miedo. Fuera cual fuese el problema que su padre tenía con Trask, bastaba para que la posibilidad de que descubriera que había ido a ver al hijo de este la aterrorizase.

–Pasé por aquí el otro día –contesté—. Puede que me viese entonces.

–¿Y qué está haciendo aquí?

–No es asunto suyo –repuse con calma.

Entonces me tocó a mí el turno de mirarlo fijamente. Vi cómo en su cerebro se formaba la duda mientras se preguntaba quién era yo. Su hija seguía callada, escudriñándose con ansiedad la uña rojo brillante del pulgar. Era un buen

momento para irse.

–Ha sido un placer –dije lo suficientemente ambiguo para referirme a cualquiera de los dos.

Los dejé allí, di media vuelta y me fui.

La gasolinera estaba un poco más adelante. Era pequeña, con dos surtidores que ofrecían una oscura marca de combustible de la que no había oído hablar en mi vida, pero, además de las bujías que necesitaba, también vendía algunos productos alimenticios básicos, así que pude comprar provisiones para reponer la comida que Rachel había llevado a la casa de alquiler.

Cuando volví a pasar por el taller, casi esperaba que me abordaran de nuevo, pero no había signos de que hubiera nadie.

De vuelta en el muelle, encontré un cajero automático y saqué una cantidad que esperaba que fuera suficiente para pagar a Jamie. De lo contrario, tendría que enviar el resto una vez que estuviera de vuelta en Londres. La idea de regresar era deprimente, así que la aparté de mi mente y fui a reunirme con Rachel.

La cafetería se llamaba precisamente así, con las palabras escritas en mayúscula por si alguien no estaba seguro. Parecía más un antiguo salón de té que una cafetería, con pasteles y sándwiches detrás de un mostrador de cristal y manteles a cuadros rojos y blancos en las mesas, muy juntas unas de otras. Incluso había una campanilla que tintineó alegremente cuando entré.

Sin embargo, no había rastro de Rachel. Ni de ninguna otra persona: yo era el único cliente. Una mujer de aspecto cansado con una cálida sonrisa atendía detrás del mostrador. Pedí un café y fui a sentarme a una mesa junto a la ventana. A pesar de que me encontraba mucho mejor, me alegré de poder tomar asiento después de la caminata. Fuera, el puerto no tenía un aspecto tan sombrío ahora que no se veía el lecho oleaginoso del estuario. No costaba imaginar que Cruckhaven pudiera haber sido un lugar agradable en otra época, antes de que el estuario se encenagara y el agua lo abandonara.

Traté de no mirar al reloj mientras esperaba, pero en cuanto dejé de hacer un esfuerzo consciente, lo hice de todos modos. Rachel llegaba diez minutos tarde. No era mucho, pero me sorprendí preocupándome por la posibilidad de que hubiese cambiado de opinión, o incluso que hubiese olvidado que habíamos quedado allí. Levanté la vista y la vi caminar apresuradamente por el paseo del puerto.

Llevaba una bolsa de la compra y parecía absorta en sus cosas. Su expresión cambió cuando miró por la ventana de la cafetería y me vio. La campanilla de la puerta sonó de nuevo al entrar.

–Lamento el retraso –dijo sin aliento–. Hola, Debbie, ¿cómo estás?

–Bueno, voy tirando. –La mujer detrás del mostrador parecía alegrarse de verla–. Tenemos unas magdalenas de naranja y canela recién horneadas. También hay pastel de café y nueces que hice ayer.

Rachel fingió horrorizarse.

–Eres una mala influencia, ¿lo sabías? ¿Qué vas a tomar tú?

Me miró con aire expectante mientras se sentaba, pero yo no era muy goloso.

–Un café solo, gracias.

–Él tomará el pastel –le dijo Rachel a la mujer con una sonrisa–. Yo querré una magdalena y un café con leche, por favor.

Levanté las manos a modo de rendición.

–Pues entonces un pastel de café.

–No puedes dejar que coma sola. –Rachel miró hacia el mostrador mientras la mujer comenzaba a preparar el café con leche, amortiguando nuestra conversación con el ruido del chorro de vapor–. Siempre intento pasar por aquí cuando vengo a la ciudad. Debbie perdió a su marido el año pasado y tiene dos hijos, así que necesita toda la ayuda posible. Además, todo es casero y es muy buena repostera.

–Está bien, me has convencido. ¿Has comprado todo lo que necesitabas?

–Sí, nos faltaba poca cosa. Alguien ha acabado con nuestras existencias de huevos y leche.

–Pues menos mal que yo también he comprado lo mismo... –dije enseñándole mi bolsa.

Ella se rio.

–Me está bien empleado... No tenías por qué haberlos comprado. Quería una excusa para estar un par de horas fuera de la casa. No viene mal concedernos un poco de espacio de vez en cuando.

Era la primera pista auténtica que daba sobre la tensión a la que debía de estar sometida la familia, pero parecía más un desliz que una invitación. Cambió de tema rápidamente.

–¿Conseguiste las bujías?

–Sí. También tuve un encuentro curioso en el taller mecánico del puerto.

Le cambió la cara.

–¿Qué ha pasado?

Le conté que había intentado contratar a Coker para reparar mi coche y su hostilidad posterior.

–Parece que tu cuñado y él no se llevan muy bien que digamos.

–Sí, podrías decirlo así. –Rachel guardó silencio cuando la mujer trajo el café y el pastel. Le dedicó una sonrisa–. Gracias, Debbie. Tiene una pinta increíble.

Tenía razón. Al mirar la porción de pastel de mi plato me pregunté si sería capaz de acabármelo. La sonrisa de Rachel se desvaneció cuando la mujer regresó al mostrador. Se volvió hacia mí con un suspiro.

–No tenía ni idea de que hubieras tenido un encontronazo con él o te habría advertido que te mantuvieras alejado. Tiene una especie de *vendetta* contra Andrew y Jamie. Bueno, contra todos nosotros en realidad. Es una larga historia, pero no creí que llegaras a verte involucrado en ella.

–No tienes que darme explicaciones. Espero no haber empeorado las cosas.

Sonrió con aire sombrío mientras removía su café.

–Créeme, cuando se trata de Darren Coker, las cosas no pueden empeorar.

No estaba tan seguro de eso.

–Su hija también estaba allí.

–¿Stacey? –Rachel levantó la vista de golpe olvidando el café–. ¿Cómo sabes que era ella?

–La vi en la casa el otro día. Ella me ha reconocido y su padre se ha dado cuenta.

–Dios..., ¿fue a ver a Jamie otra vez?

Tenía la sensación de estar pisando un terreno más pantanoso de lo que pretendía.

–Yo no dije nada, y ella lo negó delante de Coker. Pero me parece que no la ha creído.

Rachel cerró los ojos y suspiró.

–No, seguro que no. Ya te habrás dado cuenta de que Jamie tuvo una historia con Stacey. Eran solo unos críos, pero las cosas se complicaron y..., bueno, eso causó muchos problemas. Su padre le ha prohibido que lo vea y, para ser sincera, a Jamie ella ya no le importa de todos modos. Hace ya un tiempo que perdió todo interés por ella, pero Stacey no es de las que aceptan un no por respuesta.

–Eso me ha parecido.

Aquello me valió una sonrisa, pero era forzada. Rachel pinchó la magdalena con el tenedor.

–No puedo culparlo por ser un padre protector. Ella es su única hija y Andrew no es exactamente diplomático cuando pierde los estribos, pero a Coker se le ha ido por completo de las manos, convirtiéndolo en esta ridícula disputa

familiar. Es como los Montesco y los Capuleto, solo que es absolutamente unilateral y Stacey no es precisamente Julieta.

Pareció sorprendida cuando me eché a reír.

–Lo sé, no suena muy imparcial por mi parte, pero sucedió antes de que yo viniera, así que no tenía nada que ver conmigo. Me enteré al cabo de un mes o así de estar viviendo aquí... cuando me tropecé con Coker en la ciudad. Yo no tenía ni idea de quién era, pero él montó en cólera y me lanzó una especie de diatriba, diciendo que se alegraba de la desaparición de Emma, que Andrew se lo tenía merecido y que Emma era una «puta engreída» y cosas peores. ¿Quién es capaz de decir una cosa así? Y encima, a alguien a quien no había visto en su vida...

Se había sonrojado, pero no estaba seguro de si se debía al disgusto o a la rabia que sentía.

–¿Y qué hiciste?

–Le dije que se fuera a la mierda. –Levantó el tenedor y apuñaló la magdalena con él–. Por lo visto, funcionó.

Traté de imaginar a la delgada mujer que tenía ante mí enfrentándose al dueño bocazas del taller, y decidí que no era tan difícil.

–¿Se lo contaste a la policía?

–¿Eso? No, pero ya habían interrogado a Coker cuando Emma desapareció, por los problemas con su hija y Jamie. Más por rutina que por cualquier otro motivo. Es un imbécil, pero eso es todo. –Señaló hacia mi plato con la barbilla y la boca se le curvó en una sonrisa–. Deberías comerte el pastel.

Capté la indirecta y cambié de tema. Mantuvimos una conversación más liviana después de eso, evitando cualquier asunto personal. Ella me contó que Cruckhaven había sido una próspera ciudad portuaria que vivía de la pesca y el cultivo de ostras y hogar de una pequeña flota de barcos de pesca. Sin embargo, el agotamiento de las poblaciones de peces y el enlodamiento del estuario lo habían cambiado todo.

–No creo que nadie se diera cuenta al principio de que el lodo pudiera llegar a ser un problema tan grave –dijo acunando con las manos la taza de café con leche, por encima de los restos de la magdalena–. Como no fue algo que sucediera de la noche a la mañana, la gente vivía su vida sin darle importancia. Les preocupaba más la escasez de pesca que el hecho de que puerto se secara, y para cuando advirtieron lo que pasaba, ya era demasiado tarde.

–¿Y ahora ya no se puede dragar?

–Podría dragarse, sí, pero está en tan malas condiciones que sería prohibitivamente caro. Dentro de una década, toda esta área será como las Backwaters, o bien marismas o humedales. Lo cual no es malo desde un punto de vista medioambiental, pero es como un desastre a cámara lenta para las personas que viven aquí. En cierto modo, es peor que una inundación. Al menos, después de una inundación, la gente puede volver a reconstruir, incluso tras la que hubo en el mar del Norte. ¿Has oído hablar de aquello?

No, no sabía absolutamente nada. Mis conocimientos sobre historia eran incompletos en el mejor de los casos, y parecía que cada año traía consigo noticias deprimentes de más comunidades afectadas por las inundaciones. Aunque, al parecer, no era un fenómeno nuevo.

–Fue un terrible desastre, ocurrió en la década de 1950 –continuó Rachel soltando la taza–. Un frente tormentoso, en combinación con una marea viva, provocó inundaciones en toda esta zona y en el norte de Europa. Murieron centenares de personas en la costa este, y el sureste también padeció consecuencias devastadoras. La isla Canvey se inundó por completo y Cruckhaven estuvo a punto de desaparecer. En aquella ocasión, la ciudad sobrevivió. Pero esto es distinto. Sin el puerto, es difícil saber cómo logrará recuperarse.

–¿Qué pasa con los planes del puerto deportivo? ¿No cambiaría eso las cosas?

No fue hasta después de haber formulado la pregunta cuando me di cuenta de que, probablemente, cualquier cosa relacionada con la familia Villiers no era el mejor tema de conversación.

Rachel soltó un bufido.

–No me tires de la lengua... Está bien... Si se hiciera correctamente, probablemente se podrían minimizar los daños. No soy ninguna ecologista de Greenpeace, sé que tiene que haber soluciones intermedias, pero ese plan consiste básicamente en demoler toda la zona con una bola de derribo, enterrar las marismas bajo cemento y asfalto y convertir el estuario en un parque acuático con pretensiones. Y como saben que la gente está desesperada, están ofreciendo como incentivo la perspectiva de crear puestos de trabajo y prosperidad para que nadie ponga ninguna objeción. Dios, cada vez que oigo el nombre de Villiers me dan ganas de...

Se calló, esbozando una sonrisa avergonzada.

–Bueno. No importa. Deberíamos volver ya. Le prometí a Fay que la llevaría a dar una vuelta, y no le gusta esperar.

Sonrió mientras me decía aquello, mostrando un afecto evidente por la hija de Trask. Me pregunté si sería por eso por lo que se había quedado tanto tiempo a vivir con la familia. Pero yo tampoco me había dado cuenta de lo tarde que era: el reloj de pared del mostrador indicaba que llevábamos allí sentados más de una hora. A regañadientes, me puse en pie para irnos. Insistí en pagar y felicité a la dueña de la cafetería por el pastel, aunque todavía me parecía tener los dientes cubiertos de azúcar.

–¿Qué planes tienes ahora? Supongo que la policía querrá que le eches un vistazo al pie de ayer... –preguntó Rachel mientras regresábamos al Land Rover. Hizo una mueca—. Eso ha sonado un poco raro. Y no te preocupes, hablaba por hablar. Lo cierto es que no quiero saber ningún detalle, de verdad.

–No tienes nada que temer. No voy a trabajar en el caso.

Parecía sorprendida.

–¿Cómo es eso? Creía que eras un experto en ese tipo de cosas.

–Creo que la policía opina que ya he hecho suficiente.

–Pero si no fuera por ti, ni siquiera lo habrían encontrado.

Me encogí de hombros; no quería hablar de eso.

–Así es como van las cosas a veces.

–Entonces ¿te vuelves directamente a Londres?

–Tan pronto como mi coche esté listo.

Rachel permaneció en silencio mientras caminábamos por el paseo del puerto. Me sorprendía lo fácil que era hablar con ella, y pensaba que ella sentía lo mismo. Sin embargo, ahora parecía haber cierta tensión entre nosotros. Se reflejaba preocupación en su semblante cuando llegamos al Land Rover. Sacó las llaves, lo abrió y se detuvo.

–No quiero que me malinterpretes, pero...

El teléfono interrumpió lo que iba a decir. ¿Qué era lo que no quería que malinterpretara?, me pregunté con inquietud. Traté de pensar si había hecho algo mal mientras ella atendía a la llamada.

–Hola, Andrew. Solo estaba... No, ¿por qué?

Vi cómo se le demudaba el rostro. Fuera lo que fuese, no era nada bueno.

–¿Cuándo? –Escuchó mientras su interlocutor le contestaba–. Está bien, voy para allá.

–¿Va todo bien? –le pregunté mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo y arrojaba la bolsa de la compra a la parte trasera del Land Rover.

–Tenemos que irnos.

Rachel subió al coche y arrancó el motor. Yo apenas había logrado subirme al lado del pasajero cuando ella ya giraba el coche.

–¿Qué ha pasado?

Rachel tenía la cara pálida y una expresión de determinación, pero el chirrido de la palanca de cambios delató su estado emocional.

–Fay ha desaparecido.

Rachel condujo en silencio la mayor parte del trayecto de regreso a Creek House. No pudo decirme mucho más, solo que la hija de Trask se había ido después de una discusión con su hermano una hora antes y nadie había vuelto a verla desde entonces. Tampoco habían visto a su perra.

–¿Tienes alguna idea de adónde podría haber ido? –pregunté.

Redujo la velocidad para tomar una curva pronunciada y luego aceleró rápidamente de nuevo. Regresábamos por otro camino, más deprisa ahora que la marea era lo bastante baja para que el viejo Defender pudiera sortear los baches aún inundados de los cruces.

–Probablemente a las Backwaters. Por lo visto, se ha aburrido de esperarme y quería que Jamie saliera en la barca con ella. Él estaba ocupado, así que se ha ido sola y de mal humor.

Detecté el tono de autorreproche en su voz, y yo también me sentí culpable. Si no hubiera invitado a Rachel a ir a la cafetería, ya estaría en casa. Y lo más probable era que Jamie hubiese estado ocupado reparando mi coche.

–¿Había hecho algo parecido antes?

–Un par de veces. Andrew le tiene prohibido que salga sola, pero no siempre le hace caso.

Me tranquilicé un poco al oír aquello: la desaparición de la niña parecía más bien una rabieta y no algo grave.

Llegamos a un arrecife que reconocí al instante: el lugar donde mi coche se había quedado encallado por culpa de la marea. Todavía estaba cubierto en parte por agua, y solo asomaba en forma de una clara franja de tierra bajo la superficie, pero Rachel no dudó. Redujo la marcha y se lanzó sobre él con el

coche, salpicando agua a su paso. En un acto reflejo, me puse inmediatamente tenso, pero luego me relajé. Era evidente que no era la primera vez que lo hacía, y con el *snorkel* tubular, parecía fácil atravesarlo con el viejo Land Rover.

Al alcanzar la otra orilla, Rachel aceleró de nuevo. Pasó junto al cobertizo de alquiler y, en menos tiempo de lo que Trask había tardado en remolcarme a mí, llegamos a Creek House. Jamie ya corría hacia nosotros cuando nos detuvimos en la zona de aparcamiento de gravilla. Mi coche estaba allí cerca, desatendido y solitario, pero con el capó aún abierto. Rachel puso el freno de mano y se bajó de un salto.

—¿Ha vuelto ya?

—No. —El hijo de Trask estaba pálido y parecía preocupado. Apenas me miró—. Papá está sacando la barca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rachel mientras se dirigían de vuelta hacia la casa.

Como no sabía qué otra cosa hacer, yo también fui con ellos.

—Nada, pero ya sabes cómo es Fay. Se puso hecha una fiera cuando le dije que no iba a dejarlo todo y salir con ella en barca.

—¿La viste irse?

—No, pero poco después, papá no la encontraba por ninguna parte. No estaba en casa, y *Cassie* tampoco. No están por aquí, así que debe de haber salido a las Backwaters. Dios, es una niña tan consentida...

—Ya basta. —Trask había aparecido por el costado de la casa cuando salimos del bosquecillo, y estaba enrollando una cuerda de nailon en sus manos—. Si tuvieras más paciencia con ella, a lo mejor no se comportaría así.

—Eso no será solo por mí, ¿no? —murmuró Jamie por lo bajo.

Su padre se volvió hacia él con la mandíbula apretada.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Empezaba a sentirme más que nunca como un intruso. Aquello era una pelea familiar: yo allí no pintaba nada. Desde luego, no me necesitaban.

Aun así, ya que estaba allí, lo menos que podía hacer era ofrecerme a colaborar.

–¿Puedo ayudar en algo? –pregunté más que nada para rebajar la tensión.

Tras echar una dura mirada a su hijo, Trask se volvió hacia mí.

–No, gracias. Si quiere, podría...

Todos oímos a la perra a la vez. Fue un gemido grave procedente del camino, y al cabo de un momento, la mascota de la niña apareció entre los árboles. Llevaba el pelaje húmedo y cubierto de fango, como si hubiera estado en el arroyo, y cojeaba al avanzar por el sendero. Atisé detrás, pero no había señales de la hija de Trask. El animal volvió a lanzar un gemido y cuando se acercó, vi que llevaba parte del pelo apelmazado por algo más oscuro que el barro.

–¡Está sangrando! –exclamó Rachel corriendo hacia ella–. ¡Santo cielo! ¡Va llena de cortes y heridas!

El pobre animal siguió gimiendo, moviendo la cola mientras Rachel intentaba examinarlo. Temblaba violentamente, y las manchas de sangre en la capa de barro que la recubría podían verse ahora con total claridad.

–Parecen mordiscos. Debe de haberla atacado algún otro animal –señaló Jamie.

–¿Puedo verla? –pregunté.

Jamie se apartó a un lado. La perra gimió cuando alisé el grueso pelaje para examinar mejor sus heridas. Eran en su mayoría superficiales, cortes irregulares o pequeños pinchazos.

–No son mordiscos –dije. Los dientes o las garras habrían desgarrado más profundamente la carne. Sentí un alivio aún mayor al comprobar que los cortes no eran tan limpios como para ser de un cuchillo–. Parecen más bien arañosos, como si se hubiera quedado atrapada en alguna parte.

–¿Como por ejemplo? –preguntó Jamie como si fuera culpa mía.

No tenía respuesta. Trask había perdido interés por la perra. Caminó hacia el bosquecillo en la dirección de la que había venido el animal e hizo bocina con las manos alrededor de la boca.

–¡Fay! ¡Fay!

No obtuvo respuesta. Miró al paisaje vacío y luego regresó.

–Iré con la barca a las Backwaters. Jamie, tú sigue la orilla del arroyo hacia el cobertizo. Llévate el teléfono y llámame en cuanto encuentres algo.

–Pero ¿y si no...?

–¡Haz lo que te digo!

–¿Qué hago yo? –preguntó Rachel mientras Jamie echaba a correr.

–Tú quédate aquí. Si Fay vuelve, avísame.

–Pero...

–No hay pero que valga.

Ya estaba andando en dirección a la esquina de la casa. Fui detrás de él.

–Iré con usted.

–No necesito ayuda.

–Podría necesitarla si está herida.

Trask me fulminó con la mirada, como si estuviera furioso conmigo por haber expresado en voz alta su mayor miedo, pero Rachel nos había seguido e intervino antes de que él pudiera responder.

–Es médico, Andrew. Ya has visto a *Cassie*.

Trask vaciló y luego asintió con la cabeza. Llegamos a la parte delantera de la casa. En aquel lado era casi todo vidrio, unos enormes ventanales que daban directamente al arroyo. Había un muelle flotante en la superficie del agua y,

amarrada a él, una pequeña embarcación de fibra de vidrio con motor fuera borda. El muelle se balanceó cuando Trask corrió a él y se subió en la barca.

–Desate el cabo.

Solté la amarra y subí a bordo acompañado del chapoteo del agua verde sobre el fondo cubierto de algas. Me senté en la proa mientras Trask arrancaba el fueraborda con un estruendo y un chorro de humo azul. A continuación, aceleró el motor y enfiló corriente arriba.

Al mirar atrás, vi a Rachel agachada junto a la perra, observándonos.

Trask no dijo una sola palabra mientras la barca rugía al avanzar por el arroyo, adentrándose cada vez más en la zona de las Backwaters. La bajamar había dejado expuestas a cada lado las orillas, casi secas, pero todavía había suficiente agua en el centro para el poco calado de la barca.

Vi cómo las gaviotas se abalanzaban sobre algo en el barro, pero solo era una bolsa de plástico.

–¿Su hija tiene móvil?

–No. –Creía que eso era lo único que iba a responderme. Siguió con la mirada fija delante, en el arroyo—. Le tengo dicho que es demasiado pequeña para llevar móvil.

No tenía sentido añadir nada más a sus palabras. Sabía que lo único que podía hacer que se sintiera mejor era encontrar a su hija sana y salva. Comprendía demasiado bien lo que estaría pasando por su cabeza en esos momentos.

–¿Hay muchos sitios donde podría haber ido?

Esquivó una sucesión de olas rizadas en el agua, la única señal de que había un banco de arena justo debajo de la superficie.

–Unos cuantos, pero es complicado acceder a ellos a pie. Podemos cubrir más terreno en barca.

La marisma daba paso a altas riberas de juncos. En algunos puntos superaban la altura de nuestras cabezas ahora que la marea empezaba a bajar, por lo que la barca parecía abrir canales entre ellos. De vez en cuando, Trask gritaba el nombre de su hija por encima del zumbido del motor, lo que provocaba una respuesta estridente entre las aves más desorientadas, pero eso era todo. Pasamos por unas brechas en las orillas que parecían canales secundarios bifurcándose desde el arroyo principal, hasta que nos acercamos lo suficiente para constatar que no tenían salida. No era de extrañar que fueran tan pocas las embarcaciones que se molestaran en llegar hasta allí: era fácil perderse en aquel laberinto de juncos y agua.

La marea había bajado considerablemente en el breve intervalo de tiempo desde que habíamos salido: ahora las orillas del arroyo se elevaban sobre nosotros a cada lado como si fueran cañones en miniatura. Aunque nos manteníamos en el centro del canal, pronto se hizo evidente que no podríamos avanzar mucho más antes de quedarnos varados allí. Cuando llegamos a un punto donde el arroyo quedaba dividido por un largo banco de arena, Trask detuvo la barca, mordiéndose el labio mientras examinaba los canales divergentes.

—¿Qué pasa?

—No sé hacia dónde habrá ido desde aquí, y la marea está bajando demasiado para buscar en todos los canales. —Apagó el motor bruscamente. La barca se balanceó cuando Trask se puso en pie y gritó en el repentino silencio—. ¡Fay!

No hubo respuesta. El agua azotaba el casco mientras la barca se desplazaba hacia atrás. Con gesto sombrío, Trask gritó su nombre otra vez antes de alargar el brazo para volver a arrancar el motor.

—Espere —dije.

Me pareció haber oído algo justo cuando Trask se había movido. Él se detuvo y aguzó el oído.

—Yo no...

Y entonces se oyó de nuevo. La voz aterrorizada de una niña.

–¡Papá!

Esta vez Trask también lo oyó.

–¡Tranquila, Fay! ¡Ya voy! –gritó arrancando el motor.

Tenía los nudillos blancos sobre el timón mientras maniobraba la barca hacia la bifurcación de la izquierda. Unos postes de madera podrida flanqueaban las orillas, sobresaliendo del barro como dientes rotos. Pasamos junto a los restos de una vieja choza de chapa ondulada, y luego la embarcación dobló una curva y vimos a la hija de Trask.

Estaba tendida en el agua con la mitad del cuerpo fuera del arroyo, sollozando y cubierta de barro. A su alrededor, la superficie del agua estaba plagada de lo que en un principio pensé que era una especie de algas, expuestas por la bajamar. Pero al acercarnos me di cuenta de qué era en realidad.

El arroyo estaba lleno de alambre de espino.

–¡Duele mucho, papá!

Fay lloraba mientras saltábamos de la barca y avanzábamos hacia ella salpicando agua fría.

–Lo sé. No pasa nada, cariño, no te muevas.

No habría podido hacerlo, aunque quisiera. Solo tenía libre un brazo; el otro estaba atrapado en el alambre oxidado. Las púas se le habían clavado en la piel y en la ropa, y el barro que la cubría estaba manchado de sangre. Solamente se le veía la parte superior del cuerpo, pero era evidente que el alambre también la había atrapado por debajo del agua.

Tenía la cara pálida y llena de lágrimas.

–¡Cassie saltó al agua y luego empezó a gritar! Intenté ayudarla, pero ella se liberó y yo me caí, y... y...

–Chiss, no pasa nada, tranquila. *Cassie* está bien, ha vuelto a casa.

Trask se agachó junto a ella, palpando el alambre con cuidado. Aquel era un hombre distinto al que había visto hasta entonces, tierno y paciente. Pero al volverse hacia mí, su mirada reflejaba miedo.

–Necesito que sujete el alambre para que no se mueva –dijo en voz baja.

–Deberíamos llamar a los servicios de emergencia... –empecé a decir, pero él negó con la cabeza.

–Tardarían demasiado en llegar hasta aquí. No la voy a dejar así.

Entendía cómo se sentía: si hubiera sido mi hija, yo tampoco habría querido esperar. Simplemente no estaba seguro de que los dos pudiéramos sacarla de allí sin hacerle aún más daño.

Pero vi que Trask ya había tomado una decisión. A Fay le entró el pánico cuando vio lo que estábamos a punto de hacer.

–¡No, no, no, no...!

–Chiss..., necesito que seas valiente. Vamos, pórtate como una niña grande.

Fay cerró los ojos con fuerza y apartó la cara mientras su padre se ponía manos a la obra. Me quité la chaqueta y la arrojé a la orilla seca antes de sumarme a la tarea. Era una temeridad volver a mojarme entero cuando acababa de recuperarme, pero no había otro remedio. Trask tenía una expresión sombría y decidida en el rostro cuando se agachó y se metió en el agua hasta la altura del pecho, buscando a tientas las púas debajo de la superficie turbia. El barro me tiraba de los pies cuando agarré el alambre de espino, tratando de que no se moviera. No fue fácil. Aunque me había bajado las mangas de la camisa para protegerme las manos, tanto Trask como yo no tardamos en sangrar por culpa del metal afilado que nos había rasgado la piel como si fuera de papel.

Aun así, sabía que habíamos tenido suerte. Si la marea hubiera subido en lugar de bajar, todo podría haber sido muy distinto. Al ver a Trask con su hija, experimenté una sensación de alivio por los dos, pero no pude evitar sentir también un intenso dolor al recordar mi propia pérdida.

Pero no podía permitirme distracciones de ninguna clase. Hice un esfuerzo por ahuyentar aquellos pensamientos y examiné el alambre de espino minuciosamente. Un banco de arena represaba en parte el arroyo, formando una suerte de embalse que parecía lo bastante profundo para retener el agua incluso con la marea baja. En la superficie apenas sobresalían unos cuantos fragmentos de alambre, desplazados por los forcejeos de la niña. En condiciones normales, estaría completamente sumergido, y me enfurecía pensar que algún idiota lo había dejado allí.

Trask hizo una mueca de esfuerzo mientras buscaba a tientas debajo del agua.

–Buena chica. Solo uno más –le dijo a su hija. Me lanzó una mirada–. Prepárese para apartar el alambre.

Tensó los hombros y la niña aulló de dolor. Entonces Trask la sacó del agua, ambos chorreando mientras se erguía para incorporarse. El alambre era más pesado de lo que esperaba, y se movía muy despacio mientras tiraba de él para que Trask pudiera cargar con su hija y transportarla hasta la orilla de barro. Fay sollozaba, aferrándose a su padre mientras él le murmuraba palabras tranquilizadoras. Estaba tiritando y sangrando, pero ninguna de sus heridas parecía grave. «Gracias a Dios», pensé al tiempo que soltaba el alambre.

Pero entonces Fay miró hacia atrás y abrió los ojos como platos, como en estado de *shock*. Volví la cabeza y vi algo moverse en mitad del arroyo. El agua se arremolinaba como si un pez enorme estuviera dando vueltas, y luego lo vi salir a la superficie.

Atrapado en el alambre de espino, el cuerpo emergió lentamente, con los brazos y las piernas colgando como una marioneta rota. Mientras los gritos de Fay resonaban sin cesar, una cabeza exánime volvió las cuencas vacías de los ojos hacia el cielo.

Entonces, como si se refugiara de la luz del día, se hundió de nuevo y el agua engulló el cadáver una vez más.

La gaviota de cabeza negra había encontrado algo. Permaneció inmóvil, con la cabeza ladeada y los ojos fijos en el barro y luego, de repente, se abalanzó sobre él y le clavó el pico. Se produjo un breve y desigual forcejeo antes de que el pájaro arrancara un pequeño cangrejo marrón del lecho del arroyo. El cangrejo agitó las patas en el aire al caer boca arriba, con el instinto de supervivencia aún intacto incluso en los últimos instantes de vida. Luego, el pico amarillo volvió a abalanzarse sobre él para desgarrarle el vientre vulnerable y el cangrejo se convirtió en otra parte de la cadena trófica.

Aparté la mirada mientras la gaviota se entregaba a su festín. A mi lado, en la orilla, Lundy observaba el torso anegado y suspendido en el alambre de espino.

–Así que esto es lo que llama usted mantener un perfil bajo, ¿no?

Lo dijo sin ningún apasionamiento. Pero ambos sabíamos que aquello era distinto de cuando encontré la zapatilla de deporte.

Aquello lo cambiaba todo.

El cadáver estaba ensartado en el alambre de espino como si fuera ropa sucia. El nivel del agua en el arroyo aún no había bajado lo suficiente para exponerlo completamente, pero de la cintura para arriba el torso se revelaba ahora en todo su estado de descomposición. Los agentes de policía y los técnicos de la científica ataviados con sus monos de trabajo se hallaban de pie en la orilla, esperando a que el agua bajara lo suficiente para proceder a la nada envidiable tarea de recuperación del cadáver. Al menos con la bajamar no había necesidad de llamar a los buzos de la policía: para cuando consiguiesen llegar, el arroyo se habría drenado lo suficiente para no necesitarlos.

En ese momento, sin embargo, la espera se estaba haciendo muy larga.

Había regresado a Creek House después de que Trask y yo hubiésemos rescatado a su hija del alambre de espino. No tenía sentido quedarse junto al cadáver hasta que llegara la policía. Para empezar, se había hundido bajo el agua otra vez: no iba a ir a ninguna parte. Además, yo necesitaba cambiarme la ropa mojada. Acababa de librarme de una buena después de haberme empapado por completo, y ya había tentado demasiado a la suerte.

Me encargué de maniobrar la barca mientras Trask permanecía abrazado a su hija. Verlos juntos me hizo sentir más que nunca como un auténtico extraño, y despertó un sentimiento incómodamente parecido a la envidia. Aunque Fay era mayor que mi hija cuando murió, aún era más joven de lo que sería Alice ahora. Aquella reflexión seguía pesándome mientras la barca avanzaba por el arroyo.

Tras amonestarme porque seguramente eran el frío y el cansancio los que me hacían pensar así, me concentré en los problemas más inmediatos. No podíamos hacer mucho por las heridas de Fay, pero, aunque iba a necesitar puntos de sutura, ninguno de los cortes parecía lo suficientemente profundo para haber causado una grave pérdida de sangre. Más preocupante era el riesgo de infección por culpa del agua contaminada. Un cadáver en descomposición albergaba todo tipo de bacterias, algunas de ellas potencialmente mortales. Yo estaba vacunado contra la mayoría de ellas debido a mi trabajo, y además tomaba antibióticos, pero la niña iba a necesitar un programa de vacunación completo, al igual que su padre. El alambre de espino nos había provocado heridas y cortes a ambos en las manos, y los de Trask eran mucho peores que los míos.

Aun así, no creía que nadie corriese un grave peligro: ninguno de los dos había entrado en contacto directo con el cadáver, y las aguas salinas del arroyo se mantenían frescas gracias al fluir constante de las mareas. La amenaza más inmediata para Fay eran el *shock* y la hipotermia. Aunque la temperatura del agua no era tan baja como podría haber sido, acababa de empezar la primavera y aún hacía frío. Le había dado a Trask mi chaqueta para que envolviera a su hija en ella, pero aparte de eso, no podía hacer mucho más. Salvo una cosa.

Trask parecía aturdido y estaba muy pálido cuando arranqué el motor y salimos en dirección a la casa, navegando por las aguas más profundas del centro del arroyo. No decía nada, pero no era difícil adivinar en qué estaba pensando

Dio un respingo, sobresaltado, cuando le toqué el hombro para llamar su atención.

–Era un hombre –le dije en voz baja–. ¿Me oye? Era un hombre.

Pareció desfallecer y luego hizo un esfuerzo evidente por recobrase. Asintiendo con la cabeza, abrazó a su hija mientras yo aceleraba el motor y lo hacía rugir conforme avanzábamos a todo gas por el arroyo.

Esperaba haber hecho lo correcto.

La verdad es que era imposible saber el sexo del cadáver, y menos en los escasos segundos en que lo había visto. En circunstancias normales, nunca me habría comprometido de ese modo a afirmar algo así, pero la niña necesitaba a su padre, y Trask parecía un hombre al borde del abismo. Normal. Hacía solo dos días se había hallado el cadáver del sospechoso del asesinato de su esposa. Eso ya era suficiente para cualquiera como para, encima, tener que preocuparse por si acabábamos de encontrar también los restos de su esposa desaparecida.

Así que había hablado en calidad de médico más que como antropólogo forense. Si tenía razón, habría ahorrado a la familia días de una angustiada espera e incertidumbre. Y si me equivocaba... bueno, había cometido errores antes, y por peores motivos.

Una vez en la casa, llamé a Lundy para informarle de lo sucedido y acordamos vernos en el arroyo. Puesto que Trask tenía las manos llenas de cortes por el alambre de espino, Jamie había llevado a su padre y a su hermana en coche al hospital. En cuanto a mí, me había cambiado con la ropa seca que llevaba en mi bolsa de viaje y me había curado como había podido mis propios cortes. Ya no necesitaban mi chaqueta –Fay iba ahora envuelta en una manta–, pero estaba húmeda y llena de barro. La dejé allí y acepté el ofrecimiento de Rachel de usar una chaqueta vieja de Trask, y también un par de botas de agua para sustituir las mías empapadas. La melancolía que me había invadido en el trayecto de vuelta se había desvanecido ahora que tenía algo que hacer. El hecho era que, al menos físicamente, no me encontraba tan mal. Un poco tembloroso, pero más por la adrenalina que por cualquier otro motivo. Cuando supe que Rachel iba a llevar a la perra herida a un veterinario de urgencias, le pedí que me dejara lo más cerca posible del tramo de arroyo donde habíamos visto el cadáver.

Lo cierto es que llegar al lugar a pie era más fácil de lo que pensaba. La carretera atravesaba un pequeño puente que estaba a solo cincuenta metros de donde Fay había quedado atrapada en el alambre de espino. Era un buen punto de referencia para encontrarse con la policía y también había una especie de sendero: un camino de tierra que iba del puente hasta el arroyo. A partir de ahí, apenas se tardaban unos minutos andando por la orilla hasta llegar al pequeño embalse donde habíamos visto el cuerpo.

Los primeros en llegar fueron un par de agentes de uniforme. Uno de ellos esperó en el puente mientras yo acompañaba al otro hasta el arroyo, y poco después empezó a aparecer también el resto del séquito de las fuerzas del orden que acostumbran a asistir a una escena del crimen. Para cuando llegaron Lundy y Frears, el nivel de agua en el arroyo había disminuido tanto que era como si alguien hubiese arrancado un tapón, dejando al descubierto unos alambres de púas que se enroscaban en el agua como zarzas oxidadas.

El cadáver emergió centímetro a centímetro. La cabeza primero, atravesando la superficie con la coronilla como la umbrela de una medusa. Luego emergieron los hombros, el pecho y los brazos. Llevaba una pesada chaqueta de cuero que podría haber sido negra o marrón, aunque estaba demasiado sucia y empapada de agua para saberlo con certeza. El cuerpo estaba suspendido boca abajo. Uno de los codos estaba doblado en el sentido contrario, y las manos se habían desprendido, por lo que se veían restos de hueso y cartílago dentro de los puños de la chaqueta. Inclínada en ángulo, la cabeza también parecía a punto de soltarse, sostenida por el alambre de espino más que por el tejido conectivo.

Frears había esperado hasta que el nivel del agua estuviera lo suficientemente bajo para poder echar un vistazo al cuerpo y luego había regresado al depósito de cadáveres. Era obvio que desprender los frágiles restos del alambre sin dañarlos iba a ser un proceso lento, y tenía la impresión de que la paciencia no era la mayor virtud del patólogo. Aunque tampoco tenía mucho sentido que permaneciera allí. Clarke estaba retenida en el juzgado, pero Lundy estaba sin duda capacitado para supervisar la recuperación del cadáver hasta que ella llegara.

Tampoco había ninguna razón para que yo estuviera allí: como testigo, técnicamente ni siquiera tenía derecho a estar en la escena, pero como nadie me sugirió que me fuera, me senté en un promontorio con un vaso de café que Lundy me había dado y observé mientras la marea revelaba lentamente su secreto.

–No es un espectáculo demasiado apropiado para una niña, ¿no cree? – comentó el inspector cuando los técnicos de la policía científica empezaron a vadear el arroyo–. Mal sitio para que su perra eligiese darse un baño. ¿Es posible que lo oliera?

–Probablemente.

Había tenido tiempo de pensar en ello mientras esperaba. El sentido del olfato de un perro sería lo suficientemente sensible como para detectar un cadáver en avanzado estado de descomposición cuando la marea menguante lo acercara a la superficie. Rachel me había dicho que Trask había comprado la mascota a su hija después de la desaparición de su mujer, por lo que hacía menos de siete meses que la tenían. Había sido un invierno largo y húmedo que no habría animado a nadie a salir a pasear por las Backwaters. Era posible, incluso probable, que el joven y entusiasta animal no hubiera tenido oportunidad de descubrir hasta aquel día de dónde procedía aquel olor tan intrigante.

Los técnicos de la científica empezaron a sortear el alambre de espino para acercarse al cuerpo. Llevaban unos guantes gruesos y resistentes y botas que les llegaban hasta la altura del pecho, pero aun así, no los envidié en absoluto. Lundy continuó observándolos mientras me ponía al corriente de la situación.

–He hablado con Trask cuando venía hacia aquí. Dice que usted le aseguró que era un hombre. –Su tono de voz convirtió sus palabras en una pregunta, además de en un reproche.

–Pensé que ya tenía bastantes preocupaciones como para, además, tener que preguntarse si sería su esposa.

–¿Y si se equivoca?

–Entonces me disculparé. Pero incluso aunque se trate de una mujer, no creo que sea Emma Derby.

Lundy lanzó un suspiro.

–Yo tampoco.

La mitad inferior del cuerpo aún seguía debajo del agua, por lo que era difícil calcular su estatura. Pero incluso teniendo en cuenta la hinchazón y la gruesa chaqueta de cuero, la amplitud del pecho y los hombros no dejaban lugar a dudas. Fuese quien fuese, se trataba de una persona muy corpulenta.

Lo cual no significaba necesariamente que se tratara de un hombre. Determinar el sexo de un cadáver, en especial de uno en un estado de descomposición tan avanzado como ese, no era siempre un proceso tan claro como cabría suponer. Si bien las características masculinas y femeninas de un esqueleto existen, la línea entre ellas es a menudo borrosa. El esqueleto de un varón joven podría parecerse superficialmente al de una mujer adulta, por ejemplo. Y no todos los hombres adultos y plenamente desarrollados siguen el estereotipo tradicional de la masculinidad de huesos grandes, como tampoco todas las mujeres son pequeñas.

Una vez trabajé en un caso con un esqueleto de más de metro ochenta de estatura. El cráneo tenía una mandíbula pesada y cuadrada y arcos orbitarios gruesos y pronunciados, todos ellos indicadores masculinos. La policía pensó que podría ser un padre de dos hijos que había desaparecido dieciocho meses antes, hasta que la entrada de la pelvis de forma ovalada y el agujero ciático mayor revelaron que se trataba del cadáver de una mujer. Los registros dentales finalmente la identificaron como una maestra de Sussex de cuarenta y siete años.

Que yo sepa, nunca llegaron a encontrar al hombre desaparecido.

Aun así, por lo poco que pude ver del cuerpo ensartado en el alambre de espino, una cosa estaba clara: era demasiado grande para pertenecer a la esbelta mujer cuyo autorretrato había visto en el cobertizo.

El nivel del agua en el arroyo había bajado casi hasta el máximo. El banco de arena formaba un dique eficaz a un lado, embalsando un charco de agua de unos veinte metros de largo y varios palmos de profundidad. Los esfuerzos de la policía científica habían expuesto el cuerpo hasta las caderas, pero ambas piernas aún permanecían ocultas bajo la superficie.

Hubo un debate entre Lundy, los técnicos y el especialista en escenas del crimen sobre cuál era la mejor manera de extraer el cuerpo del alambre.

–¿Pueden sacar el cadáver y el alambre a la vez, todo entero? –preguntó Lundy mientras los técnicos se movían chapoteando a través del agua turbia.

Una de ellos, una joven de aspecto asexuado e irreconocible bajo el equipo de protección, negó con la cabeza.

–Demasiado pesado. Creo que el alambre se ha quedado atrapado en la parte inferior. Vamos a tener que intentar sacar el cuerpo.

–Está bien, pero tengan cuidado con esas púas. No quiero tener que rellenar ningún parte de accidente.

El comentario cosechó una sonora carcajada. Lundy observó el cadáver con aire reflexivo.

–¿Cuánto tiempo diría que ha estado ahí? –me preguntó.

Yo también me había hecho la misma pregunta. Hasta que Trask y yo lo movimos de su sitio, el cuerpo habría quedado sumergido en las aguas más profundas represadas por el banco de arena, incluso con la marea baja. Eso lo habría hecho descomponerse a un ritmo más lento que si hubiera estado expuesto al aire y a la luz del sol, y al estar sujeto por el alambre de espino no habría sufrido el desgaste de ser arrastrado por las corrientes de marea.

Aun así, había demasiadas incógnitas para responder con algo más preciso que una suposición aproximada.

–Ha empezado a descomponerse y se aprecia una gran acumulación de adipocira. Esta se forma muy lentamente, así que varios meses, como mínimo.

–Aun así estamos hablando de meses, ¿no de años?

–Yo diría que sí. –Más tiempo y la cabeza se habría desprendido ya. Sumergido o no, las aguas del arroyo eran relativamente poco profundas y cálidas, y en constante movimiento con la entrada y salida de las mareas—. ¿Se ha denunciado la desaparición de alguien más en el entorno local?

–Solo la de Emma Derby, y a ella podemos descartarla. Pero para que me quede claro, ¿cree que ha permanecido en el agua más tiempo que el cadáver de los Barrows?

La cara de Lundy no dejaba traslucir nada, pero sabía en qué estaba pensando. Encontrar un segundo cadáver tan pronto después del primero era una complicación en potencia –además de indeseada–, sobre todo si los indicios sugerían que habían muerto al mismo tiempo.

Al menos podía tranquilizarlo con respecto a eso.

–Mucho más tiempo para estar en estas condiciones. Se habrá descompuesto más despacio bajo el agua que en la superficie, pero depende en gran medida de cuánto tiempo estuvo a la deriva antes de quedar atrapado en el alambre.

–Si es que estuvo a la deriva.

Lo miré.

–¿Acaso no lo cree así?

Hizo un movimiento oscilante con la cabeza.

–Todavía no estoy seguro. Me parece demasiado bien sujeto al alambre para mi gusto.

Me había concentrado en el cuerpo en lugar de fijarme en dónde había quedado atrapado, dando por sentado que la marea lo había depositado allí. Entonces presté más atención a los tramos de alambre. Unos jirones de hierba y plástico roto colgaban de ellos como serpentinas después de una fiesta. Las púas estaban clavadas tan profundamente como anzuelos de pescar, y desgarraban de forma indiscriminada la ropa y la carne. Eso podría atribuirse a las sucesivas crecidas y bajadas de agua en el arroyo, cuando fluía la marea y el propio peso del cuerpo provocaba que las púas oxidadas se hincasen de forma progresiva cada vez más profundamente. Pero ¿era normal que se le hubiesen clavado en tantos sitios? ¿O que se hubiese enredado tanto en el alambre? Incluso había trozos de alambre atrapados en la parte posterior de los restos, aparentemente

por casualidad. Eso podía deberse al movimiento natural del agua en el arroyo: dos mareas diarias y las tormentas y marejadas podrían ser la causa de que tanto el cuerpo como el alambre se desplazaran y se pusieran del revés.

Y pese a todo, ahora que Lundy había sembrado la duda, vi lo que quería decir. Un poco antes, yo estaba furioso con el irresponsable que había tirado aquel alambre de espino al arroyo de forma absolutamente despreocupada.

Pero lo cierto es que tal vez no lo había hecho de forma despreocupada en absoluto.

Sacar el cadáver del arroyo resultó ser aún más difícil de lo que esperábamos. Estaba demasiado descompuesto para poder retirar las espinas mientras aún estaba en el agua, por lo que decidieron dejarlas incrustadas mientras procedían a cortar el alambre. Lundy me había explicado el plan en lugar de pedirme consejo, pero yo me mostré de acuerdo en que parecía la mejor solución. Solo entonces recurrió a los técnicos de la científica y les dio su autorización para comenzar.

Cada vez que cortaban el alambre, el cuerpo se movía y hacía que la totalidad de la maraña de alambre se flexionase, vibrando como si alguien rasgueara una guitarra. Tardaron más de media hora, pero al final el último trozo se separó con un ruido metálico. Aún con los fragmentos de alambre cortado brotando del cadáver como pelos ásperos e hirsutos, trasladaron los restos a una camilla y los dejaron a un lado. Me aparté cuando el cuerpo fue depositado en la orilla, percibiendo el hedor familiar de la putrefacción. Algunas moscas zumbaban a su alrededor, pero el cadáver estaba demasiado putrefacto incluso para sus poco refinados gustos.

Era la primera ocasión que tenía de echarle un buen vistazo, y nada de lo que vi contradecía la seguridad instintiva con que le había dicho a Trask que se trataba de un varón. Había sido un individuo grande, no un gigante, pero superaba el metro ochenta de estatura. La chaqueta era de estilo motero, de cuero recio y oscuro, con una cremallera de metal oxidado. Una camisa negra, ahora sucia y hecha jirones, sobresalía colgando de unos vaqueros negros. La pierna derecha presentaba un ángulo extraño, con algo que sobresalía por la tela de debajo de la rodilla, lo que me hizo suponer que la tibia y el peroné

probablemente estarían rotos, así como el codo izquierdo. Esperaba que los pies se hubieran desprendido, al igual que las manos, y llegué a pensar que el pie derecho que había encontrado dentro de la zapatilla de deporte podía pertenecer a aquellos restos en lugar de a Leo Villiers. Lundy no había dicho nada más al respecto, y la idea de que la zapatilla barata pudiese ser del rico político fracasado seguía sin tener sentido para mí.

Sin embargo, cuando el cuerpo emergió del agua, vi que aún llevaba un par de botas altas de cuero. Habrían protegido la vulnerable articulación del tobillo, evitando que los pies se desprendiesen. Miré las botas y luego la chaqueta, a punto de atrapar un pensamiento abstracto que empezaba a cobrar forma en mi cabeza, aunque solo a medias.

Pero fuera lo que fuese, se desvaneció. Allí había material más que suficiente de todos modos: los carroñeros se habían ensañado con los ojos, y la mayor parte del pelo se había desprendido del cuero cabelludo, dejando apenas unos lacios mechones de color indeterminado. Una capa blanca sucia de adipocira se había formado en la cabeza y el cuello, confiriéndole una apariencia cérea, como de maniquí. Ni siquiera eso podía disimular el daño infligido a la cara: desde la frente hacia abajo, estaba destrozada por unos profundos surcos crudos y paralelos que le habían atravesado la carne y el hueso. El área nasal era prácticamente inexistente, y una serie de cortes le habían arrancado la mayoría de los dientes y destrozado los que quedaban. Los cortes se extendían por la garganta y hacia el pecho, perforando el grosor del cuero para dejar al descubierto las costillas antes de desaparecer.

Miré a Lundy para ver si estaba pensando lo mismo que yo. Aquel era el segundo cadáver que encontrábamos en las aguas del estuario cuyos rasgos faciales –básicos para facilitar una posible identificación– estaban destruidos. No por una escopeta esta vez, pero el resultado era el mismo.

–Lo sé –dijo Lundy respondiendo a mi pregunta no formulada–. No tiene por qué significar nada necesariamente.

–La hélice de un barco –afirmó uno de los técnicos, un hombre grande con la cara roja por el esfuerzo–. Ya he visto ese tipo de lesiones antes. Un cadáver que flota justo por debajo de la superficie, llega un barco y ¡pam!

Golpeó el puño contra la palma de su mano. Lundy le lanzó una mirada de reprobación antes de dirigirse a mí.

–¿Qué piensa usted, doctor Hunter?

–Es posible –admití. Las heridas podían haber sido causadas *post mortem*, y a primera vista parecían consistentes con los cortes paralelos provocados por una pequeña hélice de barco. O, al menos, lo que se veía de ellos bajo la capa de adipocira. Pero la teoría tenía un fallo–. No sé cómo una hélice podría haberle golpeado la cara –señalé–. No destrozándola de esa manera. El cadáver habría estado flotando bocabajo, no bocarriba.

–Sé cómo flotan los cuerpos –espetó el voluminoso técnico–. El barco podría haberlo arrollado primero. Tiene un brazo y una pierna reventados, así que eso también lo explicaría.

Seguía sin gustarme, pero no tenía sentido discutir. Hasta que no pudiera examinarse el cuerpo en el depósito, no eran más que especulaciones. Y sería otra persona la que lo hiciera, me recordé a mí mismo. Lundy me había hecho un favor al permitir que asistiera a la recuperación del cadáver, pero no me hacía ilusiones de que Clarke fuese a cambiar de opinión así como así y me autorizase a retomar la investigación. Hacía tiempo que estaba molesta conmigo.

La inspectora aún no había aparecido por allí, pero Lundy había recibido una llamada suya mientras, con sumo cuidado, los técnicos depositaban los restos en una bolsa para cadáveres. Se alejó por la orilla para atender la llamada, sin dejar de mirar el cuerpo mientras hablaba. Escuchó, asintió y colgó.

–Era la jefa. Se ha entretenido en el juzgado, así que irá directamente al depósito de cadáveres.

Era una circunstancia muy oportuna para lo que había estado pensando.

–Van a necesitar un antropólogo forense para esto.

Había estado dándole vueltas mientras él hablaba por teléfono, tras percatarme de que aquella podía ser mi última oportunidad de protestar e insistir. Lundy se limitó a asentir con la cabeza.

–Probablemente lleva razón. ¿Cómo tiene las manos?

Me había olvidado de los cortes del alambre de espino. Flexioné los dedos llenos de tiritas, sin ser consciente del dolor hasta ese momento, ahora que lo había mencionado.

–Están bien –le dije con indiferencia–. Oiga, ya que estoy aquí, ¿no cree que sería una estupidez que no le echara un vistazo?

–Eso depende de la jefa. –Mis palabras parecían divertirse–. Aunque yo que usted no la llamaría estúpida.

Me estaba dejando llevar por la frustración.

–De todos modos, me gustaría hablar con ella.

–Me parece bien. Puede preguntárselo en el depósito de cadáveres.

–¿En el depósito de cadáveres...?

Me cogió por sorpresa que hubiese accedido tan fácilmente.

–Entonces ¿Clarke quiere que examine el cadáver?

–No sé, no ha dicho nada sobre eso. –Lundy se puso serio–. Hay otro asunto sobre el que nos gustaría conocer su opinión.

El depósito de cadáveres era un edificio discreto, no muy lejos del hospital. Firmé en el registro de entrada y me indicaron a qué sala de autopsias debía dirigirme antes de que me mostraran dónde estaba el vestuario. Guardé mi ropa en una taquilla, me puse un pijama quirúrgico limpio y sustituí las viejas botas de agua de Trask que me había prestado Rachel por un nuevo par de zapatos quirúrgicos blancos.

Seguía sin saber qué hacía allí. Lundy no me había dicho absolutamente nada, excepto que Clarke se reuniría conmigo. «Se lo explicará todo entonces – me había dicho–. Lo mejor es que vaya con una mente abierta.»

Siempre procuraba tener una mente abierta de todos modos, pero entendí que no iba a sacarle nada más. El inspector no me había acompañado al depósito, con la excusa de que quería quedarse hasta que acabasen de extraer el resto del alambre de espino del arroyo. Lo organizó todo para que una joven y parlanchina agente me llevara hasta allí, ya que mi coche todavía estaba en casa de Trask, pendiente de un cambio de bujías. Ahora ya no sabía cuándo sucedería eso.

Clarke me estaba esperando en la sala de autopsias. Con su tez pálida, el rostro delgado de la inspectora al cargo de la investigación parecía aún más blanquecino bajo las ásperas luces. Frears estaba con ella y ya llevaba el pijama quirúrgico completo, aunque la mujer tan solo se había puesto una bata de laboratorio. Dejaron de hablar en cuanto entré. El aire acondicionado me envolvió como una manta fría cuando la puerta se cerró a mi espalda.

–Ah, Hunter. Me alegro de que haya llegado a tiempo –me saludó alegremente Frears. La cara de querubín parecía una imagen incongruente debajo del gorro quirúrgico–. ¿Ha conseguido salvar los obstáculos acuáticos esta vez?

–No conducía yo –contesté.

Soltó una carcajada.

–Si le sirve de consuelo, a mí me pasó lo mismo una vez. Destrocé por completo mi viejo Jaguar.

Esbocé una sonrisa forzada mientras examinaba la habitación. Estaba bien equipada y la distribución era moderna. Había dos mesas de acero inoxidable, con suficiente espacio de separación entre ambas. En una yacía un cadáver, tapado en parte por el patólogo y la inspectora Clarke.

En la otra mesa de autopsias, una bandeja de acero inoxidable contenía un pie putrefacto.

El humor de Clarke no parecía haber mejorado desde que la había visto en el muelle de la granja de ostras, pero tal vez ese era su estado natural.

–Gracias por venir, doctor Hunter.

–De nada. Aunque todavía no sé por qué estoy aquí.

Pero empezaba a formarme una idea de los motivos. Clarke se volvió hacia Frears, en cuyas manos dejó las explicaciones. Se dirigió hacia donde estaba el pie, encima de la mesa de autopsias.

–¿Lo reconoce?

–La última vez que lo vi estaba dentro de un calzado, pero supongo que es el del arroyo.

–¿Podría darme su opinión al respecto?

Desconcertado, saqué un par de guantes de nitrilo de un dispensador y los deslicé por encima de las tiritas de mis manos mientras me acercaba. A pesar del frío del aire acondicionado, bajo el aroma más intenso a antiséptico subyacía un olor agrio. El pie era grande y estaba pálido e hinchado, arrugado con la característica «piel de lavandera», propia de la inmersión. La adipocira de color blanco sucio había adquirido una tenue tonalidad casi violeta, allí donde había absorbido el tinte del llamativo calcetín morado. Los dedos de los pies parecían una especie de rábanos albinos hinchados en los que se incrustaban las uñas amarillas. Estaban contraídos en una dolorosa posición conocida como «dedo en

martillo». La superficie expuesta de la articulación del tobillo era un amasijo nudoso de tejido cartilaginoso y hueso. Esta era la única parte que había quedado expuesta a los elementos y a los carroñeros, y lo que debería haber sido la superficie lisa del astrágalo –el hueso superior del tobillo que se conectaba a la tibia y al peroné de la parte inferior de la pierna– tenía picaduras y arañazos.

–¿Y bien? –insistió Frears.

–La verdad es que no puedo decirle nada que no sepa ya. Pie derecho, tamaño número cuarenta o cuarenta y uno por el aspecto. Probablemente de un varón adulto, aunque no descarto que sea de una mujer con los pies grandes. Normalmente no se ven dedos en martillo así en las personas jóvenes, lo que sugiere que pertenece a alguien mayor. –Hice una pausa, tratando de pensar qué más podría añadir. Me encogí de hombros–. Eso es todo, salvo que la acumulación de adipocira y el hecho de que se haya desprendido sugieren que ha estado en el agua durante un tiempo considerable.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó Clarke.

–Imposible de saber solo con mirarlo. –El calzado lo habría protegido, y quizá acelerado la formación de adipocira–. Si tuviera que aventurar una hipótesis yo diría un mínimo de..., mmm..., cuatro semanas. Pero podría ser mucho más tiempo.

–Siga.

–No hay indicios de traumatismos, y solo unas picaduras superficiales en el astrágalo debidas a la acción de la climatología y los carroñeros. No veo marcas de corte o heridas que cabría esperar si hubiera sido seccionado o amputado, por lo que parece que se desprendió de forma natural. ¿Puedo echar un vistazo a la radiografía?

Frears asintió.

–Antes de eso, ¿le importaría medir la articulación del tobillo?

Me volví hacia él, desconcertado. Todo eso pertenecía a un nivel bastante básico.

–¿Por qué? ¿No lo han hecho ya?

–Simplemente, hágalo, por favor.

El patólogo no sonreía. Tampoco Clarke. Ambos observaron mientras cogía un calibrador de una segunda bandeja de acero.

–Lo mejor sería retirar primero el tejido blando. Podría...

–Limítese a medir la articulación tal como está, por favor. Hay suficiente hueso expuesto.

Aquello empezaba a adquirir unos tintes muy extraños. Abrí lo bastante el calibrador para abarcar el astrágalo y luego lo cerré con cuidado hasta que los extremos solo tocaron el hueso a cada lado.

–Calculo un ancho de 4,96 centímetros –dije leyendo el eje reglado del instrumento.

Retiré el calibrador y lo abrí un poco más para medir la longitud del hueso.

–No se moleste –dijo Frears mientras se aproximaba al cadáver de la otra mesa de autopsias–. Ahora, si no le importa, me gustaría que midiera la articulación de la tibia y el peroné. De la pierna derecha, obviamente.

Aunque no lo hubiera adivinado ya, la herida de escopeta en la cara inferior habría confirmado que aquel era el cadáver del hombre del estuario. Ya le habían quitado la ropa y los restos yacían desnudos sobre la mesa. Al igual que el pie que acababa de examinar, estaban muy abultados y en avanzado estado de hinchazón debido al proceso de putrefacción, con unas extremidades que ofrecían un aspecto inflamado y sin manos ni pies. Expuesto a los elementos y carroñeros, el cráneo era una masa amorfa y blanquecina, y el daño causado por el disparo de la escopeta era aún más evidente ahora que habían eliminado el barro del estuario. El pecho y el torso tenían la incisión en forma de «Y», propia de la autopsia, aunque pensé que los órganos internos estarían demasiado descompuestos para ofrecer mucha información. En aguas más frías y profundas, el proceso de saponificación a veces podía preservarlos, pero dudaba que fuese ese el caso. Los genitales aún estaban más o menos intactos, protegidos de insectos y carroñeros por la ropa, lo que al menos simplificaba la determinación del sexo biológico. Pero en las condiciones en que se encontraban los restos, dudaba que la autopsia hubiera arrojado mucha más luz a las pesquisas.

–Cuando quiera –dijo Frears con una leve sonrisa.

Dejé el primer juego de calibradores en la primera mesa y me cambié los guantes por un par nuevo para no transferir ningún material genético del pie al cuerpo. Era poco probable, ya que solo había tocado el calibrador y no el pie en sí, pero era mejor no arriesgarse a una contaminación cruzada.

Sobre todo si aquello apuntaba en la dirección que yo pensaba.

Se había eliminado cualquier resto de tejido de las cabezas de la tibia y el peroné, dejando al descubierto los extremos de ambos huesos. La tibia, más pesada, habría descansado sobre la superficie superior del astrágalo, con el peroné, más delgado, por la parte externa. Seleccioné otro calibrador de la bandeja de instrumentos, este diseñado para superficies internas, y medí con cuidado la articulación de la tibia y el peroné, tal como había hecho con el astrágalo. Tras efectuar una primera medición, solo para estar completamente seguro, volví a medirla.

Me volví hacia Frears.

–4,97 centímetros.

Este se dirigió a Clarke.

–Como yo dije. Y seguirá dando el mismo resultado independientemente de las veces que lo midamos.

–No son exactamente del mismo tamaño. El tobillo es un poco más pequeño –insistió tozudamente la inspectora Clarke.

Frears cerró la boca y se cruzó de brazos como si ya hubieran pasado por esto. Me miró arqueando las cejas, casi como animándome a que yo lo intentara.

–Siempre existirá una ligera variación –dije–. Sucede lo mismo con los lados izquierdo y derecho, nunca van a ser idénticos. Si la diferencia fuese superior a unos pocos milímetros, entonces sí, probablemente eso significaría que nos encontramos ante un cuerpo distinto. Pero un milímetro es una coincidencia muy precisa.

–Entonces, en su opinión, ¿el pie pertenece definitivamente a este cuerpo?

–No puedo afirmar «definitivamente» sin realizar más pruebas. Sin embargo, por lo que he visto hasta ahora, parece probable. –Aunque no se podía descartar por completo la posibilidad de que dos personas diferentes tuvieran la misma anchura de articulación del tobillo, las probabilidades de que hallaran muertas a ambas en el mismo tramo de agua eran remotas, como mínimo. Miré el pie—. Supongo que hay alguna razón por la que cree que este no es el pie de Leo Villiers, ¿no?

–No disponemos de sus medidas exactas, pero calzaba un pie del número treinta y ocho. Este mide casi veintiocho centímetros de largo, lo que lo convierte en un cuarenta. –Hizo que sonara casi como un insulto personal.

–El número de pie varía a lo largo de los años –dije haciendo de abogado del diablo. Obviamente, allí había algo más que una discrepancia en el tamaño del calzado.

Clarke no parecía dispuesta a responder, así que Frears habló en su lugar.

–Cierto, pero Leo Villiers se rompió el pie derecho jugando al rugby cuando tenía diecinueve años. Pudimos ver las radiografías originales, que muestran que el segundo y el tercer metatarsos sufrieron graves daños. Cuando se curaron, quedaron torcidos, pero en las radiografías que tomamos de este pie están perfectamente intactos. Sin fracturas, sin callos. Nada.

–Está bien, Julian, estoy segura de que el doctor Hunter no necesita que se lo deletrees –le dijo Clarke con irritación.

No, no lo necesitaba. Y ahora entendía la razón de su mal humor. Puede que la diferencia en el número de calzado no fuese concluyente, pero los huesos no mienten. Una fractura forma un callo al cicatrizar allí donde las dos superficies se fusionan. Eso podía durar años, y si el hueso se curaba en una posición incorrecta, la antigua fractura aparecería de forma claramente visible en las radiografías. En resumidas cuentas, si aquel pie pertenecía a los restos rescatados en los Barrows, eso solo podía significar una cosa.

Aquel no era el cadáver de Leo Villiers.

–¿Arrojó algún dato relevante la autopsia? –pregunté olvidando por el momento el bochorno por no haber asistido.

–Ninguna pista lo suficientemente reveladora capaz de disparar las alarmas, si eso es a lo que se refiere. Más allá del disparo de escopeta que le voló la parte posterior de la cabeza, obviamente. –Frears parecía haber recuperado su sentido del humor–. No hay rastros de espuma en las vías respiratorias ni en los pulmones que sugiera ahogamiento, pero creo que podemos concluir con seguridad que estaba muerto cuando cayó al agua de todos modos. La herida de entrada era de contacto o casi. Hay quemaduras por pólvora en lo que queda de la mandíbula, y las heridas indican que los perdigones estaban muy juntos. Ninguno de ellos se alojó en el cuerpo, y a esa distancia no habría ninguna diferencia en la dispersión, por lo que no puedo confirmar si eran postas o perdigones.

–Pero ¿el cañón no estaba dentro de la boca? –pregunté.

La sonrisa del patólogo era fría.

–No, no lo estaba. Si hubiera sido así, quedaría menos porción del cráneo intacta, como estoy seguro de que ya debe saber.

Lo sabía: si la escopeta hubiera estado detrás de los dientes cuando fue disparada, la onda expansiva de los gases prácticamente le habría volado el cráneo.

–¿Es eso relevante? –preguntó Clarke.

–Depende –respondió Frears–. Creo que el doctor Hunter tiene dudas de que la herida pueda ser autoinfligida. Una cuestión de alcance, ¿no es así, doctor Hunter?

–El sujeto tendría que invertir el arma y aun así alcanzar el gatillo –le expliqué a Clarke–. Si se presionó el cañón contra la parte exterior de la boca, eso significaría que habría tenido que estirar más el brazo que poniéndolo dentro.

–Estamos esperando los resultados de balística que nos confirme la longitud del cañón –repuso Clarke con impaciencia–. La escopeta que falta es una Mowbry hecha por encargo, por lo que también tendrán sus medidas de brazo.

–¿Qué hay de la trayectoria? –pregunté.

Ahora era incluso más evidente lo plana que era. La herida de salida estaba en la parte inferior del cráneo en lugar de en la coronilla, lo que sugería que la escopeta se había sujetado horizontalmente delante de la cara y no con la culata apoyada en el piso y el cañón apuntando hacia arriba.

–Lo único que eso demuestra es que tenía el arma extendida delante – intervino Frears–. Sugiere que estaba de pie en lugar de arrodillado o sentado cuando se efectuó el disparo.

–O que otra persona le disparó –dije.

El suicidio solo era una teoría plausible siempre y cuando pensáramos que el cadáver era el de Leo Villiers, un hombre deprimido y caído en desgracia, sospechoso en una investigación de asesinato. Si no era él, estábamos ante un escenario completamente diferente.

–Dije que la herida podría ser autoinfligida, no que fuera así –dijo Frears haciendo patente su irritación–. No era concluyente, como dejé claro en mi informe de la autopsia. Cosa que usted ya sabría si hubiera estado aquí.

–Está bien, sigamos adelante –dijo Clarke con impaciencia–. ¿Qué más tenemos?

–¿Qué hay de la pieza de metal alojada en la parte posterior de la boca? – pregunté a Frears–. Dijo que no había perdigones alojados en el cuerpo, así que ¿qué era eso?

–Ah, sí. –Miró a Clarke, quien asintió con la cabeza. Se dirigió al banco, cogió una bolsa de pruebas y la trajo–. ¿Sabe lo que es?

En su momento no estaba convencido de que fuese un fragmento de munición y en ese momento vi claramente que no lo era. En el interior de la bolsa había una bolita de acero, de unos cinco milímetros de diámetro y ligeramente deformada por un lado. No, no estaba deformada, como comprobé cuando la sostuve al trasluz. Se le había desprendido algo.

–Es un *piercing* lingual de acero inoxidable –dije devolviéndolo a su sitio.

Había trabajado anteriormente con *piercings* corporales, analizando cómo se desplazaban los aros, las barras y los tornillos en los cadáveres enterrados a medida que el tejido blando se descomponía.

Frears parecía decepcionado.

–Técnicamente, es un *piercing* oral en forma de «pesa». O al menos parte de uno –puntualizó–. El resto debió de quedar destrozado por los perdigones. No es la clase de cosa que uno relacionaría normalmente con un aspirante a político como Leo Villiers, ¿verdad?

–Que nosotros sepamos, podría haber decidido volverse *punk* antes de pegarse un tiro –dijo Clarke con exasperación–. Ni siquiera estamos seguros de que lo llevara en la lengua. Podría haber quedado atrapado en la boca junto con otros restos mientras el cuerpo permanecía en el agua.

–Eso es muy poco probable... –empezó a decir Frears, pero Clarke no pensaba tolerar aquello.

–No me importa si es poco probable o no, necesito saberlo con certeza. Y quiero decir certeza absoluta. Tengo a sir Stephen Villiers convencido de que este es su hijo y presionando para obtener la confirmación oficial. Si voy a decirle lo contrario, será mejor que esta vez tenga razón, maldita sea.

–¿Hay algo más en su historial médico? –pregunté.

Lundy me había dicho que aún no les habían autorizado el acceso, pero era obvio que habían visto la radiografía del pie roto. Si sir Stephen Villiers había hecho públicos al fin los historiales médicos de su hijo, podrían contener información de utilidad para la identificación.

Clarke dejó escapar un suspiro de irritación.

–No lo sabemos. Sir Stephen solo accedió a que viéramos las radiografías, e incluso eso nos costó Dios y ayuda. Necesitaremos una orden judicial para acceder a los expedientes completos, y si este no es el cuerpo de su hijo, no estoy segura de que tengamos base legal para conseguirla de todos modos.

–Eso es ridículo –dije–. ¿Qué pueden contener esos historiales que sea más importante que ayudar a identificar a un hijo?

–No tengo ni idea, pero sea lo que sea, ahora no va a ayudarnos. Sir Stephen dejó muy claro que luchará con uñas y dientes para evitar que se hagan públicos.

–Entonces tendrá que esperar los resultados del ADN. –Frears se encogió de hombros–. Lo lamento, pero no puedo hacer mucho más.

Sus palabras fueron recibidas con un silencio. Me volví para examinar el pie, pensando en algo. Clarke debió de darse cuenta.

–¿Doctor Hunter?

Seguí pensativo unos segundos más.

–Supongo que habrán tomado muestras de ADN del pie, además del cadáver...

La inspectora se volvió hacia Frears. El patólogo parecía irritado.

–Por supuesto, pero no tendremos los resultados de la prueba hasta dentro de unos días. Me imagino que la inspectora Clarke preferiría tener algo antes.

Se estaban desarrollando sistemas de comprobación de ADN que aseguraban poder obtener un perfil a partir de muestras en cuestión de horas. Eso iba a revolucionar las tareas de identificación, pero hasta que estuvieran disponibles de forma generalizada tendríamos que seguir confiando en el viejo método, más lento, del análisis.

O en algo mucho menos tecnológico.

–Siempre está la prueba de Cenicienta –anuncié.

Clarke me miró fijamente. Frears frunció el ceño.

–No le sigo.

Bajé la mirada hacia las protuberancias romas de la tibia y el peroné.

–¿Tienen film transparente?

Pasaron unos minutos hasta que alguien trajo el film transparente. No era la clase de material que solía utilizarse en una morgue, ni siquiera en una tan moderna y bien equipada como aquella. Al final, Frears envió a una joven auxiliar, una técnica en patología anatómica cuyo trabajo consistía en actuar como asistente en las autopsias, a encontrar un rollo en alguna parte.

–Por mí como si tienes que robarlo de la cantina del hospital, encuentra uno y tráelo aquí, ¿de acuerdo? –le ordenó Frears.

Habíamos entrado en la sala de reuniones mientras esperábamos. Poco después Frears se había excusado para atender unos asuntos que no guardaban relación con el caso, pero para entonces ya había llegado Lundy. Había concluido su tarea de supervisar la retirada del alambre de espino del arroyo, y ahora teníamos frente a nosotros unas tazas de té humeante de la máquina mientras el inspector informaba a su jefa.

–El extremo del final estaba incrustado en un trozo de hormigón. Un viejo poste para una cerca, al parecer –explicó.

–¿Alguien podría haberlo tirado allí, sin más? –preguntó Clarke.

–Es posible, aunque eso nos lleva a preguntarnos quién se iba a tomar la molestia de ir hasta ahí para tirarlo. No hay ninguna cerca por allí, y hay sitios mucho más apropiados para verter residuos.

–Entonces ¿cree que alguien lo usó deliberadamente para lastrar el cuerpo?

También yo me había formulado la misma pregunta, desde el comentario de Lundy sobre lo sorprendentemente bien sujetos que estaban los restos para haber caído de forma casual en la alambrada. El inspector se acarició distraídamente el bigote con el pulgar y el índice.

–Creo que no debemos descartarlo –dijo por fin–. Fíjese en el lugar donde estaba: en ese punto del arroyo, el agua está parcialmente represada por un banco de arena, por lo que nunca se drena por completo. Y no está lejos de la carretera. Alguien podría haber transportado el cuerpo hasta allí en coche y luego trasladarlo desde el puente. Luego podría haberlo enredado en el alambre de espino para lastrarlo con el fin de que, incluso si alguien lo encontraba, pareciese

que había quedado atrapado por accidente. Y en un lugar como ese, era razonable esperar que permaneciese oculto durante años. Nosotros dimos con él por pura casualidad.

Por pura casualidad, por la mala suerte de la joven hija de Trask. Clarke se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Casi podía visualizar su dolor de cabeza.

–Doctor Hunter, ¿dijo que el cadáver probablemente llevaba en el agua varios meses?

–Teniendo en cuenta el estado en que se encontraba y según lo que pude ver, sí.

–¿De modo que no puede tratarse de Leo Villiers?

–No veo cómo iba a ser eso posible –contesté.

Villiers llevaba desaparecido seis semanas como máximo, y el avanzado estado de descomposición de los restos encontrados en la alambrada indicaba que habían permanecido en el agua mucho más tiempo.

Unos golpes en la puerta anunciaron el regreso de la técnica. Frears volvió a reunirse con nosotros cuando regresamos a la sala de autopsias.

–Entiendo que esto no es un procedimiento rutinario, ¿verdad? –señaló Lundy, poniéndose un par de guantes quirúrgicos, que hacían que sus gruesos dedos parecieran salchichas azules.

–La verdad es que no. No se sostendría como prueba en un tribunal, pero debería darnos una indicación clara de si el pie pertenece o no a este cuerpo.

Lundy miró los restos desnudos.

–Si encaja, vamos a tener un problema muy serio.

Tenía razón, pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto. La técnica, una joven asiática llamada Lan, me dio el film transparente.

–Solo he conseguido un rollo de doce metros. ¿Será suficiente?

–Sí, será suficiente –dije.

La ciencia forense se estaba volviendo cada vez más sofisticada, y la tecnología estaba superando constantemente el enfoque más práctico con el que me había formado. La vieja escayola que se empleaba para hacer moldes había sido sustituida por alternativas basadas en el silicio, un material más eficaz y con menos probabilidades de dañar el hueso, pero en los últimos tiempos el desarrollo de escáneres terminarían por hacerlo obsoleto y abrirían la posibilidad de crear una réplica perfecta de cualquier hueso en una impresora 3D.

Sin embargo, en ese momento no disponíamos de ningún escáner o impresora 3D y, aunque hubiera sido así, tanto esa opción como los moldes exigían que los huesos se limpiaran de forma adecuada. Eso requería tiempo, y Clarke quería una respuesta rápida, así que no tenía más remedio que ingeniármelas con recursos menos sofisticados.

En este caso, un rollo de film transparente barato y una mano firme.

La técnica de laboratorio estaba detrás de Clarke, Frears y Lundy, siguiendo con curiosidad evidente lo que iba a hacer. Los cuatro me observaron en silencio mientras arrancaba una porción del plástico transparente, alisándolo con cuidado sobre la superficie expuesta del tobillo.

—Un método poco ortodoxo, si me lo permite. Espero que no intentara algo parecido en la investigación de Jerome Monk el año pasado. —A Frears pareció divertirse mi mueca de sorpresa—. Ya sabía yo que había oído su nombre antes. Una verdadera catástrofe, si mal no recuerdo. No fue culpa suya, desde luego, pero no es la clase de rumbo que a uno le gustaría dar a su carrera...

—No, no lo es —dije sin levantar la vista.

Lo que había sucedido en Dartmoor era de dominio público, y no necesitaba que nadie me lo recordara. Miré a Clarke de reojo, pero la inspectora no estaba prestando atención. Seguramente ya conocía mi historia antes de requerir mis servicios, y estaba claro que le preocupaba más lo que estaba haciendo en ese momento.

—¿Está seguro de esto? —preguntó con escepticismo—. ¿No habrá contaminación cruzada?

–No debería haberla –contesté extendiendo el film sobre el resto del pie y asegurándome de que no hubiera arrugas. El plástico transparente minimizaría cualquier riesgo, y ya se habían tomado muestras de ADN tanto del pie como del cuerpo. Y en caso de necesitar más, podrían extraerse del interior de los huesos, lejos de las superficies expuestas.

Pero no creía que la contaminación cruzada fuese un problema. El pie envuelto parecía un trozo de carne cortada en el mostrador de un carnicero cuando lo aparté a un lado y volví a centrarme en el cuerpo. Después de quitarme los guantes sucios y reemplazarlos con un par nuevo, arranqué otra sección de film transparente del rollo y la alisé sobre los extremos de la tibia y el peroné de la pierna derecha, asegurándome de que encajara suavemente sobre las superficies de los huesos expuestos.

Retrocedí y examiné mi tarea un momento, y luego volví a coger el pie envuelto en el plástico.

–Muy bien, veamos qué tenemos aquí.

Sin la capa amortiguadora del cartílago, la articulación del tobillo nunca encajaría tan bien como lo había hecho en vida. Sin embargo, a pesar de que el film transparente era un pobre sustituto, el pie y la pierna se unieron como si fueran viejos amigos. Giré el pie con delicadeza, explorando todo el rango de movimiento, pero no había ninguna duda. Ni siquiera los gemelos tenían superficies articulares idénticas; con el tiempo se desarrollarían diferencias sutiles, variaciones causadas por el desgaste. Sin embargo, allí no había protuberancias del hueso mal adaptadas capaces de alterar el movimiento. El encaje era casi perfecto.

Volví a dejar el pie en la bandeja. El silencio era absoluto hasta que Clarke lo interrumpió:

–Mierda.

Todos los allí presentes comprendimos la gravedad de lo que acababa de pasar. Si aquel no era el pie de Leo Villiers, tampoco podía ser su cuerpo. Lo que significaba que ahora había dos cadáveres masculinos desconocidos que identificar, ninguno de los cuales era el suyo. Y los restos de Emma Derby todavía estaban por ahí en alguna parte, esperando a ser encontrados.

–Bueno, creo que podemos afirmar que esto hace que pierda fuerza la teoría del suicidio –sentenció Frears. Los ojos azules del patólogo brillaron–. Aun así, mirándolo por el lado positivo, no tenemos que ir muy lejos para buscar a un sospechoso.

Cogí un taxi de regreso a Willets Point. Lundy se ofreció a que alguien del departamento me llevara, pero preferí arreglármelas por mi cuenta. Algo en lo que no había pensado era en tener que darle indicaciones al taxista. Era un hombre joven, y su nerviosismo iba en aumento a medida que la civilización daba paso al nudo gordiano del laberinto de canales que se abrían paso a través de la marisma.

–¿Seguro que sabe adónde vamos, amigo? Por aquí no hay nada de nada – dijo con irritación mientras la carretera de un solo carril se replegaba sobre sí misma antes de atravesar un pequeño puente con un promontorio.

Esperaba saberlo. Reconocía algunas partes, pero aquel era un camino distinto del que había seguido desde Londres, y no había prestado mucha atención cuando los policías me habían llevado antes. Además, ahora la luz estaba menguando, y con los arroyos y canales crecidos por la llegada de la pleamar, el paisaje parecía completamente diferente.

Al final, decidí que me resultaría más fácil completar el último kilómetro yo solo y le dije al taxista que iría andando. Su humor mejoró aún más después de una generosa propina. Se despidió calurosamente de mí mientras maniobraba con torpeza y daba media vuelta en el carril estrecho antes de desaparecer por donde habíamos venido. Permanecí inmóvil un momento mientras el ruido del motor se iba apagando, escuchando el suave golpeteo de las aguas en las marismas, y luego eché a andar por la carretera vacía.

Clarke me había pedido que me quedara en el depósito de cadáveres tras haber determinado que el pie desmembrado pertenecía a los restos hallados en los Barrows.

–Si este no es Leo Villiers, entonces quiero saber quién diablos es –había dicho antes de que Lundy y ella se fueran–. Edad, raza, cualquier cosa que nos ayude a determinar la identificación o el tiempo transcurrido desde la muerte.

¿Puede ayudarnos con eso, doctor Hunter?

–Haré lo que pueda –le dije, y me dirigí a Frears–. ¿Encontró alguna larva o pupa de la moscarda en la ropa?

–No, pero si ha estado en el agua, no esperaría encontrarlas.

Ni yo tampoco, pero ese era precisamente el quid de la cuestión. Las moscardas son increíblemente persistentes. Incluso en invierno, una pequeña cantidad de luz solar puede elevar la temperatura lo suficiente como para hacer que salgan. Sin embargo, no pueden poner huevos bajo el agua y, aunque el cadáver había estado expuesto durante la marea baja, ninguno de los huevos depositados habría sobrevivido a la inmersión posterior. Así, si hubiera habido alguna señal de actividad relacionada con la moscarda, eso significaría que los restos habían estado a la intemperie más tiempo que el intervalo entre las mareas, lo que sin duda influiría de forma significativa en el proceso de descomposición y, por tanto, en el tiempo transcurrido desde la muerte.

Si no había señales de moscarda, al menos podíamos descartar eso.

Mientras Frears procedía a realizar la autopsia de los restos hallados en el alambre de espino, yo me entregué a la espeluznante tarea de examinar los que me correspondían a mí. No creo que ninguno de nosotros albergara ya ninguna duda de que Villiers había fingido su propia muerte. Lo que comenzó como un suicidio se había convertido de repente en una investigación de asesinato, y esta vez había un cadáver que lo implicaba directamente.

Ni siquiera los abogados de su padre podrían discutir eso.

Me sentía optimista con respecto a poder proporcionar a Clarke más información sobre el desconocido hallado con la ropa de Leo Villiers. Empecé por revisar las radiografías tomadas antes de la autopsia. Los dedos en martillo del pie de la zapatilla de deporte habían apuntado que se trataba de un individuo mayor, pero las articulaciones que podía ver en las radiografías decían otra cosa muy distinta. Estaban en buenas condiciones, prácticamente sin el desgaste o el deterioro inherentes a la edad.

Pensaba en ello mientras examinaba la radiografía del pie. El segundo dedo en particular estaba muy deformado, y si la edad no era un factor determinante, eso significaba que la causa debía de ser congénita u ocupacional. Al mirar el segundo dedo, pensé que probablemente se trataba de esto último, pero para obtener más información habría que examinar los huesos, y solo había una forma de hacerlo.

Retirar los restos de tejido blando de un cuerpo humano en descomposición nunca era una tarea agradable. Me puse un delantal impermeable y unos guantes de goma gruesos y eliminé todo lo que pude con un cuchillo y unas tijeras, practicando los cortes lo más cerca posible del hueso sin tocarlo. Los tejidos se almacenarían con los órganos y el resto del cuerpo para su posterior entierro o cremación, una vez que hubiésemos extraído el máximo de información.

Lo que quedaba en la mesa de autopsias era una figura de aspecto espeluznante, más parecida a una caricatura anatómica que a un ser humano. Pero aún no había terminado. Corté con cuidado el cartílago de las articulaciones, desmembrando progresivamente los restos como la carcasa de un pollo. Sumergí las partes desarticuladas del cuerpo en unos recipientes de gran tamaño con una solución detergente y los puse a hervir en una campana de gases durante toda la noche. A veces, limpiar de ese modo el esqueleto puede requerir mucho tiempo, ya que implica tener que sumergir los restos repetidamente en un detergente tibio y luego en un agente desengrasante antes de que estén listos para ser examinados. Sin embargo, eso no era necesario si los restos estaban tan descompuestos como estos, sobre todo teniendo en cuenta que su larga inmersión en el arroyo había iniciado el proceso de todos modos. Por la mañana, los huesos estarían lo suficientemente limpios para que pudiera examinarlos y, con un poco de suerte, proporcionar más información a Clarke.

Una vez que los recipientes estuvieron hirviendo a fuego lento, ya no había nada más que pudiera hacer allí. Fui a buscar a Frears, pero Lan, la joven técnica de laboratorio, me dijo que ya se había ido. Evidentemente, la autopsia no le había llevado mucho tiempo, pero eso no era ninguna sorpresa. Un patólogo tendría dificultades para extraer información de un cuerpo en un estado de descomposición tan avanzado como el del arroyo.

Ese era mi trabajo.

Fue una pequeña decepción no poder escuchar qué había averiguado Frears. A pesar de que esta vez las circunstancias eran distintas, ya era la segunda autopsia que me perdía. Pero los sucesos del día me asaltaron por sorpresa mientras me quitaba el uniforme y me lavaba en el vestuario. Me parecía increíble que esa misma mañana hubiese estado tomando un café con Rachel en Cruckhaven. Había sido un día muy largo, y la pesadez de mis piernas mientras avanzaba trabajosamente por la carretera vacía me recordó que todavía no estaba recuperado de la infección.

Me alegré cuando llegué al desvío de Creek House, aunque la idea de ver otra vez a Rachel me causaba nerviosismo y cierta expectación. Me dije que no tenía por qué sentir ninguna de las dos cosas mientras me acercaba a la casa. El maltrecho Defender blanco se encontraba estacionado junto al bosquecillo, pero no había señales del Land Rover gris de Trask. Mi propio coche estaba un poco más lejos, una extraña nota de familiaridad en ese entorno.

Me abrí paso entre los árboles y subí los escalones hasta la puerta principal. Veía luz a través de la hoja de vidrio esmerilado, un brillo cálido y hogareño que sabía ilusorio debido a todo lo que la familia había tenido que pasar. Entonces se abrió la puerta y Rachel apareció frente a mí.

Parecía cansada, pero me dedicó una sonrisa.

–Hola.

Sin preguntar, se hizo a un lado para dejarme entrar. Ya había estado en el interior de la casa, para cambiarme la ropa mojada, pero no me había fijado mucho en ella. La distribución era a la inversa, con un baño familiar en la planta baja y otras puertas que daban acceso a lo que supuse que serían dormitorios en el pasillo. El lugar tenía un aire escandinavo, aunque también estaba demasiado habitado para considerarlo minimalista. Las paredes blancas estaban salpicadas de marcas de botas y ruedas de bicicleta, y un surtido de zapatos y botas de agua se desperdigaba de forma desordenada en los pulidos tablones de madera del suelo. Un tramo de escaleras de madera conducía al primer piso, desde el que se oía una suave música de fondo.

–¿Cómo está Fay? –pregunté mientras Rachel cerraba la puerta a mi espalda.

Percibí un leve aroma a sándalo, demasiado ligero para ser perfume, más probablemente jabón o champú.

–Quejándose por las inyecciones, lo cual es una buena señal –contestó con una sonrisa–. Va a pasar la noche en observación como medida de precaución. Ninguno de los cortes es grave, pero le han hecho una transfusión de sangre. Además, ha sufrido una leve hipotermia, pero Andrew cree que estará en casa mañana. ¿Puedo ofrecerte un café u otra cosa?

–No, tranquila, solo he venido a recoger mis cosas. Y a devolverte esto.

Señalé la chaqueta de Trask y también las viejas botas de agua que aún llevaba puestas. Rachel las vio y se rio.

–Sí, entiendo que quieras deshacerte de ellas cuanto antes. Oye, ¿por qué no te las quitas y subes a tomar algo? Andrew todavía está en el hospital y Jamie ha salido con un amigo, así que no hay nadie. Me vendría bien un poco de compañía.

El pasillo solo estaba iluminado por la luz procedente del piso de arriba. Rachel llevaba una camiseta negra corta que le llegaba a la parte superior de los vaqueros, y mostraba unos brazos delgados y tonificados. Su boca esbozaba una sonrisa tímida y en sus ojos había un brillo de incertidumbre que reflejaba la mía propia. La tensión que había estado sintiendo hasta entonces desapareció.

–Suena bien –dije.

Esperaba que la zona de la sala de estar fuera impresionante, pero Trask había superado todas mis expectativas. Todo el piso de arriba parecía ser una planta completamente abierta, con secciones divididas por estanterías para crear una ilusión de intimidad. En el suelo de pizarra había distribuida una variedad de alfombras, y los cómodos sofás y sillas estaban dispuestos en torno a una estufa de leña. La mayor parte de la sala estaba ocupada por una cocina elegantemente moderna, con un mueble bajo de madera que la separaba de una mesa de comedor de palisandro con sillas de madera curvada.

Pero lo más impresionante era la pared de cristal que recorría toda la parte delantera. Empequeñeciendo la ventana abovedada, esta daba directamente al arroyo, con paneles que iban del suelo al techo y que se abrían a un balcón

alargado. Al otro lado no había nada más allá del cielo vespertino sobre un pantano y un arroyo casi fundidos con el crepúsculo.

–Una vista espectacular –señalé.

Rachel la miró sin interés, como si el paisaje que tenía ante ella fuera algo que pasara totalmente desapercibido.

–Andrew quería que fuera la característica principal de la casa. Lo diseñó cuando conoció a Emma. Aunque me parece que a ella no le entusiasmaba tanto como a él. –Pareció arrepentirse de haber hecho aquella confesión–. Bueno, ¿y tú cómo estás? ¿No has recaído por haber vuelto a mojarte?

–No, estoy bien.

–Te lavé la ropa, por cierto. La chaqueta aún está húmeda, así que será mejor que te quedes con la de Andrew hasta que se seque.

–Gracias –dije sorprendido–. No tenías por qué hacerlo.

–Y tú no tenías por qué ir con Andrew, pero lo hiciste. –Me dedicó una breve sonrisa–. Puede que tengas que comprarte un nuevo par de botas. Las limpié lo mejor que pude, pero han visto días mejores.

No era de extrañar: esa había sido su segunda inmersión en el agua en un espacio de tres días.

–¿Está bien la perra de Fay? –pregunté al darme cuenta de que no había visto al animalito.

–¿*Cassie*? Debería estarlo. El veterinario tuvo que sedarla para suturarla, así que también se quedará ingresada toda la noche en la clínica veterinaria. – Rachel se dirigió a una isla de gran tamaño en el centro de la cocina–. Ah, y antes de que se me olvide: tu coche está listo. Jamie ha cambiado las bujías.

–¿Cuándo?

Con todo lo sucedido, me sorprendía que hubiera encontrado el momento.

–Esta tarde, después de volver del hospital. Si te soy sincera, creo que se alegraba de tener algo que hacer.

Supuse que eran buenas noticias, pero no experimenté el alivio que cabría esperar. El viaje llevaría más tiempo, pero ya nada me retenía en las Backwaters.

–¿Qué te apetece beber? ¿Té, café o algo más fuerte? –preguntó Rachel.

–¿Hmm? Ah, solo un café, gracias.

–¿Has comido ya? Podría hacerte un sándwich –me ofreció. Al caer en la cuenta de que no había comido nada desde esa mañana, fui consciente de que tenía el estómago vacío. Rachel sonrió ante mi vacilación–. Lo interpretaré como un sí.

Me senté en un taburete en la isla. En la pared de enfrente había una fotografía de Emma Trask con Fay y Jamie. El London Eye estaba en segundo plano, y Fay y Jamie parecían mucho más jóvenes. Los dos estaban riendo, Jamie mirando a su madrastra mientras esta sonreía a la cámara. La instantánea parecía rezumar naturalidad, pero la sonrisa de Emma tenía el mismo aire de pose que en el autorretrato del cobertizo.

Rachel había empezado a llenar la tetera y a sacar comida de la nevera. Percibí cierta tensión en ella mientras cortaba rebanadas de una hogaza de pan. Se detuvo bruscamente y soltó el cuchillo.

–Tengo que preguntártelo. Andrew dijo que le dijiste... que lo que encontrasteis hoy era el cadáver de un hombre. No es una mujer. ¿Es eso cierto?

–Sí, lo es.

–Entonces, definitivamente, ¿no es Emma?

–No, definitivamente no lo es.

Rachel exhaló un suspiro y sus hombros perdieron parte de su rigidez.

–Lo siento, no pretendía presionarte. Es solo que... Quiero decir, ¿ahora han encontrado dos cadáveres? ¿Qué demonios está pasando?

–No lo sé –dije. Lo cual también era cierto.

Rachel asintió y luego sonrió con tristeza.

–A la mierda, voy a tomarme una copa de vino. ¿Y tú? Sería una grosería por tu parte dejar que bebiera sola.

Pensé en los antibióticos, pero solo fue un instante.

–Bueno, odiaría ser grosero.

Ella se rio a pleno pulmón, una risa gutural que sonó como una liberación. Serví el vino mientras ella untaba el pan con mantequilla. Entrechocamos las copas antes de tomar un trago.

–Dios, qué bien sienta... –dijo con un suspiro. Dejó la copa sobre la isla de encimera de granito y retomó la tarea de preparar los sándwiches–. Entonces ¿volverás a Londres?

–Supongo.

–Pero ¿todavía colaboras con la policía? Aquí, quiero decir.

–Probablemente más en Chelmsford, pero sí.

Siguió centrando la atención en los sándwiches.

–Podrías quedarte en el cobertizo, si quieres.

Fue algo tan inesperado que no supe cómo responder.

–Pues no sé...

–No, claro –se apresuró a decir–. Seguro que querrás volver a tu casa. Simplemente había pensado, ya sabes, que así ahorrarías tiempo. No tiene mucho sentido tener que conducir hasta aquí.

No lo tenía. Pensé en todas las razones por las que no debería aceptar, y entre las no menos importantes estaba qué dirían Clarke y Lundy al respecto. Pero en realidad ya habíamos superado esa etapa. Y desde luego, para mí tendría mucho más sentido quedarme en algún lugar de la zona. Sabía que estaba racionalizando una decisión que ya había tomado, pero todos los argumentos en contra parecían menos convincentes que el rubor que vi extenderse por la garganta de Rachel.

–¿Estás segura de que no será ninguna molestia?

–Por supuesto. ¿Por qué iba a serlo? –Me lanzó una breve sonrisa, y sentí una opresión en el pecho. Rachel se entretuvo colocando nuestros platos—. Bueno, pero háblame un poco más de ti. No quisiste que llamara a nadie cuando estabas enfermo, así que sé que no estás casado. ¿Estás separado, divorciado...?

Me sentí como si acabara de subir un escalón demasiado alto.

–Viudo. Mi esposa y mi hija murieron en un accidente de coche hace unos años.

Mantuve la voz serena. Para entonces las palabras ya habían perdido buena parte de su impacto, y la repetición anesthesiaba la vieja herida. La sorpresa asaltó los ojos de Rachel, que apoyó una mano en mi brazo.

–Lo siento. –Había compasión en su voz, pero ningún rastro de la incomodidad o vergüenza que habría esperado. Prolongó el contacto de su mano un segundo más, y luego la apartó—. ¿Qué edad tenía tu hija?

–Seis años. Se llamaba Alice. –Sonreí.

–Es un nombre muy bonito.

«Eso pensamos nosotros.» Asentí, sin confiar en mi voz de repente. La cara de Rachel se había dulcificado.

–¿Por eso pones tanto empeño?

–No te entiendo.

–Tu trabajo. No es solo un trabajo para ti, ¿verdad? Te importa de verdad.

Me resistí por un momento, luego me encogí de hombros.

–No, no es solo un trabajo.

Hubo un silencio, pero no fue incómodo. Rachel empujó el plato con los sándwiches hacia mí.

–Deberías comer. –Sonrió.

Fuera, el cielo seguía oscureciéndose, confiriendo a la habitación un halo crepuscular y de intimidad. Pronto sería hora de encender las luces, pero a Rachel parecía no importarle permanecer en la creciente penumbra. Se la veía más joven, más relajada, y no creía que se debiese solo a la luz.

Levantó la vista y me sorprendió mirándola.

–¿Qué? –preguntó sonriendo con curiosidad.

–Nada. Pensaba en ti. ¿Tienes planeado quedarte aquí o vas a volver a Australia?

No era una pregunta oportuna. Soltó el sándwich.

–No lo sé. Estaba en una especie de encrucijada, supongo, incluso antes de que Emma desapareciera. Acababa de romper una relación de siete años. También era biólogo marino, como yo. Además de mi jefe, cosa que hacía que todo fuese... incómodo.

–¿Qué pasó?

–Bah, lo de siempre. Una estudiante de posgrado de veintidós años que estaba mejor que yo en bikini.

–Eso lo dudo –dije sin pensar.

Vi los dientes blancos de su sonrisa en la tenue luz.

–Gracias, pero eso tengo que reconocérselo. He visto a calamares con más principios que ella, pero le quedaban muy bien las dos piezas. El caso es que había vuelto a Reino Unido para aclarar mis ideas y tratar de decidir qué hacer con mi vida. Lo único bueno de todo aquello, si es que se puede llamar así, fue que eso significó que estaba aquí cuando Emma desapareció.

Su estado de ánimo cambió como si nos hubiera azotado una ráfaga de aire frío.

–¿Estabas en la casa con ellos?

–No, había ido a una boda en Poole. Una vieja amiga de la universidad a la que no había visto en años, pero al menos significaba que estaba de regreso en el país. Nuestros padres están muertos, así que no había ninguna razón para volver a menudo. Emma y yo habíamos hablado de vernos mientras estaba en Poole, pero nunca llegamos a hacerlo. Las dos teníamos nuestras vidas y no parecía haber ninguna prisa...

Nunca lo parece.

–¿Dijiste que era más joven que tú?

–Cinco años menor. Para ser sincera, nunca estuvimos muy unidas. Demasiado distintas. Emma siempre fue la segura y extrovertida de las dos. Tenía la habilidad de caerle bien a la gente. Cuando se centraba en alguien, lo hacía sentirse como si el sol brillara sobre su cabeza... Solo que no solía durar mucho tiempo.

Soltó una risa avergonzada.

–Vaya. No sé de dónde ha salido eso. Debo de sonar como una auténtica cabrona.

–Suenas como una hermana.

–Ahora estás siendo diplomático. –Cogió la botella de vino y llenó ambas copas–. No quiero que me malinterpretes. Emma podía ser encantadora. Era genial con Fay, a pesar de que no tenía lo que se dice mucho instinto maternal. La verdad es que los niños no eran lo suyo, así que trataba a Fay más como a una adolescente. Como una hermana pequeña. Fay la adoraba. Por eso este año pasado ha sido tan duro para ella. Probablemente más duro para ella que para nadie.

Pensé en las ojeras de la niña, en los brazos demasiado finos. La hija de Trask había sido demasiado joven para recordar a su madre, pero a su edad la pérdida de su madrastra también debió de ser un golpe cruel.

–¿Por eso te quedaste?

Pensé que me había extralimitado. Rachel no respondió enseguida, sino que se quedó mirándose los dedos mientras estos hacían girar lentamente el fuste de su copa de vino.

–Una de las razones, sí –dijo al fin–. Para empezar, no me parecía correcto irme, no sin saber lo que le había sucedido a Emma. Pensamos que tendríamos noticias relativamente pronto. Todos los días esperando que la policía llamase y dijese que habían encontrado algo, pero nunca lo hicieron. Y cuanto más se prolongaba la situación, más difícil era decir: «Bueno, ya he esperado lo suficiente, me voy». Ya sé que Emma solo era su madrastra y que Fay y Jamie no son familia mía en realidad. Pero para mí sí lo son. ¿Tiene sentido lo que digo?

Buscó mis ojos con su mirada, para que la tranquilizase. La luz se había extinguido, de manera que sus ojos verdes aparecían luminosos en la tenue habitación.

–Creo que sí –dije.

–No es tanto por Andrew y Jamie, aunque sabe Dios que han sufrido lo suyo. Yo no conocía a ninguno de ellos antes, pero, según dice todo el mundo, Jamie era un chico alegre y extrovertido antes de que pasara todo esto. Ahora nadie lo diría, y hay que andar con pies de plomo cuando estás con él y Andrew a veces, pero son lo bastante mayores para afrontar la situación. Es Fay quien me preocupa. Tal vez si vivieran en una ciudad, donde hubiera otras personas y tuviera amigos, sería diferente. Pero aquí... no hay nada para ella.

Miré a través de los enormes ventanales al paisaje en sombra. El cielo había perdido la mayor parte de su luz, y solo los destellos ondulantes del agua distinguían el arroyo negro del pantano que lo rodeaba.

–Tampoco parece la clase de lugar donde viviría tu hermana –comenté.

Esbozó una media sonrisa.

–Eso es quedarse muy corto.

–¿Cómo se conocieron? –Inmediatamente me arrepentí de la pregunta–. Lo siento, me estoy metiendo donde no me llaman.

–No, no pasa nada. Para ser sincera, es bueno poder hablar de todo esto. – Rachel miró su copa–. Un amigo de Emma se estaba construyendo una casa y Andrew era el arquitecto. Emma había hecho alguna incursión en el diseño de interiores además de en la fotografía, así que terminó encargándose de la decoración. Siempre se le dieron bien ese tipo de cosas, y todo esto fue poco después de que se separara de su novio de hacía muchos años. Uno de esos tipos superseguros, experto en artes marciales y autoayuda. Se creía músico y cineasta porque hacía unos vídeos musicales absolutamente pretenciosos. Era un capullo integral.

–Así que te caía genial.

–Se me nota, ¿verdad? –Su sonrisa se disipó rápidamente–. En muchos sentidos, eran muy parecidos. Ambos extrovertidos, siempre haciendo planes grandilocuentes y ambiciosos que nunca se hacían realidad. Fue una relación intermitente, y Emma conoció a Andrew durante una de esas etapas en las que estaba sola. Se casaron seis meses después.

Rachel miró la fotografía de su hermana con Jamie y Fay, como tratando todavía de entender qué había pasado.

–Por poco me da algo cuando recibí la invitación de boda. No tanto porque fuese a casarse, porque Emma siempre era muy impulsiva, pero Andrew no parecía su tipo, y en cuanto a lo de venirse a vivir aquí... –Sacudió la cabeza–. Emma necesitaba gente a su alrededor, le gustaban las galerías de arte y las fiestas. No los pantanos y las marismas.

–¿Hablaste con ella sobre eso?

–Soy su hermana mayor, por supuesto que sí –contestó en un tono de voz risueño–. Me dijo que me daban demasiado miedo los cambios, y que ella ya había desperdiciado suficientemente su vida con «cabrones»..., cosa que no supe cómo contradecir. Me aseguró que estaba lista para sentar la cabeza, que esta casa iba a ser una sala de exposición tanto para ella como para Andrew, que él diseñaría las casas, y ella se encargaría del diseño de interiores y haría un hueco a la fotografía. Todo iba a ser perfecto. Y luego apareció Leo Villiers.

Se calló y bebió un sorbo de vino. Esperé. La iluminación tenue de la estancia había adquirido la atmósfera de un confesionario, y sentí que Rachel se alegraba de tener a alguien con quien hablar.

–Villiers contrató a Andrew para que hiciera algún trabajo –prosiguió–. Tiene una casa preciosa, muy antigua, en el estuario, creo que Emma tiene fotos de ella en alguna parte. Villiers quería echarla abajo y reformarla por completo, así que Emma convenció a Andrew de que le dejara diseñar los interiores.

Recordé a Lundy señalando la casa de Villiers en la desembocadura del estuario. Una enorme mansión victoriana, con ventanales con vistas al mar.

–¿Te dijo ella que tenía una aventura?

–No, pero yo sabía que pasaba algo. Me contó que ella y Andrew tenían problemas, y que estaba pensando en dejarlo. Supuse que estaba viéndose con alguien, pero ella no quiso decirme quién era. Incluso llegué a preguntarme si... –Negó bruscamente con la cabeza, ahuyentando un pensamiento desagradable–. El caso es que la discusión se nos fue un poco de las manos. Yo también tenía mis propios problemas sentimentales en ese momento, así que tal vez me pasé un poco en mi papel de hermana mayor. Emma me dijo que me metiera en mis asuntos y me colgó el teléfono. Esa fue la última vez que hablé con ella.

Ahora entendía mejor por qué Rachel se había sentido obligada a quedarse allí con una familia postiza a la que apenas conocía. La culpa era una motivación muy poderosa, sobre todo cuando se añadía el dolor a la mezcla.

–¿Andrew sospechaba algo? –pregunté–. Quiero decir sobre la aventura...

–No es algo de lo que suela hablar, y mucho menos conmigo. Una vez admitió que sospechaba que Emma estaba viendo a otra persona, porque había estado haciendo muchos viajes a Londres, pero no fue hasta después, cuando la policía le dijo que la habían visto medio desnuda en el dormitorio de Villiers y todo lo demás, cuando se dio cuenta de quién era él. Dios, eso fue horrible. Andrew salió corriendo a la casa de Villiers para enfrentarse cara a cara con él. Afortunadamente no había nadie, pero fue una estupidez de todos modos.

–¿Cuándo fue eso?

–Oh, bastante antes de que Villiers desapareciera. Y sí, la policía lo sabe. – Había un dejo irónico en la voz de Rachel, sabía lo que yo estaba pensando–. Andrew y Jamie tuvieron una pelea muy fuerte por culpa de eso. Jamie lo acusó de ser un egoísta y de que tenía que pensar en Fay. Tenía razón, y sabe Dios qué habría sucedido si Villiers hubiera estado en casa. Pero pasaron semanas hasta que volvieron a dirigirse la palabra.

–Sé que no es asunto mío –dije con delicadeza–, pero si Emma estaba planteándose irse de todos modos, no cabe la posibilidad de que se hubiese ido sin más, ¿verdad?

Rachel negó con la cabeza.

–Fue lo primero que pensé. Pero ya habría habido noticias tuyas a estas alturas. Como ya te he dicho, Emma necesitaba gente a su alrededor, y no era su estilo marcharse sin hacer ruido. Era de las que se va dando un sonoro portazo: nunca haría las maletas y se marcharía sin más, no sin montar una escena y tener un berrinche. Y es absolutamente impensable que hubiese dejado todas sus cosas aquí. Lo único que llevaba consigo era el bolso y la cámara. Dejó toda su ropa y el pasaporte, incluso el coche. Es el Mini descapotable cubierto por una lona que hay ahí fuera. La policía lo encontró abandonado en una antigua granja de ostras no lejos de aquí. Ninguno de nosotros ha querido conducirlo desde entonces.

Me alegré de que hubiera oscurecido lo suficiente como para ocultar mi sorpresa. No había ninguna razón para que Lundy lo mencionara, pero tenía que ser el mismo embarcadero desde donde se había llevado a cabo la operación de recuperación del cadáver en el estuario.

Rachel jugueteó distraídamente con la copa casi vacía.

–Nadie lo dice oficialmente, pero sospechan que ella acudió allí para reunirse con Villiers. Después de eso, nadie sabe nada. Y ahora probablemente nunca lo sabremos porque ese... ese cobarde hijo de puta se suicidó para no tener que decírnoslo.

«No», pensé. No se había suicidado. Había matado a otra persona para que lo pareciese.

La intimidad que había percibido entre nosotros antes se estaba desvaneciendo. El último vestigio desapareció cuando se oyó el ruido de la puerta de un coche al cerrarse de golpe.

–Ese debe de ser Andrew –dijo Rachel, que enderezó la espalda y miró a su alrededor como si acabara de recordar dónde estaba–. Esto está muy oscuro.

Se levantó y encendió las luces. Fuera, la penumbra se tiñó de negro y el arroyo y el pantano se desvanecieron cuando el ventanal de cristal se convirtió en un espejo que nos devolvía el reflejo de la habitación. Se oyó el ruido de la puerta de entrada al abrirse y a continuación los pesados pasos de Trask al subir las escaleras.

Parecía agotado. La piel de su rostro estaba demacrada, las arrugas profundamente marcadas. Con la ropa aún manchada de barro, parecía diez años mayor que esa mañana. Se detuvo al verme, como esforzándose por entender qué podía estar haciendo yo allí.

–¿Cómo está? –preguntó Rachel mientras él cruzaba la cocina hacia el fregadero.

–Ahora está dormida. Los médicos dicen que mañana ya estará bien para volver a casa. –Abrió el grifo y se llenó un vaso de agua. La nuez de su garganta se movía mientras apuraba el vaso, sediento, y luego lo soltaba con un suspiro–. ¿Dónde está Jamie?

–Ha salido con Liam y con algún otro. No me ha dicho adónde iban.

Una expresión de fastidio cruzó la cara de Trask, pero no parecía tener la energía necesaria para mantenerla. Lo vi reparar en las copas de vino y los sándwiches que quedaban en el plato. Rachel hizo lo mismo. Esperaba que ella le preguntara si quería una copa, pero no lo hizo.

–¿Te preparo algo de comer? –preguntó rápidamente.

–Ya comeré algo luego. Entonces ¿se trata de una visita de cortesía, doctor Hunter?

–No, he venido a recoger mis cosas –contesté poniéndome en pie. Lo último que Trask parecía necesitar eran invitados–. Me alegro de que Fay esté bien.

–Yo también.

–David se va a quedar aquí unos días más –le informó Rachel–. Le he dicho que puede quedarse en el cobertizo.

Algo parecido al interés prendió en los ojos inyectados en sangre.

–¿Está trabajando con la policía?

–Solo es trabajo de laboratorio de rutina.

Esperaba que mi respuesta fuera lo suficientemente vaga para que se dejara de preguntas. Él asintió sin mostrar interés en mi comentario.

–Quédese el tiempo que quiera.

Se produjo un momento incómodo.

–Bueno, será mejor que me vaya.

–Te veré fuera –dijo Rachel mientras me dirigía hacia las escaleras. Habíamos empezado a bajar cuando Trask me llamó.

–Doctor Hunter. –Llegó a lo alto de las escaleras cuando nos detuvimos–. Si está por aquí cerca mañana por la noche, puede reunirse con nosotros para cenar. Cenamos alrededor de las siete y media.

Vi que Rachel estaba casi tan sorprendida como yo. Dudé, pensando rápidamente en si aceptar o no la proposición, pero después de todo lo que había sucedido no veía ninguna razón para no hacerlo.

–Acepto encantado.

Mis botas estaban rígidas después de la segunda inmersión, pero todavía se hallaban en buen estado. Rachel me dio mi ropa recién lavada y la chaqueta aún húmeda mientras me ponía otra vez la vieja de Trask, insistiendo en que volviera

a llevarme la comida que había comprado esa mañana también. Sin embargo, parecía un tanto deprimida, y cuando la puerta se cerró a mi espalda, deseé fervientemente que no se arrepintiera de haber hablado conmigo.

La noche se cernía en las Backwaters mientras echaba a andar a través del bosquecillo de abedules. Los troncos blancos ofrecían un aspecto fantasmagórico en la semioscuridad, y sus ramas se agitaban con el viento que provocaba el débil chapoteo del arroyo. Ya casi había llegado a mi coche cuando me di cuenta de que no tenía las llaves. Me volví para regresar a la casa, pero me detuve cuando la puerta se abrió y Rachel salió.

–¿Buscas esto? –preguntó bajando los escalones y enseñándome las llaves.

–Eso podría ayudar, sí. Gracias.

–Todavía tengo la del cobertizo. Me la devolviste esta mañana.

Lo había olvidado por completo. Me alegré de no haber ido hasta allí con el coche antes de darme cuenta, y esperé a que Rachel la buscara entre las llaves del pesado llavero.

–Lo siento, está por aquí, en alguna parte. He estado usando el juego de llaves de repuesto de Emma, y te aseguro que aún no sé de dónde son la mitad de ellas –dijo tratando de ver bajo la escasa luz–. Ah, aquí está.

Sus dedos rozaron los míos mientras me daba la llave del cobertizo. El contacto fue fugaz, pero sentí un hormigueo parecido a una pequeña descarga eléctrica. Rachel permaneció inmóvil, con una expresión de inquietud.

–Oye, respecto a lo que te he dicho antes...

–No te preocupes, no diré nada –le aseguré, decepcionado porque hubiese sentido la necesidad de pedírmelo.

–Oh, no, no me refería a eso –dijo rápidamente extendiendo la mano para tocarme el brazo–. Yo solo... Bueno, quería darte las gracias. Normalmente no suelo ser así de quejica, pero no hay nadie por aquí con quien pueda hablar.

–No has sido quejica en absoluto. Y me alegro de haber hablado contigo.

Estaba lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo en el frío de la noche. El momento se prolongó.

–Pues muy bien... –dijo esbozando una rápida sonrisa mientras se alejaba–. Hasta mañana, entonces.

«Pues muy bien...» La vi regresar a la casa; esperé hasta que oí cerrarse la puerta antes de acercarme hasta mi coche. Todavía estaba un poco mojado por dentro, desprendía un olor a humedad que sabía que tardaría siglos en desaparecer, pero apenas le di importancia. Me di cuenta de que todavía estaba sonriendo. El motor arrancó a la primera y, de hecho, el coche se dejaba conducir ahora con más soltura que antes. Jamie había hecho un buen trabajo, y pensé que tendría que darle las gracias –y pagarle– cuando fuera a cenar la noche siguiente.

Pero era en Rachel en quien pensaba mientras conducía de vuelta al cobertizo. «Te ha tocado el brazo un par de veces; tampoco es para tanto.» Lo que tenía que hacer era centrarme en mi trabajo la mañana siguiente en la morgue. Me esperaba un día movido.

Y lo cierto es que resultó aún más movido de lo que esperaba. A la mañana siguiente, la policía encontró una fosa en la casa de Leo Villiers.

Recibí la llamada de Lundy justo antes de la hora del almuerzo. Había pasado la mañana enjuagando el esqueleto desarticulado de los Barrows, que había estado hirviendo a fuego lento en una solución detergente durante la noche. A pesar de que los huesos habían estado dentro de una campana extractora, el aire todavía olía, para mi desconcierto, a estofado de ternera. El siguiente paso sería volver a articular los huesos, un proceso que requería mucho tiempo y consistía en colocar los doscientos seis huesos individuales en la posición anatómica correcta, hasta volver a formar el esqueleto completo. En este caso, aún tardaría más, con el cráneo destrozado por el disparo de escopeta, de modo que, como Clarke estaba impaciente por obtener más información, había estado examinando las superficies de ciertos huesos clave cuando los saqué de los recipientes. Esperaba poder proporcionarle al menos un resumen preliminar al final del día.

Lan llamó a la puerta de la sala de autopsias cuando estaba lavando la pelvis.

–El inspector Lundy al teléfono, doctor Hunter.

Había dejado el móvil en la taquilla con el resto de mis cosas, no quería llevarlo a la sala de autopsias mientras estaba trabajando. Deposité la pelvis en una bandeja de acero inoxidable, me quité los guantes y fui a atender la llamada.

–¿Cuánto puede tardar en llegar a la casa de Leo Villiers? –preguntó Lundy sin más preámbulos.

–¿Cuándo me necesita allí?

–Ahora mismo estaría bien.

Clarke no había tardado ni un día en obtener una orden. Una vez que se supo que el cadáver encontrado con la ropa de Villiers no era él, había justificación más que suficiente para efectuar un registro completo de la propiedad. A primera hora de la mañana, la policía había llegado a la mansión en

la desembocadura del estuario y un perro adiestrado en la detección de cadáveres había encontrado lo que parecía una tumba escondida en una zona apartada de los terrenos.

–Es evidente que allí hay algo enterrado –dijo Lundy–. El perro dio una respuesta positiva, y se aprecia perfectamente el contorno de la fosa. Han hecho un intento chapucero de replantar el césped, pero la tierra no ha tenido oportunidad de asentarse, y se ve claramente el montículo. Hemos empezado a excavar, pero nos gustaría que usted estuviera presente cuando encontremos algo.

A juzgar por sus palabras, la fosa era relativamente reciente. Podían pasar años hasta que un cadáver enterrado se pudriera lo suficiente para que la tierra desplazada sobre él se asentase y se nivelara con la altura del terreno circundante, pero bastante menos tiempo para que la hierba y la vegetación volvieran a crecer. Muchas veces todavía había una diferencia visible, sobre todo porque las plantas se alimentaban de los nutrientes liberados por el cuerpo enterrado. Sin embargo, si el césped reemplazado no mostraba signos de crecimiento, eso sugería que la fosa se había excavado en algún momento durante el invierno, después de que hubiese terminado el último ciclo de crecimiento.

Paseé la mirada por la sala de autopsias, donde los huesos del esqueleto me estaban esperando. Solo había extraído la mitad de ellos de la solución detergente, pero a los demás no les pasaría nada por quedarse donde estaban un poco más.

–Deme una hora –dije.

Había un joven agente de policía frente a la puerta de acceso a la carretera privada que llevaba a Willets Point, y me hizo esperar hasta que telefoneó para hacer las comprobaciones pertinentes antes de dejarme pasar. La carretera recorría el promontorio, atravesando el bosque antes de que los árboles dieran paso a unos jardines bien cuidados. Alguien había estado encargándose de ellos, porque el césped parecía recién cortado, probablemente por primera vez desde que había empezado la primavera. Unos árboles singulares salpicaban la

extensión de terreno, secuoyas, cedros y otras especies que no reconocí, mientras que un hermoso magnolio estaba a punto de florecer, con sus brotes con la punta de crema retoñando en sus ramas como si fueran velas.

La carretera trazaba una curva alrededor de unos matorrales con rododendros, y detrás de ellos se escondía la casa de Leo Villiers. Si es que «casa» era la palabra correcta: no era una mansión exactamente, pero el edificio victoriano seguía siendo bastante imponente. La carretera accedía a la casa desde la parte de atrás, y desde allí se disfrutaba de unas magníficas vistas del estuario y el mar abierto. Era un lugar maravilloso, ahora deslucido por la batería de vehículos policiales que había aparcados fuera.

Vi a Lundy esperando cuando aparqué. El inspector se acercó a la par que consultaba su reloj mientras me bajaba del coche.

–Doctor Hunter. Ha llegado pronto.

–No me he topado con ninguna barrera natural por el camino.

Se rio entre dientes.

–Eso es verdad. Aquí tiene el equipo de protección. Podemos hablar mientras se cambia.

Fuimos a un furgón de policía donde había monos desechables y el resto del equipo necesario para revisar cualquier escena del crimen.

–¿Está Clarke aquí? –pregunté mientras seleccionaba lo que necesitaba.

–Estaba hasta hace un rato, pero recibió una llamada y ha tenido que irse. Lamento interrumpir su trabajo en el depósito de cadáveres, pero preferimos tenerle aquí para la excavación.

Me senté en la parte posterior abierta del furgón de policía para ponerme un mono blanco.

–¿Algún indicio de lo que puede haber?

–Nada de momento, pero no han excavado demasiado todavía.

–¿Qué hay de la casa?

–Curiosamente, parece que alguien ha puesto un poco de orden. –Su tono de voz era jocoso, pero en sus ojos no había rastro de humor–. Alguien ya había limpiado la casa cuando Villiers desapareció, pudimos constatarlo antes de que los abogados nos echasen. Pero esto es más reciente. No es solo que la hayan limpiado; toda la casa apesta a lejía. Alguien se ha dedicado a hacer zafarrancho de limpieza.

Me detuve para mirarlo con un cubrezapatos a medio calzar.

–Si ya la habían limpiado después de la desaparición de Leo Villiers, ¿por qué hacerlo de nuevo ahora?

–Exacto, ¿por qué? –Lundy esbozó una sonrisa irónica–. Lo cierto es que no hay ninguna ley que lo prohíba, pero se supone que la casa ha estado cerrada desde que desapareció. Su asistenta habitual fue despedida, pero es obvio que alguien ha estado ahí dentro. Y hace muy poco, además. Si yo fuera un cínico, diría que alguien previó que íbamos a registrar la casa en cuanto encontráramos el cadáver en el estuario y decidió no dejar nada al azar.

–¿Sir Stephen? –pregunté bajando la voz mientras me subía la cremallera del mono.

–Creo que eso es más probable que el hecho de que Leo haya vuelto para una limpieza general. –Lundy miró hacia la casa–. Dudo que sir Stephen haya cogido la fregona personalmente, pero apuesto a que se hizo siguiendo sus instrucciones.

Arranqué la envoltura de plástico de una mascarilla y me puse un par de guantes.

–¿Cree que sabía que el cadáver no era de su hijo?

–Creo que sabe más de lo que dice. En cuanto a qué es lo que sabe exactamente, sé lo mismo que usted. –Lundy me hizo una seña con la cabeza–. Vamos, la fosa está delante.

Los chillidos de las gaviotas nos acompañaron mientras seguíamos un sendero de piedra que rodeaba la casa. La fachada daba a la desembocadura del estuario y solo la separaban de él el jardín de césped inclinado y un embarcadero

de madera. Un pequeño bote con un motor fueraborda estaba amarrado en un extremo del muelle, donde el agua todavía era lo suficientemente profunda para que pudiera mantenerse a flote. La marea baja dejaba al descubierto lechos de roca y una pequeña media luna de playa arenosa, pero con el mal tiempo, las olas debían romper sobre el embarcadero. El viento soplaba directamente desde el mar, con tanta fuerza que zarandeaba la tela de mi mono holgado. Lo único que se veía entre aquel punto y la lejana línea del horizonte era el fuerte marino. Estaba a un cuarto de milla de distancia, con sus tres torres desgarbadas erigiéndose entre las olas como columnas en ruinas.

Me sorprendía que Villiers no hubiera ordenado derribarlo por estropearle las vistas.

Unos grandes ventanales flanqueaban cada lado del pórtico de entrada. En lugar de hojas individuales de cristal dispuestas en marcos de madera o piedra, el cristal en sí tenía forma redondeada, una impresionante pieza de artesanía que confería a los ventanales la curvatura ligeramente exagerada de una pecera esférica. A través de ellos vi las fantasmagóricas figuras blancas del equipo forense de la policía moviéndose silenciosamente por el interior de la casa.

—Era la residencia de verano de la familia —me explicó Lundy mientras caminábamos por el césped hacia un grupo de rododendros—. Estuvo cerrada durante años hasta que Leo decidió mudarse aquí. Por supuesto, lo primero que hizo fue derribar la mitad y «modernizarla». Debería verla por dentro. Parece salida de una revista.

—¿Era ese el proyecto en el que trabajaron Trask y Emma Derby?

Asintió con la cabeza.

—Todos se habrían ahorrado muchos disgustos si hubieran rechazado el trabajo. Bien, allá vamos.

Se detuvo a unos metros de distancia donde un grupo de agentes de la policía científica con los monos de trabajo manchados de tierra se arrodillaban alrededor de un agujero rectangular junto a los arbustos, raspando la tierra con unas pequeñas palas. Bajo un trazado de cuerda naranja, la fosa medía aproximadamente un metro veinte de largo y poco menos de un metro de ancho, y unos cuarenta y cinco centímetros de profundidad. Parecía pequeña para ser la

tumba de un adulto, pero eso no significaba que no lo fuera. En mi trayectoria me había encontrado con más de un asesinato en el que el criminal había doblado a la víctima para enterrarla, rompiéndole indiscriminadamente los huesos y partiéndole las articulaciones en el proceso.

–¿Ha habido suerte? –preguntó Lundy.

Uno de los agentes interrumpió su labor para responder.

–Todavía no, pero no creo que falte mucho. Estamos lo bastante cerca para oler algo.

El agente permanecía anónimo bajo el mono con capucha y la mascarilla, pero reconocí la voz del arroyo: era el policía corpulento que había dicho que las lesiones faciales del cadáver hallado en el alambre de espino habían sido causadas por una hélice de barco.

–¿Recuerdan al doctor Hunter, del otro día? –les dijo Lundy–. Él les echará una mano.

–Aleluya... –masculló el agente más voluminoso, pero se apartó a un lado para hacerme sitio.

Llevaba haciendo aquello mucho tiempo para malgastar energía ofendiéndome o peleándome. Me arrodillé junto a ellos.

–La tierra parece bastante blanda. ¿Dirían que hace mucho que se cavó el agujero?

El agente se sorbió la nariz bajo la mascarilla.

–Unos pocos meses, a lo sumo. Probablemente menos. Volvieron a colocar el césped encima, pero no ha tenido tiempo de asentarse correctamente. Y no había...

–He encontrado algo.

La atmósfera cambió cuando intervino esa otra agente. Todas las miradas convergieron en ella mientras raspaba delicadamente el suelo con la punta de su pala. Estaba examinando algo que sobresalía de la tierra oscura.

–Es una especie de tela. Podría ser un abrigo.

Miré a Lundy. Este arqueó las cejas, pero no dijo nada a medida que el objeto asomaba a la superficie. Apareció un trozo de tela oscura, acompañado de un perceptible olor a descomposición.

–Hay algo envuelto –dijo la misma agente–. A ver... Oh.

–¿Qué es? –preguntó Lundy estirando el cuello para ver mejor.

–Pelo. Es un animal –dijo con tono decepcionado–. Parece un perro.

La tensión se disipó de golpe, como si alguien hubiese accionado un interruptor. El suspiro de Lundy podría haber sido de decepción o de alivio.

–Bien, echemos un vistazo al resto. Y asegúrense de que no queda nada escondido debajo. He visto casos de algunos cabrones astutos que actúan así.

Yo también. El inspector me hizo una señal con la cabeza para que fuera con él. Me quité la mascarilla, lo seguí y nos detuvimos a unos pasos de la tumba.

–Es el beagle de Villiers –dijo mirando hacia atrás, en dirección a la sucia capa de piel blanca y parda que los agentes de la científica estaban descubriendo–. Lo sacrificó justo antes de desaparecer.

Asentí, recordando que me había dicho que la veterinaria había sido la última persona en ver a Leo Villiers con vida. O al menos eso era lo que sabíamos.

–Debió de tenerle mucho cariño al perro si lo enterró él mismo –señalé.

La mayoría de la gente dejaba que el veterinario se deshiciera de los restos de su mascota.

–Lo tenía desde que era un adolescente, al parecer. La veterinaria dijo que estaba «visiblemente afectado» cuando lo sacrificó. Hasta ella estaba sorprendida, pero parecía encajar con la teoría del suicidio. Algo así como la última gota que colma el vaso. –Lundy miró hacia la tumba de nuevo, torciendo el bigote con desaprobación–. Al menos esa es una muerte que no fingió.

–¿Quiere que me quede hasta que se hayan asegurado de que no hay nada más enterrado allí?

Negó con la cabeza.

–No, creo que ya hemos encontrado todo lo que hay. Disculpe por la falsa alarma. Es mejor que regrese al depósito de cadáveres. Cuanto antes sepamos a quién sacamos del estuario, antes sabremos qué está pasando.

Me quité los guantes, con cuidado de no retirar las tiritas con ellos. Me había cambiado para nada, pero son cosas que pasan.

–¿Podría ser alguien más de por aquí?

–No, que nosotros sepamos. Las únicas dos personas desaparecidas de esta zona son Emma Derby y Leo Villiers, y ya sabemos que no se trata de ninguno de los dos.

–Quienquiera que fuese, probablemente estaba en la veintena cuando murió –dije–. Los dedos en martillo en el pie pueden inducir a error. Sea lo que sea que los causó, no estaba relacionado con la edad. Es un adulto, pero por el estado de los huesos que he visto hasta ahora, puedo afirmar casi con rotundidad que tenía menos de treinta años.

Había sido deliberadamente selectivo con los huesos que había extraído de la solución detergente, concentrándome en primer lugar en aquellos que a mi juicio podían arrojar una mayor cantidad de información. Los extremos de las costillas esternales cambian con la edad y lo mismo ocurre con la superficie auricular del ilion en la pelvis: ambos huesos se vuelven más rugosos y porosos con el paso del tiempo. Había hallado engrosamiento, pero no porosidad en ninguno de los huesos que había visto, y aunque todavía debía realizar un examen mucho más exhaustivo, estaba seguro de que mis estimaciones no eran desacertadas.

–Un poco más joven que Leo Villiers, entonces –dijo Lundy–. Eso ayuda, pero ¿tiene algo más? Tal como están las cosas, ni siquiera sabemos si la persona que estamos buscando era de raza blanca o negra.

Yo mismo había estado tratando de determinarlo, sin mucho éxito. Las personas son igual de complicadas muertas que vivas, y la determinación de la raza era muy difícil, incluso cuando los restos estaban intactos. El color de la piel puede ser engañoso y se altera en cuanto el cuerpo empieza a descomponerse. La muerte nos iguala a todos, oscurece la piel clara y a la inversa. Algunas características del esqueleto apuntan a un origen genético u otro, pero ni siquiera se puede confiar siempre en ellas.

Aquellos restos constituían un buen ejemplo. Cuando todos pensaban que el cadáver era el de Leo Villiers, se daba por sentado que debía ser caucásico. Ahora ni siquiera eso se podía dar por hecho. Había otro problema añadido. La mayoría de las características morfológicas raciales se encuentran en el cráneo, pero el que pertenecía al cuerpo recuperado de los Barrows había quedado destrozado por un disparo de escopeta. No solo le faltaba la mandíbula, sino que el maxilar superior, debajo de la cavidad nasal, el que habría alojado los dientes delanteros, se había roto en un arco astillado. Apenas quedaban fragmentos rotos de molares y huecos vacíos, insuficientes para que incluso un dentista forense pudiera realizar su trabajo.

–Los restos del puente nasal no sobresalen demasiado, lo que sugiere raza negra o asiática –le expliqué a Lundy–. Pero las órbitas oculares son más angulares que rectangulares o redondeadas, que es más bien una característica del grupo caucásico.

–Entonces ¿podría ser de raza mixta?

–Posiblemente. O podría haber tenido rasgos faciales distintivos. –Me encogí de hombros–. Lo siento, no puedo serle de más ayuda.

Lundy resopló.

–Bueno, eso nos da un poco más de información. Aunque si era de raza mixta...

–¿Qué? –pregunté.

Pero él negó con la cabeza.

–Tan solo pensaba en voz alta. Vamos, le acompañaré hasta su coche.

Apenas habíamos dado unos pasos cuando sonó el teléfono de Lundy. Se detuvo para contestar, y vi que le cambiaba el semblante.

–¿Aquí? ¿Ahora mismo? –Sea lo que fuere lo que dijera su interlocutor no pareció tranquilizarlo en absoluto. Dejó caer los pesados hombros—. Joder. Bueno, de acuerdo.

Se guardó el teléfono.

–Tenemos compañía.

Sir Stephen Villiers no estaba solo. No había ningún mando de la policía con él esta vez, pero para compensarlo iba acompañado de tres abogados, dos de ellos hombres de mediana edad con trajes caros, pero de corte conservador y el tercero, una mujer cuyo cabello negro mate revelaba un intento fallido en el tinte. Los tres caminaban ligeramente por detrás de él en un orden inconsciente de deferencia, el mayor de los tres justo detrás de su hombro, mientras que el otro hombre y la mujer cada uno medio paso atrás. Mientras avanzaban hacia nosotros sobre el césped, el efecto era como estar viendo a mamá pata seguida por sus crías. Aunque mucho más amenazador.

Le dije a Lundy que regresaría al depósito de cadáveres, suponiendo que querría hablar con el padre de Leo Villiers a solas. El inspector asintió con aire distraído, pero luego volvió a llamarme a su lado.

–Pensándolo bien, doctor Hunter, ¿podría quedarse un poco más? Si no le importa, podría ser útil tenerlo aquí. –Transformó sus facciones en una sonrisa afable mientras el grupo se abatía sobre nosotros—. ¿Puedo ayudarlo, sir Stephen?

–¿Dónde está su superior?

La voz era como de hielo. El padre de Leo Villiers iba tan impecablemente vestido como la ocasión anterior en el estuario, con un abrigo de cachemira gris oscuro sobre un traje gris más oscuro. Todo en él era preciso, desde las uñas de manicura perfecta hasta la raya en la cabellera ligeramente alopecica. Pero la fuerte brisa que soplaba del mar le alborotaba el pelo, y bajo la apariencia de autocontrol se ocultaba una furia apenas contenida.

–Ahora mismo no está aquí–le dijo Lundy–. ¿Le esperaba? Si hubiese sabido que vendría, estoy seguro de que la inspectora...

–Quiero que salgan de mi propiedad.

Lundy enarcó las cejas.

–Tenía la impresión de que esta era la casa de su hijo. ¿Estaba equivocado?

El abogado más experimentado intervino rápidamente.

–La casa y sus terrenos son parte de la finca Villiers. Le sugiero que se vayan enseguida o se enfrentarán a acusaciones de acoso y daños a la propiedad.

–Bueno, no queríamos que pasara eso –dijo Lundy en voz baja–. Pero tenemos una orden judicial de registro de la propiedad. Pensé que la habían visto, pero si quieren, puedo...

–No reconocemos la validez de la orden. Ha sido emitida por motivos completamente espurios, por ninguna otra razón que no sea la de causar un sufrimiento emocional innecesario a un padre desconsolado.

El abogado hablaba con mucha más bravuconería que su empleador, quien continuó mirando fríamente a Lundy. Este parecía imperturbable.

–Bueno, no sé si serán «espurios». Pensaba que encontrar un cadáver con la mitad de la cara destrozada por un tiro era motivo suficiente. Y vestido con la ropa de Leo Villiers, además. –El inspector enarcó las cejas ante sir Stephen–. ¿Lo recuerda? ¿La ropa que usted mismo identificó?

Sir Stephen lo miró fijamente.

–¿Me está acusando de mentir?

–Dios me libre. –Si lo hubiese dicho otra persona podría haber sonado poco sincero–. No dudamos de que la ropa fuera de su hijo, sino el cadáver. Como padre, creía que querría descubrir qué ha pasado.

–No hay nada que descubrir. Mi hijo falleció en un trágico accidente y su cuerpo fue hallado hace tres días. Lo vi con mis propios ojos, y hasta el momento la policía también parecía convencida. ¿Ahora debo creer que sus

afirmaciones anteriores eran erróneas? Podría calificarse de incompetencia.

–No, solo se trata de analizar los nuevos hallazgos. El doctor Hunter, aquí presente, es antropólogo forense. En su momento expresó sus dudas respecto a que el cuerpo hubiese estado en el agua el tiempo suficiente como para tratarse de su hijo, cosa de la que creo que la inspectora Clarke ya le informó. Ahora hemos encontrado nuevas pruebas que sugieren que no lo es.

Sir Stephen volvió la cabeza de manera que clavó sus fríos ojos en mí. Sus tres abogados hicieron lo mismo. «Gracias, Lundy», pensé.

–¿Qué pruebas?

Miré a Lundy, pero él mantuvo una expresión imperturbable. «Muy bien, entonces.»

–Por lo que hemos podido observar, el pie derecho hallado en el arroyo pertenece al cuerpo que fue encontrado en el estuario. Pero su hijo se rompió el pie jugando al rugby, así que, si ese pie fuera suyo, todavía tendría las marcas de las fracturas. No es así. Y si no lo es, el cuerpo tampoco puede serlo.

Sir Stephen me miró con más atención. Su expresión no llegó a alterarse del todo, pero, de algún modo, su desdén se hizo evidente.

–Dice que encontraron ese pie en el arroyo.

–Sí, así es...

–Así que no estaba cerca de donde encontraron el cadáver de mi hijo. Ni siquiera estaba en el estuario.

–No, pero...

–Entonces ¿por qué iba a pensar que era suyo? Supongo que habrá alguna prueba de ADN que apoye su teoría...

Él sabía muy bien que no era así: Clarke le habría dicho que todavía estábamos esperando los resultados de las pruebas.

–Todavía no, pero las mediciones que tomé mostraron...

–Mediciones. –La forma en que pronunció aquella palabra destilaba desprecio. Sir Stephen se volvió hacia Lundy—. ¿Y esas son sus pruebas?

–En cuanto obtengamos los resultados de ADN...

–Estoy seguro de que confirmarán que mi hijo está muerto. Pero no los tienen, ¿verdad? Entonces todo esto... –una mano gesticuló con desdén hacia la casa– se basa en la opinión de un experto forense desvergonzado y con fama de problemático.

No estaba seguro de si estaba más sorprendido por el insulto o porque se hubiese tomado la molestia de averiguar quién era. El día de la recuperación del cadáver, apenas pareció reparar en mí. La sangre me afluyó al rostro cuando quise responderle, pero Lundy se me adelantó.

–Esto no tiene nada que ver con la reputación del doctor Hunter, sir Stephen. Él no se ha inventado lo del pie roto de su hijo, simplemente ha confirmado las discrepancias entre los restos y las radiografías que usted mismo nos proporcionó. Por supuesto, si de verdad quisiera contribuir a avanzar en la identificación, siempre podría autorizarnos a ver el resto de sus historiales médicos. Eso sí sería de verdadera ayuda.

Lundy hablaba con la misma afabilidad de siempre, pero no engañaba a nadie. El abogado más experimentado se apresuró a llenar el silencio.

–Sir Stephen ya ha dejado bien clara su posición. Los historiales médicos son, y deben seguir siendo, privados. En interés de la cooperación mutua, se hizo una excepción en las radiografías, pero...

–No hay nada en la historia médica de mi hijo que pueda ayudar en esta investigación. –Sir Stephen completó la frase de su abogado como si el hombre no estuviera allí–. Si tienen motivos para creer lo contrario, entonces compártalos. Si no, estoy seguro de que hay maneras más productivas de emplear el tiempo de la policía que desperdiciándolo aquí, tal como me aseguraré de trasladar a sus superiores.

–Estoy seguro de que lo hará –dijo Lundy con una expresión comprensiva–. De hecho, aquí viene uno de ellos.

La inspectora Clarke avanzaba apresuradamente por el césped que rodeaba la casa, con el rostro inexpresivo y el impermeable aleteando al viento alrededor de sus piernas. Lundy frunció los labios al verla.

–Es mejor que se vaya –me dijo en un murmullo mientras sir Stephen y su séquito se volvían hacia Clarke–. Le llamaré más tarde.

La inspectora no me reconoció cuando nos cruzamos, pero yo tampoco estaba de humor para saludos de cortesía. Todavía me ardía la cara cuando enfilé el camino que llevaba a la parte trasera de la casa, donde estaban aparcados los coches, sintiéndome aún furioso por el altercado con sir Stephen. «De todos los personajes engreídos y arrogantes que he conocido...» Joder, ¿qué clase de hombre no se molestaba siquiera en preguntar a la policía de quién creían que podía ser aquel cadáver?

¿O por qué lo habían encontrado vestido con la ropa de su hijo?

Junto a los contenedores de plástico para depositar la ropa de protección usada, tiré de la cremallera de mi mono con tanta fuerza que esta se atascó. Seguí tirando malhumoradamente de ella, maldiciendo por lo bajo cuando la tela de papel se desgarró.

–¿Un mal día en la oficina?

No me había percatado de que alguien se acercaba. El hombre que había hablado estaba apoyado contra un elegante Daimler negro, y fue más bien el coche que su cara lo que me hizo hurgar en mi memoria. Luego me fijé en las mejillas marcadas y reconocí al chófer de sir Stephen de la granja de ostras.

Estaba fumando de nuevo, y una delgada columna de humo subía del cigarrillo a medio fumar que sujetaba con los dedos. Desde el lugar donde estaba se veía perfectamente el sendero del costado de la casa, y en ese momento volvió a lanzar una mirada furtiva hacia él.

–Puede seguir fumando tranquilo, todavía están hablando –le dije forcejeando todavía con la cremallera.

Él esbozó una sonrisa de agradecimiento mientras daba otra calada al cigarrillo. Parecía más viejo de lo que creía, decididamente más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. De no ser porque estaba otra vez de pie junto al coche, dudo que lo hubiese reconocido. Incluso con las marcas de acné, no era la clase de hombre que destacaba entre la multitud. Sus facciones eran agradables pero vulgares, y pese a que lucía un buen corte, el pelo era de ese color anodino que, en lugar de encanecer, se aclara con la edad. Ahora que lo observaba con más detenimiento, vi que su complexión delgada era compacta, lo que contrastaba con su trabajo sedentario, pero no era algo obvio a simple vista. Con su traje azul marino, de fibra sintética y resistente, podría haber sido contable o funcionario público. De hecho, podría haber sido cualquier cosa.

–No será otro, ¿verdad? –preguntó señalando con la barbilla hacia la actividad que se llevaba a cabo en la casa.

–¿Otro qué?

Sonrió, captando mi reticencia.

–Otro cadáver. Primero el del estuario, luego el de ayer... Parece que hay excedente de cupo...

–Si usted lo dice.

Que yo supiera, la policía no había hecho público el hallazgo de un segundo cuerpo. Tarde o temprano se sabría, pero lo remoto de las Backwaters había sido más eficaz que cualquier intento de evitar dar publicidad a la noticia.

Sin embargo, estaba claro que el chófer de sir Stephen sabía algo. Se encogió de hombros y dio una calada al cigarrillo.

–Como quiera. No le estoy pidiendo que me diga nada, solo le cuento lo que he oído.

–¿Y qué es lo que ha oído?

–Bueno, si usted no me va a decir nada, ¿por qué habría de decírselo yo?

Sonrió, como si estuviéramos compartiendo un chiste privado. Sin embargo, su mirada se mantuvo atenta y vigilante en la maraña de arrugas producidas por su sonrisa. Soltó una bocanada de humo a un lado, lejos de mí.

–Solo era una broma. Lo único que sé es que ayer apareció otro cuerpo. Es una de las ventajas de un trabajo como el mío: la gente piensa que eres parte del mobiliario y olvida que tienes un par de orejas.

Así que alguien se lo había dicho a su jefe, y él lo había oído por casualidad. Me pregunté si la información le había llegado por un canal oficial o por cortesía de los amigos de sir Stephen en las altas esferas. No respondí, ocupado como estaba en arrancarme el mono destrozado.

–Siempre ha sido igual.

Levanté la vista, sin saber muy bien a qué se refería. El chófer dio otra calada al cigarrillo.

–El hijo del viejo –dijo sonriendo a través del humo–. Siempre fue un gilipollas. Algunas personas no saben la suerte que tienen.

Me salvé de tener que responder. Señalé hacia la casa mientras recogía el mono y lo arrojaba a un contenedor.

–Creo que su jefe ha terminado.

Volvió la cabeza bruscamente cuando sir Stephen y sus abogados aparecieron por la parte delantera de la casa. Por lo visto, la conversación con Clarke había sido breve. Con aparente parsimonia, el conductor se irguió y el cigarrillo desapareció como por arte de magia.

Sin ganas de tener nada más que ver con ninguno de ellos, me volví y me fui.

Trabajé en la morgue hasta después de las seis de la tarde. Me habría quedado más rato, pero tenía presente la invitación a cenar de Trask y quería volver al cobertizo para cambiarme. Tampoco habría podido hacer mucho más de todos modos.

Había pasado la tarde sacando el resto de los huesos del cadáver del estofado que había formado el detergente, enjuagándolos antes de colocarlos en su posición correcta sobre una mesa para que se secaran al aire. Una vez retirados los restos de cualquier tejido blando, los huesos, individualmente, eran de un color blanco crema y lisos, desde la elegante curva de las costillas hasta los intrincados discos de las vértebras. Aquel era un ser humano reducido a sus componentes mecánicos más básicos, esculturas biológicas sin correspondencia con la persona que fueron una vez. Era una última indignidad impuesta sobre lo que hasta no hacía mucho era un ser vivo. Pero era necesaria y, en mi opinión, mucho menos ofensivo que el acto que había acabado con la vida de este hombre.

Con suerte, nos diría un poco más sobre quién era.

Volver a ensamblar un esqueleto se hace más fácil con la práctica. Básicamente, se trata de repetir variaciones del mismo rompecabezas, en el que las piezas son familiares, pero diferentes cada vez. Con la obvia excepción del cráneo, el esqueleto estaba en buenas condiciones. No solo no había indicios de ningún otro trauma violento, sino que carecía de viejas lesiones, deformaciones o signos de degradación por patologías o por la edad. Lo más destacable era lo poco destacable que era.

Si el tiempo no hubiese sido un problema tan acuciante, habría esperado hasta que el esqueleto estuviera completamente armado antes de examinarlo. De todos modos, lo volvería a hacer antes de redactar mi informe. Sin embargo, había podido hacerme una idea bastante precisa del estado y las características de los huesos mientras los manipulaba, y ya comenzaba a formarme una imagen

completa. Con el suave zumbido de la campana de gases como acompañamiento, dejé que la furia que aún sentía por el altercado con sir Stephen se evaporase y me entregué de lleno a mi labor. Era un trabajo sencillo y repetitivo, la clase de tarea que había hecho tantas veces que incluso había llegado a adquirir un aspecto contemplativo. Cuando un técnico de laboratorio vino a avisarme de que Lundy estaba al teléfono, me sorprendió lo rápido que se me había ido la tarde.

Abandoné el olor a productos químicos y a carne guisada de la sala de autopsias y fui a atender la llamada. Lundy comenzó con una disculpa.

–No debería haberle puesto en esa situación con sir Stephen –dijo–. Pensé que podría ser útil oírlo de boca del propio experto, pero debería haber imaginado que también lo atacaría a usted.

–He vivido situaciones peores –le dije–. Me sorprendió que se haya molestado en comprobar mis antecedentes.

–No se llega a donde está él dejando las cosas al azar. Me atrevería a decir que hasta sabe lo que comemos todos para desayunar. Incluida la jefa.

–¿Cómo fue? –pregunté al recordar la expresión de Clarke cuando había ido a hablar con sir Stephen.

–Bueno, yo diría que quedó en un empate. La diplomacia no es el punto fuerte de Clarke, pero ni siquiera los abogados de sir Stephen pueden rebatir pruebas contundentes.

Había tenido tiempo de pensar en eso mientras volvía a la morgue desde la casa de Leo Villiers. Lo mirase por donde lo mirase, la actitud de sir Stephen parecía fuera de lugar. No era tanto por la falta de emoción: las personas mostraban su dolor de distintas formas, no todas públicamente, pero su insistencia en que su hijo estaba muerto tenía un punto perverso. Había conocido gente en estado de negación, que no aceptaba la muerte de un ser querido, pero nunca al revés.

–¿Por qué cree que insiste tanto en que es el cadáver de su hijo? Tiene que saber que, tarde o temprano, los resultados de ADN lo pondrán de manifiesto, así que, ¿qué sentido tiene?

Lundy dejó escapar un largo suspiro.

–Tal vez sea simplemente la formulación de un deseo. Sabe demasiado bien que si el cuerpo no es el de Leo, eso convierte a su hijo en sospechoso de asesinato. Esto no es como con Emma Derby: esta vez tenemos una víctima y pruebas que señalan directamente a Leo Villiers. Y eso hará un flaco favor a su reputación. Podría ser que sir Stephen prefiera un hijo muerto que uno vivo que suponga una vergüenza para él.

Eso me parecía incomprensible. Independientemente de los defectos de Leo Villiers, por muy malo que hubiera resultado ser, no podía concebir cómo un padre podía sentirse así con respecto a alguien que era carne de su carne. Sin embargo, al recordar al hombre frío y pulcramente vestido que había visto antes, pensé que tal vez Lundy tenía razón.

–¿Todavía está ahí, doctor Hunter?

–Sí. –Volví a concentrarme en el aquí y el ahora–. ¿Han encontrado algo más en la casa?

–La verdad es que no. En la fosa solo estaba enterrado el perro, y es como si hubiese esterilizado la casa. Todos los armarios limpios y bien ordenados, no hay restos de ropa sucia en el cesto... Lo único que hemos descubierto es que podría faltar otra escopeta, además de la Mowbry.

–¿Podría?

–Todavía estamos tratando de llegar al fondo del asunto. La Mowbry tenía su propio armario en el estudio de Villiers. La asistenta declaró que se encontraba abierto y vacío cuando informó de la desaparición de su jefe, así que supimos inmediatamente que no estaba. Pero cuando el año pasado reformó la casa, cambió la sala de armas por un gimnasio. El armario original para las armas fue trasladado a la bodega junto con otros objetos que no quería.

–¿Villiers tenía su propia sala de armas? Creía que no le gustaba cazar.

–Venía con la casa. Según se dice, sir Stephen era muy buen tirador, y solía organizar partidas de caza cuando la familia se alojaba aquí. Excepto por la Mowbry, todas las armas que había eran antiguas, de esa época. En el armario

debería haber seis, pero ahora solo hay cinco. Ninguna de las personas con quienes hemos hablado parece saber cuándo o por qué puede haber desaparecido. O si lo saben, no lo dicen.

–¿El armario estaba cerrado con llave?

Oí un ruido extraño, y cuando Lundy habló pude oír cómo se metía en la boca lo que supuse que era otro de sus antiácidos.

–Lo estaba. Que nosotros sepamos, solo Leo Villiers y su padre tenían llaves. Su asistente nos dijo que había una de repuesto en el cajón de su escritorio, pero todavía sigue allí.

–Entonces ¿qué cree que le pasó a la otra escopeta?

–Buena pregunta. –Hubo una pausa mientras masticaba y tragaba–. Puede que no sea nada, así que hasta que aparezca, tendremos que mantener la mente abierta. Bueno, ¿y a usted cómo le ha ido? ¿Tiene alguna pista más sobre la identidad del cadáver que encontramos en el estuario?

–Por lo que he observado, todo confirma que tenía veintitantos años. No hay defectos óseos congénitos evidentes, y muy poco desgaste de cualquier tipo en las articulaciones. El esqueleto también está excepcionalmente bien proporcionado: amplias clavículas y omóplatos, costillas bien formadas, caderas estrechas... No puedo decir con certeza que fuese atlético, pero tenía un torso en forma de V, de líneas clásicas. Y seguramente poseía una buena musculatura para sustentar los huesos.

–Entonces ¿tenía un buen cuerpo?

Una buena estructura ósea no siempre se traducía en un buen físico. Un individuo podía tener el esqueleto de un atleta y ser obeso o no estar en forma, y el cadáver que habíamos traído del estuario estaba demasiado descompuesto e hinchado como poder decantarse por una opción u otra. Sin embargo, era un hombre joven y, por lo tanto, con más tendencia a ser activo. Además, por la talla de la ropa que llevaba no parecía haber sufrido problemas de sobrepeso.

–Creo que sí –dije–. La única deformidad ósea eran los dedos en martillo, pero estoy empezando a pensar que en alguien de su edad podrían deberse a algún tipo de lesión de repetición. O incluso al uso de un calzado inadecuado cuando era más joven, aunque parece una deformidad un tanto demasiado severa para tratarse de eso.

Casi podía oír el cerebro de Lundy en movimiento.

–Ha dicho que cabía la posibilidad de que la víctima fuera de raza mixta. ¿Todavía lo cree?

–Solo sé lo que le dije antes, y eso únicamente se basaba en las órbitas oculares y el puente nasal. No es algo que pueda afirmar con certeza. –Recordé que Lundy también había hecho hincapié en la posibilidad de que la víctima fuera de raza mixta en la casa de Leo Villiers, aunque no había dicho por qué–. ¿Tiene alguna idea de quién podría ser?

–En realidad, no. Probablemente sea irrelevante, pero me recordó al merodeador que el jardinero afirmó haber visto fuera de la casa antes de la desaparición de Villiers. Solo lo vio un momento, pero dijo que era un hombre, joven y de piel oscura. «Parecía un inmigrante o un refugiado», fueron sus palabras textuales. Eso me hizo pensar en que no hay mucha población inmigrante en esta zona. No hay trabajo, no hay casas, y para llegar de forma ilegal a bordo de una barca, hay lugares mucho mejores a lo largo de la costa. Entonces ¿qué estaría haciendo un refugiado aquí?

–¿Cree que podría haber sido alguien de raza mixta o mestiza?

–No podemos descartarlo. Los tabloides han puesto a toda la población muy nerviosa con el asunto de los inmigrantes, y Cruckhaven no es lo que podría decirse un lugar multirracial, precisamente. Tal vez el jardinero sacara sus propias conclusiones calificándolo de refugiado.

Al recordar la ciudad desangelada que había visitado el día anterior, con sus tiendas cerradas y sus adolescentes de aspecto salvaje, pensé que Lundy podía tener parte de razón. Aun así, parecía una posibilidad remota.

–No significa que esta sea la misma persona. Ni explica qué estaba haciendo en casa de Leo Villiers.

–No, no lo explica –convino–. Se había producido una oleada de robos en casas aisladas, por lo que la hipótesis era que probablemente estaba haciendo un reconocimiento del lugar. Villiers tenía un buen sistema de alarma y no se denunciaron más robos, por lo que en ese momento no lo consideramos relevante. No cuando pensamos que Villiers se había suicidado. Pero ahora me pregunto si podría haber algo más...

Yo también me lo preguntaba, aunque no tenía ni idea de qué podía ser. Pero Lundy me había recordado otra cosa.

–Rachel me dijo que a ellos también les robaron. Poco después de la desaparición de su hermana.

–Es verdad –dijo con aire reflexivo–. Fue prácticamente el primero, ahora que lo dice.

–¿Cree que hay una conexión?

Hubo una pausa. Se oyó un crepitar en el teléfono que en un primer momento atribuí a la mala calidad de la conexión, hasta que me di cuenta de que se estaba frotando el bigote.

–Es difícil ver cómo, pero parece que hay demasiadas coincidencias.

Así era. Noté que Lundy se disponía a poner fin a la llamada, pero necesitaba decirle algo más.

–Antes, en la casa, hablé con el chófer de sir Stephen –le dije, y resumí la conversación que había mantenido con él–. No me ha dicho claramente cómo sabía que había un segundo cadáver, pero me dio a entender que era algo que había oído por casualidad.

–Menuda sorpresa –repuso amargamente Lundy–. Teniendo en cuenta los nombres que sir Stephen debe de tener en su agenda de direcciones, no me sorprendería que supiese qué es lo que pasa antes que nosotros. ¿Podría ser que el chófer simplemente sintiese curiosidad o estaba tratando de sonsacarle información?

–No lo sé, pero no le dije nada. ¿Cree que esperaba poder informar a sir Stephen?

Soltó un bufido.

–Digamos que no veo a nadie trabajando para el señor Villiers que no sepa qué es lo que le conviene.

–Entonces ¿por qué me habló mal de Leo Villiers?

No creía que a sir Stephen le hiciese gracia que uno de sus empleados hablara así de su hijo.

–No lo sé. Tiene razón, parece extraño. –Casi podía oír a Lundy frunciendo el ceño en el otro extremo–. Muy bien, déjemelo a mí.

Antes de colgar, me dijo que Clarke también quería que examinara los restos del alambre de espino. Él no había hablado con Frears y, por tanto, no conocía los resultados de la autopsia, pero prometió enviarme el informe por correo electrónico tan pronto como pudiera. Mientras colgaba, reflexioné sobre el hecho de que, apenas hacía un día, creía que me habían apartado de la investigación para siempre.

No tenía la intención de meter la pata una segunda vez.

Había oscurecido cuando llegué al cobertizo. Apagué el motor y permanecí sentado en el interior del coche durante unos instantes, saboreando la tranquilidad. El viejo edificio de piedra en la orilla del arroyo parecía una parte tan importante del paisaje como las dunas y la hierba de los pantanos. Aquella era mi hora favorita, el prolongado momento en que el día está en pausa entre la tarde y la noche. Estaba cansado, pero era el tipo de cansancio derivado de un buen día de trabajo y no de la enfermedad.

Salí del coche, me desperecé y fui a sacar mis cosas del maletero. De camino había pasado por un supermercado para comprar comida: si iba a quedarme allí unos días, necesitaría algo más que tostadas y huevos. Cogí las bolsas, di un paso atrás para cerrar el maletero y por poco me atropella un coche que pasó por mi lado a toda velocidad.

–¡Joder!

Me tambaleé, zarandeado por su rebufo. El coche era un viejo *hatchback* blanco con una franja roja de carreras. Acerté a ver la melena rubia de la conductora y luego desapareció, con el resplandor amarillo de los faros engullido por el túnel de espinos que formaba un arco sobre la carretera. ¡Dios! Me lo quedé mirando, tembloroso y conmocionado después del susto, pero no tanto como para no haber reconocido a Stacey Coker. No creo que se hubiese percatado siquiera de que estaba allí, y cuando mi ritmo cardíaco se normalizó, caí en la cuenta de que venía de la casa de Trask.

Eso podría explicar la manera como conducía.

Al entrar en la casa, saqué la compra de las bolsas y puse la tetera a hervir. Me quité los zapatos, me dirigí al sofá donde había dejado la bolsa de viaje y solté una maldición al pisar otra vez el tirador de la trampilla bajo la alfombra. Recordando tardíamente la advertencia de Rachel, me froté los dedos del pie y maldije de nuevo antes de tirar de la alfombra hacia atrás para echar un vistazo.

Una pesada anilla de hierro cerraba la trampilla de madera. Estaba parcialmente encastrada, pero suficientemente separada todavía del suelo para tropezarse en ella. Se trataba, obviamente, de una compuerta de carga para el pequeño muelle de abajo, de cuando aquel cobertizo debía de ser un astillero para reparar las barcas en lugar de un apartamento-bombonera para pasar las vacaciones. Intenté tirar de la anilla, pero la compuerta permaneció bloqueada con una especie de traqueteo, cerrada con un pasador o un pestillo por la parte de abajo. La anilla se negaba tozudamente a quedarse en posición horizontal y pensé en arrastrar hasta allí el pesado tronco de pino que hacía las veces de mesita auxiliar para colocarlo encima. Sin embargo, la anilla sobresalía demasiado como para poder colocar algo encima, así que al final me rendí y la tapé de nuevo con la alfombra.

La tetera ya había arrancado a hervir. Comprobé la hora y me preparé una taza de té antes de cambiarme para la cena.

Aparqué en la zona cubierta de grava justo al lado del sendero que llevaba a Creek House. Allí, lejos de la contaminación lumínica de cualquier ciudad, era como si la oscuridad tuviese un peso físico. Se veía el resplandor de una lámpara exterior a través del bosquecillo de abedules, pero desde esa distancia solo servía

para realzar la oscuridad alrededor. Usé la linterna del móvil para guiarme por el sendero entre los árboles, hasta que estuve lo suficientemente cerca de la casa para no necesitarla. La apagué cuando salí del bosquecillo, y justo en ese momento, Jamie asomó doblando la esquina de la casa. Parecía a kilómetros de distancia de allí, distraído y con el ceño fruncido. Emergí de entre las sombras.

–Hola –lo saludé.

Él se sobresaltó, sacudiendo la cabeza hacia mí por la sorpresa.

–¡Mierda!

–Lo siento, no pretendía asustarte.

–Ya, no, yo acababa de... –Parecía nervioso y avergonzado.

–Tu padre me ha invitado a cenar.

–Ah. Bueno, él está dentro.

El muchacho echó a andar.

–Antes de que te vayas, aún no he tenido la oportunidad de darte las gracias por reparar mi coche –le dije–. Has hecho un excelente trabajo.

Él se encogió de hombros, incómodo de nuevo.

–De nada.

Saltaba a la vista que no quería hablar, así que saqué el sobre de mi bolsillo con el dinero que había extraído del cajero para él. Se lo ofrecí.

–Ten. Espero que sea suficiente.

Jamie frunció el ceño, mirando el sobre sin tocarlo.

–¿Qué es eso?

–Lo que te debo.

–No quiero que me pague nada.

–Es solo lo que me cobraría cualquier taller. Probablemente menos –añadí pensando en Coker–. Si vas a ir a la universidad más adelante, es muy probable que lo necesites.

Frunció la boca en una línea firme. Incluso en el tenue resplandor de la luz sobre la puerta principal, el parecido con su padre era inconfundible.

–¿Quién le ha dicho eso?

–Pensé que... –Me guardé de decir que se lo había oído tanto a Rachel como a su padre. Era evidente que había cierto desacuerdo sobre su futuro, pero ese era un tema en el que no pensaba inmiscuirme–. Bueno, debo de haberlo entendido mal. Guárdatelo para un año sabático, entonces.

–Tampoco voy a tomarme un año sabático. No pienso ir a ningún lado, no cuando...

Se calló y miró hacia otro lado. Todavía le tendía el sobre, preguntándome cómo podía ser tan complicado tratar de pagar a alguien.

–Está bien, bueno, tómalo de todos modos. No es mucho, pero...

–Ya se lo he dicho, no quiero que me pague –insistió con voz repentinamente áspera, y, antes de que pudiera añadir algo más, se alejó hacia los coches.

Bajé el sobre, lamentando haber tocado alguna fibra sensible sin querer. Muchos adolescentes se alegrarían de largarse cuanto más lejos mejor después de lo sucedido, pero Rachel me había prevenido respecto al carácter protector de Jamie. Aun así, tirar su propio futuro por la borda no iba a ayudar a nadie.

Mientras guardaba el sobre –tendría que dárselo a Rachel o a Trask para que se lo entregaran–, tuve la tentación de regresar a mi coche e irme, pero ahora era demasiado tarde para echarse atrás. Respiré hondo y subí los escalones para llamar a la puerta.

Abrió Trask. Me miró fijamente y supuse que había olvidado la invitación.

–No llego demasiado temprano, ¿verdad? –dije dándole una pista.

–No, claro que no. Adelante. –Cerró la puerta cuando entré. El pasillo no estaba iluminado, pero la luz se derramaba por las escaleras desde la cocina—. Estoy acabando de hacer una cosa, pero Rachel está arriba. Subiré en un minuto.

Eché a andar por el pasillo hacia una puerta entornada tras la que se veía un tablero de dibujo iluminado por una lámpara. Tras preguntarme una vez más si no había cometido un error al ir allí después de todo, comencé a subir las escaleras. El olor de la cocina se hizo más intenso, un aroma a estofado de carne que trajo consigo asociaciones mentales desagradables con la cubeta de huesos hirviendo en el depósito de cadáveres.

Rachel estaba atareada en la cocina mientras Fay permanecía sentada en un taburete de la isla de granito, removiendo algo en un cuenco con una cuchara larga. La perra estaba tumbada a sus pies con un aspecto lastimoso. Le habían rasurado amplias extensiones del pelaje que revelaban la carne desnuda y distintos apósitos, y llevaba un cono protector alrededor de la cabeza para evitar que se los lamiera.

Levantó la cabeza al verme, golpeando brevemente la cola en el suelo antes de dejar caer la cabeza de nuevo con un suspiro trágico. Rachel se apartó de las cazuelas humeantes y me dedicó una sonrisa decididamente radiante.

–Hola. No he oído la puerta. La cena estará lista dentro de unos quince minutos.

–¿Puedo hacer algo?

Se apartó un mechón de cabello de la cara, con aire acalorado y de agobio.

–No, gracias. Ponte cómodo.

Miré a la hija de Trask. Estaba pálida, y tenía sombras debajo de los ojos. Llevaba apósitos adhesivos en las manos y las muñecas, y vi la protuberancia de vendajes más voluminosos debajo de su camiseta de manga larga.

–Hola, Fay. ¿Cómo te encuentras?

La niña se encogió de hombros con indiferencia.

–Bien.

–Bien, gracias –la reconvino Rachel, y cosechó una mirada inexpresiva–. Intentamos que los médicos le pusieran un collar como el de *Cassie* a ella también, pero, por alguna razón, dijeron que no.

Fay la fulminó con la mirada antes de volver a remover el cuenco. Rachel me miró por encima de la cabeza de la niña y alzó los ojos hacia el techo. Le enseñé la botella de vino que traía conmigo. Era el burdeos blanco que había planeado llevar a casa de Jason y Anja, todavía frío desde la nevera del cobertizo.

–¿Lo abro?

–Sí, por favor. –Y articuló con los labios: «Gracias a Dios».

–Papá no bebe vino –dijo Fay sin levantar la vista.

–No, pero yo sí –replicó Rachel–. Y al doctor Hunter a lo mejor también le apetece una copa.

Su sobrina le lanzó una mirada maliciosa.

–¿Por qué? No es una ocasión especial.

–No tiene por qué serlo. A veces a la gente le gusta beber vino con la cena.

–¿A los alcohólicos, quieres decir?

–No, no quería decir eso –dijo Rachel con una paciencia exagerada–. Vamos, Fay, no empieces.

–¿Que no empiece el qué?

–Ya lo sabes.

–No, no lo sé.

La niña le sostuvo la mirada con calculada insolencia. Rachel negó con la cabeza, exasperada.

–Está bien. ¿Puedes dejar de remover el pastel para perros un momento y poner la mesa?

–Estoy cansada –dijo Fay empujando el recipiente sin más ceremonia al centro de la isla y echando a andar hacia la escalera con paso furioso.

Rachel soltó un suspiro cuando los pasos de la niña se alejaron por la escalera.

–Y eso que ni siquiera ha llegado a la adolescencia.

–Tiene que estar hecha polvo después de lo de ayer.

–Sí, ya lo sé, pero el numerito de niña mimada no es nuevo, simplemente sabe que puede salirse con la suya, cada vez más. –Me lanzó una sonrisa sombría–. Te alegras de haber venido, ¿verdad?

Me había alegrado al verla, pero cada vez estaba más convencido de que no había sido una buena idea. Me hubiesen invitado o no, ya había suficiente tensión en aquella casa sin sumar mi presencia a ella.

–He olvidado traer la chaqueta que me prestaste –le dije decidiendo pisar un terreno más seguro.

–No importa, solo es una chaqueta vieja. Déjala en el cobertizo y ya está. – Señaló con la cabeza hacia la botella de vino–. El sacacorchos está en el primer cajón.

–No tienes que abrirlo por mí.

–No lo hago por ti. No hagas caso a Fay, ella solo... es como es. Andrew ya no bebe, pero no le importa que los demás lo hagan. Emma sí bebía, desde luego, y a mí me apetece mucho, muchísimo, una copa. –Hizo una mueca–. Dios..., ahora sí que parezco una alcohólica. Pero es que hoy ha sido uno de esos días...

Encontré un sacacorchos y abrí la botella de vino, vertiéndolo en las copas que me ofrecía Rachel.

–¿Estás segura de que no puedo ayudar? –pregunté mientras ella seguía espumando las cazuelas.

–No, todo está listo, gracias. Aunque puedes meter el pastel para perros en el congelador. En la isla de la cocina hay una bandeja para horno, ponlo ahí por favor.

Hizo una señal hacia el cuenco que Fay había estado removiendo. Contenía una masa pardusca y había una bandeja antiadherente para horno a su lado.

–Entonces ¿esto es un postre para *Cassie*? –pregunté en un tono de voz vacilante, mientras vertía la mezcla en la bandeja.

Rachel estalló en carcajadas.

–No, es un pudín. Masa de galleta, pasas y chocolate derretido, para merendar o algo así. Solo lo llamamos así familiarmente porque parece, bueno...

–¿Comida para perros?

Me alegré al verla reír de nuevo.

–Está más rico de lo que parece. Te lo prometo.

Los pasos en las escaleras anunciaron la llegada de Trask. Bajo las potentes luces de la cocina, vi que tenía mejor aspecto que el día anterior, aunque no demasiado. Había cambiado el suéter raído por una camisa vaquera negra desteñida y unos vaqueros, y la barbilla sin afeitar empezaba a adquirir toda la apariencia de una auténtica barba. Llevaba las gafas apoyadas en la cabeza.

Reparó en las copas de vino.

–Parece una buena idea.

Rachel pareció sorprenderse cuando lo vio ir al armario y sacar otra copa.

–Lo siento, no pensé que fueras a querer vino.

–Bueno, pues sí quiero.

Ella le dio la espalda mientras Trask se servía el vino en la copa, aunque no antes de que advirtiera la sombra de inquietud en su rostro. Tenían vino en casa, y evidentemente, a Trask no le importaba que otras personas bebieran, pero era obvio que allí pasaba algo con ese tema, y esperaba no haber desencadenado ningún tipo de rencilla entre ellos sin saberlo.

Trask asintió con aprobación mientras tomaba un trago.

–No ha comprado eso en Cruckhaven.

–No, en Tesco.

–Ah, me había parecido reconocer el *terroir*.

Vi que estaba haciendo un esfuerzo por ser sociable. Caí en la cuenta de que no debían de haber tenido muchos invitados a cenar recientemente.

–Gracias por haberme invitado a cenar. Se lo agradezco de veras.

–No sea ridículo, es lo menos que podemos hacer después de lo de ayer – dijo, pero no parecía sentir realmente lo que decía. Tomó otro trago de vino y luego cogió la botella y rellenó nuestras copas, la mía incluida, antes de que pudiera detenerlo–. Bueno, ¿dónde está Fay? Se suponía que iba a ayudar.

–Y estaba ayudando. Ha tenido que ir al baño.

Rachel llevó una cazuela al fregadero y retiró la espuma con una espumadera. Tal vez fuese porque sabía que acababa de decir una mentira piadosa, pero lo detecté en su voz. Trask no pareció advertirlo.

–¿Y Jamie?

–Me he encontrado con él fuera –dije.

La expresión de Trask se endureció.

–¿Haciendo qué?

–No sé –respondí esperando no haber hablado más de la cuenta.

Joder, Rachel tenía razón: allí había que andar con pies de plomo.

Le lanzó una mirada a Rachel.

–Le dije que esta noche tenía que cenar con nosotros. Será mejor que no se haya escaqueado otra vez.

–No lo hará, ya lo sabe. –Rachel mantuvo un tono neutro, a todas luces acostumbrada a ejercer de mediadora–. ¿Alguien puede poner la mesa, por favor?

Me levanté para hacerlo, pero Trask me hizo una seña para que me sentara de nuevo.

–Yo lo haré. Diría que ya ha trabajado bastante últimamente, doctor Hunter.

–Llámame David. Podemos tutearnos si quieres –le dije eludiendo la pregunta.

Podía haber sido algo inocente o no, pero no pensaba dejarme arrastrar a hablar del trabajo.

Trask sacó los cubiertos y los manteles individuales de caña de un cajón y los llevó a la mesa de comedor de palisandro.

–Bueno, y entonces ¿sabes ya cuánto tiempo te quedarás por aquí?

–Tal vez un par de días más. Pero si es una molestia que me aloje en el cobertizo, puedo buscar otro sitio.

–Si fuera una molestia, no te alojarías allí. –Terminó de poner la mesa y bebió otro sorbo de vino. Tras echar un vistazo a la botella casi vacía, fue al enfriador de vino y escogió otra botella. Vi a Rachel lanzarle una mirada nerviosa–. ¿Cómo va la investigación?

–Está avanzando.

–Avanzando. –Sacó un sacacorchos del cajón y usó la punta para retirar la cápsula del cuello de la botella–. ¿Qué hay del cadáver del arroyo? ¿Alguna idea de quién era?

–Andrew, estoy segura de que David no...

–Y yo estoy seguro de que David es perfectamente capaz de responder por sí mismo. –Enroscó el sacacorchos en su sitio–. Me estoy portando bien. No he preguntado nada sobre Villiers. Y creo que tengo derecho a preguntar por el cadáver con el que mi hija compartía el alambre de espino.

El corcho salió con un pequeño estallido. Trask dejó la botella abierta, mirándome con un atisbo de desafío.

–Lo siento, pero no hay mucho que pueda contarte –le dije, lo cual era verdad, en todos los sentidos.

–¿Me estás diciendo que la policía no ha dicho nada más al respecto?

–No; sobre su identidad, no.

Mi ignorancia era auténtica: ni siquiera había tenido tiempo de leer el informe de la autopsia que Lundy había enviado antes por correo electrónico. Trask no parecía satisfecho, pero antes de que pudiera preguntar algo más, se oyó el ruido de la puerta de entrada al abrirse abajo.

–Ese debe de ser Jamie. –Rachel parecía aliviada por la interrupción. Acudió a la parte superior de las escaleras y lo llamó—. Jamie, ¿puedes decirle a Fay que suba? La cena está lista.

Trask se quedó en silencio mientras nos dirigíamos a la mesa y sirvió los últimos vestigios del vino que yo había traído en mi copa y la de Rachel, y volvió a llenar la suya de la botella que acababa de abrir. Rachel lo observaba inquieta, pero no dijo nada.

Me di cuenta de que nunca debí haber aceptado la invitación de Trask. Alquilar el cobertizo era una cosa, pero compartir mesa con él era otra muy distinta. Era pedir demasiado esperar que obviase cualquier alusión a la investigación, y debería haber tenido la suficiente sensatez para ver en qué tipo de situación me estaría metiendo. Todas las personas ajenas a la investigación seguían creyendo que Leo Villiers había muerto y que el cadáver que la policía había recuperado del estuario era el suyo, así que ahora estaba a punto de sentarme a cenar con la familia de una mujer desaparecida, fingiendo que no sabía que su presunto asesino todavía seguía con vida.

¿En qué estaba pensando?

Me di cuenta de que Rachel me miraba mientras llevaba los platos a la mesa. Me obligué a mí mismo a sonreír. Ahora ya estaba allí, así que no tenía más remedio que aguantarlo lo mejor posible.

Fay subió las escaleras, con una atormentada expresión de aburrimiento en su rostro.

–¿Dónde está Jamie? –preguntó Trask.

Su hija arrastró una silla por el suelo y se dejó caer en ella.

–Dice que no tiene hambre.

–Iré a buscarlo –dijo Rachel rápidamente, pero Trask ya se estaba poniendo en pie.

La misma mueca que había visto en la cara de su hijo antes, frunciendo unos labios apretados, afloró en ese momento en la suya.

–No, tú quédate aquí.

Ella lo observó bajar la escalera, con mirada ansiosa. Mientras Fay acariciaba y le decía cosas a la perra, que se había tumbado a sus pies, me levanté de la mesa y fui junto a Rachel, que se disponía a sacar el estofado del horno.

–Debería irme –dije en voz baja.

Rachel miró de reojo a Fay, dejó la cazuela y se volvió hacia mí.

–Será peor si te vas ahora.

No entendía cómo podría ser peor.

–Lo siento, no debería haber venido.

–Pues yo me alegro de que lo hayas hecho –dijo en voz baja.

Sentí que algo se deshacía en mi interior cuando aquellos ojos verdes me miraron, un nudo que había estado allí tanto tiempo que ya ni siquiera lo notaba. Rachel me sostuvo la mirada mientras los pasos en las escaleras anunciaban el regreso de Trask y su hijo. Luego, tras recoger una pila de platos de la cocina, me los ofreció.

–¿Los llevas, por favor?

«Mierda», pensé. Mientras cogía los platos que me ofrecía, me pregunté qué narices creía que estaba haciendo. Trask y Jamie se acercaron cuando los puse en la mesa. Ninguno de los dos parecía muy contento, ya que ocuparon sus respectivos lugares en silencio. Jamie suspiró aparatosamente al sentarse, mirando a su hermana mientras se inclinaba para acariciar a la perra.

–Parece que estés compitiendo por ver quién de las dos lleva más vendajes.

–Cállate.

–Creo que *Cassie* gana. Deberíamos empezar a llamarla *Frankencassie* a partir de ahora.

–No, no vamos a llamarla así.

–«¡Está viva! ¡Está viva!» ¡Ladra!

–¡Para! ¡Eres tú el que se parece a Frankenstein!

–¡Y yo he creado un perro! ¡Levántate, *Frankencassie*, levántate!

–¡Cállate de una vez! –le gritó su hermana, pero ambos se estaban riendo.

–Está bien, tranquilizaos los dos –ordenó Trask, y las risas cesaron de repente.

Se hizo el silencio otra vez cuando Rachel llevó la cazuela a la mesa.

El sonido metálico del cucharón resonaba con fuerza mientras servía la comida. Miré a través del ventanal y vi que, una vez más, la noche lo había convertido en un espejo oscuro. El arroyo había desaparecido detrás de un reflejo humeante de la habitación, donde otras cinco personas se sentaban alrededor de una mesa idéntica a la nuestra. No parecían estar disfrutando más de lo que disfrutábamos nosotros.

–Servíos patatas y brócoli vosotros mismos –dijo Rachel mientras ella servía el estofado de pollo en los platos y los pasaba.

Fay frunció el ceño.

–Odio el brócoli.

–Eso es porque es comida para el cerebro y tú no tienes cerebro.

El tono de su hermano aún era jocoso, pero esta vez su hermana frunció el ceño.

–¡Soy más lista que tú!

–Sí, en tus sueños.

–¡Lo soy! Si eres tan listo, ¿cómo es que no aprobaste los exámenes de práctica?

–Ya es suficiente –intervino Trask–. Fay, cómete el brócoli y deja de fanfarronear.

–No estoy...

–¡He dicho que ya basta!

El tintineo musical de los cubiertos parecía realzar aún más el silencio.

–Esto está delicioso –dije a la par que tomaba otro bocado de comida.

Rachel sonrió, más agradecida por el intento de dar conversación que por el cumplido.

–Gracias. La receta se llama pollo *stroganoff*, pero ese simplemente es un nombre elegante para decir estofado de pollo y champiñones.

–Está muy bueno –dijo Trask diligentemente.

Alargó el brazo para servirse más vino. Vi a Rachel mirarlo de reojo. Jamie hizo lo mismo.

–¿Puedo tomar una copa de vino?

–No.

–¿Por qué no?

–Vamos a seguir cenando, ¿de acuerdo?

–No entiendo por qué no puedo tomar una copa de vino yo también. Tengo dieciocho años, bebo cuando salgo.

–Pero no en esta casa. Cuando vayas a la universidad, podrás hacer lo que quieras, pero hasta entonces harás lo que yo diga.

Se me hizo un nudo en el estómago; después de la conversación que había tenido con Jamie, ya sabía lo que se avecinaba. La expresión del joven se endureció.

–Ya te lo he dicho, no voy a ir a la universidad.

Trask hizo una pausa y luego siguió comiendo.

–No empieces con eso otra vez.

–Yo no he empezado. Lo has hecho tú.

–Entonces, déjalo. No vamos a tener esta conversación ahora.

–Perfecto. No hay nada de qué hablar de todos modos. Es mi decisión, y ya la he tomado.

Fay masticaba despacio y los miraba a los dos con los ojos abiertos como platos.

–Yo no quiero que Jamie se vaya de casa.

Su hermano le lanzó una sonrisa forzada.

–No pasa nada, no voy a ir a ninguna parte.

–Tú no te metas en esto, Fay –le dijo Trask–. Y Jamie, no hagas promesas a tu hermana que no puedas cumplir. No es justo que le des esperanzas.

–¿Y qué tiene que ver la justicia con eso? –exigió Jamie–. Es mi vida, y puedo hacer lo que quiera.

–Jamie... –dijo Rachel, pero ni él ni su padre le hicieron caso.

–¡No si vas a ser un maldito idiota! –estalló Trask–. ¡No dejaré que lo tires todo por la borda por un capricho juvenil!

–Claro, como tú eres tan experto...

–¿Qué se supone que significa eso?

–Sabes muy bien lo que significa. ¿De verdad pretendes darme lecciones sobre tomar malas decisiones?

–Ya basta. Vete a tu cuarto.

–¿Por qué? Es la verdad. ¡Todos lo sabemos! Si no hubieras insistido en arrastrarnos a todos aquí, ella no estaría...

La silla de Trask chirrió en el suelo de madera cuando se puso en pie. Traté de pensar en una manera de poner paz en la situación y no se me ocurrió nada.

–¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? –Jamie tenía la cara roja de furia, por lo que las manchas gemelas que le teñían las mejillas eran aún más vívidas–. Adelante, llevas años muriéndote de ganas de hacerlo. Y ya, de paso, también podrías...

–¡Basta! –El grito de Rachel atravesó el ambiente de cólera que reinaba en la habitación–. Por el amor de Dios... ¡parad de una vez!

Todos la miraron. Rachel se quedó con la mirada fija en el centro de la mesa mientras su pecho subía y bajaba. La tensión invadió todo el espacio. Trask tomó aire para hablar, pero cuando lo hizo se oyeron unos fuertes golpes en la planta de abajo.

Alguien estaba llamando a la puerta.

Fue como si hubiese estallado una burbuja. Durante un par de segundos, nadie reaccionó, pero entonces Trask se recuperó.

–¿Quién diablos será? –dijo volviéndose hacia las escaleras.

Quiquiera que fuese, quería llamar nuestra atención. Sentí el suelo vibrar bajo mis pies mientras se sucedían los golpes. La perra comenzó a ladrar, sumándose al estrépito.

–Ya voy yo. Chiss, *Cassie*... –dijo Rachel mientras hacía ademán de levantarse.

Trask le hizo una seña para que se sentara otra vez, con una expresión de fastidio en el rostro.

–No, tú quédate aquí. –Tuve la impresión de que se alegraba de tener una excusa mientras corría escaleras abajo-. ¡Ya voy, ya voy!

Los golpes no cesaron. Rachel se volvió hacia Jamie.

–¿Estas bien?

Él asintió con la cabeza, pero aún no había recobrado un color normal.

–Sí.

–Van a romper la puerta –exclamó Fay con indignación y voz asustada mientras el martilleo se hacía aún más fuerte.

–¡He dicho que ya voy, maldita sea! –llegó la voz de Trask desde el pasillo. El ruido cesó cuando abrió la puerta de entrada-. Muy bien, ¿se puede saber qué..?

–¡¿Dónde está ese hijo de puta?!

Se oyó un repentino alboroto. Me levanté de un salto cuando unos pasos pesados subieron las escaleras y entonces vi aparecer a Coker.

Había cambiado el mono de mecánico y el gorro manchados de aceite por unos vaqueros y una camisa de manga corta ajustada en los bíceps y la tripa. El fornido dueño del patio del taller mecánico para coches y barcas fue directamente hacia Jamie, con el rostro desencajado.

—¡Maldito cabrón de mierda! ¡Te lo advertí, joder!

Me puse delante de Coker con la intención de tratar de calmarlo, pero no tuve ocasión. Me apartó a un lado a la fuerza, y ya fuese por accidente o de forma deliberada, me dio con la mano en toda la cara. Un fogonazo me cegó cuando lo agarré, tratando de detenerlo. Fue como tratar de frenar a un toro. Había una masa sólida debajo de la grasa, pero en lugar de derribarme, se detuvo bruscamente. Parpadeé para tratar de recobrar la vista, y vi que Rachel tenía un brazo alrededor de Fay y, con la otra mano, sujetaba el collar de la perra, que no dejaba de ladrar. Jamie estaba de pie delante de ellas, con semblante pálido, pero con un brillo de determinación en la mirada.

Llevaba en la mano el cuchillo de pan de hoja larga.

—¿Qué vas a hacer con eso? —se burló Coker, pero no se acercó más.

Todavía le sujetaba el brazo, y percibí el olor a aceite y sudor que emanaba su cuerpo. Mientras me preguntaba qué hacer, Rachel dejó el collar del animal en la mano de Fay y avanzó hacia él.

—¿Qué demonios te pasa?

Coker parecía sorprendido por su indignación. Señaló a Jamie con la barbilla.

—¡Pregúntale a él!

Jamie parecía confuso, luego miró detrás de Coker y le cambió el gesto.

—¿Papá? ¿Estás bien?

Trask había aparecido en lo alto de la escalera, tembloroso y despeinado, pero ileso. Apretó los puños mientras asimilaba lo que veían sus ojos.

–Tienes cinco segundos para largarte de aquí antes de que llame a la policía.

Coker sacudió el brazo para zafarse de mí.

–¡Muy bien! Llámalos. ¡Diles lo que ha hecho el cabronazo de tu hijo!

–¿Y qué es lo que ha hecho?

–¡Intentó violar a Stacey!

Jamie lo miró boquiabierto y luego su rostro se puso colorado.

–¿Qué? ¡Eso es mentira!

–¡Me llamó por teléfono, aterrorizada! –replicó Coker–. ¡Me dijo que llevas semanas presionándola, que no aceptabas un no por respuesta! ¡Y cuando no quiso cambiar de idea, trataste de obligarla!

–¿Yo, forzarla? Estás de broma, es ella la que ha estado suplicándome que...

La voz de Trask fue como un latigazo.

–¡Basta!

–Pero papá...

–He dicho que ya basta. Y por el amor de Dios... ¡Suelta ese maldito cuchillo! –Se volvió hacia Coker–. ¿Y cuándo ha ocurrido eso supuestamente?

–¡Nada de «supuestamente»! Fue después de que ella saliera del trabajo esta tarde –escupió Coker–. Stacey me llamó llorando. Me hizo prometer que no se lo diría a la policía, ¡no quería meter en líos a ese cabrón!

Jamie levantó los brazos.

–¡Oh, venga ya! ¡Vino aquí a insistirme para que vaya a una fiesta de mierda mañana, y cuando le dije que no, me dio una bofetada y se fue! ¡Solo está armando follón!

–¡Debería haberte arrancado las pelotas en lugar de darte una bofetada! –Coker tenía los puños apretados, pero logró contenerse–. Es imposible que Stacey volviera a venir aquí, ¡sabe muy bien que no debe hacerlo! ¡Tú la

llamaste haciéndole creer que tenías algo importante que decirle, quedasteis en veros fuera de la ciudad y te abalanzaste sobre ella! ¡Casi le arrancaste la camiseta!

–Papá, ¡todo eso es mentira!

–Jamie ha estado en casa todo el día –dijo Trask fríamente–. No puedo saber dónde ha estado tu hija, pero sí puedo decirte que Jamie no ha ido a ninguna parte.

–¿Y tú cómo lo sabes? Has estado vigilándolo todo el tiempo, ¿verdad? –se mofó Coker–. ¡Ya lo defendiste antes y vuelves a defenderlo ahora!

Aquello no era asunto mío, pero no podía callarme cuando yo sabía algo que ellos no sabían.

–¿A qué hora fue eso? –pregunté.

Coker me lanzó una mirada asesina.

–¿Qué coño tiene esto que ver con usted?

–Un Ford Fiesta blanco con rayas de carreras estuvo a punto de atropellarme hace una hora en la puerta del cobertizo –expliqué–. Venía de esta dirección y volvía a la ciudad.

Coker trató de articular algo con la boca mientras procesaba la información.

–¡Y una mierda! ¡A Stacey no se le ocurriría venir aquí ni muerta!

Vacilé y luego decidí que era mejor decírselo.

–También estuvo aquí el fin de semana. La vi cuando esperaba a que me reparasen el coche.

Si él hubiera aceptado el trabajo, podría haberla visto él mismo, pero sabía que era mejor no mencionarlo. Trask miró a su hijo con expresión de furia.

–¿Stacey ha estado aquí?

Coker no le dio a Jamie oportunidad de responder. Ahora había canalizado toda su ira hacia mí.

–¡Está mintiendo! ¡Los está encubriendo!

–Oh, por el amor de Dios, ¿por qué iba a importarle tanto esto a un maldito forastero como para inventarse una cosa así? –exclamó Trask–. ¿Y por qué no demuestras un poco de consideración por mi hija? Ha salido del hospital esta mañana, ¿y ahora te presentas en mi casa profiriendo amenazas?

No creía que Coker hubiera advertido la presencia de Fay hasta ese momento. Un gesto de incertidumbre se apoderó de su rostro mientras miraba a la niña asustada que se acurrucaba detrás de Rachel, y vi cómo se fijaba en los apósitos en sus delgados brazos.

Pero aún no estaba listo para dar marcha atrás. Se enfrentó a Jamie de nuevo.

–Stacey no se inventaría una cosa así. ¡Sé que le has hecho algo, maldito cabrón!

Eso provocó una risa amarga.

–Ah, sí, claro, porque como ella es tan...

–¡Jamie! –Trask miró a su hijo y luego se volvió hacia Coker–. Ya has dicho lo que tenías que decir. Ahora vete o llamaré a la policía.

Hasta unos segundos antes, Coker parecía acorralado; ahora había recobrado la ira. Dirigió un dedo grueso y amenazador hacia Jamie.

–Como te acerques otra vez a mi hija, te mato.

Me apartó de un empujón y se fue por las escaleras. Al cabo de un momento, se oyó el portazo de la puerta principal. Durante unos segundos, nadie se movió ni habló, luego Trask se volvió hacia su hijo.

–¿Qué has hecho?

–¡Yo no he hecho nada! ¡Ya sabes cómo es Stacey!

–Sí, lo sé, y te estoy preguntando qué has hecho para que le haya dicho algo así a su padre. ¿Qué le dijiste?

–Nada, yo solo... –Pareció derrumbarse—. La llamé cerda de mierda y le dije que se fuera al carajo y se olvidase de mí, ¿vale? ¡No me dejaba en paz! A ver, ¿por qué no puede captar una indirecta y...?

–A mi estudio.

–Papá, te juro que...

–Ahora.

Jamie dejó caer los hombros mientras seguía a su padre escaleras abajo. Cuando pasó junto a la mesa, soltó bruscamente el cuchillo que llevaba en la mano.

El cuchillo repicó contra la madera y giró sobre su eje dibujando lentos círculos hasta detenerse por completo.

Rachel me acompañó al coche. Esta vez ni siquiera intentó convencerme de que me quedara. Fingimos no oír las voces que venían del estudio de Trask mientras me guardaba algo de comida en una fiambarrera para que me la llevara. Al verla trasladar su estofado a un plato, sentí lástima por ella, obligada por las circunstancias y la conciencia a quedarse con una familia cuya única conexión con ella era a través de una tragedia compartida. Me preguntaba si se habría quedado tanto tiempo si la relación con su hermana hubiera sido más estrecha, o era el sentimiento de culpa por su último enfrentamiento lo que a había retenido allí.

La noche se había vuelto fría, y el aire era húmedo y olía a pantano.

–¿Qué tal tu nariz? –me preguntó mientras caminábamos por el sendero entre los árboles.

Me la palpé para comprobarlo. Aún me dolía allí donde Coker me había alcanzado con la mano, pero no me sangraba.

–Sobreviviré.

–Me alegro de oírlo. –Su sonrisa se desvaneció—. No ha sido una velada relajante precisamente, ¿verdad?

–Ha sido diferente.

Soltó una carcajada.

–Parece que seguimos arrastrándote hacia nuestros problemas, ¿verdad? ¿Recuerdas cuando te dije que Jamie y Stacey habían tenido una historia? Bueno, pues fue un poco más complicado que eso.

Yo ya lo había adivinado.

–¿Se quedó embarazada?

Rachel asintió.

–Fue antes de que yo llegara. Jamie había roto con ella, cosa que ya era bastante mala para Coker. Entonces Stacey anunció que estaba embarazada y aseguró que era de Jamie. Podría haber sido verdad, pero... ella es mayor que él, así que digamos que él no era el único candidato. El caso es que Coker se volvió loco y echó la culpa a Jamie de todo. Hubo una pelea de órdago y, conociendo a Emma, estoy segura de que no contribuyó precisamente a calmar las cosas. Al final Stacey tuvo un aborto, pero el asunto dejó mucha amargura y malos sentimientos. Como ya habrás tenido oportunidad de observar.

–¿Qué crees que hará Stacey ahora?

–Con un poco de suerte, espero que se le pase. Me alegra que la vieras, porque si no, habría sido su palabra contra la de Jamie... –Rachel dejó la frase en suspenso, luego se encogió de hombros—. De todos modos, no todo es culpa de Stacey. Jamie no debería haber dicho lo que dijo. «Cerde» era uno de los insultos favoritos de Emma, así que no es difícil adivinar de dónde sacó eso. Dios, qué noche...

–Lo siento si por traer esa botella de vino he hecho que las cosas sean aún más incómodas –dije.

–¿Te refieres a Andrew? –Se encogió de hombros—. Normalmente no causa ningún problema. Como ya te dije, no es un alcohólico ni nada por el estilo. Empezó a beber más de la cuenta después de que Emma desapareciera, y lo dejó cuando vio que las cosas se le estaban yendo un poco de las manos.

–¿Como cuando fue a enfrentarse con Leo Villiers a su casa, quieres decir?

–Eso no ayudó, desde luego. Y ya has visto cómo se pueden poner él y Jamie. Son muy parecidos, así que suelen chocar de todos modos. Es peor si Andrew ha estado bebiendo.

Salimos del bosquecillo y nos detuvimos junto a mi coche. Rachel miró hacia la casa, un rectángulo oscuro con ventanas amarillas que asomaban a través de los árboles.

–¿Estás bien? –le pregunté.

–¿Yo? –Se encogió de hombros—. Sí, estoy bien.

No lo parecía. La tensión se había estado apoderando de mí y hablé sin pensar.

–Escucha, si no haces nada mañana por la noche, ¿te apetecería salir a cenar? ¿O ir a tomar una copa o algo parecido?

Parecía sorprendida y sentí que se me formaba un nudo en el estómago. «¿De dónde ha venido eso?» Hacía menos de una hora me arrepentía de haber aceptado la invitación de Trask y ahora estaba invitando a salir a Rachel. Si pudiera haberme tragado las palabras, lo habría hecho.

Entonces sonrió.

–Sí, me gustaría. Lo que pasa es que no hay muchos sitios para salir por aquí, que digamos.

–Está bien. De todos modos, ha sido una mala idea.

–No, me encantaría. Simplemente significa que tendremos que conducir varios kilómetros. –Vaciló un instante—. Si quieres, podría cocinar algo en el cobertizo...

–Mmm... Sí, claro, si estás segura...

–Estupendo. ¿Qué tal a las siete?

Dije que a las siete me iba bien.

En el camino de vuelta al cobertizo, oscilaba entre la euforia y la aprensión. Me dije a mí mismo que no debía sacar conclusiones precipitadas, que seguramente Rachel se alegraba de tener la oportunidad de escapar de Creek House por una noche. Aun así, sabía que, al involucrarme aún más en los problemas de la familia Trask, podía estar complicando las cosas.

No me importaba. Independientemente de las circunstancias, no recordaba haberme sentido así desde...

Bueno. Desde hacía mucho tiempo.

Desde que Kara murió, solo había tenido una relación seria. Era médico de cabecera en aquella época, y la relación no había sobrevivido a mi transición de trabajar con los vivos a pasar a hacerlo con los muertos. Pero eso significaba que hacía tiempo que había resuelto cualquier sentimiento de culpabilidad por salir con alguien. Me alegraba de eso, aunque no por ello sentía menos nervios. Sonreí tristemente mientras trataba de poner freno a mi ilusión. Después de todo, solo era una cena. «No te emociones tanto», me dije.

De vuelta en el cobertizo, encendí la calefacción para contrarrestar el frío de la noche y llevé la cazuela aún caliente a la mesa. Con el suave zumbido de la bomba de calor de fondo, encendí el ordenador portátil y comí mientras abría los archivos que Lundy me había enviado por correo electrónico. Además del informe de la autopsia sobre los restos hallados en el alambre de espino, el inspector también había enviado una fotografía de la escopeta de encargo que había desaparecido junto con Leo Villiers. No me gustaban las armas y nunca había sido aficionado al tiro como deporte, pero incluso yo tuve que admitir que era una hermosa pieza de artesanía: la Mowbry era una escopeta de dos cañones, con configuración superpuesta en lugar de yuxtapuesta. La culata era de caoba pulida, mientras que los cañones eran de un negro azul ahumado casi reluciente. La característica más destacable eran las placas laterales plateadas, con finos e intrincados grabados y con las iniciales L.V.

Leo Villiers.

Me pregunté si el hombre que yacía en el depósito de cadáveres había tenido tiempo de apreciar el valor estético del arma que lo mató.

Lundy había adjuntado una breve nota junto a la imagen: «Atención: cañón de 81 cm. Frears dice que es demasiado largo para que el cadáver hallado en el estuario lo invirtiera en vida y llegara al gatillo». Suponiendo que el disparo hubiese salido de la Mowbry de Leo Villiers, como parecía probable, eso disipaba de una vez por todas cualquier duda sobre la cuestión del suicidio..., si es que en realidad seguía existiendo tras descubrir que el cadáver no era el suyo.

Abrí el archivo que contenía el informe de la autopsia. No era el material de lectura ideal para acompañar la cena, pero mi trabajo me había curado hacía tiempo de este tipo de espantos. Aun así, por una vez me resultó difícil concentrarme. Mi cabeza seguía desviándose hacia Rachel, hasta que las palabras de la pantalla captaron al fin mi atención. Bajé el tenedor, con un trozo de pollo aún clavado en él, mientras empezaba a asimilar lo que estaba leyendo. El brazo y la pierna rotos que había detectado cuando el cuerpo estaba en el alambre de espino no eran los únicos daños que había sufrido, sino que había más lesiones. Muchas más, advertí, al tiempo que buscaba un bolígrafo y papel. Me había fijado en el arroyo en que la cabeza parecía colgar de forma inusitadamente suelta, incluso para el tiempo que los restos llevaban sumergidos. Dadas las gruesas capas de músculos y tendones, lo habitual hubiera sido que la cabeza fuera lo último en desprenderse. En ese momento vi que dos de las vértebras del cuello estaban rotas, lo cual, obviamente, era consecuencia de una fuerza extrema. Y la tibia y el peroné derechos no solo estaban rotos a la altura de la mitad de la espinilla, sino que también se habían fracturado en la rodilla. Esa misma pierna también tenía una cadera dislocada, con la cabeza esférica del fémur arrancada por completo de su cavidad.

Me golpeé la barbilla con el bolígrafo. Cabía la posibilidad de que el traumatismo múltiple pudiera deberse al impacto de un barco al chocar contra el cuerpo, lo que también explicaría las heridas de hélice en la cara. Pero tendría que haber sido un impacto muy contundente. Probablemente más de uno, pensé, teniendo en cuenta el alcance de las lesiones.

Entonces vi algo que me hizo incorporarme de golpe.

Releí el informe y luego abrí el archivo que contenía las radiografías del depósito de cadáveres. El alcance de las heridas por traumatismo agudo en los huesos faciales se hacía evidente incluso a partir de las fantasmagóricas

imágenes 2D. La hélice del barco, si eso es lo que era, había infligido un daño masivo, de modo que cualquier posible reconstrucción iba a ser una tarea complicada.

Pero no fue eso lo que captó mi interés: el mundo se encogió a mi alrededor y dejó de existir fuera del resplandor de la pantalla de mi portátil a medida que ampliaba la radiografía del cráneo. Hice zoom en una zona concreta del área dañada, maldiciendo la falta de precisión de los rayos X simples. Entonces, como un patrón que surge de un rompecabezas, lo vi.

–¿Cómo llegaste hasta ahí? –murmuré olvidando el estofado a medias mientras miraba la pantalla.

Estaba demasiado nervioso e inquieto para relajarme después de eso. La cabeza aún me daba vueltas cuando me fui a la cama, pensando en Rachel y mezclando su imagen con ideas sobre el caso. Sentí por vez primera como si una rendija de luz comenzara a abrirse paso, como si las piezas empezaran a encajar en su lugar, tanto en mi vida personal como en la investigación. No debería haberme hecho ilusiones.

Stacey Coker no volvió a casa esa noche.

Tal como Lundy informó más tarde, Coker había regresado a casa para pedir explicaciones a su hija después de irrumpir en Creek House. Su mujer se había divorciado de él años antes, así que ahora Coker y Stacey vivían solos en una casa no muy lejos del astillero y taller mecánico. Cuando descubrió que su hija no estaba allí, había intentado llamarla sin éxito al móvil. Luego, abrió una cerveza y se sentó, furioso, mientras esperaba a que ella volviera a casa.

Pero Stacey nunca volvió.

Al principio, Coker no estaba preocupado. Incluso cuando tampoco logró localizarla después de realizar varias llamadas telefónicas a sus amigos, estaba enfadado más que preocupado. No sería la primera vez que su hija convencía a sus amigos para que mintieran por ella. Pero cuando la insistencia de estos en que no sabían nada de ella comenzó a sonar auténtica, Coker tomó conciencia de que aquella vez era distinto. Aun así, convencido de que su hija simplemente estaba postergando el momento de enfrentarse a él, no fue hasta las primeras horas de la mañana cuando salió a buscarla.

Después de llamar a las puertas de los amigos en cuyas casas creía más probable que estuviera refugiándose, Coker recordó que yo había visto a Stacey pasar por el cobertizo con el coche. Había dos formas de volver a Cruckhaven desde allí. Una era por la carretera principal, la misma que Coker había tomado antes. Al no haber visto ninguna señal de su hija, decidió tomar la otra ruta. Esta se adentraba más en las Backwaters y si bien era menos accesible, era la mejor para quien no quisiera arriesgarse a que alguien viese su coche y lo reconociese. Aproximadamente un kilómetro y medio antes de llegar al cobertizo, los faros de Coker iluminaron una brecha en el seto de espinos al borde de la carretera. Incluso entonces estuvo a punto de pasar de largo, pero su intuición le hizo detenerse. Con el motor aún en marcha para que sus faros siguieran iluminando

la brecha, se bajó del coche y descubrió que las ramas del seto se habían partido recientemente. Al otro lado, el arroyo iba cargado de agua y estaba oscuro, pero distinguió una figura más clara que asomaba del agua negra.

Era el parachoques de atrás y la rueda trasera de un coche.

Cuando llegó la policía, la marea estaba bajando, y ya se podía ver lo suficiente del automóvil como para reconocer un vehículo pequeño y blanco, con una raya roja. Las marcas de neumáticos indicaban el lugar exacto donde se había salido de la carretera, en la curva, antes de volcar y arrastrarse por la orilla. Había quedado boca abajo en el arroyo, con el techo inclinado en ángulo. La puerta del conductor estaba abierta, pero, tal como Coker ya había descubierto después de arrojarle al agua él mismo, no había señales de su ocupante. Solo vio un bolso dentro del coche, con el monedero y el permiso de conducir de Stacey Coker.

—Parece que tomó la curva demasiado rápido, perdió el control y luego se deslizó por la orilla —me dijo Lundy.

Era la tarde siguiente y estábamos en la cafetería del hospital, en una mesa aislada, lejos de los demás comensales. Aunque no es que hubiese muchos: era después de la hora punta del almuerzo y la mitad de las mesas estaban vacías. Lundy se había presentado en la morgue sin previo aviso para contarme lo que había sucedido. Parecía incómodo mientras permanecía de pie junto a la mesa de autopsias, haciendo tintinear las monedas que llevaba en el bolsillo mientras yo seccionaba el tejido blando descompuesto del segundo cadáver y empezaba a cortar los tendones y los cartílagos conectivos de las articulaciones principales. Era extraño que a un oficial de policía le molestaran esas cosas, además no había mostrado esos escrúpulos durante el rescate de ninguno de los dos cuerpos, pero parecía aliviado cuando le sugerí que nos tomáramos un descanso para almorzar, así que nos dirigimos a la cafetería.

—El cinturón de seguridad estaba desabrochado, por lo que es posible que consiguiera quitárselo y salir del coche —siguió diciendo mientras desmenuzaba un segundo azucarillo en su taza de té de poliestireno—. O no se molestó en abrochárselo y salió catapultada por la puerta cuando el coche volcó. En cualquier caso, debemos suponer que la arrastró la marea o, de lo contrario, ya la habríamos encontrado.

Todavía intentaba digerir aquella nueva tragedia. Esa mañana había tomado el camino más directo al depósito de cadáveres, por lo que no había visto el área acordonada de las Backwaters donde se había hallado el coche de Stacey Coker. Así que no me enteré de lo sucedido hasta que Lundy llegó con la intención de escuchar mi versión de lo sucedido la noche anterior. Coker le había contado a la policía que su hija había pasado a toda velocidad por el cobertizo, lo que me convertía en la última persona en verla antes del accidente. Y, posiblemente, el último en verla con vida.

–¿A qué velocidad calcula que iba? –preguntó Lundy.

Recordé la bofetada de aire cuando el coche pasó como un relámpago por mi lado, a punto de llevarse por delante.

–Desapareció en un abrir y cerrar de ojos, así que es difícil de decir. Pero iba bastante rápido.

Lundy asintió malhumorado. Parecía cansado, con los ojos más hinchados de lo normal y un color enfermizo en la cara. Al fin y al cabo había tenido una noche larga.

–Me lo imagino. Según todos los testimonios, estaba bastante nerviosa y acababa de tener una discusión con Jamie Trask. Ya le habían quitado puntos del carné de conducir por exceso de velocidad.

–Entonces ¿qué pasa ahora?

Removió el té con una cucharilla de plástico.

–El helicóptero está inspeccionando la zona, hemos avisado a la unidad de actividades subacuáticas, y las patrullas a pie están rastreando todas las zonas accesibles de las Backwaters. Pero ya ha visto cómo es ese lugar. La marea ya estaba bajando cuando su padre encontró el coche, por lo que podría haber acabado en cualquier parte. Si la marea lo ha llevado hasta el estuario, tarde o temprano terminará en los Barrows.

Estaba hablando de un cadáver, no de un superviviente herido.

–¿No cree que haya ninguna posibilidad de que aún esté viva?

–Siempre hay una posibilidad.

Su tono dejaba claro cuán improbable le parecía esa opción. Incluso aunque Stacey hubiera logrado salir del coche por su propio pie en lugar de catapultada por el impacto, todavía tendría que luchar contra la corriente de la marea y el agua fría. Yo mismo había experimentado en carne propia la fuerza de su atracción cuando mi coche se quedó atascado en el terraplén. Y eso que solo me había llegado a la rodilla, y que no había sufrido ningún accidente... Aturdida y posiblemente herida, con el peso de la ropa empapada de agua y desorientada en la oscuridad, no le habría sido fácil llegar a la orilla.

El hecho de que estuviésemos manteniendo aquella conversación sugería que no lo había hecho.

–¿Cómo lo lleva Coker? –pregunté.

Lundy bajó la boca, con el bigote erizado mientras tomaba un sorbo de té.

–Como cabría esperar. Si tiene algo de sentido común, Jamie Trask debería mantenerse alejado de él.

No había pensado en eso, pero Lundy tenía razón. Si bien Jamie no había sido directamente responsable del accidente, no creía que Coker lo viera de esa manera.

Nos quedamos en silencio en medio del estruendo de platos y vasos de la cafetería. Seguí masticando obedientemente mi sándwich de queso flácido mientras Lundy arrancaba la envoltura de celofán de una porción de pastel de frutas. Yo ya había almorzado, pero había decidido que le quedaba espacio para un trozo de pastel. Para hacerme compañía, había dicho, sonriendo con timidez.

–Unos lugares curiosos –dijo de pronto mientras miraba alrededor de la sala medio vacía–. Me refiero a las cafeterías de los hospitales. Siempre lo mismo, donde sea que vayas. Todo parece normal, pero nada lo es, si entiendes a qué me refiero.

No había pensado nunca en eso, pero había que tener en cuenta que había trabajado y me había formado en un hospital. Eso te daba una perspectiva diferente.

–La gente tiene que comer.

–Supongo. –Se había terminado el pastel y ahora empezaba a desprender distraídamente pedazos de poliestireno del borde de su taza–. Yo también tengo que volver aquí mañana. Al hospital, no a la cafetería.

Lo miré mientras me preguntaba si eso explicaría su extraño estado de ánimo.

–¿Va todo bien?

El inspector parecía avergonzado, como si lamentara haber hablado más de la cuenta.

–Bah, es solo algo rutinario. Una endoscopia. Piensan que podría tener una úlcera. Nada serio, pero ya sabe cómo son los médicos.

–Somos muy pesados, ¿verdad?

Ya me había percatado de que Lundy tomaba antiácidos, pero lo había atribuido a la indigestión. Me regaló una sonrisa con la que reconocía haber olvidado que yo mismo había sido médico de familia.

–¿Cómo le va con el cadáver del arroyo? –preguntó para cambiar de tema–. ¿Pudo ver el informe de la autopsia?

–Lo hice, sí. –Las noticias sobre Stacey Coker habían sido el tema central de nuestra conversación hasta el momento, así que no había tenido la oportunidad de hablar de otras cuestiones–. Hay muchos más huesos rotos de lo que esperaba.

–¿No podrían ser a consecuencia del choque con un barco?

–Cabe la posibilidad, pero el barco tendría que haber ido a mucha velocidad o ser muy grande para causar tanto daño. Es difícil ver una embarcación de esas características en las Backwaters.

–No sabemos de dónde vino el cuerpo. Podría haber sido transportado desde el estuario, o incluso más lejos.

–¿Y luego se mantuvo a flote el tiempo suficiente para enredarse en el alambre de espino?

Lundy se observó a sí mismo mientras rompía más pedazos de la parte superior de la taza de poliestireno.

–Ya. No parece muy probable, ¿verdad? Sin embargo, no veo qué otra cosa que no fuese la hélice de un barco podría haber causado esas heridas en la cara.

–Quizá haya otra cosa.

Arqueó las cejas.

–¿Ha encontrado algo?

–Podría ser –admití–. Es difícil verlo con suficiente detalle en las radiografías. No lo sabré con certeza hasta que haya examinado el cráneo.

–Bueno, en todo caso manténgame informado. –Lundy parecía ausente de nuevo–. He investigado al chófer de sir Stephen, por cierto. Su nombre es Brendan Porter. Cuarenta y nueve años, lleva trabajando como chófer para los Villiers desde hace más de dos décadas. De adolescente era un chico malo, pero luego, a los dieciocho años, se alistó en el ejército y se reformó. Empezó a trabajar como sustituto cuando el chófer habitual se ponía enfermo y acabó ocupando su lugar. Parece un bicho raro, pero si ha estado allí todo este tiempo, debe de haber encontrado su sitio en la familia.

–¿Por qué cree que me estaba interrogando? ¿Trataba de ganar puntos con su jefe?

–Dudo que sir Stephen necesite que su chófer le cuente lo que está pasando –dijo secamente Lundy–. Me atrevería a decir que le habría informado si hubiese descubierto algo jugoso, pero mi apuesta es que solo le estaba sondeando. Tal vez esperaba que se abriera más con él si hablaba mal de Leo.

Pensé en la sonrisa cómplice del hombre mientras insultaba al hijo de su jefe. Observándome para ver cómo reaccionaría.

–Pues se arriesgó lo suyo, ¿no cree? ¿Qué pasa si hubiese llegado a oídos de sir Stephen?

Lundy resopló.

—¿Le contaría usted algo así?

No, tenía que admitir que lo más probable es que no lo hiciese. Aun así, a ese tal Porter o bien le traía sin cuidado su trabajo o estaba muy seguro de su posición para arriesgarse de ese modo.

—¿Y eso de que ya supiera que habíamos encontrado un segundo cadáver?

—No hay mucho que podamos hacer al respecto. La gente siempre va a hablar, y la prensa local ya lo ha publicado de todos modos, cosa que iba a ocurrir tarde o temprano después de que Trask llevara a su hija al hospital. La versión oficial es que el cadáver es de un hombre desconocido y es anterior a la desaparición de Leo Villiers, por lo que abonan la tesis de que se trata de una muerte accidental sin conexión con ninguna otra investigación. Cosa que todavía podría ser.

Le lancé una mirada elocuente. Él sonrió.

—Lo sé, yo tampoco creo en las coincidencias. Pero es mejor no remover mucho las cosas en esta fase de la investigación. A excepción de sir Stephen, que todavía se niega a creernos, todo el mundo asume que el cuerpo del estuario es el de Leo Villiers. Preferimos mantenerlo así, al menos hasta que obtengamos la confirmación de los resultados de ADN. Si Villiers todavía está vivo, tenemos más posibilidades de encontrarlo si cree que está a salvo.

—¿Piensa que todavía podría estar en la zona?

Lundy había vuelto a romper más trozos del borde de su taza.

—Lo dudo, pero es posible. Tenemos a la Agencia Nacional del Crimen investigando la posibilidad de que esté en el extranjero, pero no ha habido ningún resultado con su pasaporte. Así que, si se ha ido del país, no ha cruzado ninguna frontera oficial. O al menos no con su nombre.

Eso no tenía por qué significar nada. Alguien con el dinero y los recursos de Leo Villiers siempre podría forjarse una nueva identidad, y a lo largo de la costa no había escasez de arroyos y calas aislados por donde los barcos podían ir y venir sin ser observados.

Pero había algo más que me había estado fastidiando.

–Si Villiers organizó todo esto para que pareciera que se había suicidado, se arriesgó muchísimo –dije–. No podía saber cuánto tardarían en encontrar el cuerpo, ni siquiera si llegarían a encontrarlo. Pudo haber aparecido los primeros días, cuando todavía tenía huellas dactilares o antes de que se desprendieran los pies. Habríamos sabido de inmediato que no era él.

–Tiene razón –convino Lundy mientras asentía despacio–. Pero no sabemos lo suficiente sobre las circunstancias. Quizá Villiers no pensaba con claridad. No mucha gente lo hace cuando acaba de matar a alguien.

Eso era bastante cierto, tal como había visto antes por mí mismo. Pocos asesinos tienen la serenidad suficiente, y mucho menos los conocimientos técnicos, para planificarlo todo. En ese estado de nerviosismo alimentado por la adrenalina se pasan por alto incluso los detalles más obvios.

Simplemente, no estaba convencido de que ese fuera el caso. Aunque no me gustaba la noción de «instinto», había llegado a la conclusión de que la experiencia creaba su propia forma de memoria muscular. Nuestras mentes procesan constantemente información de la que no somos conscientes. Aunque es posible que no la reconozcamos como tal, a un nivel subliminal, la conciencia todavía puede filtrarse. Eso mismo presentía ahora. No sabía decir por qué, todavía no, pero en todo aquello había algo que no encajaba.

–¿Es eso lo que piensa de verdad? –pregunté.

–¿Yo? No importa lo que yo piense, solo soy un inspector. –Lundy recogió los restos del montículo de poliestireno roto con la mano y se puso en pie–. Pero para que lo sepa, creo que solo hemos arañado la superficie de este asunto.

Había empezado a llover cuando salí de la morgue, al término de la jornada. Me detuve en un supermercado en el camino de vuelta, y pasé más tiempo del necesario decidiendo qué vino comprar. Rachel no me había dicho qué pensaba cocinar, así que al final compré una botella de tinto y otra de blanco, con la esperanza de que no pareciera que trataba de emborracharla.

Cuando llegué a las Backwaters, la lluvia había arreciado y un fuerte viento soplaba desde el mar. Sin nada que lo estorbara en el paisaje plano, azotaba las dunas y las marismas, haciendo que las largas hierbas se agitaran con furia. Aparqué fuera del cobertizo, cogí las bolsas y entré corriendo. Me duché y me cambié, e hice todo lo posible por ignorar el nerviosismo que me revolvía el estómago. Cuando puse la mesa junto a la ventana y me di cuenta de que en la casa no había copas de vino, pensé en volver al supermercado para comprar un par antes de refrenar mi impulso. «Pues usa unos vasos. Por el amor de Dios, tranquilízate.»

Lo conseguí durante un rato, pero el nerviosismo volvió a apoderarse de mí a medida que se acercaba la hora. Empecé a preguntarme si no debería haber llamado a Rachel para asegurarme de que la cita seguía en pie. La noticia sobre Stacey Coker habría caído como un mazazo sobre todos ellos: seguramente la policía habría interrogado a Jamie sobre su discusión con ella, y a Trask sobre la irrupción de Coker en su casa la noche anterior. Pero decidí no llamarla; quería darles espacio y pensé que Rachel ya me habría llamado si hubiese cambiado de opinión.

Ahora ya no estaba tan seguro. Acababa de decidir concederle otros diez minutos cuando oí el ruido de un coche que se detenía fuera. Abrí la puerta a tiempo y vi a Rachel salir apresuradamente del Land Rover blanco de Jamie, con las bolsas en una mano y tapándose la cabeza con el abrigo con la otra para protegerse de la lluvia. Me aparté para dejarla entrar.

–Hola. Lamento llegar tarde –dijo sin aliento, mientras se sacudía el abrigo antes de cerrar la puerta.

Seguía llevando unos vaqueros, pero estos eran más nuevos y estaban menos descoloridos, y su blusa de escote en pico revelaba una fina cadena de oro sobre la piel. Capté un leve atisbo de perfume, algo ligero y sutil.

–No te preocupes –le dije tomando su abrigo.

–Solo quería asegurarme de que Fay estaba bien antes de irme, y luego Andrew... El caso es que he tardado más tiempo de lo que pensaba.

Colgué su abrigo, mientras me preguntaba qué era lo que había estado a punto de decir sobre Trask.

–¿Cómo están todos?

–¿Lo dices por lo de Stacey? –Suspiró—. Para serte sincera, todavía en estado de *shock*. La policía vino antes para tomar declaración a Jamie. Se echa la culpa a sí mismo, lo cual es absurdo. Pero no hay mucho que decir cuando pasa algo así.

Nada capaz de hacer ningún bien, lo sabía perfectamente.

–¿Te apetece una copa de vino? Hay pinot noir o sauvignon blanc.

–Tomaré un sauvignon, si no es molestia. –Rachel sonrió con aire cansado y agradecido. Comenzó a sacar el contenido de las bolsas—. He hecho pastel de cangrejo, así que espero que te guste el marisco. De postre solo tenemos pastel de comida para perros, pero entre una cosa y otra no he tenido tiempo de preparar nada más. Y anoche no lo probaste, de modo que podrás hacerlo ahora.

–Me muero de ganas.

Su risa era tensa, pero sonaba genuina.

–Muy bien, pues ahora, solo por eso, no lo probarás.

–¡Lo decía en serio! –protesté mientras abría el vino.

–Ya, seguro. –Aceptó el vaso que le ofrecía y tomó un trago. Sus hombros se relajaron mientras suspiraba—. Dios, qué bien sienta...

Todavía parecía sentir cierta desazón, y pensé que no podía deberse por completo a la hija de Coker. Sin embargo, sabía que era mejor no presionarla: ya me lo diría –o no– en su momento. Fuera lo que fuese lo que la inquietaba, pareció alejarlo de su mente mientras cocinaba lo que había traído. La lluvia tamborileaba contra la ventana mientras comíamos en la pequeña mesa; bajo el cálido resplandor de la lámpara, en el cobertizo se respiraba un ambiente cálido y acogedor. Hablamos de trivialidades, no tanto para evitar deliberadamente el tema de Stacey Coker, o de la hermana de Rachel y el curso de la investigación, como posponiendo cualquier necesidad de hablar de ellos. Me contó más cosas sobre su vida antes de llegar aquí, sobre el sol y el estilo de vida al aire libre

mientras buceaba en la Gran Barrera. Sin cohibirse, me contó un poco más acerca de cómo había puesto fin a su relación con el biólogo marino cuando descubrió que este se acostaba con una estudiante de posgrado.

–Visto ahora, fue casi hasta gracioso. La misma mañana en que le pedí explicaciones, una cámara sumergible se nos quedó atascada en las rocas a cuarenta pies de profundidad. Rick estaba tan desesperado por evitarme que se ofreció para bajar buceando a buscarla, a pesar de que habíamos visto un tiburón tigre cerca. –Sonrió con malicia, acunando el vino en la mano mientras lo recordaba–. En circunstancias normales habríamos esperado, pero creo que pensó que saltar al agua con el tiburón era el menor de los males para no tener que permanecer en la barca conmigo.

–¿Tanto miedo das?

–Tengo mis momentos. Y estaba muy enfadada con él. Justo antes de que se tirara al agua, traje un cubo de tripas de pescado a cubierta y le dije que las lanzaría al mar como carnada mientras él estaba allí abajo.

–Qué cruel. –La miré con aire vacilante–. Pero no lo hiciste, ¿verdad?

–No, pero eso le borró de un plumazo la expresión petulante de la cara.

Recogimos los platos e hice café mientras Rachel colocaba el postre en la mesa. Examiné el pastel de comida para perros mientras ella me ofrecía un trozo.

–Recuérdame otra vez qué lleva...

–Básicamente, azúcar procesado y grasas saturadas. Ten.

Cortó una pequeña porción y me la tendió. Lo mordí con cautela.

–Dios, está delicioso...

–Te lo dije –sonrió.

No recordaba cuándo había sido la última vez que me había sentido tan cómodo con alguien. Ni siquiera era el vino, porque no habíamos bebido mucho. Pero entonces Rachel guardó silencio, y percibí el sutil cambio de estado de ánimo. Ya sabía lo que venía antes de que ella hablara.

–Lo siento si estaba un poco tensa antes –dijo–. Ya sabes, cuando he llegado.

–No me había dado cuenta.

Me lanzó una sonrisa irónica.

–Sí, claro. Es que hoy ha sido una pesadilla. Y sigo pensando en lo de anoche: si Coker hubiera venido a casa por el otro camino, podría haber encontrado a Stacey a tiempo. ¿Te imaginas cómo debe de sentirse, sabiendo que su hija todavía podría estar viva si hubiera seguido un camino diferente?

Me lo imaginaba perfectamente.

–De nada sirve tratar de encontrarle sentido a esa clase de cosas. Es como cuando a alguien le alcanza un rayo. Son cosas que pasan, simplemente.

–Lo sé, pero eso no me consuela. Y luego, esta tarde he acabado teniendo una discusión con Andrew. Le dije que debería llevarse a Fay lejos de aquí, a algún lugar donde haya niños de su edad. ¡Donde haya algo de vida, por el amor de Dios! Yo también quiero saber qué le pasó a Emma, pero quizá nunca lo sepamos. Y además está Jamie. Ya lo oíste anoche, no va a ir a la universidad. Cree que necesita quedarse para cuidar a Fay. Y su padre también, aunque nunca lo admitiría. En cierto modo, es más protector que Andrew, pero si se queda aquí, eso no le hará ningún bien a ninguno de ellos. No puedes poner tu vida en suspenso indefinidamente, esperando algo que tal vez no llegue a suceder nunca. Tarde o temprano tienes que pasar página y seguir adelante.

–¿Estás hablando de ellos o de ti? –pregunté.

–No lo sé. Ambas cosas, supongo. –Rachel miró su copa de vino–. Andrew me dijo que no era asunto mío, y que podía irme cuando quisiera. Los dos estábamos enfadados y disgustados, pero tal vez tenga razón. Tal vez sea hora de que me vaya. Ya no sé qué sentido tiene que siga aquí. Tal vez solo soy otro recordatorio más de Emma, y sabe Dios que por aquí ya hay suficientes.

No hablaba con amargura, sino simplemente con resignación. El viento empujó una ráfaga de lluvia contra el cobertizo, y resonó como si unos puñados de grava golpearan el techo. Me sorprendí mirando las fotografías enmarcadas

de su hermana apoyadas contra la pared. La de la silueta de los gansos contra un ocaso en las Backwaters era la que estaba delante de todas.

–Con esto está todo dicho –dijo Rachel mientras dirigía la vista hacia donde yo miraba. Se levantó y se acercó a las fotos–. No sé si son buenas o no, pero me parece una pena esconderlas. ¿Entiendes de fotografía?

–La verdad es que no.

–Yo tampoco. Emma era la artista de las dos, pero también podía ser muy impaciente. A ella le gustaba que las cosas parecieran espontáneas, y si la toma no le gustaba, simplemente la escenificaba. ¿Ves esa de ahí, con los gansos volando en dirección a la puesta de sol? Me contó que colocó la cámara y arrojó una piedra al agua para asustarlos. Y esta. –Sacó la fotografía de una motocicleta en la playa, la reluciente máquina parecía una incongruencia en aquel paisaje–. No sé por qué, pero me parece que no estaba aparcada ahí, en una duna de arena, por casualidad.

Ese comentario hizo que una luz se encendiera en algún recoveco de mi cerebro. No había vuelto a pensar en las fotografías desde que las había visto aquella primera mañana. Me levanté y me dirigí hacia donde Rachel continuaba examinando la pila.

–¿Puedo verla otra vez?

–Por supuesto. –Rachel se movió a un lado para hacerme sitio–. No era una indirecta, ¿sabes? No tienes que comprar ninguna.

Sonreí distraídamente. Volví a observar la fotografía de la moto.

–¿Cuándo se tomó esta?

–No lo sé. Debe de ser una de las más antiguas porque creo que es la moto de su exnovio. Ya sabes, el chulo aquel del que te hablé... Tenía un juguetito para machos como ese. Una Harley-Davidson o algo así.

–Entonces ¿la foto no es de aquí?

–No, debe de ser alguna otra playa. La primera vez que Emma estuvo aquí fue con Andrew, y para entonces ya se había separado de su ex. ¿Por qué?

–No, por nada.

Había estado pensando en la chaqueta de motero de cuero empapada y las botas del cadáver hallado en el alambre de espino. Pero si se trataba de una fotografía antigua tomada en otro lugar, no guardaba relación alguna con los restos que habíamos encontrado en las Backwaters. Me disponía a colocarla de nuevo en su sitio cuando Rachel apoyó la mano en mi hombro para detenerme.

–Espera un segundo.

Tenía el ceño fruncido mientras contemplaba la fotografía. Yo volví a mirar, pero no supe apreciar qué era lo que le llamaba la atención.

–¿Qué pasa?

–Probablemente nada –dijo no muy convencida–. Ya sé que parece una estupidez, pero nunca he mirado con detenimiento ninguna de estas fotos. No con la suficiente atención. Eran solo... las fotos de Emma.

Esperé. Casi a regañadientes, señaló algo en el fondo de la fotografía de la moto.

–No estoy segura, pero... ¿eso de ahí no parece el fuerte marino? ¿El que hay en el estuario?

Lo examiné detenidamente. Había algo allí, una silueta angular que sobresalía del mar, pero estaba demasiado desenfocada para distinguirla.

–Es posible. Pero también podría ser una plataforma petrolera o una torre de perforación, ¿no?

Rachel no respondió. Empezó a hojear las otras fotografías enmarcadas hasta detenerse en una. Forcejeó para tratar de sacarla. Sujeté el grueso de la pila para facilitarle la labor. La segunda fotografía era de una gaviota que miraba imperiosamente a la cámara desde una mata de hierba espinosa sobre un montículo de arena.

–Ahí.

Me señaló el vidrio. Lo que parecía ser la misma estructura volvía a verse en el fondo. Seguía estando lejos, pero se veía con mayor nitidez esta vez.

Las torres distintivas del fuerte marino de Maunsell.

–Esta se tomó desde un ángulo ligeramente distinto, pero reconozco el lugar –dijo Rachel–. Son las dunas de arena al final del rompeolas. Desde allí se tiene una buena vista del fuerte.

–¿Estás segura?

Lundy me había dicho que toda la costa sudeste estaba salpicada de antiguas fortalezas de la Segunda Guerra Mundial. Pero Rachel se mostró categórica.

–Segurísima. He ido a andar por allí muchas veces. Y mira, se ve perfectamente que solo quedan tres torres, y una de ellas se ha derrumbado parcialmente. Es el mismo fuerte, estoy segura. Mierda, no puedo creer que no me haya dado cuenta hasta ahora. Cuando vi la motocicleta, pensé que debía ser una de sus fotografías antiguas.

Parecía enfadada, y no podía culparla por ello. Rachel ya sabía que su hermana tenía una aventura con Leo Villiers. Ahora, si estaba en lo cierto acerca de la moto, Emma Derby también había seguido viendo a su exnovio después de haberse casado con Trask. Eso tenía todo tipo de implicaciones desagradables, y no solo para la familia. Significaba que podía haber alguien más involucrado en todo este asunto, alguien de quien la policía no sabía nada. Un hombre que poseía una motocicleta y que podía haberse vestido con chaquetas de cuero de motorista.

Como el hombre de los restos del alambre de espino.

Sin embargo, Rachel no sabía nada de eso. Y todavía podía ser una falsa alarma.

–¿Tu hermana usaba cámara digital o película?

Había pocos fotógrafos que todavía usaran película, pero si Emma Derby no era una de ellas, entonces el archivo jpeg original debería mostrar la fecha en que se tomó la fotografía. Rachel negó con la cabeza.

–Digital, pero perdimos la mayoría de las fotografías de Emma cuando nos entraron a robar y se llevaron los ordenadores. La única razón por la que tenemos esto es porque hizo ampliaciones antes de que desapareciera, y la imprenta todavía las tenía en su sistema.

–Aunque la foto se hubiese tomado aquí, no tiene por qué ser la moto de su exnovio –dije sin mucho convencimiento–. ¿Serías capaz de reconocerla?

–No, pero ¿cuántas personas puede haber con una estúpida moto como esa? ¡Por no hablar de dejarse fotografiar en una maldita duna de arena! –Ahora parecía realmente furiosa–. Esa es justo la clase de cosas que haría Mark. Le encantaría que fotografiasen y enmarcasen su símbolo de estatus de mierda.

–¿Mark?

–El ex de Emma. Dios, ¿cuál era su apellido? Algo religioso, Vickers o Church... –Sacudió la cabeza–. No, Chapel, eso es. Mark Chapel.

Apunté mentalmente el nombre.

–Puede que no sea nada, pero tienes que hablarle a Lundy de esto –sugerí con delicadeza.

–Claro, supongo que sí. ¡Mierda! Justo cuando crees que las cosas no pueden ir a peor...

Parecía tan triste que extendí la mano y la rodeé con mi brazo. Ella se apoyó contra mí, apoyando la cabeza en mi hombro. Percibí el aroma y la calidez que desprendía su cuerpo. Ella levantó la cara para mirarme. Ninguno de los dos habló, y luego una ráfaga de viento golpeó el cobertizo. El edificio se movió y crujió, y así, repentinamente, el momento íntimo se desvaneció.

Rachel suspiró y se separó.

–Se está haciendo tarde. Será mejor que me vaya.

No repliqué por miedo a que mis palabras me traicionaran mientras ella se ponía la chaqueta. La sonrisa que me dedicó era irónica y pesarosa a la vez.

–Gracias por el vino y... ya sabes. Por escucharme.

–Cuando quieras.

Una ráfaga de viento empujó la puerta de nuevo hacia atrás cuando la abrió, enviando una cortina de lluvia fría dentro de la casa. Rachel hizo una mueca.

–Por una vez han acertado con la predicción del tiempo.

–Espera, iré a por mi abrigo.

–No, no te molestes, no tiene sentido que nos mojemos los dos.

No insistí, sabiendo que ella no quería que lo hiciera. Enmarcada por el recuadro negro de la puerta abierta, me lanzó otra sonrisa. La lluvia seguía cayendo al bies a su espalda.

–Bueno... Buenas noches.

Se fue. Oí el sonido de sus pasos, pero estaba demasiado oscuro para verla. Cerré la puerta, sintiendo la resistencia que me oponía el viento antes de que se cerrara con un chasquido. De pronto, me quedé en silencio, incapaz de decidir si estaba enfadado conmigo mismo por haber sentido la tentación o porque no había hecho nada.

Con un suspiro, recogí las tazas de café y las llevé al fregadero. Mientras el agua salpicaba en el recipiente metálico, creí oír un ruido fuera. Cerré el grifo para aguzar el oído. El viento. Pero entonces, al levantar la mano para abrir el grifo, oí otro ruido, inconfundible esta vez. Un grito breve que se interrumpió enseguida.

Rachel.

Abrí la puerta de golpe y eché a correr. La lluvia me acribillaba y me adhería la camisa contra la piel mientras seguía corriendo. En el cerco de luz que provenía de la entrada, distinguí la figura del Land Rover blanco. La puerta del conductor estaba abierta, pero las luces no estaban encendidas.

–¿Rachel? –la llamé tratando de ver en la oscuridad.

–Estoy aquí, es...

Oí un forcejeo y un jadeo procedente del lado de la carretera. Mis ojos habían empezado a acostumbrarse a la penumbra, y mientras corría hacia el sonido pude distinguir dos siluetas que luchaban en las sombras. Antes de llegar a ellas, la más voluminosa de los dos se apartó. Intenté agarrarla cuando escapaba, pero mis dedos se cerraron sobre una tela aceitosa y húmeda. Vislumbré unos ojos salvajes en un rostro cadavérico y luego la figura se liberó. Resbalé y caí de rodillas sobre el barro mientras los pasos se perdían chapoteando bajo la lluvia.

–¿David?

Me puse en pie mientras Rachel corría hacia mí.

–Estoy aquí. ¿Estás herida?

–No... Estoy bien, es solo... –dijo con voz trémula–. Era Edgar.

–Lo sé –dije limpiándome el barro de las manos. Había reconocido la silueta desgarrada incluso en la oscuridad, y había estado lo suficientemente cerca para percibir su olor pestilente y animal. «Menos mal que era un hombre inofensivo...»-. ¿Qué ha pasado?

–Ha aparecido cuando me estaba subiendo al coche. Grité y eso tal vez eso lo sobresaltó, porque me agarró y empezó a balbucear cosas sin sentido. Intenté alejarme de él y entonces fue cuando saliste tú.

Ahora su voz casi había recobrado la normalidad.

–¿Estás segura de que te encuentras bien? –le pregunté.

–Sí, estoy bien, tal vez un poco aturdida. No creo que tuviera intención de hacerme daño. Parecía más asustado que otra cosa.

«Él no era el único», pensé cuando mi ritmo cardíaco comenzó a disminuir. No había señales de Edgar, pero estaba tan oscuro que podría haber estado a tres metros de distancia y no lo habríamos sabido. La lluvia ahogaba cualquier sonido que pudiera haber hecho.

–Nunca lo había visto así antes. ¿Crees que estará bien? –preguntó Rachel.

El bienestar de Edgar no había sido mi principal preocupación hasta entonces, pero Rachel razón. Tanto si había querido hacerle daño como si no, no estaba en condiciones de deambular por ahí en una noche como aquella. Ya había habido suficientes tragedias. Miré en dirección a la oscuridad, hacia el lugar por el que había desaparecido.

–¿Tienes alguna idea de adónde se dirigía?

–No, pero por ahí no se va a su casa. Y la marea está alta, así que, si se equivoca de camino en las marismas, podría pasarlo muy mal.

Eso era crucial. Ya era bastante difícil tratar de atravesar las Backwaters a la luz del día y con la marea baja; pero por la noche, con los arroyos y los canales crecidos e inundados, las consecuencias podían ser catastróficas. Lancé un suspiro.

–Está bien, iré a buscarlo.

–Iré contigo.

–No es necesario, yo lo encontraré.

–¿Y entonces qué? ¿Volverás a conducir por el arroyo? Tú no conoces los caminos de por aquí. –Me dio un pequeño empujón en el pecho, pero estaba sonriendo–. Estás empapado. Ve a buscar tu abrigo mientras arranco el coche.

No discutí. Volví corriendo al cobertizo, me quité la camisa mojada y me puse un suéter, luego cogí mi chaqueta y salí fuera. Rachel ya estaba dando marcha atrás con el Land Rover y el haz de sus faros convertía la lluvia en finos hilos de plata.

—¿Sale a menudo a pasear de noche? —pregunté mientras nos alejábamos.

Rachel redujo la velocidad al llegar a un recodo, y aceleró cuando vio que no había nadie en el camino.

—No, que yo sepa. Me he encontrado con él un par de veces al anochecer, pero no tan tarde. Ni siquiera a Edgar se le ocurriría ir a las Backwaters de noche cerrada.

Y, sin embargo, allí estaba. Y ahora una idea había empezado a cobrar forma, algo que debería haberseme ocurrido antes si no hubiera estado tan distraído por todo lo que había sucedido.

—La gente de aquí sabe lo de Edgar, ¿verdad? —pregunté—. Lo de que vagabundea por las carreteras.

—Todo el mundo lo sabe todo sobre todos —dijo secamente—. Edgar es prácticamente parte del paisaje, nadie repara en él. Pero la gente sabe que tiene que andar con cuidado cuando conduce por aquí por si aparece en la carretera. A menos que sean forasteros como tú, o...

Guardó silencio cuando su cerebro estableció la conexión. Yo había tardado lo mío, y apenas habían pasado unos días desde que tuve que tomar el desvío para evitar atropellar a Edgar.

Si hubiera conducido más rápido, no habría tenido tanta suerte.

Rachel apartó el pie del acelerador.

—Dios, no creerás que fue eso lo que le pasó a Stacey, ¿verdad? ¿Que estuvo a punto de atropellar a Edgar?

—No lo sé —admití.

Pero ahora que se me había ocurrido, era difícil alejar aquella idea de mi mente. Lundy había dicho que las marcas de neumáticos indicaban que el coche se había desviado en una curva, por lo que se suponía que la hija de Coker había ido demasiado rápido y había perdido el control. Lo cual era completamente plausible. O podría haber tomado la curva y haberse topado con Edgar de repente. A la velocidad a la que iba cuando la había visto, no habría tenido tiempo para pensar, solo para reaccionar. El instinto de desviarse habría sido automático.

–Dijiste que estaba mascullando cosas sin sentido. ¿Sabrías repetir lo que decía?

–La verdad es que no. Era algo sobre luces en el agua. O dentro del agua. Por eso no tenía mucho sentido.

Sabía que las palabras de Edgar podrían no significar nada. Probablemente solo eran los desvaríos de una mente perturbada, y sería un error atribuirles demasiada importancia. Solo que para entonces ya había recordado algo más. Pensé en la noche anterior, cuando el coche blanco estuvo a punto de atropellarme. Mientras desaparecía en el crepúsculo, había visto un resplandor amarillo que iluminaba el túnel de espinos que tenía delante.

El coche llevaba las luces encendidas.

Pero no había tiempo para preocuparse por eso ahora. Delante de nosotros, los faros del Land Rover atraparon a la figura tambaleante de Edgar.

Estaba en mitad de la carretera, corriendo y con la cabeza agachada. Debí de ver los faros, pero su única concesión fue hundir la cabeza aún más profundamente en sus hombros. El Land Rover protestó cuando Rachel redujo la velocidad y bajó la ventanilla para ponerse a su altura.

–¿Edgar? Edgar, ¿puedes parar, por favor? –No obtuvo respuesta; de hecho, pareció apretar el paso. Rachel lanzó un suspiro—. Maldita sea. ¿Ahora qué?

–Déjame salir.

Se detuvo, pero dejó el motor en marcha. Salí del coche, pestañeando bajo el viento y la lluvia mientras corría tras la figura que se alejaba de los faros.

–Hola, Edgar. –Mantuve un tono de voz calmado y alegre cuando lo alcancé–. ¿Estás bien?

Nada. Siguió apartando la mirada mientras seguía andando, su aliento humeante bajo la fría mirada de los faros. Tenía el pelo lacio pegado al cráneo y el agua le corría por la cara. A pesar de la lluvia, llevaba el largo abrigo desabrochado, y la tela impermeable y grasienta ondeaba como una vela suelta en el viento.

Lo adelanté de modo que seguí caminando de espaldas. Me había situado frente a los faros mientras Rachel nos seguía en el Land Rover. Entrecerrando los ojos para que no me cegaran, extendí las manos en un gesto que esperaba que fuese tranquilizador mientras le obstaculizaba el paso.

–Es muy tarde para estar aquí. ¿Adónde vas?

Desplazó los ojos asustados hacia mí y luego los apartó de nuevo. Aminoró el paso, pero trató de sortearme. Yo seguí retrocediendo, tratando de mantener la misma distancia entre nosotros sin parecer amenazante.

–Rachel está en el coche –le dije–. Hablaste con ella antes, ¿recuerdas? A ella le gustaría hablar un poco más. Sobre esas luces que viste.

Eso sí le arrancó una respuesta. Aflojó el paso hasta detenerse y en ese momento vi qué había querido decir Rachel cuando había dicho que estaba nervioso. No percibí ninguna amenaza, pero parecía un animal asustado, a punto de salir corriendo.

–¿Qué luces eran esas, Edgar?

Movió los labios sin emitir sonido alguno. Parecía más tranquilo, pero aún evitaba el contacto visual, mirando a su alrededor como si buscara una salida. Vi a Rachel salir del coche, por detrás de él. Se acercó con el motor en marcha.

–Hola, Edgar –dijo con calma–. ¿Puedes decirnos dónde viste las luces?

Desvió los ojos hacia un lado.

–En el agua.

–¿En el agua? ¿Quieres decir que estaban encima el agua, las luces de un barco?

–En el agua.

Rachel me miró y, una vez más, supe que ambos pensábamos lo mismo.

–¿Eran los faros de un coche, Edgar? ¿Fue un coche lo que viste?

La cara pálida se inclinó en un movimiento afirmativo.

–¿Cuándo los viste? –pregunté.

Los faros no permanecerían mucho tiempo encendidos bajo el agua sin sufrir un cortocircuito. Si había visto el automóvil de Stacey Coker, debía de haber sido cuando cayó en el arroyo, o poco después.

Edgar no respondió. Volvió a mover los ojos alrededor. Rachel me tocó un momento el brazo, indicándome que debía dejar que fuera ella la que le interrogara.

–Está bien, Edgar. Nadie está enfadado contigo, solo queremos tener más información sobre las luces. ¿Quién estaba en el coche?

Juntó sus manos huesudas, presionándolas entre sus piernas como si fuera una oración invertida.

–Le vi el pelo.

Rachel vaciló, confusa.

–¿El pelo de quién?

–Como los rayos de sol.

Miré a Rachel para ver si ella estaba sacando algo en claro de aquello. Se encogió de hombros con impotencia.

–¿Había una chica en el coche, Edgar? Una chica rubia, ¿es eso lo que quieres decir?

–No era ella. –Su agitación crecía por momentos. Empezó a arrastrar los pies hacia delante para alejarse de allí–. Tengo que irme.

Rachel le tendió la mano con delicadeza.

–Por favor, Edgar, es importante. Había una chica en el coche, ¿verdad? Cuéntanos qué le pasó.

–No, yo no...

Trató de avanzar con paso tambaleante otra vez, pero Rachel no se movió.

–¿Estaba herida?

Edgar estaba trasladando el peso de su cuerpo de un pie a otro, todo él era la viva imagen del sufrimiento y la tensión.

–Está dormida. Tengo que irme...

–¿Dormida? ¿Dónde? ¿Dónde está ella, Edgar? ¿En tu casa? ¿La llevaste a tu casa?

Pero Edgar ya había dicho todo cuanto tenía que decir. La lluvia le goteaba de la punta de la nariz mientras permanecía de pie con la cabeza agachada. Estaba empapado, aunque Rachel y yo no teníamos mucho mejor aspecto.

–Vamos, llevémoslo a casa –le dije.

Creí que tendríamos dificultades para meterlo en el coche, pero después de resistirse unos segundos, obedeció dócilmente. El interior del Land Rover se llenó con el olor de Edgar mientras este se acurrucaba en el asiento trasero, goteando y encorvado como si fuera un signo de interrogación en versión humana.

–No sé qué pensar –dijo Rachel poniendo el coche en marcha. Encendió la radio, dejando que una música de ritmo incongruentemente enmascarara nuestras voces para el hombre que se sentaba detrás. Hizo girar un botón del salpicadero hasta que un piano tranquilizador la sustituyó–. Cuando ha dicho «No era ella», no parecía que estuviera hablando de Stacey.

Miré al asiento de atrás, tratando de desentrañar algún significado de las palabras de Edgar.

–¿Su hija también era rubia?

–¿Te refieres a lo que dijo sobre el pelo como rayos de sol? No tengo ni idea, solo sé que, supuestamente, desapareció. Pero eso fue hace años, y era una niña pequeña. No puede haber pensado que Stacey era ella, ¿verdad?

No sabía qué decir, pero había algo en todo aquello que me ponía los pelos de punta. Había visto a Edgar suficientes veces para saber que actuaba de forma extraña, incluso según sus estándares. No solo estaba nervioso, también estaba asustado. Lo suficientemente asustado como para alejarse de su casa en una noche tan desapacible como aquella.

Fuera lo que fuese lo que hubiese sucedido, no era nada bueno.

Los limpiaparabrisas golpeaban el cristal con un chirrido acompasado cuando saqué el móvil. Rachel me miró mientras marcaba.

–¿A quién llamas?

–A Lundy.

O al menos eso intentaba. La señal osciló un momento y luego se apagó. Seguí intentándolo mientras Rachel conducía a través de la oscuridad de las Backwaters, reduciendo la velocidad antes de encaramarse a un puente de madera y, luego, acelerando a través de los charcos empantanados de barro que salpicaban la carretera. Me alegré de que Rachel hubiera insistido en acompañarme. El Land Rover era idóneo para aquella clase de terreno y condiciones, y nunca habría encontrado el camino para salir de allí yo solo.

Aún no había logrado contactar con Lundy cuando Rachel abandonó el carril de la carretera. Condujimos por una pista llena de baches y flanqueada por unas zarzas salvajes y gigantescas. Terminaba en una casa vieja y destartalada, y cuando la vi, el mal presentimiento que había tenido hasta entonces se intensificó. Estaba sumida en la oscuridad, una casa de ladrillo alta, pero de proporciones irregulares con las ventanas agrietadas y tapiadas por tablones. Estaba rodeada de árboles de gran tamaño, que la ocultaban por detrás de troncos retorcidos y ramas muertas.

Rachel apagó el motor. Por un momento, solo el sonido de la lluvia en el techo del coche quebraba el silencio; a continuación, Rachel se revolvió en su asiento para mirar a Edgar, que no se había movido durante el trayecto, ni

mostraba signos de querer hacerlo.

–Hemos llegado, Edgar. Estamos en casa. –No hubo respuesta–. Venga, ¿no quieres entrar?

Negó con la cabeza y se abrazó el cuerpo. Rachel me lanzó una mirada de preocupación antes de volverse hacia él.

–¿Por qué no? ¿Qué pasa?

Edgar se abrazó más fuerte, hundiendo la barbilla en el cuello para evitar mirar a la casa sumida en la oscuridad.

–Creo que debería quedarse aquí –sugerí en voz baja, mirando a la oscura casa–. ¿Tienes una linterna?

Mi móvil disponía de una, pero no iluminaba demasiado y prefería dejar el teléfono disponible de todos modos. Rachel rebuscó en la abarrotada guantera y sacó una pesada linterna con el exterior de goma. No dije nada cuando se bajó del coche conmigo. Sabía que sería malgastar saliva y tampoco quería dejarla sola con Edgar. Iba a sugerir que cerrara el Land Rover con llave mientras entrábamos, pero no hizo falta que se lo dijera. Si Edgar notó el bloqueo de las puertas o se dio cuenta de lo que significaba, no dio ninguna señal.

Sin los faros del coche encendidos, fuera la oscuridad era absoluta. La lluvia casi había cesado, pero el viento todavía soplaba con violencia, haciendo que las hojas y las hierbas invisibles susurraran por todas partes. Cuando encendí la linterna, su haz proyectó un rayo de luz a través de una maraña de zarzas y malezas. Rachel se estremeció cuando iluminó la casa oscura.

–Dios, te juro que no me apetece nada entrar ahí. ¿Crees que deberíamos hacerlo?

Yo tampoco quería, pero no veía otra opción. Algo había asustado a Edgar hasta el punto de echarlo de su casa, y si existía la mínima posibilidad de que Stacey Coker estuviera dentro, no podía ignorarla. Ni esperar a que llegara la policía. Si él la había traído hasta aquí, debía de estar gravemente herida, o ya habría intentado ponerse en contacto con alguien. Y las palabras de Edgar aún resonaban en mi cabeza.

«Está dormida.»

–Tú espera aquí. Yo echaré un vistazo dentro –le dije a Rachel.

Seguramente no había necesidad de hablar en voz baja, pero lo hice de todos modos.

Ella soltó una risa nerviosa y habló también en voz baja.

–Sí, claro, si piensas que voy a quedarme aquí fuera yo sola...

Desplacé la linterna por el jardín lleno de maleza mientras nos dirigíamos a la puerta principal. El haz de luz iluminó una serie de objetos en la hierba: conchas, rocas y restos de madera desechados por la marea sobresalían del suelo a intervalos irregulares. Creí que los habían dejado allí al azar hasta que vi una concha de ostra que sobresalía de un nuevo montículo de tierra, y me di cuenta de lo que era.

–Son los pacientes de Edgar –dijo Rachel.

Al menos, los que no habían mejorado. Mientras movía la linterna, un par de ojos brillantes me devolvieron el destello de luz desde la oscuridad. Una lechuza parpadeó desde dentro de lo que parecía una vieja conejera. El cementerio de pájaros y animales desapareció en la oscuridad cuando volví a enfocar hacia la casa con la linterna.

La puerta de entrada hacía tiempo que había perdido todo rastro de pintura. Desvencijada y deformada, colgaba torcida del marco. El pomo cedió sin resistencia cuando lo hice girar con la mano. La puerta. No estaba cerrada con llave. Di una violenta sacudida sobre las bisagras oxidadas y percibí un hedor como a amoníaco de heces de animales.

–Dios –murmuró Rachel arrugando la nariz.

Un pasillo oscuro se extendía ante nosotros. Desplacé la linterna sobre el papel de la pared, desconchado y mohoso, y sobre las tablas desnudas del suelo. No había muebles, solo una silla rota. El suelo estaba cubierto con periódicos viejos y montones de lo que parecía materia fecal que esperaba fuera animal.

–¿Stacey? –la llamé.

No obtuve ninguna respuesta, pero en ese momento oí unos golpes débiles y una especie de aleteo procedente del interior de la casa.

–Espera, deja que pruebe a encender las luces –dijo Rachel mientras se me adelantaba para alcanzar un interruptor en la pared. Lo pulsó varias veces, pero no pasó nada–. Vale, mi idea no ha funcionado.

Con cuidado al pisar, crucé el umbral. Rachel me seguía de cerca mientras avanzaba por el pasillo. El olor era aún peor dentro, y sentí vergüenza e ira porque Edgar hubiese estado viviendo solo en esas condiciones. Alegrándome de contar con la linterna, me dirigí a la puerta más cercana y la abrí.

El silencio se hizo añicos por un grito desgarrador.

Rachel me agarró del brazo, haciendo que el haz de luz de la linterna diese unos bandazos enloquecidos. Atrapada por la luz, una gaviota nos miraba con altivez desde el interior de una jaula de madera improvisada.

–Dios...

Rachel me soltó, pero permaneció muy cerca de mí.

Desplacé la linterna por la extraña escena de la habitación. Ahora, el origen de los ruidos que había oído tenía una explicación. Estábamos en una cocina, o al menos lo que quedaba de ella. El fregadero estaba casi enterrado bajo platos sucios y latas de comida vacías, y las paredes estaban repletas de jaulas. Unos ojos brillantes nos devolvían la mirada desde antiguas jaulas de pájaros y hámsteres, conejeras e incluso una vieja pecera. La mayoría estaban ocupadas por aves marinas, pero también había pequeños animales terrestres: roedores, conejos, un erizo e incluso un tejón joven, todos heridos, algunos con las alas o las patas entablilladas. Dentro del horno mugriento, al que le faltaba la puerta, un zorro joven nos miraba desde detrás de una rejilla de tela metálica.

–¿Cómo puede haber vivido así? –preguntó Rachel en voz baja–. ¿No debería haber estado alguien al corriente?

Por lo visto, no. Tras dejar la colección de animales de Edgar en las sombras, volvimos al pasillo. Lo recorrí con la linterna, mientras me preguntaba si no deberíamos ir a las habitaciones de arriba. La idea no me hacía ninguna

gracia.

–Espera, vuelve a encender la linterna –dijo Rachel–. Ahí, en el suelo.

Iluminado por la luz como si formara parte del atrezzo de un teatro, había un objeto tirado junto a una puerta entreabierta.

Un zapato de mujer.

Estaba de lado, con la tira del tobillo rota y el cuero blanco manchado de barro. Oí la respiración de Rachel a mi lado, acelerada y tensa. Iluminé la entrada con la linterna, tratando de ver el interior a través de la rendija de la puerta.

–¿Stacey?

No hubo respuesta. Rachel permaneció cerca de mí cuando avancé por el pasillo. Pensé en decirle que se quedara donde estaba, pero sabía que no me haría caso. Apoyé la mano en la puerta.

–¿Stacey? –repetí empujándola suavemente.

Dentro había más jaulas, aunque no tantas como en la cocina, y la mayoría de ellas estaban vacías. Un tapiz mugriento colgaba de una pared, bordado con el primer verso del himno «All Things Bright and Beautiful». De espaldas a la entrada había un sofá chesterfield de gran tamaño, con el relleno por fuera del cuero agrietado como si fueran hongos.

Un pie descalzo colgaba del reposabrazos del sofá. A la luz de la linterna, las uñas de los pies parecían negras, pero yo sabía, por haberlas visto durante el día, que estaban pintadas de un rojo brillante.

–Quédate aquí –le dije a Rachel.

No protestó, pero yo no lo hacía por ahorrarle un mal trago: sabía, por la posición antinatural del pie, lo que iba a encontrar, y mientras menos personas pisasen ahora aquel lugar, mejor.

Yo tampoco quería entrar, pero tenía que asegurarme. Di algunos pasos más con cuidado en la habitación, hasta que vi lo que había en el sofá.

A la luz de la linterna, la hija de Coker yacía extendida e inmóvil sobre los cojines del sofá. Su cabello rubio enmarcaba un rostro anormalmente hinchado y oscuro. Los ojos abiertos sobresalían con una expresión de sorpresa, con la esclerótica atravesada por una telaraña de vasos sanguíneos rotos.

Aparté la linterna, conmocionado. Cuando la oscuridad escondió a la joven de nuevo, inspiré hondo varias veces, sobrecogido por lo que acababa de ver. Sabía, cuando había entrado en la casa, que había muchas posibilidades de que estuviera muerta. Estaba preparado para eso.

Para lo que no estaba preparado era para ver que Stacey Coker se encontraba desnuda de cintura para abajo.

Unas luces azules estroboscópicas horadaban la oscuridad, iluminando de un tono azul zafiro la parte inferior de los árboles que se arremolinaban alrededor de la vieja casa. Los coches y los furgones de la policía flanqueaban el camino que llegaba hasta ella, apretujándose en la maleza para dejar el acceso despejado. Se habían colocado unos reflectores en el jardín –si es que se le podía llamar así–, que proyectaban contra las paredes ruinosas las sombras de los expertos en criminalística, vestidos de blanco.

Me senté de lado en la puerta abierta de un coche de policía, con los pies apoyados en el suelo húmedo. La lluvia había cesado, pero la frescura del aire estaba contaminada por los gases de la combustión de los vehículos y el generador. El Land Rover blanco ya no estaba y Rachel también se había marchado para prestar declaración en comisaría mientras llegaban más agentes. No sabía si Edgar todavía estaba allí o no. La última vez que lo había visto fue cuando lo sacaron del Land Rover y lo metieron en un coche patrulla. Observaba las luces brillantes y el caos en que se había transformado su hogar con mirada asustada y confusa, sin comprender nada. Cuando pasó por mi lado arrastrando los pies, percibí un leve sonido, como un goteo, y vi una mancha creciente y mojada que se extendía en su entrepierna. Incluso sabiendo lo que había hecho, sentí lástima por él.

Hasta que recordé el cuerpo de la adolescente tirada en su sofá.

No le había dado ningún detalle a Rachel cuando salí de la habitación, pero fue suficiente con verme la cara. Fue un alivio salir al aire libre y dejar atrás la sordidez de la casa, aunque la imagen de lo que había visto aún me quemaba en la retina. Habría dejado a Edgar tranquilamente encerrado en el Land Rover hasta que llegara la policía, pero todavía quedaba pendiente un pequeño detalle: había que llamarlos primero. La recepción del móvil era tan mala como antes, y

no tenía idea de hasta dónde tendríamos que desplazarnos para encontrar una señal. Al final, nos vimos obligados a volver a subir al coche y conducir hasta que pude telefonar.

El trayecto fue tenso. Rachel condujo mientras yo vigilaba a la figura desgarbada del asiento de atrás y esperaba captar una señal para poder llamar. Edgar permanecía sentado plácidamente, pero después de lo que había visto, era como si compartiéramos el coche con un animal impredecible. Uno que era aún más peligroso porque parecía del todo inofensivo.

No tuvimos que ir muy lejos para que las barras de la señal de cobertura cobraran vida. Rachel y yo salimos del coche mientras llamaba a Lundy, pues no quería hablar en presencia de Edgar. Pese a lo tarde que era, el inspector respondió a la primera. Parecía cansado, y dejó escapar un suspiro cuando le conté lo que había sucedido, aunque sin entrar en detalles.

–Vaya, joder. ¿Es muy grave?

Miré hacia donde Rachel estaba apoyada contra el Land Rover. Parecía pequeña y perdida, con la mirada fija en el suelo mientras el viento le alborotaba el pelo.

–Bastante.

Lundy me dijo que volviéramos y nos quedáramos fuera de la casa hasta que ellos llegaran. Me pareció lo más natural del mundo deslizar el brazo alrededor de Rachel mientras esperábamos. Ella se apoyó en mí sin decir palabra, y nos quedamos así hasta que el primer coche patrulla hizo su aparición. Lundy llegó media hora más tarde, cuando ya habían precintado la vivienda detrás de un endeble cordón de cinta policial. Se detuvo un momento a hablar con nosotros y preguntarnos si Rachel y yo estábamos bien. Luego fue a hablar con los agentes de la científica y con el resto del equipo de la escena del crimen antes de desaparecer en el interior de la casa.

A Rachel y a mí nos separaron poco después. Nadie sugirió que me fuera yo también, aunque no había ninguna razón para que me quedara. Fuera lo que fuese lo que hubiese sucedido allí, no era algo en lo que un antropólogo forense pudiera ayudar. Frears llegó a la casa poco después de Lundy. La cara lisa del

patólogo tenía un aspecto hinchado y pálido en contraste con el mono azul, como si no llevara mucho rato despierto. Me obsequió con una sonrisa forzada al pasar por mi lado, mientras se ponía un par de guantes.

–¿Has estado entretenido otra vez, Hunter?

Lo vi desaparecer también en el interior de la casa. Pasaron otros veinte minutos hasta que Lundy apareció en la entrada, su voluminosa figura reconocible incluso antes de que se bajara la capucha y se quitara la mascarilla. Se detuvo para hablar con el responsable de la escena del crimen, y me puse en pie junto al coche de la policía cuando él se acercó.

–Tenía usted razón. Parece que fue estrangulada –dijo sin más preámbulos.

Tenía el rostro congestionado y enrojecido, con unas marcas profundas allí donde le apretaba la mascarilla.

Era lógico deducirlo a partir de las facciones congestionadas de la chica y los ojos inyectados en sangre.

–¿Cuánto tiempo lleva muerta?

–Frears cree que entre nueve y doce horas.

Eso significaba que la habían matado a primera hora de esa misma tarde. Mientras yo me retorcí las manos de nervios por la cena con Rachel, Edgar estaba estrangulando a la hija de Coker.

Lundy se desabrochó el mono y buscó un pañuelo en el bolsillo. Se sonó ruidosamente la nariz antes de continuar.

–Hay otras lesiones. Presenta hematomas en la cabeza a la altura de la sien derecha, y hay más en el torso. Probablemente a consecuencia del accidente en vez de por lo que debió de pasar aquí.

Asentí con la cabeza: habría salido despedida cuando el coche cayó rodando y la herida en la cabeza era compatible con un golpe contra la puerta del coche.

–¿Frears cree que fue agredida sexualmente?

Lundy se encogió de hombros.

–No hay lesiones visibles que así lo indiquen, pero no lo sabrá con certeza hasta la autopsia. Por su bien y por el de su familia, espero que no, pero hay que suponer que la intención estaba ahí, o de lo contrario todavía estaría vestida. – Lundy suspiró de nuevo y negó con la cabeza–. Cuénteme otra vez lo que pasó.

Le relaté el encuentro con Edgar, incluido su estado de agitación nerviosa y lo que había dicho cuando Rachel intentó interrogarlo. Me escuchó sin hacer comentarios hasta que hube terminado.

–Si al salir de la curva Stacey Coker se topó con Holloway, eso explicaría por qué se salió de la carretera. Y si él vio los faros del coche en el agua, debía de estar cerca. No habrían permanecido encendidos mucho tiempo.

–¿Holloway?

–Ese es su nombre. Edgar Holloway. –Lundy miró la casa iluminada–. Esto va a abrir una nueva caja de Pandora.

–¿Por lo de su hija, quiere decir?

Arqueó las cejas.

–¿Cómo sabe usted eso?

Le expliqué que Rachel me había hablado de la desaparición de la joven hija de Edgar. El inspector se frotó la mandíbula con el dorso de la mano.

–Debe de hacer de eso... veintitantos años. El caso de Rowan Holloway fue uno de los primeros en los que trabajé cuando me mudé aquí. Causó un gran revuelo a nivel local. Una niña de nueve años salió una mañana durante la época de las vacaciones escolares y no regresó. Nunca logramos averiguar qué le pasó, y sin embargo...

–¿Sin embargo...?

Sonrió cansado.

–Estaba a punto de decir que sospechamos de su padre en algún momento. Estaba solo en casa el día que Rowan desapareció, por lo que inevitablemente fue investigado. Tendré que desenterrar el archivo, pero si no me falla la memoria, los agentes encargados de la investigación lo calificaron de bicho raro. Retraído y solitario ya entonces, no le gustaba relacionarse con la gente. Su mujer trabajaba en una tienda de Cruckhaven, y creo que él era una especie de naturalista. Escribía libros de texto para escuelas, o algo así. No le daban ninguna importancia a dejar que su hija vagara sola por las Backwaters, así que recibieron muchas críticas cuando desapareció.

–¿Llegaron a acusar formalmente a Edgar?

–No, nunca conseguimos ninguna prueba, y sus maestros decían que la niña parecía razonablemente feliz en casa. Holloway tuvo después algún tipo de crisis nerviosa, si no recuerdo mal, y al final la investigación quedó en vía muerta.

–¿Tenía su hija el pelo rubio?

–Ahora que lo dice, sí, lo tenía. Pero parece un poco exagerado pensar que confundió a Stacey Coker con su hija solo porque las dos tuvieran el pelo «como los rayos del sol» o lo que sea. Rowan tenía solo nueve años cuando desapareció. Ahora estaría en la treintena.

–No estoy seguro de que Edgar sea capaz de racionalizarlo así. Y estaba oscuro, así que quizá al principio lo único que vio fue el pelo rubio. Eso podría haber bastado para que la sacara del arroyo y la trajera hasta aquí.

Lundy volvió a hurgar en su bolsillo y sacó un paquete de antiácidos.

–Puede ser, pero eso es tarea de los psiquiatras. Y si Stacey Coker le recordaba a su hija, eso hace que lo que ha pasado aquí sea aún peor, ¿no cree?

Ese pensamiento tan desagradable quedó suspendido en el aire entre nosotros por espacio de unos segundos.

–Antes ha hablado de que se abriría una caja de Pandora –comenté–. No lo decía solo por Rowan Holloway, ¿verdad?

–No. –Se metió un par de antiácidos en la boca–. Ahora la gente se preguntará por qué se permitió que Holloway se saliera del sistema de la manera en que lo hizo. Los servicios sociales van a tener que dar un montón de explicaciones, porque es evidente que no debería vivir aquí solo. Y después de esto no podemos ignorar la posibilidad de que sea responsable de algo más que de la desaparición de su hija. Esto va a hacer que la investigación de Emma Derby apunte directamente a su cabeza.

Dios... Me froté los ojos, demasiado cansado para pensar con claridad.

–¿De veras cree que podría tener algo que ver con eso?

–Solo Dios lo sabe. Pero vamos a tener que registrar cada centímetro de esta casa. Dentro y fuera. –Sacudió la cabeza, mirando las conchas y los pedazos de madera jalonados como marcadores por todo el jardín–. No me apetece en absoluto. No vamos a saber si hay restos humanos aquí sin levantarlo todo. Como si no hubiéramos tenido bastante con la fosa del perro en la casa de Villiers, ahora este lugar es como un puto cementerio de mascotas.

No había pensado en eso, pero tenía razón. Aparte de la maraña de arbustos y zarzas que habría que limpiar, los cadáveres de animales putrefactos enterrados aquí confundirían a un perro adiestrado en la localización de cadáveres.

Sin embargo, la mención de Emma Derby me había recordado otra cosa.

–¿Le ha dicho Rachel algo sobre la moto?

–No, a mí no, pero no la he visto desde que fue a prestar declaración. ¿Qué moto?

Habría preferido que Lundy lo hubiese oído de sus propios labios, pero tenía que saberlo. Le hablé de la fotografía de la reluciente Harley-Davidson en la duna de arena, y de la posible reaparición del antiguo novio de Emma Derby.

–A ver si lo entiendo, ¿la hermana no se había dado cuenta hasta ahora de que en la foto aparecía el fuerte marino? –preguntó frunciendo el ceño.

–Reconoció la motocicleta, pero pensó que debía de ser una foto antigua. Y es difícil distinguir el fuerte; solo es reconocible porque aparece en otras fotos de la playa.

Yo mismo me di cuenta de que me había puesto a la defensiva. Lundy suspiró.

–¿Y no tiene idea de cuándo podría haberse tomado esa foto?

Negué con la cabeza, pero él no esperaba que le respondiese. Se pasó la mano por la cara.

–Maravilloso. Bueno, ¿y qué más ha dicho sobre ese tal...?

–Mark Chapel. Solo que su hermana lo conocía de Londres y que solía producir vídeos musicales. Y que tenía una Harley como la de la fotografía.

–¿Como la de la fotografía o la misma?

–No lo sé, pero tampoco insistí demasiado. Ella sabe que hemos encontrado otro cuerpo, y no quería que estableciera una conexión.

Lundy parecía desconcertado.

–¿Conexión? Ahora me he perdido.

–Entre la moto de la fotografía, la chaqueta de motorista y las botas que llevaba el cadáver del arroyo.

Un gesto de comprensión se le extendió por el rostro.

–Joder, me estoy volviendo lento de reflejos. De acuerdo, tendré que echarle un vistazo a la foto yo mismo, y veremos qué más podemos averiguar sobre ese tal Mark Chapel. Tal vez no tenga nada que ver, pero al menos tenemos que descartarlo.

Miró por detrás de mí y se enderezó, haciendo un visible esfuerzo para liberarse del cansancio.

–Aquí llega la jefa.

Me volví y vi que Clarke se abría paso entre los vehículos policiales estacionados. Llevaba la gabardina clara desabrochada y sus faldones se agitaban al viento mientras se acercaba a nosotros. Lucía un aspecto desastrado y cansado, pero sobre todo parecía enfadada cuando se detuvo frente a mí.

–Frears sigue en el interior de la casa, señora –dijo Lundy recurriendo al lenguaje formal.

Ella respondió con un leve asentimiento, pero estaba claro que yo era el foco principal de su atención. El cabello encrespado cobrizo amenazaba con escapar de la cinta negra que lo retenía en su sitio mientras me fulminaba con la mirada, apretando los labios.

–Para que me quede claro, doctor Hunter, ¿podría explicarme por qué entró en la casa sin llamarnos primero?

–Sabía que podía haber una joven herida que necesitaba ayuda.

–¿Y pensó que era la persona idónea para proporcionársela? ¿En lugar de, digamos, los servicios de urgencias?

–Los servicios de urgencias no estaban aquí. Yo sí.

–Y por eso decidió contaminar la escena del crimen.

A mí también se me estaba agotando la paciencia. Estaba muy cansado, y me había pasado la última hora repitiendo lo que había hecho, mientras me preguntaba si podría haber evitado de algún modo lo sucedido.

–No sabía que era una escena del crimen cuando entré. Tuve mucho cuidado al pisar, no toqué nada, y salí tan pronto como me di cuenta. Así que sí, lo siento mucho, pero no tanto como lo sentiría si hubiera dejado morir a alguien mientras esperaba aquí fuera rascándome la barriga.

Me di cuenta de que había alzado la voz. Lundy se removió inquieto mientras Clarke me observaba fríamente bajo sus pestañas pelirrojas. «Ahora viene lo bueno», pensé.

Se oyó un ruido procedente de la casa. Estaban sacando una camilla, y la bolsa negra para cadáveres que iba en ella reflejaba asépticamente las luces azules intermitentes mientras la trasladaban hasta la furgoneta negra. Clarke la observó un momento y luego suspiró.

–Necesito hablar con Frears.

Lundy me lanzó una mirada que podría haber sido una advertencia o un reproche antes de irse con ella. Mientras desaparecían en el interior de la casa iluminada, se oyó el ruido de la puerta de la furgoneta negra al cerrarse de golpe. Me volví y vi a un auxiliar médico cerrar la otra puerta también, ocultando a la vista el interior y la carga que llevaba.

Me llevaron de vuelta al cobertizo, pero eran ya más de las tres cuando me acosté. Ni siquiera entonces pude conciliar el sueño. Tal vez fuera mi imaginación, pero me pareció percibir todavía el salvaje olor animal de Edgar Holloway. Y cuando cerraba los ojos, veía el rostro hinchado de Stacey Coker, la terrible parálisis de sus ojos color rojo sangre. Permanecí despierto, primero, escuchando los ruidosos ladridos de las focas, y luego, durante el clamor al alba de las gaviotas. El cielo ya estaba clareando cuando al fin me sumí en un sueño inquieto.

Cuando me despertó la alarma, era como si no hubiera dormido en absoluto. Después de una ducha prolongada y un desayuno apresurado, me sentí un poco más humano. Rachel no contestó cuando intenté llamarla, pero también había tenido una noche larga. No tenía ni idea de a qué hora habría regresado, y no habría pasado una mañana nada envidiable teniendo que darle la noticia a Jamie.

Después de dejarle un mensaje para decirle que esperaba que se encontrara bien, fui en coche al depósito de cadáveres. Nadie me había dicho que no lo hiciera, así que hasta que no me indicaran lo contrario, estaba decidido a continuar con mi trabajo. No había señales de Frears, pero o bien habría estado trabajando toda la noche en la autopsia de Stacey Coker, o se estaría preparando para realizarla esa mañana.

No lo envidiaba.

Eso significaba que podía trabajar solo y sin interrupciones, lo cual me venía muy bien. Lan se ofreció a ayudarme, pero le aseguré que podía arreglármelas. Me puse el pijama quirúrgico y un delantal, me adentré en el silencio ordenado y aséptico de la sala de autopsias y cerré la puerta a mi espalda con un sentimiento parecido al alivio.

La cocción a fuego lento había puesto fin al proceso que meses de inmersión en el arroyo había iniciado. Ahora, cualquier resto de tejido blando se había desprendido definitivamente de las articulaciones y los huesos del cuerpo hallado en el alambre de espino. Los extraje sistemáticamente del asqueroso mejunje en que se había convertido la solución detergente, luego los enjuagué y los dejé secar. Aquello me dio la oportunidad de examinar los extremos de la costilla esternal, la superficie auricular y la sínfisis del pubis, todos los huesos que ayudarían a revelar qué edad tenía aquel individuo cuando murió. Mientras trabajaba, traté de no especular demasiado sobre el exnovio motero de Emma Derby. Todavía podía tratarse de otra persona, y la chaqueta y las botas de motorista podrían ser una simple coincidencia, al fin y al cabo.

Y si no lo era, lo sabríamos muy pronto.

Mientras extraía los huesos limpios, sentí la tentación de dedicar más tiempo a examinar las múltiples fracturas que había sufrido el esqueleto, especialmente en la pierna derecha. Pero podían esperar. Si lo que había visto en las radiografías se confirmaba, no había duda de a qué tenía que prestar atención primero.

La verdadera historia estaba en el cráneo.

Por muy útiles que sean los rayos X, lo cierto es que solo son bidimensionales. Cuando hay un traumatismo muy extenso, los daños causados por una lesión pueden superponerse encima de otros posibles daños en la imagen, lo que dificulta formarse una idea clara de lo sucedido. Ese era el caso aquí. El día anterior, había separado la mandíbula ya suelta y dañada antes de poner el cráneo en remojo en la solución. Antes incluso de haber limpiado adecuadamente la mandíbula, reparé en la profunda bifurcación que tenía en el centro y que, en vida, habría dotado a su dueño de una barbilla con un marcado hoyuelo. Después de apartarla a un lado, practiqué un corte entre la segunda y la tercera vértebras con un bisturí de hoja fina para seccionar la columna vertebral. A continuación, había dejado el cráneo en maceración por separado: no quería que los fragmentos de huesos pequeños que pudieran desprenderse se confundieran con los de cualquier otra parte del esqueleto.

En ese momento, mientras lo enjuagaba, descubrí que el técnico de la científica no andaba demasiado errado cuando sugirió que las lesiones habían sido causadas por una hélice de barco. Algún tipo de cuchilla giratoria, en rápido movimiento, había atravesado los delicados huesos faciales como si fueran de madera de balsa. Sabía que el movimiento había sido rápido porque el corte en el hueso que dejó la cuchilla tenía los bordes limpios, con muy poco astillado; y giratorio debido a la forma de los cortes: menos hondos en los extremos, pero más profundos en el centro, lo que era indicativo de un movimiento circular.

Las heridas eran paralelas entre sí, atravesando la cara de forma más o menos horizontal. Una de ellas, de varios centímetros de largo, había seccionado el arco superior de las órbitas de los ojos y lo que se conoce como el nasión, el punto de intersección del hueso frontal y de los dos huesos nasales, encima del puente de la nariz. Había otro corte justo debajo, que dividía los huesos cigomáticos de ambas mejillas. De ahí hacia abajo, los cortes estaban mucho más juntos, fusionándose en determinados puntos, por lo que era difícil distinguir las heridas individuales. La mayor parte de la zona inferior de la nariz se había roto en varias partes, mientras que el maxilar –la mandíbula superior que habría alojado los dientes frontales– se había fragmentado completamente por debajo de la nariz. En ese momento, al observar algunos de aquellos fragmentos, vi que el hueso exhibía una porosidad inusual, lo que le confería la apariencia de la piedra pómez.

Sería necesaria una cuidadosa reconstrucción para determinar qué había sucedido. Faltaba buena parte de hueso, algunos fragmentos sueltos se habrían caído o habrían sido pasto de los carroñeros acuáticos. Quedaban muy pocos dientes en sus respectivas cavidades bucales, y ninguno estaba intacto, destrozados por la acción de la cuchilla giratoria.

Sin embargo, fueron los cortes en sí los que despertaron mi interés. Mezclé un poco de masilla de silicio y la extendí cuidadosamente en los dos cortes más diferenciados. Una vez seco, cada molde mostraría el corte en detalle, revelando qué tipo de patrón había dejado la cuchilla en el hueso. Mientras se solidificaba la masilla, volví a centrar mi atención en un objeto que se había hundido en el fondo del recipiente. Era el mismo objeto que había advertido por primera vez en

las radiografías, semiescondido entre la maraña en blanco y negro de lesiones subyacentes. Era un hueso delgado, parecido a una hoja, con un borde rugoso en el lugar donde se había desprendido del cráneo.

Todavía lo estaba examinando cuando la puerta se abrió y Frears entró en la sala.

–Buenas tardes, Hunter. No estaba seguro de que estuviera aquí hoy.

Dejé el fragmento de hueso, mientras me preguntaba si Clarke habría dicho algo sobre retirarme del caso.

–¿Y por qué no iba a estar?

–¡No se lo tome tan a pecho! Me refería a después de todo el jaleo de anoche. Aunque le gusta poner a prueba a la inspectora jefa, eso hay que reconocérselo.

Me tranquilicé y traté de intentar no reaccionar siempre a la defensiva.

–¿Ha hecho la autopsia?

–¿La de la chica? La terminé antes del almuerzo. –El patólogo parecía estar de mejor humor que anoche–. Seguramente ya habrá adivinado la mayor parte: hematomas en la garganta, tráquea aplastada e hioides rotos, todo en concordancia con el estrangulamiento. Las otras lesiones guardan relación con el accidente de coche. Costillas rotas, abrasiones, hematomas... Había una pequeña fractura en el cráneo, pero sin hemorragia interna. Probablemente sufrió una conmoción cerebral desagradable, pero no habría resultado fatal.

–¿Estaba consciente?

–Es difícil saberlo. Dudo que estuviera en condiciones de salir del coche, pero si se refiere a que si estaba consciente cuando fue estrangulada, es imposible saberlo con certeza. Sin embargo, no hay signos de lucha, lo que sugiere que no lo estaba. –Sacó un par de guantes quirúrgicos de una caja y comenzó a ponérselos–. De hecho, eso era lo único extraño. Era bastante sorprendente dada su desnudez, pero no había indicios de agresión sexual. Nada que sugiera violación o incluso actividad sexual reciente. Parece que nuestro hombre miró pero no tocó.

«Algo es algo», me dije, aunque era un triste consuelo para la familia de Stacey Coker. Pensé en el patético individuo acurrucado en la parte trasera del Land Rover la noche anterior, en cómo se había alejado de nosotros en la carretera, aterrorizado. En cómo Rachel lo había calmado, igual que a un niño o un animal asustado. «No te preocupes, es inofensivo.»

Frears se colocó los ajustados guantes de nitrilo y se acercó a donde estaba el cráneo, en una bandeja de metal.

–Y bien ¿cómo le va con nuestro amigo del alambre de espino? Veo que ha sacado moldes de las heridas que le ocasionó la hélice, ¿no es así?

–No las causó una hélice.

Eso llamó su atención.

–¿De veras?

–Fueron producidas por algo que giraba muy rápido, pero son más surcos que cortes –le expliqué. En las heridas de la hélice de un barco, cada una de las cuchillas individuales golpea repetidamente el hueso. Y eso no era lo que había visto allí–. Parece que fueron causadas por algún tipo de disco sólido.

–Esto se pone cada vez más interesante. ¿Cuándo estarán listos los moldes?

–Ya deberían estarlo.

Me dirigí al cráneo y golpeé con delicadeza la masilla de silicio. Estaba sólida, de manera que retiré los moldes con cuidado. Transversalmente, el corte era cuadrado, los lados se unían en el fondo plano en ángulos rectos. La superficie interna de las heridas era rugosa, mostrando claros signos de abrasión.

Tomé un calibrador para medir el ancho de un molde mientras Frears examinaba el otro. Dio un gruñido de sorpresa.

–Ya veo a qué se refiere. El corte de una hélice debería ser liso, pero esto es tan áspero como el trasero de un oso, casi como si le hubieran pasado una lija. ¿Algún tipo de herramienta eléctrica? Una sierra circular, tal vez.

–Estaba pensando más bien en una amoladora angular –dije, soltando el calibrador–. Los discos de corte son abrasivos y planos, y siete milímetros es un ancho estándar. Igual que estas heridas.

–Veo que ha hecho los deberes. –Frears asintió pensativo–. Sí, eso tendría sentido. Las heridas se asemejarían superficialmente a las producidas por la hélice de un barco, por lo que, si alguien encontrara el cuerpo, no despertaría sospechas automáticamente. Aunque eso plantea la pregunta de cómo se rompió los huesos nuestro hombre. Y si descartamos un accidente de barco, tenemos que considerar la posibilidad de que estuviera vivo cuando alguien le puso una amoladora en la cara. Caramba, eso sí es un pensamiento alegre...

Yo también había pensado lo mismo. El hueso *post mortem* es un hueso seco y quebradizo, y reacciona de manera diferente a los traumatismos en comparación con el hueso todavía vivo. En este caso, las fracturas y los cortes parecían haber sido infligidos cuando el hueso todavía tenía cierta elasticidad, lo que significaba que el trauma era *peri mortem*, o alrededor del momento de la muerte.

Por desgracia, podía ser difícil determinar si eso significaba justo antes de que la víctima muriera o justo después. No me hacía ilusiones sobre el grado de crueldad del que son capaces algunas personas y, aunque la posibilidad planteada por Frears era ciertamente desalentadora, había visto cosas peores. Pero no pensaba que ese fuera el caso.

–Lo dudo –dije–. No he tenido ocasión de examinarlas debidamente todavía, pero las roturas de la tibia y el peroné no parecen haber sido causadas por un golpe. Yo diría que fueron el resultado de una fuerte presión. Algo mantenía la parte inferior de la pierna inmóvil mientras tiraban de lado del resto del cuerpo, lo suficientemente fuerte para dislocar la cadera, así como para romper los huesos. También tiene el cuello roto. Dos vértebras están fracturadas, pero el cráneo no. ¿Cómo pudieron golpearle lo bastante fuerte para romperle el cuello sin producir traumatismos en el cráneo?

El patólogo cogió el cráneo.

–¿Cree que fue una caída?

–No sé qué otra cosa podría ser. Saltar de una motocicleta a gran velocidad o ser atropellado por un coche podría causar lesiones similares, pero no había rastros de abrasiones en el cuerpo o la ropa –dije–. Una caída es más probable, y si la parte inferior de la pierna choca contra algo o queda atrapada al caer, el impulso la habría cortado. El resto de las fracturas son consistentes con un impacto. Mi hipótesis es que el impacto con el cráneo fue amortiguado por un brazo o un hombro al aterrizar, pero el latigazo repentino le rompió el cuello.

Frears asintió con la cabeza.

–Y entonces alguien le destrozó la cara con una amoladora para tratar de ocultar su identidad y hacer que pareciera que lo había destrozado una embarcación.

–Creo que podría haber más que eso. –Tomé la frágil pieza de hueso en forma de hoja–. ¿Qué le parece esto?

Frears lo cogió con el ceño fruncido.

–Es una parte del vómer. ¿Qué le pasa?

–Estaba metido dentro del cráneo.

–No... Ah –exclamó. Sosteniendo aún el hueso, corrió hacia el negatoscopio, donde estaba colgada la radiografía. La miró por un momento y luego negó con la cabeza–. Vaya por Dios... No es algo que se vea todos los días, desde luego.

El vómer es una lámina de hueso delgada y vertical que se encuentra en la parte posterior de la nariz y divide la abertura nasal por la mitad. En la radiografía había quedado oscurecido por el traumatismo facial más obvio, escondido detrás del mosaico abigarrado de huesos dañados, pero se lo podía distinguir pese a todo, una fantasmagórica forma blanca con su punta todavía incrustada en el lóbulo frontal del cerebro descompuesto.

–Cuando lo vi por primera vez, di por sentado que una cuchilla giratoria o un disco lo habría empujado hasta ahí dentro –le dije–. Pero eso habría atravesado el vómer directamente, no lo habría empujado hacia dentro, y mucho menos en un ángulo ascendente como ese.

–Es verdad. –Freams sonaba molesto consigo mismo–. Tampoco creo que pueda ser a consecuencia de una caída.

Ni yo. El cuerpo tendría que haber aterrizado de cara, lo que ya de por sí habría causado graves traumatismos. No había visto ninguna señal al respecto. Y alguien habría tenido que asestar un golpe muy poderoso exactamente en el ángulo preciso para lanzar el vómer hasta el lóbulo frontal de esa manera, lo que convertía aquello en un accidente muy macabro...

O en una ejecución.

–Bloqueo con la palma de la mano.

Lundy hizo una pausa para sonarse la nariz. Era última hora de la tarde, y el sol asomaba de forma intermitente por detrás de unas nubes oscuras. El inspector iba en el asiento del pasajero de mi coche, todavía un poco grogui después de la endoscopia. Lo había llamado para informarle de los nuevos hallazgos, olvidando que me había dicho que tenía hora para someterse a la prueba ese día. Empecé a explicarle en líneas generales lo que había descubierto cuando me interrumpió, excusándose, y me dijo que todavía estaba en el hospital y que no podía hablar libremente. Me explicó que le habían administrado un sedante y le habían aconsejado que no condujera el resto del día. Su esposa, que se suponía que iba a pasar a recogerlo, se había retrasado al ir a buscar a su nieta a una actividad extraescolar.

El hospital estaba cerca de la morgue, y yo ya había hecho todo lo que tenía que hacer. Ya había aclarado los huesos de la víctima del alambre de espino y los había puesto a secar. Había echado un vistazo preliminar a los más significativos, especialmente a aquellos con fracturas o daños, pero había decidido no continuar con el montaje hasta la mañana. La falta de sueño y los sucesos de la noche anterior empezaban a afectarme. Era mejor dejarlo hasta que hubiera descansado que pasar por alto algo importante por falta de concentración.

Así que le dije a Lundy que lo llevaría a casa. Me alegraba de tener compañía, y también porque así me distraería un poco. No había tenido noticias de Rachel. Había intentado llamarla otra vez, pero seguía sin responder al teléfono. Yo no quería atosigarla, sabiendo que ya tendría bastante con las consecuencias del asesinato de Stacey Coker. Aun así, su silencio me tenía en vilo.

Lundy parecía cansado cuando lo recogí en la entrada del hospital. Cuando le pregunté cómo le había ido, su respuesta se limitó a un escueto «Ah, bien», como quien no quiere hablar sobre el tema. En lugar de eso, me había preguntado si había descubierto algo más sobre los restos.

Advertí cierta mejoría en su estado de ánimo cuando le hablé sobre el vómer, y me explicó que solo un golpe muy preciso o muy afortunado podría haber causado una lesión como esa.

–¿Un bloqueo con la palma de la mano? –pregunté.

–Es la clase de técnica que aprendes si te enseñan el combate cuerpo a cuerpo o artes marciales. En vez de romperte los dedos golpeando a alguien, le clavas la palma de la mano en la cara. –Levantó la mano a modo de demostración: la palma de la mano abierta hacia fuera y los dedos doblados hacia atrás en forma como de garra–. Desagradable, pero si quieres evitar que alguien se pase de la raya, surte efecto. Un exparamilitar me lo enseñó cuando estaba en las fuerzas de reserva, junto con algunos otros trucos sucios.

–¿Estuvo en las fuerzas de reserva?

Río entre dientes.

–Hacía muchas barbaridades en aquella época. Tome la tercera salida en la rotonda.

Lundy me había asegurado que no necesitaría el GPS. No vivía lejos, pero había mucho tráfico.

–Entonces ¿un golpe con la palma de la mano podría causar una lesión como esa? –pregunté después de atravesar la rotonda.

–Teóricamente, pero yo nunca he presenciado una lesión semejante. ¿Está seguro de que alguien no le dio con un palo o algo así?

No podía afirmar con certeza con qué se había golpeado la víctima, pero dudaba que fuera un arma. Aunque los daños en la parte inferior de la cara me impedían asegurarlo con rotundidad, lo más probable era que cualquier objeto de bordes duros como un ladrillo o un martillo habría dejado depresiones en las fracturas con su forma.

–No lo creo.

–En ese caso, si hablamos de las manos, un bloqueo con la palma parece lo más probable –señaló Lundy–. Pero tendría que golpear a alguien con mucha fuerza y en el ángulo exacto para conseguir ese efecto. Por lo general, lo más habitual es acabar con la nariz ensangrentada o los dientes rotos.

–Esto hizo algo más que romperle los dientes. Todo apunta a que el maxilar superior, justo debajo de la nariz, se hundió –le expliqué disminuyendo la velocidad cuando un camión se cambió a mi carril sin señalizar la maniobra con el intermitente–. Falta una gran cantidad de hueso, y lo que queda parece más poroso de lo que debería.

–¿Poroso?

–Estaba lleno de pequeños agujeros, como una esponja. Podría ser un defecto óseo genético, o tal vez había tenido algún tipo de infección. En cualquier caso, algo debilitó suficientemente la estructura, como un bloqueo con la palma de la mano, si es eso lo que fue, como para romperlo y lanzar el vómer hacia el cerebro.

Lundy asintió con aire pensativo.

–Entonces ¿podemos contemplarla como posible causa de la muerte?

Había discutido eso con Frears, sin llegar a ninguna conclusión.

–Es difícil decirlo. No pudo sobrevivir a esa lesión, pero no significa que fuera eso lo que lo mató. Si estoy en lo cierto sobre las fracturas, la caída habría sido fatal por sí misma. Mi suposición es que el golpe en la cara fue primero, seguido de la caída, porque no tendría sentido golpear a alguien tras producirse esa clase de lesiones. Pero no puedo establecer cuánto tiempo pasó entre ambas acciones.

–Al menos eso significa que estaba muerto o inconsciente antes de que alguien le triturara media cara –dijo Lundy con una mueca–. Aun así, puedo ver la lógica que hay detrás: matas a alguien en una pelea, por accidente o como sea, así que camuflas la prueba detrás de otras lesiones. Intentas hacer que la muerte tenga la apariencia de un accidente de navegación y destruyes cualquier rasgo

que posibilite la identificación de la víctima, matando dos pájaros de un tiro. Luego, enredas el cuerpo en alambre de espino y lo hundes en una parte profunda de las Backwaters con la esperanza de que parezca un accidente.

–Pero eso no podía funcionar –dije–. No en cuanto un forense competente examinase el cuerpo.

–No, pero al menos lo intentaron. Ahora, la siguiente a la izquierda.

Seguí sus indicaciones. Nos adentramos en una zona residencial, una agradable sucesión de casas adosadas con cerezos que flanqueaban los jardines delanteros. Las flores rosadas daban a la calle una apariencia festiva, como si fuera el escenario de una boda.

Lundy estaba acariciándose el bigote, una señal cuyo significado –ya lo había reconocido a aquellas alturas– era que estaba pensando.

–¿Qué más ha podido averiguar?

–No mucho. Era un hombre alto, metro ochenta y cuatro u ochenta y cinco, y de entre treinta y cuarenta años. Pero eso es todo lo que puedo decir por ahora.

–¿Alguna idea de cuánto tiempo llevaba el cuerpo en el agua?

–Probablemente varios meses, pero sin saber si fue a la deriva o si estuvo sumergido en el alambre de espino todo el tiempo, no es más que una suposición.

–Pero pongamos por caso que permaneciera sumergido en el alambre de espino. ¿Cuánto tiempo diría entonces?

Pensé unos instantes antes de responder.

–Teniendo en cuenta que ha sido un invierno y luego una primavera fríos, entre seis y ocho meses.

Lundy asintió.

–Emma Derby desapareció hace poco más de siete meses.

No se me escapaba ese hecho.

–¿Ha habido suerte con la localización de su exnovio? –pregunté sabiendo adónde conducía aquello.

–Aún no. He puesto a alguien a cargo de la investigación, pero he tenido que irme a que me metieran ese puñetero tubo por la garganta. Ni siquiera he podido ver la fotografía de la motocicleta de la que me habló.

–Pero considera la posibilidad de que Villiers pudiera haber matado a Mark Chapel y a Emma Derby.

–Creo que, ciertamente, los astros parecen alinearse en ese sentido. Es evidente que, si Chapel está vivo, volveremos a la casilla número uno. Pero añadir al antiguo novio de Emma Derby podría explicar algunas cosas. No creo que Villiers sea de los que reaccionan bien ante un rival, así que ahí mismo tiene un móvil potencial para el asesinato. Y un bloqueo con la palma de la mano es justo la clase de técnica que pudo haber aprendido durante su paso por el ejército. No hace falta que te guste jugar a los soldados para recordar lo que te han enseñado.

Señaló una casa al otro lado de la carretera.

–Esa es nuestra casa. Puede parar en la entrada.

Me acerqué a la acera. Con el intermitente encendido, dejé el motor en marcha, listo para volver a salir. El aroma a la flor del cerezo y a hierba mojada penetró en el coche cuando Lundy abrió la puerta, aunque no se bajó todavía.

–Gracias por traerme. ¿Quiere entrar a tomar una taza de té? Mi mujer aún no ha vuelto, así que puedo abrir mi alijo de galletas sin que me griten.

–No, pero se lo agradezco. Será mejor que me vaya.

No quería entrometerme en la vida hogareña del policía, y pensé que su esposa querría que le hablase de su visita al hospital cuando llegara a casa. Sin embargo, Lundy se quedó donde estaba.

–Lo cierto es que preferiría que entrase. –Su mirada de ojos azules parecía sincera detrás de los cristales de las gafas–. Hay algo más de lo que quisiera hablarle.

La casa no era lo que esperaba. Era una vivienda adosada de la posguerra que había sido renovada y ampliada. El jardín delantero se había convertido en un patio de estilo mediterráneo, mientras que el interior era luminoso y moderno, con muebles cómodos pero contemporáneos. Me senté en una pequeña sala acristalada mientras Lundy preparaba el té en la cocina contigua. Había rechazado mi ofrecimiento de ayudarlo.

–Solo me dijeron que no podía conducir, pero todavía puedo utilizar una tetera.

No parecía tener prisa por decir lo que tuviera que decirme, así que dejé que se tomase su tiempo para hacerlo cuando lo considerase oportuno.

–¿Cómo se tomó Coker la noticia? –pregunté mientras él vertía agua hirviendo en dos tazas.

–Ya se lo puede imaginar. Anoche fui a su casa para decírselo. –Sacudió la cabeza–. No quiero ni pensar en cómo debe de sentirse hoy.

Con razón Lundy parecía cansado. Debía de estar a punto de amanecer cuando llegó a su casa.

–¿Tiene más familia?

–Un hijo en el ejército. Estaba en el extranjero, pero ahora ha vuelto a Reino Unido. Supongo que le darán un permiso después de esto.

Me alegré de que Coker tuviera a alguien; eso no lo haría más fácil, pero era mejor que estar solo.

–¿Qué hay de Edgar?

Lundy hizo una mueca y trajo el té y un paquete de galletas de chocolate.

–Es difícil entender lo que pasa por su cabeza. Tendrá que someterse a una evaluación psiquiátrica completa, pero por lo que hemos podido deducir, tenía razón en que estaba andando por la carretera. Stacey Coker debió de dar un volantazo para esquivarlo, las marcas de los neumáticos muestran que fue una maniobra repentina, y se abrió la cabeza cuando el coche volcó en el arroyo. Estamos bastante seguros de que Holloway la sacó y se la llevó a su casa, pero las cosas se vuelven un poco confusas después de eso.

—¿Confusas en qué sentido?

Se echó azúcar en el té.

—Nos planteamos la pregunta de por qué habría de rescatarla y llevarla a su casa si se disponía a matarla. Esa podría haber sido su intención desde el principio, pero no parece probable que Edgar sea capaz de ese grado de planificación. Así que se abre la hipótesis de que al principio quisiera ayudarla, confundiéndola tal vez con su propia hija desaparecida, o tal vez no. Luego, en cuanto se la llevó a su casa y vio lo indefensa que estaba, se dejó llevar por sus instintos.

—¿Es eso lo que cree?

Frunció la boca para tomar un sorbo de té caliente.

—Podría ser.

—¿Pero?

—Hay cosas que no encajan. ¿Le dijo Frears que no hay señales de que haya sufrido una agresión sexual? —Se limpió el bigote y dejó su taza—. Bueno, esa fue la sorpresa número uno. Cuando encuentras a una mujer joven que ha sido estrangulada y que está desnuda de cintura para abajo, generalmente eso significa una sola cosa. E incluso aunque Holloway no la violara, deberíamos haber encontrado alguna prueba biológica de que fue él quien la desnudó. Pero no ha sido así.

Eso me sorprendía tanto como el hecho de que no hubiese habido agresión sexual.

—¿Nada en absoluto?

—No por debajo de la cintura. Había pelos de Edgar en su suéter, y sus huellas dactilares estaban en el reloj de ella, probablemente por haberla sacado del coche o de cuando se la llevó después. Pero eso es todo. A pesar de que los vaqueros habían sido desabrochados y no arrancados, no había ninguna huella en el cierre o en la cremallera. Y la cadena de oro que llevaba en la garganta fue enrollada y retorcida cuando la estrangularon, pero ni siquiera había una huella dactilar parcial en ella.

–Podría haber usado guantes –dije, aunque dudaba que Edgar hubiera pensado en cubrir sus huellas.

–Los únicos guantes que hemos encontrado estaban en sus bolsillos, y eran un par de manoplas mugrientas y cubiertos de excrementos de ave. Si él los hubiera usado, habría rastros por todas partes.

Una sensación desagradable empezaba a apoderarse de mi estómago.

–Entonces ¿cómo lo explica?

–No encuentro explicación. Aún no. Y luego está el hematoma en la garganta. ¿Ha visto el tamaño de las manos de Holloway? Son huesudas, pero grandes. Como palas. –Lundy levantó su propia mano, que era gruesa y rechoncha–. Sus dedos son la mitad de largos que los míos, pero los moretones que hemos encontrado no encajan en absoluto con una palma de esas dimensiones. Sí, admito que esa clase de detalles están abiertos a interpretaciones, tal vez encogió las manos o algo así, pero las mediciones sugieren que fue estrangulada por alguien con unas manos mucho más pequeñas que las suyas.

Alguien con guantes. La sensación en mi estómago se hizo más fuerte.

–¿Y qué iba a hacer otra persona en la casa de Edgar? ¿Y por qué matar a una adolescente herida?

–Ni idea. –Lundy cogió distraídamente una galleta del paquete y la sumergió en el té–. Pero si había alguien allí, es muy probable que no esperara encontrar a Stacey Coker. Debió de llevarse una desagradable sorpresa al verla. Y, lo que es más importante, si ella estaba, habría visto a ese alguien.

Lo pensé detenidamente, analizando esa hipótesis desde diferentes ángulos. Todos apuntaban al mismo sitio.

–¿Cree que Leo Villiers la mató? ¿Para que no se lo dijese a nadie?

Lundy se terminó la galleta y se sacudió las migas del bigote.

–¿Sinceramente? No lo sé. Parece que estamos empezando a cargarle un montón de crímenes a alguien a quien creíamos muerto hace unos días, pero si tenemos razón y todavía está vivo, entonces él es, de lejos, el sospechoso más probable. La idea de que un tercero matara a Stacey Coker para que no hablara tiene más sentido que la posibilidad de que Holloway sacara a una chica herida de un coche, se la llevara a casa y luego la estrangulara. O que le quitara la ropa sin abusar de ella ni dejar ningún rastro. Simplemente, no le veo ningún sentido.

Ni yo tampoco.

–Entonces, el hecho de que la hubiesen desnudado parcialmente...

–Una puesta en escena. –Su tono de voz era duro–. Alguien la mató y luego lo dispuso todo para conducirnos a la dirección equivocada. Lo mismo que hicieron con el cuerpo en el alambre de espino, para que diese la impresión de que lo había destrozado una embarcación.

El escenario que describía Lundy era de una verosimilitud terrible. Desnudar a Stacey Coker de cintura para abajo invitaba a pensar en un móvil sexual. Y Edgar era el perfecto chivo expiatorio. No solo había estado bajo sospecha por la desaparición de su propia hija décadas antes, sino que carecía de la capacidad para explicar e incluso comprender lo que realmente había sucedido. Supusimos que cuando Rachel y yo lo encontramos, él huía de lo que había hecho, pero el caso es que si al regresar a casa hubiese encontrado a la chica que él había rescatado muerta y medio desnuda, era muy posible que en realidad estuviera huyendo de aquella macabra escena.

Aun así, lo cierto es que había varias piezas que no encajaban. Podía creer que Leo Villiers hubiese sido capaz de fingir su propia muerte después de asesinar a Emma Derby, tal vez que incluso asesinara al ex de esta. A partir de ahí, no era descabellado suponer que también había asesinado a Stacey Coker para que no pudiera decirle a nadie que estaba vivo. Y, sin embargo, eso aún dejaba una pregunta sin respuesta.

–¿Qué hacía Leo Villiers en casa de Edgar Holloway? –pregunté.

Lundy me ofreció el paquete de galletas de chocolate y se comió otra él mismo cuando lo rechacé. Evidentemente, la garganta no le molestaba demasiado después de la endoscopia.

–Buena pregunta. En el registro de la casa, encontramos un cartucho de escopeta en el fondo de uno de los armarios. Perdigones del número 5 de aleación de bismuto y estaño, del mismo tamaño y marca que encontramos en la casa de Villiers. Parecía como si hubiera salido rodando de una caja y se hubiera quedado atascado en una grieta.

–¿Solo un cartucho?

–Solo uno. No hay huellas dactilares, ni tampoco rastro de ninguna escopeta. Pero el polvo en el armario estaba removido, como si alguien hubiese sacado algo grande de ahí recientemente. Todavía estamos registrando el resto. Aún quedan por levantar algunos tablones del suelo y apenas hemos empezado en el jardín. Sin embargo, si hubiera una escopeta, dudo que fuera de Holloway.

Pensé en la casa destartada, con la puerta de entrada abierta y sin nada dentro, salvo las jaulas de animales enfermos y heridos.

–Así que Villiers la utilizaba como... ¿Qué? ¿Una especie de escondite o piso franco?

–Lo más probable es que la utilizara como escondite de cosas de cuya existencia no quería que nadie se enterase. No hay señales de que nadie excepto Holloway viviera allí, y tampoco nadie en su sano juicio podría soportar ese hedor. Sabe Dios cómo ha logrado el propio Holloway sobrevivir tanto tiempo como lo ha hecho. No recibía ayuda de los servicios sociales y la casa ni siquiera tenía electricidad. Había un generador de aceite, pero debe de hacer siglos desde la última vez que alguien lo encendió. ¿Y cómo se las arreglaba para comer?

–Tal vez salía a buscar comida.

Las anguilas y el marisco eran abundantes en aquella zona, y Rachel sabía que las algas y otras especies vegetales marinas crecían en las marismas. Edgar conocería las Backwaters mejor que nadie, y si había sido naturalista, sabía qué era comestible y qué no.

–Es posible, pero no podría encontrar gran cosa durante el invierno –señaló Lundy–. ¿Cómo pudo sobrevivir todo este tiempo? El médico que lo examinó dijo que padecía desnutrición, pero que no creía que hiciese mucho tiempo que

la sufría. Además, encontramos latas de comida vacías desperdigadas por la casa, así que, ¿de dónde han salido?

Todavía seguía enfadado conmigo mismo por no haberme dado cuenta de que Edgar estaba desnutrido. Me había fijado en su delgadez, debería haber identificado las señales.

—¿Por qué iba Villiers a llevarle comida?

—No parece muy propio de él, lo sé, pero es poco probable que Holloway haya ido a comprar él mismo. Tal vez Villiers le llevó algunas latas para tenerlo contento mientras usaba su casa para guardar cosas como la escopeta. Si piensa en ello, es el lugar ideal: está en medio de la nada, no hay nadie que te vea entrar o salir ni nadie que viva por allí y que pueda armar un escándalo.

Eso tenía sentido. Y también explicaría por qué Villiers había ido a la casa mientras Stacey Coker estaba allí. Lundy se terminó la galleta y la regó con un trago de té.

—Por supuesto, esa teoría tiene un fallo —dijo dejando la taza—. ¿Por qué alguien como Leo Villiers iba a saber siquiera de la existencia de Holloway, y aún menos dónde vivía? Un hombre rico, con acceso a una gran cantidad de dinero y recursos, ¿qué hace merodeando en la casucha de un ermitaño? Y ya puestos, ¿por qué quedarse? ¿Por qué no ha abandonado el país o ha huido a kilómetros de distancia, donde nadie pudiera reconocerlo?

—No lo sé. ¿Por qué?

—No tengo ni puta idea. —Lundy cogió otra galleta de chocolate y la partió por la mitad—. No era una pregunta retórica, realmente no tengo ni idea. Y eso me molesta. Me lleva a pensar que estamos abordando este caso desde una dirección equivocada. ¿Conoce esos juegos de ilusiones ópticas, donde las cosas están dispuestas para que se vean de cierta manera desde un ángulo específico? Todo depende de la perspectiva, y no puedo dejar de pensar que nos equivocamos en la nuestra. Estamos viendo este asunto desde un punto de vista erróneo.

Había seguido rompiendo la galleta mientras hablaba, troceándola distraídamente en pedazos más pequeños que dejaba caer sobre el plato. Su actitud había cambiado y, de pronto, me sorprendí al sentir cierto recelo.

–¿Era esto de lo que quería hablarme? –pregunté.

Él sonrió y dejó el resto de la galleta.

–Más o menos –dijo limpiándose los dedos–. Estoy buscando más huecos en mi propia teoría, pero se me ha ocurrido pensar que el único cuerpo que todavía no hemos encontrado es el de Emma Derby. Está en el centro de todo, así que, si resulta que el cadáver que encontramos en el alambre de espino es el de su exnovio, ¿por qué no encontramos el suyo allí también?

Yo me había hecho la misma pregunta. Tenía una vaga idea de adónde podía conducir todo aquello.

–Si hubiera habido dos cadáveres, habríamos sabido de inmediato que no era un accidente de navegación. Y no estamos seguros de que el que encontramos sea el de Mark Chapel.

–Es cierto –admitió–. Pero si resulta ser él, eso va a plantear preguntas incómodas para algunas personas. Leo Villiers podría ser el principal sospechoso en este momento, pero eso no significa que no pueda haber otros. La cuestión es que si se trata del exnovio de Emma Derby, vamos a tener que volver a centrar la atención en su marido.

–Creí que había dicho que Trask tenía una coartada. ¿No lo descartaron ustedes?

–Sí, lo hicimos, y tiene coartada. Pero el hecho de que esté limpio por lo de su mujer no significa que lo esté por lo del novio. Como mínimo, habrá que volver a interrogarlo. Y probablemente también a su hijo.

Dios... Como si no hubiese suficiente tensión entre los ocupantes de Creek House...

–¿Por qué me cuenta todo esto?

Lundy me miró con reprobación por encima de las gafas.

–No soy tonto. Sé que es amigo de Rachel Derby.

–No voy a comprometer la investigación, si es eso lo que le preocupa.

–Tranquílcese, no trato de decirle nada de eso. Por suerte para usted. Tengo tiempo de sobra que dedicarle a ella. Podría haberse quedado en Australia en lugar de venir aquí para ayudar a una familia que apenas conocía; no hay mucha gente que hubiese reaccionado como ella.

–Entonces ¿qué trata de decirme? –pregunté ya menos acaloradamente.

–Una cosa es involucrarse con la familia de la víctima, y otra muy diferente es un sospechoso. No digo que Trask lo sea todavía, pero su estatus podría cambiar rápidamente si resulta que el cuerpo que hay en el depósito de cadáveres es el de Mark Chapel. –Lundy me miró por encima de las gafas–. Si eso ocurre, usted deberá afrontar un posible conflicto de intereses. Por el bien de la familia y por el suyo propio, tal vez quiera plantearse mantener un poco de distancia hasta que esto termine. Por lo menos, tendría que encontrar algún alojamiento alternativo. Hospedarse en la propiedad de un potencial sospechoso... No tengo que decirle cómo podría interpretarse eso desde fuera.

No, no era necesario que me lo dijera. A pesar de lo mucho que odiaba admitirlo, Lundy tenía razón. Sentí que estaba enfadado, pero sobre todo conmigo mismo, por no haberlo visto venir.

–Es demasiado tarde para buscar otro alojamiento esta noche, pero volveré a Londres mañana –dije con un sabor amargo en la boca.

El trayecto hasta el depósito de cadáveres sería bastante más largo, pero de todos modos no me quedaba mucho que hacer allí. No podía fingir que había una buena razón para quedarme en las Backwaters. Y ninguna relacionada con el caso.

Lundy asintió, parecía avergonzado ahora que me había aclarado la situación. Fue un alivio para los dos cuando oímos a alguien abrir la puerta de entrada.

–Parece que son ellas. –Irguió la espalda y se metió una última galleta en la boca rápidamente. Me guiñó un ojo–. No se lo diga a mi mujer.

Estaba cerrando el paquete cuando la puerta de la cocina se abrió e irrumpió un pequeño torbellino.

–Abuelo, la abuela dice que puedo...

La niña guardó silencio al verme. La cara de Lundy se había dividido en una gran sonrisa.

–¡Aquí está! ¿Cómo está mi niña?

Su nieta sonrió, pero me miró de reojo, tímida de repente. Tenía una preciosa cara de duendecilla bajo una salvaje maraña de pelo. Sonriendo aún de oreja a oreja, Lundy la levantó y le plantó un beso en la mejilla antes de sentarla sobre sus rodillas.

–Kelly, este es el doctor Hunter. Trabaja con el abuelo. ¿No vas a decir hola?

La niña apoyó la cabeza en él, mirándome por debajo de sus largas pestañas.

–Hola.

–Normalmente no suele estar tan calladita –dijo Lundy estrechándola en sus brazos. El oficial de policía había sido reemplazado por un cariñoso abuelo–. Normalmente tenemos que repartir tapones para los oídos.

–Aprovecha, aprovecha –dijo su esposa entrando con un abrigo salpicado de lluvia y varias bolsas de la compra. Era una mujer atractiva, con el pelo corto y rubio y una actitud decidida–. ¡Dios, menudo tiempcito! Hace sol un minuto y luego, de repente, se pone a llover. Y anuncian tormentas para mañana. Usted debe de ser el doctor Hunter...

Me sonrió mientras se quitaba el abrigo húmedo.

–David –dije poniéndome de pie para ayudar con las bolsas de la compra.

Lundy había hecho lo mismo, sujetando todavía a su nieta con un brazo fornido. Su mujer nos hizo una seña a ambos para que nos quedáramos donde estábamos.

–Gracias, ya puedo sola. Soy Sandra. Encantada de conocerle.

–El doctor Hunter ha venido a tomar una taza de té después de traerme del hospital –le explicó Lundy volviendo a sentarse.

–Supongo que se habrá comido todas las galletas de chocolate –dijo levantando una ceja al ver el paquete sobre la mesa.

Lundy pareció ofenderse.

–Bueno, me ha parecido grosero impedirselo.

–¿Ve lo que tengo que aguantar? –La sonrisa de su esposa no ocultó su preocupación mientras hablaba otra vez con su marido–. ¿Cómo ha ido?

–Ah, bien.

Asintió, y supe que el tema se había zanjado hasta que estuvieran solos.

–¿Se va a quedar a cenar con nosotros, David? Sería muy bienvenido –preguntó deshaciendo las bolsas.

–Gracias, pero estaba a punto de irme. –Debía dejarlos solos, y necesitaba tiempo para pensar de todos modos. Me volví hacia Lundy–. Gracias por el té. Y por las galletas.

–De nada. Pero procure no comérselas todas la próxima vez. –Se levantó gruñendo mientras dejaba a su nieta en el suelo–. A la velocidad a la que estás creciendo dentro de poco no podré cogerte en brazos. Ve a ayudar a la abuela mientras acompaño al doctor Hunter a la puerta.

–¡Ha dicho que se llamaba David!

–Es un adulto, él puede tener más de un nombre. –Lundy salió conmigo al vestíbulo. Aún parecía incómodo después de la conversación que habíamos mantenido. Hizo tintinear la calderilla que llevaba en el bolsillo–. ¿Está bien?

–Sí –contesté con un encogimiento de hombros–. No se preocupe, no habrá ningún conflicto de intereses.

–Me alegra oírlo. De todos modos, hablaré con usted mañana.

Estaba cansado y deprimido mientras conducía de regreso al cobertizo. Ya empezaba a preguntarme si había hecho lo correcto al comprometerme a volver a Londres, pero si me quedaba más tiempo en el cobertizo, eso me pondría en una posición insostenible. No podía contarle a Rachel ninguna de las novedades, y aun así ocultárselas me parecía tan mal como mentirle.

Pero no podía irme sin darle una razón. ¿O me estaba engañando a mí mismo al pensar que a ella le importaba realmente? Tenía más cosas de qué preocuparse que por un hombre al que hacía apenas unos días que conocía.

Había otra cosa más que me molestaba. Lundy había dicho que Rachel podría haberse quedado en Australia, que no tenía ninguna necesidad de venir para ayudar a los Trask. Sin embargo, ella misma me había dicho que ya estaba en el país, en la boda de una amiga, cuando su hermana desapareció. Le di vueltas a eso, pero no me gustaba a donde me llevaba.

Lundy no sabía que Rachel estaba aquí cuando su hermana desapareció.

Sabía que no tenía por qué significar nada necesariamente, que el inspector simplemente podría haberlo olvidado. O haberse confundido, porque la policía ya la habría investigado, como al resto de la familia, siguiendo el procedimiento rutinario.

¿O no había sido así?

Me estremecí cuando el repentino timbre del teléfono me sacó de mi ensimismamiento. Se me hizo un nudo en el estómago cuando vi el número de Rachel en la pantalla. Me detuve a un lado de la carretera, maniobra que me valió un furibundo bocinazo del coche que circulaba detrás de mí. La lluvia bramaba contra el parabrisas mientras miraba el teléfono, dejándolo sonar de nuevo antes de responder.

—¿Puedes hablar?

Rachel parecía ansiosa e inmediatamente olvidé todo lo demás.

—¿Qué pasa?

—Nada... No lo sé. Oye, ¿puedes venir? —Bajó la voz, como si no quisiera que nadie la oyera—. He descubierto algo.

Había dejado de llover cuando aparqué fuera de Creek House. La luz casi había desaparecido de un cielo gris plomizo, y el vendaval de la noche anterior se había transformado en un viento inquietante que hacía que la hierba del pantano susurrara como una radio mal sintonizada. Aunque la marea aún no había subido, delante de la casa, el arroyo parecía a punto de desbordarse, las aves marinas en su superficie agitada luchando furiosamente contra la marea. Había un halo de inquietud en el paisaje, una sensación de introspección.

O tal vez así lo veía yo.

Rachel no había querido decirme nada más por teléfono, de modo que no sabía qué podría haber descubierto. Mi imaginación se había apresurado a llenar el vacío durante el trayecto en coche, compitiendo con el sentimiento de culpa por estar burlando la advertencia de Lundy. Al final, todo se reducía a una simple elección: ¿qué iba a anteponer primero, la continuidad de mi papel en la investigación o la petición de ayuda de Rachel?

Así que ahí estaba.

Mientras caminaba bajo el goteo de las ramas de los abedules, me dije que técnicamente no estaba haciendo nada malo. El cadáver del alambre de espino aún no había sido identificado, y Mark Chapel todavía podía estar vivo y coleando en alguna parte. Hasta que se demostrara lo contrario, Trask no era sospechoso.

Sin embargo, el razonamiento sonaba vacío, y se sumaba a la persistente sensación de zozobra que se había apoderado de mí después de lo que Lundy había dicho sobre Rachel.

Subí los escalones y llamé a la puerta principal. Oí música dentro y Jamie abrió la puerta. Me miró con semblante inexpresivo y luego bajó la vista.

—Mi padre no está. Ha ido a ver a un cliente.

Tenía los ojos enrojecidos. Con todo lo que había sucedido, no me había llegado a plantear cómo le habría afectado la muerte de Stacey Coker.

–No, he venido a ver a Rachel –le dije, en cierto modo aliviado por que Trask no estuviera en casa.

Sin decir nada, Jamie se hizo a un lado para dejarme entrar. La música procedía de una de las habitaciones de la planta baja: al parecer, alguna banda femenina. Jamie cerró la puerta y volvió hacia la habitación de donde salía la música.

–¡Fay, bájala! –Al no obtener respuesta, se acercó y golpeó la puerta–. ¿Estás sorda? ¡Te he dicho que la bajas!

Se oyó una respuesta indignada pero inaudible procedente de dentro, y luego Fay bajó el volumen.

–Sí, tú también –le soltó Jamie a la puerta cerrada, luego se volvió hacia mí–. Rachel está arriba. Subiendo por la escalera.

–Gracias. –Vacilé– Siento lo de Stacey.

Pareció sorprendido, primero, y molesto después. Mientras asentía de mala gana, empezó a andar y luego se detuvo.

–¿Qué le va a pasar a Edgar?

–No lo sé.

–¿Irá a la cárcel?

Vacilé, pero la sinceridad era mejor que eludir la pregunta.

–Lo dudo. Probablemente lo recluirán en un hospital psiquiátrico.

Eso era cierto, independientemente de si era culpable o no. Pasaría mucho tiempo hasta que volviera a ver las Backwaters, pasara lo que pasase.

Jamie apretó los puños. Trataba de contenerse, pero estaba al borde de las lágrimas.

–¿Y llegó a... a Stacey...? Ya sabe.

Quise decirle que no podía contarle nada, que ni siquiera formaba parte de esa investigación, pero ya había cruzado más líneas de las imaginables.

–No lo creo –dije en voz baja.

Fue como si sus siguientes palabras se le derramasen de la boca.

–Es culpa mía. Todo es todo culpa mía.

–No puedes echarle la culpa –le dije sabiendo que era más fácil decirlo que hacerlo.

Daba igual lo que le dijeran, su último recuerdo de Stacey iría ligado para siempre a la imagen de ella yéndose en coche después de discutir con él.

–¿No? ¿Y cómo lo sabe? –Se pasó una mano por los ojos–. ¡Mierda! Ojalá pudiera volver atrás y...

No había nada que pudiera decir a eso, y las palabras vacías no le ayudarían. Vi a Jamie entrar en su habitación y luego subí a buscar a Rachel.

Me paré en lo alto de la escalera. La cocina y la sala de estar estaban vacías. El enorme ventanal del suelo al techo proyectaba un oscuro reflejo, pero la única persona que había en él era yo.

–¿Rachel?

–Estoy aquí.

Su voz provenía de detrás de las estanterías independientes del otro extremo de la enorme sala. Separado del resto de la sala de estar, había un pequeño estudio de trabajo. Rachel estaba sentada a un escritorio con la superficie de cristal, y había un ordenador portátil ante ella. El cálido resplandor de la pantalla se reflejaba en el ventanal que compartía con el comedor y la sala de estar. Su sonrisa parecía vacilante cuando me acerqué a ella.

–No te he oído llegar –dijo.

–Jamie me ha abierto la puerta.

Una sombra le atravesó el rostro.

–Está muy afectado por lo que le ha pasado a Stacey.

–¿Y tú?

–Ah, yo estoy bien. Ya sabes. –Se encogió de hombros brevemente. Vestía unos vaqueros desteñidos y un suéter de punto holgado y con las mangas arremangadas. Llevaba el pelo recogido con una diadema. Irradiaba naturalidad y espontaneidad, y sentí un dolor sordo debajo del esternón–. Si te soy sincera, aún no lo he asimilado. Lo de ir a casa de Edgar y... y todo lo que ha sucedido..., parece un poco irreal. Todavía no me puedo creer que él haya hecho algo así.

No lo había hecho. Pero no podía decírselo.

–Te llamé antes –dije.

–Lo sé, iba a devolverte la llamada, pero... –Se calló–. Oye, ¿te apetece tomar algo? Acabo de hacer café, pero hay cerveza, o vino.

–Solo café, gracias.

Su desasosiego se sumó al mío. La seguí hasta la cocina, observándola en silencio mientras vertía café humeante en una taza.

–Con leche y sin azúcar, ¿verdad?

–Eso es.

Agregó leche y me ofreció la taza. Sorbí el líquido caliente, observándola con curiosidad creciente cuando atravesó la sala y se asomó a la parte superior de las escaleras para mirar hacia abajo. La música todavía se oía en el piso inferior, pero no había nadie a la vista. Satisfecha, me llevó detrás de las estanterías. Cumplían eficazmente su función de distribución del espacio, ocultándonos de cualquiera que subiera las escaleras, pero con suficientes huecos entre las filas de libros y revistas sobre arquitectura para que pudiéramos ver a quien se acercara.

–Siéntate –dijo Rachel tomando asiento a su vez en el escritorio. Ocupé una silla de comedor de madera lacada–. Disculpa el misterio, pero quería hablar contigo en privado. Habría ido al cobertizo, pero Andrew está visitando a un

cliente en Exeter y, después de lo que ha pasado, no me parecía justo dejar a Jamie a cargo de Fay.

–Está bien –contesté.

Ella respiró hondo y dirigió la mirada al portátil abierto. Desde donde estaba sentado, solo podía vislumbrar la pantalla. El resplandor azul confería al espacio cerrado la atmósfera privada y meditativa de una biblioteca.

–Le hablé a la policía sobre la foto de la motocicleta –dijo–. Les conté que podría ser del ex de Emma, y que fue tomada por esta zona.

No dije nada, pero mi sentimiento de culpa se agudizó.

–Lo están investigando, pero empecé a preguntarme si Emma tenía otras fotos de Mark por aquí. Fotos que no hubiese enmarcado. ¿Recuerdas que te dije que nos habían robado los ordenadores? La mayoría de las fotos de Emma estaban guardadas en ellos, y no podemos acceder a ninguna copia de seguridad en la nube porque Andrew no tiene su contraseña. Pero ella tenía algunas cajas de copias en papel, así que esta mañana empecé a revisarlas. Y encontré esto.

Deslizó una carpeta de cartón sobre el escritorio. La abrí y saqué una delgada pila de fotografías brillantes. La de arriba era de un hombre alto con vaqueros negros ajustados y camiseta. Tenía unos treinta y tantos años, era guapo y bien formado, con el pelo castaño revuelto y una barba incipiente. Desprendía un aire arrogante incluso en la foto, y algo más que un toque de narcisismo en la pose no del todo informal, con los brazos cruzados para acentuar sus bíceps mientras sonreía a la cámara.

–Ese es Mark Chapel –dijo Rachel–. Es una foto antigua, pero es evidente que Emma le tenía apego a la foto.

Habría sabido quién era. Aunque era difícil calcular su estatura a partir de una fotografía, parecía alto, probablemente un poco más de metro ochenta. Pero fue el mentón con la barba de tres días lo que me lo confirmó. Mark Chapel tenía una mandíbula fuerte y pronunciada, ligeramente acampanada en el ángulo de la base y con un profundo y fotogénico hoyuelo en el centro.

Había visto una mandíbula como esa antes: la que pertenecía al cadáver sacado del arroyo.

Pasé a la siguiente fotografía. Al principio, pensé que era una versión reducida de la foto de la moto del cobertizo. Mostraba la misma máquina reluciente sobre la duna de arena, el mismo patrón cruzado de estelas en el cielo de fondo. Luego, al observarla con más detenimiento, me di cuenta de que no era exactamente lo mismo: los rastros de las estelas de condensación eran más difusos de lo que recordaba, y el ángulo de la fotografía era sutilmente diferente.

Hojeé las siguientes fotografías. Cada una de ellas era una pequeña variante de la misma toma.

—Emma solía llamarlas sus descartes —dijo Rachel—. Por eso prefería la fotografía digital a la analógica. Podía disparar todas las que quisiera, y luego imprimir las mejores. Si miras las dos últimas, los fuertes marinos se aprecian con mayor claridad.

Tenía razón: en las dos últimas fotografías de la moto, las tres torres del fuerte marino se veían claramente en el fondo, emergiendo de las olas como una escena de *La guerra de los mundos*.

—¿Y estás segura de que esto de aquí es el fuerte?

—Absolutamente. Mira, echa un vistazo.

Dio la vuelta al portátil para que pudiera verlo. En la pantalla había un sitio web sobre los fuertes marinos de Maunsell. Mostraba una fotografía con la misma disposición de las tres torres que recordaba de mi incursión en los Barrows con Lundy, pero con mucho más detalle. El fuerte era una estructura impresionante. Cada una de sus torres abandonadas era una estructura angular, similar a una caja, apoyada sobre cuatro patas delgadas que se inclinaban hacia dentro como una pirámide. Solo una de ellas permanecía intacta, las otras dos se habían derrumbado parcialmente con el paso de los años. Al pie de la foto podía leerse: «Restos de las torres de la fortaleza marina Maunsell del ejército frente a la desembocadura del estuario de Saltmere».

—Es el mismo fuerte que se ve detrás de la moto —dijo Rachel—. Y también encontré esto.

Rebuscó entre las fotografías de la carpeta y seleccionó una.

—¿Lo ves? En esta se puede distinguir el número de la matrícula. He pensado que la policía podría usarla para confirmar si es la de Mark. Aunque él no sepa nada, la policía probablemente querrá entrevistarla

Estaba seguro de que querría, si no fuera porque sus restos descompuestos eran los hallados en el alambre de espino. Pero Rachel no sabía nada de eso. Para ella, el cadáver del arroyo no guardaba relación con su hermana desaparecida, y Mark Chapel seguía vivo.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No, solo... solo estaba pensando que Lundy querrá ver estas fotos.

Sin mirarla, aparté a un lado las fotos de la moto y volví a concentrarme en las fotografías restantes. Había alrededor de una docena, todas hechas en el mar y mirando hacia la orilla, hacia una enorme casa victoriana rodeada por árboles en tres de sus costados. El punto de vista me desconcertó por unos instantes, pero luego reconocí los inconfundibles ventanales de la casa del estuario de Leo Villiers. Las fotografías iban desde tomas amplias de toda la casa hasta primeros planos ampliados. Algunas mostraban la terraza, pero la mayoría eran de ventanas individuales a través de las cuales se podían ver las habitaciones.

Rachel se apoyaba en mi brazo para poder ver las fotografías ella también.

—¿La reconoces? Es la casa de Leo Villiers.

Me miró expectante. Hice un esfuerzo por concentrarme y volví a hojear las fotografías. No había gente en ninguna de las imágenes, y tenían el aspecto apresurado de las instantáneas en lugar de la sensación artística de las otras fotografías de Emma Trask.

—Lo siento, pero no lo entiendo. ¿Me estoy perdiendo algo?

—¿No ves nada raro?

Repasé las fotografías una vez más, sin detectar nada extraño. Simplemente parecían fotografías profesionales, probablemente de cuando Emma Derby había sido contratada para redecorar la casa de Villiers.

–No, ¿debería?

Rachel parecía decepcionada.

–¿Desde dónde crees que se tomaron?

Las examiné de nuevo. Las fotografías estaban enfocando hacia la costa, así que era evidente que habían sido hechas desde el mar.

–Desde una barca, supongo.

–Eso fue lo que pensé al principio, pero fíjate en el ángulo. Está muy arriba. –Rachel parecía entusiasmada–. No se consigue esa perspectiva desde una barca. Y el mar que rodea la desembocadura del estuario está demasiado plagado de bancos de arena para que una embarcación más grande se acerque lo suficiente para tomar esta clase de fotos.

Tenía razón. Recordé la vez que había estado en aquella casa, cuando hallaron la fosa del perro, y traté de visualizar la vista del mar. No tardé mucho en darme cuenta.

–¿Crees que las sacó desde el fuerte marino? –pregunté.

–Tuvo que hacerlo desde ahí. No hay nada más aparte de agua.

Rachel tenía la cara sonrojada; parecía complacida consigo misma. Volví a centrarme en el portátil, mirando la foto del sitio web de la fortaleza marina. Incluso la única torre que no se había derrumbado parecía estar en muy mal estado, un casco oxidado manchado con marcas de sal.

–Parecen completamente abandonadas y en ruinas. ¿No las han sellado? –pregunté con extrañeza.

–No tengo ni idea –dijo Rachel–. Se supone que sí, pero yo nunca he estado allí. De hecho, no creo que nadie haya estado allí, al menos no desde que era una emisora de radio pirata en la década de 1960.

–Entonces ¿por qué habría ido Emma a esa antigua edificación ?

–No lo sé. Tal vez fue con Mark Chapel. Él estaba metido en el mundillo de la música, le habría encantado toda esa historia de la radio pirata. El caso es que, evidentemente, ella fue allí. Ya has visto las fotos: ¿desde qué otro sitio podrían haberse tomado?

Su lógica era impecable, simplemente no entendía qué importancia tenía eso.

–Muy bien, así que sacó unas fotos de la casa de Leo Villiers desde una de las torres. ¿Y eso qué demuestra?

Rachel negó con la cabeza, arrugando la frente con frustración.

–Tal vez nada, pero desde que encontré estas fotos no puedo dejar de darle vueltas. Emma siempre fue muy impulsiva, y llevarse su cámara a un sitio así sin decírselo a nadie sería muy típico de ella. ¿Y si sufrió un accidente, o logró entrar y luego se quedó encerrada? Sé que parece una estupidez, pero la policía no encontró ni rastro de ella. ¿Y si resulta que fue por ese motivo?

No parecía una estupidez, pero Rachel no tenía toda la información. Para ella, el cadáver de Leo Villiers había sido encontrado en el estuario. Ella no sabía que, aparentemente, había fingido su propia muerte, e incluso podría haber asesinado a Stacey Coker. O que el exnovio de su hermana, Mark Chapel, también estaba muerto, con la cara destrozada y que su cuerpo había sido arrojado al arroyo a poco menos de un kilómetro de aquella casa.

Menos mal que le había asegurado a Lundy que no habría conflicto de intereses...

Levanté la vista y me llevé un susto cuando vi una cara que me miraba a través de la ventana. Era mi propia cara, advertí un segundo después, mi reflejo atrapado junto al de Rachel en el cristal ennegrecido.

–¿Has mencionado algo de esto a alguien más? –pregunté.

–Aún no. Andrew ha estado fuera todo el día, y no tiene sentido preocuparlo si al final resulta que no es nada. Estuve a punto de llamar a Bob Lundy, pero quería asegurarme de que no estaba agarrándome a un clavo ardiendo. ¿Crees que es lo que estoy haciendo?

No, no lo creía. No sabía qué pintaba un fortín marino abandonado en todo aquello, pero era otra pista potencial. Y odiaba que Rachel estuviese confiando en mí de aquella manera cuando yo no podía pagarle con la misma moneda.

–Creo que deberías decírselo a Lundy –le dije.

–¿De verdad piensas que se lo tomará en serio? –preguntó dudosa recogiendo las fotografías de nuevo.

–Creo que tiene que saberlo.

Miré las fotografías sin verlas. La presión que había ido acumulando desde mi conversación con Lundy me dificultaba pensar en otra cosa.

Rachel me estaba mirando.

–¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

«Pregúntaselo», me dije.

–Cuando tu hermana desapareció... Me dijiste que estabas aquí, en el Reino Unido.

Pareció desconcertada.

–Así es, para la boda de una amiga. Fue en Poole.

–Parece ser que Lundy pensaba que seguías en Australia.

Observé cómo le cambiaba la expresión, cómo el desconcierto se hacía más profundo a medida que un rubor le subía por el cuello.

–Bueno, pues no, no estaba en Australia. Ya declaré todo eso ante la policía en su momento.

–Ah, bien. –Era difícil mirarla a los ojos–. Solo me preguntaba por qué Lundy no lo sabía.

–Tal vez porque no hablé con él, sino con otro policía. No creo que Lundy se acuerde de cada pequeño detalle. O tal vez no creyó que fuera importante. Quiero decir, él es solo un inspector, ¿qué sabe él?

Me di cuenta de que no debería haber dicho nada, no sin pensarlo bien antes.

–No pretendía...

–Si quieres, puedo sacar las facturas del hotel. ¿Te gustaría ver mi billete de avión también? –No me dio la oportunidad de responder–. Dios..., ¿hablas en serio? ¿Crees que le hice algo a Emma? ¿O a Leo Villiers? ¿O a los dos, tal vez!

–No, claro que no.

–Entonces ¿a qué vienen esas preguntas?

Se le había ensombrecido el semblante. Parecía estar al borde de las lágrimas, pero más por pura rabia que por cualquier otro motivo. Me encogí de hombros sin poder hacer nada.

–Porque... –«Porque tenía que hacerlo. Porque ya me han engañado antes»–. Ha sido un error.

–¿Un error?

Se oyó un ruido en las escaleras. Jamie había subido, probablemente atraído por el ruido. Me lanzó una mirada inexpresiva antes de hablar con Rachel.

–¿Va todo bien?

–Sí, todo va bien.

Me miró de nuevo antes de volverse y bajar la escalera. Me ardía la cara cuando me puse en pie.

–Será mejor que me vaya.

–Sí, será lo mejor.

Ninguno de los dos habló mientras bajábamos las escaleras. El rubor se había transformado en sendas manchas gemelas en sus mejillas cuando Rachel abrió la puerta de entrada. Vacilé un momento.

–Volveré a Londres mañana.

–Ah. –Percibí un destello de algo en su rostro, pero luego su expresión volvió a ser neutra–. Andrew preparará la factura del cobertizo. Puedes dejar la llave en el buzón cuando cierres la puerta.

Conmocionado, salí al aire húmedo de la noche. Todo lo que dijese en ese momento no haría más que empeorar las cosas, pero odiaba irme así. El viento todavía era intermitente, entrañaba la amenaza de más lluvia, y el olor a salitre impregnaba el aire cuando me volví hacia Rachel.

–Adiós –dijo ella.

La puerta se cerró con un carácter definitivo e irrevocable.

Seguí reviviendo lo que acababa de pasar mientras caminaba penosamente por el bosquecillo, como si eso, de algún modo, fuese a cambiar el resultado. «Idiota, idiota, idiota...» Dios, ¿en qué narices estaba pensando, soltándole algo así? Bueno, al menos Lundy ya no necesitaba preocuparse por un conflicto de intereses. Dudaba que Rachel quisiera volver a dirigirme la palabra.

Absorto en mis pensamientos, por poco me di de bruces con el hombre que venía en dirección opuesta a través de los árboles. Trask se detuvo en el camino, al parecer, tan sorprendido de verme como yo de verlo a él. Llevaba una maltrecha cartera de cuero colgada de un hombro y un tubo portaplanos y dibujos bajo el brazo. La luz exterior de la casa confería a su rostro unas facciones más marcadas que nunca.

–¿Aquí otra vez? –exclamó en un tono cauteloso.

–He venido a ver a Rachel.

–Ah. –Se acomodó la correa de la cartera sobre el hombro–. Horrible lo de Stacey Coker. Absolutamente horrible. Nunca creí que Edgar Holloway fuera capaz de algo así. ¿Cómo está su padre?

–No lo he visto. –No quería ser brusco, pero ahora, cuanto menos dijera, mejor–. Solo he venido para despedirme. Me voy mañana.

De pronto, Trask me miró con aire suspicaz.

–¿Ya ha terminado?

–Tengo que volver a Londres –le dije, sin dar más explicaciones–. De todos modos, gracias de nuevo por remolcar mi coche. Y por dejarme usar el cobertizo. Todavía tengo que pagarle por la estancia.

Trask desechó el ofrecimiento con irritación.

–No se preocupe por eso. Después de todo lo que hizo por Fay.

–De verdad, yo...

–Insisto. ¿Es probable que volvamos a verlo por aquí?

Pensé en cómo habían quedado las cosas con Rachel.

–Lo dudo.

–Bien... –No había mucho más que decir. Asintió rápidamente–. Que tenga un buen viaje de vuelta.

Nos estrechamos la mano con torpeza y luego Trask siguió andando entre los árboles hacia la casa. Regresé a mi coche. Hay personas, como Lundy, a las que conoces y sientes que las conoces de toda la vida. Hay otras, en cambio, con las que te cruzas y no dejas ni dejan en ti ninguna impronta.

Pero estaba demasiado ocupado preocupándome por mi discusión con Rachel para pensar en Trask. Traté de convencerme de que era lo mejor. Ella había pasado por muchas cosas, y aquellos últimos días habían sido tan emocionalmente intensos que lo más probable era que mi propio juicio estuviera alterado. Lo cierto es que ni siquiera había llegado a pasar algo entre nosotros. Apenas nos conocíamos, de hecho.

Pero diciéndome eso no cambiaba nada. Puede que no confiara en lo que sentía por ella, pero fuera lo que fuese, era lo bastante fuerte como para hacer que me sintiera muy desgraciado mientras me alejaba de allí con el coche.

Tal vez porque pensaba en todo aquello, al principio no me fijé en el resplandor. Fue al doblar una curva cuando lo percibí con claridad, una luz irregular en la oscuridad, a un lado. No estaba muy lejos, e incluso a pesar de mi

escasa familiaridad con las Backwaters, vi que era aproximadamente por donde estaba la casa de Edgar. «La policía aún debe de estar registrando el lugar», pensé.

Sin embargo, aquella luz no era del blanco puro de los reflectores, sino una mortecina luz amarilla que parpadeaba en el trasfondo del negro horizonte. La miré de nuevo, sintiendo una creciente inquietud. La policía no podía dejar desatendida la escena de un crimen, no hasta haber finalizado por completo el registro, y no creía que hubiesen podido haber explorado ya todos esos matorrales de sotobosque en el jardín que la rodeaba. Entonces, de pronto, el resplandor ganó altura y cualquier duda quedó despejada definitivamente.

Era un incendio.

No estaba seguro de poder encontrar el camino a la casa de Edgar en la oscuridad. Rachel había conducido hasta allí la noche anterior, y yo había estado demasiado ocupado con el hombre perturbado en el asiento trasero para prestar atención al camino. Sin embargo, no había muchas rutas posibles, y el fuego hacía las veces de faro eficaz de todos modos. Las llamas eran claramente visibles en el cielo nocturno, iluminando árboles cercanos con sombras erráticas. A continuación, enfilé hacia el camino de tierra lleno de baches que conducía a la casa de Edgar y me encontré con el fuego justo enfrente.

La casa era pasto de las llamas. Saltaban chispas, y unas columnas de humo sucio se elevaban hacia el cielo nocturno. Uno de los árboles cercanos también había prendido fuego, y el crujido de las llamas que se extendían a través de sus ramas resonaba como el chasquido de unos huesos. Un trozo de cinta policial, desplegada todavía en un extremo, se agitaba con furia en la corriente de aire ascendente. Un furgón de la policía estaba aparcado al final de la pista, y justo detrás de él había una camioneta. En la luz febril del fuego pude distinguir las palabras COKER'S MARINE AND AUTO en el costado.

Más allá, con su silueta dibujada sobre las llamas, había unas figuras forcejeando entre ellas.

El calor me golpeó en cuanto me bajé del coche y corrí hacia ellas. Pasé por delante de la camioneta y vi la voluminosa figura de Coker peleando con una oficial de policía. La agente luchaba por inmovilizar al dueño del taller mecánico

con el brazo. Un agente estaba a gatas en el suelo, con la gorra tirada a un lado mientras negaba con la cabeza, aturdido. Cuando eché a correr, Coker se zafó de la mujer policía, con el rostro resplandeciente por las secreciones nasales y las lágrimas a la luz del fuego. Cuando levantó un brazo para golpearla, lo sujeté.

—¡Muy bien, ya es suficiente!

Se soltó y me dio un puñetazo en la cabeza. Perdió el equilibrio, pero aun así me acertó en el pómulo. Lo agarré del brazo tratando de alejarlo de la mujer policía, y algo me embistió desde atrás.

Aterricé en el suelo, convencido de que Coker me había golpeado de nuevo, pero se trataba del agente. Arremetió con el hombro hacia el estómago de Coker, envolviendo sus brazos en torno a él en un placaje de rugby. Para entonces la mujer ya se había recuperado. Cuando Coker golpeó a su compañero, ella lo agarró de un brazo otra vez, retorciéndoselo por detrás.

—¡Soltadme de una puta vez! —rugió mientras los dos lo empujaban contra el suelo.

Aterrizó con un fuerte golpe, pero siguió resistiéndose. Me puse en pie, pero antes de que pudiera ayudar, la agente me lanzó una mirada de advertencia.

—¡Quédese donde está! —gritó tratando de sacarse algo del cinturón. Volvió a tirar del brazo de Coker mientras su compañero envolvía los brazos alrededor de las piernas, que no dejaban de patear—. ¡Quieto de una vez! ¡No se mueva o le roció con spray!

Coker soltó una maldición y siguió luchando con ellos, dando patadas hasta casi lograr escapar. Con expresión sombría, la mujer le roció el rostro con el chorro de un aerosol. Se oyó un grito de agonía y el voluminoso hombre se retorció aún más.

Entonces, de repente, le abandonaron las fuerzas. Se desplomó hacia atrás, sin oponer más resistencia mientras los dos agentes le ponían los brazos detrás de la espalda y lo esposaban. Empezó a gemir, y me di cuenta con sorpresa de que estaba llorando.

—¡La mató! ¡Él mató a mi Stacey!

Los hombros anchos temblaban con la fuerza de sus sollozos. Los policías se apartaron jadeando. Me fijé en que, a un lado, había un barril de gasolina de plástico de gran tamaño, tumbado de lado con la tapa hundida en el barro.

–¿Estás bien, Trevor? –le preguntó la mujer a su compañero.

–Sí. Pero me ha dado a base de bien.

Parecía recién salido de la adolescencia. En ese momento vi que eran agentes de apoyo de la policía de proximidad, y no oficiales del cuerpo. En un lugar tan apartado, una vez finalizado el registro de la casa, las autoridades debieron de pensar que no había mucho riesgo de que alguien intentara causar daños a la propiedad.

La luz del fuego resplandecía sobre la sangre que cubría la cara del joven. Me saqué un pañuelo del bolsillo y se lo ofrecí.

–Está limpio –dije.

Eso me valió una mirada de recelo.

–¿Y usted quién es?

Se relajaron visiblemente mientras les explicaba quién era. Para cuando terminé, los sollozos de Coker habían menguado de intensidad, pero todavía lloraba. Parecía exhausto, apenas consciente de nuestra presencia.

–Pobre desgraciado –dijo el joven cuando les conté lo de su hija.

–Sí, pobre –contestó la mujer masajeándose el hombro mientras dedicaba una mirada hostil al hombre tendido en el suelo.

Un gran estruendo nos sobresaltó y nos hizo volvernos a los tres cuando el techo de la casa de Edgar se derrumbó. Unas llamaradas salieron disparadas en el aire, emitiendo chispas mientras una ráfaga de aire caliente nos envolvía por completo. Esperaba que se hubieran llevado a todos los animales de allí antes de que Coker le prendiera fuego a la casa.

–Mierda –dijo la mujer policía–. Les va a dar un ataque.

Mientras ella se dirigía al furgón para telefonar, regresé por el camino de tierra para ir hasta el lugar donde se hallaba mi coche. Había dejado las luces encendidas y la puerta abierta cuando salí de él. Al pasar junto a la camioneta de Coker, miré en la parte de atrás. A la luz de las llamas, vi un pequeño generador portátil rodeado de rollos de cuerda grasienta y de cadenas enrolladas. Varias herramientas eléctricas estaban medio cubiertas por una lona igual de grasienta.

Una de ellas era una amoladora de alta potencia.

Lundy movió con el pie un trozo de madera carbonizada sobre la hierba empapada. Los restos de la casa de Edgar, ennegrecida y sin techo, se recortaban contra el cielo gris. Excepto por las paredes, no quedaba gran cosa de la estructura. La mayor parte de la planta de arriba había desaparecido, dejando únicamente una pared de ladrillo sin ventanas.

El aire estaba espeso a causa del olor a hollín y madera quemada. Junto a la casa, un sicomoro alto estaba chamuscado y quemado, con la mitad de las ramas carbonizadas. La casa todavía irradiaba calor y, delante de ella, el suelo estaba lleno de restos quemados. Lundy lo miró y suspiró.

–Odio los incendios. Entre los bomberos y el incendio..., no queda nada, joder.

Al menos no había nadie dentro.

–¿Habían finalizado el registro?

–En la casa aún no. Prácticamente ya habíamos terminado en el interior, así que estábamos esperando más equipos para empezar a despejar el jardín. Pero habría estado bien dejarlo de una pieza, y no como está ahora...

Lo cierto es que Coker había hecho un trabajo a conciencia. La gasolina había garantizado que a los equipos de bomberos les quedase poco que rescatar cuando llegaran. Lo habían intentado de todos modos, y dos camiones bloqueaban la carretera que había al final de la pista mientras arrojaban agua sobre las llamas con sus mangueras. Luego se habían puesto a rastrillar los restos calcinados de muebles y jaulas para evitar que el fuego se reactivase.

Lundy no había estado en casa de Edgar la noche anterior. Decidí no telefonarlo. Aunque hubiese habido cobertura en algún lugar cerca de la casa en llamas, no tenía sentido molestarlo llamándolo a casa cuando se iba a enterar del incendio de todos modos. Querría saber lo de la fotografía de Mark Chapel, pero

no era tan urgente como para no poder esperar hasta la mañana. Y eso le daría a Rachel la oportunidad de contarle lo del fuerte marino. Mejor que se lo dijera ella y no yo.

Después de prestar declaración a la policía, dejé a los bomberos a cargo del incendio y volví al cobertizo. Dormí mal, pero cuando me levanté, al menos tenía una cosa clara: sabía que no podía volver a Londres sin hablar otra vez con Rachel.

Había ensayado lo que iba a decirle, y sentí aumentar mi frustración cuando me saltó directamente su buzón de voz. Empecé a dejar un mensaje neutro habitual y luego me detuve.

–Oye, siento lo de anoche. No puedo explicarlo ahora, pero... me equivoqué, ¿de acuerdo? Llámame.

Al terminar la llamada, arrugué la frente. «Maldito idiota, ¿es eso lo mejor que sabes hacer?» Sin embargo, ya estaba hecho. Luego estuve a punto de telefonar a Lundy, pero él se me adelantó. Iba de camino a la casa de Edgar para evaluar los daños, me dijo. ¿Podíamos reunirnos allí?

–Ya me lo contará todo entonces –me había dicho.

Yo había llegado a la casa primero, y una agente me había retenido detrás de un nuevo cordón de cinta policial hasta que Lundy llegó. Lo vi muy apagado, y seguía estándolo en esos momentos, mientras contemplaba la casa calcinada.

–¿Todavía quedaba algún animal dentro? –pregunté.

–No, la protectora vino ayer por la mañana y se los llevó. También se llevaron los que tenía en el jardín. Dijeron que era como si hubiera hecho una criba, manteniendo a los más enfermos dentro y a los que no estaban tan mal aquí.

Eso no encajaba con la forma de actuar de alguien capaz de rescatar a una chica para luego transformarse en un loco asesino en cuanto la hubiese llevado a su casa.

–¿Qué hay de Coker? ¿Lo van a acusar formalmente?

Lundy suspiró mirando a la casa de nuevo.

–No hay vuelta atrás después de lo que hizo.

–Había circunstancias atenuantes. Yo lo vi; no estaba en su sano juicio.

–Eso no cambia lo que hizo. –Se encogió de hombros, como dándose cuenta de que había sonado más duro de lo normal–. Estoy seguro de que se valorará. Pero no podemos ignorar una cosa así, independientemente del estado mental en que se encontrara.

–¿Y la amoladora que vi en su camioneta?

–El laboratorio no ha encontrado restos de sangre ni de tejido óseo, y habría sido una tarea ímproba limpiarla después de usarla en la cara de alguien. Todavía habría restos. Y que Coker tenga herramientas eléctricas no significa nada. Yo también las tengo, sin ir más lejos. Registraremos su taller, pero dudo que encontremos nada.

–¿Ha hablado?

–Lo único que ha dicho es que lamenta que Holloway no estuviera en la casa. Como padre, no puedo culparlo por ello. El problema es que la ha tomado con el hombre equivocado.

Lo miré.

–¿Ya es oficial?

–No vamos a comunicarlo todavía, pero no hay duda de que quien estranguló a Stacey Coker tenía las manos más pequeñas que Holloway, y fue lo bastante inteligente para no dejar ni un pelo ni una huella dactilar. Los psicólogos dudan de que sea capaz de algo semejante, y probablemente tampoco de asesinarla. Al menos no en su estado actual –agregó–. Todavía hay muchos interrogantes sobre lo que le sucedió a su hija, pero no creo que lleguemos a saber nunca lo que sucedió.

–Entonces ¿qué le va a pasar?

Lundy se quitó las gafas y se frotó los ojos.

–Supongo que lo internarán en un psiquiátrico. No podemos ponerlo en libertad, sin más; no está capacitado para valerse por sí mismo. Puede que no haya asesinado a Stacey Coker, pero no se habría estrellado si él no hubiera estado vagando por la carretera. Así que también hay que añadir eso. Sea como sea, aquí no va a volver.

Miré al almacén calcinado que había sido el hogar de Edgar durante décadas.

–¿Y qué pasará con este lugar?

–Ahí es donde la cosa se pone interesante. ¿Recuerda que me pregunté qué relación podía haber entre Holloway y Leo Villiers? No entendía por qué Villiers sabía siquiera de la existencia de este lugar, y mucho menos que tuviera la confianza suficiente para guardar aquí una escopeta. Bueno, pues lo investigamos y ¿a que no lo adivina? Resulta que la casa es propiedad de la finca Villiers.

–¿Edgar es su inquilino?

Lundy sonrió, volviendo a su habitual forma de ser.

–La finca posee tierras y propiedades en toda esta zona, pero no sabía que esta fuera una de ellas. Y la cosa se pone aún mejor: hace unos años, sir Stephen dio a Leo la parte del negocio familiar relacionada con los arrendamientos locales. Así obtenía unos generosos ingresos independientes, y seguramente esperaba que su hijo se involucrara más en los negocios en general. No funcionó, pero significa que Leo Villiers es el casero de Edgar Holloway.

Miré la casa ennegrecida recordando su sordidez y su estado cochambroso.

–¿Y le cobraba un alquiler?

–Ahí está el quid de la cuestión. No, no le cobraba nada. Holloway no recibía ayudas sociales y no tenía ningún ingreso del que tengamos conocimiento. Debe de hacer la tira de años que no paga ningún alquiler. Encontramos una gaviota anidando en una pila de antiguos extractos bancarios y, según consta en ellos, recibía *royalties* por la publicación de los libros de texto que escribió. Pero con eso no tendría suficiente para vivir, y debieron de agotarse

hace mucho tiempo. Apostaría a que los abogados de la familia intentarán convencernos de que se trataba de un caso de caridad, pero no me imagino a Villiers dejando que alguien viviera aquí sin pagar el alquiler por pura bondad.

Yo tampoco. Tanto si había tenido la intención desde el principio de aprovecharse de su vulnerable inquilino como si no, no era una buena obra dejar a Edgar vivir allí solo. Puede que Villiers no lo hubiese perjudicado directamente, pero había dejado que viviera en condiciones infrahumanas, que se muriera de hambre lentamente a medida que su salud mental se deterioraba al mismo ritmo que su casa.

—¿Cuándo se va a comunicar oficialmente que el cadáver que apareció en el estuario no es el de Leo Villiers? —pregunté.

—Eso depende de la jefa. Hay un argumento a favor de mantenerlo en secreto para no alertar a Villiers, pero se está debilitando rápidamente. Después de todo lo que ha ocurrido, lo más probable es que salga a la luz, y después de lo de Stacey Coker, no sé cuánto tiempo más deberíamos mantenerlo en secreto. La prioridad ahora es dar con ese cabrón antes de que alguien más resulte herido. Y bien —dijo Lundy mirando su reloj—, ¿dijo que había conseguido averiguar algo sobre Mark Chapel?

Me había olvidado de eso los escasos minutos que habíamos estado hablando de Edgar, pero en ese momento, al recordar la noche anterior, la desazón volvió a instalarse en mi estómago.

—Rachel encontró una fotografía que le hizo su hermana. Tiene una hendidura en la barbilla, igual que la mandíbula que encontramos en los restos del alambre de espino.

—Yo también me fijé —dijo—. Se podía aparcar una bicicleta en ella.

—¿Ha logrado localizarlo? —pregunté sorprendido.

—No exactamente. Desapareció hace siete meses, casi al mismo tiempo que Emma Derby.

A pesar de que ya me lo esperaba, no recibí la confirmación de buen grado. No me gustaba el cariz que empezaba a tomar todo este asunto.

–Eso no puede ser una coincidencia.

–No –convino Lundy–. Por desgracia, como vivía en Londres, nadie estableció la conexión. Y las fechas no coinciden. La última vez que alguien vio a Chapel fue el viernes antes de que Emma Derby desapareciera, el lunes siguiente. El año anterior lo despidieron los productores de vídeos musicales, así que estaba trabajando en una empresa que se dedicaba a la creación de vídeos para sitios web corporativos. Un trabajo de poca monta. Dijo que iba a pasar el fin de semana fuera, pero no detalló dónde, y a la semana siguiente no se presentó a trabajar. Nadie le dio importancia porque ya antes se había tomado muchos días de permiso. Por problemas dentales, les dijo. Seguramente hay que coger eso con pinzas, pero el caso es que pasó una semana más antes de que lo echaran en falta. A su jefe solo le molestó que se hubiese llevado consigo el equipo de vídeo. Ya lo habían amenazado con despedirlo, así que cuando no apareció, todos dieron por sentado que se lo había quedado por la cara.

–¿Qué tipo de problemas dentales? –pregunté pensando en el cráneo que había examinado.

–Ni idea. ¿Es importante?

–Un absceso o infección podría haber debilitado el hueso alrededor de los dientes delanteros y hacer que cediera cuando lo golpearon. Si Mark Chapel había recibido tratamiento por eso, sería una prueba más que lo identificaría como el cadáver que encontramos en el arroyo.

–Si lo recibió, estará en sus registros dentales –dijo Lundy sin parecer particularmente impresionado–. Sea como sea, la coincidencia en el tiempo es demasiado notoria para ignorarla. Con Trask ausente en viaje de trabajo, Emma podría haber organizado una cita con su novio sin preocuparse de que la pillaran. Chapel llega aquí en su moto y luego les pasa lo que sea que les pasó.

–¿Cómo sabe que llegó aquí en su moto?

El inspector esbozó una sonrisa sombría.

–Hice algunas averiguaciones cuando me habló sobre la fotografía de la motocicleta. Hace seis meses encontraron una Harley calcinada en una zanja a pocos kilómetros de aquí. No llevaba matrícula y alguien había destrozado el

número de serie, pero encaja con la descripción de la moto registrada a nombre de Chapel.

Al igual que la hendidura en la mandíbula, no era una prueba en sí misma, pero empezaba a surgir una hipótesis de lo que le había sucedido al exnovio de Emma Derby. Y en ese momento se me ocurrió algo más.

–Podrían haberse citado en el cobertizo. Era el proyecto estrella de Emma Derby, y tuve la impresión de que Trask no tenía mucho que ver con él.

Lundy se quedó pensativo.

–Haría falta tener nervios de acero para acordar una cita delante de las narices de Trask, pero Chapel habría tenido que alojarse en algún lugar y no hay muchos por aquí. ¿Ha visto algo que le haga pensar que estuvo allí?

–No, pero no he inspeccionado el muelle que hay debajo del apartamento. Está lleno de cacharros viejos.

Solo había estado en el nivel inferior un momento, cuando buscaba algo que me ayudase a recuperar la zapatilla de deporte. No había prestado mucha atención a qué más podía haber entre todos aquellos trastos.

–Bueno, yo voy a ir para allá ahora. Puedo echar un vistazo.

–¿Va a ir al cobertizo?

–Rachel Derby va a traerme las fotografías que encontró. No quiere que Trask lo sepa, así que propuso que nos viéramos allí. –Parecía incómodo–. Ella..., ah..., también quería que supiera que estaba en el país cuando su hermana desapareció. Dijo que ya nos lo había dicho en su momento y, efectivamente, lo hizo. Yo no le tomé declaración, así que di por sentado que... En cualquier caso, ya está todo comprobado. Estaba en la boda de una amiga no sé dónde.

–En Poole –dije.

–Exacto. –Sin mirarme, Lundy sacó un pañuelo y se sonó la nariz–. Siento si eso le ha puesto en una situación incómoda.

No sabía si debía sentirme aliviado o como un estúpido.

–No pasa nada.

Guardó el pañuelo.

–Entonces ¿va a ir a la morgue ahora?

–Sí –dije, y de repente tomé una decisión–. Si le parece bien, antes pasaré un momento por el cobertizo.

–Ha olvidado algo, ¿verdad?

–Sí, eso es.

Vi a Lundy sonreír para sí mismo, pero permaneció en silencio mientras caminábamos por la pista hacia donde habíamos dejado los coches. Abrió la portezuela del suyo y luego se quedó de pie junto a la puerta.

–¿Puedo preguntarle algo?

Mi primer pensamiento fue que se trataba de Rachel, pero luego advertí la preocupación en sus ojos y me di cuenta de que era algo diferente.

–Por supuesto.

–Esta mañana me han llamado del hospital. Se suponía que debía ir al médico para que me diera los resultados dentro de un par de semanas, pero han adelantado la cita. Para mañana. –Se aclaró la garganta–. Antes era médico de familia. Me preguntaba si alguna vez hacían ese tipo de cosas... ya sabe, para dar buenas noticias.

Con razón parecía abatido.

–Depende del médico, supongo. O tal vez el equipo estuviera defectuoso y necesitan repetir la prueba. Podría haber multitud de razones.

Deseé poder ofrecerle palabras más tranquilizadoras. La verdad es que no lo sabía, pero si yo fuera Lundy, también me preocuparía.

–Eso mismo he pensado yo. Probablemente no sea nada. –Asintió rápidamente, volviendo a ser el oficial de policía otra vez–. Bien, le veré allí.

Lundy dijo que tenía que hacer una llamada antes de salir, así que lo dejé en casa de Edgar y fui con el coche hasta el cobertizo. Ninguno de los Land Rover de los Trask estaba allí, así que interpreté que Rachel aún no había llegado. Sin embargo, cuando aparqué, la vi esperando en la puerta de entrada. Tenía la misma carpeta bajo el brazo en la que llevaba las fotografías la noche anterior.

Salí del coche, contento y nervioso de verla a la vez. Me acerqué a ella sin saber muy bien qué iba a decirle. Por espacio de unos segundos, ninguno de los dos habló.

–¿Estás bien? –pregunté.

Su rostro no dejó traslucir nada.

–Creía que ibas a volver a Londres.

–Y voy a volver. Luego. –«Vamos, habla con ella»–. Lundy me dijo que habías hablado con él.

Me miró sin decir nada.

–Sobre lo de anoche... –continué–. No debería haberlo hecho... No pretendía ofenderte.

–¿Cómo creías que me sentiría?

–Lo siento, es solo que... la situación es complicada.

–¿Acaso crees que no lo sé?

Rachel me miraba con expresión perpleja, casi exasperada, pero al menos ahora parecía más tranquila. Oí el ruido del motor de un coche acercándose y supe que apenas disponía de unos pocos segundos más.

–Mira, no puedo dejar las cosas así. Quiero verte otra vez.

No tenía planeado soltarlo de esa manera, y por la expresión de Rachel, ella tampoco lo esperaba. Se la veía como perdida, y justo cuando parecía que iba a responder, las ruedas del coche de Lundy resonaron en la gravilla.

Rachel me lanzó una última mirada teñida de preocupación cuando el inspector bajó del coche. El policía encogió los hombros con rigidez, masajeándose la parte baja de la espalda mientras miraba hacia la oscura mancha de nubes, mar adentro.

–Dentro de poco va a empezar a llover.

–¿Lo nota en los huesos? –preguntó Rachel, y me alegré de verla sonreír.

–En Radio 2, en realidad. Pero es lo mismo. –Señaló con la cabeza hacia la carpeta–. ¿Esas son las fotos?

–Sí. –Rachel miró la carpeta–. Me siento un poco incómoda con esto. Andrew todavía no sabe nada y no me encuentro cómoda hablando a sus espaldas.

–No tiene sentido preocuparlo sin necesidad –dijo Lundy razonablemente–. ¿Tal vez podríamos entrar para echar un vistazo?

Tanto Rachel como Lundy me miraron. Sentí que me ardía la cara.

–Yo..., mmm..., metí la llave en el buzón cuando me fui.

Cuando fui a reunirme con Lundy en la casa de Edgar, no pensé que volvería allí de nuevo. El inspector me lanzó una mirada irónica pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

–No pasa nada, traigo otra llave.

Rachel sacó el pesado llavero de su hermana, haciendo tintinear las llaves hasta encontrar la que buscaba.

Dejé que Lundy y ella entraran primero. El inspector se inclinó para recoger la llave que había metido por el buzón de la puerta. Alzó las cejas cuando se volvió hacia mí.

–¿Debería dársela a Rachel o puede que cambie de opinión otra vez?

Tras decidir que cuanto menos dijera, mejor, lo seguí adentro. Había ordenado el apartamento antes de irme, dejando la colcha y la ropa de cama doblada en el sofá. El recipiente de plástico en el que Rachel había traído el

postre estaba a un lado, con algunos trozos del pastel de comida para perros. Era demasiado contundente para acabármelo entero, pero pensé que eso ocuparía un lugar poco destacable en mi lista de transgresiones. Mientras Rachel dejaba la carpeta encima de la mesa, Lundy se dirigió a la pila de fotografías enmarcadas que estaban apoyadas en la pared. La de la moto todavía estaba delante.

–Estoy seguro de que es de Mark Chapel –dijo Rachel mientras la observaba–. Y se ve el fuerte marino al fondo. Aquí, está más claro en estas otras fotos.

Cuando se volvió para abrir la carpeta, Lundy llamó mi atención y asintió brevemente, confirmando que la motocicleta coincidía con la que habían encontrado calcinada. Se acercó a la mesa donde Rachel estaba extendiendo las fotografías más pequeñas.

–Estas fueron tomadas desde la playa, junto al rompeolas –dijo hojeándolas–. Es la misma moto y ubicación, y el fuerte marino es sin duda el que está junto a la desembocadura del estuario. Y aquí, estas fotografías de la casa de Villiers. Emma debió de sacarlas desde una de las torres. No las pudo tomar desde ningún otro sitio.

La cara de Lundy permaneció impasible mientras las examinaba.

–¿Tiene alguna idea de por qué lo hizo?

–La verdad es que no. Estaba realizando trabajos de remodelación en la casa, pero era de los interiores, y si necesitaba fotografiar el exterior, podría haberlo hecho desde el jardín delantero. No necesitaba desplazarse nada menos que hasta allí.

Lundy examinó de nuevo las fotos y luego las ordenó y las volvió a colocar en la carpeta.

–¿Puedo llevármelas? Se las devolveremos cuando hayamos hecho copias.

–Supongo que sí, pero no son más...

–No se preocupe, estarán en buenas manos.

Rachel asintió, pero, aun así, no parecía muy contenta.

–¿Qué le digo a Andrew?

–Nada por el momento. Lo mejor es que analicemos nosotros la situación primero. No tiene sentido que saque conclusiones precipitadas si no es necesario.

Sobre todo cuando podía ser un sospechoso, pensé. Odiaba ocultarle la verdad a Rachel, y sus siguientes palabras me hicieron sentir aún peor.

–Entonces ¿piensan hablar con Mark Chapel?

Me alegré de que le hubiera hecho la pregunta a Lundy y no a mí. Él se metió la carpeta bajo el brazo.

–Ese tipo de decisiones dependen de la inspectora Clarke. Antes de irme, ¿puedo echar un rápido vistazo abajo?

–¿Se refiere al muelle? –Rachel se encogió de hombros sorprendida–. Si quiere... ¿Por qué? ¿Qué está buscando?

–Oh, nada en particular. Me gustaría echarle un ojo ya que estoy aquí.

–Ya lo registraron cuando Emma desapareció. Ahí abajo no hay nada más que trastos.

–Aun así me gustaría verlo.

Vi que Rachel no parecía convencida. Esperamos mientras Lundy llevaba las fotografías a su coche y luego salimos a los escalones de madera que, entre crujidos, seguían el costado del cobertizo hasta el arroyo. Había un bote amarrado al final del embarcadero, y cuando lo vi entendí por qué ninguno de los Land Rover estaba aparcado fuera. Rachel no había venido por carretera. Era la misma barca de fibra de vidrio que Trask y yo habíamos usado para buscar a su hija, con la amarra tensa mientras se balanceaba en la corriente.

Rachel se detuvo en el descansillo de madera junto a la trampilla en la pared del cobertizo y desató la cuerda que sujetaba la tapa de la trampilla.

–¿Es el único modo de entrar? –preguntó Lundy con aire vacilante.

La abertura de la trampilla medía poco más de un metro de alto y medio metro de ancho, y prometía ser difícil de sortear para el inspector.

–Las puertas delanteras están cerradas con candado –le dijo Rachel–. No tengo la llave.

El tono de su voz era impaciente. Cuando Lundy abrió la tapa de la trampilla, con las bisagras chirriando al desplazarse hacia dentro, Rachel se volvió y me miró. Su expresión me decía que sabía que le estábamos ocultando algo, pero luego se oyó un ruido y una maldición cuando Lundy salió al muelle. La voz del inspector retumbó con un eco hueco desde el interior del cobertizo.

–¡Ay! Menudo desnivel hay aquí dentro...

–Lo lamento, debería haberle avisado –dijo Rachel sin sentirlo de veras.

Al darse la vuelta, agachó la cabeza y cruzó ágilmente la trampilla tras Lundy. La seguí, deteniéndome en la húmeda atmósfera para que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. El interior sombrío desprendía el mismo olor a tierra húmeda y agua salada que recordaba de la vez anterior. El muelle estaba parcialmente inundado y la luz de las olas bailaba en las paredes. La pasarela de madera recorría toda la pared trasera y ambos lados, abarrotada de redes viejas, boyas de corcho y otros artículos de navegación. Me quedé junto a la trampilla con Rachel mientras Lundy se dirigía hacia las puertas cerradas, teniendo que pasar por encima de la canoa de fibra de vidrio perforada.

–Yo que usted no iría mucho más lejos –le advirtió Rachel–. La madera está bastante podrida.

El inspector le hizo caso y se detuvo. Enmarcado por las franjas de luz que se colaban por las tablillas de la puerta, Lundy miró hacia abajo, hacia el agua.

–¿Se drena del todo cuando baja la marea?

Por el rígido ángulo del cuello y los hombros de Rachel, vi que se estaba enfadando por momentos. Su voz me lo confirmó.

–¿Y por qué no iba a hacerlo?

Sabía que Lundy pensaba en el cuerpo sumergido de Mark Chapel, preguntándose si podría haber algo escondido debajo del agua en el cobertizo. Sin embargo, la marea estaba baja cuando yo mismo había estado allí buscando

el remo, y lo único siniestro que había en el fondo fangoso del arroyo eran rocas y brotes sucios de maleza.

–No, por nada –dijo Lundy. Miró hacia el techo de madera. No había nada que ver allá arriba, los rayos ásperos apenas visibles en las sombras–. ¿Volvemos afuera?

Crucé la trampilla hasta el pequeño descansillo, aliviado por salir de nuevo al aire libre. Comencé a subir los escalones, pero me detuve cuando me di cuenta de que Rachel no me seguía. Permanecía en el descansillo, con una expresión de enfado mientras esperaba a que Lundy saliera. El inspector cruzó la trampilla con un gruñido.

–No estoy hecho para esto –refunfuñó colocando la cuerda sobre el gancho para mantener cerrada la tapa de la trampilla.

Se enderezó, se dio la vuelta para irse y luego se detuvo cuando Rachel no se movió.

–¿Qué pasa aquí? –exigió.

–¿Qué quiere decir?

–Quiero decir que hay algo que no me están contando.

–No puedo hacer públicos los detalles sobre una investigación, ya lo sabe. Ahora, ¿por qué no...?

–No le estoy pidiendo detalles, estoy harta de que no me cuenten nada. Usted quería echar un vistazo ahí abajo por alguna razón. Y eludió la pregunta cuando le dije si iba a hablar con Mark Chapel. No soy idiota. Es obvio que pasa algo.

Lundy suspiró.

–Tendrá que confiar en mí.

–¿Confiar en usted? Soy yo la que ha venido aquí a espaldas de Andrew, ¿y ahora ni siquiera quieren decirme por qué? –Por unos segundos, me lanzó una mirada cargada de furia, incluyéndome en la acusación antes de enfrentarse con

Lundy otra vez—. ¿Por qué se muestra tan esquivo con Mark Chapel? ¿Cree que tuvo algo que ver con lo que le sucedió a Emma?

—No, no es nada de eso.

—Entonces ¿qué es, por el amor de Dios? Y si aún no lo han interrogado, ¿cómo saben que...? —La voz de Rachel se apagó al tiempo que abría mucho los ojos de repente—. Le ha pasado algo, ¿no es cierto?

Lundy parecía acorralado.

—Como ya le he dicho, no puedo entrar en detalles.

Rachel había palidecido. Se llevó una mano a la boca.

—Oh, Dios..., el cuerpo en el alambre de espino, con Fay. ¿Era él? ¿Ese era Mark?

—Todavía no tenemos confirmación —repuso Lundy, pero Rachel me estaba mirando a mí.

—Tú lo sabías, ¿verdad?

Oh, Dios...

—No podía decir nada, lo siento.

—Yo le ordené que no lo dijera —interrumpió Lundy—. Es una investigación en marcha, no podemos...

—¡No me lo puedo creer! —Rachel parecía aturdida—. ¿Qué le pasó? ¿Villiers los mató a los dos?

Lundy pareció dudar por un momento, y luego suspiró.

—No lo sabemos.

—Bueno, si él no lo hizo, ¿quién...? —Vi cómo la idea se formaba de golpe en su mente—. Oh, no..., no pueden creer que Andrew...

—No creemos nada en este momento —insistió Lundy obstinadamente—. Pero hasta que no tengamos más información, esto tiene que ser estrictamente confidencial. No puede decírselo a nadie. ¿Lo entiende?

Pero Rachel no estaba escuchando. Estaba cada vez más pálida.

–Estoy un poco mareada.

–¿Quieres sentarte? –pregunté.

–¡No, no quiero sentarme, maldita sea! –espetó. Luego se volvió hacia Lundy–. ¿Qué pasa con el fuerte marino? ¿Qué van a hacer al respecto? ¿O eso también es confidencial?

–La unidad de actividades subacuáticas probablemente irá a echar un vistazo –dijo Lundy con el aspecto de un hombre asediado.

–¿Cuándo? ¿Hoy?

–No, no sé cuándo será. Pero aun en el supuesto de que su hermana hubiera ido allí...

–¿«En el supuesto»? ¡Ya ha visto las fotografías!

–No veo por qué habría de ser relevante. Retiraron las principales escaleras de acceso de las torres hace años, por lo que no pudo haber entrado. Y si hizo esas copias después, es evidente que volvió, así que no hay ninguna necesidad de salir corriendo hacia allí.

Pensé que Rachel iba a protestar. Se quedó ante Lundy con los brazos cruzados y las mejillas encendidas.

–Muy bien.

Dio media vuelta y bajó los últimos escalones hasta el embarcadero, en dirección al bote. Miré a Lundy y luego fui tras ella.

–¿Adónde vas?

–¿Adónde crees tú?

Ni siquiera aminoró la marcha, obligándome a correr para alcanzarla.

–¿Vas a ir hasta el fuerte?

Rachel no respondió. No era necesario: tenía la intención de ir hasta allí desde el primer momento, por eso había traído la barca. Mi exasperación aumentó cuando se inclinó para desatar la cuerda del amarre.

–Escucha, ¿puedes parar por un segundo?

–¿Por qué? Ya estoy harta de esperar. Si nadie más va a hacer nada, entonces lo haré yo.

–No tienes idea de en qué condiciones está el fuerte. Ni siquiera sabes si podrías entrar.

–Emma se las arregló.

–Y tú misma dijiste que podría haber tenido un accidente. Dos de las torres ya se han derrumbado.

Siguió desatando la cuerda.

–Si no vuelvo, siempre puedes dar la voz de alarma.

–Vamos, esto es... –Quería decir «ridículo», pero lo pensé mejor–. Sé que estás enfadada, pero yendo tú sola no vas a ayudar a nadie. Piensa.

–Lo he pensado. Y voy a ir.

–Entonces iré contigo.

Eso la hizo detenerse. Finalmente, me miró.

–No te estoy pidiendo que lo hagas.

–No, pero voy a ir.

El muelle se estremeció bajo los pesados pasos de Lundy. Por la agria expresión de su rostro, supuse que nos había escuchado.

–No tengo que decirle a ninguno de los dos lo que pienso sobre esto, ¿verdad?

–No. –Rachel tiró de la amarra–. Ya sé que a nadie más le parece importante, pero Emma debió de tener una razón poderosa para ir allí. Voy a averiguar cuál era.

Lundy hinchó los carrillos.

–No puedo impedirselo, pero desearía que al menos esperara un poco. El pronóstico del tiempo es atroz.

–Eso no será hasta más tarde –dijo Rachel enrollando la cuerda–. Regresaré mucho antes.

El inspector miró hacia el otro lado del arroyo, sacudiendo la cabeza en respuesta a alguna conversación interna.

–Oh, maldita sea... –murmuró.

Lundy me dejó con Rachel mientras llamaba al equipo de investigación para informarles de lo que estaba a punto de hacer. Volvió a subir los escalones con el pretexto de tener una mejor cobertura, aunque era más probable que quisiera dar las explicaciones pertinentes sin que nosotros lo escucháramos. En circunstancias normales, habría agradecido la oportunidad de hablar con Rachel. Ahora no sabía cómo comenzar.

Pero no tuve que hacerlo.

—Así que, ¿de eso iba lo de anoche? —dijo guardando algunas cosas dentro de una pequeña taquilla en la popa del bote—. ¿Me estabas vigilando, igual que a Andrew?

—No, no fue así.

—¿De verdad? Porque así es como lo siento yo.

—Mira, no supe con certeza que era Mark Chapel hasta que vi la fotografía. Y tampoco podría habértelo dicho.

—Al parecer, hay bastantes cosas que no puedes decirme.

—Así es, no puedo —le solté sacando a la luz mi propio temperamento—. ¿Qué habrías hecho si te lo hubiera contado? ¿Decirle a Trask que tu hermana se veía con su antiguo novio, además de con Leo Villiers?

Eso la hizo detenerse a pensar.

—No sé —admitió—. Pero no creo, ni por un momento, que Andrew pueda haber hecho algo malo.

Me reservé mi opinión al respecto: eso es lo que decían todos. Nadie quiere creer que alguien cercano a ellos pueda ser un asesino. Yo mismo había cometido ese error en el pasado.

El muelle experimentó una sacudida cuando Lundy regresó. El inspector parecía vagamente preocupado.

–¿Va todo bien? –pregunté.

–No he podido hablar con nadie, pero he dejado un mensaje para que sepan dónde estoy si necesitan localizarme. Suponiendo que puedan ponerse en contacto conmigo allí –añadió con amargura.

Lundy esperó a que Rachel respondiera, pero ahora parecía recelosa. Miro con preocupación el bote mientras sacaba otro chaleco salvavidas de la taquilla.

–¿Está segura de que esta barca es lo suficientemente grande para salir al estuario?

Rachel puso el chaleco salvavidas detrás de ella y cerró la taquilla.

–Resistirá bien. He salido con este bote en condiciones meteorológicas mucho peores.

Lundy se rascó el cuello con aire suspicaz.

–Bueno, si todavía está empeñada, necesitamos algunas reglas básicas. Si el tiempo empeora, o si el mar está muy picado en cuanto salgamos al estuario, volvemos. Lo mismo cuando salgamos al fuerte. Si hay algo que no me gusta, daremos la vuelta inmediatamente. Me juego el cuello con todo esto, así que no quiero ningún pero. ¿Está claro?

Rachel asintió dócilmente. Lundy soltó un suspiro, a todas luces esperando más resistencia.

–Muy bien, entonces. Solo para que quede constancia.

Sujeté la barca para que él pudiera subir torpemente a bordo. Los dos nos sentamos en el banco del medio, mientras que Rachel lo hizo en la popa, al lado del timón. Lundy trato de embutirse en el chaleco salvavidas que ella le dio, luchando por lograr que las tiras se cruzaran en su oronda barriga antes de cejar en el intento.

–Supongo que no tiene nada más grande.

–Lo siento, todos son del mismo tamaño, salvo el de Fay.

Miró el chaleco, que le colgaba a cada lado del estómago, y negó con la cabeza.

–Debo de estar loco.

Sin embargo, en cuanto nos pusimos en marcha, ya no pareció preocuparlo. Mientras el bote adquiría velocidad, se sentó con la cara hacia el viento, dando señales evidentes de estar disfrutando a pesar de las circunstancias. Lo vi meterse un par de pastillas antiácido en la boca y recordé sus palabras acerca de la llamada del hospital. Pensé que tal vez esa fuese la razón por la que no había opuesto una mayor resistencia cuando Rachel había insistido en ir al fuerte. Seguramente estaría preocupado por lo que querían comunicarle en el hospital: tal vez el viaje al fuerte fuera una distracción más que bienvenida.

Rachel iba sentada al timón, con el cabello oscuro flotando en el viento. Debajo del chaleco salvavidas, llevaba la chaqueta impermeable roja con la que la había visto la primera vez, y parecía más relajada mientras guiaba la barca entre las orillas del arroyo. Al advertir que la estaba mirando, me sonrió. Pero era una sonrisa incierta, y me pregunté si no estaría arrepintiéndose. El fuerte viento revolvía la superficie del agua, ahora inquieta y mate. No llovía aún, pero el cielo era de un gris plomizo, con una franja más oscura en el horizonte.

–¿Dijo que el pronóstico del tiempo era malo? –le pregunté a Lundy por encima del zumbido del motor.

Él asintió.

–Se supone que la cosa se va a poner fea dentro de un rato. Esta noche también hay marea de primavera, así que podría ser divertido. Tendremos que regresar mucho antes de eso.

Al cabo de unos minutos, el arroyo se fundió con el estuario. Allí fuera estábamos más expuestos, y la mar rizada dio paso a las primeras olas de marejada. La barca vibraba con golpes rítmicos cada vez que chocaban contra la proa. Cada impacto nos salpicaba de pequeñas gotas frías, dejándome un sabor a sal en los labios.

Teníamos las torres del fuerte marino delante, pero la visibilidad más allá de la desembocadura del estuario no era lo bastante buena como para verlas con claridad. Una ligera neblina, más semejante al *smog* que a una bruma marina, oscurecía las altas estructuras, reduciéndolas a vagas formas esqueléticas en la distancia.

La barca aminoró la velocidad y el ruido de su motor se redujo cuando entramos en los Barrows. A nuestro alrededor, las protuberancias bajas y lisas emergían de entre las olas. Rachel fue maniobrando para esquivarlas, escudriñando el agua en busca de zonas más alteradas o más lisas que pudieran indicar la presencia de un banco de arena escondido bajo la superficie. En cuanto atravesamos el estrecho, Rachel volvió a acelerar el motor, y tuvimos que prepararnos para cuando la barca recibiera el embate de las olas más grandes. A medida que nos acercábamos a la desembocadura del estuario, la casa de Leo Villiers apareció ante nuestra vista, a un lado. Estaba en lo alto del promontorio boscoso, el cristal curvado de los ventanales proyectaba el reflejo de la oscuridad mientras miraban hacia el mar abierto.

A continuación, la dejamos atrás y salimos del estuario. Un poco más adelante, los restos de las torres del antiguo fuerte del ejército surgieron de entre las olas. Parecían aún más extrañas vistas de cerca, reliquias imponentes, como de otro mundo, que habían dejado atrás sus días de gloria. Las torres se encontraban a escasa distancia unas de otras, y cada una de ellas consistía en una caja cuadrada de metal de dos pisos apoyada en cuatro patas inclinadas hacia dentro. Unos portones y unas pasarelas de aspecto endeble les salían de los costados, ahora retorcidos y oxidados.

La torre más cercana parecía la más intacta. Rachel se dirigió hacia allí, pero Lundy le indicó otro rumbo.

–Acérquese antes a las otras –le dijo subiendo el tono de voz para que lo oyera–. Vamos a descartar esas antes de echar un vistazo a esta.

Rachel obedeció e hizo girar la barca alrededor de las torres. Sin embargo, ya estaba claro que si su hermana había tomado las fotografías de la casa de Villiers desde el fuerte, no lo había hecho desde ninguna de las dos torres que se encontraban mar adentro. La primera era poco más que un caparazón vacío. El fuego había ennegrecido las paredes metálicas de la plataforma, aunque a juzgar

por la capa ocre de óxido no era reciente. El techo ya no estaba, como también había desaparecido el marco externo de pasillos y escaleras que había visto en las fotografías del sitio web. Habían desmantelado por completo la estructura, y como para enfatizarlo aún más, una gaviota pasó volando a través de un enorme agujero en la base de la plataforma, atravesó ventanas sin cristales y reapareció por encima de la estructura sin techo al cabo de un momento.

La segunda torre estaba aún en peor estado: la estructura superior había desaparecido por completo, dejando que las cuatro patas delgadas se erigiesen del mar como las esquinas de una pirámide incompleta. Lundy se quitó las gafas y se limpió la salpicadura de agua salada de las gafas.

–Muy bien, echemos un vistazo a la otra.

Rachel dirigió la barca hacia la última torre. Incluso allí el mar estaba lleno de sedimentos y tenía poca profundidad. Vi el color claro del fondo marino donde se había formado un banco de arena alrededor de la tercera torre, llegando incluso a romper la superficie en algunos lugares. Las olas golpeaban contra las estructuras de las patas, creando un movimiento cruzado que nos sacudía a medida que nos acercábamos. El ruido de las olas se hizo más rotundo cuando Rachel nos metió debajo.

De cerca, la torre era más grande de lo que esperaba. Las patas eran tubulares y de hormigón armado, ahora mal espaciadas y cubiertas de algas por debajo de la línea de flotación. Las algas se arremolinaban a su alrededor como pelo verde, y de vez en cuando se oía un estruendo, cada vez que una ola más potente se estrellaba contra los tubos huecos.

Miré hacia arriba cuando pasamos por debajo de la sombra de la parte inferior de la torre, a casi dos metros por encima de mi cabeza. Las vigas que formaban su base estaban muy oxidadas, manchadas de blanco con excrementos de pájaros que añadían una nota a amoníaco al olor de las algas marinas. Rachel llevó la barca junto a una plataforma de amarre situada entre las patas extendidas del fuerte y rápidamente ató una cuerda alrededor de un poste de amarre. Cuando el oleaje empujó el bote, hizo ademán de agarrar la escalera oxidada que se extendía hacia el agua.

–Iré yo primero –le dijo Lundy–. Si alguien tiene que caer al mar, es mejor que sea yo.

Procurando sincronizarse con el oleaje, el inspector subió por la escalera hasta la plataforma de acero. Tras quitarse el óxido de las manos, caminó por la plataforma, y a su paso toda la estructura tembló y resonó.

–Parece suficientemente sólido. De acuerdo, subamos.

Rachel fue la siguiente, trepando con agilidad por los peldaños. La seguí con bastante menos elegancia, pero logré no caerme. La escalera estaba muy corroída y la plataforma en sí no estaba en mucho mejor estado, pero Lundy tenía razón: no parecía haber peligro inminente de derrumbe.

Siguiendo el ejemplo de Rachel y Lundy, me quité el chaleco salvavidas y miré a mi alrededor. Otra escalera, esta más nueva, conducía hacia una pequeña pasarela suspendida sobre nosotros. Desde allí, un tramo de escalones de metal llevaba a una puerta de aspecto pesado que daba acceso al propio fuerte. Aparentemente, no había ninguna otra forma de entrar.

–Mira –dijo Rachel señalando hacia la costa.

Al otro lado del mar abierto, la casa vacía de Leo Villiers se encontraba frente a nosotros, en su promontorio rocoso.

Rachel se sacó un par de prismáticos compactos del bolsillo de la chaqueta y observó la casa a través de ellos antes de dárselos a Lundy.

–Es la misma vista que en las fotografías.

–Ha venido preparada, por lo que veo –comentó mientras levantaba los prismáticos–. Pero no es exactamente la misma perspectiva. Está muy abajo.

–Entonces debió de tomarlas desde dentro. Vamos a ver –dijo Rachel, su impaciencia haciendo acto de presencia de nuevo.

Lundy examinó la escalera que subía hacia la parte inferior de la torre.

–Esto no debería estar aquí. No me hace ninguna gracia... –dijo, pero se calló al instante cuando sonó su teléfono.

El tono musical parecía fuera de lugar, pero al menos significaba que estábamos lo bastante cerca de la costa para que hubiese cobertura. Eso resolvía la cuestión de si Emma Derby habría podido llamar para pedir ayuda si hubiese tenido un accidente. Lundy buscó en el bolsillo su teléfono mientras seguía sonando.

–Necesito contestar esta llamada –dijo mirando la pantalla.

Se desplazó al otro lado de la plataforma para responder. Rachel lo vio alejarse, luego se volvió hacia la escalera y comenzó a trepar por ella.

–Rachel... –dije con exasperación.

–No tiene sentido que nos quedemos aquí abajo.

Ya había recorrido la mitad de la pequeña pasarela. Miré a Lundy, esperando que él protestara, pero el inspector no parecía haberse dado cuenta de nada. Se había apartado de nosotros y permanecía con la cabeza ladeada, escuchando lo que le decían al otro lado de la línea.

«Estupendo.» Con un suspiro, comencé a trepar yo también. Era una escalera extensible, hecha de aluminio ligero en lugar de acero oxidado. Lundy había dicho que las escaleras de acceso originales habían sido retiradas hacía años, supuestamente para mantener a la gente alejada de las torres. Sin embargo, alguien no había permitido que eso sucediera.

Me preguntaba quién.

Me abrí paso a través de la pasarela. Era más pequeña que la plataforma de abajo y estaba cubierta de excrementos blancos. El viento era más fuerte allí, frío y mordaz. Al incorporarme, vi que Rachel ya había subido los escalones de metal hacia la puerta de la torre. Accionó el tirador de la puerta.

–Está cerrada con candado.

Por una parte, me sentí aliviado. Todavía tenía fresco en la mente el hallazgo del cadáver de Stacey Coker, y si la torre nos deparaba alguna sorpresa, era mejor dejársela a la policía en lugar de que fuera Rachel quien se la encontrara.

Pero, por otra parte, después de haber llegado hasta allí, sabía que me iba a sentir decepcionado si teníamos que dar marcha atrás. Rachel golpeó la puerta con evidente frustración.

–¿Crees que hay otra manera de entrar?

–Lo dudo. Construyeron el fuerte precisamente para la defensa costera: se suponía que tenía que ser inaccesible.

–¿Tenemos algo para romper el candado? –preguntó mientras yo subía los escalones.

Ya me imaginaba lo que iba a decir Lundy de aquello.

–No, y no creo que haya ninguna prisa por romperlo.

Tanto el candado como el cerrojo eran nuevos, hechos de acero inoxidable muy resistente. Parecían imposibles de abrir a menos que los destrozásemos a base de golpes.

Rachel lo sacudió con frustración.

–¡Esto es ridículo! ¿Cómo logró entrar Emma si está cerrada?

No lo sabía, pero empezaba a sentirme incómodo.

–Vamos.

Me volví, pero Rachel se quedó donde estaba. Agachada junto a la puerta, buscó en su bolsillo y sacó las gruesas llaves de su hermana. Las examinó, luego seleccionó una y la probó en el candado.

–¿Qué estás haciendo?

–Probando las llaves de repuesto de Emma. No tengo ni idea de para qué son algunas de ellas, y tuvo que entrar aquí de alguna manera.

–Deberíamos volver con Lundy –le dije con impaciencia mientras ella probaba otra.

–Solo un par más.

–Estás perdiendo el tiempo...

La cerradura se abrió con un chasquido. Rachel me sonrió.

–Bingo.

Sentí que se me erizaba el vello en la nuca. Una cosa era que su hermana hubiera ido una vez hasta el fuerte para tomar fotografías, pero si Emma Derby había cerrado con candado la torre –y presuntamente también era la responsable de la escalera de sustitución–, eso indicaba que había estado allí en más de una ocasión. Nadie se tomaría tantas molestias con un fuerte marino abandonado sin tener una buena razón.

No, a menos que hubiera algo dentro que no quisieran que nadie encontrara.

Rachel se disponía a sacar el candado del cerrojo. Antes de que pudiera decir nada, oí un silbido penetrante que procedía de abajo. Al llegar al borde de la pasarela, me asomé a mirar y vi a Lundy, estirando el cuello con dos dedos en la boca. Los sacó cuando me vio.

–Tenemos que irnos –dijo.

–¡Tiene que subir a ver esto! –grité.

Oí el gemido de unas bisagras oxidadas a mi espalda. Al darme la vuelta, vi a Rachel intentando abrir la pesada puerta.

La voz de Lundy resonó de nuevo.

–Pues tendrá que esperar. Ha pasado algo, debo regresar de inmediato.

Fuera lo que fuese, debía de tratarse de algo grave: mirándolo desde arriba hacia la plataforma, donde estaba él, parecía conmocionado. Bueno, no exactamente: parecía perplejo.

–Está bien –respondí, y me volví hacia Rachel–. Vamos, será mejor que...

Pero la puerta estaba vacía.

«Mierda.» Subí corriendo los escalones. La pesada puerta de acero estaba abierta, dejando al descubierto un corredor oscuro con paredes de metal descascarilladas. Desaparecía sumiéndose en las sombras, pero no había señales de Rachel.

–¿Qué está pasando?

La voz de Lundy parecía irritada cuando resonó en el techo de metal.

Volví la cabeza para gritar.

–Rachel ha entrado.

El «maldita sea su estampa» que profirió el inspector llegó retumbando hasta mí y luego oí sus pasos resonando en la escalera. Crucé la puerta, incapaz de ver más allá en el interior oscuro.

–¿Rachel? –grité–. ¡Rachel, tenemos que irnos!

Se oyó una respuesta enmudecida desde algún lugar en el fondo del corredor, pero llegó demasiado distorsionada para distinguir sus palabras. Solté una maldición, indeciso entre seguirla o esperar a Lundy. Sin embargo, por el ritmo trabajoso de los pasos de este en la escalera, el inspector tardaría más que nosotros en llegar. Seguí soltando maldiciones y entré.

Hacía frío en la torre. El aire era pegajoso, con un olor punzante a moho y óxido. Una vez en el corredor, descubrí que no estaba tan oscuro como parecía desde fuera. La luz sucia penetraba a través de pequeñas ventanas rectangulares, con el vidrio de color marrón por la mugre. Brillantes cuadrados de luz diurna se derramaban a través de los cristales rotos, iluminando un generador anticuado que se erguía como un centinela al pie de una escalera. Había más salas un poco más adelante, pero solo se insinuaban en la penumbra. Todas las superficies estaban recubiertas de barro y sal, mientras que la corrosión daba un tinte rojizo a las paredes de metal y al suelo. Era como una fotografía en sepia que hubiese cobrado vida.

Unos fragmentos de óxido y pintura vieja crujieron bajo mis pies cuando pasé al lado del generador hasta las escaleras.

–¿Rachel?

–Aquí arriba.

Su voz resonó por los escalones del piso superior. Empecé a subir, pero un ruido procedente del exterior anunció que Lundy había llegado a la pasarela. Al cabo de un momento, el inspector apareció en la puerta abierta, con el rostro congestionado y sin aliento.

–¿Dónde demonios está ella?

–En el piso superior. La puerta estaba cerrada con candado, pero su hermana tenía una llave.

–¡Joder! –Negó con la cabeza con la respiración agitada–. Lo hemos enfocado todo al revés. Todo. Desde el principio.

–¿Qué quiere decir con eso? –pregunté, pero no me contestó.

–Luego. Vayamos a buscarla.

Me detuve para fijar la pesada puerta de acero contra la pared, haciendo pruebas para asegurarme de que no iba a cerrarse, y luego corrí tras él. Nuestros pasos resonaron en los escalones de metal mientras subíamos al siguiente nivel. En la parte superior había otro corredor, que se bifurcaba hacia un lado y hacia delante. Las puertas abiertas dejaban entrever espacios en ruinas. Todas las habitaciones estaban vacías salvo por algunos estantes metálicos, también vacíos, unos armazones de camas del revés y varias sillas rotas. Pegado a la pared, aún había un póster descolorido de una joven sonriente guiñando un ojo a la cámara. Al levantar la vista vi que los escalones seguían hacia la cubierta, pero que la puerta que daba acceso a ella estaba cerrada.

–¿Rachel? ¿Dónde estás?

–Aquí dentro. –La voz provenía de una habitación al final del pasillo, donde había una puerta de acero entreabierta–. Tienes que ver esto.

La expresión generalmente plácida de Lundy había sido reemplazada por la ira y la rabia contenida mientras desfilaba delante de mí por el pasillo. Fuera lo que fuese lo que le habían dicho por teléfono, había causado un fuerte impacto en él y ahora estaba fuera de sus casillas.

–¡Eso ha sido una estupidez, joder! –exclamó empujando la puerta y entrando–. Le dije que no...

Se calló de golpe.

Tras la sordidez y el estado de abandono del resto de la torre, aquella habitación fue toda una sorpresa. La luz del día entraba a raudales por las ventanas, y aparte de las abrazaderas de metal vacías que todavía estaban fijadas al suelo, no quedaba ni rastro de sus orígenes militares. Habían construido una cabina de vidrio contra una pared, donde un cartel despegado anunciaba un concierto de The Kinks en una fecha muy remota. Dentro de la cabina, había dos platos giradiscos muy antiguos montados en un escritorio, junto con un soporte de micrófono vacío.

Sabía que el fuerte había sido una emisora de radio pirata durante la década de los sesenta, pero alguien lo había estado usando recientemente. La habitación había sido decorada como un estudio. Habían cubierto el frío suelo de metal con una alfombra turca, y una mesa y sillas plegables rodeaban una estufa de gas portátil. También había un hornillo de camping de acero inoxidable, y alguien había improvisado un futón colocando un colchón doble inflable sobre unos palés de madera. Había otros toques domésticos: habían cubierto unos faroles a pilas con coloridas piezas de tela, y unos manoseados libros de bolsillo y botellas de vino vacías ocupaban una estantería hecha de ladrillos y tablones de madera. Encima de la cama, un cartel impreso en ordenador con un texto de color carmesí que declaraba: «Si no estás viviendo tu vida, ya estás muerto».

Pero en la estancia seguía reinando una sensación de abandono. El húmedo aire salino había encorvado las cubiertas de los libros, y una erupción negra de moho salpicaba el edredón arrugado de la cama. El colchón se había desinflado en su mayor parte, por lo que se hundía desfallecido sobre los palés.

–Hogar, dulce hogar –dijo Rachel en voz baja.

Lundy miraba a su alrededor, asimilándolo todo.

–¿Ha tocado algo?

Ella negó con la cabeza con las manos metidas en los bolsillos.

–No. Eche un vistazo por la ventana.

La lluvia repiqueteaba con un sonido metálico en las paredes de metal, y me pareció percibir el balanceo de la torre, a merced del viento, cuando Lundy y yo nos acercamos a la ventana. El cristal estaba mucho más limpio que el resto, pero ya estaba cubierto por una nueva capa de sal. Aunque no bastaba para oscurecer la vista de la casa de Leo Villiers, justo delante de nosotros a través del mar abierto.

–Aquí es desde donde Emma sacó las fotografías –dijo Rachel.

Sin responder, Lundy se acercó al colchón desinflado lánguidamente sobre las plataformas de madera. Examinó el edredón enmohecido antes de olisquear los cigarrillos de liar aplastados en un platillo en la estantería improvisada.

–¿Su hermana fumaba porros?

–No, no fumaba. Odiaba el tabaco.

Lundy se enderezó.

–Bueno, pues a alguien le gustaba fumar porros.

–Ese debía de ser Mark Chapel. Emma me dijo que consumía marihuana. – Rachel negó con la cabeza, enfadada–. Todo este sitio es tan... típico de él. Ponerse a acampar en un lugar como este, en una antigua emisora de radio pirata. ¡Y ese estúpido letrero! ¡Dios, es como si le estuviera oyendo ahora mismo!

Señaló con furia al eslogan impreso y colgado sobre la cama. Pero la atención de Lundy se centró en otra cosa: le crujieron las rodillas cuando se inclinó para examinar un objeto en el suelo.

–¿Qué es? –pregunté.

–Parece la tapa de un objetivo –dijo sin tocarla–. Olympus.

–Es la misma marca que la cámara de Emma –señaló Rachel–. ¡Dios, le daría una bofetada! ¿En qué estaría pensando?

El inspector había empezado a levantarse, pero luego pareció fijarse en algo más. Seguí su mirada y vi unas salpicaduras secas en el suelo. No eran del todo obvias en el metal oxidado, y a primera vista podrían haber sido manchas de

vino o de café.

Pero, por la expresión en el rostro de Lundy, vi que no lo eran.

–Oh, Dios..., ¿eso de ahí es sangre? –exclamó Rachel.

Lundy se puso en pie rígidamente mientras otra ráfaga de viento azotaba la torre.

–Aquí ya hemos terminado. Vayámonos antes de...

Un repentino estruendo resonó en toda la torre. Procedía de debajo de nosotros, de algún lugar en el nivel inferior. Nos quedamos paralizados mientras retumbaba en toda la estructura de acero hasta extinguirse por completo, lentamente.

Lundy se volvió hacia mí.

–¿Calzó usted la puerta?

No lo dijo en un susurro exactamente, pero sí en voz baja. Asentí. Recordé el peso sólido de la puerta de acero, lo rígidas y reacias que se habían mostrado las bisagras cuando la forcé contra la pared.

–Tal vez se ha soltado... –Rachel habló en voz baja también.

Ni Lundy ni yo respondimos. Era demasiado pesada para que se hubiera movido ella sola, y habría sido necesario un viento más fuerte para desplazarla. El silencio dentro del fuerte pareció ganar peso. El inspector tomó aliento, como reafirmandose en algo para sí.

–Esperen aquí.

Se dirigió a la puerta y yo lo seguí.

–Iré con usted.

–No, no lo hará. Cierre la puerta y manténgala cerrada hasta que yo regrese.

Salió antes de que pudiera hacer ninguna objeción. Moviéndose con delicadeza para ser un hombre tan voluminoso, tiró de la puerta detrás de él, cerrándola con un ruido sordo.

Fuera, sus pasos se extinguieron. En el silencio que siguió, Rachel se abrazó a sí misma.

–Todavía es posible que solo sea el viento. Si la puerta está abierta, podría haber entrado algo.

Era posible. Definitivamente, el viento era cada vez más fuerte, y sus gemidos graves acompañaban el estruendo de las olas que rompían contra las patas huecas de la torre. Tal vez no había calzado la puerta tan firmemente como yo creía. De repente, me parecía ridículo estar allí escondido mientras Lundy revisaba los pasillos vacíos él solo.

–¿Qué haces? –preguntó Rachel cuando me vio dirigirme hacia la puerta.

–Voy a ver dónde está Lundy.

–Dijo que esperásemos.

–Lo sé pero...

El estruendo de un estallido hizo añicos el silencio. El eco reverberó a través de las paredes de metal, mucho más fuerte que el ruido que lo había precedido. No había duda de que esta vez no era el viento, y era imposible no identificar su origen.

Era un disparo de escopeta.

Rachel me miraba con los ojos muy abiertos por la conmoción. A pesar de las instrucciones de Lundy, no habíamos echado el cerrojo de la puerta, y cuando el eco del disparo se extinguió, corrí a coger el tirador.

–¡No!

Se abalanzó delante de mí y echó el cerrojo superior antes de que pudiera detenerla.

–No vas a salir –dijo mirándome de espaldas a la puerta.

–Tengo que encontrar a Lundy...

–¿Y hacer qué? –Me miró asustada, pero decidida–. Eso era un arma, ¿qué crees que vas a hacer?

No tenía una respuesta. Evidentemente, yo también estaba asustado, pero no podía dejar a Lundy solo ahí. Extendí el brazo hacia ella.

–Ciérrala cuando salga.

–No, no seas...

De pronto, oímos la débil protesta del metal desengrasado a su espalda. Vimos como el tirador de la puerta se movía hacia abajo. La puerta se desplazó ligeramente, crujiendo mientras presionaba el pesado cerrojo que Rachel acababa de deslizar. Por puro acto reflejo, empecé a pronunciar el nombre de Lundy, pero murió en mis labios. Si hubiera sido el inspector quien estaba en el corredor, habría dicho algo.

Quienquiera que fuera, no era él.

Rachel retrocedió, acercándose a mí. Noté cómo se estremecía cuando algo golpeó contra la puerta. El cerrojo superior trastabilló, pero no se movió de su sitio, y cuando el tirador volvió a moverse, Rachel se abalanzó hacia delante y corrió también el cerrojo de abajo.

La puerta se estremeció al recibir un nuevo impacto, pero luego se quedó inmóvil. El silencio era insoportable. Rachel volvió la cabeza hacia mí para decir algo, y cuando lo hizo, la escopeta rugió de nuevo.

Toda la torre retumbó como una campana cuando la puerta se sacudió por la explosión. Apartándome, me incliné sobre Rachel cuando el ruido nos golpeó como un golpe físico a través de la estructura de metal. Convencido de que la puerta habría cedido, de que los viejos cerrojos no podían haber resistido el impacto, me arriesgué a mirar por encima de mi hombro.

La puerta de acero estaba intacta, con los cerrojos en su sitio.

Los oídos me zumbaban dolorosamente mientras el olor a azufre de la pólvora se colaba en la habitación. La cara de Rachel estaba pálida mientras mirábamos hacia la puerta, expectantes. No pasó nada. Todavía me zumbaban los oídos, pero ahora el martilleo sordo de mi corazón ahogaba los zumbidos.

–¿Se han ido? –susurró Rachel.

No respondí. Quienquiera que fuese, todavía podía estar esperando apostado allí fuera. Pero ahora el silencio parecía distinto, como si, al otro lado, el corredor estuviera vacío. Solo había una forma de averiguarlo.

Rachel trató de empujarme hacia atrás mientras descorría el cerrojo de arriba.

—¿Qué haces?

—No puedo dejar a Lundy.

Me dispuse a abrir el cerrojo de abajo. El borde de acero de la puerta estaba deformado hacia la mitad: habían dirigido el disparo hacia donde debería haber un solo cerrojo o una cerradura. Deslicé el último cerrojo hacia atrás, pero dejé un centímetro de la barra de metal aún en su sitio. Me detuve, aguzando el oído para detectar alguna señal de que todavía había alguien fuera, con la esperanza de que, si era así, mi acción lo hubiese engañado y lo empujara a delatar su presencia.

No pasó nada.

Me volví hacia Rachel.

—Prepárate para abrirlo, y luego ciérralo otra vez tan pronto como salga.

Ella negó con la cabeza con vehemencia.

—No, deberíamos...

—A la de tres —le dije.

Cerró los ojos y luego, de pronto, me abrazó.

—Ten cuidado.

Articulé las tres cifras con los labios y luego asentí. Cuando Rachel tiró del cerrojo, abrí la puerta de golpe y salí corriendo al pasillo.

Estaba vacío.

Una neblina azul llenaba el aire, y el hedor a pólvora era mucho más fuerte. Advertí que Rachel no había cerrado la puerta, sino que me había seguido, con los ojos muy abiertos mientras miraba hacia el pasillo.

Sacudió la cabeza.

–Voy contigo.

No había tiempo para discutir. Eché a andar hacia los escalones, tratando de avanzar con el máximo sigilo posible. A mitad del oscuro corredor, me detuve y me aseguré de que la puerta de acceso a la cubierta estuviera todavía con el cerrojo echado. Cuando lo hice, oí el sonido distante de un motor alejándose.

Una barca se alejaba de allí.

Sin embargo, cualquier posible sensación de alivio se vio reemplazada por un temor creciente.

–¿Lundy? –grité–. ¡Lundy!

El grito retumbó en el silencio, y luego oí algo: un sonido grave y ronco que provenía de los escalones. Eché a correr y lo vi.

Lundy estaba tendido en el suelo, a mitad de camino. Estaba tumbado de espaldas, con una pierna doblada en un ángulo antinatural debajo de él y los brazos a ambos lados del cuerpo. Toda la parte delantera estaba cubierta de sangre. Bajo la tenue luz, parecía como si tuviera algo en el estómago y el pecho; pero la visión pronto se materializó en forma de intestinos y costillas al descubierto.

Los escalones estaban resbaladizos por la sangre, que ya había empezado a coagularse en masas viscosas allí donde había caído goteando de un peldaño a otro. Percibí vagamente la presencia de Rachel a mi espalda mientras me arrodillaba junto al inspector en la estrecha escalera.

–¿Lundy? Bob, Bob, ¿puedes oírme?

Aún estaba vivo. Su pecho subía y bajaba lentamente, en un gran esfuerzo. El ruido que había oído antes era su respiración, asmática y trabajosa. Su expresión era de sorpresa y, de vez en cuando, los ojos azul aciano detrás de sus

gafas manchadas de sangre pestañeaban al levantar la mirada entre las sombras.

–Oh, Dios –exclamó Rachel–. ¡Oh, Dios, míralo!

Me quité el abrigo y lo enrollé para comprimir con él la atroz herida.

–Sal –le dije mientras presionaba el abrigo con ambas manos–. Busca cobertura y telefonea para pedir ayuda.

–¿No debería...?

–Hazlo. Ahora.

Sin dejar de comprimir, me aparté a un lado para dejarla pasar. Rachel trató de sortear la sangre de los escalones, pero había demasiada. Mientras pasaba, reparé en una huella en la masa coagulada que había más abajo.

Pero no perdí un minuto en darle vueltas a eso. Cambiando mi posición para aliviar los brazos, continué presionando la herida. Mi abrigo hecho jirones ya estaba empapado, y tenía las manos pegajosas de sangre. Esta manaba ahora más despacio, pero sabía que no era debido a la compresión que ejercía.

–Está bien, Bob –le dije tratando de hablar con calma y en un tono de voz tranquilizador–. Rachel ha ido en busca de ayuda, así que lo único que tienes que hacer ahora es esperar hasta que llegue. Solo quiero que te mantengas despierto y te concentres en mi voz, ¿de acuerdo? ¿Puedes hacer eso, Bob?

Lundy no respondió. Permanecía con la mirada fija hacia arriba mientras su pecho subía y bajaba lentamente. Seguí hablando. Le hablé de su esposa, de su hija, de su nieta, la hablé de la fiesta de cumpleaños de la niña y de cualquier cosa que me viniera a la cabeza. No sabía si podía oírme, pero le hablé, porque sentía que debía hacerlo y porque no había nada más que pudiera hacer por él. Seguí hablando cuando Rachel regresó y se quedó en silencio al pie de la escalera, y seguí hablando todavía cuando el voluminoso pecho dejó de moverse y la respiración trabajosa enmudeció, aunque para entonces sabía que estaba hablando conmigo mismo.

La lluvia caía por el borde de la torre del fuerte marino en ondulantes cortinas de plata. De vez en cuando, una ráfaga de viento soplabla con fuerza una capa de lluvia hacia la zona inferior y oscura, un frío chorro que empapaba los cuellos y las mangas, calándonos hasta los huesos.

El banco de arena que se había formado alrededor de la torre había quedado expuesto por la marea baja, revelando una isla lisa y marrón junto a una de las patas. Albergue de algas marinas y cadáveres oxidados de latas, había sido colonizada por docenas de pequeños cangrejos de color claro. Habían salido con cautela a la luz del día, enarbolando las pinzas en el aire mientras emprendían carreras vertiginosas que dejaban marcas en la arena mojada.

Los observé desde el borde de la plataforma de amarre debajo de la torre. La marea había empezado a subir, y ahora los cangrejos desaparecían mientras el mar reclamaba de nuevo para sí el banco de arena. Lamentaría tener que despedirme de ellos. Verlos había sido una distracción muy bienvenida del hervidero de actividad en el que bullía mi cabeza. Llevaba una manta alrededor de los hombros, sustituto improvisado del abrigo que había dejado dentro de la torre. La lancha de la unidad de actividades subacuáticas estaba amarrada a la plataforma, al lado de la barca más pequeña en la que había llegado con Rachel y Lundy, balanceándose sobre las olas. Había otra embarcación a motor más grande anclada en aguas más profundas, más alejada, remontando el oleaje más pesado.

Mientras esperábamos en el exterior de la torre a que llegaran los servicios de emergencia, Rachel se había enjugado las lágrimas de la cara.

–Es culpa mía. Él ni siquiera quería venir.

Le dije que de nada servía echarse la culpa, que no había forma de prever nada de esto. Dudaba que mis palabras surtieran efecto. El impacto de lo sucedido era sobrecogedor. Yo también me sentía inútil e impotente, incapaz

incluso de abrazarla. Todavía llevaba la sangre de Lundy incrustada en los brazos, fría y pegajosa, pero no podía lavármela antes de que llegara la policía. Tendrían que examinarnos las manos en busca de residuos de pólvora para descartarnos como sospechosos, de modo que ahí me quedé mientras la sangre se secaba sobre mi cuerpo.

Una lancha rápida guardacostas fue la primera en llegar, con auxiliares sanitarios que habían subido las escaleras a toda prisa para asistir a Lundy. La urgencia contrastaba con la forma en que habían reaparecido poco después, con las manos vacías y el gesto de la derrota. Nos habían ofrecido mantas y café caliente mientras esperábamos a la policía. La unidad de actividades subacuáticas había llegado después, unos rostros vagamente familiares, que reconocí de la operación de recuperación del cadáver en el estuario. Les había seguido un barco de la policía más grande, del que desfiló lo que parecía una sucesión interminable de agentes de la científica y personal especializado en la escena del crimen. O quizá eran los mismos que iban y venían.

No llevaba la cuenta.

Habían acompañado a Rachel para interrogarla y hacer que prestara declaración formal. Aunque no había pedido quedarme, nadie me sugirió que me fuera. Me imaginaba por qué, así que esperé en la plataforma, intentando no ser un obstáculo mientras observaba a los ajetreados cangrejos. Fue un alivio cuando un miembro del equipo forense se acercó a tomarme muestras de las manos y pude por fin limpiarme la sangre de Lundy. Me acuclillé en la plataforma y hundí los brazos en el mar, frotándome la costra reseca y dejando que el agua salada se la llevara.

Era ya media tarde cuando la lancha guardacostas regresó con más pasajeros. Se detuvo con un golpe junto a la plataforma; me di media vuelta y esperé a que la inspectora Clarke y Frears bajaran de ella. Ambos llevaban monos de trabajo, y el rostro de la inspectora era sombrío. Ella me miró mientras aceptaba la ayuda que le ofrecía uno de los policías para bajarse de la lancha, pero se fue directamente a la escalera sin decir una palabra. Detrás de ella, el patólogo apareció con una actitud inusitadamente solemne mientras trepaba a la plataforma. Me vio y se detuvo, dudando.

–Hunter... Me alegro de que estés bien. –Levantó la vista hacia la torre, sacudiendo la cabeza–. Menuda mierda...

Asentí. Lo era.

Una maldita mierda.

Volví a concentrarme en los cangrejos del banco de arena menguante. Solo quedaban unos cuantos en la superficie cuando la primera gaviota los encontró. A los pocos minutos, varias gaviotas más se habían sumado a la primera, y sus chillidos resonaban bajo la torre. Todavía estaba observando la naturaleza seguir su curso cuando oí que alguien bajaba por la escalera. Esperé hasta que unos pasos se acercaron por detrás de mí y luego me volví y me encontré con Clarke.

Los ojos claros de la inspectora estaban enrojecidos, y los mechones de pelo pelirrojo estaban aún más despeinados que de costumbre. Le temblaba la voz al hablar, pero lo atribuí a la rabia contenida.

–¿Qué diablos ha ocurrido?

Lo expliqué una vez más, aunque sabía que ella ya habría sido informada. No me interrumpió, pero comprimí la boca en una línea cada vez más prieta.

–Dios... –exclamó cuando terminé–. ¡Joder! ¡Por el amor de Dios...! ¿De quién fue la idea?

–Mía.

Era evidente que no me creía. O tal vez ya lo sabía: Rachel no se habría ahorrado detalles en su declaración. Pero no pensaba señalar a nadie. Nadie había obligado a Lundy a venir. Ni a mí, de hecho.

Clarke me miró con dureza y luego contempló las olas a través de la cortina de lluvia. Un díscolo mechón pelirrojo se agitó inadvertidamente en el viento.

–¿Y no vio quién era? ¿Nada en absoluto?

–Por el motor, parecía una embarcación pequeña, pero eso es todo cuanto puedo decirle.

Suspiró, apartándose con impaciencia el mechón de pelo desordenado de su cara.

–Dios, qué desastre...

–¿Qué hay de las pruebas forenses? –pregunté–. ¿Se sabe algo de la huella?

–No mucho. Es solo una huella parcial, y no hay un patrón único ni ninguna marca de identificación. No parece desgastada, por lo que probablemente sea un zapato de suela lisa. La mayoría de las superficies están demasiado oxidadas para obtener huellas dactilares, pero hemos encontrado dos huellas distintas en la habitación y cinco en la escalera de aluminio. Damos por supuesto que tres de ellas serán de usted, Rachel Derby y... y el inspector Lundy. Todavía no sabemos nada de las otras dos, pero no son recientes. Si tenemos razón sobre qué era lo que habían montado aquí, creo que descubriremos que pertenecen a Emma Derby y Mark Chapel.

Yo también pensaba lo mismo. Las grasas naturales en las huellas dactilares más antiguas se habrían secado por la exposición a la intemperie y el aire salado. Tendrían que tomarnos las huellas dactilares para excluir las que habíamos dejado tanto yo, como Rachel y Lundy. Pero si las cinco huellas que había encontrado la policía podían ser identificadas, eso significaba que quienquiera que hubiera subido a la torre para disparar a Lundy llevaba guantes.

Igual que el asesino de Stacey Coker.

–El asesino sabía que estábamos aquí –dije.

–¿El asesino? Creía que no había visto si era un hombre o una mujer.

Reprimí una réplica cargada de furia. Pero ella tenía razón, y sabía perfectamente que no debía hacer elucubraciones.

–Bien, entonces, quienquiera que sea, sabía que estábamos aquí.

–Eso no lo sabemos.

–¿Y por qué otra razón habría venido? Todo indica que hacía meses que nadie había estado en el interior de la torre, y no puede ser casualidad que se presentara al mismo tiempo que nosotros. No con una escopeta.

–Entonces ¿qué trata de decirme? ¿Que alguien le avisó?

La única persona que le había dicho a alguien que íbamos a ir al fuerte marino era Lundy. Llamó para informar a su equipo, pero no podía creer que uno de sus colegas le hubiese tendido una trampa para asesinarlo.

–O puede que estuvieran vigilando el fuerte, no sé. Simplemente, no creo que se trate de una coincidencia.

–A mí tampoco me gusta nada –dijo Clarke con rotundidad–. Pero la alternativa es que alguien vino hasta aquí para ejecutar deliberadamente a un inspector de policía. Y a dos civiles, si tenía oportunidad. ¿Qué ganaría con eso?

–Evitar que se supiese lo que había dentro.

–Como si dispararle a un oficial de policía realmente pudiese impedirlo...

Su voz estaba cargada de desprecio, pero tenía razón. Incluso si el asesino de Lundy hubiera logrado matarnos a los tres, la policía habría efectuado un registro de la torre como parte del procedimiento rutinario cuando Lundy no se hubiese presentado a trabajar. Matarlo de un disparo solo había agravado la situación.

–No he dicho que tuviera sentido –dije con cansancio–, pero nuestra barca estaba amarrada fuera, así que era obvio que había alguien. Si la intención no era matarnos, ¿por qué entrar en la torre?

–No lo sé, doctor Hunter, ¿de acuerdo? ¡Si lo supiera, estaría mucho más cerca de atrapar a ese cabrón! –Clarke se masajeó las sienes y tardó unos segundos en recobrar la serenidad–. Escuche, sabemos que alguien guardaba municiones y probablemente una escopeta en la casa de Edgar Holloway. Tal vez buscaba otro escondite ahora que ya no dispone de uno y le entró el pánico cuando se dio cuenta de que había alguien aquí.

Recordé los persistentes intentos de abrir la puerta cerrada con cerrojos. Eso no me parecía propio de alguien presa del pánico, pero no tenía sentido insistir en ello. Clarke no tenía más respuestas que yo.

–¿Qué hay de la mancha en el suelo? –pregunté–. ¿Es sangre?

Una ráfaga de viento descargó sobre nosotros una nueva cortina de agua, bajo la torre. Ella no pareció darse cuenta.

–Creemos que sí, pero dudo que nos diga mucho. Probablemente sea de Emma Derby o de Mark Chapel, pero entre el óxido y el aire salado tendremos suerte si podemos decir a quién de los dos pertenece.

–Creo que es de Mark Chapel.

Clarke me miró.

–Le escucho.

Había tenido tiempo de sobra para darle vueltas al asunto mientras observaba a los cangrejos. Era mejor eso que pensar en Lundy tendido en la torre.

–¿Sabe que es muy probable que sea su cadáver el que encontramos en el alambre de espino?

–He sido informada, sí –dijo con irritación–. Siga.

–Alguien lo golpeó en la cara con fuerza suficiente como para que un fragmento de hueso se le clavara en el cerebro. Una lesión como esa le habría destrozado la nariz. Habría sangrado. Quizá no mucho si murió de inmediato, pero lo suficiente para explicar la mancha de sangre.

–¿Está diciendo que fue aquí donde lo asesinaron? Eso es deducir muchas cosas a partir de una mancha de sangre.

–No, si tenemos en cuenta las múltiples fracturas que presentaba el cuerpo de Chapel: eran del tipo que cabría esperar de una caída, y tenía una cadera arrancada literalmente de su sitio. Eso requeriría una enorme cantidad de fuerza. No entendía cómo podría haber sucedido hasta que vine aquí.

Indiqué la disposición similar a un andamio de escaleras en combinación con pasarelas que descendían desde la entrada de la torre.

–Eso es lo suficientemente alto como para hacerlo posible –continué–. La forma más fácil de bajar su cuerpo desde la torre y meterlo en una barca sería soltándolo desde lo alto. Debió de haber chocado contra la escalera al caer, y si

un pie le hubiera quedado atrapado entre los peldaños, el impulso le habría roto los huesos y le habría dislocado la cadera.

Una caída de esa consideración también explicaría por qué las vértebras cervicales de Chapel estaban rotas mientras que, salvo por las lesiones faciales, el cráneo había permanecido intacto. Al igual que las extremidades, la cabeza habría sido retorcida y sacudida como la de un muñeco de trapo durante el descenso, con fuerza suficiente para que se rompiera el cuello. Desde esa altura, el cráneo podría haberse fracturado también fácilmente, pero mi suposición era que o bien la pierna había frenado la caída al quedar enganchada en un peldaño, o bien la cabeza había estado amortiguada por un brazo al golpear contra la plataforma de acero.

Permanecí en silencio mientras Clarke fruncía el ceño, pensando en lo que acababa de decirle. Al principio me había intrigado por qué alguien llevaría un cuerpo hasta las Backwaters en lugar de arrojarlo al mar, pero no era difícil seguir el razonamiento: estando tan cerca de la costa habría muchas posibilidades de que las olas lo hubiesen empujado a una orilla y hubiese acabado en alguna playa de la costa. Lastrarlo era otra opción, pero pese a la abundante sedimentación del mar en toda aquella zona, no había ninguna garantía de que la bajamar no fuese a dejarlo expuesto.

En las Backwaters, en cambio, había muchas posibilidades de que nunca llegaran a encontrar el cuerpo, e incluso aunque lo hallasen, no habría ninguna razón para relacionarlo con el fuerte marino. Aunque no hubiera sido posible eliminar todos los rastros de que la torre estaba habitada, en cuanto se hubiese eliminado cualquier objeto que posibilitase una identificación –con la excepción de una tapa de objetivo olvidada y una pequeña mancha en el suelo oxidado–, la torre se convertía en un lugar abandonado en vez de en una escena del crimen. No habría ninguna razón para pensar que Emma Derby y Mark Chapel habían estado allí alguna vez.

Y nada que relacionase a Leo Villiers.

Miré al otro lado del mar, hacia la casa en el promontorio. Desde allí, parecía haber encogido en comparación con la vista desde la ventana de la torre, emborronada por el agua del mar y la lluvia.

–Estaban chantajeando a Villiers, ¿no es así? –dije.

Si no hubiese estado tan agotado, podría haberme dado cuenta de que había algo extraño en el súbito silencio de Clarke.

–¿Por qué dice eso?

Estaba demasiado cansado para más juegucitos.

–¿Qué otro motivo podría haber? Si solo buscaban un lugar donde verse, podrían haber usado el cobertizo. No hacía falta salir en barca nada menos que hasta un fuerte marino abandonado. De acuerdo, admito que a Chapel le gustase toda esa historia de la radio pirata, pero ¿tanto como para ponerse a vivir aquí? ¿Y justo enfrente de la casa de Leo Villiers? No hacían todo esto solo por diversión. Lo estaban espiondo.

Era la única explicación que tenía sentido. Las fotografías con teleobjetivo que había sacado Emma Derby, incluso la cámara de vídeo que Chapel había robado de su trabajo, todo apuntaba en una misma dirección. La pareja había utilizado el fuerte marino como escondite, desde donde vigilaban la casa de Villiers para poder observarlo desde lejos. Y los había matado por eso.

El rostro de Clarke era inescrutable.

–¿Qué podrían haber visto por lo que mereciese la pena chantajearlo?

Ahí era donde mi razonamiento hacía aguas. Con ambiciones políticas o no, Villiers no parecía un candidato natural para el chantaje. Casi parecía cultivar deliberadamente una mala reputación, haciendo alarde de sus indiscreciones en lugar de avergonzarse de ellas.

–No lo sé –admití–. Habría destruido todas las fotografías o imágenes que tenían en sus cámaras. Y todas las copias de seguridad se habrían perdido en el robo.

–¿Robo?

Era obvio que aquello era nuevo para ella. Aunque lo cierto es que probablemente no se informaba a una inspectora jefa sobre los pequeños robos en la zona.

–A los Trask les robaron todos los ordenadores. No solo a ellos, hubo una oleada de robos por las mismas fechas.

–¿Y cuándo fue eso? –preguntó bruscamente.

–No mucho después de que Emma Derby desapareciera –dije notando que la fatiga que había estado embotándome el cerebro empezaba a remitir –. ¿Cree que fue por eso por lo que les entraron a robar? ¿Los otros robos solamente fueron una cortina de humo?

Clarke ignoró la pregunta.

–¿Tenía ella más copias de seguridad?

–No, que yo sepa. Rachel, su hermana, me dijo que no tenían la contraseña de ninguna cuenta de almacenamiento en la nube.

Y si Emma hubiese imprimido copias, no las habría dejado en casa, donde su marido pudiera encontrarlas. Con toda probabilidad, habrían estado con Chapel en el fuerte marino, de donde Villiers se las habría llevado, junto con las cámaras.

Evidentemente, Clarke pensaba lo mismo.

–Mierda.

Hasta entonces había estado como entumecido. Desde el disparo a Lundy me había sentido atrapado en una burbuja, viendo cómo se desarrollaban los acontecimientos a mi alrededor sin sentirme parte de ellos. Ahora la burbuja acababa de estallar.

–No puede seguir manteniendo esto en secreto por más tiempo –dije con voz áspera–. La gente tiene que saber que Villiers está vivo.

Clarke miró hacia el mar azotado por el viento.

–No es tan simple.

–¿Por qué? Dios, ¿qué más tiene que hacer Villiers? –No me importaba lo poderoso que fuera sir Stephen, ni siquiera él podía silenciar aquello por más tiempo–. Ya no se trata únicamente de Emma Derby. ¡Ha asesinado a tres, no, a

otras cuatro personas, que nosotros sepamos! ¡Disparó a un inspector de policía, por el amor de Dios!

–¿Cree que necesito que me lo recuerde? –replicó Clarke. Nuestras voces airadas atrajeron las miradas de dos agentes de la policía científica en la pasarela superior–. ¡Hace quince años que conozco a Bob Lundy! Fui al bautizo de su nieta, así que ¡no piense ni por un minuto que no voy remover cielo y tierra hasta encontrar al cabrón que le disparó! Pero no fue Leo Villiers.

La miré fijamente. En ese momento recordé la llamada telefónica que Lundy había recibido antes, cuando había dicho que teníamos que regresar. «Lo hemos enfocado todo al revés. Todo. Desde el principio.»

–¿Cómo lo sabe? –pregunté; mi ira perdía fuelle.

Clarke me miró fijamente un momento y luego se alejó sacudiendo la cabeza en un gesto de frustración.

–Porque ha estado bajo custodia en la jefatura toda la mañana.

A última hora de la mañana, una mujer había empujado las pesadas puertas de cristal y había entrado en el edificio de la jefatura de policía. El joven agente sentado detrás del mostrador estaba hablando por teléfono. Echó un vistazo a la recién llegada, advirtiéndole, tras un examen visual no del todo profesional, que era una mujer atractiva e iba bien vestida, mientras gesticulaba dándole a entender que no tardaría en atenderla. La mujer esperó pacientemente, pero a medida que se prolongaba la llamada, el agente detectó en ella signos de nerviosismo. Y de impaciencia. Con una mano agarraba firmemente la correa del hombro de su bolso de Hermès mientras, con los alargados dedos de la otra, se golpeteaba el brazo a ritmo de *staccato*.

Al fin, el joven agente colgó el teléfono y se volvió hacia ella. La mujer era verdaderamente deslumbrante. En la treintena, con la estatura de una modelo, el pelo espeso y casi negro y una buena estructura ósea. Su ropa era de corte elegante, y obviamente, cara, y aunque no sabía qué perfume llevaba, el agente decidió que le gustaba. Se apoyó en el mostrador, exhibiendo su mejor sonrisa mientras le preguntaba en qué podía ayudarla.

La voz de la mujer fue una sorpresa, baja y melosa. Y vacilante. Le dijo que quería hablar con la inspectora jefa Clarke o con el inspector Lundy. Solo con uno de los dos, con nadie más, dijo, con cierta vehemencia. Cuando él le solicitó más información, ella rehusó dársela, repitiendo que solo hablaría con Lundy o con Clarke. Esta vez no fue una simple petición, y la sonrisa del agente se atenuó. Dejó de apoyarse en el mostrador.

Se dio cuenta de que había algo en ella que le resultaba vagamente familiar. Parapetándose detrás de la formalidad habitual de su escritorio, tomó un bolígrafo y le preguntó su nombre. Cuando se lo dijo, pensó que debía de haberlo entendido mal. Le pidió que lo repitiera, y esta vez no hubo ningún error. El joven agente se la quedó mirando boquiabierto. Luego cogió el teléfono.

Lundy no estaba disponible. Iba de camino a las Backwaters para reunirse conmigo, y aún pasaría algún tiempo antes de que le llegara el mensaje. Pero por suerte Clarke ya estaba en la jefatura, preparándose para lo que prometía ser una ardua reunión presupuestaria. Con la cabeza en otra parte y ya de mal humor, cuando un sargento le dijo que había alguien preguntando por ella en el mostrador de la planta baja, su respuesta fue típicamente brusca. Luego le dijo el nombre de la visitante.

Clarke canceló la reunión.

En la sala de observación, Clarke miró el monitor que mostraba a la mujer sentada en la otra habitación, una persona que aunque trataba de aparentar tranquilidad, su comportamiento la delataba. Tamborileaba con los dedos, removiéndose incómoda en la silla mientras miraba con inquietud a la cámara de vídeo. A esas alturas la noticia ya había corrido como la pólvora y otros policías se habían apiñado en la sala de observación para verlo con sus propios ojos. Que alguien supuestamente muerto entrara por su propio pie en la comisaría de policía no era algo que pasara todos los días, y mucho menos así. Tras recuperarse de su propia conmoción, Clarke ordenó a todos que salieran, salvo a aquellos directamente involucrados en la investigación. Luego, se tomó unos minutos para serenarse, irguió los hombros y se dirigió a la sala de interrogatorios.

La mujer de cabello oscuro levantó la vista cautelosamente cuando la inspectora entró. Ya se habían visto antes, aunque Clarke no habría reconocido a la persona que tenía sentada frente a ella. Ni en un millón de años. Ahora que sabía quién era, no obstante, tenía muy claro qué debía buscar. Aun así, había que abordar las formalidades.

La mujer levantó la barbilla cuando Clarke le preguntó quién era. Había una mezcla de nerviosismo y desafío en sus ojos cuando sostuvo la mirada de la inspectora.

–Me llamo Lena Merchant –dijo–. Pero antes mi nombre era Leo Villiers.

El frío y la lluvia quedaron en un segundo plano, olvidados, mientras miraba a Clarke.

–¿Es una broma?

Sabía que era una estupidez decir aquello, pero no salía de mi asombro. Hasta la propia inspectora parecía tener dificultades para aceptarlo.

–No, no es ninguna broma. Villiers es transexual. O transgénero, para ser más exactos. Ese es el gran secreto que ha estado ocultando. Aún no se ha sometido al procedimiento quirúrgico, pero está en «transición», creo que se llama. Él, o ahora ella, supongo, ha pasado las últimas semanas en una clínica privada en Sussex. Una especie de retiro para personas con problemas de identidad de género que desean intimidad y espacio. Para quienes se lo pueden permitir, claro está –añadió con un atisbo de su mordacidad habitual.

Yo estaba haciendo un gran esfuerzo por asimilar aquello.

–¿Es ahí donde ha estado todo este tiempo? ¿Desde que desapareció?

–Eso parece. Había roto cualquier contacto con el exterior, por lo que no tenía ni idea de lo que pasaba. Ya estaba allí cuando desapareció Emma Derby, por eso no proporcionó ninguna coartada. No podía admitir dónde había estado sin revelar que era transgénero, y no estaba preparado para eso en aquel momento. No creo que tuviera la intención de hacerlo público de ese modo, pero ayer vio un informativo y se enteró de que supuestamente habían encontrado su cadáver en el estuario.

Dios... Lundy había tenido razón con lo de que Villiers ocultaba algo. Simplemente no era lo que todos pensaban.

–¿Le cree? –pregunté no del todo convencido, incluso ahora.

Unos mechones de pelo pelirrojo le azotaron las mejillas mientras Clarke meditaba mi pregunta.

–Aún tenemos que comprobarlo, pero sí, le creo. La clínica sostiene su historia, y ha accedido a que tengamos acceso a su historial médico. No es de extrañar que su padre no quisiera autorizarlo. Todo está ahí, varios años de historial médico. Villiers acudió a un psiquiatra después de un intento fallido de suicidio, y se supo que siempre había sentido que era una mujer, pero que no

quería admitirlo. Ni siquiera a sí mismo, de lo que, dado su entorno familiar, no creo que se le pueda culpar. Eso no altera en nada el hecho de que era un mierda, pero empieza a explicar por qué.

Lo explicaba. Había tenido pacientes transgénero cuando era médico de familia. El hecho de que alguien pudiera nacer con una identidad que no coincidía con su sexo biológico era muy conocido desde el punto de vista médico, pero la sociedad era más lenta en aceptar a cualquiera al que percibiera como diferente. Aunque ahora hay más concienciación al respecto, algunas personas todavía eligen mantener su condición en secreto.

Sin embargo, aquello mostraba el comportamiento de Leo Villiers bajo una luz completamente nueva: no solo su carácter de mujeriego recalcitrante, que ahora parecía un desesperado intento de negación; de repente, tanto la afición a la bebida y la depresión, incluso su supuesta nota de suicidio, adquirieron una nueva relevancia. No había planeado acabar con su vida, solo cambiarla.

Tal como Lundy había dicho, todo era una cuestión de perspectiva.

Miré hacia la casa de la orilla a través de la borrosa cortina de lluvia.

—Por eso lo estaban chantajeando.

Clarke asintió.

—El año pasado le enviaron unas fotos. Alguien lo había fotografiado a través de las ventanas, maquillándose y poniéndose una peluca, probándose vestidos. En una carta anónima le decían que también tenían grabaciones de vídeo, y que lo colgarían todo en internet a menos que pagara medio millón en una semana.

—¿No sabía quién se lo enviaba?

—No, pero supuso que Emma Derby estaba involucrada. Era fotógrafa y había tenido acceso a su casa mientras se encargaba del diseño de interiores. Villiers tenía un vestidor donde guardaba su ropa de mujer, pero un día, mientras ella estaba allí, olvidó cerrarlo con llave. Cree que Derby debió de encontrarlo y

sumó dos y dos. Y ahora creo que estaba diciendo la verdad cuando negó haber tenido una aventura amorosa con ella. Al parecer, no porque ella no lo hubiese intentado, así que Derby tenía un motivo para querer hacerle daño.

Pensé en lo que Rachel me había contado acerca de su hermana, recordé el autorretrato cuidadosamente estudiado que había en el cobertizo. Emma Derby habría vivido como una derrota y una humillación el rechazo de Leo Villiers, y ello mostraba las escenas públicas y el ambiente glacial descritos por los testigos bajo una luz muy diferente. No era el final de una relación, sino el rechazo a empezarla.

—¿Qué hay de la mujer semidesnuda que la asistente vio en su dormitorio? — pregunté anticipando cuál iba a ser su respuesta.

—Ese era él. O, mejor dicho, ella. —Clarke negó con la cabeza—. Empezó a tener menos cuidado. Para entonces cada vez le costaba más mantener toda esa farsa, y cuando empezaron a chantajearlo, le entró el pánico. Él no tenía acceso a tanto dinero, así que, básicamente, escapó. Ingresó en la clínica para intentar decidir si quería hacer la transición o no. Al final, no se sintió preparado para asumir el compromiso y regresó a casa convencido de que ya se habría destapado toda la mierda. Lo cual, efectivamente, había sucedido, solo que no como él esperaba.

Dios, pensé, tratando de imaginármelo. Villiers había cambiado una pesadilla por otra. En lugar de hacer público su secreto, se había convertido en el principal sospechoso de la desaparición de Emma Derby. Y no podía probar su inocencia sin revelar su secreto. Por primera vez, sentí algo que no hubiera creído capaz de sentir por Leo Villiers.

Compasión.

—Entonces ¿por qué esperó Villiers tanto tiempo antes de volver a la clínica? —Todavía tardaría en acostumbrarme a pensar en él como en una mujer.

—Estaba hecho un lío —dijo Clarke sin más—. No tenía ni idea de qué era lo que estaba pasando, y de pronto, debía enfrentarse a todas esas preguntas y los dedos que lo señalaban. Bebía y tomaba tranquilizantes, y dice que de veras llegó a plantearse la opción del suicidio. Casi acertamos con respecto a eso, al menos. La gota que colmó el vaso fue cuando murió su perro.

–¿Su perro?

–Lo sé. –Clarke esbozó una sonrisa fría–. Lo tenía desde que era un cachorro, cuando a él lo echaron de la universidad, y al parecer era el único al que no le importaba quién o qué era. Cuando tuvieron que sacrificarlo, dijo que fue como si algo se le rompiera por dentro. Se quedó el tiempo suficiente para enterrarlo y luego simplemente se fue y lo dejó todo. Literalmente. Se subió a un tren y lo dejó todo atrás. Casa, coche, dinero..., todo. Dice que ya no quiere tener nada que ver con nada de eso.

Clarke parecía escéptica con respecto a eso, pero, en aquel nuevo contexto, la reacción de Villiers no parecía difícil de entender. A veces, en la vida lo único que hace falta es un pequeño empujón final para que todo se derrumbe por completo, y aunque nuestras circunstancias eran muy diferentes, no me resultó difícil imaginar que una vida pudiera volverse tan insoportable que la única forma de sobrevivir fuera alejarse de ella.

Yo mismo lo había hecho una vez.

Aun así, aunque aquello explicaba por qué no había habido movimientos en ninguna de las cuentas bancarias o las tarjetas de crédito de Villiers desde su desaparición, planteaba otra clase de pregunta.

–Si no estaba utilizando su propio dinero, ¿cómo pagó la clínica?

–Bueno, no es que esté sin blanca exactamente. –Clarke se apartó el mechón de pelo rebelde de la cara con irritación–. Su madre le dejó un fondo fiduciario con el que no se morirá de hambre. Merchant era su apellido de soltera, por lo que lo de desvincularse de su antigua vida obviamente no se refiere a eso. Lo único con lo que no quiere tener nada que ver es con todo lo relacionado con su padre.

Al recordar la actitud de sir Stephen, deduje que debía de ser un sentimiento mutuo. Pensé en su fría insistencia en que el cadáver encontrado en el estuario era el de su hijo. Lundy había dicho todo el tiempo que el padre de Villiers estaba ocultando algo, y ahora sabíamos qué era. «Mi hijo está muerto.»

Para sir Stephen, tal vez lo estaba.

–¿Sabe Villiers quién era el hombre que encontramos con su ropa? – pregunté.

Clarke asintió con cansancio.

–Por eso ha vuelto. Anthony Russell, exmodelo y bailarín de veintiséis años. Indonesio por parte de madre, trabajaba en un servicio de vestuario en Londres, donde los hombres y las mujeres *trans* se pueden probar la ropa en privado. Era otro de los secretos de Villiers. Por lo general, se veían en Londres, pero de vez en cuando venía a Willets Point. Usaba la misma talla que Villiers y solía tomar ropa prestada cuando se quedaba aquí. Salvo por los zapatos. Los pies de Russell eran más grandes.

«Y tenía los dedos en martillo», pensé. Era una anomalía muy común entre los bailarines. Le había dicho a Lundy que creía que el muerto podía haber sido de constitución atlética, pero no había establecido la conexión. Sentí cierto fastidio por mi error. Aun así, la ascendencia indonesia podía explicar la mezcla de las características del cráneo. Tal vez incluso la presencia de alguien merodeando por la casa de Willets Point según el jardinero. No era un ladrón o un refugiado, solo otra parte de la vida privada de Villiers que este quería mantener en secreto.

Entonces se me ocurrió algo más.

–¿Russell era daltónico? –pregunté pensando en el calcetín morado chillón en la zapatilla de deporte barata.

–No tengo ni idea. ¿Por qué?

–No importa.

Estaba demasiado cansado para explicárselo.

Clarke me lanzó una mirada extraña mientras continuaba hablando.

–Russell era la única persona que sabía que Villiers era transgénero, pero se pelearon cuando Villiers le confió que iba a someterse al proceso de transición médica. Al parecer, Russell tenía gustos caros y consumía drogas, por lo que la idea de un Villiers pobre y operado era mucho menos atractiva que uno rico sin salir del armario. Villiers acabó tirándole las llaves de su casa y marchándose,

diciéndole a Russell que cogiese lo que se le antojase si eso era lo único que le importaba. No esperaba que siguiera sus palabras al pie de la letra, pero cuando leyó la noticia sobre el cadáver, adivinó quién era.

–¿Villiers tiene alguna idea de quién podría haberlo matado?

–No, pero a Russell le gustaba jugar con sus escopetas. Disparaba a las botellas, a las gaviotas... Aunque Villiers no cree que fuera capaz de dispararse a sí mismo intencionadamente, cree que pudo hacerlo por accidente estando borracho o drogado.

–¿Es eso lo que piensa usted? –pregunté.

–Creo que, si hubiera sido así de simple, ya habríamos encontrado el arma. Y no considero, ni por asomo, que cualquier aspecto de este caso pueda ser accidental.

Los pasos de alguien bajando por la escalera nos hizo volvernos a los dos; era Frears. Incómodo con el voluminoso mono, el patólogo se agachó con torpeza antes de acercarse. Se encogió de hombros.

–Lo que cabría esperar –dijo sin rastro de su habitual ligereza–. Un único disparo de escopeta en el abdomen y en la parte inferior del pecho, traumatismo y hemorragia masivos. Todo indica que el autor del disparo lo sorprendió cuando bajaba, en medio de los escalones. Dispersión mínima, el disparo no pudo realizarse desde más de seis o siete metros de distancia. Los perdigones que hemos encontrado parecen de bismuto, probablemente del número cuatro o cinco. No son muy grandes, pero a esa distancia no habría mucha diferencia.

El cartucho de escopeta hallado en la casa de Edgar era del número 5, y de bismuto en lugar de plomo. Igual que los cartuchos de la casa de Leo Villiers.

–Si sirve de consuelo, dudo que fuera consciente de nada. –Frears lo decía casi como disculpándose–. Con una lesión así, su organismo entró en *shock* de inmediato. Francamente, me sorprende que su muerte no fuera instantánea.

Y como si se tratara de una señal, en ese momento empezó a generarse cierto grado de actividad por encima de nosotros. Nos quedamos en silencio mientras transportaban el cuerpo de Lundy desde el interior de la torre. Sujeta a

una camilla, desplazaron la bolsa para cadáveres a la pasarela superior. Luego, mientras un agente bajaba por la escalera para sujetarla y que no se moviera por el viento, la descendieron lentamente con una cuerda hasta la plataforma. Hice amago de ir a ayudar cuando llegaba abajo, pero la zona alrededor de la escalera ya estaba abarrotada de gente. Unas manos se alzaron para sujetar el peso mientras la camilla y su carga se depositaban en la plataforma.

Clarke observó, con los labios apretados, mientras transportaban el cuerpo de Lundy a la lancha.

—¿Qué sucederá ahora? —pregunté mientras Frears se dirigía hacia allí.

—¿Ahora? —repitió ella con aire sombrío—. Ahora iré a ver a Sandra Lundy. Luego seguiré interrogando a Leo Villiers, o a esa dichosa Lena Merchant, para averiguar qué más sabe. Se han dado por sentadas demasiadas cosas desde el comienzo de esta investigación, sobre todo respecto al papel de Emma Derby en todo esto. A fin de cuentas, aún no hemos hallado su cadáver, lo que empieza a crearme serias dudas. Y después de lo que ha pasado hoy, no pienso dar nada por sentado.

A medida que asimilaba el significado de sus palabras, sentí un escalofrío en la columna vertebral que no tenía nada que ver con el frío. Se había dado por sentado desde el principio que la esposa desaparecida de Trask era una víctima de Leo Villiers. Pero si habíamos estado tan equivocados, eso arrojaba dudas también sobre todo lo demás. Era la desaparición de Emma Derby la que lo había desencadenado todo, pero de todas las víctimas, su cadáver permanecía sospechosamente ausente.

¿Y si la hermana de Rachel era culpable de algo más que un chantaje?

—¿Qué quiere que haga yo? —pregunté.

Clarke desvió la mirada de la escena de la lancha.

—En cuanto preste declaración, podrá regresar a Londres.

—¿A Londres? —dije sorprendido—. Todavía tengo tareas pendientes en el depósito de cadáveres...

–Pueden esperar. Está demasiado involucrado. No puedo permitirme más complicaciones porque uno de mis asesores ha intimado con la familia de una de las víctimas. No después de esto.

–Pero aún puedo...

–No se lo estoy pidiendo, doctor Hunter –dijo Clarke con un tono de voz duro de repente. Suspiró–. Oiga, le agradezco su colaboración y sé que quiere ayudar a atrapar a quien ha hecho esto. Pero no puede. Debe dejar que nosotros nos encarguemos.

Estaba a punto de ponerme a discutir, pero entonces vi la tensión en su rostro y recordé a Lundy, y se me quitaron las ganas.

Asentí.

Ella echó a andar para alejarse, pero luego se volvió.

–Una cosa más. Hasta que sepamos qué está pasando, le agradecería que no viera a nadie más relacionado con esta investigación. Y cuando digo «nadie» quiero decir «nadie», ¿de acuerdo?

El pelo pelirrojo le fustigó el rostro mientras me miraba fijamente, asegurándose de que no hubiera malentendidos. Luego giró sobre sus talones y desfiló hacia la lancha.

Debajo de mí, en el banco de arena cada vez más pequeño, las gaviotas se peleaban entre chillidos por los últimos cangrejos.

El tiempo era horrible cuando me trasladaron a la costa en la lancha de la unidad de actividades subacuáticas. Las ráfagas de viento empujaban la lluvia en láminas casi horizontales, fundiéndola con las salpicaduras de las olas que levantaban la popa de la embarcación. La cabina abierta carecía de cualquier tipo de refugio, y estaba temblando a pesar de la chaqueta impermeable que me habían prestado. Era una prenda gruesa, pero el plástico amarillo brillante no tenía forro. Los agentes de la unidad de actividades subacuáticas se mostraban educadamente distantes, pero no me importaba. Yo tampoco estaba de humor para hablar.

El barco guardacostas más grande había llevado a Clarke y Frears un poco más abajo de la costa, donde había un puerto desde donde el cadáver de Lundy podía ser trasladado al depósito de cadáveres. La lancha volvía al muelle de la granja de ostras, donde se había instalado una unidad móvil de atestados. Remontando a golpes las olas y remolcada detrás de nosotros estaba la pequeña barca con la que Rachel, Lundy y yo habíamos llegado al fuerte marino.

Parecía que hacía una eternidad de aquello.

El cielo nublado ya estaba acelerando el día hacia un atardecer prematuro cuando la lancha chocó contra el muelle. Subí los mismos escalones que había subido la mañana que recuperamos el cuerpo de los Barrows. Tenía algo de ensoñación volver a caminar otra vez sobre el cemento encharcado cuando fui a prestar declaración al furgón de la policía. La agente que me atendía tuvo que repetir sus palabras más de una vez cuando mi atención empezaba a divagar.

–Lo siento, ¿qué? –pregunté percatándome de que me había perdido de nuevo.

–Le he preguntado si quiere ver a un médico. –La cara redonda de la joven mostraba su preocupación como profesional–. Podría encontrarse en estado de *shock*.

Tal vez tuviera razón, pero yo no necesitaba un médico. La única persona a la que quería ver era a Rachel, y aún no tenía ni idea de qué hacer al respecto. Ya deberían haberle dejado volver a casa, pero no creí que acudir a Creek House fuera una buena idea, aunque Clarke no me hubiera advertido expresamente que no lo hiciera.

Sin embargo, no me importaba la opinión de la inspectora, no pensaba irme de allí sin hablar con Rachel. Saqué el móvil cuando dejé el furgón, caminando al cobijo de la granja de ostras, tapiada con tablones, para buscar refugio de las inclemencias del tiempo mientras la llamaba. Cuando saltó el buzón de voz, dejé un mensaje para que me llamara y luego traté de pensar qué hacer a continuación.

El entumecimiento que había sentido antes se había apoderado de nuevo de mí. Sabía que Clarke se enfadaría porque había intentado ponerme en contacto con Rachel, pero me traía sin cuidado. Objetivamente, era consciente de que el

estado de suspensión en el que estaba era solo temporal, que únicamente era una cuestión de tiempo antes de que todo lo que había sucedido me alcanzara con toda su rotundidad. Sin embargo, por el momento, estaba funcionando en modo automático, centrándome solo en lo que tenía delante.

Cosa que, ahora mismo, se reducía a cómo llegar al cobertizo, donde había dejado el coche. Ninguno de los policías se había ofrecido a llevarme de vuelta, e incluso si lo hubiese querido, no iba a pedirselo en un momento como aquel. Pasé varios minutos de pie con la lluvia goteando por la capucha de plástico de la chaqueta prestada, mirando con gesto inexpresivo a través de la superficie resquebrajada del estuario, antes de darme cuenta de que tenía la respuesta justo delante de mis narices.

Uno de los oficiales de la unidad de actividades subacuáticas estaba a punto de soltar la pequeña barca de Trask de la lancha motora cuando me ofrecí a llevarla al cobertizo yo mismo, donde el dueño podría recogerla más fácilmente. Hubo una breve discusión por radio, pero la policía tenía que encargarse de asuntos más importantes que devolver una barca a su dueño.

–¿Está seguro de que podrá manejarla con este temporal? –preguntó el sargento de la unidad de actividades subacuáticas mientras miraba las olas salpicadas de blanco en el estuario.

–Solo voy al arroyo.

–Está bien, pero no se entretenga. –Eché un vistazo al cielo cambiante, con el agua chorreando de su impermeable amarillo–. Es una marea de primavera, y el clima empeorará antes de volver a mejorar. Nos han dicho que saquemos a todo el mundo del fuerte marino en la próxima hora, hayan terminado o no. No es aconsejable alejarse mucho con una barca.

Le dije que no lo haría, pero la verdad es que el tiempo no me importaba. Había navegado en muy malas condiciones cuando era más joven, y estaría navegando con la marea creciente en lugar de contra ella. El motor arrancó al segundo intento, y tan pronto como me alejé del muelle sentí que la corriente se apoderaba del rumbo. A pesar de que ya lo esperaba, casi me pilló fuera de juego. Forcejeé con la barca mientras intentaba alejarse de mí, luego hice girar la proa y enfilé hacia el estuario rumbo al arroyo.

Una vez salí, me resultó más fácil. El estuario estaba más embravecido que de costumbre, nunca lo había visto así, pero no tanto como para amenazar con volcar la pequeña embarcación. Me alegré de tener algo en que ocupar mi mente, y el ritmo gris de las olas era hipnótico. Balanceándome con el movimiento de la barca, me sorprendí pensando absolutamente en nada más que en la simple tarea de mantener el rumbo de la proa. Entonces una ola más grande chocó contra el casco de fibra de vidrio y me estremecí cuando sentí como si el estampido de la escopeta volviera a retumbar en mi cabeza otra vez.

Y así, en un brusco abrir y cerrar de ojos, el entumecimiento desapareció. Aspiré profundamente la salpicadura de agua y sal fría mientras el impacto de lo sucedido hacía mella en mí al fin. Era demasiado fuerte para poder asimilarlo todo. La revelación sobre Leo Villiers, el hecho de que me hubiesen apartado de la investigación y la incertidumbre sobre Rachel, todo se desvanecía al lado del asesinato de Lundy. El recuerdo de su muerte hizo que me sintiera como si me faltara el aire. No importaba lo que Clarke hubiera dicho, alguien había ido al fuerte marino con la intención de matar a todos los que estuvieran dentro; alguien que ya había asesinado a cuatro personas, al menos dos de ellas por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Y ahora que Leo Villiers ya había sido descartado, no teníamos idea de quién lo había hecho.

Ni por qué.

Absorto en mis pensamientos, a punto estuve de pasar de largo por delante de la entrada del arroyo. Cuando me di cuenta de que ya la tenía encima, maniobré rápidamente hacia allí, pero había calculado mal la fuerza de la marea. El motor rugió cuando accioné el acelerador, girando en un ángulo más agudo para compensar. Ahora las olas golpeaban contra el costado de la barca. Me agarré al asiento cuando una más grande chocó contra el casco, arrojando una cortina de agua helada por un lado y casi volcándola. Cuando la pequeña barca se estabilizó, miré alrededor y me di cuenta entonces de lo mucho que habían empeorado las condiciones. El estuario era una masa de olas embravecidas que ya casi lamían la parte superior de las orillas, y el nivel seguía creciendo. Había estado demasiado ensimismado para preocuparme por la advertencia del oficial de la unidad de actividades subacuáticas. Ya no podía seguir permitiéndome el lujo de ignorarla.

La boca del arroyo se desplazaba a una velocidad alarmante. Me iba a ser imposible alcanzarla, no sin exponer el costado de la embarcación al embate de las olas, y ya había estado a punto de volcar una vez. Me quité la espuma del agua de los ojos y viré la proa hasta volver a desplazarme con la marea. Para entonces ya había dejado atrás el arroyo, pero eso ya no había forma de remediarlo. Miré hacia atrás y traté de calcular el movimiento de las olas antes de poner el motor a todo gas y hacer un giro cerrado con la barca. La barca empezó a girar, zarandeándose mientras las olas golpeaban contra el costado, pero luego la proa dio la vuelta y la puse apuntando directamente hacia las olas, dirigiéndome de vuelta por el estuario hacia el arroyo.

Aquello implicaba luchar contra toda la fuerza de la marea y el viento. El motor rugía trabajosamente, y la barca apenas parecía avanzar al chocar con una ola tras otra. Durante unos minutos angustiosos, el arroyo parecía seguir igual de lejos, y pensé que no tendría más remedio que remontar el estuario o tratar de llegar a la orilla más cercana. Poco a poco, sin embargo, las hierbas que se zarandeaban en la boca del arroyo estaban cada vez más cerca, hasta que por fin estuve bajo su relativo cobijo.

Allí el oleaje aún era muy fuerte pero no tan violento como en la parte más expuesta del estuario. Saboreé la sal mientras me limpiaba las gotas de lluvia y de agua salada de la cara, relajando la presión sobre las palancas mientras la marea conducía la barca hacia las Backwaters. Ahora que ya no era tan complicado mantener el rumbo, percibía muy bien el nivel anormalmente alto del agua. El arroyo crecido ya estaba llegando a las partes más bajas de sus riberas, extendiéndose a los campos circundantes. Y la marea no había alcanzado su punto máximo todavía.

Pese a que sabía que en aquella parte del país las inundaciones se producían con cierta frecuencia y que había visto pruebas de ello en las marcas de agua que quedaban en los árboles y en los edificios, hasta entonces no había pensado en lo rápidamente que podía inundarse todo. El tiempo ni siquiera era especialmente malo: en comparación con una tormenta atlántica en la que me había visto atrapado una vez en las Hébridas Exteriores, aquello era poco más que una borrasca. Sin embargo, las islas Hébridas eran fortalezas inexpugnables de acantilado y roca. Allí, en cambio, las tierras bajas estaban a merced de los caprichos del mar, eran vulnerables y se dejaban conquistar fácilmente.

Como ahora. Apenas reconocía el paisaje a mi alrededor mientras manejaba la pequeña barca por el arroyo. Los montículos arenosos se habían convertido en islas en miniatura, y los juncos y las hierbas de tallos largos brotaban de la superficie agitada del agua. Además, estaba oscureciendo, pues la poca luz del día que quedaba se veía ofuscada por las pesadas nubes encapotadas de lluvia.

Pero no me quedaba mucho más trecho por recorrer. Aún no sabía lo que haría cuando regresase al cobertizo y, como si fuese consecuencia de esa idea precisamente, en ese momento sonó el teléfono. Apagué el motor y dejé que la marea me arrastrara mientras lo sacaba del bolsillo.

Era Rachel.

–Recibí tu mensaje –dijo con la voz entrecortada por la mala cobertura.

–Quería saber cómo estabas. ¿Has vuelto a casa?

–Sí. Cogí un taxi después de prestar declaración. ¿Dónde estás? Casi no te oigo.

Me volví de espaldas al viento, tratando de proteger el teléfono de la lluvia.

–En el arroyo. Voy a llevar la barca de vuelta al cobertizo.

–¿Has salido con la barca con este tiempo?

–Ya no me queda mucho trecho. –Guardé silencio mientras sorteaba un arbusto entero que debía de haber sido arrancado de la orilla y que ahora estaba siendo transportado corriente arriba–. ¿Qué hago con la barca?

–No importa, déjala ahí y ya está. –Parecía disgustada–. ¿Te has enterado?

Por un momento, me sentí confuso, pensando que estaba hablando de Lundy. Entonces me di cuenta de que no se refería al disparo. Era otra cosa.

–¿Si me he enterado de qué?

Su voz se desvaneció, luego regresó con la fuerza suficiente como para oírla:

–... la policía... llevado a Andrew para interrogarlo.

«Oh, Dios...», pensé. Clarke no había perdido tiempo.

–Creí que iba a reunirse con un cliente. ¿No pueden confirmar dónde estaba?

–El cliente canceló la reunión en el último minuto. Andrew condujo hasta Exeter, pero no vio a nadie, así que no puede probarlo. ¡La policía se lo llevó delante de Jamie y Fay, por el amor de Dios! ¿Lo sabías?

–No, por supuesto que no –dije corrigiendo el rumbo de la barca.

–Ya. ¿Como tampoco sabías nada de lo de Mark Chapel?

Me quedé mirando el charco de agua sucia que se acumulaba alrededor de mis pies. Estaba demasiado cansado para responder, pero Rachel continuó hablando rápidamente.

–Lo siento, no debería haber dicho eso. Yo solo... ¡Ya no sé qué es lo que está pasando! No dejo de pensar... en lo que pasó antes. Y ahora esto. No parece tener fin.

La lluvia me chorreaba desde la capucha y bajaba en regueros de agua fría por mi manga mientras intentaba y no conseguía encontrar una respuesta.

–¿Quieres que vaya?

–Es mejor que no vengas. Fay está muy mal y Jamie está fuera de sus casillas. Casi le da un ataque cuando la policía se llevó a Andrew.

–Entonces mañana. Te llamaré.

A Clarke no le gustaría, pero si yo no participaba en la investigación, no era asunto suyo. Hubo una pausa. Pensé que había perdido la señal hasta que, de pronto, Rachel habló.

–¿Qué vas a hacer esta noche?

No había pensado tanto. No me decidía a volver a Londres, pero ya no tenía la llave del cobertizo. Y aunque la tuviera, no estaba seguro de que el apartamento fuese a mantenerse seco si el arroyo continuaba creciendo de esa manera. Donde había roto sus riberas estaba empezando a fundirse en una sola

masa de agua con canales y zanjas más pequeños. Contemplé la llanura inundada que se extendía ante mis ojos, la totalidad de su extensión enmascarada por la lluvia, y el cielo, cada vez más oscuro.

–Ya encontraré algún sitio donde quedarme.

–Está bien, pero las carreteras de alrededor de las Backwaters van a estar intransitables si esto sigue así, de modo que ve con cuidado.

Le dije que lo tendría y quité el agua de mi teléfono antes de meterlo dentro de la chaqueta impermeable. Al menos Rachel, Fay y Jamie estarían a salvo. Aquellos eran la clase de fenómenos por los que Trask había diseñado Creek House, y sus pilares de hormigón elevarían la casa muy por encima de cualquier inundación.

Yo mismo tenía que llegar a un terreno más elevado. Volví a acelerar, deseando salir del arroyo y alejarme de las Backwaters lo antes posible, pero no podía navegar más rápido. No quería quedarme encallado, y con el arroyo desbordado cada vez era más difícil distinguir las orillas. Era como si los árboles y los setos emergiesen de un lago cada vez más extenso, y a un lado vi fluir agua a través de un tramo bajo de carretera casi con la misma velocidad a la que se desplazaba la barca. Iba a ser muy difícil sacar a tiempo el coche de allí, y sentí un gran alivio cuando al fin vi el cobertizo delante.

El embarcadero ya estaba sumergido. Solo se veía la mitad superior de la puerta de madera que aislaba el muelle del cobertizo, y ahora las olas cubrían los escalones inferiores casi hasta el pequeño rellano junto a la trampilla. Sin embargo, allí la orilla del arroyo estaba más alta, y la inundación no había llegado todavía al nivel del cobertizo propiamente dicho. Eso era muy prometedor, porque mi coche estaba aparcado detrás. Cuando me acerqué, comprobé aliviado que aún estaba en terreno seco. Luego, al acercar la barca al embarcadero, vi que había otro vehículo aparcado junto al mío.

Incluso bajo la luz menguante, reconocí la elegante silueta negra del Daimler de sir Stephen Villiers.

Apagué el motor y dejé que la poderosa corriente me arrastrase los últimos metros. Aun así, la barca golpeó el muelle demasiado rápido, y el casco de fibra de vidrio chocó contra él con suficiente impulso como para hacerme rechinar los dientes. Lancé la cuerda alrededor de un poste antes de que el agua arrastrase la barca corriente arriba, asegurándome de dejarla lo bastante holgada para tener en cuenta la marea, que seguía creciendo, antes de bajarme de un salto.

El agua que cubría el embarcadero casi me llegaba a las rodillas. Con cuidado de mirar dónde pisaba, caminé por él chapoteando hacia el cobertizo, que parecía haberse reducido a casi la mitad de su altura a la par que las olas lamían las paredes de piedra. Mientras me dirigía a los escalones, vi que la cubierta de madera de la trampilla se había desprendido. Daba golpes contra la pared, y la cuerda que la había sujetado hasta entonces se balanceaba en el viento. No me molesté en detenerme para cerrarla; volvería a soltarse de nuevo, y tenía prisa por pisar tierra firme.

Quería averiguar qué hacía allí sir Stephen.

El agua me chorreaba por las piernas mientras subía apresuradamente los escalones y me preguntaba qué podía ser tan urgente como para sacar al padre de Leo Villiers de su casa con aquel tiempo. Al llegar a la parte superior de los escalones, vi a su chófer, Porter, alejándose del cobertizo en dirección al enorme vehículo negro. Llevaba un abrigo grueso, pero iba sin sombrero, aparentemente indiferente al clima. El viento y la lluvia debían de haber ocultado mi llegada, porque no me vio hasta que le hablé.

—¿Me buscaba?

Porter se dio la vuelta. Me miró fijamente y luego esbozó una sonrisa de cortesía.

–¿Por dónde ha venido? Me ha dado un susto de muerte. –Tiró una colilla que llevaba en la mano. El cigarrillo hizo un siseo al aterrizar en la tierra húmeda mientras señalaba en dirección al Daimler–. Sir Stephen quiere hablar con usted.

No tenía ni idea de qué podía querer el padre de Leo Villiers, y no me apetecía en absoluto hablar con él, pero no podía negarme. Con la esperanza de que no se alargara demasiado, eché a andar hacia el Daimler mientras Porter abría la puerta trasera.

–Está aquí, sir Stephen.

Se detuvo cortésmente junto al coche negro, con las manos enguantadas enlazadas delante de él. Mis botas rechinaban al caminar, y era consciente de lo mojado que estaba y de mi aspecto desaliñado, pero la inquietud que sentía no tenía nada que ver con eso. Aminoré el paso, mientras me preguntaba cómo sabía sir Stephen que me alojaba en el cobertizo. O por qué no me había llamado por teléfono si quería hablar conmigo. Me sorprendí dirigiendo intuitivamente mi mirada a la colilla de cigarrillo que Porter acababa de tirar al suelo.

Me detuve.

El chófer aguardaba pacientemente junto a la puerta abierta del coche, con el agua goteándole sobre la cabeza descubierta. La cara llena de marcas de acné también lucía otras señales oscuras, como cortes por el afeitado. Me fijé en los guantes de cuero negro, en los elegantes zapatos negros ahora embarrados y manchados. Eran zapatos de ciudad, de los que tendrían suelas de cuero lisas.

Como la huella en la sangre de Lundy que había visto en el fuerte marino.

–¿Doctor Hunter? –dijo Porter, todavía de pie junto a la puerta abierta del coche.

Logré hablar.

–Creía que a sir Stephen no le gustaba que fumara.

Su sonrisa educada se mantuvo inalterable.

–Y estoy seguro de que me reconvendrá por ello. Ahora, si no le importa...

No veía la parte de atrás del coche. La puerta estaba abierta en mi dirección y los cristales tintados teñían de negro el interior. Miré hacia el cobertizo.

La puerta estaba entreabierta con el marco astillado a la altura de la cerradura.

La lluvia caía mientras Porter y yo nos mirábamos de frente. Cerró la puerta del coche con un fuerte golpe.

–Valía la pena intentarlo.

El corazón me latía desbocado. No sabía por qué Porter estaba allí, pero sí sabía lo que significaba. Y al tiempo que mi cansancio disminuía, también supe que no dejaría que me fuera ahora que lo había visto. Lo mismo que le sucedió a Stacey Coker.

O a Lundy.

Porter soltó un bufido cuando me vio mirar mi coche.

–Sí, adelante. Esperaré aquí mientras lo abre.

Deseché esa idea: era imposible pasar por delante de él. Tratando de aparentar la misma tranquilidad que él, señalé con un movimiento de cabeza las pequeñas manchas de sangre de sus mejillas.

–No es muy inteligente disparar a una puerta de acero. Tiene suerte de no haber perdido un ojo.

–Sí, tengo mucha suerte. Ese soy yo, un tipo con suerte.

Miró hacia los escalones que conducían al embarcadero para comprobar que no había nadie más a quien no hubiese visto. Casi como en un gesto distraído, flexionó las manos entrelazadas, apretando los dedos de los guantes de cuero con más fuerza.

–Y bien, ¿dónde está?

–¿Dónde está el qué?

–He tenido un día de mierda y le aseguro que no estoy de humor. Dígame dónde está.

Me sentí como en una pesadilla surrealista.

–No tengo ni idea de a qué se refiere.

Ahora no había ni rastro de la sonrisa en su cara.

–No me joda. ¿Dónde está el dinero?

–¿Qué dinero? Yo no...

–Escuche, maldito cabrón estúpido, le estoy dando una oportunidad –escupió–. Las quinientas mil de Villiers estaban escondidas en el armario de la casa de Holloway. ¿Dónde están?

Nada de aquello tenía ningún sentido. Quinientas mil libras era la cantidad que Emma Derby y Mark Chapel habían exigido a cambio de las fotografías. Pero según Clarke, Leo Villiers no había pagado a sus chantajistas.

«Ya tendrás tiempo de preocuparte por eso.»

–La casa se quemó...

–Ya sé que se quemó, pero el dinero ya había desaparecido antes del incendio. Alguien se lo llevó, y Holloway no habría sabido qué hacer con él, aunque hubiera sabido lo que era. Las únicas personas que fueron allí antes que la policía fueron usted y la hermana de Derby, así que se lo preguntaré de nuevo: ¡¿Dónde está el puto dinero?!

–La policía registró la casa, debían de...

–La policía fue allí después que yo –dijo con exagerada paciencia–. Si lo hubieran encontrado, el viejo se habría enterado, y yo también. Inténtelo de nuevo.

Ya estaba empezando a salir de mi estado de *shock*, y comenzaba a armar las piezas de aquel rompecabezas. «El viejo» debía de ser sir Stephen. No sabía de dónde había salido aquel dinero, pero era evidente que Porter había estado ocultándolo en la casa de Edgar. Y aunque no tenía idea de quién lo había cogido, sabía lo que Porter había encontrado en aquella casa.

–¿Merecía la pena matar a Stacey Coker por él? –pregunté.

Si me quedaba alguna duda, su reacción acabó de disiparla. Una expresión que podría haber sido de vergüenza cruzó su rostro, pero solo duró unos instantes.

–Le he hecho una pregunta –me repitió.

–¿De verdad le vio o simplemente la estranguló?

–Última oportunidad. ¿Va a decírmelo?

No había ninguna señal de remordimiento. Quise repetirle que no tenía ni idea, que no sabía nada de aquel dinero, pero, aunque me creyera, Porter no dejaría que yo saliera de allí con vida; no quería que pudiera contárselo a nadie. Había visto de primera mano lo que le había hecho a Mark Chapel, un entusiasta de las artes marciales más joven y más fuerte que yo. No me hacía ilusiones sobre mis posibilidades en una pelea. Eso solo me dejaba una opción.

Porter se encogió de hombros y comenzó a caminar en mi dirección.

–Está bien, si es eso lo que quiere...

–Está en el maletero del coche.

Se detuvo, expectante, mientras yo rebuscaba en mis bolsillos para sacar las llaves del coche. Las saqué y las sostuve en el aire para que las viera.

–Tenga.

Se las lancé con todas mis fuerzas, con la esperanza de que no pudiera cogerlas, pero su mano salió disparada y las atrapó en el aire. Me miró.

–Está todo ahí –le dije.

–Eso espero.

Sentí que me temblaba todo el cuerpo por la adrenalina cuando Porter se dirigió hacia mi automóvil. Sin apartar la mirada de mí, presionó el botón de apertura con el pulgar. Me obligué a sostenerle la mirada cuando se abrió el cierre centralizado. Sin dejar de mirarme, alargó la mano hacia el maletero. Me quedé inmóvil mientras la puerta se abría de golpe. Él la levantó y miró en el interior.

Entonces me volví y eché a correr.

Lo oí maldecir y correr tras de mí mientras bajaba aparatosamente los escalones hacia el embarcadero. La barca me parecía la mejor opción, pero al mirar al lugar donde la había dejado, me percaté de mi error: contaba con tener suficiente ventaja para saltar y soltar amarras antes de que Porter pudiera darme alcance. A pesar de que no tendría tiempo para encender el motor, la corriente alejaría la barca tan pronto como la desatara.

Pero me había olvidado de que había dejado el cabo flojo para que la barca no se inundara con la crecida del agua. La marea la había arrastrado en su máxima extensión, tirando de ella, y ahora estaba dando vueltas en el extremo de la cuerda como un animal sujeto con correa, a unos dos metros del borde del embarcadero inundado.

Imposible desatarla a tiempo.

Los pasos de Porter resonaron en la orilla cuando salté al pequeño descansillo en los escalones. La cresta de las olas estaba a punto de alcanzarlo, y el muelle en sí era casi invisible debajo de ellas. Me di cuenta de que estaba acorralado. Lo único que podía hacer era saltar al arroyo inundado y arriesgarme, pero cuando estaba a punto de arrojarme por los últimos escalones y meterme en el agua, percibí un movimiento a un lado. La compuerta suelta de la trampilla daba golpes por la acción del viento, dejando al descubierto parte del oscuro interior del muelle. Cuando las pisadas de Porter retumbaron en los escalones de madera a mi espalda, tomé una decisión y me metí.

Me zambullí en la oscuridad y el agua fría y revuelta. Entre jadeos, agarré la compuerta de la trampilla y traté de cerrarla. La tapa dio una sacudida cuando Porter se arrojó contra ella, tratando de introducir una mano a través del espacio. El agua me chapoteaba en la cara mientras luchaba por impedir que entrara, mientras la plataforma sumergida crujía y daba chasquidos bajo mis pies como protesta. Algo cabeceó a mi lado y bajo la tenue luz que se filtraba por la trampilla, reconocí el remo roto que me había llevado a las Backwaters. Tras presionar el peso de mi cuerpo contra la cubierta de madera, agarré el remo y acerqué el extremo dentado a la mano enguantada de Porter. Le apuñalé la mano una y otra vez, hasta que, con un gruñido, retiró el brazo hacia atrás.

La compuerta se cerró de golpe. Al cabo de un momento, dio una sacudida hacia dentro, en mi dirección, cuando Porter la pateó, pero ahora yo jugaba con ventaja. Mantuve el hombro presionado contra los toscos tablones de madera, soportando todas las patadas hasta que desistió.

Se oía el sonido del movimiento del agua en el silencio repentino. También pude oír a Porter respirando agitadamente.

—Muy listo, sí, señor. ¿Qué cojones va a hacer ahora?

No tenía ni idea. La compuerta se abría hacia dentro, por lo que, siempre y cuando no me moviera de donde estaba, Porter no podría entrar. Pero yo tampoco podía salir. Temblando, miré alrededor. El agua me llegaba a la altura de la cintura y seguía subiendo. Unos haces verticales de penumbra gris se filtraban a través de las tablillas de la puerta. Distinguí un surtido de objetos náuticos flotando alrededor, pero nada que me pareciera útil. Aparté a un lado la canoa agujereada que me empujaba como el hocico de un animal persistente y saqué el teléfono del bolsillo. Estaba mojado, pero aun así lo intenté. La pantalla no dio señales de vida.

No iba a recibir ninguna ayuda del exterior. Traté de mantener la calma y pensar. El nivel del agua dentro del cobertizo ya parecía más alto, pero eso también sería igual para el exterior. La temperatura del arroyo era fría, pero no era un frío mortal, y Porter tendría prisa por escapar. Había asesinado a un oficial de policía, no podía permitirse el lujo de perder el tiempo allí conmigo, o esperar hasta que la crecida del agua me obligara a salir.

Entonces recordé que tenía una escopeta y sentí que se disipaba cualquier sensación de alivio.

—¿Sigue ahí dentro o ya se ha ahogado? —exclamó.

Presioné las manos contra la compuerta de la trampilla, palpando la madera áspera. A pesar de que era maciza, no servía de protección contra un disparo de escopeta. Hablé a través de la compuerta.

—No haga que empeoren aún más las cosas.

Tenía la voz destrozada por el frío y el esfuerzo. Se oyó una risa agria fuera.

–No tengo ninguna intención de hacerlo. En cuanto me diga dónde está el dinero, me iré.

Otra vez con eso.

–Ya le he dicho que yo no sé nada de ningún dinero.

–Acaba de decirme que estaba en su coche, así que ¿por qué habría de creerle?

–Porque esto no nos está ayudando a ninguno de los dos. Mató a un inspector de policía. ¿De verdad cree que va a llegar muy lejos?

–Preocúpese por usted. El agua tiene que estar subiendo a pasos agigantados ahí dentro. Seguro que nota frío alrededor de los cojones.

Para intentar no pensar en el frío, me concentré en la escopeta. La Mowbry debía de estar en el Daimler, pero si Porter iba a buscarla, tal vez yo podría intentar escapar con la barca. Evidentemente, eso también se le había ocurrido a él, o ya lo habría hecho.

–¿Sabía que Leo Villiers sigue vivo?

–No me diga.

Por supuesto que lo sabía, me reprendí a mí mismo. Por eso quería huir. Con Villiers no solo vivo sino capaz de demostrar su inocencia, solo sería cuestión de tiempo antes de que la policía comenzara a buscar a otros sospechosos. Incluyéndolo a él.

–¿Se lo dijo su padre? –le pregunté, consciente de que cuanto más tiempo estuviese allí, lejos de la escopeta, más posibilidades había a mi favor.

–¿Acaso cree que el viejo admitiría que su hijo había reaparecido como mujer? Como si fuera a anunciarlo a los cuatro vientos.

El suave chapoteo del agua me indicó que Porter se estaba moviendo fuera. Agucé el oído para captar cualquier señal de que estuviese volviendo a subir los escalones, listo para correr hacia la barca si lo hacía.

–Entonces ¿cómo se enteró? –insistí.

–Estaba con él en el coche cuando la policía llamó para darle la noticia. Tienen que tener contento a sir Stephen, ¿verdad?

–¿Habló con ellos delante de usted?

–Como le dije, le sorprendería de lo que llega uno a enterarse cuando nadie repara en tu presencia.

Percibí una nota de amargura en su voz. Me guardé ese detalle para luego, más preocupado por lo que hacía fuera. Lo oía moverse en el agua, intentando hacerlo con sigilo.

–¿Fue así como descubrió que estábamos en el fuerte marino?

–Sí, no me lo esperaba. Tengo que reconocer que me acojoné un poco cuando lo oí. Estaba impaciente por dejar al viejo para poder averiguar qué hacían allí.

Su voz me llegaba desde más lejos, de la dirección del embarcadero en lugar de los escalones. Traté de deducir qué hacía, rezando por que no soltara la amarra de la barca.

–No debería haber matado a Lundy.

–Dígame algo que no sepa.

–Entonces ¿por qué lo hizo? –casi grité incapaz de reprimir la crudeza de mi voz.

–No tuve elección. Ni siquiera sabía que estaba con ustedes hasta que lo vi. Por lo que había oído, creía que solo habían ido usted y la hermana.

–Entonces ¿solo planeaba matarnos a los dos? Y después ¿qué? ¿Intentar que pareciera otro accidente de barco?

–No planeaba matar a nadie, ¿de acuerdo? ¡Yo solo quería recuperar el puto dinero! Joder, ¿cree que yo quería esto? –El ruido del chapoteo era cada vez más fuerte: volvía de donde había estado–. Mire, todo este asunto se me ha ido de las manos. Si me entrego, ¿hablará de mí en términos favorables?

Era lo último que esperaba oír. Su voz sonaba más cerca: estaba al otro lado de la puerta otra vez. Dudé, temblando en el agua fría. No confiaba en él, pero no entendía que pretendía con aquello.

–Está bien –dije con cuidado–. Pero tiene que...

Casi me caí cuando la compuerta de la trampilla se sacudió bajo un nuevo asalto. El agua entraba a raudales cuando me abalancé sobre ella. Oía a Porter jadeando al otro lado. Casi lo había logrado, pero ahora que el intento de palanca había fallado no tenía más posibilidades de abrir la compuerta. Esta dio una nueva sacudida tras un último golpe desganado antes de que Porter acabara por rendirse.

–Vamos, ¡esto es absurdo, joder! –exclamó sin resuello–. Dígame dónde está el dinero y dejaré que se vaya.

–¡Por el amor de Dios, no sé nada de ningún dinero! –Frustrado, mantuve el hombro pegado a la trampilla mientras buscaba el remo roto. Sujetándolo, lo clavé en ángulo entre los tablones del suelo y la compuerta de la trampilla. No impediría la entrada a Porter por mucho tiempo, pero podría ganar unos valiosos segundos si este intentaba algo de nuevo–. ¿A quién se lo robó? ¿O también estaba chantajeando a Leo Villiers?

–¡No soy un maldito ladrón! Y si hubiera querido chantajear a los Villiers, lo habría hecho hace años. –Parecía genuinamente ofendido–. Estaba intentando salvarles el culo, como siempre. Esa zorra de Derby y su novio tenían fotos de Leo travestido, y querían medio millón para no hacerlas públicas. Medio millón... Joder. El pequeño Leo se cagó y se largó a toda leche en cuanto se enteró, así que entonces fueron al viejo. Le dije que no pagara, pero, ah, no... No podía permitir que todos supieran que a su hijo le gustaba jugar a ser Barbie, ¿verdad?

La misma amargura de antes. Oí a Porter alejarse de la trampilla de nuevo. «¿Ahora qué?», pensé. Miré hacia la puerta que obstruía la entrada al arroyo. Las olas llegaban por encima de la mitad de la altura de los listones de madera.

Al recordar el candado oxidado, esperé que resistiera.

–Entonces ¿qué? ¿Los mató y se llevó el dinero?

«Vamos, ¿qué haces ahí fuera?»

—No iba a permitir que unos oportunistas sacaran tajada de aquel asunto, no después de todo lo que he hecho por los Villiers. —Lo oía merodear por fuera, tratando de no hacer ruido mientras vadeaba el agua—. Cualquiera idiota podía ver que las fotos habían sido tomadas desde el fuerte marino. Querían que la entrega del dinero se hiciera en la granja de ostras, así que después de dejar la bolsa, me fui a Willets Point y monté un puesto de vigilancia. Esperé hasta que vi una barca ir al fuerte y luego me llevé la barca de Leo. Pensé que podría recuperar el dinero y quizá meterles un poco de miedo, eso era todo.

Su voz todavía se desplazaba, pero ahora se oía más amortiguada. Era difícil saber dónde estaba exactamente.

—Entonces ¿qué salió mal?

Dios, hacía frío... Me abracé el cuerpo, aguzando el oído para percibir los movimientos de Porter.

—El puto novio. —Porter parecía indignado—. Tenía que presumir, hacerse el maldito héroe. Se puso en plan «no sabes con quién te estás metiendo, soy cinturón negro». Como si aquello fuera un maldito *dojo* japonés. Así que le pegué.

—Un bloqueo con la palma de la mano —dije.

Me habían empezado a castañetear los dientes.

Hubo una pausa.

—Eso es. Pensé que una nariz rota le bajaría esos humos. No tenía intención de matarlo, pero el muy idiota se lo ganó a pulso.

—¿Emma Derby también se lo ganó a pulso?

No hubo respuesta. Seguí aguzando el oído, desesperado por conseguir alguna pista de sus movimientos. El agua ya me llegaba a la altura del pecho, disolviendo el calor que me quedaba en el cuerpo. No sabía cuánto tiempo más podría permanecer allí.

–¿Qué hizo con su cuerpo? –pregunté, tratando de evitar que me temblara la voz—. ¿La llevó a las Backwaters a ella también después de dejarla caer desde la torre?

–Tiene razón, a medias.

Parecía distraído. No tenía ni idea de lo que había querido decir, pero tenía demasiado frío para preocuparme por eso ahora.

–¿Qué hay de sir Stephen? ¿Lo sabe él?

A continuación, se hizo el silencio. «Por supuesto que no», pensé con apatía. Porter no habría podido quedarse con el dinero si su jefe supiese lo que había hecho. El frío me estaba ralentizando, dificultando mis pensamientos, pero necesitaba que siguiera hablando, para hacerme una idea de dónde estaba exactamente.

Empecé a formular otra pregunta cuando algo bloqueó de repente la tenue luz que entraba por las rendijas de las tablillas de madera. Me volví y vi una sombra pasar por detrás de ellas, y luego la cadena que aseguraba el candado resonó cuando Porter se abalanzó sobre ella. Abandoné la trampilla cuando la puerta empezó a dar sacudidas, vadeando frenéticamente hacia él, pero con el pánico olvidé que estaba encima de la plataforma elevada. Solo había dado unos pocos pasos cuando mi pie resbaló por el borde y de pronto me hundí en las aguas más profundas.

Eso fue lo que me salvó. Cuando volví a pisar el suelo de madera, la puerta enmudeció de golpe. La sombra desapareció cuando Porter empezó a avanzar chapoteando por el embarcadero. Ya no se esforzaba por no hacer ruido mientras corría hacia la trampilla de cuyo lado me había hecho apartarme. Si hubiese llegado a la puerta de acceso al arroyo, no habría logrado regresar a tiempo, y, aun así, no tenía nada claro si lo conseguiría ahora. La pesada chaqueta de plástico actuaba como un lastre mientras trataba de avanzar a duras penas a través del agua, que me llegaba hasta el pecho. Era como correr en una pesadilla a cámara lenta. Oí que Porter avanzaba por el costado del cobertizo, corriendo para llegar antes que yo a la trampilla, ahora sin vigilancia.

Él llegó primero. Vi la compuerta de madera zarandearse mientras él trataba por todos los medios de entrar, pero se lo impedía el remo que yo había colocado atravesado. Se oyó un chasquido cuando la caña del remo se partió, y entonces me arrojé con todas mis fuerzas contra la hoja de madera y la cerré de golpe. Me preparé para resistir, escupiendo agua salada mientras encajaba los furiosos golpes de Porter, al otro lado de la compuerta.

–¡Cabrón!

La compuerta de la trampilla dejó de sacudirse. Oí a Porter jadeando fuera, maldiciendo con frustración. Apoyé la cabeza en los ásperos tablones húmedos de la compuerta, sin aliento y tiritando de frío. Estaba empapado, y el nivel del agua seguía subiendo. Pero aquella era la tercera vez que Porter había estado a punto de engañarme. No volvería a alejarme de la trampilla otra vez hasta que estuviera seguro de que se había ido.

–Escuche, todo esto es jodidamente absurdo –dijo con la voz ronca de frustración–. Yo solo quiero el dinero. En cuanto me diga dónde está, me iré.

Ni siquiera me quedaban fuerzas ya para gritar.

–Le repito que no sé nada del dinero. No importa cuántas veces me lo pregunte, la respuesta siempre será la misma. ¡No lo sé!

Se hizo un silencio al otro lado, pero el sonido de su respiración me decía que aún seguía allí. Al final, habló de nuevo.

–Muy bien, usted lo ha querido. No diga que no se lo advertí.

Lo oí avanzar chapoteando por el agua, y luego el ruido de sus pies al subir los escalones. Me puse en tensión, pensando en la escopeta, sin saber si se trataba de otro truco o no.

–¿Qué se supone que significa eso?

Su voz llegaba de más arriba, desde lo alto de la orilla.

–Solo hay dos personas que podrían haber cogido el dinero de la casa de Holloway antes de que llegara la policía. Si usted no sabe dónde está, entonces solo queda la hermana de Derby.

–¡No! ¡Espere! –grité–. Ella no sabe nada. ¡Espere!

Pero sus pasos ya se habían alejado. Sentí que el pánico se apoderaba de mí ante la idea de que Porter fuera tras Rachel. Se me pasó por la cabeza que no fuera más que otra treta para atraerme afuera, pero no me importaba. Sujetando el remo roto, abrí la compuerta de la trampilla. No pasó nada. Me asomé fuera. El arroyo estaba muy crecido y avanzaba con rapidez, pero en la penumbra del crepúsculo oscuro no vi a nadie esperando. Entonces oí el motor de un coche arrancando.

Porter estaba marchándose.

No sentí ningún alivio, solo una terrible sensación de urgencia. Mi cerebro trabajaba a toda velocidad mientras empezaba a trepar por la trampilla. No tenía forma de advertir a Rachel o de llamar a la policía con el teléfono inutilizado, y Porter tenía las llaves de mi coche. Mi única esperanza era la barca. Si todavía estaba allí, entonces aún tenía una posibilidad.

Ya estaba medio fuera de la trampilla cuando me di cuenta de que el ruido del motor se oía cada vez más fuerte. No era un ruido lo bastante grave ni potente para ser el Daimler, y de repente entendí por qué: mientras los neumáticos crujían sobre la superficie en lo alto de la orilla, di media vuelta y me lancé de nuevo al interior del cobertizo.

En ese momento, mi coche atravesó las barandillas de madera por encima de mi cabeza.

Caí al agua helada mientras la pared a mi espalda se estremecía con un enorme y desgarrador estruendo. No veía nada, no oía nada. No podía respirar. Me revolví, pero había perdido el sentido de la orientación. Algo me golpeó en la cabeza. Me alejé del origen del golpe, ante la certeza de que la pared se estaba derrumbando, y entonces mi cabeza emergió a la superficie. Absorbí una bocanada de aire y respiré agua salada también. Tosiendo, luché por respirar mientras trataba por todos los medios de mantenerme a flote. Mis pies ya no tocaban fondo y la pesada chaqueta se había llenado de agua, amenazando con arrastrarme hacia abajo. El aire estaba lleno de polvo y aún resonaba con los ecos del impacto; me estremecí y me revolví de nuevo cuando algo chocó contra mis hombros. La figura alabeada de la canoa volcada flotaba detrás de mí, balanceándose en un lento círculo lento de agua batida.

Pasé un brazo por encima de la canoa, aferrándome agradecido al casco liso. Jadeando, miré hacia donde había estado de pie momentos antes. Bajo la tenue luz que entraba por la puerta, vi que la pared de piedra estaba deformada hacia dentro en la zona de la trampilla.

Incrustado en la abertura estaba el alero aplastado de mi coche.

Sentí una oleada de desesperación. El agua ya llegaba por encima de la mitad de las paredes, y seguía subiendo. Si continuaba haciéndolo a aquel ritmo, no pasaría mucho tiempo antes de que todo el nivel inferior quedase sumergido bajo el agua, y yo con él.

Pero Porter ya habría llegado a Creek House antes de que eso sucediera. No solo Rachel estaría allí. Trask se encontraba bajo custodia policial, pero Fay y probablemente Jamie estarían en casa. Porter ya había matado a una adolescente herida y a un inspector de policía desarmado.

No dejaría a ningún testigo con vida.

Pataleé para alcanzar la plataforma sumergida, pero cuando traté de subirme a ella, las tablas podridas se soltaron de la piedra dañada y volvieron a empujarme al agua. Aunque ya había visto suficiente: era inútil, la trampilla estaba bloqueada. Me agarré de nuevo a la canoa y traté de obligar a mi abotargado cerebro a pensar. En el interior del cobertizo, las sombras eran cada vez más intensas. Fuera, el crepúsculo se desmenuzaba en la noche, y pronto estaría demasiado oscuro para ver nada. Agarrado todavía a la canoa, nadé hacia la puerta del arroyo. No había muchas posibilidades de que pudiera abrirla cuando Porter había fracasado, pero tenía que intentarlo. El candado y la cadena estaban en la parte exterior. Solté la canoa, pataleé para mantenerme a flote e introduje las manos por las estrechas rendijas entre los listones de la puerta. La madera tosca y rugosa me arrancó la piel de los nudillos cuando busqué a tientas el candado con los dedos entumecidos. Tenía una costra de óxido, pues nadie lo había abierto en años. Tiré de él tan fuerte como pude, y luego tiré de la propia puerta para ver si era capaz de romper las maderas caladas de agua.

Sin embargo, los listones eran muy sólidos, y no podía perder más tiempo. Los solté y busqué a tientas la canoa de nuevo. No iba a salir por la puerta ni por la trampilla, por lo que solo me quedaba una última posibilidad.

Una con la que Porter no había contado, porque no sabía de su existencia.

No había suficiente luz para ver el techo, pero estaba demasiado alto, fuera de mi alcance. Estremeciéndome de frío, examiné los objetos que flotaban a mi alrededor hasta que distinguí el remo roto. La caña se había astillado cuando Porter había intentado atravesar la trampilla, pero aún era lo bastante largo para mis propósitos. Nadé hasta el centro del cobertizo, me apoyé con un brazo sobre la canoa y estiré el brazo con el remo hacia arriba, hacia las sombras. Confiando únicamente en el tacto, empecé a arrastrar la pala hacia delante y hacia atrás a través de las toscas maderas. Dio un golpe cuando noté que se enganchaba en algo.

El cerrojo de la trampilla del suelo en el piso de arriba.

Lo había maldecido cada vez que mi pie tropezaba con la anilla oculta debajo de la alfombra, pero ahora era mi única esperanza de salir de allí. Rezando para que no estuviera cerrado o atascado, intenté golpear el cerrojo con el remo. Pero era un movimiento demasiado torpe y rápidamente desistí. Si iba a

abrirlo, tendría que hacerlo con las manos. Intenté alcanzar el cerrojo, pero el techo aún estaba demasiado alto. La canoa. Había un agujero irregular más grande que mi puño que haría que se hundiese si la ponía boca arriba, así que trepé a la parte superior del casco vuelto del revés. Pero eso tampoco funcionó: en cuanto deposité todo mi peso en él, el agua brotó por el agujero y la canoa se hundió a mis pies.

Me deslicé de la embarcación y dejé que la canoa volviera a la superficie. Miré a mi alrededor, pero incluso aunque hubiese algo más que pudiese usar entre los restos flotantes, estaba demasiado oscuro en el interior del cobertizo. «Vamos, tiene que haber algo.» Me había dejado la voluminosa chaqueta puesta por el mínimo aislamiento que me ofrecía, pero más importante aún que eso, el grueso plástico era impermeable.

Pataleando para mantener la cabeza fuera del agua, luché por quitarme la chaqueta. La doblé con torpeza con mis manos heladas, la enrollé y la metí en el agujero del casco de la canoa para formar un tapón rudimentario, lo máximo que podía hacer. Con la esperanza de que aguantara lo suficiente, traté de encaramarme al casco volcado del revés. La canoa se deslizó por debajo de mi cuerpo. Escupiendo agua salada, lo intenté de nuevo. La canoa corcoveó, pero esta vez conseguí trepar hasta que estuve sentado a horcajadas sobre ella.

Ahora el techo estaba a solo unos centímetros de mi cabeza, pero la canoa ya empezaba a hundirse. Me moví torpemente para buscar a tientas la parte inferior áspera de la trampilla hasta que noté el cerrojo. Lo agarré con los dedos congelados y traté de tirar de él, pero estaba firmemente cerrado. La canoa se hundía rápidamente, por lo que, haciendo caso omiso de los afilados bordes de metal del soporte, empecé a tirar del cerrojo con todas mis fuerzas.

Sin previo aviso, saltó disparado hacia atrás, bañando mi cara de fragmentos de óxido. No había tiempo para sentir alivio. Apoyé ambas manos en la trampilla y empujé hacia arriba. La canoa se hundió un poco, pero la trampilla no se movió. Me estabilicé y lo intenté de nuevo. Esta vez hubo un ligero movimiento. Empujé de nuevo. La puerta cedió un poco más, lo que me permitió pasar un brazo.

Mientras la canoa se hundía bajo mi peso, estiré el cuerpo y pasé el otro brazo por el reducido espacio. Luego, pataleé en el aire y logré pasar también la cabeza y los hombros. Un fuerte peso me presionaba la espalda. Salí debajo de la alfombra, que me clavaba la trampa encima. Hice acopio de todas mis fuerzas para arrastrar el resto del cuerpo, y finalmente conseguí meter las piernas también. Me acosté boca abajo en el suelo, jadeando. Unos destellos de luz se arremolinaban en la oscuridad mientras respiraba el pegajoso aroma del barniz. Mi único deseo era quedarme allí tumbado, pero me obligué a moverme. Me arrastré bajo la pesada alfombra y me levanté tambaleándome. El apartamento estaba completamente a oscuras. Trastabillé como un niño pequeño y busqué a tientas el interruptor de la luz, tiritando de frío y chorreando agua a cada paso que daba. Mi instinto me gritaba que corriera detrás de Porter, pero en aquel estado no era útil para nadie. Si no sufría ya de hipotermia, no tardaría en hacerlo. Necesitaba calor y calorías. Rápido.

Pestañeeé, deslumbrado, cuando se encendió la luz del techo. En su frenética búsqueda del dinero, Porter había dejado el cobertizo patas arriba. Había vaciado los cajones y los armarios, cuyo contenido estaba ahora desparramado por el suelo, pero me había hecho un favor sin pretenderlo: había volcado el sofá y, al hacerlo, lo había apartado de la alfombra. Si no hubiera sido por eso, dudo que hubiese podido abrir la trampa.

Tenía los dedos congelados y entumecidos cuando me quité la camisa, y temblaba descontroladamente mientras me secaba con un paño de la cocina. La bolsa con mi ropa de repuesto estaba en el maletero del coche, pero la chaqueta que había pedido prestada a Trask seguía en el armario. Me la puse sobre la piel desnuda, que agradeció el contacto con el forro cálido. No podía hacer nada con los pantalones y las botas, aunque se mojarían de nuevo. El recipiente de plástico con el pastel de comida para perros de Rachel todavía estaba en la encimera. Arranqué la tapa de golpe y me metí en la boca los trozos que quedaban, forzándome a engullir la deliciosa mezcla de chocolate y carbohidratos. Luego empezó a correr el tiempo. Me detuve únicamente para coger un cuchillo de cocina de los cubiertos desparramados antes de precipitarme hacia la puerta.

Fuera ya era de noche. Había dejado de llover, y se veían algunos retazos de cielo despejado y estrellas detrás de los jirones de nubes desgarradas. Pero el viento no había amainado, y antes incluso de doblar la esquina del cobertizo, ya

oía el rugido del arroyo. Mi coche estaba volcado boca abajo en la orilla entre los restos destrozados de los escalones, cubierto de agua más allá de la mitad. El arroyo había crecido mucho más allá de sus orillas, transformando el pantano y los campos en un lago. Solo el terreno elevado que rodeaba el cobertizo se mantenía a salvo de la inundación, y si el nivel de agua del arroyo seguía subiendo, muy pronto también estaría cubierto.

Me preocupaba que la barca ya no estuviera allí, que Porter la hubiese desatado para dejarme completamente aislado. Sin embargo, allí estaba, su pálida silueta bailando al final del amarre. Me apoyé en mi coche, me deslicé por la orilla y me metí en el agua. Unas olas frías me golpeaban mientras me adentraba en el embarcadero sumergido. Sujeté la cuerda chorreando agua, tiré de ella hacia mí y trepé a bordo de la barca. El nudo que sujetaba la cuerda estaba bajo el agua, así que lo serré con el cuchillo de cocina hasta que se separó con un chasquido. La barca empezó a moverse inmediatamente. Dejé que me arrastrara mientras me agachaba junto al motor e intentaba arrancarlo con los dedos entumecidos. Lo conseguí al segundo intento. Aceleré al máximo, me agaché y puse rumbo corriente arriba por el arroyo inundado.

Pero sabía que sería demasiado tarde.

Porter ya habría llegado a Creek House. Había empleado demasiado tiempo en salir del cobertizo, y él habría conducido el potente Daimler a toda velocidad por las estrechas carreteras. Y no tenía ni idea de qué hacer en cuanto llegase a la casa. Porter había recibido entrenamiento militar, y un cuchillo de cocina no era nada comparado con una escopeta. Mientras el viento frío me cortaba la cara, me pregunté por qué no había ido a buscar la Mowbry robada cuando me tenía a su merced en el cobertizo. Aun cuando hubiese logrado llegar a la barca antes de que él regresara, todavía estaría al alcance de la escopeta. Sentí un destello de esperanza al pensar que tal vez ya no la tuviera, que quizá se hubiera deshecho de ella después de disparar a Lundy. Pero no podía permitirme creer en esa suposición; lo más probable es que hubiera decidido que no la necesitaba.

No, cuando podía arrojarme mi propio coche para que me aplastara.

La luna surgió de detrás de unas nubes deshilachadas, recortando la silueta de los árboles inundados y proyectando un brillo plateado mientras la barca se abría paso entre las negras aguas. De no ser por las matas de hierbas y los juncos

que brotaban de las olas, habría sido imposible saber dónde estaban las orillas del arroyo. Tratando de no pensar en lo que podría estar pasando en Creek House, me concentré en mantener la barca en la zona más profunda del canal, lejos de cualquier resto flotante. Entonces, a la luz de la luna opalescente, vi algo que me hizo olvidar todo lo demás.

La inundación había hecho irreconocibles las características del paisaje o cualquier punto de referencia, pero a un lado distinguí el largo y sinuoso seto que discurría en paralelo a la carretera.

Encallado en una zanja inundada de agua estaba el Daimler negro.

La barca se balanceó, casi zozobrando, cuando me levanté de un salto para mirar. La puerta del lado del conductor estaba abierta, dejando que unas pequeñas olas rebasaran el umbral. Porter había cometido el mismo error que había cometido yo en el arrecife, ya fuese por subestimar la profundidad del agua o por creer que el coche podría pasar por allí. No había sido así.

No había señales de Porter. Examiné el camino oscuro, esperando verlo atrapado allí cerca, pero, a excepción del coche, no vi nada más. El arroyo trazaba una curva y el Daimler desapareció de mi vista.

Por primera vez desde que había salido del cobertizo, me permití albergar un rayo de esperanza. Aunque no me engañaba pensando que Porter se rendiría, lo cierto es que sin su coche tendría que abrirse paso a pie a través de la inundación para llegar a Creek House.

Aún había una posibilidad.

Apreté el acelerador con fuerza, como si eso pudiera arrancarle más velocidad al motor. La barca ya estaba yendo todo lo rápido que podía, pero incluso con la ayuda de la corriente, su avance parecía exasperantemente lento. Durante lo que consideré una eternidad, no parecía haber nada más que llanura inundada y oscuridad. Luego, a través de una maraña de ramas meciéndose al viento, vi las luces de la casa de Trask.

Deseé con toda mi alma que la barca avanzase más rápido, pero continuó al mismo ritmo imperturbable. Las luces empezaron a crecer lentamente y se convirtieron en la amplia franja de ventanales que iban del suelo al techo. Un

cuadrado amarillo más pequeño de uno de los dormitorios colgaba en la oscuridad, debajo de ellos. Poco a poco, comencé a distinguir formas y colores en el interior. Movimiento. Durante un angustioso minuto, la casa se oscureció cuando un recodo en el arroyo la ocultó detrás de un bosquecillo, para luego emerger detrás de ellos.

Las olas chapoteaban alrededor de los pilares de hormigón, pero Creek House se mantenía con aire sereno por encima de las aguas de la inundación. Las ventanas de arriba ofrecían una vista despejada de la habitación iluminada que había al otro lado. Vi a Rachel sentada con Fay en el sofá, la niña acurrucada plácidamente contra ella mientras leía un libro. Debajo, en la ventana más pequeña, vi a Jamie sentado a un escritorio, mirando malhumorado la pantalla de un ordenador.

A salvo.

Gracias a Dios... Me desplomé en el asiento, debilitado de repente por el intenso alivio que sentía. Enmarcadas por la oscuridad, las ventanas mostraban el interior perfectamente iluminado de la casa como si fuera una película muda. Cuando me acerqué, vi la boca de Rachel moverse mientras le leía a Fay. Abajo, ante la luz parpadeante de su ordenador, Jamie estaba sentado con la cabeza entre las manos.

Ninguno de ellos miró ni una sola vez hacia fuera. El doble cristal amortiguaba el sonido de la barca al aproximarse, y yo mismo había comprobado el carácter impenetrable de aquel vidrio por la noche. En cuanto se encendían las luces, las puertas correderas se convertían en un gran espejo; incluso si alguien en la casa mirara hacia fuera, lo único que vería sería su propio reflejo.

Pero eso no importaba: lo importante era que había llegado a tiempo. Maniobré la barca hacia el embarcadero flotante, pensando ya en la mejor manera de abordar aquella situación. No quería perder tiempo en largas explicaciones, no con Porter campando por ahí. La prioridad era sacar a todos de la casa lo antes posible. Todo lo demás podía esperar hasta estar seguros en la barca y muy lejos de allí.

Ya casi había llegado al muelle cuando Rachel dejó de leer. Miró por encima del hombro hacia las escaleras, y abajo, al mismo tiempo, vi a Jamie levantar la cabeza a su vez. De repente sentí un escalofrío al darme cuenta de por qué.

Había alguien en la puerta.

Rachel le dijo algo a Fay y soltó el libro. Hizo ademán de ponerse en pie, pero en la habitación de abajo, Jamie irguió la espalda y dijo algo en voz alta. Luego se levantó y salió de la habitación.

Para ir a abrir la puerta.

—¡No! —La barca se balanceó cuando me levanté de un salto—. ¡Rachel!  
¡Rachel!

Sacudí los brazos frenéticamente, pero no podía verme ni oírme: yo era invisible detrás del espejo oscuro de la ventana. Mientras la barca recorría los últimos metros con un zumbido, solo pude limitarme a mirar mientras ella se volvía para aguzar el oído ante algo que ocurría abajo. De repente, tanto ella como Fay se sobresaltaron. Rachel gritó algo y se puso en pie. Corrió hacia las escaleras, pero solo había dado unos pasos cuando Jamie apareció estrepitosamente en lo alto y cayó de rodillas al suelo.

Porter se encontraba detrás de él.

Mojado y cubierto de barro, el chófer gritó y le hizo un gesto a Rachel. Confusa, ella negó con la cabeza. El hombre dio un paso hacia ella, con dedos amenazantes. Arrastrándose sobre las manos y las rodillas, Jamie se abalanzó sobre él, y a continuación se tambaleó hacia atrás cuando Porter le golpeó la cara con la mano. Las ventanas silenciaron los gritos de Fay cuando su hermano cayó escaleras abajo.

Porter volvió a increpar a Rachel. Ella se detuvo frente a Fay, con expresión asustada pero decidida.

—¡Porter! —grité—. ¡Déjalos en paz, estoy aquí!

El viento acalló mis gritos. Vi a Rachel coger una lámpara y arrojarla a la cabeza de Porter. La lámpara proyectó unas sombras desquiciantes cuando el chófer se agachó, antes de hacerse añicos en la pared, sin hacer ningún ruido. Rachel intentó coger un jarrón, pero él la asió del brazo. Apartándola, le pegó en la cara. Ella se hincó de rodillas en el suelo y vi a Porter sujetarla del pelo.

—¡No! —grité.

Desaparecieron de mi vista cuando la barca pasó por debajo de la ventana.

Ya había llegado al embarcadero, pero no reduje la velocidad. La hélice mordió el barro y la grava cuando apreté el acelerador y me encaramé con la barca a la orilla inundada, en el costado de la casa. Aún me transportó unos preciosos metros más antes de encallar. Mientras se detenía, salté y chapoteé en el agua, que me llegaba hasta las rodillas. Llevaba el cuchillo que había sacado del cobertizo, pero no tenía ningún plan ni idea de lo que iba a hacer mientras subía los escalones. La puerta estaba abierta, el pasillo sumido en la oscuridad. Me fui directo hacia las escaleras.

Mientras las subía, se oyó un disparo de escopeta.

Me tambaleé como si me hubiera alcanzado a mí. No, pensé, aturdido. No, no, no... Entonces eché a correr escaleras arriba. Al llegar a lo alto, irrumpí en la habitación.

Y me detuve.

Una nube indolente de humo flotaba en el aire. La planta superior apestaba a pólvora y a sangre. Rachel estaba arrodillada junto a Fay, abrazándola. Ambas estaban llorando, pero a excepción de un rasguño morado en la cara de Rachel, ninguna parecía herida.

El disparo de escopeta había alcanzado a Porter entre los omóplatos. Había salido despedido hacia las estanterías, y ahora yacía tendido entre libros. Me acerqué hasta que vi el alcance de la herida en su espalda y me di cuenta de que no tenía sentido.

Me volví hacia donde estaba Jamie, cerca de allí. De la nariz del adolescente salía sangre, y la mirada atormentada en sus ojos era tan elocuente como cualquier confesión. Aún tenía la escopeta apoyada sobre su hombro, pero no ofreció resistencia cuando se la quité con cuidado.

La fotografía que Lundy me había enviado no había hecho justicia a la Mowbry. Era una bellísima pieza de artesanía: dos cañones superpuestos en una culata de caoba pulida, con paneles laterales plateados con intrincados dibujos. Grabadas en ellos en letra de filigrana había dos iniciales.

L. V.

Tres semanas después de la inundación, Rachel llamó para decirme que teníamos que hablar. No me dijo por qué, pero por su tono de voz supe que pasaba algo. Sonaba diferente. Distante.

Quedamos en una cafetería de Covent Garden. No había rastro de la comodidad que había sentido antes con ella. La vi atravesar la sala, el suéter gastado y los pantalones vaqueros reemplazados por un vestido ajustado, y su espeso cabello oscuro recogido. Estaba preciosa.

–Voy a volver a Australia –dijo con la mirada fija en su café–. Quería decírtelo en persona en lugar de hacerlo por teléfono. Pensé que te lo debía.

No podía decir que su noticia fuera una sorpresa. Un golpe, sí. Pero no una sorpresa.

Habíamos seguido viéndonos a menudo en los días posteriores a mi regreso a Londres. Para empezar, habíamos mantenido largas conversaciones por teléfono, seguidas de una cena en Chelmsford una noche. Luego vino a Londres para pasar un fin de semana. Creí que nos resultaría extraño a los dos pasar tiempo juntos en un entorno tan diferente, pero el nerviosismo desapareció en el preciso momento en que llegó. Estar con ella parecía natural, como si nos conociéramos desde mucho más tiempo que las pocas semanas que realmente habían sido.

Tras el horror de esos últimos días en las Backwaters, el fin de semana había parecido uno de esos paréntesis de plácido encantamiento que de vez en cuando se abren en nuestras vidas, aparentemente interminables pero que, sin embargo, terminan demasiado pronto. La primavera avanzaba apresuradamente hacia el verano, y el brillo del sol parecía traer consigo la promesa de un nuevo comienzo después de los duros meses de invierno. Cuando Rachel se fue, dimos por sentado que volvería pronto. Y que se quedaría más tiempo la próxima vez.

Y entonces, algo cambió entre nosotros. Era difícil precisar el qué, exactamente, y me dije a mí mismo que era lógico después de todo lo que había pasado. Que ella tenía muchas cosas en la cabeza.

Ahora ya sabía qué era. Me sentía como anestesiado, la clase de entumecimiento que precede al dolor de una lesión grave. «Es culpa tuya. Esperabas demasiado.» Removí el café, dándome tiempo para asimilar la noticia.

–Ha sido una decisión muy repentina, ¿no?

–No del todo. He estado posponiéndola demasiado tiempo, necesito recuperar mi vida. Han pasado demasiadas cosas aquí. Y no dejo de pensar en Bob Lundy. No puedo... –Se le quebró la voz cuando sus ojos se humedecieron—. Mierda. Esto era justo lo que no quería que sucediera.

Negó con la cabeza cuando quise buscar un pañuelo de papel y cogió una servilleta para secarse los ojos con ira.

–No puedes seguir echándote la culpa –le dije sabiendo que no serviría de nada. Ya habíamos tenido aquella discusión antes, aunque no así.

–Sí, pero si no fuera por mí, nunca habría ido a ese maldito lugar. Si no hubiera sido tan cabezota, él aún estaría vivo.

–No tienes la culpa de lo que le pasó a Lundy. Era inspector de policía, hacía su trabajo.

Y yo sabía que el inspector hubiera vuelto a hacer lo mismo de haberse visto en la misma situación. La semana después de su asesinato, fui a ver a su esposa. Las flores de cerezo que antes flanqueaban la calle ya se habían caído en su mayor parte, y los delicados pétalos de color rosa se acumulaban formando un mantillo marrón en los bordillos de la acera. Sandra Lundy mantuvo una silenciosa dignidad cuando me preguntó cómo había muerto su marido. Le dije que nos había salvado la vida a Rachel y a mí, que, si no hubiera sido por él, nosotros también estaríamos muertos. Se tapó los ojos por un momento y luego sonrió.

–Eso está bien. Se hubiera alegrado de ello.

No le mencioné la llamada del hospital que tanto había preocupado a Lundy la mañana que le dispararon. Tal vez ella ni siquiera lo sabía, y no veía de qué iba a servir decírselo en ese momento.

Rachel se había tomado la muerte del inspector muy mal, pero pensaba que ya había llegado a aceptarla. Desde luego, no había dado señales de que quisiera volver a Australia.

–Hay algo más, ¿verdad? –dije mirando las líneas suaves de su rostro mientras hacía una bola con la servilleta.

Tardó unos segundos en responder, recolocando su taza y el platillo del café.

–Pete me ha llamado.

–¿Pete? –pregunté, aunque imaginaba quién podía ser.

–El biólogo marino del que te hablé. Del que me separé.

–El de la estudiante de posgrado de veintidós años en bikini.

Me arrepentí del comentario de inmediato. Una sonrisa le curvó la comisura de la boca, pero era triste en lugar de irónica.

–Sí. Se ha enterado de... lo que pasó. Ha salido en las noticias incluso en Australia. Estaba preocupado, quería ver si estaba bien. –Me miró—. Quiere que le dé otra oportunidad.

Miré por la ventana de la cafetería. Los turistas se agolpaban fuera, más de los que podía contar. Un músico callejero tocaba una alegre versión de «What a Wonderful World» con una guitarra.

–¿Y qué quieres tú?

–No lo sé. Pero estuvimos juntos siete años. No todo fue malo.

«Hasta que se largó con otra», pensé, pero esta vez conseguí contener mis palabras.

–¿Así que...?

Ella se encogió de hombros.

–Así que le he dicho que podemos hablar de eso cuando vuelva.

Me quedé muy quieto, notando como si el suelo acabara de moverse bajo mis pies.

–Entonces ¿estás decidida a marcharte?

–Tengo... Tengo que hacerlo. Han pasado demasiadas cosas, necesito tiempo para poner orden en mi vida. Y aquí ya no me necesita nadie.

«¿Ah, no?» Tenía las manos apoyadas en la mesa. Alargué los brazos y las tomé entre las mías.

–Rachel...

–No lo hagas. Por favor, no puedo... –Se interrumpió—. Esto ya es bastante difícil.

El entumecimiento había sido reemplazado por una decepción que me presionaba con un peso físico.

–Entonces ¿no hay nada que pueda decir?

Me miró durante largo rato, acariciando suavemente mi mano con el pulgar. Luego, apretándola delicadamente, me la soltó.

–Lo siento.

Yo también lo sentía. Me obligué a esbozar una sonrisa mientras desplazaba mi mano hacia la taza.

–¿Cuándo te vas?

Pareció liberarse de parte de la tensión.

–Tan pronto como todo se solucione. Andrew ha encontrado una casa para alquilar en Chelmsford hasta que se resuelvan las cosas. Es una zona agradable, y hay una buena escuela cerca para Fay. Andrew está decidido a poner Creek

House a la venta tan pronto como pueda. No pueden quedarse allí, no después de todo lo que ha ocurrido. No va a ser fácil para ellos, pero tal vez comenzar de cero les ayude.

–Parece una buena idea.

En retrospectiva, había algo insano en la hermosa casa al borde de las marismas. A pesar de su estética moderna, de la planificación que Trask había invertido en su diseño, había sido un lugar desgraciado. Parecía un elemento forzado en el paisaje en vez de formar parte de él, y eso también podía aplicarse a los habitantes de la casa. Trask había sido un hombre cuidadoso, pero había estado tan ocupado salvando a su familia de las Backwaters que había olvidado que la tragedia también podía venir del interior.

Esperaba que los siguientes ocupantes de Creek House tuvieran mejor suerte.

El músico callejero estaba terminando la canción, y cosechó aplausos dispersos. La gente se alejó mientras él se agachaba a contar las monedas en la funda de su guitarra.

–¿Qué harás cuando vuelvas? –pregunté.

–Todavía no lo sé. Tal vez preguntar si mi antiguo puesto sigue vacante. – Vaciló antes de preguntar–: ¿Estarás bien?

Dejé de mirar por la ventana. Mi sonrisa me salió con más naturalidad esta vez, pero lo cierto es que tenía mucha práctica.

–Claro, estaré muy bien.

Rachel miró su reloj.

–Será mejor que me vaya. Solo quería verte en persona, para explicártelo. Y, además, nunca llegué a darte las gracias.

–¿Por qué? –pregunté confuso.

No entendía qué tenía que agradecerme.

Rachel me lanzó una mirada dudosa.

–Por encontrar a Emma.

La mañana después del disparo a Porter, al alba, las aguas habían desaparecido, dejando a su paso una extensión de barro y piedras de varios kilómetros de extensión. La subida de la marea no había sido tan catastrófica en comparación con las crecidas que habían inundado la costa este en el pasado, y desde luego, mucho menos grave que la tormenta de 1953. Varios centenares de casas habían sido evacuadas, las carreteras se habían vuelto intransitables y el agua se había llevado por delante los espigones. Pero todo el mundo estaba de acuerdo en que podría haber sido peor. No se habían lamentado muertes.

Al menos, no a causa de las inundaciones.

Con aún más ropa prestada de Trask y envuelto en una manta por segunda vez ese mismo día, fui examinado por los auxiliares sanitarios que llegaron a Creek House con la policía. Habían atendido primero a los demás, pues, de una forma u otra, necesitaban más atención que yo. Apenas había hablado con Rachel después del disparo. En cuanto llamé a la policía, los envié a todos abajo, lejos del cadáver del asesino de Lundy. Rachel se había llevado a Fay a su habitación para calmarla, ya que estaba histérica, mientras que yo me había quedado con Jamie. Más que para evitar que fuera a alguna parte, lo hice sobre todo para asegurarme de que estaba bien. No creí que intentara irse.

Ya llevaba demasiado tiempo escondiéndose.

Los auxiliares me sugirieron que fuera al hospital, pero me negué. Conocía bien los signos de la hipotermia o de un principio de infección, y no tenía ninguna de las dos cosas. Dos tazas de té caliente con azúcar y la ropa seca del armario de Trask habían acabado con la peor parte de los escalofríos. Estaba agotado, pero ya descansaría más tarde.

Quería llegar al final de aquello.

Clarke vino a verme después de mi declaración, una vez más, en la jefatura de la policía a primera hora de la mañana. Llegó a la sala de entrevistas con dos tazas de té de poliestireno, una de las cuales era para mí. No estaba seguro de si era una ofrenda de paz, pero la acepté.

–¿Cómo se encuentra? –me preguntó sentándose frente a mí.

Me encogí de hombros.

–Bien. ¿Cómo están los otros?

La inspectora parecía cansada, tenía la tez pálida y con signos de agotamiento después de una noche muy larga. Sabía que yo no tendría mucho mejor aspecto.

–Rachel Derby solo tiene algunos moretones. La niña está en estado de *shock*, pero hemos soltado a Andrew Trask, así que al menos está con ella. Puede que tengamos más preguntas para él más tarde, pero dadas las circunstancias...

Dadas las circunstancias, dejar que una niña pequeña estuviera con su padre era lo más humano que se podía hacer. Especialmente cuando su hermano acababa de matar a un hombre delante de ella.

–¿Y Jamie?

–Tiene la nariz rota y un par de dientes flojos, pero ese es el menor de sus problemas. ¿Cuánto le ha contado?

–Casi todo –admití.

Algunas piezas las había encajado yo mismo. Desde el momento en que vi al hijo de Trask sosteniendo la escopeta hecha por encargo, supe lo que eso significaba. Me preguntaba por qué Porter no había usado la Mowbry en el cobertizo, pero el motivo era muy sencillo: porque no la tenía. Nunca la había tenido. Había estado escondida en el fondo del armario de la habitación de Jamie Trask desde que el adolescente disparó accidentalmente a Anthony Russell.

Poco tiempo después del fallido intento de su padre de enfrentarse a Leo Villiers, Jamie había visto una luz en Willets Point. Volvía a casa después de haber salido con unos amigos, y aunque no estaba exactamente borracho, tampoco estaba sobrio del todo. Sin duda le preocupaba lo que su padre podría hacer ahora que Leo Villiers había regresado. Pero no fue solo el alcohol o la preocupación por su familia lo que empujó al adolescente a ir hasta la casa del promontorio.

–¿Le contó lo de él y Emma Derby? –preguntó Clarke.

–No explícitamente, pero lo adiviné –dije. No fue difícil: en cuanto Jamie había empezado a hablar, sus sentimientos hacia su madrastra se habían hecho obvios–. ¿Hasta dónde habían llegado?

La inspectora tomó un sorbo de té, esbozando una mueca mientras lo dejaba en la mesa.

–No parece que llegara a pasar algo entre ellos en realidad, pero ella lo había estado incitando durante un tiempo: había estado coqueteando, dejando la puerta abierta mientras se duchaba... ese tipo de cosas. Probablemente ella solo lo hacía para poner un poco de diversión en su vida, pero bastó para que se le metiera en la cabeza. Llegó a un punto en que él no quería estar solo en Creek House con ella cuando su padre estaba ausente; por eso se había ido a casa de unos amigos cuando Emma desapareció, porque no se fiaba de sí mismo.

No era de extrañar; las hormonas adolescentes por un lado y el sentimiento de culpa por otro, un cóctel muy explosivo.

Clarke negó con la cabeza, irradiando desaprobación.

–Sabe Dios en qué estaba pensando esa mujer. Debería haber tenido un poco más de cabeza.

Sí, debería haberla tenido. Rachel me había contado que Jamie había roto bruscamente con Stacey Coker antes incluso de saber que estaba embarazada, y ahora estaba claro por qué. No era ningún secreto que el singular matrimonio con Trask atravesaba serias dificultades, y para alguien como Emma Derby, una mujer frívola y aburrida que echaba de menos la vida en la ciudad, el enamoramiento del adolescente debió de haber sido una halagadora distracción. Se había ganado a su hijastra jugando a ser la hermana mayor. Con su hijastro, había adoptado un enfoque diferente.

–¿Trask lo sabía? –pregunté.

–No lo ha admitido, pero debía de tener sus sospechas. A los adolescentes no se les da demasiado bien disimular sus sentimientos, y no me imagino a Emma Derby esforzándose demasiado para ser sutil. Ahora ya carece de

importancia, pero no me extrañaría en absoluto que Trask no quisiera saberlo. Probablemente le daba miedo lo que pudiese descubrir, sobre todo después de la desaparición de su esposa.

Dios, pensé, el ambiente emocional en casa de Trask debía de ser irrespirable. No era de extrañar que la relación entre padre e hijo fuera tan tensa, o que Rachel hubiera dicho que con ellos dos había que andar con pies de plomo. No se había ido a vivir con la familia hasta después de la desaparición de su hermana, así que se había perdido la interacción entre Jamie y su madrastra.

Pero era imposible ignorar las tensiones entre aquellas cuatro paredes. Y para Jamie, meses de celos, de culpa y dolor habían llegado a un punto de inflexión cuando vio la luz encendida en la casa de Leo Villiers y creyó que el amante y asesino de su madrastra había regresado a Willets Point.

La voz del adolescente había sido plana y nasal, amortiguada por los guisantes congelados que sostenía junto a su nariz rota, mientras me contaba lo sucedido aquella noche. Envalentonado por el alcohol y la adrenalina, aparcó frente a la casa de Villiers y estuvo a punto de golpear la puerta cuando oyó un cristal rompiéndose en la terraza. Había ido a la parte delantera de la casa y había visto a un hombre con un abrigo largo junto al borde del agua, con la solapa levantada para protegerse del frío. A su alrededor, el suelo de la terraza estaba lleno de vasos y botellas vacías, algunas de ellas rotas, como si las hubieran utilizado para la práctica de tiro. Había una escopeta apoyada contra un árbol cercano. Jamie la había cogido, más que con la intención de usarla él, para mantenerla fuera del alcance de Villiers.

El hombre lo oyó y se volvió. Aun en la oscuridad, Jamie se dio cuenta de que era un completo extraño. Presa del pánico, Jamie había apuntado con los cañones superpuestos de la escopeta hacia la cara del hombre, tartamudeando y exigiéndole que le dijera dónde estaba Leo Villiers.

Y en ese momento, la escopeta se había disparado.

—Anthony Russell cayó de espaldas al agua por el impacto—dijo Clarke con un suspiro—. Esa noche había marea de primavera, por lo que el cuerpo debió de desplazarse por los Barrows, en el estuario, en lugar de salir al mar.

Probablemente terminó en las márgenes de las Backwaters y por eso no lo encontraron hasta al cabo de varias semanas.

Cuatro semanas, para ser exactos. Una vez en el laberinto de arroyos y canales, el cadáver se habría hundido hasta el fondo. Expuesto al aire y a las aves marinas dos veces al día durante la bajamar, y pasto de los carroñeros acuáticos, finalmente había reflatado y regresado de nuevo al estuario.

Y luego vino la llamada de Lundy.

—¿Qué le pasará a Jamie? —pregunté.

Clarke miró con aire reflexivo su taza de poliestireno. La visión me recordó a Lundy haciendo lo mismo solo unos días antes.

—Lo de Porter fue en defensa propia, nadie lo culpará por eso. Pero fuese intencionadamente o no, lo cierto es que disparó a Anthony Russell. Habría sido mejor que hubiese acudido a nosotros enseguida. Pero tal como han ido las cosas...

Encogió un hombro, indicando que aquello escapaba de su control. Lo cual no dejaba de ser razonable: Jamie había matado a un hombre inocente y luego lo había ocultado. Aunque no hubiese sido su intención hacerlo, había desencadenado una serie de acontecimientos que se habían cobrado aún más vidas. Incluso teniendo en cuenta las circunstancias atenuantes, se enfrentaría a una pena privativa de libertad. Con un poco de suerte y un tribunal comprensivo, aún sería lo bastante joven para seguir con su vida después, pero cualquier plan de ir a la universidad y llevar una vida normal quedaban ahora muy lejos.

Y pese a todo, de no haber sido por la escopeta que había escondido, muy probablemente Porter habría matado a Fay y a Rachel, y también al propio Jamie. Estaba demasiado cansado para decidir si eso era algo fortuito o irónico.

—¿Han encontrado la escopeta que Porter usó en el fuerte marino? —preguntó.

—Todavía no, pero aún estamos registrando su apartamento. Tenía sus propias dependencias en la casa principal de sir Stephen Villiers, así que ya se puede imaginar lo fácil que ha resultado eso —dijo Clarke secamente—. Pero

había una caja de cartuchos vacía en su papelera. Perdigones de bismuto del número cinco, de la misma marca que utilizaba Villiers.

Y el mismo tipo de munición que mató a Lundy. Pero a Clarke no hacía falta que se lo recordara.

—La teoría que barajamos en estos momentos es que Porter cogió una escopeta y perdigones de la casa de Leo Villiers cuando sir Stephen le encargó que limpiara Willets Point —continuó—. Sabíamos que podía faltar una segunda escopeta en el armario, pero como Villiers lo había trasladado todo a la bodega cuando se renovó la casa, nadie podía asegurarlo. Todavía estamos tratando de localizar la escopeta, pero mi teoría es que Porter la habría arrojado al mar al volver del fuerte. —La inspectora me miró a través de la mesa, las ásperas lámparas del techo realzaban las sombras bajo sus ojos—. Por suerte para usted.

Había sido una suerte, sí, pero yo no me sentía afortunado. Pensándolo fríamente, me di cuenta de que, en veinticuatro horas, me había librado por los pelos de morir dos veces. Emocionalmente, sin embargo, habían pasado demasiadas cosas para poder asimilarlas todas.

Pensé que Clarke seguramente tenía razón con respecto a Porter y la segunda escopeta. El arma lo relacionaba con el asesinato de un inspector de policía, y llevaba la cara llena de cortes después de disparar a quemarropa contra una puerta de acero oxidado. Y aunque el retroceso no hubiera dañado el cañón, debió de decidir que era demasiado arriesgado conservar la escopeta.

Ahora, tras reflexionar sobre lo sucedido, vi cómo había perdido el control de la situación a partir del momento en que fue hasta el fuerte marino para enfrentarse a Emma Derby y Mark Chapel. Y cuando Leo Villiers, que debió de parecerle el perfecto chivo expiatorio, regresó de entre los muertos, la situación de Porter se había vuelto insostenible. Estaba convencido de que decía la verdad cuando dijo que las cosas se le habían ido de las manos. Pero eso era un triste consuelo para las personas cuyas vidas habían sido destruidas por su culpa.

—La caja de cartuchos vacía no fue lo único que encontramos en su casa —continuó Clarke—. Era un tipo acaparador: el lugar estaba lleno de objetos robados. Nada grande ni demasiado obvio, principalmente objetos como relojes

y joyas. Seguimos cotejando con las denuncias, pero creemos que al menos algunos de ellos provienen de robos denunciados en la zona el año pasado.

–¿En torno a la misma época en que entraron a robar en Creek House? – pregunté.

Clarke asintió con la cabeza

–Parece que tenía razón respecto a que eran una cortina de humo. Porter debió de suponer que habría copias de las fotografías en el ordenador de Emma Derby, pero no quería que nadie pensara que los Trask habían sido un objetivo específico. No tenía ordenadores robados en su piso, así que debió de deshacerse de ellos, pero encontramos un lápiz de memoria USB escondido detrás de un zócalo suelto. Todavía estamos revisando los archivos, pero las fotografías del chantaje están ahí. Fotos de Leo Villiers vistiéndose con ropa de mujer, tomadas desde lejos a través de las ventanas de su casa. Hay algunas grabaciones que creemos que fueron hechas con la cámara de vídeo que Mark Chapel se llevó del trabajo, pero son de mala calidad y no se ve gran cosa.

–¿No han encontrado la cámara?

–Aún no. Porter era demasiado listo para guardar cualquier cosa que pudiera llevar fácilmente hasta Emma Derby, pero es evidente que decidió quedarse con las fotografías. Da que pensar; tal vez planeaba usarlas él mismo algún día.

Porter se había indignado cuando le sugerí que era un chantajista, pero también negó ser un ladrón. Aunque puede que no se viera a sí mismo como ninguna de las dos cosas, era evidente que había dejado abiertas sus opciones por si cambiaba de opinión.

–Me dijo que no iba a permitir que «sacaran tajada» después de todo lo que él había hecho por los Villiers –le expliqué–. ¿A qué cree que se refería?

Clarke levantó la taza de poliestireno otra vez antes de pensarlo mejor. La volvió a dejar en la mesa con una expresión agria.

–No estoy segura, pero toda la concatenación de hechos causa extrañeza. No parece que Porter y Leo Villiers se llevaran demasiado bien, pero sir Stephen le encargó a él que limpiara Willets Point cuando supo que íbamos a registrar la casa. ¿Y por qué enviar a su chófer a entregar medio millón de libras por un chantaje en lugar de mandar a alguien de su equipo de seguridad?

–Porter llevaba trabajando para Villiers veintitantos años. Debía de confiar en él.

Clarke me miró con escepticismo.

–Exactamente, pero no considero a sir Stephen un hombre ingenuo, y Porter no era lo que podría llamarse alguien digno de confianza. Sabemos que se quedó con el dinero de su jefe, y que había varias piezas y objetos que creemos que sacó de la casa de Leo Villiers: cubiertos de plata, gemelos de oro, un par de prismáticos Zeiss de alta gama, cosas así. Entonces ¿cómo es que un hombre de negocios sin escrúpulos como sir Stephen depositó tanta confianza en su chófer de manos largas?

Me froté la cara, tratando de organizar mis pensamientos. Clarke tenía razón, algo fallaba. Solo que no veía qué podía ser.

–¿Qué dice sir Stephen?

–¿Sobre el hecho de que su chófer sea un asesino múltiple o que su hijo haya regresado al mundo de los vivos como mujer? –Apartó la taza de té como si esta tuviera la culpa–. No ha hecho ningún comentario sobre Leo, pero debía de saber que era transgénero o no nos habría impedido acceder a su historial médico. Tal vez creía de veras que Leo había asesinado a Emma Derby también. Eso explicaría por qué mostraba tanto interés en que creyéramos que su hijo estaba muerto. No quería que abriésemos la caja de Pandora.

–¿Y qué hay de Porter?

–Sir Stephen no tiene mucho que decir sobre él. Sus abogados nos han asegurado que estaba conmocionado por la noticia y que su cliente no es responsable de las acciones individuales de sus empleados. Ah, también señalaron que a sir Stephen le robaron el coche, de modo que él mismo es una víctima.

–No puede hablar en serio.

–Completamente. Les ofrecí el número de Apoyo a las Víctimas, pero curiosamente, lo rechazaron. –Soltó un bufido de disgusto–. En lo que respecta al chantaje, rechazan confirmarlo o negarlo. Tengo la sensación de que no quieren que la gente sepa que sir Stephen cedió al chantaje, por lo que esperan echar tierra sobre el asunto.

–¿Pueden hacer eso? –pregunté.

–Pueden intentarlo. No hay pruebas fehacientes de que Derby y Chapel chantajearan a sir Stephen, más allá de la versión de los hechos de Porter. E incluso eso es de segunda mano.

Dios, pensé, asqueado. Con chantaje o sin él, no podía sentir ninguna simpatía por el padre de Leo Villiers. Había una frialdad antinatural en él, y una prepotencia y arrogancia en la forma en que creía estar por encima de la ley. Aunque lo cierto era que, con su dinero y sus contactos, tal vez lo estaba.

–Hay una cosa más –dijo Clarke despacio–. La Protectora de Animales se llevó los pájaros y los animales de la casa de Holloway antes del incendio, pero cuando ayer por la tarde comenzamos a limpiar el jardín encontramos una bolsa de deporte entre la maleza. Al parecer se había usado para transportar a una gaviota enferma o algo así. Además de los excrementos de pájaro, estaba llena de billetes de cincuenta libras.

La miré fijamente.

–¿Holloway usó el dinero para fabricar un nido para un pájaro?

Una leve sonrisa tiró de la comisura de la boca de Clarke.

–Lo sé. Estaba cerca de uno de los árboles que se incendió, por lo que, si no hubieran estado tan mojados, probablemente los billetes se habrían convertido en cenizas. Estaban bastante chamuscados, pero parece que el dinero está casi todo ahí. Quinientas mil libras calentando el trasero de una gaviota.

Joder... Me recosté en el asiento, perplejo. Porter se equivocaba cuando dijo que Edgar no habría sabido qué hacer con el dinero. En otro momento, habría sido incluso divertido.

–¿Qué va a pasar con el dinero?

–Bueno, esa es una pregunta interesante. Obviamente, si el dinero pertenece a sir Stephen, habría que devolvérselo, con sus cagadas de pájaro y todo. Pero para que eso suceda, tendría que admitir que fue víctima de un chantaje, así que, a menos que lo haga, no tendremos más remedio que considerar que es propiedad de Holloway.

Compartimos una sonrisa al pensar en eso, conscientes ambos de la justicia poética del asunto. Y para mí había también un elemento de alivio. Aunque me había negado a reconocerlo, la acusación de Porter se había clavado como una espina en el fondo de mi mente: «Si no sabe dónde está, entonces solo queda la hermana de Derby». Me preguntaba qué decía de mí el hecho de que aún hubiese albergado dudas sobre ella, incluso en esos momentos.

Clarke se puso en pie, indicando con ello que la entrevista había llegado a su fin.

–Creo que hemos terminado aquí. ¿Se encuentra en condiciones para volver a Londres?

Asentí. Mi coche había sido declarado siniestro total, pero aún tenía mi billetera. Podría tomar un taxi hasta la estación de tren y regresar a mi apartamento en un par de horas. Ya no tenía sentido quedarme aquí, aunque hubiese tenido un lugar donde alojarme. Rachel ya tendría bastante con lo que lidiar en aquellos momentos, y yo necesitaba dormir. Solo de pensarlo sentí como si el cuerpo me pesara el doble de lo que debería.

Pero todavía había cosas que no entendía, cabos sueltos con preguntas que el cansancio y la cafeína solo parecían enmarañar aún más.

–¿Y cómo sabía Porter de la existencia de la casa de Edgar? –pregunté empujando la silla hacia atrás mientras me levantaba con movimientos rígidos—. ¿Ha dicho Leo..., quiero decir, Lena Merchant, algo al respecto? Debe de haber alguna razón por la que los Villiers le permitían vivir allí sin pagar alquiler...

–Lo siento, pero no puedo hablar de eso.

La súbita brusquedad me pilló por sorpresa. A Clarke no parecía haberle importado hablar de otros aspectos del caso. Pero yo no era el único que no había dormido, y la inspectora aún tenía que resolver todo aquel maldito embrollo. Quizá pensaba que ya se había mostrado suficientemente cortés conmigo por una noche.

O por un día, como se vio después. Había perdido la noción del tiempo en el cuarto sin ventanas, pero cuando salí de la jefatura de policía, el alba despuntaba con un delgado amanecer gris. Era demasiado temprano para llamar a Rachel, y mi teléfono no funcionaba. Clarke me dijo que por el momento tendrían que quedarse con mis bolsas y las pertenencias de mi coche, así que tomé un taxi directo a la estación.

Dormí a intervalos en el tren y cogí otro taxi hasta mi casa en lugar de soportar la hora punta de la mañana en el metro. Se me hacía extraño estar de vuelta en el bullicio y la contaminación de Londres después del aislamiento de los paisajes de juncos de las Backwaters. Experimenté una desconcertante sensación de desorientación mientras caminaba por el familiar sendero del jardín para abrir la puerta principal. El olor pegajoso de la pintura fresca me causó perplejidad hasta que recordé el intento de robo antes de irme. Era como si hubiese transcurrido una eternidad desde entonces.

Entre las cartas del correo basura del suelo había una factura del pintor, cortesía de mi vecina de arriba. La dejé sobre la mesa de la cocina, sintiéndome tenso y fuera de lugar. Tenía la cabeza embotada por la fatiga, pero había llegado al inquietante límite de cansancio que sabía que me impediría dormir. Encendí el televisor más por distracción que por el deseo de ver el informativo de la mañana, y llené el hervidor de agua para preparar café.

Cuando me volví para mirar, el fuerte marino estaba en la pantalla.

Verlo allí, en mi apartamento, me pareció una imagen completamente surrealista. Por un momento pensé que estaba sufriendo alucinaciones, cuando una imagen aérea desde un helicóptero mostró figuras diminutas vestidas de blanco moviéndose debajo de la torre. Por supuesto, el asesinato de un inspector de policía era sin duda una noticia de gran repercusión, sobre todo después de la muerte por un disparo de escopeta de su asesino.

Apagué el televisor. Era como si no hubiese oxígeno en la habitación. De pronto me vino la imagen de Lundy sangrando profusamente en los escalones metálicos, tan vívida que casi podía oler la sangre y la pólvora. Intenté concentrarme en preparar el café, pero aquella persistente desazón no me abandonaba. Conocía demasiado bien la forma en que trabajaba mi subconsciente para saber que las noticias de la televisión habían removido algo por dentro, algo que había permanecido latente. No era solo el impacto de ver el fuerte marino o el recuerdo de la muerte de Lundy. Estaba pasando por alto algo. Simplemente no sabía lo que era. «Vamos, ¿qué es? ¿Qué es lo que no has sabido ver?»

Me serví un café y volví a visualizar el fuerte. Vi la escalera que llegaba a la pasarela y recordé el eco del mar resonando bajo la torre; las olas rompiendo contra sus patas huecas, la húmeda cortina de algas mientras las gaviotas se alimentaban del banco de arena expuesto a la intemperie...

Entonces fue cuando me di cuenta. Dejé el café, maldiciendo mi estupidez. Como tantas otras cosas, lo había tenido delante de mis narices todo aquel tiempo.

Cangrejos.

La unidad de actividades subacuáticas tuvo que esperar hasta la siguiente marea baja antes de partir hacia el fuerte marino. Clarke no había querido que yo los acompañara. Si bien su escepticismo inicial se había desvanecido en cuanto le expuse mi razonamiento, su reticencia había sido más difícil de vencer.

–Necesita descansar un poco. No resulta útil para nadie si se cae de sueño, y ha estado despierto toda la noche –argumentó.

Ella también lo había estado, pero sabía que no debía mencionarlo. Así que le contesté que me encontraba bien, que podía dormir un par de horas mientras esperábamos la marea. Sabía tan bien como yo que si encontrábamos lo que esperaba encontrar necesitarían un antropólogo forense. E incluso aunque encontrasen a alguien con tan poco tiempo, un recién llegado no conocería el caso ni la mitad de bien que yo.

Finalmente, Clarke cedió. Tras ultimar los preparativos, configuré mi alarma y luego me desplomé en la cama y dormí dos horas. Me desperté desorientado y en absoluto descansado, pero una ducha caliente y un desayuno ayudaron. Cuando cogí el tren que me llevaría de nuevo a la jefatura de la policía para la sesión informativa de Clarke, ya me sentía casi humano otra vez.

Pero regresar al fuerte marino fue más inquietante de lo que creía. La lancha de la unidad de actividades subacuáticas avanzaba trabajosamente a través del oleaje posterior a la tormenta, y se vio obligada a echar el ancla un poco lejos de la plataforma de amarre. La cinta policial atada alrededor de la escalera y la pasarela superior emitía un débil zumbido en el viento mientras un bote completaba la última parte del trayecto, con nosotros a bordo. Levanté la vista hacia la torre oxidada que se erigía por encima de mí, pero ese día mi objetivo no estaba allí arriba.

Estaba más abajo.

El banco de arena que rodeaba la torre todavía estaba sumergido bajo el agua cuando llegamos, pero para cuando hubieron desembarcado los equipos forenses y el equipamiento, una suave curva marrón había roto la superficie. La duna creció rápidamente, y cuando los agentes de la policía científica salieron a la arena blanda, apareció el primer cangrejo.

Debería haberlo reconstruido antes, pero el caso es que cuando vi a las pequeñas criaturas el día anterior aún estaba en estado de *shock* por la muerte de Lundy. Aun así, la información había quedado registrada en mi subconsciente, y fue abriéndose paso poco a poco como una astilla en la piel hasta que pudo liberarse. Los cangrejos son carroñeros. Se alimentan de carne muerta, incluso cuando está en avanzado estado de descomposición. Y el hecho de que tantos cangrejos hubiesen colonizado el banco de arena significaba que debía de haber una fuente abundante de alimento enterrada en su interior.

Como un cadáver.

—¿Está seguro, Hunter?

Frears estaba de pie a mi lado en la plataforma, observando a los pálidos cangrejos alejarse de las palas de los agentes de la científica cuando su refugio quedó destruido.

—Completamente seguro —le dije.

Quizás en otras circunstancias, habría sentido cierta inquietud por la posibilidad de estar equivocado, por haber traído a toda esa gente hasta allí para nada. Esta vez, en cambio, sentía una serena certeza. Los cangrejos habían servido de catalizador, reuniendo todas las piezas separadas que tenía allí delante. «Tiene razón, a medias», había sido la sarcástica respuesta de Porter cuando le pregunté si había escondido el cadáver de Emma Derby en las Backwaters después de arrojarla desde la torre. En ese momento no entendí el significado de sus palabras, pero cuando salió al fuerte marino para enfrentarse a los chantajistas, iba en la barca de Leo Villiers. Yo la había visto en Willets Point, un pequeño bote amarrado al muelle de madera en la parte trasera de la casa.

Demasiado pequeño para transportar a Porter y dos cadáveres.

No se habría dado cuenta de su error hasta después de dejarlos caer sobre la plataforma de amarre, dieciocho metros más abajo. Una vez hecho eso, no tenía más remedio que seguir adelante. No habría sido práctico llevar su peso muerto a una escalera casi vertical, así que cuando descubrió que no había espacio en el bote para ambos, sus opciones se habían visto muy limitadas. Si dejaba que la marea se llevara una de sus víctimas, sabía que acabaría arrojándola a la costa y la descubrirían. Pero la bajamar le había revelado otra alternativa.

Podía enterrar uno de los cuerpos en el banco de arena.

Porter había elegido a Emma Derby por razones puramente prácticas. Estaba expuesto a la intemperie, a cielo abierto, bajo el fuerte, tenía prisa por escapar de allí, y ella era la más pequeña; no iba a necesitar una fosa tan grande. Dudo que llevara una pala consigo, pero la arena mojada debía de estar lo bastante blanda para poder excavarla con un remo. No habría tenido que cavar muy hondo, solo lo suficiente para que la marea no descubriera lo que había enterrado allí.

El agua de mar se filtró en el agujero cuando los agentes de la policía científica rasparon la arena de lo que quedaba de Emma Derby. Los cangrejos habían estado muy ocupados durante los meses que el cadáver había permanecido bajo la torre del fuerte marino. Apenas quedaban restos de la parte de la piel expuesta y los tejidos blandos, por lo que solo se veían huesos y cartílago recubiertos de adipocira de un color blanco sucio. El pelo, apelmazado por la arena, se había desprendido, pero todavía era largo y oscuro, adherido a las cuencas oculares vacías y los huesos de la cara. Aunque no había ningún parecido con la hermosa mujer segura de sí misma cuya fotografía había visto en el cobertizo, no había ninguna duda.

Habíamos encontrado a la hermana de Rachel.

No asistí a la autopsia. Esa había sido una de las condiciones de Clarke para permitirme estar presente en la recuperación del cadáver: podía observar y ofrecer mis consejos sobre la manipulación de los delicados restos, pero eso era todo. Aunque me costaba admitirlo, probablemente era lo mejor. Había estado aguantando a base de adrenalina y de mis últimas reservas, pero para entonces ambas cosas se habían agotado ya.

Así que, por segunda vez ese mismo día, regresé a Londres. Dormí durante seis horas, luego me levanté y me duché antes de improvisar una cena tardía a partir de lo que había dejado en la nevera. Intenté llamar a Rachel y sentí un alivio cobarde cuando me saltó directamente el buzón de voz. Era la policía y no yo quien debía comunicarle la noticia sobre su hermana, y no quería hablar con ella antes de que los hubiesen informado, tanto a ella como a Trask. Mientras me preguntaba si debía volver a intentarlo sonó mi teléfono fijo.

Era Clarke, que me llamaba para comunicarme los resultados de la autopsia.

–No hay huellas dactilares, obviamente, así que estamos haciendo las comprobaciones con los registros dentales y el ADN –dijo. Aún estaba recuperándome de la sorpresa de que la inspectora se hubiera molestado en llamar: no esperaba que lo hiciera–. Pero la ropa y las joyas coinciden con las de Emma Derby. Después de lo que pasó con Leo Villiers, tengo mis reservas y soy cauta en sacar conclusiones precipitadas, pero esta vez creo que podemos afirmar que se trata de ella.

–¿Cómo murió? –pregunté masajeándome la espalda.

Tenía los músculos agarrotados después del castigo que habían tenido que soportar en el cobertizo inundado.

–Frears cree que fue estrangulada. Tenía el hueso hioides roto, al igual que el cuello, aunque eso podría haber sucedido en el transcurso de la caída. Sufrió el mismo tipo de fracturas múltiples que Mark Chapel, por lo que Porter, obviamente, los arrojó a los dos desde lo alto de la torre.

La causa probable de la muerte no fue ninguna sorpresa para mí. Porter también había estrangulado a Stacey Coker, otro testigo inesperado al que había querido silenciar. Pero no sentí ninguna satisfacción al oír la confirmación.

–Encontramos el bote de Leo Villiers en el estuario –continuó Clarke–. Probablemente la inundación lo arrastró hasta allí, pero parece que, en efecto fue así como Porter llegó al fuerte marino. Hay huellas recientes de neumáticos en el césped de Villiers que coinciden con las del Daimler, así que debió de regresar a Willets Point por el coche y luego se marchó a toda prisa.

No tuvo que decir por qué, ni explicar la amargura en su tono.

–¿Estaba la otra escopeta en el bote?

–No, pero hallamos residuos de pólvora en el motor fueraborda. Creemos que provenían de sus guantes, lo que nuevamente me hace pensar que se deshizo del arma arrojándola por la borda en el camino de vuelta. Y también había rastros de sangre.

–¿De Chapel?

Tan pronto como lo dije, supe que no podía ser de él. Siete meses de exposición a la lluvia y al agua salada habrían hecho prácticamente imposible de identificar cualquier resto del hombre.

–No, no era de Chapel. Pero podemos dar por hecho que Porter habría limpiado el bote después de transportar el cuerpo a las Backwaters. La sangre que encontramos era reciente, y pertenecía a dos grupos sanguíneos diferentes. Uno era el mismo que el de Porter, por lo que probablemente es de su cara, a consecuencia de las heridas infligidas después de disparar a la puerta de acero. La otra mancha de sangre estaba en su zapato. –Vaciló durante una fracción de segundo–. Concuerta con la de Bob Lundy.

Ambos nos quedamos en silencio. Clarke se aclaró la garganta.

–Hemos notificado el hallazgo del cadáver a la familia de Emma Derby. La noticia ha caído como un jarro de agua fría, naturalmente, pero ahora espero al menos que puedan descansar. Ah, y otra cosa –añadió rápidamente–. Ha recibido un mensaje de correo electrónico por accidente. Le estaría muy agradecida si lo eliminase.

Parecía un error impropio de Clarke, pero después de las últimas veinticuatro horas, tenía derecho a cometer algún pequeño desliz.

–Está bien –dije frotándome los ojos.

No le habría dado más importancia, pero ella no había terminado.

–Me imagino que probablemente fue alguien que no durmió anoche – prosiguió, y ahora su tono de voz había cambiado sutilmente–. No creo que le interese hacerlo, pero preferiría que no se lo mencionase a nadie.

Ahora estaba empezando a picarme la curiosidad.

–No, por supuesto.

–Entonces, está todo claro.

–Me aseguraré de eliminarlo –dije con cuidado.

–Gracias, doctor Hunter.

Cortó la comunicación. «¿Qué demonios ha sido eso?», pensé. Desconcertado, abrí mi ordenador. El correo electrónico estaba esperando en mi bandeja de entrada, enviado apenas unos minutos antes. No llevaba ningún asunto o mensaje, solo un archivo adjunto. Dudé y luego lo abrí.

El adjunto era una copia de la declaración de un testigo. Cuando vi de quién era, olvidé de golpe todo mi cansancio.

Me incliné hacia delante y empecé a leer acerca de unos sucesos acaecidos veinticinco años antes.

El verano en que Leo Villiers cumplió nueve años estuvo marcado por una inusitada ola de calor. Las temperaturas de agosto subieron a niveles mediterráneos, lo que provocó advertencias de sequía y escasez de agua. Los días eran calurosos y paralizantes, las noches húmedas y asfixiantes.

Pero a Leo no le importaba. Él disfrutaba del sol, y en la casa de verano de la familia en Willets Point soplaban una agradable brisa marina que aliviaba el calor sofocante. Y lejos del internado, de la mirada severa de los profesores y la mentalidad de manada de los otros muchachos, se sintió capaz de relajarse. Cuando estaba solo, podía ser él mismo.

Era cuando estaba con otras personas cuando se sentía diferente.

Por regla general, en Willets Point, Leo casi siempre iba a su aire. Excepto por el almuerzo del domingo y las cacerías ocasionales organizadas por sus padres y en las que se esperaba de él que hiciera una demostración, su madre y su padre dejaban que su hijo se divertiera. Eso a Leo le parecía estupendo. Estaba acostumbrado a estar solo, y le resultaba más fácil que tener que enfrentarse a sus padres. Sobre todo, después de lo que había sucedido en Pascua.

A pesar de que sabía que no debía hacerlo, una tarde Leo se había colado en el dormitorio de sus padres para probarse la ropa de su madre. La confusión y la insatisfacción que había llegado a aceptar como normal parecían desvanecerse cuando se miraba en el espejo y se veía transformado. A pesar de que la ropa le iba grande, la persona que lo miraba parecía ser un reflejo más fiel de quién era él en realidad. Era el Leo cotidiano el que era una farsa.

Solo pretendía pasar unos minutos allí dentro, pero había perdido la noción del tiempo y lo habían pillado. Otra vez. Nunca había visto a su padre tan furioso. Había sido aterrador, aún más que su frío desdén habitual. Leo había acudido a su madre con la esperanza de que interviniera, pero ella había girado la cara.

El recuerdo todavía le hacía sentirse avergonzado y muy desgraciado. Esperaba que las cosas mejoraran en Willets Point, pero no fue así. Bien al contrario, no hicieron más que empeorar. El chófer habitual de su padre estaba ingresado en el hospital y habían contratado a un sustituto para el verano, un hombre más joven, de mirada arrogante y burlona y con la cara llena de marcas de acné. Se llamaba Porter.

A Leo no le caía nada bien. Porter había sido soldado y chófer en el ejército, y los días en que el padre de Leo no necesitaba el coche, le ordenaban que cuidara de su hijo. A partir de entonces, en lugar de poder ir y venir a su antojo, Leo iba acompañado a todas partes. Lo llevaba en coche a la playa, por el espigón y por las Backwaters. Porter nunca jugaba o hablaba con el niño, sino que fumaba en silencio, claramente aburrido y resentido por su trabajo de niñera. Parecía que aquello iba a arruinar todo el verano.

Entonces, un día, cuando llegaron a la playa junto al espigón, una mujer joven estaba esperando. Porter sonrió y le dijo a Leo que regresara al cabo de una hora, y Leo se alegró de complacerlo. Desde entonces, se convirtió en la

norma. La playa pasó a ser su destino habitual, y cada vez Porter se encontraba con alguien allí. A veces era la misma mujer, a veces otra. A Leo nunca se le pasó por la cabeza contárselo a su padre, pues aquel arreglo también le convenía: lo dejaban solo, libre para deambular por donde quisiera.

Así fue como conoció a Rowan.

Apareció una tarde mientras él estaba sentado solo en las dunas de arena, una niña normal y corriente con pecas y el pelo rubio. Leo no había tenido mucho contacto con niñas, pero Rowan le parecía mucho mejor compañía que los chicos del internado. Ella vivía en las Backwaters y le dijo que su madre trabajaba en una tienda en Cruckhaven, mientras que su padre se quedaba en casa la mayor parte del tiempo. Escribía libros sobre la naturaleza para las escuelas, y antes solía llevar a su hija con él a las marismas durante las vacaciones.

Pero eso ya no sucedía tan a menudo, le dijo a Leo, no desde que su padre enfermó. Ella no sabía qué le pasaba, pero se encerraba en su estudio durante días y días. Incluso cuando salía, casi nunca hablaba, y la madre de Rowan le había dicho que necesitaba que lo dejaran en paz. Así que ahora ella podía entretenerse como quisiera.

Y, durante una hora cada día, también Leo.

A partir de entonces, los dos se encontraban todas las tardes. No siempre se quedaban en las dunas. Caminaban bajo el sol caluroso, muchas veces hasta las Backwaters, que a Rowan le encantaban. Conocía cada zanja y cada canal, y sabía qué partes eran seguras incluso con la marea alta y qué partes evitar. Hablaban sin parar, y cada uno le contaba cosas al otro de las que nunca le habían hablado a nadie. Rowan le contó cómo oía a su madre llorar y, a veces, gritarle a su padre, que se estaba volviendo cada vez más distante. Leo a su vez le contó que odiaba el internado y a los niños que iban allí. Incluso admitió que tenía miedo de su padre.

Una tarde, Leo le contó que se vestía con la ropa de su madre.

Tenía la cara ardiendo después de habérselo contado, pero Rowan no parecía ver nada de malo en aquello. Le dijo que ella hacía lo mismo, y Leo sintió una extraña oleada de felicidad. Por primera vez en su corta vida había

encontrado a alguien con quien podía hablar libremente. Con quien compartir su secreto.

No recordaba a quién se le había ocurrido la idea exactamente, solo lo entusiasmados que estaban los dos. Hicieron planes para la tarde siguiente y entonces llegó la hora de despedirse. Cuando se fue, Leo estaba tan distraído que no vio a Porter hasta que este le habló.

El conductor estaba de pie entre dos dunas, con una columna de humo azul enroscada en su cigarrillo. Leo miró hacia atrás rápidamente y vio la pequeña figura de Rowan desapareciendo en la playa. Al verla marcharse, Porter sonrió y movió un dedo hacia Leo. «¿Qué diría tu padre?», le preguntó.

El corazón de Leo latía con fuerza. Lo primero que pensó fue que Porter había oído lo que él y Rowan habían estado planeando, pero el chófer estaba demasiado lejos, y cuando Leo se dio cuenta, una nueva emoción se apoderó de él. Se descubrió odiando aquella cara de sonrisa arrogante, casi temblando ante la idea de que su nueva amistad pudiera verse amenazada por el empleado de su padre. «Diría que no te paga para fumar o quedar con chicas», fue la contestación de Leo.

Las mejillas señaladas de Porter se oscurecieron, pero no volvió a mencionar el asunto.

La tarde siguiente, cuando salieron con el coche, Leo esperó hasta que la casa quedó fuera de su campo de visión y luego pidió que lo dejara bajarse. Porter se mostró reacio, pero Leo había aprendido que los secretos funcionaban en ambos sentidos. Y cuando le reveló que lo había visto sacar cajas del cenador que había en el jardín, Porter se detuvo. Ya no sonreía, y maldijo por lo bajo cuando Leo se bajó del coche y le dijo que podía irse.

Pese a todo, Porter obedeció al niño.

En el silencio que siguió cuando el ruido del motor se alejó, Leo corrió al cenador. Escondida detrás de un matorral de árboles y arbustos, la pequeña estructura de una sola planta estaba construida a partir de tablones superpuestos y clavados en un tosco marco de madera. El diseño pretendía imitar una cabaña

suiza, y años atrás se había utilizado para celebrar cenas y recibir a los invitados, pero eso fue antes de que Leo naciera: ahora, maltrecho y deformado por el clima y el paso del tiempo, solo se usaba como almacén.

Había una puerta en medio de un pequeño porche cubierto, flanqueada por unas ventanas cubiertas de telarañas. Leo miró alrededor para asegurarse de que nadie lo veía. Se había colado allí muchas veces, pero tenía que ser cuidadoso.

Sus padres se pondrían furiosos si se enteraban.

Palpó el hueco de la ventana, donde las hierbas secas se aferraban a la tierra fina como el polvo. La llave seguía allí, así que Leo la metió en la cerradura y abrió la puerta que chirrió sobre las bisagras oxidadas al moverse. En la cabaña hacía calor y no circulaba el aire. Un olor seco y áspero a pino tostado por el sol le hizo cosquillas en la nariz cuando entró. Estaba lleno de cajas de cartón y de embalaje de madera. También había viejas maletas y baúles, aunque no tantos desde que Porter se había llevado algunos de ellos. Leo lo había observado desde los árboles, sin ser visto, mientras el conductor entraba y salía unos minutos más tarde con la primera de varias cajas y pequeños muebles viejos. Los había cargado en el maletero del coche antes de irse, pero, aunque Leo no creía que su padre estuviera al corriente, nunca se le había ocurrido decir nada.

Solo le importaba que nadie tocara una maleta en particular.

Cuando Rowan llegó, parecía insegura por encontrarse con él en aquel lugar nuevo, tan cerca de la mansión. Sin embargo, Leo rebotaba confianza. El entusiasmo que había sentido todo el día los contagió a ambos cuando empezaron a investigar el contenido de la maleta. Leo pensó que la ropa podría haber pertenecido a su madre, pero debía de haber sido hace mucho tiempo. Los vestidos cortos y las faldas eran de colores brillantes y demasiado pequeños para ella.

Ni a él ni a Rowan les molestó el olor a naftalina cuando comenzaron a probarse la ropa. Bisutería y zapatos primero, sandalias con tacones de plataforma y collares llamativos. Luego, blusas y faldas. Pese a que la ropa era pequeña, aún les quedaba demasiado grande, pero eso no importaba. Dentro de la cabaña, con la luz del sol entrando a raudales a través de las viejas cortinas de muselina, se sentían como si estuvieran en otro mundo, solo de ellos. Leo estaba

como en trance, con una sensación de haber regresado al fin a su casa, una sensación que intentaría recrear, sin conseguirlo, con el consumo de alcohol cuando fuera mayor. Llevaba un vestido azul brillante; Rowan, un top naranja y una falda también naranja a juego, riendo mientras se deslizaba un brazalete tras otro por la mano. Uno de ellos era de carey, y prácticamente brillaba con el sol; luego Leo recordaría el tintineo que emitían las pulseras cuando se deslizaban por su muñeca.

Aún tenía el brazo levantado cuando la puerta se abrió. Vio que el rostro de Rowan se transformaba cuando miró detrás de él, y luego alguien lo tomó por los hombros y le obligó a darse la vuelta. Se encontró delante de un rostro tan crispado que, al principio, no reconoció a su padre. La cabeza de Leo se movió hacia delante y hacia atrás mientras lo zarandeaban, y luego un golpe en la mejilla lo tiró al suelo. Aturdido, vio un destello de color naranja cuando Rowan corrió hacia la puerta, que desapareció cuando su padre reaccionó arremetiendo contra él. Levantó a Leo en el aire y lo zarandeó de nuevo, tan fuerte que no veía nada. Su padre le gritaba, pero no sabía qué le estaba gritando. Y luego, con bastante claridad, oyó otra voz exclamar: «¡Oh, mierda!».

A continuación, Porter apartó a su padre, empujándolo e interponiéndose entre los dos. Leo volvió a caer de espaldas sobre las cajas, oyendo ruidos inconexos. Luego alguien lo llevó medio a rastras hacia la puerta. Rowan estaba en el suelo, inmóvil con aquella ropa naranja que le quedaba demasiado grande. Estaba muy quieta. No podía verle la cara, pero había una mancha grande y oscura en la esquina de una caja de embalaje que había junto a ella. Parecía pegajosa y húmeda.

Esa fue la última vez que la vio. La puerta se cerró, ocultándola de su vista, y después de eso todo se volvió muy confuso. Leo recordaba haber entrado en el coche y que alguien –Porter o su padre, no estaba seguro– le quitó el vestido y lo envolvió en su propia ropa. Un poco más tarde oyó la voz de su madre, preguntándole cómo se las había arreglado para sufrir un accidente tan tonto. Y luego se encontró entre sábanas frescas, quedándose dormido en una habitación oscura.

A la mañana siguiente, sin más explicaciones, llevaron a Leo de vuelta a la residencia habitual de los Villiers. Durmió durante la mayor parte del trayecto, y de vez en cuando, al despertar, veía la parte posterior del cuello bronceado de Porter. Años más tarde sospecharía que había sufrido una conmoción cerebral, pero en aquel momento acogió de buen grado la sensación de irrealidad y entumecimiento que le impedía pensar con claridad. En un momento dado se encontró lo bastante despierto como para preguntar por Rowan.

«Se ha ido a su casa», respondió Porter sin darse la vuelta.

Nadie volvió a mencionar el incidente. El recuerdo de Leo pronto se desvaneció y se convirtió en un sueño, hasta que apenas podía recordar a la niña de la que se había hecho amigo ese verano. Si por casualidad pensaba en ella, o en aquella tarde en la cabaña, experimentaba una sensación de pánico tan sofocante que lo más fácil era no pensar en absoluto.

Al final acabó por convencerse de que nunca sucedió.

Pasaron años hasta que volvió a pisar Willets Point. Para entonces su madre había muerto y, de algún modo, Porter se había convertido en el chófer permanente de su padre. Leo, por su parte, ya había emprendido la senda de la infelicidad y la rebeldía que caracterizaría su vida adulta. Cuando fue expulsado de la academia militar, en lugar de regresar a casa para afrontar la escena inevitable con su padre, siguió un impulso que no entendió del todo y se dirigió a la casa donde solía pasar los veranos.

Era como estar de vuelta en un sueño del que apenas guardaba algún recuerdo. La casa llevaba años cerrada. La cabaña había desaparecido, se había quemado misteriosamente hacía años. Nada indicaba que hubiera estado allí alguna vez, y habían plantado un enorme magnolio en su lugar. La lluvia había roto los pétalos de los brotes con forma de pequeñas velas y la hierba alrededor del árbol estaba salpicada de sus manchas blancas. La imagen era oscuramente perturbadora. Despertó un vago recuerdo, como una vieja fotografía que se ve en el fondo de un lago turbio.

Pero no fue hasta varios años después, tras seguir otro impulso que no alcanzaba a comprender del todo y que lo llevó a establecerse en su antiguo santuario, cuando llegó a sus oídos la historia de una niña que había salido de

casa de sus padres en las Backwaters la tarde de un caluroso verano para no volver jamás.

Leí dos veces la declaración de Leo Villiers. Luego, tal como Clarke me había pedido, eliminé el correo electrónico y el archivo adjunto. Al apagar el ordenador, me masajéé el puente de la nariz. Todo aquel tiempo, había dado por sentado que la serie de tragedias ocurridas en las Backwaters eran recientes. Pero los acontecimientos que me habían traído allí simplemente habían sido los últimos coletazos de un crimen cuyas raíces se remontaban a más de dos décadas atrás.

Estaba exhausto y asqueado. Porter había visto a su jefe matar a una niña y había aprovechado esa muerte como una oportunidad. Con razón lo había contratado como chófer permanente después de eso... Él y sir Stephen estaban unidos por sus actos, y aunque Porter no se considerase a sí mismo un chantajista, su silencio sin duda habría ido acompañado de una recompensa. Quizá esa era la razón por la que había reaccionado respecto a Emma Derby y Mark Chapel como lo había hecho. Eran unos intrusos, habían traspasado lo que él habría considerado como su territorio personal, y había actuado en consecuencia. «No iba a permitir que unos oportunistas sacaran tajada de aquel asunto –había dicho en el cobertizo–. No después de todo lo que he hecho por los Villiers.»

¿Y qué había hecho exactamente?, me pregunté. ¿Su participación se limitaba a guardar silencio, o había demostrado su valor de una manera más práctica? Desde luego, era evidente que las obligaciones de Porter iban más allá de las labores propias de un chófer. Sir Stephen le encargó limpiar la casa de Willets Point para eliminar cualquier prueba incriminatoria, y luego entregar una bolsa de deporte llena de dinero a los chantajistas. ¿Qué otros favores había habido? El cuerpo de Rowan Holloway nunca había aparecido, pero no me imaginaba al hombre de negocios con traje gris ensuciándose las manos para deshacerse del cadáver. No cuando había alguien que lo haría por él.

Me levanté del escritorio para prepararme otro café. Aunque Leo Villiers –todavía me resultaba difícil pensar en el eje central de todo aquello como Lena Merchant– no era el asesino que todos creíamos, no salía indemne del asunto. Puede que fuera un niño cuando su padre mató a Rowan Holloway, pero había

elegido guardar silencio como adulto. En su declaración, admitió haber permitido que Edgar viviera en la casa sin pagar alquiler y que le enviaba paquetes de alimentos mensualmente en un intento de tranquilizar su conciencia. Al hacerlo, no solo condenó al padre de su amiga de la infancia a una existencia solitaria, sino que preparó el escenario para el último acto de la tragedia.

Había obligado a Porter a entregar las provisiones de comida.

Si su intención era infligirle un castigo al chófer recordándole su participación en el crimen, había fracasado. Lo único que hizo fue darle otra oportunidad, bajo la forma de una casa aislada y un inquilino que no protestaba jamás. Y cuando todo indicaba que Leo Villiers se había suicidado, Porter dejó de molestarse entregando los paquetes de suministros. Había estado dispuesto a ayudar a encubrir el asesinato de la hija de Edgar; no creía que le quitase el sueño dejar que el anciano muriera de hambre.

Ahora, Porter estaba muerto, junto con otras cinco personas. Y el único que había salido indemne era el hombre que lo había empezado todo.

Sir Stephen Villiers.

Me senté con mi café, luego me levanté y le eché un chorrito de whisky. Había muy pocas posibilidades de que el asesino de Rowan Holloway tuviese que responder ante un tribunal por sus actos. Aunque no dudaba de lo que había leído –encajaba demasiado bien con lo que ya sabíamos–, un recuerdo infundado de la niñez nunca sería suficiente para garantizar la acción judicial. Sobre todo un recuerdo que, supuestamente, había sido reprimido durante años y que, según había admitido él mismo, Leo había elegido ocultar hasta ese momento.

La triste realidad era que, sin pruebas ni un cadáver, la policía no podía hacer gran cosa. Ahora tenían motivos suficientes para llevar a cabo otra búsqueda más exhaustiva en Willets Point, y se me pasó por la cabeza que tal vez el magnolio plantado en el lugar donde antaño se alzaba la vieja cabaña podría tener algo más que tierra oculto bajo sus raíces. Solo que sir Stephen no habría querido que unas pruebas tan tangibles de lo que había hecho permaneciesen en su propiedad, sobre todo porque había una alternativa mucho mejor cerca.

Tal vez el cuerpo de Mark Chapel no era el primero que Porter había escondido en las Backwaters.

La policía sin duda volvería a peinar el laberinto de vías navegables, pero las posibilidades de encontrar a Rowan Holloway eran remotas. Después de todos esos años, quedaría muy poco de la niña. Apenas unos huesos solitarios hundidos en el barro.

Y, sin embargo, la policía no podía ignorar las acusaciones, no cuando provenían del propio hijo de sir Stephen. Me habría gustado preguntarle a Clarke qué pasaría, pero sabía que eso no le sentaría muy bien a la inspectora, y dudaba que fuera a decírmelo. Ya me había contado demasiado, teniendo en cuenta la situación.

Así que no había nada que pudiera hacer salvo esperar y rezar para que ocurriera algo. Transcurrieron varios días sin que hubiera ninguna mención a sir Stephen Villiers, ni lo sometieron a un interrogatorio, y mucho menos una detención. No debería haberme sorprendido. Había sido lo suficientemente despiadado para proteger el apellido de la familia cuando era su hijo el sospechoso. Ahora, cuando era su propia reputación la que estaba en juego, por no hablar de su libertad, estaría ejerciendo todo su poder e influencia. Era exasperante pensar que podría salir airoso incluso después de aquello, y a medida que el interés por los asesinatos en las Backwaters menguaba, empecé a pensar que el asesino de Rowan Holloway iba a quedar impune.

Yo no era el único.

Cuando Leo Villiers publicó su historia en las redes sociales, ni siquiera el ejército de abogados de sir Stephen pudo contener la tormenta mediática que se desató. El heredero de un hombre rico y poderoso no solo había regresado de entre los muertos, sino que lo había hecho como mujer. Y, por si fuera poco, ahora estaba acusando a su padre de haber matado a una niña más de dos décadas antes.

Las revelaciones causaron indignación. Una vieja fotografía escolar de una sonriente Rowan Holloway, rubia y con los dientes graciosamente separados, apareció en todos los medios mientras la historia de su desaparición ocupaba todas las portadas. Como era de esperar, sir Stephen se escondió detrás de sus

abogados, quienes eludían las preguntas con afirmaciones de inocencia o con un simple «sin comentarios». El propio sir Stephen no hizo declaraciones, pero las imágenes de él corriendo a meterse en su coche –un Daimler ahora gris oscuro en vez de negro– eran el vivo reflejo de su propia historia. Tenía la cara demacrada, con menos color aún que antes, y pude ver los huesos de su cráneo captados por el *flash* de las cámaras. Antes de apagar el televisor con auténtica repugnancia, mi cerebro formuló el nada profesional ni comprensivo pensamiento de que parecía alguien a las puertas de la muerte.

Resultó ser profético. Cuando llegó la noticia de que sir Stephen se encontraba en estado crítico después de sufrir un derrame cerebral masivo, su abogado hizo una declaración en la que culpaba al estrés causado por toda la atención de los medios. Bien podía ser cierto, desde luego. No hay nada inusual en ser capaz de cometer un crimen. Lo que diferencia a algunas personas es su capacidad para vivir con ello. Sir Stephen había vivido con ese peso sobre su conciencia durante veinticinco años, impasible y aparentemente indiferente.

Con lo que no podía vivir era con el hecho de que otras personas lo supiesen.

Su hijo –ahora hija– no concedió entrevistas, ni antes ni después de que su padre muriera, al cabo de dos días. Puesto que sentía cierta aversión por el morbo que ahora rodeaba el caso, traté de evitar los chismes y las especulaciones que se apresuraron a llenar el vacío. Pero era imposible ignorarlos por completo. Una secuencia en concreto se emitía una y otra vez en todas las televisiones. Se trataba de la grabación del exterior de las puertas de cristal de un edificio que reconocí como la jefatura de policía en la que había estado. Había movimiento dentro, luego las puertas se abrían y salía alguien.

Leo Villiers había sido un hombre apuesto y Lena Merchant era una mujer deslumbrante. Era elegante e iba muy bien vestida, con una media melena oscura y bien peinada. Nunca había llegado a conocer a Villiers, y ahora se me hacía extraño ver a la persona de la que tanto había leído y oído hablar. La vi rodeada de un enjambre de cámaras y micrófonos, y supuse que se alejaría de forma apresurada de toda la atención. Sin embargo, en lugar de eso, echó a andar

tranquilamente a través del barullo de empujones, con la cabeza bien alta mientras hacía caso omiso de las preguntas que le formulaban. No parecía sentir bochorno ni vergüenza. Ya no.

Solo irradiaba un silencio digno mientras se alejaba de su vida anterior para adentrarse en una nueva.

## Epílogo

Depositó el cráneo de nuevo en la caja y me masajé la nuca; las vértebras crujieron mientras los músculos rígidos se hacían a la idea, a regañadientes, de que tenían que moverse de nuevo. Me dije –y no era la primera vez– que necesitaba configurar una alarma que me recordara que debía tomar descansos de vez en cuando mientras trabajaba.

Y no era la primera vez que sabía que no lo haría.

Guardé la caja en un armario debajo del banco de trabajo. El cráneo era una pieza histórica, una reliquia hallada en las llanuras de Salisbury. Tenía más de setecientos años, y los arqueólogos sostenían que los daños que mostraba podían haber sido infligidos con un hacha. Cabía la posibilidad. La gente no tenía menos propensión a matarse entre sí en el siglo XIV que en la actualidad. Aun así, yo no estaba del todo convencido. La herida había sido producida con un objeto con borde, pero no con un filo cortante, y había una curvatura que no me recordaba en nada a un hacha. Si bien no podía descartar categóricamente algún otro tipo de arma, había visto lesiones similares anteriormente, y tenía una idea bastante aproximada de qué era lo que lo podría haber causado. Un golpe oblicuo con la pezuña de un caballo tal vez fuese menos dramático desde una perspectiva histórica, pero no era menos fatal para la persona que lo recibió.

Tendría que examinarlo más detenidamente para asegurarme, pero no había prisa por hacerlo en ese momento. El cráneo había guardado su secreto durante siglos, así que ahora no importaban un par de días más. Era sábado por la mañana, de manera que en realidad no había ninguna razón para que yo estuviera en la universidad. Solo había ido porque no quería quedarme dando vueltas en mi apartamento. El cráneo había sido una excusa muy oportuna.

Pero los pensamientos que me habían llevado hasta allí en primer lugar seguían agazapados en mi cerebro, y sin la distracción del trabajo para mantenerlos a raya, volvían a atosigarme de nuevo. Miré el reloj automáticamente, sin poder contenerme a tiempo para no ver la hora.

Aún quedaban dos horas más.

La cafetería estaba cerrada los fines de semana, pero me preparé un café en la pequeña cocina del departamento. No había nadie más. Los pasillos estaban desiertos y silenciosos, lo que, por lo general, no me molestaba. Ese día, sin embargo, el vacío me pesaba más que de costumbre.

Aunque no me habían dado la bienvenida en la universidad con una fanfarria de trompetas exactamente, tuve una clara sensación de que las cosas habían cambiado. Mi nombre no había aparecido en ningún momento en la cobertura informativa de los sucesos acontecidos en las Backwaters, lo cual no era sorprendente: con tantos detalles de cariz más sensacionalista sobre los que informar, a nadie le importaba demasiado la participación tangencial de un antropólogo forense. Eso me parecía perfecto. No me había gustado en absoluto la atención de la que fui objeto el año anterior, cuando mi nombre y mi fotografía aparecieron en los informativos de todos los medios de comunicación después del caso de Dartmoor. Se suponía que mi labor se realizaba entre bastidores, y prefería mantenerlo así.

Pero profesionalmente era otro cantar. Mi relación con una investigación policial tan importante no perjudicaba en absoluto la reputación del departamento, y la actitud del nuevo jefe hacia mí era mucho más distendida. «Es bueno verlo de vuelta en el terreno de juego», me había dicho un sonriente Harris en mi primer día de regreso al trabajo en la universidad. Nada de lo que había pasado en las Backwaters podía describirse ni remotamente como un «juego», pero entendí qué había querido decir.

Debería haberme sentido aliviado por no encontrarme de nuevo en la tesitura de tener que buscar trabajo, pero eso ya no parecía tan importante. Tomé un sorbo de café caliente y volví a mirar el reloj. Las doce y media.

Aún faltaba una hora para que el vuelo de Rachel despegase con destino a Australia.

Solo nos habíamos visto una vez después de que viniera a Covent Garden a comunicarme que se iba. Fue en el funeral de Lundy, una ceremonia formal con altos cargos de la policía, así como con oficiales y agentes de a pie rindiendo homenaje a un colega asesinado durante el cumplimiento del deber. El sombrío

estado de ánimo parecía fuera de lugar al pensar en el inspector alegre y jovial al que había conocido, y fue todo un alivio cuando se distendió inesperadamente. La lectura era un pasaje del Eclesiastés, y mientras el sacerdote hablaba sobre «un tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado», se oyó de pronto la voz de una niña.

—¡Pero si el abuelo odiaba la jardinería!

Una oleada de risas retumbó por toda la iglesia, y la solemnidad se rompió. Pensé que eso le habría gustado a Lundy.

No había tenido oportunidad de hablar realmente con Rachel en el funeral, y aunque la hubiese tenido, no era ni el momento ni el lugar apropiados. Sin embargo, habíamos hablado varias veces por teléfono después, y había empezado a percibir que albergaba dudas sobre su marcha. Yo le dije lo que sentía, pero me resistí a la tentación de presionarla para que se quedara, sabiendo que la decisión debía ser suya.

Al final, tomó esa decisión.

No había querido que fuera al aeropuerto. Entendía por qué, pero sentí una amarga decepción por no poder verla una vez más. Nuestra última conversación fue un momento tenso para los dos. Ella había prometido que regresaría al Reino Unido para el juicio de Jamie, si no antes. Al final, el chico había sido acusado del asesinato de Anthony Russell, aunque había bastantes posibilidades de que el fiscal rebajase la acusación al delito de homicidio antes de que llegara al tribunal.

Pero ambos sabíamos que el juicio del caso no se celebraría hasta varios meses después, y muchas cosas podrían haber cambiado para entonces. Rachel tenía una vida y una carrera en Australia, una que incluía bucear en la Gran Barrera de Coral en lugar de atrapar anguilas en el barro de Essex. Y volvía allí para intentarlo una vez más con una relación rota, con un hombre con el que había vivido y trabajado durante siete años. Aquel tipo incluso hacía surf, por el amor de Dios...

No dije nada de eso. Rachel tenía razón, aquello ya era bastante difícil. Así que seguí con la fantasía de que no era un adiós. Le dije que se cuidara, la besé por última vez. Y entonces se fue.

Se me había enfriado el café. Lo tiré por el fregadero y empecé a lavar la taza. Cuando sonó el teléfono, sentí un rayo de esperanza al pensar que pudiera ser Rachel hasta que vi que era un número oculto. Trabajo, entonces. Intentando ignorar la desilusión, respondí la llamada.

–¿Doctor Hunter? Soy Sharon Ward. –La voz me resultaba familiar y también el nombre, pero en ese momento no conseguía ubicarlos—. ¿La inspectora Ward? –añadió en un tono vacilante.

–Sí, sí, claro.

Recordé el nombre, de hacía un par de años. La había conocido cuando una parte descuartizada de un cuerpo, de forma literal, apareció en mi puerta.

–¿Le pillo en un mal momento? –preguntó.

–No, estaba... –intenté acabar la frase, sin conseguirlo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Necesito hablar con usted sobre el intento de robo.

–¿Intento de robo?

–En su piso...

Había dado por sentado que la llamada estaba relacionada con un caso. Parecía que hacía una eternidad de lo del robo, y prácticamente lo había olvidado por completo. Hice un esfuerzo por concentrarme.

–Ah, sí. Es verdad. Lo siento.

–¿Podríamos vernos?

–Por supuesto. Estaré aquí toda la semana próxima, así que me iría bien cualquier día.

–En realidad estaba pensando en verlo antes. ¿Dónde está?

–En el trabajo. En la universidad. –Ahora tenía toda mi atención. Una inspectora de policía no llamaba por teléfono para hablar de un intento de robo fallido, y mucho menos para reunirse y hablar de ello en persona. No, a menos que hubiera algo más—. ¿Por qué, qué ha pasado?

–Preferiría decírselo personalmente. ¿Cuánto tiempo tardará en llegar a su casa?

–Puedo estar allí dentro de una hora. –Había dejado el coche de alquiler en casa, pero el metro no debía de ir muy lleno el sábado–. Oiga, ¿va a decirme de qué va esto?

Hubo una pausa. Tuve un mal presentimiento, la convicción de que un día ya malo de por sí estaba a punto de entrar en territorio desconocido.

–Hemos obtenido una coincidencia en una de las huellas dactilares que encontramos en la puerta principal –dijo Ward–. Pertenece a Grace Strachan.

Fue como si el nombre resonase al otro lado de la línea telefónica. Sentí una sensación de irrealidad, como si aquello no estuviese sucediendo realmente. Desde muy lejos oí que la voz de la inspectora continuaba hablando.

–... pido disculpas por no haberlo llamado antes, pero con los recortes presupuestarios, los robos rutinarios están al final de la lista de prioridades. Nadie se dio cuenta hasta ahora, y le he llamado tan pronto como lo he sabido. Doctor Hunter, ¿sigue ahí?

–Sí. –Sentí una sorpresa distante al comprobar lo tranquila que sonaba mi voz–. ¿Está segura?

–Es solo una huella parcial, pero definitivamente es de ella. Lo que ocurre es que la sacamos de la tira de masilla del marco de la ventana, y ahí la grasa hace imposible datarla. Por eso no sabemos cuánto tiempo ha estado allí. Es posible que la dejase cuando lo agredió, pero lo cierto es que no lo sabemos con seguridad. Obviamente, teniendo en cuenta lo que pasó la última vez, no queremos correr ningún riesgo. Por eso quisiera ir a verlo a su casa. Creo que... Bueno, creo que deberíamos repasar qué clase de precauciones debería tomar.

Sentí un zumbido en los oídos. Me di cuenta de que me había llevado la mano inconscientemente a la cicatriz del estómago. «Teniendo en cuenta lo que pasó la última vez...» Se refería a cuando había estado a punto de desangrarme después de que Grace Strachan me apuñalara en la puerta de mi casa. Pero eso había sido años atrás. No había habido ninguna señal de vida de mi atacante desde entonces, así que ¿cómo era posible que reapareciese ahora? Grace era una

asesina psicótica que había conseguido engañar a todos porque había obtenido ayuda. Con el paso del tiempo, me permití convencerme de que debía de estar muerta. Si no lo estaba...

Mascullé unas palabras para dar mi conformidad y colgué el teléfono. Apenas fui consciente del trayecto de regreso a mi apartamento. Asustado por unos sentimientos que creía haber dejado atrás, bajé las escaleras mecánicas del metro en estado de *shock*. Mientras el vagón avanzaba retumbando a través del túnel, comprobé la hora. El avión de Rachel ya estaría surcando el cielo. De hecho, me sentí aliviado. Si Grace Strachan había vuelto, todos cuantos me rodeaban corrían peligro.

Al menos sabía que Rachel estaba a salvo.

Andando desde la estación, me sorprendí escrutando la calle como hacía años que no lo hacía. Subí el camino que llevaba a mi apartamento y me detuve junto a la puerta de entrada. Habían vuelto a pintar la madera después de que el carpintero hubiese cambiado la cerradura y reparado los daños. Cualquier huella dactilar que hubiese habido allí habría quedado cubierta. Ahora no había forma de determinar si la de Grace Strachan era antigua o no. Me dije a mí mismo que la huella podría haber sobrevivido todo este tiempo, que todo aquello podía ser una falsa alarma. Pero, en el fondo, no lo creía.

No podía permitirme creerlo.

No había nadie en el piso de arriba, pero en algún momento tendría que avisar a mi nueva vecina. No era una conversación que me apeteciese tener. Cuando entré en mi apartamento, las habitaciones y los muebles me parecían familiares y, aun así, completamente extraños también, como si acabara de verlos por primera vez. Entré en la cocina y llené el hervidor de agua. No quería beber nada, pero así tenía algo que hacer.

Mi café se enfrió, intacto, mientras esperaba que llegara Ward. A pesar de que esperaba oírlo de un momento a otro, un estremecimiento recorrió mi cuerpo al oír el alegre sonido del timbre. Corrí a abrir, deteniéndome en la entrada con una mano en la puerta. No había mirilla. Siempre me había resistido a poner una, pues no quería ceder a la paranoia después de la agresión. Sin embargo, eso significaba que no podía ver quién estaba ahí fuera en esos momentos. Una

sensación de *déjà vu* se apoderó de mí mientras permanecía de pie en la entrada de mosaicos ajedrezados en blanco y negro. Entonces, me armé de valor y abrí la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó Rachel.

## Agradecimientos

Ha habido un intervalo de tiempo más largo de lo previsto entre la novela anterior de David Hunter y *La inquietud de los muertos*. Varias personas y organizaciones han contribuido con su ayuda durante ese período de tiempo. Debo mi gratitud a Tim Thompson, profesor de antropología biológica aplicada en la Universidad de Teesside; a Tony Cook, jefe de operaciones de la Agencia Nacional del Crimen en el CEOP; a Patricia Wiltshire, profesora de ecología forense en la Universidad de Southampton; al doctor Martin Hall, entomólogo de investigación del Museo Nacional de Historia; a la Oficina de Prensa de la Policía de Essex; a Kay West, expresidente del grupo de apoyo transgénero de la Sociedad Beaumont; a GIRES (Gender Identity Research and Education Society), y a Robin Adcroft, presidente del grupo de renovación de fuertes marinos Project Redsand Trust. Sin su ayuda con los aspectos objetivos de la historia, *La inquietud de los muertos* sería una novela más pobre. Huelga decir que cualquier error o inexactitud es culpa mía, no de ellos.

Gracias también a mis agentes Gordon Wise y Melissa Pimentel de Curtis Brown, a mi editor Simon Taylor y al equipo de Transworld, a mi editora alemana, Ulrike Beck, y a todos en Rowohlt, a mis padres Frank y Sheila Beckett, a mi hermana Julie por el pastel de comida para perros, a Ben Steiner y a SCF.

Por último, un profundo agradecimiento a mi esposa, Hilary, por estar siempre a mi lado.

*La inquietud de los muertos*  
Simon Beckett

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte y Diseño  
© Simon Beckett, 2018  
© de la traducción, Ana Alcaina Pérez, 2018  
© Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal, 2018

ARROBABOOKS  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.arrobabooks.com](http://www.arrobabooks.com)  
Un sello editorial de Círculo de Lectores  
[www.circulo.es](http://www.circulo.es)  
Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2018

ISBN: 978-84-16826-31-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)